«REPLETA DE INTRIGA Y DE LA MEJOR MAGIA QUE HE LEÍDO EN MUCHOS AÑOS.»
JOE ABERCROMBIE

GARTH NIX

Se MAGIA ANGELICAL



Lectulandia

La creadora de iconos e invocadora de ángeles Liliath a quien se le creía muerta, ha despertado de un largo letargo que duró más de un siglo. Ha vuelto para recoger los hilos de un plan que ya ha destruido un reino y que podría destruir algún otro. Para tener éxito, Liliath deberá reunir a Agnez la mosquetera, Simeon el doctor, Dorotea la maga y a Henri, uno de los secretarios del Cardenal, y llevarlos a todos ellos hacia un peligro extremo.

Situada en un siglo XVII alternativo en el que los ángeles pueden ser convocados (y controlados) por aquellos con un talento especial por la magia, Magia angelical, la nueva novela del maestro Garth Nix será el acontecimiento de la fantasía juvenil de los próximos años.

Garth Nix

Magia angelical

ePub r1.0
Titivillus 24-03-2021

Título original: *Angel Mage*
Garth Nix, 2019
Traducción: Jorge Rizzo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

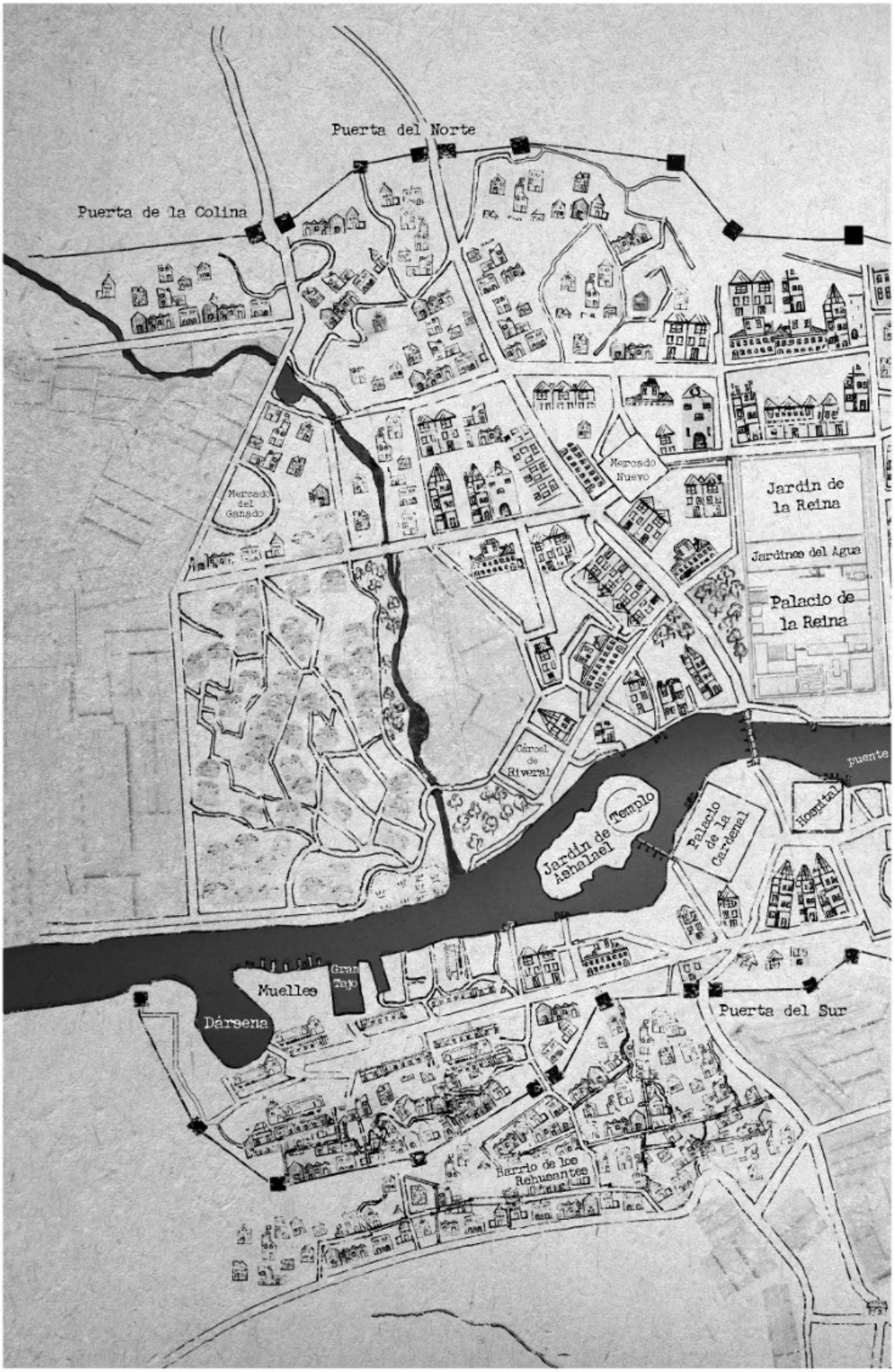

ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO, CON GRAN RESPETO, A
Alexandre Dumas.

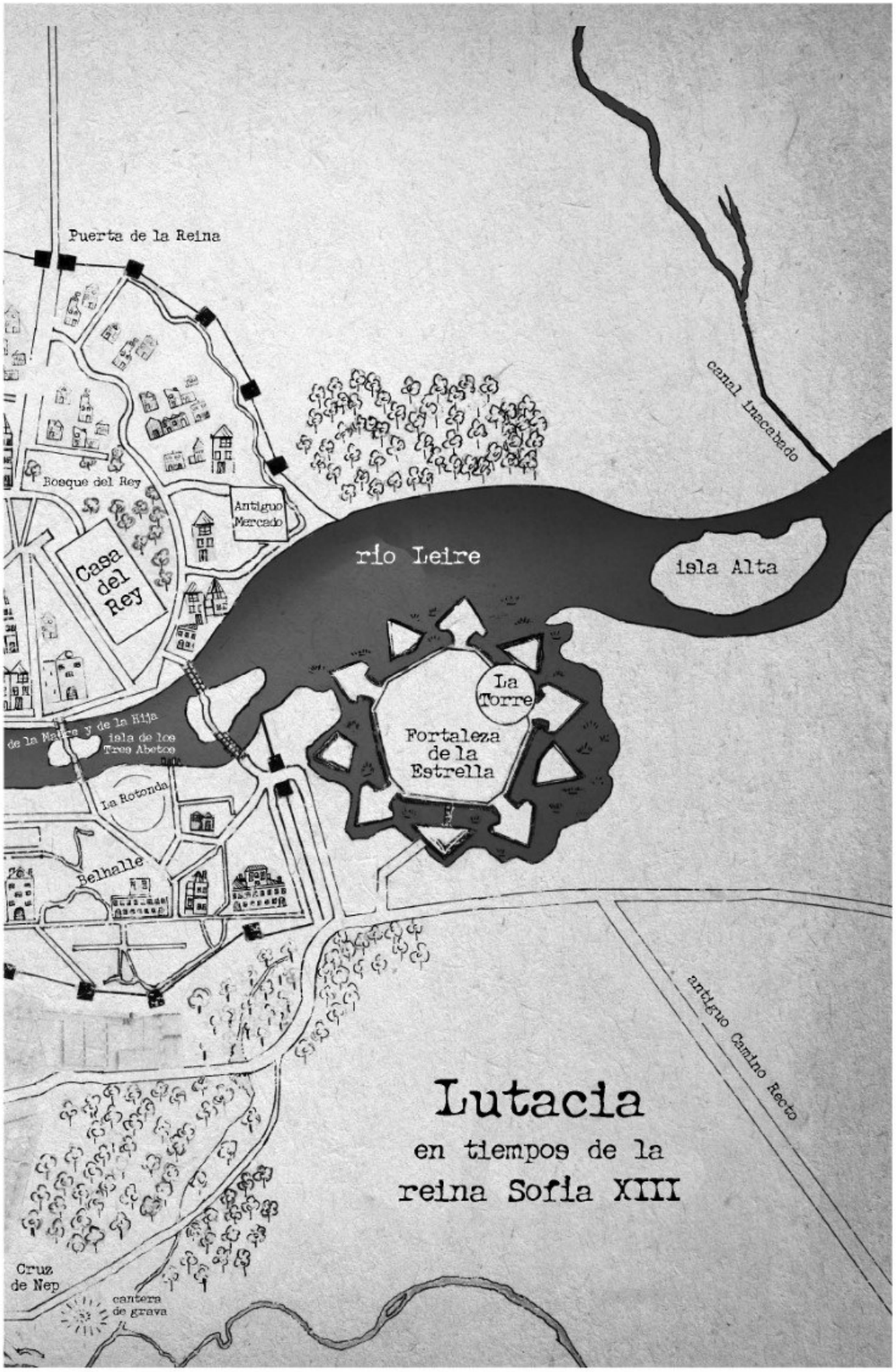
Y TAMBIÉN A
Richard Lester (director) y
George MacDonald Fraser (guionista).
Y a todos los actores y técnicos de las películas *Los tres mosqueteros* (1973) y *Los cuatro mosqueteros* (1974)

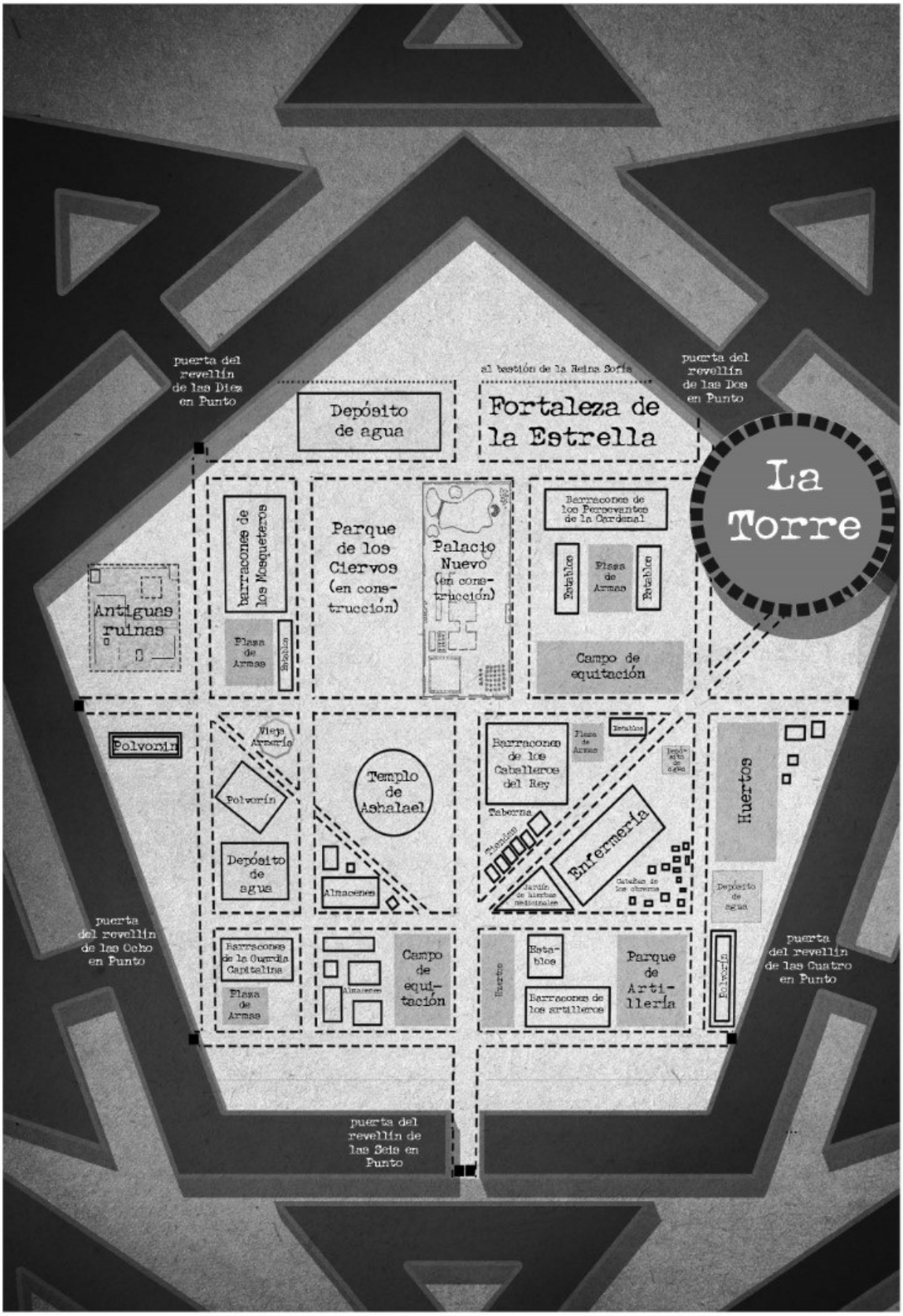
Y, COMO SIEMPRE, A
Anna, Thomas, y Edward y a todos mis familiares y amigos.

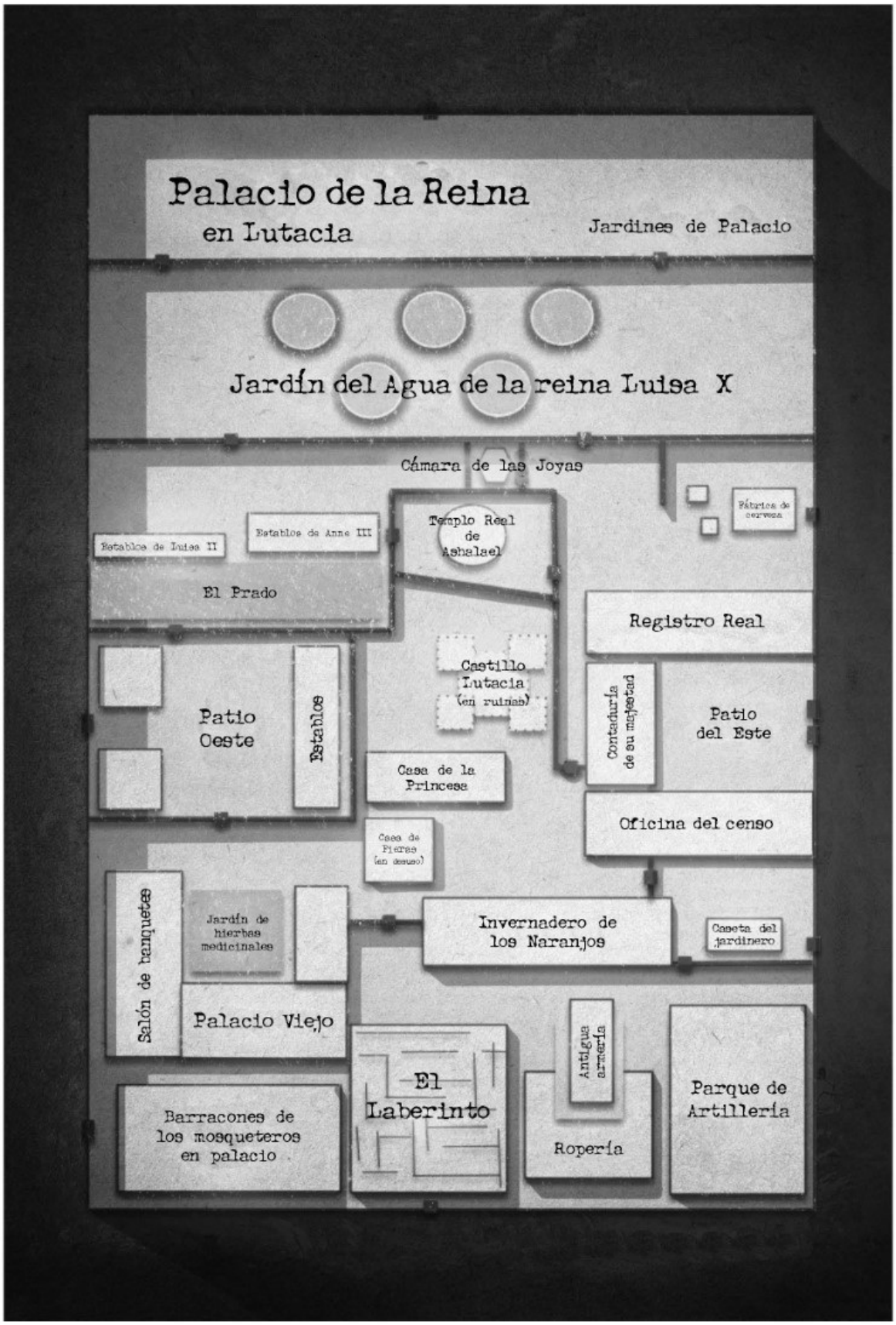
Jerarquía de ángeles

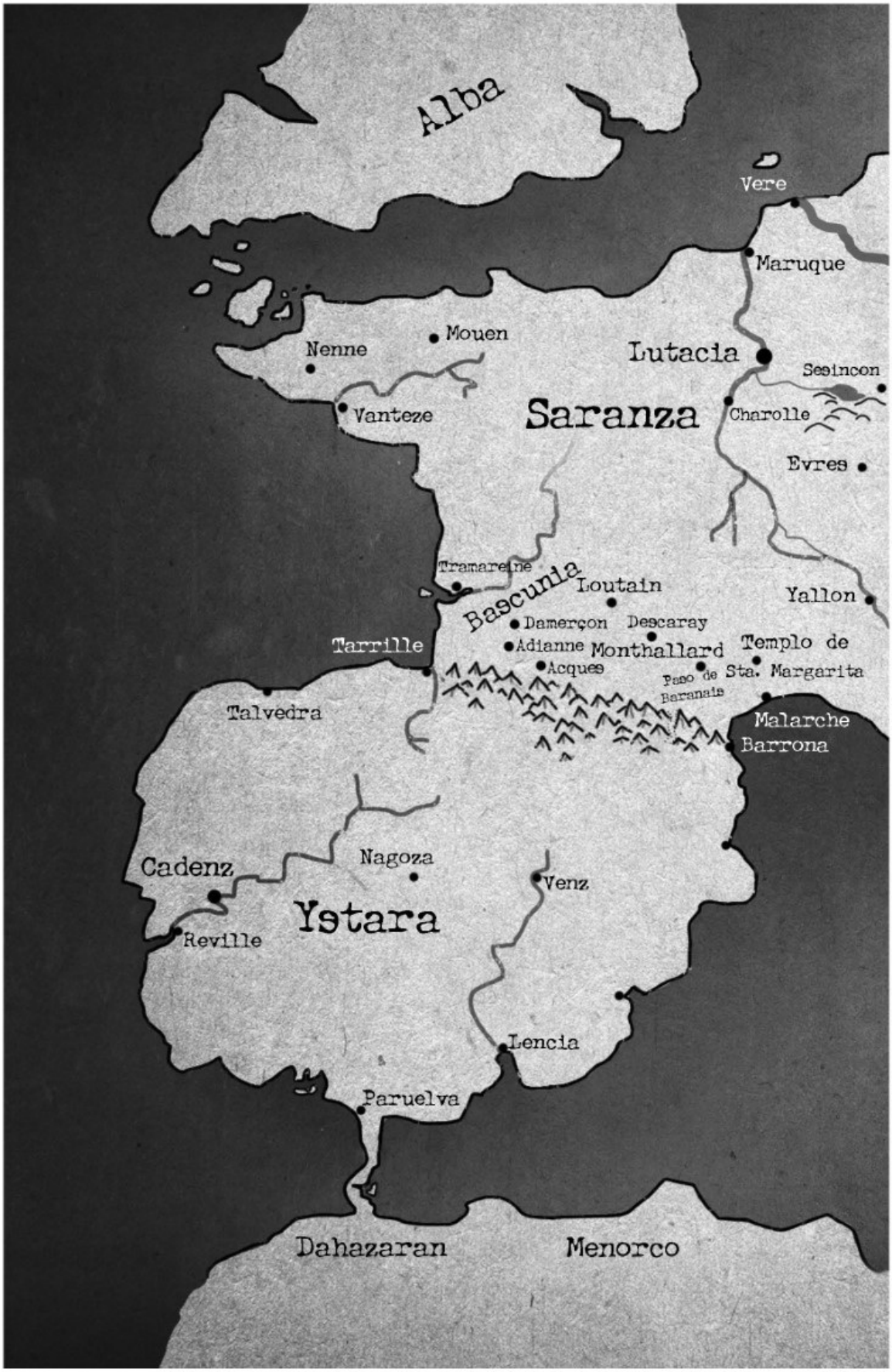
Serafines
Querubines
Tronos
Dominaciones
Virtudes
Potestades
Principados
Arcángeles

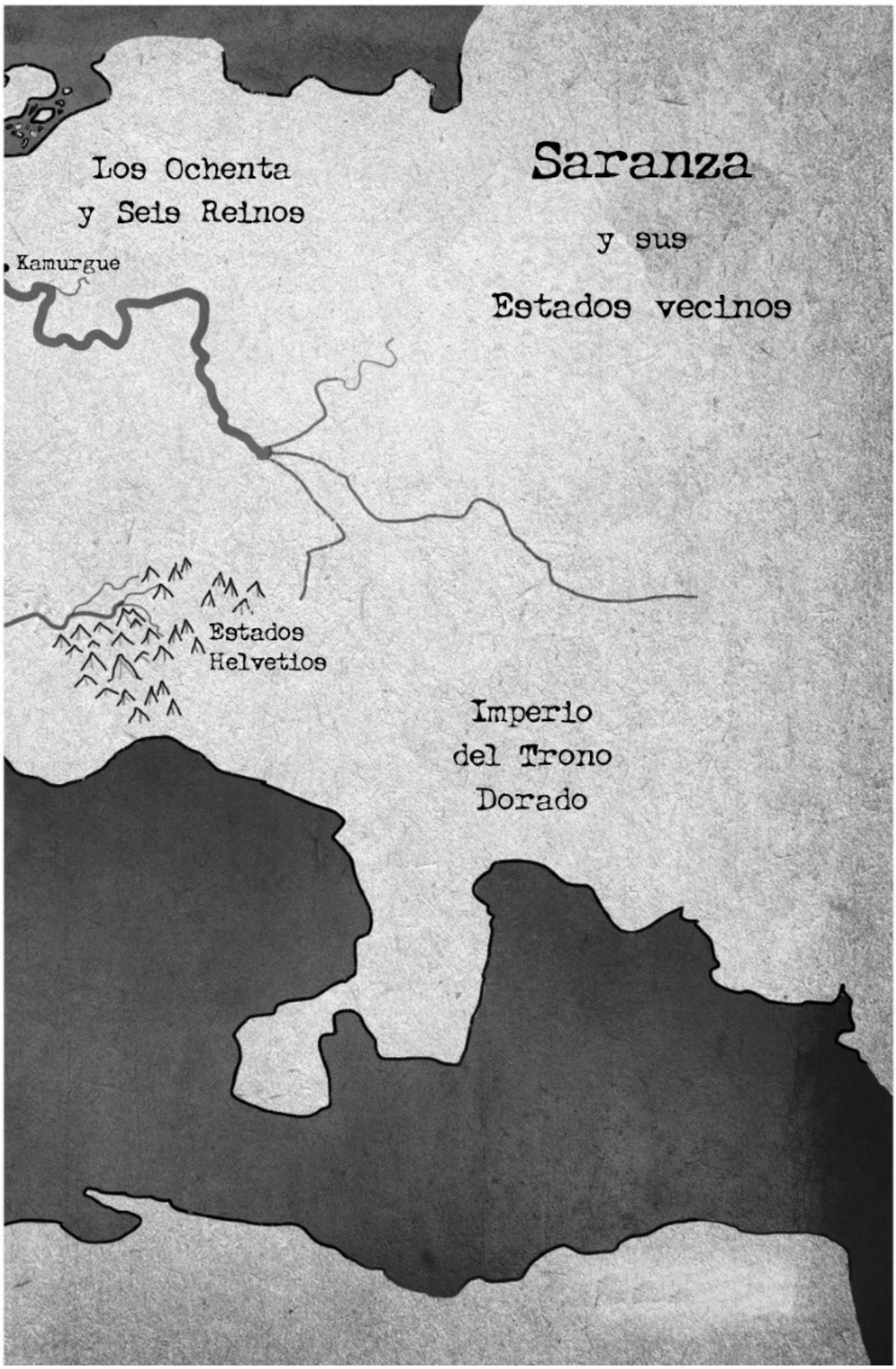

Puerta del Norte
Puerta de la Colina
Mercado del Ganado
Mercado Nuevo
Jardín de la Reina
Jardines del Agua
Palacio de la Reina
Cárcel de Riveral
puente
Templo
Jardín de Aenalnel
Palacio de la Cardenal
Hospital
Gran Tajo
Muelles
Dársena
Puerta del Sur
Barrio de los Rehusantes


Puerta de la Reina
canal inacabado
Bosque del Rey
Antiguo Mercado
Casa del Rey
río Leire
isla Alta
La Torre
Fortaleza de la Estrella
de la Madre y de la Hija
isla de los Tres Abetos
La Rotonda
Belhalle
antiguo Camino Recto
Lutacia
en tiempos de la
reina Sofía XIII
Cruz de Nep
cantera de grava


La Torre
puerta del revellín de las Diez en Punto
al bastión de la Reina Sofía
puerta del revellín de las Dos en Punto
Depósito de agua
Fortaleza de la Estrella
Antiguas ruinas
barracones de los Mosqueteros
Plaza de Armas
Establo
Parque de los Ciervos (en construcción)
Palacio Nuevo (en construcción)
Barracones de los Perseverantes de la Cardenal
Establo
Plaza de Armas
Establo
Campo de equitación
Polvorín
Vieja Armería
Polvorín
Depósito de agua
Templo de Ashalael
Almacenes
Barracones de los Caballeros del Rey
Plaza de Armas
Establo
Taberna
Enfermería
Huerto
Depósito de agua
puerta del revellín de las Ocho en Punto
Barracones de la Guardia Capitalina
Plaza de Armas
Almacenes
Campo de equitación
Huerto
Establo
Barracones de los artilleros
Parque de Artillería
Polvorín
puerta del revellín de las Cuatro en Punto
puerta del revellín de las Seis en Punto


Palacio de la Reina
en Lutacia
Jardines de Palacio
Jardín del Agua de la reina Luisa X
Cámara de las Joyas
Templo Real de Ashalael
Establos de Anne III
Establos de Luisa II
El Prado
Registro Real
Castillo Lutacia (en ruinas)
Contaduría de su majestad
Patio del Este
Patio Oeste
Establos
Casa de la Princesa
Oficina del censo
Casa de Fieras (en desuso)
Salón de banquetes
Jardín de hierbas medicinales
Invernadero de los Naranjos
Caseta del jardinero
Palacio Viejo
El Laberinto
Antigua armería
Parque de Artillería
Barracones de los mosqueteros en palacio
Ropería


Alba
Vere
Maruque
Nenne
Mouen
Lutacia
Sesincon
Vanteze
Saranza
Charolle
Evres
Tramareine
Bascunia
Loutain
Yallon
Damerçon
Descaray
Tarrille
Adianne
Monthallard
Templo de
Acques
Paso de Sta. Margarita
Baranais
Talvedra
Malarche
Barrona
Cadenz
Nagoza
Venz
Ystara
Reville
Lencia
Paruelva
Dahazaran
Menorco


Saranza
y sus
Estados vecinos
Los Ochenta
y Seis Reinos
Kamurgue
Estados
Helvetios
Imperio
del Trono
Dorado

PRÓLOGO

—Solo quedamos once —dijo la joven guardia. Estaba agotada. Se apoyaba en su espada, manchada de ceniza gris de la empuñadura a la punta—. No creo que podamos conservar ni siquiera esta torre mucho más tiempo.

—¿Once? —preguntó la anciana cardenal Alsysheron, que aparentaba muchos más de los setenta años que tenía.

Se sentó al borde de la gran ventana sur, que estaba rematada en un arco; no había ningún otro sitio donde sentarse en el campanario de la torre; la mayor parte del espacio lo ocupaba la gran campana de San Desiderus, una enorme mole de bronce, ahora muda. No tenía sentido dar la alarma; además, los campaneros estaban todos muertos.

Alsysheron había plegado la larga cola de su túnica escarlata para hacerse una especie de cojín que apoyó en la fría piedra. Solo llevaba una zapatilla, y su cabeza afeitada iba descubierta, sin bonete ni mitra por primera vez en muchos años; el pelo incipiente creaba una tenue sombra blanca sobre su oscura piel. La cardenal había huido a toda prisa de su lecho improvisado en el gran salón justo en el momento en que las criaturas habían encontrado el modo de colarse a través de las bodegas y la cripta.

—No he tenido noticias de otro ataque…

—La peste gris ha acabado con Omarten —respondió la guardia, dándole a la plaga su verdadero nombre, recién descubierto. Ella no pertenecía siquiera al servicio de la cardenal. Dos días antes no era más que una recluta de los caballeros del rey. Sin embargo, al caer el palacio en manos de los monstruos, había seguido el río con los supervivientes hasta llegar a la catedral, que en otro tiempo había sido una fortaleza y que parecía ofrecer una mínima esperanza de supervivencia—. Tuvimos que acabar con su cuerpo.

—No hacía falta —dijo la cardenal—. Tal como hemos visto, la transformación no se produce después de la muerte.

—No queríamos correr riesgos —murmuró la guardia, que se echó hacia delante, con aquellos profundos ojos marrones de pronto bien abiertos,

mirando con intensidad, sin rastro ya del agotamiento. A la cardenal le pareció que era muy joven, demasiado como para llevar coraza y morrión, y pistolas en el cinto, antes azul y ahora cubierto de manchas color ceniza de la sangre de las criaturas—. Eminencia…, ¿no es hora?

—¿Hora de qué, hija mía?

—¡De invocar a Palleniel!

Había urgencia en su voz; ya no se apoyaba en su espada, sino que la tenía levantada.

—¡Seguro que él puede enmendar esto!

La cardenal meneó la cabeza lentamente y dirigió la mirada a la ciudad de Cadenz, a la parte que se podía ver bajo la enorme nube baja de humo negro y denso. Se veían muchos incendios, ahora que panaderos y cocineros habían caído víctimas de la peste gris y ya no controlaban sus hornos y cocinas, fuegos fuera de control, sin nadie vivo que pudiera combatirlos. Desde luego, los monstruos no iban a hacerlo. De hecho, uno de los incendios más grandes lo había iniciado alguien —probablemente, un oficial de la guardia capitalina, desesperado— con la esperanza de contener a los monstruos en la orilla norte del río, sin darse cuenta de que las criaturas no eran invasores, sino personas transformadas, por lo que iban apareciendo por todas partes.

—La magíster Thorran hizo un informe antes de morir —dijo la cardenal —. Es la magia angelical la que hace que las víctimas se conviertan en monstruos cuando aún están vivas. Demasiados magos y sacerdotes han invocado a sus ángeles para pedirles la curación al iniciarse la plaga, o para que los ayudaran a defenderse: lo he visto yo misma, y estoy segura de que tú también lo habrás visto… Lo siento, he olvidado tu nombre.

—Ilgran, eminencia. Pero seguro que donde los ángeles menores han fallado, Palleniel…

La arzobispo meneó la cabeza con más decisión.

—He tardado demasiado en comprender la naturaleza de todo esto, Ilgran —dijo—. Quizá tú seas más rápida que yo cuando oigas estas tres cosas.

Levantó la mano, contando con sus finos dedos. Cada dedo iba cargado de anillos con iconos; en algunos de ellos llevaba más de tres. Cada icono representaba un ángel que la cardenal podía invocar, aunque ninguno de ellos tenía el poder del que aparecía representado en el pesado medallón grabado en oro que llevaba al cuello, colgado de una cadena de eslabones plateados en forma de eses.

—En primer lugar, he pedido a Esperaviel que volara a Barrona y a Tarille, al inicio del istmo: confirma que la peste gris no se extiende ni un

metro más allá de los confines de Ystara. Es más, ella misma no pudo rebasar la frontera…

—Yo no soy una gran maga, eminencia —dijo Ilgran, ruborizándose levemente. Había conseguido una plaza en los caballeros del rey gracias a que su tía era teniente, no por su destreza con la espada ni por su gran habilidad con la magia—. No conozco a Esperaviel. ¿De qué orden…?

—Es un principado, a las órdenes de Palleniel; los cielos de Ystara están bajo su control. Me dijo que las fronteras estaban bloqueadas por los arcángeles vecinos, por el poder de Ashalael de Saranza, al norte, y de Turikishan de Menorco, al sur.

—¿Se han puesto de acuerdo para atacarnos? Pero ¿por qué? No…

—No, no es un ataque, al menos no desde el exterior. Simplemente, han cerrado las fronteras a todos los seres celestiales. Todas nuestras fronteras. ¡Escucha! Lo segundo es que Esperaviel me informó de que había visto a la doncella de Elanda cruzando la frontera hacia Saranza, con muchos seguidores. Y lo tercero…

La anciana hizo una pausa y suspiró pesadamente. Dejó caer la mano, apoyándola en el regazo, y volvió a levantarla para agarrar la mano izquierda de Ilgran entre sus dedos huesudos y apoyarse en ella para ponerse en pie no sin dificultad.

—Y lo tercero es que invoqué a Palleniel el primer día, cuando el rey empezó a sangrar y vimos que su sangre era de color gris. Palleniel respondió, pero no hizo lo que le pedí. Dijo que ahora responde ante otro.

—¡¿Qué?! Pero… eso… ¿cómo puede ser? ¡Vos sois la cardenal-arzobispo de Ystara! ¡Sois vos quien lleva el icono!

—Y Palleniel es el arcángel de Ystara. Pero mi icono (el antiguo icono de san Desiderus) ahora mismo es un pedazo de metal inerte, sin vida. ¿No lo has notado? El icono de Xerreniel que llevas en tu casco temblaría ante el mío si aún conservara su poder, por simple proximidad. Al retirarse Palleniel sentí que perdía su poder. Fue entonces cuando me pregunté hasta dónde podía afectar esta peste gris a nuestro pobre pueblo. ¿Qué poder podía llegar a malear todas las intervenciones de nuestros ángeles menores, y crear monstruos en lugar de sanar o de proporcionarnos la defensa que pedíamos? ¿Quién podría hacer algo así en Ystara?

—Los otros arcángeles…

—No —dijo la cardenal—. Aquí, en Ystara, Palleniel no tiene rival. Yo creo que los arcángeles vecinos han actuado lo mejor que han podido para limitar el alcance de la peste gris y de las criaturas que crea en los reinos

terrenos que protegen. Tengo la sensación de que intentan hacer más, pero hay un choque de fuerzas en los cielos, un ataque dirigido a Palleniel. Porque esta plaga, los monstruos… tienen que ser obra de Palleniel. Sin embargo, como es normal, ningún ángel vendrá a nuestro mundo, ni actuará, si no es invocado por un mortal. Así que las piezas van encajando porque… ¿quién tiene la habilidad y el poder necesarios para crear un nuevo icono y llamar al propio Palleniel? Y, una vez conseguido, ¿quién tendría la arrogancia y la fuerza necesarias para invocarlo y pedirle que hiciera algo así?

Ilgran meneó la cabeza y frunció el ceño, con una mueca de incredulidad en el rostro.

—Supongo que solo puede ser la doncella de Elanda… Pero ¿por qué iba a querer… esto? ¡Es la muerte del reino! ¡La muerte de todos nosotros!

—No creo que ella quisiera esto —dijo la cardenal—. Pero, como siempre, con los ángeles hay que tener mucho cuidado. Cuanto mayor es su poder, mayor es la posibilidad de hacer daño de forma inintencionada. Deberíamos haber pensado en las consecuencias lógicas de su talento para crear iconos e invocar a los ángeles. ¿Digo talento? Quiero decir genialidad, por supuesto. Pero era…, es demasiado joven. A los diecinueve años no se puede nombrar a nadie magíster, ni obispo, no se le puede dar las enseñanzas ni permitírsele el acceso a las órdenes mayores. Aunque está claro que no necesitaba ni enseñanzas ni permisos…

—Yo la vi una vez. De lejos. Tenía una luz en los ojos, una enajenación… —recordó Ilgran, hablando lentamente. No miraba a la cardenal, sino a la ciudad en llamas—. Cuando se presentó para ver al rey con sus seguidores, pidiendo la consagración de su templo. Dedicado a Palleniel Exaltado, sea lo que sea lo que significa eso…

Ilgran hablaba con gesto ausente, con la mente en otra parte, aún asimilando lo que le acababa de contar la cardenal. Significaba que no habría rescate; probablemente, no viviría para ver el nuevo día, quizá ni siquiera llegara al amanecer. Abajo había muchos monstruos, y hacía al menos un siglo que la catedral no se usaba como fortaleza. En el campanario no había agua, ni provisiones, y además la puerta de la base era débil. Aunque no usaran un ariete, los monstruos más grandes podrían reventarla si se lo proponían.

—Quizá tendríamos que haberle concedido la consagración —se planteó la cardenal—. Pero yo no creo que esté loca. Salvajemente obsesionada, eso sí, seguro. La compadezco.

—¿Compadecéis a Liliath, eminencia? Si es como sospecháis, de algún modo ha corrompido a Palleniel, es responsable…, nos ha enviado la peste gris; ha matado a mis padres y ha convertido a mis hermanos en monstruos. ¡Si estuviera aquí, la mataría con gusto, si es que hay espada o pistola que pueda acabar con lo que sea en que se ha convertido!

—Oh, yo creo que sí, el frío acero o las balas podrían acabar con ella, aunque costaría lo suyo, igual que ocurre con los monstruos —dijo la cardenal —. Aunque quizá no tengas ocasión de usar la espada o la pistola, si realmente tiene a Palleniel a su servicio. Y también debe de tener a otros ángeles a sus órdenes, más de los que pensábamos. Pero sí, la compadezco, porque tal como te he dicho, no puede ser que esto fuera lo que buscaba. Tan joven, con un talento tan increíble, y, sin embargo, tan poco sabia, todo a la vez. Me pregunto qué sería lo que buscaba, quizá…

Fuera lo que fuera lo que iba a decir, se perdió en la nada, en el momento en que el primero de los monstruos que habían trepado por las viejas piedras resquebrajadas del campanario se lanzó sobre las almenas y le cayó encima, cortándole la garganta con sus espolones y tirándola al suelo.

Ilgran mató a uno con un mandoble de espada que acabó con el arma encajada en la boca de la criatura, pero luego cayó. Literalmente, porque, en el momento en que se agachaba para pasar bajo el borde de la gran campana y lanzarse por la trampilla, una de las criaturas se le acercó con las horribles mandíbulas abiertas y los dedos en garra. Ilgran aún tenía una pistola en el cinto, pero no llegó a disparar, pues el monstruo la miró con los ojos de Janeth. Los alegres ojos verdes de su hermana menor. La guardia se lanzó, sin intentar agarrarse a la cuerda. Mientras caía, lanzada al encuentro con la muerte, Ilgran pensó en el atisbo de esperanza que le daba la visión de aquellos ojos.

Tenía que haber alguna posibilidad de que un monstruo volviera a su forma humana.

PRIMERA PARTE

Liliath

1

La joven se despertó en aquella oscuridad total sintiendo la fría losa bajo su cuerpo, y sus manos tantearon la piedra que tenía encima y a los lados. Pero la sensación de pánico que la invadió por un momento disminuyó al recordar el porqué de aquello, y desapareció del todo cuando oyó la voz.

La voz de fuerza y poder que la hacía sentir completa, viva. Con ella llegó una repentina e intensa sensación que la envolvió, infundiéndole seguridad. No eran brazos humanos los que la rodeaban, sino grandes alas de luz y de poder.

—Como ordenasteis hace tanto tiempo, lo que esperabais ya ha ocurrido, así que os despierto.

—¿Cómo…?

La voz le falló. Tenía la garganta rasposa. Tragó, y la saliva le atravesó la boca y la garganta por primera vez en… No tenía ni idea de cuánto tiempo. Su vida se había suspendido cuando estaba a punto de morir, y así había permanecido mucho tiempo, lo sabía. Si alguien hubiera mirado en el interior de la tumba, habría pensado que estaba muerta, aunque el excepcional estado de conservación de su cuerpo habría llamado la atención a cualquier observador atento. Pero la posibilidad de que alguien se fijara en ella se había reducido en gran medida con la elección de su lugar de reposo: aquel gran ataúd de piedra, cubierto con una enorme losa de mármol y sellado con plomo.

Habría sido lógico que preguntara cuánto tiempo llevaba en el ataúd. Pero no fue esa su primera pregunta. Pensó solo en lo necesario para su plan, que era lo único en lo que podía pensar.

—¿Cuántos candidatos aptos tenemos?

Hubo un largo silencio. Lo suficientemente largo como para plantearse que quizá la presencia se hubiera marchado. Pero entonces la voz habló de nuevo.

—Cuatro.

—¡Cuatro! Pero debería haber cientos…

—Cuatro —repitió la voz.

Por un momento, la invadió la rabia, una cólera extrema al ver que sus planes (su destino) se torcían una vez más. Pero contuvo la ira. Aunque

esperaba contar con muchos más candidatos, para tener margen de error, cuatro deberían bastar. Incluso uno podría ser suficiente…

—¿Dónde están?

—En cuatro lugares de Saranza, pero vendrán todos. Muy pronto.

—¿Y la orden? ¿Sigue adelante? ¿Les has transmitido las señales de mi despertar?

—Les he mostrado las señales. No sé si siguen vivos para verlas, o si están dominados por alguien. Como sabes, no estoy completo, y he resistido con gran esfuerzo… Tú eres lo único que me une a tu mundo. Casi desearía disociarme «del todo»…

—¡Tú harás lo que yo te ordene!

Hablaba con urgencia, y su voz concentraba todo su poder natural y su enorme voluntad.

—Obedezco. Soy tuyo por completo. No puedo seguir hablando, mi…

La voz se interrumpió. Esta vez el silencio fue completo. Ella sabía que no habría más palabras, ni calidez, ni sensación de total seguridad ni de amor. No en aquel momento. Las lágrimas asomaron por las comisuras de sus ojos, pero parpadeó con fuerza para eliminarlas. No tenía tiempo para lágrimas. Eso nunca.

—Te quiero —susurró la joven. Se sentía mejor al decir aquellas palabras, al volver a ser ella misma, lo que era antes. Su voz ganó fuerza y resonó en el interior del sarcófago de piedra. Siempre te querré. Estaremos juntos. «¡Estaremos juntos!»

Se tocó las manos. Su piel aún tenía la suavidad aterciopelada de la juventud. Pero lo más importante era que todos sus anillos seguían ahí. Los tocó, uno por uno, dejando que el poder fuera aumentando, solo un poco, antes de quedarse con el menos poderoso de los nueve. El anillo de su pulgar izquierdo. El aro, hecho de un electro antiguo, sostenía un óvalo de marfil tallado que mostraba unas delicadas alas emplumadas que cubrían casi por completo un rostro humano, pintado o quizá esmaltado, con unos minúsculos rubíes por ojos. El halo que flotaba sobre el rostro casi oculto era una línea de oro del grosor de un cabello.

—Mazrathiel —susurró la mujer desde el sarcófago—. Mazrathiel, ven en mi ayuda.

El anillo emitió una luz, fría como la luz de luna, pero más intensa. Ella cerró los ojos para protegerse del repentino resplandor y sintió aquella presencia menor. Llegó con una sensación de calidez, pero no mayor que la que da el fuego del hogar en un día frío, nada tan extraordinario como la

sensación que se había apoderado de todo su ser antes, al hablar con él. Después sintió una ráfaga de aire, como el producto de un aleteo, y el sonido débil pero nítido de una única cuerda de arpa tocada a lo lejos.

—Mazrathiel está aquí —dijo un leve susurro que solo ella podía oír—. ¿Qué deseas? Si está a mi alcance, lo tendrás.

La mujer susurró algo, y Mazrathiel obedeció.

Al hermano Delfon siempre le había gustado la fría serenidad que infundía la Tumba de la Santa, en la cripta inferior del templo. En invierno hacía mucho frío, pero nunca le habían enviado a vigilar en invierno, al menos desde su sexto año. De eso hacía más de una década y, como todos los que usaban la magia angelical, era mayor de lo que decía su edad. Los más frágiles seguidores de santa Margarita solo hacían guardia en pleno verano, y lo cierto es que a Delfon le habrían permitido ahorrarse aquella tarea, de no ser porque él mismo había insistido. Había accedido a la sugerencia de sus superiores de llevarse un cojín y una manta, y se sentaba en el banco de madera de la esquina que usaban los peregrinos para descansar los días sagrados, cuando se les permitía visitar el lugar.

Estaba sentado, desplomado, apenas medio despierto. Así que tardó varios segundos en darse cuenta de que no estaba solo. Tenía una hermana a su lado, de pie, mirándolo con gesto de extrañeza, como si no supiera qué pensar del anciano monje.

Una hermana joven. Llevaba un hábito parecido al suyo, el blanco y negro de los seguidores del arcángel Ashalael, pero había diferencias en la anchura del blanco en los puños y en el ribete de la túnica, y hasta el color negro de la tela le parecía algo diferente a la luz del farol. Al cabo de un rato se dio cuenta de que quizá sería azul oscuro, no negro, y que el broche dorado que llevaba en el pecho mostraba un par de alas de siete álulas, unas alas de arcángel. Pero las alas de Ashalael siempre se representaban en plata; además, sobre estas había una extraña corona de nueve púas con un halo encima, no la mitra de la cardenal…

Por otra parte, su vista ya no era la de antes, como tampoco su oído. Y lo mismo pasaba con su memoria, así que no se hizo demasiadas preguntas sobre el broche, ni se preguntó por qué no reconocía a aquella hermana, alta y de aspecto noble. Le sorprendía que fuera tan joven; no tendría más de dieciocho o diecinueve años, sin duda era una novicia. Pero en cambio mostraba la desenvoltura de una obispo de visita, o de una abadesa. Él echó un vistazo a

sus manos de color tostado, asintiendo al ver los numerosos anillos que llevaba en los dedos, con sellos rectangulares u ovalados de marfil pintado o dorado, o de bronce dorado con elaboradas tallas. Iconos de magia angelical, aunque no reconoció inmediatamente los ángeles que representaban los poderes a los que podían invocar.

—No os he visto entrar, excelencia —dijo.

Su rostro le sonaba vagamente. Era joven y bella, de ojos oscuros y piel de color almendra, con el cabello negro como una rara lámina de jade que había grabado él mismo una vez para crear un icono de Karazakiel. La joven mostraba una expresión severa; Delfon no conseguía recordar quién era, pero desde luego le recordaba a alguien…

—No, no quería que me vieras llegar —dijo la extraña hermana.

Le tendió la mano derecha, que el hermano Delfon tomó en la suya y se llevó a los labios, sin llegar a tocarla, mientras sus viejos ojos intentaban reconocer el rostro del ángel magistralmente pintado en la placa de marfil del anillo más llamativo, de extraordinario poder. No reconoció ni el rostro ni el estilo del pintor, lo cual era de lo más raro, puesto que el hermano Delfon era un gran creador de iconos. Los había estudiado toda su vida, y había pintado a miles de ángeles: en sus mejores tiempos, había sido capaz de canalizar el poder nada menos que de nueve ángeles muy útiles, aunque de rango relativamente bajo. Ahora no podía recurrir a tantos, pero aún había tres ángeles menores que responderían a su llamada y que se prestarían a emplazar su poder en los iconos hechos por él, que remataba con su propia sangre.

—Yo no…, no reconozco vuestro emblema, su orden —murmuró Delfon, soltando la mano de la obispo y señalando su hábito con la mano temblorosa.

—¿Ah, no? —preguntó la joven. Se rio, y sus ojos brillaron con una mezcla de entusiasmo y picardía a partes iguales—. Es el blasón de Palleniel Exaltado, por supuesto.

Delfon dio un paso atrás. Sin duda, habría oído mal…

—Palleniel Exaltado —repitió la mujer, más alto.

Parecía disfrutar repitiendo un nombre que ya nadie pronunciaba. O que quizá ya ni recordaba nadie, salvo algunos como Delfon, que se pasaban la vida entre catálogos y listados de seres angelicales. Además, había pasado su infancia cerca de la frontera de Ystara, el país perdido que había tenido a Palleniel como arcángel.

—¿Palleniel? ¡Pero si ya no existe, desapareció de este mundo, expulsado por los otros arcángeles!

—Pero aquí está su arzobispo, la tenéis delante. No todo lo que has dicho es cierto.

Delfon frunció el ceño y se dispuso a hablar, pero en ese momento por fin observó algo tras ella, algo que debía de haber visto desde un principio. Se quedó sin palabras al ver que la Tumba de la Santa, el gran sarcófago de piedra que dominaba el centro de aquella cámara circular abovedada, ya no estaba donde debía estar. La cubierta de mármol del enorme ataúd, sellada con plomo, estaba corrida hacia un lado. Pesaba varias toneladas, y sin duda para ponerla en su sitio había hecho falta un enorme trabajo por parte de ingenieros, grúas y mucha cuerda. O quizá la ayuda de un ángel poderosísimo…

La mujer vio adónde dirigía su mirada atónita.

—Pareces perturbado, hermano. Pero te aseguro que santa Margarita no tuvo ningún problema en compartir su cripta conmigo. De hecho, cuando me colé en ella, no encontré nada dentro, lo cual sugiere que los predecesores de tu orden no fueron completamente sinceros con respecto a la fundación de este lugar.

—Pero, pero… ¿Qué…?

Liliath se sentó en el banco de madera, junto al anciano, y le pasó un brazo por encima de los hombros. Él tensó el cuerpo e intentó echarse atrás, pero ella lo agarró, acercándoselo al cuerpo. Tenía una fuerza inquietante, y él enseguida decidió permanecer inmóvil, aunque giró la cara.

—Venga, venga. No tengas miedo. Querría saber algo de considerable importancia. Para mí, por lo menos, porque supongo que ha pasado mucho tiempo.

—¿Q… q… qué?

—Ha pasado mucho tiempo desde que me fui —dijo Liliath—. Sabía que sería así, pero no tenía una idea precisa. ¿Cuántos años han pasado desde la Caída de Ystara?

—Ciento… —murmuró Delfon—. Ciento treinta y seis. No, ciento treinta y siete años.

—A mí me ha parecido una noche —dijo Liliath, casi para sus adentros —. Mucho tiempo…

Mantuvo silencio un rato, con los finos dedos apoyados sobre uno de los iconos de sus anillos. Delfon estaba sentado a su lado, temblando, de pronto sintiendo más frío del que había tenido en la tumba en aquellos lejanos días de invierno. Le pareció oír el suave murmullo de las alas de un ángel, alguna

otra presencia, pero no podía estar seguro. Le dolía la cabeza y sentía los oídos abotargados.

—Así que tú eres Delfon —dijo Liliath, cogiéndole la barbilla con dos dedos y haciéndole girar la cabeza hacia él.

Él tembló aún más, porque no le había dicho su nombre.

Incluso de cerca, la mujer tenía un aspecto joven, y de pronto Delfon recordó dónde había visto antes aquel rostro, o algo parecido. Había una anotación escrita a mano al final de uno de sus libros sobre los creadores de iconos de tiempos pasados, acompañada de un bosquejo. Aquella joven era la persona de aquel dibujo: Liliath, la Doncella de Elanda. La mujer que había encabezado el único grupo organizado de refugiados que habían podido huir de la maldición de la asolada Ystara, y que había muerto en misteriosas circunstancias poco después de cruzar la frontera y entrar en Saranza.

Según la docena de líneas añadidas al final del libro, Liliath había sido una joven increíble que había sorprendido a todo el mundo con su habilidad para crear iconos e invocar a ángeles desde su infancia, lo cual ya desde una temprana edad le había valido el apodo de Doncella de Elanda. Un nombre que quizá después adquiriera un matiz irónico, ya que corría el rumor de que era la amante del rey de Ystara, y de otros, aunque eso nunca pudo demostrarse.

Las notas también recogían el rumor de que Liliath tenía una capacidad única para evitar que la invocación de los poderes angelicales se cobrara su precio. Cada vez que un mago invocaba a un ángel lo hacía a costa de algo, de parte de su esencia vital. Los magos y los sacerdotes envejecían rápidamente, más cuanto más usaban sus poderes, y cuanto más poder tenían los ángeles a los que recurrían.

El gran Handuran había cuantificado esta pérdida en *El precio de la virtud*. Unas horas de vida por invocar a un serafín, por supuesto, no suponía una gran pérdida, pero invocar a un principado le costaría al mago en cuestión un año, y a un arcángel, varios años. Un ejemplo famoso era el de la cardenal santa Erharn la Bendita, que en solo un día y una noche había pasado de ser una mujer de cuarenta años llena de vida a una anciana marchita, para luego morir, al invocar los poderes del arcángel Ashalael para contener el mar durante la Gran Inundación de 1309…

Delfon se dio cuenta de que se había perdido en sus pensamientos. La joven estaba haciéndole otra pregunta. Pero no podía ser la Doncella de Elanda. No, desde luego que no…

—Dime, ¿tú eres creador de iconos?

—Sí —balbució Delfon, juntando las manos, como si así pudiera ocultar las manchas de pintura de sus dedos, los restos de clara de huevo seca y de pigmentos, bien visibles en su piel oscura como el cuero. O las pequeñas cicatrices que le sombreaban el dorso de las manos, por donde se había extraído la sangre.

—¿También invocas, además de pintar?

—Sí. Pero no a menudo…

—¿Qué ángeles te hablan? ¿Foraziel, por ejemplo?

—Sí —exclamó Delfon, muy sorprendido.

Aunque era evidente que era un creador de iconos, no llevaba ningún icono en el cinturón de cuerda de su hábito, no llevaba anillos, ni nada colgado del cuello ni de las muñecas que pudiera haberle dado algún indicio sobre qué ángeles en particular eran sus aliados. Y dado que había diez mil ángeles solo en las huestes de Ashalael, la posibilidad de descubrir a qué ángeles conocía era…

—Me lo imaginaba —dijo Liliath, interrumpiendo los frenéticos pensamientos de Delfon—. Él te trajo aquí coincidiendo con mi despertar.

—¿Él? —preguntó Delfon, tan atónito como asustado.

Aunque en realidad los ángeles no tenían sexo, cada uno se representaba tradicionalmente como hombre o como mujer, y tradicionalmente Foraziel era mujer.

Liliath no prestó atención a la pregunta.

—Necesito un icono de Foraziel —dijo—. Necesito su poder para encontrar lo que busco, y no quiero perder tiempo haciendo el icono yo misma.

Delfon asintió mecánicamente. Foraziel tenía el poder de encontrar cosas y personas perdidas u olvidadas. Pero no podía evitar mirar los extraños anillos que llevaba aquella joven. Desde luego tenía grandes poderes angelicales. Uno de los menores —y ver que era de los menores, en comparación con los que tenía a los lados— no mostraba el típico rostro de un ángel con su halo, sino una rueda dentro de una rueda, ambas rodeadas de minúsculos ojos de diamante. Un trono, uno de los ángeles más extraños, el más alto en la jerarquía de la Primera Esfera. Más alto que cualquier ángel que hubiera invocado nunca Delfon, un ser de un poder mucho mayor que su pequeña Foraziel. Pero los otros anillos tenían iconos que hacían pensar en ángeles mucho más poderosos…

Liliath flexionó los dedos, y la luz del farol hizo que los minúsculos ojos de rubí y de diamante y los halos dorados brillaran y titilaran.

—A veces lo que se necesita es un poder pequeño, específico —dijo, captando a la perfección los pensamientos de Delfon—. No la inmensa majestad de un principado o un arcángel.

Delfon bajó la cabeza, temblando, como si de pronto le hubiera dado fiebre. Todo aquello era demasiado para él, aquella extraña hermana…, obispo…, santa…, lo que fuera, y el poder que la acompañaba. Los iconos pintados de sus anillos no eran simples representaciones de ángeles, eran vínculos con unos seres imponentes y terribles. Y quizá llevara oculto el icono del ser más poderoso de todos, si era cierto que era una gran sacerdotisa de Palleniel, homólogo de los arcángeles protectores de los mayores países del mundo.

Aunque Palleniel no había protegido a su país, sino que había destruido a su pueblo con la peste gris, por lo que ahora, en las raras ocasiones en que se le mencionaba, se le llamaba «el Ángel Caído», y su nombre se usaba como una maldición…

—¿Hay algún icono de Foraziel en este templo? —preguntó Liliath.

Delfon vaciló, pero solo por un momento. Fuera quien fuera aquella mujer (presumiblemente, alguna enemiga de Alba o de los Ochenta y seis Reinos) tenía un poder muy superior al suyo; de hecho, muy superior al de cualquier otro habitante del templo, incluido el abad. Aunque… que estuviera tan joven, que no se hubiera ajado usando los poderes que tenía a su disposición…, eso era algo que no llegaba a comprender, y supo que no tenía otra opción que responder con sinceridad y obedecer.

—Sí —dijo—. En el taller. Lo acabé hace solo unos días.

—Bien —respondió Liliath—. Puedes enseñarme el camino. No he tenido tiempo de buscarlo durante mi…, eh…, llegada.

—Sí —murmuró Delfon, poniéndose en pie lentamente.

—Bien —repitió la mujer, que levantó la mano y se tocó uno de los anillos, murmurando un nombre entre dientes.

Delfon levantó un brazo para proteger sus viejos ojos del resplandor, pero echó una mirada rápida. Cualquiera que fuera el ángel que había invocado la mujer, no tardó lo más mínimo en volver a poner la tapa del sarcófago en su sitio, y las tiras de plomo roto se levantaron y se situaron de nuevo en su lugar, como serpientes hipnotizadas. A los pocos minutos, la tumba recuperó exactamente el mismo aspecto que tenía cuando Delfon había iniciado su guardia, al anochecer.

El viejo monje se apoyó en la pared y miró a la mujer, cerrando el ojo izquierdo para que el otro, el bueno, pudiera enfocarla mejor. Un mechón de

su cabello se volvió blanco, pero viró a negro ante sus propios ojos, como el agua al mezclarla con vino. No había pagado el precio por usar al ángel que había cerrado la tumba, cualquiera que fuera. O el efecto había sido solo temporal.

—¿Me matarás, supongo, cuando tengas el icono? —dijo lentamente—. Para que no corra la… voz.

—Sí —confirmó Liliath—. Supongo que es por eso por lo que te llamó a ti, que en cualquier caso estás cerca de la muerte. Mejor tú que alguno de los jóvenes. Palleniel es más compasivo que yo.

—Ah —respondió Delfon. No sentía miedo, lo cual le parecía raro. Solo sentía curiosidad… y una gran fatiga. Los últimos minutos habían sido de gran excitación. Y el deslumbramiento producido por la luz del ángel le había dejado un rastro de luz en los extremos de su campo visual, por lo que veía peor aún—. Palleniel. El portador de la peste. El antagonista.

—Palleniel, sí. Esos otros nombres son invención de otros. Ya te he dicho que no todo lo que te han contado es cierto.

—Pero ¿cómo puede haberme llamado a este lugar, esta noche? —preguntó Delfon, intrigado de verdad, pese a saber que le esperaba la muerte. El que ha sido mago angelical siempre lo es, incluso en la vejez y en sus últimas horas—. ¿En este lugar de Ashalael, en Saranza? Palleniel no tiene poder aquí. Y los ángeles no actúan por voluntad propia.

—Eso es lo que piensan los ortodoxos —dijo Liliath, sonriendo satisfecha por su conocimiento secreto—. Pero lo cierto es que los límites de acción de los ángeles en este mundo no son fronteras rígidas que hayan establecido ellos, sino que quedan definidas por el uso y las costumbres de la gente, y se pueden modificar. Y si son geográficas, en algunos puntos se pueden alterar. Y a algunos se les pueden dar instrucciones para que actúen en tiempos futuros. Si se dispone de suficiente voluntad y poder.

Delfon meneó la cabeza.

—No me puedo creer que lo que dices sea cierto —dijo Delfon—. O no me lo creería, de no ser porque si realmente eres Liliath…, he leído cosas sobre ti en *Vidas de magos*, de Decarandal. Aunque no fue Decarandal quien introdujo esos apuntes a mano en las últimas páginas…, quienquiera que lo hizo decía que Liliath podía crear iconos rápidamente, a su voluntad, e invocar a ángeles antes desconocidos en cualquier templo.

—Sigue —dijo Liliath—. Tengo curiosidad. ¿Qué más decía?

—Que su habilidad en la creación de iconos no tenía parangón. Y corría el rumor de que no pagaba el precio de la invocación físicamente…, pero que

murió joven, a los diecinueve años, por lo que daba la impresión de que sí había envejecido, solo que no externamente. Algunos lo consideraron una tragedia, la pérdida de una brillante promesa.

—Sin embargo, tal como ves, no morí —dijo Liliath—. Y cumpliré mis promesas. Todas ellas, pero una por encima de todas.

Delfon se la quedó mirando sin comprender lo que decía, pero consciente de la fuerza de su convicción. Había visto aquella intensidad en otros anteriormente, en los peregrinos, o en personas entregadas a grandes tareas, impulsadas por fuerzas que en muchos casos apenas reconocían ellos mismos. Pero en aquella mujer esa sensación se multiplicaba por mil.

—Vamos, tenemos que irnos —ordenó Liliath.

—¿No me harás daño? —preguntó Delfon, dubitativo—. Antes, quiero decir…

—No —concedió Liliath, sin pensárselo—. Simplemente, se te parará el corazón. Creo que ya estás fatigado, ¿no es así?

—Sí, sí que lo estoy —murmuró Delfon.

La luz del ángel se le estaba extendiendo desde los extremos de los ojos, y con ella una agradable sensación de calidez. No se había sentido tan relajado en muchos años, tenía el pulso muy lento y regular. Le hacía sentir como si viera una cama extraordinariamente cómoda en su futuro próximo, una cama mucho más cómoda que la que tenía en su celda de arriba, en el templo.

—Aún no, Mazrathiel —susurró la mujer. Mazrathiel era una dominación, con muy variados poderes, que incluían todo lo relacionado con el movimiento. Incluido el latido de un corazón, aunque solo el más poderoso (y egoísta) de los magos podía obligar a un ángel a dirigir un ataque directo contra una vida—. No hasta que tenga el icono y él esté sentado.

—¿Qué es eso? —preguntó Delfon, recuperándose un poco.

—Estás prestando un servicio a una causa noble; es un gran honor morir por ella —dijo Liliath.

Sus ojos parecían brillar con luz interior al hablar, mientras la boca esbozaba una leve sonrisa. Delfon volvió a tiritar al sentir aquel poder y aquella convicción tan enormes en una mujer tan joven. En realidad, no era más que una niña, al menos por su aspecto, pero con una fuerza mental y una decisión, con tantos ángeles a sus órdenes…

Liliath le cogió del brazo y le acompañó a la puerta, que curiosamente ya estaba abierta.

—¿Por dónde?

—Izquierda —dijo Delfon—. Arriba, por las escaleras de caracol.

Salió tambaleándose, con Liliath al lado.

—Dime —dijo ella—. ¿Qué ha pasado en el mundo en este tiempo? ¿Quién gobierna Saranza?

Tras ellos, la puerta se cerró lentamente con un crujido, acompañado por el leve sonido de un coro celestial distante que acababa en un perfecto unísono con una única nota discordante.

2

Liliath dispuso el cuerpo del hermano Delfon en el suelo, junto a su mesa de trabajo, y le cerró los ojos con gran suavidad. Mazrathiel se retiró, deseoso de salir de allí después de haber sido invocado a su pesar para poner fin a una vida, y sin duda se mostraría más reticente la próxima vez. Aunque a Liliath eso no le preocupaba. Si necesitaba a Mazrathiel, él tendría que responder, como hacían todos los ángeles correspondientes a los iconos que había creado o usado. No toleraría ninguna desobediencia.

El icono de Foraziel que había hecho el anciano ocupaba un lugar de honor sobre su mesa. Era un buen trabajo, más que competente. Sentía la presencia potencial del ángel en la imagen, que mostraba la representación más habitual de Foraziel: una mujer medieval nada llamativa, sorprendida ante algo bueno que ha descubierto; solo el fino halo indicaba que era un ángel.

—Debo saber quiénes son y dónde están —susurró la joven—. Solo cuatro…

Pero no hubo tiempo de invocar a Foraziel. Estaba a punto de amanecer, y Liliath tenía que salir del templo antes de que la descubrieran. Cogió el nuevo icono y se lo metió con otros en uno de los bolsillos secretos del interior de su hábito. Tardó unos minutos más en encontrar el libro de Decarandal sobre creadores de iconos con su imagen que había visto en la mente de Delfon gracias al poder de Pereastor. Arrancó las páginas que le interesaban y también se las metió en el bolsillo. Luego salió de allí, cerrando suavemente la enorme puerta de roble a sus espaldas.

A pesar del tiempo pasado, el templo había cambiado poco desde el día en que se había colado para ocultarse en el interior de la Tumba de la Santa, ciento treinta y siete años antes. Abriendo otra puerta, salió al claustro este, donde hizo una pausa, paseando la mirada por el gran patio pavimentado, cuya única luz era la de las estrellas. Se veían formas en el suelo, y se oían ronquidos, lo que indicaba la presencia de un grupo de peregrinos, gente de un estatus insuficiente como para que les permitieran acceder a las habitaciones de invitados o a los dormitorios; ni siquiera se les permitía la entrada al templo, pero les permitían dormir allí. Curiosamente, iban todos vestidos del mismo color claro, que resultaba difícil de distinguir a la luz de la

luna. Quizá fuera un azul verdoso… o un gris. Como un uniforme, aunque hecho jirones, y no parecían soldados. Liliath vaciló. Eran más de una docena, y la puerta de salida se encontraba del otro lado del patio. Era probable que alguno se despertara a su paso, y eso complicaría las cosas. De uno u otro modo. En aquel momento de duda oyó el suave roce de unos pies desnudos sobre la piedra, alguien que se le acercaba por detrás. Se giró y vio a un hombre encapuchado vestido de gris con la daga desenfundada. Se lanzó sobre ella, pero ella fue más rápida, y se apartó hacia un lado en un movimiento fluido que debería de haber hecho desistir al hombre. Pero no fue así.

—No te mataré —susurró, lo que le hizo suponer a Liliath que los que dormían en el patio no eran necesariamente aliados de su atacante, o quizá que temía que los guardias de la garita del templo los oyeran e intervinieran. Tenía muchos dientes rotos, y el brazo izquierdo le caía junto al costado, mustio e inútil. Pero su brazo derecho era muy fuerte, y era en el que llevaba el cuchillo—. Tú sé buena chica y dame esos anillos. Y no creas que puedes invocar a un ángel; te degollaré en un momento. En todo caso, no te servirían de nada, soy un rehusante.

—¿Y quién crees que soy yo? —preguntó Liliath sin inmutarse, ni susurrando ni elevando la voz.

Tomó nota de la palabra «rehusante» y del leve resplandor de Palleniel que percibía en la sangre del supuesto ladrón. Estaba claro que habría tenido que preguntarle muchas cosas al hermano Delfon, cosas de las que ahora tendría que informarse más directamente.

—No lo sé —dijo el hombre, observándola atentamente, con la daga a punto para atacar otra vez—. La Vieja Brill leyó en las estrellas que aquí encontraríamos nuestra gran fortuna. Por una vez tenía razón. ¡Quítate los anillos!

—Dices que eres un «rehusante» —dijo Liliath. Por su piel o sus rasgos no reconocía su origen. La piel del hombre tenía el tono de un árbol de la ceniza y sus ojos eran verdes, pero con eso nadie habría podido deducir nada. Muchas tribus ancestrales se habían asentado en Ystara y Saranza milenios atrás, y habían mezclado sus sangres, por lo que sus descendientes tenían la piel de tonos muy diversos, desde el negro más profundo al blanco más pálido. Pero aquel rastro de Palleniel en su interior solo podía significar una cosa—. ¿Así que eres descendiente de ystarianos?

—Por supuesto —murmuró el hombre, que lanzó un nuevo ataque, pero Liliath inclinó el cuerpo hacia atrás en una curva imposible, como si tuviera

una bisagra en la cintura.

La hoja pasó rozando su objetivo, la garganta. Sin embargo, antes de que el hombre pudiera recuperarse, ella giró sobre sí misma, lanzó la mano y le aferró la muñeca, retorciéndole el brazo hasta hacerle girar todo el cuerpo y caer de rodillas.

Tenía una fuerza imposible para una chica tan joven y tan delgada. El ladrón emitió un sonido gutural, y al levantar la vista, atónito ante lo que estaba sucediendo, el blanco de sus ojos brilló en la noche.

—¿Y el hecho de que seas de Ystara significa que la magia angelical no funciona contigo? —preguntó Liliath—. ¿Podría convertirte en alguna criatura infernal?

—Sí, sí —dijo el hombre—. ¡No lo pruebes!

—O morirías de peste gris —se planteó Liliath.

Oyó que alguno de los durmientes se despertaban a sus espaldas, así que tiró un poco del hombre por la muñeca para situarse donde pudiera ver si acudía alguien más al ataque.

—Más bien me convertiría en un monstruo —respondió el ladrón, jadeando—. Te mataría, sin duda.

Liliath no respondió; en lugar de eso intentó llegar a esa diminuta fracción de Palleniel que había dentro del hombre.

—Yo creo que será la peste —dijo, y dirigió su voluntad a la partícula de su ser que también era el arcángel.

Un segundo más tarde, empezaron a aparecer unas manchas de ceniza gris en las comisuras de la boca del ladrón. La ceniza también fue apareciéndole alrededor de los ojos, y cayéndole por los oídos y por debajo de las uñas. Liliath lo soltó y dio un paso atrás, y la ceniza empezó a fluir, lenta pero progresivamente, casi como una sangre medio coagulada. El hombre consiguió aguantarse sobre las rodillas unos segundos más, pero luego cayó de lado, y la ceniza siguió saliendo de cada orificio, poro y herida, hasta crear un charco a su alrededor.

Para cuando murió, unos minutos más tarde, todos los presentes en el patio estaban despiertos y miraban a Liliath, habían encendido numerosos faroles y los sostenían en alto, creando zonas de luces y sombras. Ella se giró hacia ellos, consciente de que a aquel grupo le pasaba algo. Tenían diferentes colores de piel y de cabello, y diferentes rasgos faciales, como era de esperar. Había gente de todo tipo, pero…

Tardó un momento en comprender que muy pocos de ellos podían ponerse en pie. La mayoría de ellos estaban encorvados, o plegados por la mitad, o

mantenían un extraño equilibrio irregular que dependía de los bastones o los compañeros en los que se apoyaban. A las caras que se giraron hacia ella les faltaban ojos, narices y dientes, consecuencia de enfermedades y lesiones que, en la mayoría de los casos, un ángel podría curar —o al menos mejorar— sin dificultad. Pero estaba claro que ninguno de ellos había disfrutado del contacto sanador de un ángel en su vida.

Afrontó sus miradas asustadas, inquisidoras, en muchos casos hostiles, observó sus curiosas túnicas y capas de color gris, y poco a poco, uno por uno, todos fueron arrodillándose, agachándose y bajando la cabeza, postrándose ante ella como se hace ante un rey o una reina. Solo uno no inclinó la cabeza tanto como los demás y, un momento más tarde, levantó la vista y se encontró con la mirada de Liliath. Tenía la piel de color tostado, como la miel de flores de brezo, y antes debía de haber sido guapo. Pero ahora tenía la cara llena de cicatrices en forma de media luna por alguna viruela terrible que le había dejado un ojo cerrado y le hacía parecer mucho mayor de lo que era, o eso creyó Liliath viendo su otro ojo, que tenía un aspecto joven y vivo, también por su voz juvenil.

—¿Así que realmente eres la Doncella de Elanda renacida? ¿Tal como nos decían los antiguos? A mi bisabuela le habría encantado verte. Lástima que muriera la semana pasada.

—No he renacido —dijo Liliath, con el mismo tono de voz. Aquel joven cubierto de cicatrices no mostraba todo el respeto que cabría esperar, aunque hablaba con cierta autoridad, como si fuera el líder de aquel grupito heterogéneo—. Solo he despertado. Supongo que eres de la Orden de Ystara, y que has visto la señal, ¿no? —añadió, y levantó la vista al cielo, hacia aquel fragmento rectangular de cielo estrellado sobre el patio, delimitado a cada lado por los edificios del templo.

Desde la antigüedad se debatía sobre si el cielo nocturno era el lugar donde moraban los ángeles o si simplemente era un reflejo, una representación de su existencia y su poder.

Fuera como fuera, el cielo era un indicador bastante fiable del estado de los diversos poderes angelicales.

Tal como era de esperar allí, en Saranza, la estrella de Ashalael brillaba en el punto más alto y con más fuerza que ninguna. Pero Liliath no miró hacia allí; buscó más hacia el oeste, y luego un poco hacia el sur. En otro tiempo, la estrella de Palleniel había brillado en ese punto, no con la luz que tenía en Ystara, pero aun así seguía siendo una de las siete estrellas más brillantes. Ahora allí solo había oscuridad. Si embargo, tres dedos a la izquierda de

aquella ausencia brillaba una estrella muy pálida, casi violeta. Apenas visible, incluso para Liliath, que tenía una vista sobrehumana y que sabía exactamente dónde mirar. Sin embargo, era visible, y un observador atento, provisto de telescopio y de cierta intuición —o de instrucciones— podría encontrarla mirando hacia aquel rincón del cielo.

La estrella era la de Jacqueiriel, un compañero menor de Palleniel, que tenía el poder de dar la sensación de tener buenas noticias, de la proximidad de un evento feliz, dentro de los límites geográficos de Ystara. Un poder limitado, puesto que Jacqueiriel no podía comunicar ningún detalle, y en los días previos a la peste había sido usado sobre todo por los amantes que querían enviar la emoción de un regalo que llegaría más tarde.

En este caso, la estrella del ángel era un augurio de la reemergencia de Palleniel, y por tanto del despertar de Liliath. Un indicador visible de que se había enviado el mensaje a la Orden de Ystara, o a sus herederos y descendientes.

—¿La orden? —preguntó el joven con la cara marcada—. No hay orden, no hay señores con tabardos blasonados, cadenas de oro y espadas relucientes. Solo está la Vieja Brill, que se sienta en los lechos de los agonizantes y escribe historias, y que observa los cielos. Nos dejaste demasiado pronto como para saber cómo irían las cosas. A los ystarianos no se nos permite recordar nuestro propio país, no se nos permite recordar. Nos llaman los rehusantes, porque debe ser por culpa nuestra que los ángeles nos dan la espalda, o que nos cambian a peor. Debemos vestir de gris, para que no se produzcan accidentes, para no crear abestiados. Y no debemos mostrarnos demasiado en público, salvo como siervos y mano de obra, para que la gente respetable no pueda contagiarse de algún modo de nuestras miserias.

—Tú sigues siendo de la orden, cualquiera que sea tu aspecto exterior —dijo Liliath, hablando con plena convicción—. Y serás curado, y renovado, cuando volvamos a Ystara y regrese Palleniel.

Su discurso fue recibido con silencio. Pero no fue un silencio reverencial, tal como esperaba Liliath. Más bien era un silencio pesado, malhumorado.

—¿No me crees? —preguntó, mirando al joven, su rostro destrozado por la viruela. En su interior tenía el brillo de Palleniel, más intenso que en los otros. Su antepasado debía de haber estado muy cerca de ser apto para sus fines. Probablemente, eso contribuyera a que se hubiera erigido en líder de aquel grupo de desharrapados—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Bisc. Es diminutivo de Biscaray. Soy el Príncipe de la Noche —respondió el joven—. Rey de las Sombras ahora, supongo, en vista de que

has liquidado a Franz Brazomustio, que era nuestro señor más noble. A menos que alguien quiera desafiarme, claro…

Pronunció aquella palabras en voz alta, dirigiéndose a los rehusantes presentes.

Nadie se movió. Nadie respondió.

—¿Rey de las Sombras? ¿Quieres decir que eres el señor de los mendigos, ladrones y cosas por el estilo? —preguntó Liliath—. ¿Los bajos fondos de toda Saranza?

El Rey de las Sombras se rio.

—En absoluto. Solo en Lutacia, y solo de los rehusantes. Pero a falta de otras opciones, somos, con mucho, los más numerosos, así que somos los señores de la noche. Tal como les gusta decir a los nobles y poderosos, «no todos los ladrones y mendigos son rehusantes, pero todos los rehusantes son ladrones y mendigos».

—¿Y por qué habéis venido aquí, si no creéis que yo pueda ofrecernos una nueva vida en Ystara?

—Franz nos lo ordenó —dijo él, encogiéndose de hombros—. La Vieja Brill a veces lee cosas útiles en el cielo, de vez en cuando. Nuestro antiguo Rey de las Sombras pensó que quizá sería una ocasión para sacar algo y, en el peor de los casos, nos dábamos un paseo.

—Ya has visto lo que le he hecho —dijo Liliath, esbozando una sonrisa perversa—. Y, aun así, percibo vuestras dudas. Y aunque os hayáis arrodillado, no percibo un sometimiento sincero.

—Peste o monstruo, podría haber sido cosa de suerte —dijo el nuevo Rey de las Sombras, preocupado. Vaciló, ya no tan convencido como antes—. Pero no dudo de que…

—¿Necesitas más pruebas? —insistió Liliath—. ¿Quieres que te cure, que te devuelva la suavidad de la piel, que ese ojo te quede igual que el otro?

Eso sería difícil, quizá demasiado difícil. Pero si tenía éxito, obtendría varios éxitos. Le vio contener una tímida réplica.

—Sería una prueba útil, ¿no te parece? —preguntó Liliath.

Biscaray irguió el cuerpo y se le acercó, parándose a poco más de un metro. No volvió a arrodillarse, y su mano derecha pasó rozando la empuñadura de una hoja solo cubierta en parte por su túnica gris. A la luz del farol que tenía detrás, Liliath vio la absoluta ferocidad de las marcas de viruela, el rastro de cicatrices dejado por alguna enfermedad que le había escavado la piel y no solo le había desplazado el ojo izquierdo, como pensaba, sino que lo había dejado oculto bajo una excrecencia de tejido cicatricial.

—Si puedes hacer lo que dices, demostrará que eres quien dices que eres —dijo, con voz tranquila—. Si fracasas, te rebanaré el pescuezo, o lo hará mi pueblo por mí.

—No temas lo que voy a hacer, no te vuelvas en mi contra —respondió Liliath, que se giró hacia la multitud, levantando la voz—. Esto no es más que un anticipo de lo que os espera en Ystara, cuando volvamos.

Levantó la mano derecha y, sin apartar la vista del Rey de las Sombras, tocó el anillo que llevaba en su pulgar izquierdo. Gwethiniel, la gran sanadora. Había muchos ángeles con capacidad de curar, muchos inferiores a él, pero pocos superiores. Gwethiniel era una potestad, y no convenía invocarla a la ligera. La mano del hombre se tensó y agarró el cuchillo, pero no lo desenvainó. Liliath esperó, sintiendo la presencia distante del ángel, pero sin invocarlo aún.

—¿Tienes el valor necesario? —susurró.

Veía un brillo de esperanza bajo el velo de sospecha de su rostro, aunque intentara ocultar sus emociones.

—Ya me he jugado la vida a los dados antes —dijo el Rey de las Sombras encogiéndose de hombros—. Una vez que se ha tomado la decisión, ¿qué más da tirarlos una vez más?

Liliath invocó a Gwethiniel al mismo tiempo que imponía su voluntad sobre el fragmento de Palleniel que llevaba dentro el joven, obligándole a retirarse. El arcángel forcejeó, y Gwethiniel también se resistió a responder a su invocación.

—Me obedeceréis —murmuró Liliath, hablándoles a la vez a la esencia de Palleniel y a la ángel reticente—. Me obedeceréis.

—Obedezco —respondió la voz en el interior de su mente. Gwethiniel, que habitualmente tenía una voz serena y segura, habló con voz forzada, rasposa—. ¿Qué ordenas?

—Cúralo —ordenó Liliath, aunque hablaba mentalmente—. Pero no toques el vestigio de Palleniel.

—Mi poder consiste en restaurar el orden natural, y normalmente se usa para sanar a los «mortales» —dijo Gwethiniel—. La presencia de otro me impide actuar. No puedo actuar contra alguien tan grande, aunque no esté presente del todo.

—Sí que puedes —ordenó Liliath—. Yo lo contendré. Haz lo que te ordeno.

—Es muy peligroso —susurró Gwethiniel—. Para todos.

—¡Haz lo que te ordeno!

Liliath dijo aquello último gritando, y los presentes se encogieron al percibir el poder de sus palabras. Tras ellos, en la garita del portero, se encendió una antorcha. La vigilante de la puerta, o uno de los guardias del templo, se había despertado. Se oyó el murmullo de unas grandes alas sobre sus cabezas. De pronto, una luz cálida y un olor a madreselva inundaron el patio. El Rey de las Sombras gritó y cayó, y la propia Liliath se agazapó, aplastada por el gran poder que estaba canalizando, pero solo por un momento; luego levantó el cuerpo y recobró la compostura. Un grueso mechón de su cabello se había vuelto blanco, y el rostro se le había cubierto de arrugas, pero fueron cambios transitorios, que enseguida se revirtieron, aun cuando Palleniel se revolvía en su contra. Lo contuvo imponiendo su fuerza mental, al tiempo que enviaba a Gwethiniel a acabar el trabajo que aún tenía a medias.

—¡Nadie puede desobedecerme! —bramó Liliath—. ¡Haréis lo que os ordeno!

Se oyó el aleteo de Gwethiniel. Estalló un trueno, pero acabó su tarea y se fue en el mismo instante, retirándose mucho más rápidamente de lo que había venido, antes incluso de que Liliath le diera permiso para hacerlo.

El Rey de las Sombras levantó la cabeza y se la tanteó. Las marcas de viruela habían desaparecido, su piel de color miel estaba suave y joven, y su ojo estaba en el lugar correcto. Se pasó las manos bajo el jubón, tanteando la piel del torso, con gesto de asombro. Irguió el cuello, se giró hacia los demás y todos los faroles le iluminaron, mientras levantaba la cabeza y se abría el jubón para mostrarles a todos su pecho de piel perfecta.

—Estoy…, ¡estoy curado!

Y en el mismo momento en que hablaba se produjo una avalancha en dirección a Liliath, una avalancha irregular, a trompicones, de gente que levantaba los brazos y la voz, suplicándole:

—¡Cúrame! ¡Cúrame! ¡Ayúdanos!

—¡Ahora mismo no puedo hacer nada más! —se defendió Liliath, levantando la mano.

Estaba muy fatigada, a pesar de su fuerza inhumana, pero no lo demostró. No podía permitirse mostrar debilidad. No había señales visibles en su cuerpo del precio que se había cobrado la invocación, pero aún sentía la piel de su rostro reparándose, las finas arrugas restaurándose. Sonrió levemente para transmitir confianza, pero también porque había obligado a un ángel a cumplir su voluntad sin pagar el precio, y no lo pagaría nunca.

—Todos serán curados cuando regresemos a Ystara.

Aun así seguían echándose encima de ella, ansiosos. Liliath retrocedió, situándose tras una de las columnas, preparándose para golpear al más avanzado, porque en aquel momento no se atrevía a usar magia angelical. Estaba demasiado agotada y no podría controlar el resultado, y un cambio monstruoso probablemente acabaría matándolos a todos. Incluso a ella misma, aunque no era fácil acabar con ella.

Pero Liliath no tuvo que hacer nada. Biscaray soltó un grito y desvió la marea de rehusantes a un lado, empujando a los más adelantados y haciendo caer a unos cuantos sobre las piedras del suelo. Actuaba como si fueran una jauría de perros lanzándose sobre la carne, como un domador, sin miedo pese a su número.

—¡Atrás! ¡Atrás y abajo! ¡Abajo!

La marea cesó. Los rehusantes se dejaron caer de rodillas y el momento de ansiedad pasó. Pero tras ellos, Liliath oyó que se abría la puerta que les había tenido encerrados en el patio durante la noche, y el chasquido de los pestillos al correrlos. La vigilante del templo llegaría al cabo de unos momentos, seguramente acompañada de un puñado de guardias, furiosos por haber sido despertados antes del amanecer, especialmente por unos huéspedes en absoluto bienvenidos.

—Necesito una capa —le dijo Liliath a Biscaray—. Con una capucha o un sombrero. Y debemos marcharnos lo antes posible.

—Como ordenes —respondió Biscaray, que dio órdenes a una rehusante que tenía cerca. Esta rebuscó en su petate, mientras otros arrastraban el cuerpo del antiguo Rey de las Sombras hasta el rincón más oscuro de los claustros—. Salir de aquí no será difícil. Nos echarán, estoy seguro. Pero luego… ¿Nos vamos a Ystara?

—No —dijo Liliath en voz baja—. Necesito enterarme de todo lo que ha ocurrido durante mis años de reposo. No me esperaba que Ystara aún estuviera invadida por los abestiados. Necesitaremos un ejército para regresar.

—¿Un ejército? Todo rehusante responderá a tu llamada, en cuanto se sepa…

—No —le interrumpió Liliath—. No podemos dejar que se extienda la noticia de mi regreso, sobre todo entre los que no son de Ystara. Hay muchos en Saranza y en el resto del mundo, e incluso en los cielos, que no desean que Ystara vuelva a levantarse. Tanto mortales como ángeles que plantearían oposición al regreso de Palleniel, a los que habrá que engañar para que nos ayuden. Tenemos que ser… listos.

—Así es el Clan de las Sombras. Vivimos aprovechando nuestro ingenio y la habilidad de nuestras manos —dijo Biscaray.

—Y gracias a vuestras astucias también, supongo —dijo Liliath, que le sorprendió con un guiño pícaro.

No podía ser que sintiera ningún deseo por un simple humano: los sentimientos que le inspiraba Biscaray, ahora convertido en un joven casi hasta atractivo, no eran nada en comparación con su amor desbocado por Palleniel. Pero el acto físico la distraería, le ofrecería cierto alivio de la intensidad y la presión del destino por el que estaba luchando. Decidió que se llevaría a Biscaray a la cama cuando fuera el momento. Para tenerlo más controlado, como había hecho ya antes tanto con hombres como con mujeres, no todos jóvenes y atractivos, como era ahora él.

Le entregaron una capa. Liliath se la puso, se caló la capucha y se envolvió el cuerpo. Curvando el cuerpo hasta casi doblarse por la mitad, se introdujo entre la multitud justo en el momento en que la verja se abría con un chirrido y entraba la vigilante seguida de cuatro guardias somnolientos que iban clavándoles las porras y soltando golpes a los que encontraban.

—¿Cómo os atrevéis a alterar la paz del templo? —gritó la vigilante, levantando la voz por encima de todos los demás.

Hizo una pausa para levantar la mirada al cielo en el que aún no se insinuaba el amanecer, frunciendo el ceño al ver aquella extensión azul oscuro, porque estaba segura de que había oído tronar. Pero también era cierto que estaba muy dormida… En cualquier caso, estaba segura de que había oído el parloteo sacrílego y los gritos de aquellos viles rehusantes.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Así pagáis nuestra hospitalidad! ¡Fuera de aquí!

3

Liliath no había estado nunca en Lutace, pero la primera ciudad de Saranza no era tan diferente a Cadenz, la gran metrópolis de Ystara. Lutacia también estaba atravesada por un río (el Leire), aunque no era tan ancho como el Gosse, y la ciudad era bastante llana; no tenía las colinas de Cadenz.

Lutacia tenía una muralla urbana mucho más alta y extensa que la de cualquier ciudad ystariana. Era de ladrillos de color amarillo pálido y no tenía más que unos siglos. En otro tiempo había sido de piedra gris. Pero las autoridades municipales… o las del reino, o ambas, se habían ido volviendo más laxas a la hora de exigir el mantenimiento de las zonas despejadas necesarias para la defensa, por lo que habían aparecido muchas casas, cabañas y barracas junto a la muralla, e incluso sobre los muros.

Uno de los muchos refugios y escondrijos del Clan de las Sombras estaba en el barrio de los Rehusantes, un amplio distrito de chabolas que empezaba en el puerto y en el barrio de los almacenes y que se extendía hasta la muralla suroeste, rebasándola y adentrándose en lo que habían sido campos hasta una o dos generaciones antes. La gente de Bisc había ocupado dos casas situadas a ambos lados de la muralla, y los pisos altos estaban uno frente al otro, así que solo había que dar un salto desde la ventana del último piso de la casa de fuera de la muralla a la ventana de enfrente para entrar.

Liliath se había apropiado de la sala más grande de la casa del lado de la ciudad para su uso particular. Ocupaba todo el quinto piso, y una parte estaba adaptada como taller de un creador de iconos, con un largo banco de trabajo frente al mayor de los tragaluces, para aprovechar la luz natural. Aunque no tenía pensado quedarse en la casa mucho tiempo, tenía cosas que hacer, debía restaurar iconos que habían sufrido un poco durante su largo sueño, en particular los que había recuperado de los escondrijos secretos dejados por sus seguidores a su llegada a Lutacia. Los ángeles solían responder mejor a las representaciones más limpias y luminosas.

Una gran cama con dosel y unas cortinas doradas con brocados ocupaban la otra esquina de la gran cámara. Era una cama digna de una reina y, de hecho, había sido un regalo de bodas a una princesa un siglo atrás, aunque la princesa había muerto antes de la boda. La habían robado de uno de los refugios de caza reales menos importantes, un lugar por el que prácticamente

no pasaba nadie, la habían limpiado y le habían puesto un colchón de plumas nuevas y buenas sábanas. Por supuesto, Liliath sabía que Bisc le había conseguido una cama tan imponente porque esperaba poder compartirla con ella, pero ella aún no había decidido permitírselo. Cuanto más lo esperara, más dominado lo tendría.

Liliath se sentó ante el banco de trabajo, pero no para restaurar un icono. Sacó una vez más el elaborado por el hermano Delfon y lo miró de cerca, pasando sus finos dedos por la superficie dorada. Había empezado a invocar a Foraziel dos veces desde su marcha del templo de Santa Margarita, pero en ambas ocasiones se había interrumpido, y el ángel había aprovechado su falta de concentración para mostrarse extrañamente renuente y evasivo.

Así que ahora tenía que invocar al ángel en la ciudad, donde había mucha más gente que practicara la magia angelical, muchos más ángeles invocados para que se presentaran en el mundo mortal en cada momento, y donde había un riesgo mucho mayor de ser descubierta, o de suscitar curiosidad. A Liliath, aquello, en sí, no le preocupaba, ya que era muy capaz de enfrentarse a los ángeles más comunes, si a algún mago se le ocurría enviar a uno para que investigara. Pero había cierto peligro de que la misma cardenal Duplessis se alarmara lo suficiente como para invocar a Ashalael. En su propio país, el arcángel encontraría a Liliath en un instante, y acabaría con ella al momento.

En cualquier caso, Liliath consideraba que aquella posibilidad era mínima, porque sabía que la cardenal, actual portadora del icono de Ashalael, tenía poco menos de cincuenta años, pero daba la impresión de tener sesenta o más, envejecida por las numerosas invocaciones realizadas. No invocaría a Ashalael a la ligera; probablemente, no lo haría a menos que se encontrara muy necesitada. Liliath sospechaba que podía poner en marcha sus pequeñas tretas y artimañas sin atraer la atención de la cardenal.

Por supuesto, había otros riesgos. Aunque quizá la cardenal no se atreviera a invocar al arcángel patrón de Saranza, siempre cabía la posibilidad de que otros agentes más terrenos dieran con Liliath, y ella aún no se había creado una identidad idónea para ocultar la suya. Si los persevantes de la cardenal —tal como se llamaba a los soldados y agentes secretos de su eminencia—, la encontraran en aquel momento, en un piso seguro del Rey de las Sombras, lo tendría difícil para evitar que huyeran y revelaran su verdadera identidad. Había iniciado el proceso de convertirse en otra persona, un movimiento de prestidigitación para desviar la atención humana. Pero aún no lo había completado.

A pesar del riesgo, se dijo, tenía que invocar a Foraziel. No podía seguir sin saber los nombres y la ubicación de los cuatro candidatos.

Una vez más frunció el ceño ante la idea de que solo hubiera cuatro, pero enseguida se sobrepuso, consciente de que no podía dejar que aquello le afectara.

Tocando el icono con las puntas de los dedos, inició la invocación. No recurrió a su fuerza mental directamente para forzar la conexión inmediata, como solía hacer, sino que emitió la llamada más lenta y subrepticiamente, tal como le habían enseñado tanto tiempo atrás, cuando era una niña precoz adulada por sus profesores en el templo, cuando la llamaron por primera vez Doncella de Elanda: *Foraziel, que encuentras cosas perdidas. Foraziel, que penetras en los secretos. Foraziel, Foraziel, ven en mi ayuda*.

Muy muy lentamente, Liliath sintió la presencia de la ángel cada vez más cerca. Se mostraba desconfiada, no quería responder a la llamada, pero no podía hacer caso omiso al hilo de poder que unía a Liliath con el icono, y a este con los cielos donde moraban los ángeles.

Y al momento se vio atrapada. Capturada por la potente fuerza mental de Liliath.

—Foraziel. Harás lo que te ordeno. Hay cuatro en Lutacia que llevan la verdadera esencia de Palleniel en su interior. Debo saber sus nombres y estaciones, y dónde se encuentran…

—No puedo. Está prohibido. Yo…

—Puedes. Debes hacerlo. Si no lo haces, o si te retiras de este mundo antes de completar esta tarea, la próxima invocación será para proceder a tu destrucción.

Liliath percibió la sorpresa y el asombro del ángel al darse cuenta de que Liliath hablaba en serio. La mayoría de los ángeles no eran conscientes de que pudieran llegar a ser destruidos, pero Foraziel ahora no lo dudó, viéndose incapaz de huir de aquella lanza de cristal tembloroso que era la fuerza mental de Liliath. No sabía si algún otro mago había descubierto que era posible acabar con los ángeles, u otras cosas peores.

Pero dado que siempre les sorprendía tanto, lo dudaba.

Posiblemente, los ángeles de rango superior lo supieran. Liliath no estaba absolutamente segura de poder llegar a ser capaz de acabar con uno de ellos, y no tenía ninguna intención de arriesgarse. Incluso eliminar a un serafín o un querubín era una tarea ingente, aunque lo había hecho muchas veces, quedándose su poder. Primero para convertirse en algo más que humana,

luego para mejorar ciertas habilidades, y luego, varias veces más, para armarse contra los efectos del tiempo, antes de su casi-muerte.

—*Obedezco, tal como es mi obligación. Tengo el poder necesario. Dentro de una hora volveré con la información que solicitas*.

—Ve, pues, y no me falles —dijo Liliath en voz alta, con un tono áspero y duro.

Se oyó un aleteo, pero Liliath mantuvo los dedos en el icono mientras Foraziel seguía en el mundo, para que el ángel no tuviera ninguna posibilidad de escapar sin completar la tarea. A lo lejos percibía la presencia del ángel revoloteando por la ciudad, aquí y allá, mientras buscaba a los cuatro que le había pedido Liliath.

Liliath pasó la hora siguiente imaginando agradables escenas futuras. Y aunque aún mantenía los dedos en el icono, al estar distraída casi se sorprendió cuando sintió la presencia invisible de Foraziel.

—*He regresado. He encontrado lo que buscas*.

Liliath se puso en pie, recurrió a su poder mental y colocó una hoja de papel grueso, de muchas fibras, junto al icono.

—¡Escribe los nombres!

Una chispa minúscula se encendió sobre el papel y empezó a moverse, dejando un rastro negro tras de sí, y formando lentamente la letra «S» con perfecta caligrafía.

Liliath resopló, impaciente, y percibió la pluma de Foraziel. El ángel escribió más rápido, atravesando el papel con su fuego con las prisas y sofocando las pequeñas llamitas que se formaban con unas manos invisibles, o con el roce de sus alas o con lo que fuera que usaran los ángeles para interactuar con el mundo físico. Aun así, pese a los agujeros quemados y las líneas ennegrecidas, las palabras eran claras.

> -SIMEON MACNEEL. ESTUDIANTE DE MEDICINA EN EL HOSPITAL DE SAN JERAHIBIM EL TRANQUILO.
> -AGNEZ DESCARAY. CADETE DE LOS MOSQUETEROS DE LA REINA.
> -HENRI DUPALLIDIN. ESCRIBIENTE AL SERVICIO DE LA CARDENAL.
> -DOROTEA IMSEL. CREADORA DE ICONOS, ESTUDIANTE EN BELHALLE.

Foraziel le rogó:

—*Libérame*.

Por un momento, el rostro de Liliath se torció con un gesto exasperado. Pensó en el castigo, en la extinción, en la absorción. Pero cualquiera de esas cosas alertaría a los ángeles manifestados en aquel lugar y en los cielos, y a sus interlocutores humanos. Era tentador, pero insensato.

—Ve —dijo, dándole la libertad con un movimiento de la mano.

Tras la partida de Foraziel, Liliath metió el icono del ángel en uno de los cajones del escritorio junto a la mesa de trabajo. Había muchos otros iconos en el cajón, decenas de ellos, aunque no eran más que una pequeña proporción de los que había introducido en la Tumba de la Santa escondiéndolos en los bolsillos interiores de su hábito.

Liliath estudió los iconos; luego cerró lentamente el cajón y echó la llave. Sentía la tentación, como siempre, de invocar a ángeles solo para comprobar el poder que tenía sobre ellos, para disfrutar al ver que no podían negarse a cumplir sus órdenes. Para probar una vez más que seguía siendo la única persona en el mundo que no sufría las consecuencias del uso de sus poderes angelicales, pagando con la energía de los ángeles que había absorbido en lugar de con su propia carne y su propia sangre.

Se mantendría bella y joven para siempre, hiciera lo que hiciera.

Tres golpes en la puerta, una pausa y otro más le alertaron de que Biscaray había regresado. El joven estaba deseoso de hacer todo lo que pudiera y había puesto a todo el Clan de las Sombras a su servicio: todos los ladrones, mendigos, bobos, charlatanes, liantes, carteristas, pendencieros, pirados y merodeadores de los tejados de Lutacia. Al curarlo lo había convertido en un fiel seguidor. No tenía dudas de que Liliath llevaría de nuevo a su pueblo a Ystara. Y era evidente que también esperaba contar de pronto con algún poder propio. Ella sospechaba que Bisc soñaba realmente con convertirse en rey, y que se imaginaba a su lado como nuevo soberano de Ystara.

Solo él y la docena de rehusantes que estaban con él en el templo de Santa Margarita sabían realmente quién era Liliath. Habían tenido que jurarle que mantendrían el secreto, y Liliath a cambio les había prometido la curación y riquezas. Además, Bisc los había amenazado con matarlos si hablaban. Aun así, seguían siendo una amenaza potencial, así que los controlaban de cerca. Ninguno de ellos había vuelto a su actividad delictiva de antes; ahora todos trabajaban en la casa de la muralla.

—Entra —dijo Liliath.

Levantó la cabeza de su banco de trabajo y se alisó la túnica y el pantalón bombacho, ambos de un satén de color borgoña oscuro. La túnica tenía un

amplio escote, pero lucía un ancho collar de fino brocado blanco entretejido con minúsculos diamantes que lo hacían más recatado y a la vez más llamativo; los bombachos le dejaban los tobillos al descubierto, y los zapatos, con tacones dorados, acentuaban aún más el efecto producido. En las manos ya solo llevaba unos cuantos anillos con iconos, y otro en un broche, sobre el vestido. La larga melena la llevaba recogida bajo un gorrito de encaje, también decorado con minúsculos diamantes.

La ropa se la había comprado con dinero escondido mucho tiempo atrás —igual que la mayoría de los iconos de su escritorio—, en previsión de su regreso. Aunque ella no esperaba dormir tanto, o que los refugiados ystarianos hubieran acabado convirtiéndose en unos descastados, la primera generación de sus seguidores habían cumplido sus órdenes al detalle.

Biscaray se había encargado personalmente de recuperar el contenido de los dos cofres más importantes. Ella le había permitido ver lo que contenían al entregárselos, asombrándolo con las riquezas que había reunido su orden para ella, entre iconos y gemas, monedas y los pesadísimos «nobles de oro» con el doble delfín de Ystara.

Un tesoro en particular, procedente del escondrijo principal, había dejado a Biscaray sin palabras. Lo había reconocido al momento, tanto por su valor casi incalculable como por lo mucho que se había hablado de su robo, ciento treinta y ocho años antes: un magnífico collar de la reina Anne IV de Saranza con piedras preciosas y doce iconos, conocido como el Collar de la Reina o, en las historias populares que se habían extendido sobre su robo, como los «Doce Iconos de Diamantes», ya que cada una de las placas de bronce en las que se habían grabado los iconos estaba rodeada de decenas de diamantes.

Liliath había disfrutado viendo su asombro, y que fue aún mayor cuando le dijo que había organizado el robo porque necesitaba estudiar los iconos, que correspondían a los doce principados al servicio de Ashalael. Lo más importante, para ella, era que habían sido creados por el infame mago Chalconte, que había sido el primero en conseguir iconos de metal grabado que funcionaban. Aquellos iconos habían marcado el inicio de la caída progresiva del gran mago en la herejía, aunque no se les consideraba heréticos en sí mismos.

Liliath no le dijo a Bisc lo que pensaba hacer con el collar. Ella tampoco lo tenía claro, aunque estaba dándoles vueltas a varios planes, y no dejaba de sopesar diversas posibilidades.

Biscaray entró e hizo una profunda reverencia. Llevaba una máscara de cuero negro abultada que le encajaba mal y que hacía pensar que las cicatrices

eliminadas seguían allí; incluso tenía un agujero más pequeño para su ojo izquierdo, supuestamente deformado. Nadie podía saber que había sido curado, ya que era algo impensable.

Tal como exigía la ley, llevaba camisa gris, jubón, bombachos y una capa de rehusante, pero desde que había regresado a Lutacia las prendas eran algo más finas y ahora llevaba una estrecha banda de encaje negro en los puños y en el cuello, que era lo máximo que se le permitía a cualquier refugiado de Ystara, o quizás incluso algo más de lo permitido.

—Buenas tardes, mi señora —dijo Biscaray. Echó una mirada hacia la cama y luego apartó la vista, como si hubiera sido por casualidad.

—¿Mi señora? —respondió Liliath, que sonrió y se enroscó un mechón de cabello rebelde que se le había escapado del gorrito—. ¿Es que me he convertido de pronto en una noble albana?

—Como decidas tú —dijo Biscaray, que echó mano a su jubón y sacó un pliego de papeles—. Me pediste que encontrara a alguien en quien poder convertirte, de noble cuna, pero no conocido en la corte.

—Así es —dijo Liliath, sonriendo de nuevo.

—He encontrado tres —respondió el Rey de las Sombras—. Pero la albana es la mejor. Supongo que hablas albano, ¿no?

—Lo hablo —dijo Liliath, en albano, y sonrió, con una sonrisa cruel, recordando el porqué. Uno de los ángeles con los que se había hecho era de Alba.

Biscaray, que miraba al suelo, no vio la sonrisa.

—Dime en quién debo convertirme, mi fiel caballero —dijo Liliath.

Cruzó la habitación y le dio una palmadita en el hombro, a modo de premio, antes de seguir hasta el gran ventanal para mirar al exterior. Veía su reflejo borroso en el grueso cristal irregular, dividido en nueve cuadrados.

—*Lady* Dehiems, una viuda de veinte años —dijo Biscaray—. Llegó de Alba hace dos días. Sus agentes le compraron la casa del viejo *lord* Demaselle hace un mes. Es muy rica, y en Alba su imagen está cubierta de misterio; la familia de su marido cree que orquestó su muerte.

—¿Y lo hizo?

Biscaray negó con la cabeza.

—Lo dudo. Él era viejo, y ella es muy guapa.

Liliath se giró y lo miró. Él levantó la vista un momento, y luego volvió a agachar la cabeza.

—Pero no tanto como tú —añadió en un murmullo—. Os parecéis bastante, ella también tiene la piel y los ojos oscuros, sois de altura similar,

pero su cabello es castaño oscuro, no negro…

—Eso se puede arreglar —dijo Liliath—. Puedo invocar a Froudriel o a Asaravael para que lo hagan. O quizá baste con usar ruibarbo y alheña.

—Es la mejor de las que hemos encontrado hasta ahora. No es solo su aspecto. Es rica, la familia de su marido ha cortado el contacto con ella y también otros albanos, ya que la mayoría de los nobles han decidido creer que es una asesina. Política.

—¿Es maga?

Biscaray negó con la cabeza.

—De escasa consideración, si acaso. Lleva un viejo icono, un camafeo de Fermisiel, o eso dice Erril; yo no he reconocido el ángel…

—¿Erril? ¿La jorobada? ¿Una de esas del templo?

—Sí. Es nuestra mayor intelectual. Aunque no nació rehusante, creo que habría podido ser una gran maga.

—Sí, la recuerdo —dijo Liliath—. Fermisiel no es nada. Su poder es el color, volver a dar vida a la ropa vieja, y cosas así. Bueno. ¿Y cuántas personas hay de servicio en casa de esta tal *lady* Dehiems?

—El portero, tres criadas, dos mayordomos y una cocinera.

—¿Se ha traído a una albana para que le cocine en Lutacia?

Biscaray se encogió de hombros, como queriendo decir que las manías de los albanos con respecto a la comida resultaban aún más inexplicables que el resto de sus extraños hábitos.

—¿Qué conexiones tiene aquí? ¿Parientes? ¿Amigos?

—Ninguna que hayamos encontrado. Procede del norte de Alba. De una familia noble venida a menos. Consiguió ese matrimonio gracias a su belleza.

—¿Y tú la has visto personalmente? ¿Realmente nos parecemos?

—Más que suficiente, en cuanto te cambies el cabello. Además, no se ha movido de su casa. Muy pocos la han visto desde su llegada. La travesía del golfo la dejó afectada, según parece, y es de esas personas con tendencia a imaginarse enfermedades.

Liliath se quedó pensando un momento. Era un momento crucial, en el que un paso en falso podía tener consecuencias terribles. Pero tenía que adoptar una nueva identidad, que le permitiera moverse, orquestar y manipular, para impulsar su gran plan. Además, no quería seguir viviendo en una habitación del refugio de una banda de delincuentes, por muy regia que fuera su cama. En Ystara, sus aposentos en el templo eran tan espléndidos como los del Palacio del Rey en Cadenz.

—Puede que me convenga mantener el personaje. Una persona indispuesta de vez en cuando… se adaptaría a mis necesidades. Pero si se encontrara lo suficientemente bien, ¿sería recibida en la corte?

—Sí —respondió Biscaray—. Tal como he dicho, es de familia noble, con antiguos vínculos con la realeza. Y la sospecha de asesinato en Alba aquí la ayudará. La reina está molesta con la postura de Alba, y corre el rumor de que el traidor Deluynes (su examante) vendió las cartas de la reina al infante de Alba. Así que… cualquier enemigo del infante debería ser amigo de la reina, ¿no?

—¿Ha mostrado la cardenal algún interés por ella? ¿Su eminencia le ha prestado alguna atención?

Liliath no preguntó por el rey. A nadie le preocupaba el rey Ferdinand. La reina Sofía XIII era la soberana nominal de Saranza, pero su jefe de Gobierno, la cardenal Duplessis, era a casi todos los efectos la que gobernaba de verdad, y la reina raramente se oponía a las directivas o a los consejos de la cardenal. El rey conspiraba contra ambas sin orden ni concierto, como era habitual en él, y sin graves consecuencias.

—No lo creo —dijo Biscaray, aunque parecía menos seguro de ello que antes—. No hemos visto allí a ninguno de los persevantes de la cardenal, ni mosqueteros de la reina, ni a ninguno de los otros agentes que conocemos. Pero la cardenal suele ser más perspicaz de lo que nos gustaría.

—¡No debe saber nada de esto! —le espetó Liliath—. ¡No debe saber nada de mí!

—No —confirmó Biscaray, que dio un paso adelante y se arrodilló frente a Liliath, con las manos juntas como si rezara a un arcángel—. No sabrá nada. Nadie lo sabrá. Me aseguraré de ello.

—Confío en ti, mi Biscaray —dijo Liliath, que le tendió una mano y le permitió besársela, antes de volver al ventanal—. Muy bien —añadió—. Esta noche.

—¿Esta noche? —preguntó Biscaray.

—¿Los tuyos están listos?

Biscaray inclinó la cabeza.

—Ven aquí cuando esté hecho —dijo Liliath—. Y traedme algunas de sus ropas y de sus joyas.

—Será tarde. Antes del amanecer.

—Estaré aquí —dijo Liliath. Echó una mirada a la cama, volvió a mirar a Biscaray y volvió a sonreír—. Lo has hecho bien, Biscaray.

—Gracias, mi señora.

—Hay algo más —dijo Liliath, dándole el papel con los cuatro nombres grabados a fuego—. Estos cuatro. Necesito saber todo lo que podáis averiguar sobre ellos, sus familias, su ascendencia, de dónde vienen. Y debéis vigilarlos y protegerlos. No demasiado de cerca, no deben saberlo. Pero deben estar protegidos, no deben sufrir ningún daño.

Biscaray estudió la lista y frunció el ceño, perplejo.

—¿Qué significado tiene? —preguntó—. Parecen gente de poca importancia.

—Lo verás en su momento —dijo Liliath—. Pero es vital que los vigiléis y los protejáis bien.

—Daré la orden inmediatamente. Observadores y guardias.

Liliath le indicó con un gesto que se levantara y le tendió la mano para que se la besara de nuevo. Él le dio la vuelta y le besó la parte interna de la muñeca. Ella no se apartó; al contrario, le hizo una suave caricia sobre la oreja.

—¿Cuándo me contarás tu plan? —preguntó Biscaray—. No entiendo por qué quieres convertirte en una noble albana, de qué puede servir eso para nuestro regreso a Ystara, esas cuatro personas…

Intentó tirar de ella para acercársela, pero ella dio un paso atrás e irguió la cabeza.

—Te lo contaré —dijo, pero con un tono suave, que sonaba a promesa—. Te contaré parte de mis planes, al menos. Pero cuando llegue el momento.

SEGUNDA PARTE

Los Cuatro

4

Simeon Macneel estaba analizando la disposición de los huesos del pulgar y de la muñeca mientras diseccionaba una mano, así que no oyó al paje la primera vez que le dijo que el magíster Delazán quería verle.

Aunque no era más que un estudiante de primer año, unos cuantos médicos novatos estaban observando su disección. Simeon sabía que no era por su gran habilidad y soltura en la tarea, aunque realmente lo hacía bien. Se debía a su aspecto físico, que no parecía encajar con su destreza. Era un joven muy corpulento, e incluso él mismo pensaba que sus dedos parecían salchichas. Nada más llegar al hospital le habían llamado «Toro» y «Mamut», pero esos motes habían ido perdiendo garra a medida que iba demostrando sus dotes. Sus padres eran médicos muy conocidos en Loutain, su ciudad natal, en la provincia de Bascunia, y al observar su sorprendente destreza, su formidable memoria y su actitud tranquila, le habían instruido desde la infancia, de modo que ya había asistido a prácticamente cualquier tratamiento médico y operación imaginable. La formación académica ofrecida por el hospital de San Jerahibim el Tranquilo era, para él, más una formalidad que un desafío.

Aun así, aunque a efectos prácticos ya era médico, Simeon no podía practicar la medicina sin el diploma que certificara que había recibido formación en el hospital, y ya había aceptado estoicamente que tenía que soportar la repetición de gran parte de lo que ya sabía. Y siempre había cosas nuevas que aprender, o que descubrir. Aunque no fuera algo habitual en las lecciones que estaba recibiendo de momento.

—El magíster dice que debes ir a verle enseguida —repitió el chico.

Simeon no sabía cómo se llamaba el paje, pero lo había visto antes, y parecía más abatido de lo habitual. Hasta para ser uno de los rehusantes, que eran melancólicos por naturaleza.

Por un momento, Simeon se preguntó si por fin el chico se habría dado cuenta de lo que le esperaba en la vida: una vida de criado, con muchas posibilidades de verse truncada antes de tiempo. Como rehusante, no podía usarse la magia angelical con él, ya que eso podía desatar una epidemia de peste gris o transformarlo en un abestiado. El chico tenía vetado para siempre el acceso a cualquier cura milagrosa o cualquier protección de las que ofrecía

el hospital en el que trabajaba, y era muy probable que se contagiara de alguna de las enfermedades habituales que trataban. Pero la causa de la mirada de desaliento del chico resultó ser mucho más directa, tal como le explicó a continuación:

—El magíster Delazán quiere que colabores en la extracción de una muestra en la antigua sala de los frascos —dijo el chico—. «A nosotros» no se nos permite el acceso.

—¿La antigua sala de los frascos? —preguntó Simeon, frunciendo el ceño —. ¿Estás seguro de que me quiere a mí?

—Ha dicho «ese grandullón fofo» —respondió el chico, con una sonrisa socarrona.

Simeon asintió, dejó las pinzas y el escalpelo con cuidado y dio un paso atrás, apoyando instintivamente los dedos sobre la placa de marfil que llevaba colgada del cuello con una correa de cuero, dando permiso a su ángel para descansar con unas palabras susurradas.

—Como desees —murmuró una palabra en la mente de Simeon, y la presencia angelical que había percibido hasta el momento como una leve sensación de calor desapareció, con un leve batir de alas.

El icono era el del serafín Requaniel, cuyo poder era el de proteger, el de cercar, defender. Todos los estudiantes del hospital habían recibido el mismo icono y se les había enseñado a pedirle protección al ángel contra los humores invisibles pero letales que emanaban de los enfermos y moribundos, o procedentes de la disección de los muertos recientes, en lugar de proporcionar una protección contra los ataques físicos, que era el uso más frecuente que se hacía del ángel.

Pero como ocurría con aquellos iconos antiguos y de uso tan común que se les daba a los estudiantes, el de Simeon solo le proporcionaba un estrecho canal de acción al poder del ángel, y no era demasiado intenso, ni persistía demasiado tiempo. Ya había empezado a sentir que la presencia de Requaniel iba menguando, y habría tenido que parar muy pronto, aunque el paje no le hubiera interrumpido. Claro que, de todos modos, aunque el icono hubiera sido más potente, habría tenido que parar igualmente. Usar magia angelical, aun en pequeña medida, se cobraba su precio sobre el usuario, tanto a corto como a largo plazo.

—¿Por qué en la vieja sala de los frascos? —preguntó Simeon, ocultando un bostezo tras la manga—. ¿Y a quién no se le permite el acceso, exactamente?

—A mí —dijo el mensajero—. Y a todos los mensajeros y bedeles.

Simeon parecía perplejo. Las diversas muestras y cadáveres usados para el estudio privado o para las clases de anatomía siempre los transportaban los bedeles. Los estudiantes y doctores magísteres no tenían que ocuparse de la pesada tarea de cargar con todo aquello… ¿Y por qué la vieja sala de los frascos?

Su perplejidad desapareció cuando por fin entendió el tipo de espécimen que debía de ser.

Un abestiado.

Aquellas criaturas contrahechas tenían su origen en la desolada Ystara, hogar de los rehusantes. Ystara de aciago recuerdo, donde ciento treinta y siete años antes la peste gris había matado al menos a dos terceras partes de la población, transformado a la mayor parte del otro tercio y dejado apenas unos cuantos supervivientes que habían huido a tierras más seguras. Pero incluso aquellos refugiados, huidos de la destrucción, habían sufrido terriblemente, igual que sus descendientes, como el chico que tenía delante, porque llevaban en su interior el germen de la peste gris.

La peste actuaba convirtiendo la sangre de los afectados en un finísimo polvo gris que en la mayoría de los casos los mataba, pero que a veces provocaba unas horrendas transformaciones. Los ystarianos que habían huido enseguida y que habían sobrevivido parecían inmunes a aquella transformación de la sangre…, hasta que se usaba la magia angelical en ellos o hasta que intentaban usarla ellos mismos, momento en que se hacía evidente que la enfermedad seguía acechando en su interior. En ese caso, su sangre se convertía en ceniza, y o morían, o se convertían en horribles monstruos.

Por ese motivo los rehusantes siempre iban vestidos de gris, el color de la ceniza de la madera, para mostrar su naturaleza en público y así evitar cualquier contacto accidental con la magia.

La mayoría evitaba el contacto con los rehusantes en la medida de lo posible, pues temían el contagio de la peste gris, aunque no había constancia de contagio alguno en individuos que no procedieran de Ystara o que no fueran descendientes de ystarianos. La peste se mantenía en estado latente en su sangre, algo contra lo que no podían luchar. Y era algo que transmitían a sus hijos, aun cuando sus parejas no fueran de Ystara. No obstante, esos casos eran muy poco frecuentes, por motivos evidentes.

Simeon no temía la peste gris, aunque sí le daban miedo los abestiados, como a cualquiera en su sano juicio. Los rehusantes lo agradecían, teniendo en cuenta que había mucha gente estrecha de miras que llegaba a decir que habría que matar a todos los rehusantes, para eliminar cualquier duda sobre

ellos y su plaga. Pero aquel miedo se veía contrarrestado por otro miedo, aún mayor, a que si se atacaba a un rehusante, este pudiera hacer uso de la magia angelical y convertirse en abestiado.

Los primeros abestiados aparecidos en Ystara con la llegada de la peste eran muy longevos o habían criado, pues el país seguía infestado, aunque nunca cruzaban las fronteras, ni al norte ni al sur. El único momento en que el resto del mundo tenía problemas con algún abestiado era cuando nacía uno del encuentro de la magia angelical y un rehusante, normalmente por accidente.

Siempre se los mataba lo más rápidamente posible, y luego lo normal era quemarlos; de modo que los especímenes para el estudio eran muy raros. Simeon nunca había visto uno con sus propios ojos, pero había leído muchos libros sobre disecciones de abestiados, el más reciente el del propio magíster Delazán, que el maestro obligaba a comprar a sus estudiantes. Era un refrito de obras anteriores, pero incluía media docena de grabados detallados de la famosa Katarina Dehallet, y al menos a Simeon las ilustraciones le habían parecido muy reales; le fascinaban las variaciones que presentaban en cuanto a forma, tamaño y naturaleza.

Los abestiados llevaban en las venas el mismo extraño polvo gris finísimo que los que morían de la peste gris, y Simeon sabía que el magíster Delazán tenía la teoría de que era posible que los rehusantes contrajeran otras enfermedades desconocidas si entraban en contacto, por lo que tenía interés en buscar pruebas que confirmaran su suposición en cualquier disección. Aun así, Simeon pensó que habría que ir con cuidado al respecto. Recordaba otra de las teorías de Delazán, que decía que la sangre de abestiado podía actuar como catalizador, transformando incluso a los no ystarianos…, idea que resultaba de lo más inquietante.

Simeon frunció el ceño y tocó el icono de Requaniel. Ya casi no sentía la presencia del ángel; el marfil estaba frío. No podría usarlo durante varios días, y desde luego no le protegería de cualquier miasma invisible que pudiera emanar del cadáver de un abestiado.

Simeon tiró de la cadena que llevaba el icono, se lo sacó por encima de la cabeza y lo metió en el cinturón portamonedas que llevaba bajo el blusón de estudiante, una especie de túnica de lana azul oscuro que le llegaba a los muslos y que provocaba escalofríos a otros estudiantes más preocupados por las convenciones estéticas. Había quien llevaba otras prendas, confiando en que quedaran ocultas por la bata de médico, pero a Simeon eso nunca le había importado demasiado.

—El magíster me ha dicho que me diera prisa —insistió el mensajero, viendo el tiempo que se tomaba para prepararse—. «Tráemelo enseguida», es lo que me ha dicho.

Simeon asintió y sacó otro icono de su monedero, uno más grande pintado en un trozo de madera pesada casi del tamaño de la palma de su mano, dorado por los bordes, con una aguja en la parte trasera para poder usarlo como broche. Era una herencia familiar, un icono especialmente potente que se decía que había creado el famoso Chalconte varios siglos antes, y que aún conservaba todo su poder, lo que reflejaba su habilidad y su arte.

Requaniel aparecía representado con su imagen habitual, como un hombre de mediana edad con ojos dorados y rodeado de un halo también dorado, con un gesto especialmente sereno. La mayoría de los iconos se limitaban a reproducir esa imagen, con un fondo de color, o que insinuara el cielo o las nubes. Pero en este Chalconte había pintado las murallas de una gran ciudad tras la cabeza del ángel, todo con exquisito detalle. Simeon había examinado la imagen a través de una potente lupa que usaban los estudiantes para observar microorganismos en agua o en sangre, y había incluso soldados en las almenas, banderolas y pájaros en el cielo, que apenas eran unas motas para el ojo desnudo.

No tenía ni idea de cómo el artista había podido pintar aquellos detalles tan extraordinarios. Simeon había aprendido algunas nociones básicas de creación de iconos cuando le habían enseñado a usar la magia angelical, pero no había profundizado en la técnica.

—¡Por favor, date prisa! —le apremió el mensajero.

—Ya voy —respondió Simeon, que se prendió el icono de mayor tamaño en el blusón, pero sin invocar a Requaniel inmediatamente.

Aquel icono era mucho más potente que el que les proporcionaba el hospital, y requeriría una concentración mucho mayor. Antes de usarlo necesitaría concentrarse un rato.

Una vez fijado el broche, hizo un gesto al chico para que se pusiera en marcha y lo siguió a un paso algo más tranquilo. Aunque, a decir verdad, habría querido ir tan rápido como el rehusante, y el corazón le latía a toda velocidad ante la idea de que muy pronto no solo vería a un abestiado, sino que tendría la ocasión de diseccionarlo y ver las diferencias que presentaba con respecto a un cadáver humano.

El magíster Delazán le esperaba en el exterior de la antigua sala de los frascos, acompañado de dos celadores rehusantes, un hombre y una mujer. Simeon no los había visto nunca, y se los quedó mirando, asombrado, puesto

que no pertenecían al personal del hospital. El hombre era enorme, aún más grande que Simeon, algo que no veía a menudo. Tenía el aspecto de los tipos duros que frecuentaban los muelles del río, en su mayoría ladrones y bandidos. Le acompañaba una mujer enjuta que no paraba de mover los ojos de un lado al otro, observándolo todo. No era un comportamiento habitual en los celadores, impasibles, resignados, que no hacían nada si no se lo pedían y que, como la mayoría de los rehusantes, procuraban mantenerse en un segundo plano siempre que podían.

Delazán no prestaba atención a aquellos celadores tan poco comunes. Ya se había enfundado la larga bata blanca que usaban los médicos para las operaciones en las que se preveía mucha sangre o cuando visitaban casas afectadas por la peste, y tenía su máscara de pico de cuervo con los ojos de cristal bajo un brazo. Sin duda ya habría rellenado el largo pico con menta fresca y otras hierbas. Llevaba varios iconos en broches colgados de la pechera: el de Requaniel, como siempre, pero también los iconos de otros ángeles que Simeon no reconoció inmediatamente.

Uno de los criados rehusantes le tendió una bata y una máscara de pico de cuervo a Simeon. Estaba claro que el magíster no quería correr ningún riesgo. Incluso con los cadáveres humanos normales, la magia angelical a veces fallaba: los ángeles se retiraban y los iconos de pronto se convertían en objetos pintados inertes, o incluso podían convertirse en polvo. Las protecciones mundanas tenían un efecto mucho menor, pero siempre eran una protección más. O al menos eso querían pensar.

Delazán parecía impaciente; tenía la boca convertida en una fina línea y la puntiaguda barbilla apuntando hacia delante. Simeon se preguntó —y no era la primera vez— por qué no se dejaría barba para disimular lo respingona que tenía la barbilla. Las barbas estaban de moda; la mayoría de los magísteres varones llevaban al menos perilla. También le compensaría la falta de pelo de la cabeza, ya que, aunque no era calvo del todo, solo tenía una fina pelusa gris. No era en absoluto el magíster más viejo del hospital, pero desde luego parecía viejo. Simeon pensó que sería de la generación de su abuelo, y le habría extrañado oír que Delazán era algo más joven que su padre, aunque inmediatamente habría comprendido que aquel envejecimiento prematuro se debía a un uso demasiado frecuente (o quizá demasiado ambicioso) de la magia angelical.

—Empezaba a preguntarme si, dada tu falta de interés, era mejor que diera la magnífica oportunidad que nos espera tras esta puerta a Judith Demansur o a los gemelos Denilin —dijo el magíster Delazán al verlo llegar.

—No, señor, sí que tengo interés —dijo Simeon, cogiendo la bata y poniéndosela inmediatamente—. Mucho interés. ¿Es un abestiado?

—Sí, o eso han dicho… los que lo trajeron —respondió Delazán—. Un accidente cerca de Malarche, un tipo medio ahogado que era rehusante, pero no pudo ser identificado, al estar desnudo. Un obispo que pasaba por allí quiso insuflarle aire en los pulmones recurriendo a Yazarifiel, y claro, el pobre ahogado se convirtió en un abestiado; los guardias del obispo lo mataron. Afortunadamente, el cuerpo fue reclamado por… un viejo conocido mío… que ordenó que lo metieran en hielo y lo cubrieran con una capa de paja, y nos lo han hecho llegar en menos de tres días. Tengo esperanzas de que sea el espécimen más fresco que haya examinado nunca. Ponte la máscara. ¿Te acompaña Requaniel? Llevas un icono muy bueno. De mucha calidad, desde luego. No es uno de los del hospital, supongo.

—Es una herencia familiar, magíster —dijo Simeon—. En origen había sido un regalo de la familia real.

La última parte no era cierta; nadie sabía cómo había llegado el icono a la familia. Pero Simeon lo dijo para protegerse, ya que no le gustaba la mirada claramente codiciosa de Delazán. Los iconos antiguos y potentes tenían un gran valor, y él se había esforzado mucho por ocultar aquella posesión. En el hospital corría el rumor de que el magíster tenía enormes deudas de juego, y un estudiante de segundo curso le había comentado en tono burlón que había visto a Delazán apostando mil libras a una sola carta, y que las había perdido.

No es que pensara que el magíster pudiera robárselo sin más, pero era mejor no tentar a alguien que tenía un gran poder sobre los estudiantes y que, según se decía, tenía tantas deudas.

—Invocaré al ángel.

Simeon tocó el icono alado y cerró los ojos. Cuanto más poder tenía un icono y mayor era la conexión que ofrecía, era aún más difícil invocarlo. Se concentró varios segundos, repitiendo el nombre del ángel mentalmente una y otra vez, mientras intentaba bloquear cualquier otro pensamiento. Cuando se sintió lo suficientemente concentrado, Simeon murmuró en una voz tan baja que no podría haberlo oído nadie, aunque lo hubiera tenido al lado.

—Requaniel, Requaniel, ven en mi ayuda.

El ángel respondió enseguida, atraído por la belleza y el poder del icono. Simeon sintió una ráfaga cálida que le atravesaba todo el cuerpo, señal de que se había establecido la conexión, y el icono brilló con una luz fría, un solo destello que desapareció enseguida. Un momento más tarde oyó el murmullo secreto de la voz de Requaniel.

—*Requaniel está aquí. ¿Qué deseas? Si está a mi alcance, lo tendrás*.

—Protégeme de las cosas invisibles, los humores malignos que flotan en el ambiente —murmuró Simeon, casi sin vocalizar. Más bien lo pensó, y movió los labios como si articulara las palabras—. Protege mi cuerpo y mi alma de cualquier daño.

—*Concedido* —dijo Requaniel en el interior de la mente del joven—. *Durante un tiempo, no sufrirás daño alguno de los minúsculos enemigos invisibles al ojo de los mortales*.

La sensación cálida desapareció, pero Simeon seguía sintiendo la presencia del ángel. Mientras durara aquella sensación reconfortante, y hasta que el icono no se enfriara, la protección de Requaniel sería efectiva. Solo había usado aquel icono dos veces hasta entonces, pero ambas veces el efecto había durado todo un día. Mucho más que cuando usaba el viejo icono que proporcionaba el hospital a sus estudiantes.

No era la primera vez que se preguntaba cómo podía sentir tan presente a Requaniel cuando debía de estar asistiendo al mismo tiempo a una docena de estudiantes de la clase de disección. La línea ortodoxa de pensamiento era que el poder de cualquier ángel era constante, independientemente del icono y de la cantidad de personas que lo invocaran a la vez. Pero a él no le parecía una explicación muy precisa.

Abrió los ojos y se encontró delante las lentes de cristal de la máscara de pico de cuervo que Delazán le acababa de poner.

—Máscara y guantes, Simeon —dijo la voz amortiguada de Delazán.

—Vosotros, criados, manteneos alejados de la puerta. No dejéis pasar a nadie sin mi autorización. ¡A nadie! Y si es alguien a quien no podéis negaros, llamad a la puerta y esperad instrucciones.

—Sí, magíster —dijo el criado rehusante, el grandullón.

Tenía una cicatriz junto a la comisura de la boca que parecía producto de una pelea con cuchillos. Claro que era normal que un rehusante tuviera cicatrices. Simeon se preguntó cómo sería tener que sufrir heridas y cicatrices sin poder recurrir a la intervención de los ángeles para eliminar el dolor y las feas señales. Pero solo fue un momento; aquello quedó desplazado por la euforia ante la perspectiva de diseccionar un abestiado por primera vez.

Delazán abrió la puerta y le indicó a Simeon que pasara primero. Había una sola ventana en lo alto de una pared, por la que entraba muy poca luz, y aunque se habían colocado varios faroles, estaban situados de modo que iluminaran solo el centro de la sala. Costaba bastante ver a través de la máscara de pico de cuervo. Los cristales de los ojos no estaban muy limpios,

ni muy bien situados. Simeon tenía que girar constantemente la cabeza de un lado al otro para compensar la limitación del campo de visión.

Las paredes estaban cubiertas de estantes vacíos, y había polvo por todas partes. En otro tiempo, aquel lugar había servido de almacén de ungüentos y medicinas, hierbas y componentes para fórmulas, y los estantes estaban llenos de botellas y frascos de todos los tamaños. Pero ahora tenían un almacén más grande y práctico abajo, en el hospital. Este, en la tercera planta, resultaba muy incómodo, y en algún momento, años atrás, habían trasladado todo su contenido.

Solo había un enorme cajón en el centro de la habitación. Medía al menos tres metros de largo y más de uno de ancho y de alto, y curiosamente estaba atado con unas gruesas sogas, aunque también estaba claveteado. Debajo se había formado un charco de agua que fluía lentamente hacia el desagüe de la esquina.

Unos papeles pegados a ambos lados advertían de que era propiedad de la Orden de Ashalael y que no debía abrirse; llevaba el sello del príncipe-obispo de Malarche: un gran lacre de cera roja con el escudo de armas del príncipe-obispo, una sirena dorada sobre un fondo azul, apoyada en unas alas de ángel plateadas con seis álulas, todo ello coronado por una mitra de marfil.

—Eh… Señor, no deberíamos llamar a alguna autoridad…, a un sacerdote de Ashalael, ¿para que retirara esos sellos? —preguntó Simeon, con una voz muy amortiguada por efecto de la máscara; le sonaba extraña incluso a él mismo.

—No te preocupes por eso —dijo Delazán, quitándole importancia con un gesto de la mano—. Ya te he dicho que me lo ha enviado un amigo.

Simeon asintió levemente. En ese caso, el asunto era extraoficial, lo cual no era de extrañar, ya que se suponía que todos los cuerpos de abestiados debían quemarse. Pero nadie se atrevería a usar el sello del príncipe-obispo sin autorización. ¿O sí? Todo aquello le pareció muy raro…, pero tampoco era asunto suyo. Él no era más que un estudiante de Medicina que seguía instrucciones de un magíster.

—Quitemos la tapa —propuso Delazán, impaciente—. Cortaré las sogas. Tú trae esa herramienta y haz palanca. No te preocupes de romper el lacre.

—Sí, magíster —respondió Simeon, que cogió un largo escoplo, mientras el magíster se ponía manos a la obra con las gruesas sogas, usando una sierra de cortar hueso.

Simeon también estaba emocionado, preguntándose qué tipo de bestia se encontraría dentro. Había al menos dos docenas de especímenes registrados

hasta la fecha. Algunos eran casi humanos, pero otros parecían más bien animales, o algún extraño híbrido de humano y animal. Esperaba que el hielo no se hubiera fundido demasiado y que el cadáver aún estuviera relativamente fresco. Resultaba muy desagradable diseccionar cuerpos humanos empapados de agua, y Simeon supuso que con los abestiados la cosa no cambiaría mucho.

La última soga se soltó con un satisfactorio chasquido. Simeon metió el escoplo bajo la tapa y empujó con fuerza, haciendo palanca por un extremo, rasgando el papel de advertencia. Esperaba percibir un tufo a descomposición, pese a las hierbas aromáticas del interior de su máscara, pero seguía oliendo a la menta y a la lavanda introducidas en el pico.

—¡El otro lado, chico! ¡Deprisa! —le apremió Delazán. Estaba ansioso, prácticamente dando saltitos de emoción—. ¡Veamos qué tenemos ahí!

Simeon hizo palanca en el otro lado. Pero la tapa estaba muy bien clavada, así que tuvo que pasar el escoplo por los lados, haciendo presión para introducirlo y levantando los clavos uno a uno, cada quince centímetros más o menos. Por fin pareció que cedía. Delazán, que no podía esperar más, agarró la tapa de un lado mientras Simeon la levantaba del otro, y por fin la separaron.

En el interior había una capa de paja, pero apenas quedaban restos de hielo. A juzgar por las manchas de humedad de la madera, el cajón debía de estar lleno de pesados bloques. Lo único que quedaba eran unos pedazos pequeños, flotando en unos diez centímetros de agua. Había un abestiado dentro. Una criatura de tres metros de altura, con rasgos vagamente humanoides, el cuerpo cubierto de cerdas como púas de dos centímetros de longitud que recordaban a las serpientes cazadoras del sur. Su rostro, antes humano, se había alargado en un largo morro que contenía una mandíbula con dos filas de dientes pequeños pero terriblemente afilados; tenía los brazos cortos, pero muy gruesos y musculosos, y acabados en garras; una cola con púas yacía sobre sus piernas, de extrañas articulaciones, que acababan en unos pies con tres dedos cada uno, abiertos hacia el exterior y con un afilado espolón curvado.

Tenía los ojos de color naranja, y las pupilas eran una afilada línea negra.

Los ojos se movieron.

Delazán y Simeon dieron un salto atrás, de pronto conscientes de que aquella cosa estaba viva, y no solo viva, sino libre de las ataduras, los clavos y la presión del hielo.

Delazán, presa del pánico, olvidó que no servirían de nada contra una criatura de Ystara, y echó mano de uno de los iconos que llevaba prendidos en

la túnica. Simeon corrió hacia los pies del cajón, en dirección a la puerta.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un abestiado! —gritó, y su voz normalmente grave adoptó un tono agudo, tan amortiguado por la máscara que estaba seguro de que en el exterior de la sala nadie le habría oído.

La bestia irguió la espalda, chorreando hielo, agarrándose a los laterales del cajón con sus garras, que dejaban profundas huellas en la madera. Su mandíbula se abrió y emitió un chillido estridente que hizo que muchos frascos reventaran por toda la sala.

El grito de un depredador.

Que saltó sobre su presa.

Delazán cayó aplastado, gritando e intentando invocar en vano a un ángel para que le protegiera. Un momento después se oyó un terrible desgarro y el abestiado levantó la cabeza, con las mandíbulas manchadas de sangre, y chilló otra vez.

La puerta se abrió de golpe ante Simeon. Los dos extraños celadores entraron. La mujer llevaba una pequeña ballesta que disparó; la flecha impactó contra la piel peluda de la bestia, sin que esta se inmutara. El otro celador agarró a Simeon y lo sacó al pasillo de un tirón, al tiempo que se sacaba una enorme maza de debajo de la túnica y se situaba delante de la ballestera, que estaba cargando otra flecha a toda prisa y tensando la cuerda.

—¡Corre, chico! —rugió el fornido celador.

Simeon no esperó a que se lo dijera dos veces. Corrió, arrancándose la máscara y tirándola a un lado.

—¡Socorro! ¡Un abestiado! ¡Ayuda!

5

La Antecámara Amarilla estaba todo lo lejos que se podía estar del centro del poder en el Palacio de la Cardenal. Aquella sala empapelada en color azafrán solía acoger a cuatro empleados de escasa importancia, que se limitaban a copiar documentos, en lugar de redactar nada que tuviera la mínima importancia, y desde luego ninguno de ellos esperaba llegar a ver a la cardenal en persona, ni siquiera a nadie más importante que la tercera secretaria, que al menos en teoría supervisaba su trabajo.

Así pues, la sorpresa de Henri Dupallidin, el más novato y menos respetado de los empleados, el único presente en la Antecámara Amarilla en aquel momento, fue mayúscula cuando levantó la vista y se encontró delante a monseñor Robard, que entraba con la decisión propia de quien era secretario jefe de la cardenal Duplessis, gran sacerdotisa de la Orden de Ashalael, arcángel patrón de Saranza, y (lo que quizá fuera más importante) jefa de gobierno de la reina y, por tanto, la gobernante *de facto* del reino.

—Hum… Buenos días, señor —dijo Henri, dando un respingo que hizo que el taburete saliera despedido hacia atrás y que varios borrones de tinta cayeran sobre la carta que estaba copiando en aquel momento.

Robard, con sus espléndidos ropajes de mangas y medias escarlata, con su jubón dorado (los colores de la cardenal), echó una mirada desganada al joven y atónito Henri, vestido con una versión humilde de aquellos colores, convertidos en un rojo apagado y un amarillo que solo con mucho empeño podría asociarse con el del metal precioso.

—¿Dónde están Dalunzio y Deraner? —espetó Robard—. ¿Y… el otro?

—*Ser* Dalunzio tiene la gripe —dijo Henri, tras hacer una reverencia apresurada con la que a punto estuvo otra vez de derribar el taburete—. *Ser* Deraner… No estoy seguro. Ha salido. Ah, y a la otra persona solo la conozco por referencias; en realidad, no he coincidido nunca con *ser* Macallone.

—¿Y tú quién eres?

—Henri Dupallidin, a vuestro servicio, señor.

—¿Cuándo entraste al servicio de la cardenal?

—El miércoles pasado exactamente.

—¿Es eso un bigote, o algún resto de tu desayuno?

—El inicio de un bigote —dijo Henri a la defensiva, pasándose la mano por el labio superior. Como en tantas otras ocasiones, deseó haber salido a su madre, de tez morena y con un cabello exuberante, pero según parecía era calcado a su abuelo paterno, pelirrojo y de piel pálida, un hombre que se quemaba fácilmente con el sol. Aún no tenía mucho vello facial, pero esperaba que le saliera más con la edad—. Ya saldrá, Agrippa me lo ha asegurado.

Robard levantó la ceja izquierda. Agrippa era el peluquero más de moda de la temporada en Lutacia, y a su salón acudían los nobles más importantes, los sacerdotes más destacados y los mercaderes más ricos. Agrippa también era rehusante, lo que hacía aún más curioso que hubiera alcanzado tanto éxito sin poder recurrir a la magia angelical en su trabajo.

—Bueno, uno de sus ayudantes —matizó Henri—. Pero Agrippa me miró al pasar y asintió.

—Ya veo —dijo Robard, mesándose la barba, corta y muy rizada.

A juzgar por los impresionantes rizos de cabello que le salían por debajo del bonete, no parecía que hubiera necesitado nunca los aceites especiales en los que basaba Henri sus esperanzas de conseguir un bigote frondoso.

Henri se ruborizó, pero Robard no había intentado mostrarse sarcástico ni humillarlo, como habían hecho sus compañeros de trabajo desde el mismo momento de su llegada. Suponía que así eran las cosas, que era el trato que recibía el novato de forma natural.

—Bueno, dado que tú estás aquí y los otros no, quizá me valgas —dijo Robard—. Henri Dupallidin. Tus padres son…

—Mi padre es sacristán del templo de Huaravael, en Adianne —dijo Henri, mientras se le aceleraba la mente. Quizá le valdría, pero ¿para qué?

Como siempre, se fijó en aquel movimiento de las cejas de su interlocutor al mencionar Adianne, que estaba en Bascunia, considerada por muchos sarancianos una región de simplones rústicos de mal carácter.

—Mi madre es *ser* Perida Dupallidin. Dirige una finca de la duquesa de Damerçon, que es prima suya —añadió Henri, que hizo una pausa y llegó a la conclusión de que era mejor que fuera absolutamente honesto con el principal asistente de la cardenal—. Bueno, una prima lejana. La duquesa me propuso a su eminencia para este puesto. Pero, en realidad, yo…, bueno…, no la conozco personalmente. A la duquesa, quiero decir.

—¿Eres un segundo hijo, o posterior?

Estaba claro que Henri no era el heredero de su madre. De ser así, su familia no habría tenido que pedirle a una pariente lejana que le buscara un

puesto de trabajo, cualquier puesto de trabajo. Él habría querido ser soldado (o, más específicamente, artillero, ya que se le daban bien las matemáticas y tenía buena mano con los cálculos de precisión), pero los suyos no tenían el dinero ni los contactos necesarios para meterlo en la Real Compañía de Artilleros. Y, por supuesto, siendo de familia noble, aunque pobre, no podía ingresar en un regimiento de menor entidad.

Un empleo de oficina era lo mejor a lo que podía aspirar. Ya se había resignado a pasarse la vida en alguna oficina contable, o como administrador de algún noble de campo, cuando su madre le había sorprendido consiguiéndole un puesto en la propia Lutacia, nada menos que al servicio de la cardenal. Era mucho más de lo que habría podido esperar.

—Hum, el quinto —respondió Henry.

Un quinto hijo en una familia de economía difícil ya desde antes de su nacimiento. La finca de su madre no producía demasiado, y el sueldo de su padre como sacristán de un templo remoto y muy pequeño apenas le habría dado para mantenerse solo, y mucho menos para toda la familia. Los hermanos de Henri, si no ya sus padres, le habían recordado toda su vida que él era el motivo de que en casa solo se tomara vino con las comidas un día de cada siete.

—Muy bien —dijo Robard—. Ven conmigo.

Henri asintió y echó mano de su daga, enfundada, que se había quitado del cinto para estar más cómodo sentado en el alto taburete. Los primeros días se había llevado la espada al trabajo, hasta que había caído en que ninguno de los otros escribientes la llevaba y que se reían de él a sus espaldas.

—Deja eso —dijo Robard—. Y límpiate esas migas del jubón.

—Sí, señor —respondió Henri, cepillándose furiosamente con la mano.

Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía migas (maldita fuera su estampa) e incluso había una mancha de yema de huevo, que afortunadamente tenía casi el mismo color que su triste jubón.

—¿Adónde vamos? —preguntó Henri, mientras seguía a Robard precipitadamente por el pasillo, casi pisándole las doradas espuelas al secretario jefe.

—A ver a su eminencia —respondió Robard por encima del hombro—. Tiene un trabajo para ti. De hecho, tenía un trabajo para uno de tus superiores, pero como no están, te ha pasado a ti.

Henri trastabilló, agitó los brazos para recuperar el equilibrio y evitar caer contra la espalda de Robard. Intentó poner buena cara, para fingir que le haría

una ilusión enorme responder a cualquier petición que quisiera hacerle la cardenal.

Por dentro estaba a la vez petrificado y nerviosísimo. Pese a los pocos días que llevaba en el palacio, sabía que la cardenal no se había dirigido a ninguno de los otros escribientes, ni siquiera de pasada, y mucho menos los habían llamado a su presencia. Era una persona de gran poder, de las que uno contempla en la distancia, y sus órdenes llegaban filtradas a los estratos inferiores, el último de los cuales era el que ocupaba Henri. Mantenerse tan a distancia de aquel enorme poder le hacía sentir seguro. No quería llamar la atención, o al menos no de alguien situado a tan alto nivel, o quizá no le habría importado llamar su atención, pero desde luego no luciendo aquel jubón manchado.

—¿Llevas algún icono encima?

—Hum…, no, señor —respondió Henri—. Tengo uno, en mis habitaciones. Es de Huaravael, uno de los iconos familiares, algo viejo y desgastado. Padre me enseñó magia angelical, naturalmente; yo la practico, pero en pequeña medida. Y he tratado con otros ángeles…

—Hazme memoria —le interrumpió Robard—. ¿Cuál es el poder de Huaravael?

—Sobre todo lo relacionado con las propiedades del aire —dijo Henri—. Eliminar humo, cosas así. No en gran cantidad, y limitado geográficamente a Adianne. No es más que una serafín.

—Si alguna vez, como ahora, se te convoca para que te presentes ante su eminencia, debes hacerlo sin ningún icono. Ella lleva el icono de Ashalael, y aunque no haya sido invocado, cualquier ángel inferior se encoge ante un poder tan majestuoso, y los iconos que los conectan con nuestro mundo suelen desintegrarse o arder. Recuérdalo.

—Oh, lo haré, lo recordaré, señor.

Robard no dijo nada más, pero aceleró el paso un poco. Henri le siguió al galope, sintiéndose como un caballo tonto siguiendo al destacado en una carrera. Era más alto que Robard, pero eso le parecía poco diplomático, así que iba medio agachado, y se agachó aún más cuando vio que se dirigían hacia la gran escalinata que ascendía desde el salón central de recepciones, una escalera enorme con barandillas doradas y una alfombra escarlata. En los escalones inferiores montaban guardia miembros del cuerpo de los persevantes de la cardenal con sus corazas perfectamente bruñidas sobre cotas escarlatas y doradas, con alabardas en las manos y morriones con pico de acero grabado en oro sobre la cabeza.

Por supuesto, Henri no había estado nunca a menos de treinta pasos de la gran escalera. Estaba reservada a los más altos cargos. Todos los demás tenían que subir y bajar por las escaleras normales, siempre llenas de gente, en las alas este y oeste del palacio.

Los guardias se hicieron a un lado y saludaron con sus alabardas mientras Robard subía los escalones. Henri lo siguió tan de cerca como se atrevía, y dio un respingo al oír que uno de los guardias le susurraba a otro, a sus espaldas:

—¿Quién es el jorobado que va con el secretario?

Robard también lo oyó. Hizo una pausa, echó una mirada a Henri —no al persevante, uno de los soldados más válidos y de más confianza del séquito de la cardenal—, meneó la cabeza y siguió adelante. Henri irguió el cuerpo casi por completo, tanto que a punto estuvo de caerse hacia atrás, y siguió adelante tras Robard, sintiendo la tensión en los músculos del cuello al obligarse a mantener la cabeza erguida en lugar de bajarla, como le ordenaba el instinto, para reducir al máximo su visibilidad. Esa había sido siempre su táctica con sus cuatro hermanos mayores, pero estaba claro que era hora de desarrollar una estrategia diferente para el mundo exterior.

Intentó tranquilizarse; dejaron las escaleras en el segundo rellano y procedieron a atravesar otras salas grandes y majestuosas, ocupadas por sirvientes de la cardenal mucho mejor vestidos y evidentemente más importantes que Henri, y de suplicantes a la espera de ser recibidos, demasiado importantes para que les hicieran esperar abajo. Algunos de ellos intentaron interceptar a Robard, pero él los apartó con un gesto de la mano y siguió adelante. Todos ellos miraban a Henri como si fuera un perro vagabundo que inexplicablemente hubiera conseguido pegarse a los talones del secretario.

Por fin, Robard se detuvo frente a dos puertas con elaboradas tallas al final de una sala abovedada de techos altos. Junto a las paredes de la sala había una docena de escribientes con escritorios portátiles colgados del cuello para que pudieran escribir allá donde se encontraran. Tres de los doce estaban ocupados escribiendo, rodeados de niños y niñas mensajeros listos para salir corriendo con sus misivas. Los otros esperaban con una variedad de gestos que dejaban claro que estaban acostumbrados a periodos de largas esperas intercalados con otros de actividad frenética.

Un par de persevantes montaban guardia a los lados de las puertas, dos mujeres, ambas uniformadas pero sin coraza, casco o alabardas, aunque llevaban espadas al cinto y pistolas a la vista.

—Primera visita a su eminencia —dijo Robard, señalando a Henri.

Las guardias se adelantaron. Una cogió por las muñecas a Henri, que no opuso resistencia, y le levantó los brazos mientras la otra lo registraba, hurgando por todas partes con sus fuertes dedos, empezando por la punta de los pies y haciéndole encogerse al notar cómo exploraba su entrepierna y sus nalgas, y siguiendo por debajo del jubón y la camisa —que no estaba limpísima, ya que contaba con el jubón para tapar las manchas—, para recorrer después el perímetro de su cuello hasta llegar a la coronilla, donde le pasó los dedos por entre el cabello como si fueran un peine.

—No lleva armas —dijo la que le había despeinado—. Ni iconos.

—¿Qué iba a llevar entre el cabello? —preguntó Henri, aunque al momento se arrepintió de haber abierto la boca.

—Cable de estrangulamiento —respondió la guardia.

Henri esbozó una sonrisa, pero ella no sonrió.

Robard llamó con los nudillos.

—¡Adelante!

Robard abrió la puerta y entró. Henri tragó saliva, nervioso, vacilando en el umbral, hasta que la guardia que le había revuelto el cabello le dio un empujón y le murmuró:

—¡Venga! ¡No come escribientes flacuchos!

Henri estuvo a punto de caerse al suelo, pero pudo disimular y adoptar una postura sumisa, hincando una rodilla y agachando la cabeza casi hasta el suelo. Por un momento estudió el diseño de la gruesa alfombra, tan nervioso que apenas podía pensar en nada más.

—¡Bueno, Robard! ¿Qué me has traído? No creo haber visto a este escribiente antes.

Henri levantó la cabeza lentamente, sin despegar la mirada del suelo. Al principio solo vio las paredes cubiertas de ricos paneles, las patas de caoba tallada de varias butacas, una chimenea con la leña preparada pero no encendida —era verano y hacía calor— y la esquina de un escritorio, el famoso escritorio con incrustaciones de marfil de la cardenal (aunque sus enemigos sostenían que eran de huesos humanos). Aterrado, levantó la vista algo más, y la vio.

La cardenal Duplessis era más alta y esbelta que Henri, huesuda y estilizada. Le pareció inmensamente alta, de pie junto a su escritorio, con una mano cargada de iconos elegantemente apoyada en la superficie de marfil. Llevaba una túnica escarlata con un cinturón dorado, y del cinturón le colgaba un icono que inmediatamente atrajo la atención de Henri, como habría atraído

la de cualquiera: no medía más de ocho centímetros de altura y cinco de anchura, y era de madera pintada. Nada de oro, ni perlas ni gemas que decoraran el borde, ninguno de los adornos que se veían en tantos iconos. Representaba un… Henri parpadeó, con los ojos húmedos… Lo estaba mirando directamente, pero por algún motivo no podía concentrarse. Le pareció que había un rostro, pero no se le quedaba en la mente. Y un halo por encima, más luminoso que el sol, pero ¿cómo habían podido pintar eso…?

Era el icono de Ashalael, por supuesto. Arcángel patrón de Saranza, uno de los seres angelicales más poderosos, cuyo poder no estaba limitado a acciones, objetos o cosas determinadas, sino que tenía un alcance puramente geográfico. Alguien que pudiera invocar a Ashalael —lo cual requeriría una enorme fuerza de voluntad y gran concentración, así como una enorme experiencia en el uso de la magia angelical— podría hacer maravillas, ya que el ángel tenía el poder de hacer cualquier cosa en el interior de las fronteras del reino.

El precio que habría que pagar, por supuesto, también sería inmenso.

Henri parpadeó otra vez y apartó la mirada, posándola en el rostro de la cardenal. Parecía divertida, lo cual le preocupó, y también observó que llevaba una gran cantidad de maquillaje para dar un color carmesí pálido a su piel: parte del maquillaje estaba agrietado en las comisuras de los ojos y de la boca, y permitía ver la piel marrón que cubría. La cardenal tenía el cabello plateado recogido con una cinta escarlata que le caía sobre el hombro, y sobre la cabeza lucía el bonete de terciopelo azul con ribete dorado de una duquesa real, porque también ostentaba varios títulos seculares, y seguía siendo la jefa de gobierno de la reina, a pesar de lo que pensara el rey. El bonete llevaba prendido un icono, uno en el que Henri sí pudo fijar la mirada: el de un poderoso ángel que no conocía, representado como una mujer sonriente en actitud maternal, sosteniendo a un bebé. Solo que la madre tenía cabeza de caballo, y el bebé, cabeza de potrillo, aunque el resto de sus cuerpos era humano. Y el potrillo tenía un halo sobre la cabeza, pero la madre no, así que el ángel era él…

La cardenal, incluso con maquillaje, parecía mucho mayor de lo que era, sin duda por haber practicado magia angelical a alto nivel. Henri no recordaba exactamente su edad, pero sabía que tenía más o menos los mismos años que su padre. Que tenía cuarenta y cuatro, aunque la cardenal parecía tener al menos sesenta.

—Henri Dupallidin, su familia es de Adianne, y está remotamente emparentada con la de Damerçon —dijo Robard—. Empezó a trabajar para

nosotros el miércoles pasado. Era el único que estaba allí. Le preguntaré a Dubarry cómo es eso.

Dubarry era la tercera secretaria. Henri la había conocido el día de su llegada. Ella le había dado su puesto y una parte del sueldo del primer mes —el resto se lo había retenido por oscuros motivos— y le había dicho que fuera a la Antecámara Amarilla a hacer lo que le dijera quien encontrara allí. Y eso había hecho.

—Dupallidin. Puedes acercarte.

Henri se acercó casi arrastrando los pies, sin atreverse a levantar la cabeza. Le besó la mano a la cardenal (o más bien acercó la boca a varios centímetros de aquellos anillos con los iconos) y luego volvió a agacharse.

—Ponte en pie —le dijo la cardenal con voz suave—. Así que hace poco que trabajas para mí. ¿Has jurado los votos?

—Solo como seglar, su e…, em…, eminencia —balbució Henri—. A Ashalael, cuando empecé aquí. Hum…, no quería…, quiero decir que no estaba seguro de si quería ser sacerdote… Es una gran responsabilidad.

—Su padre es sacristán en un templo de Huaravael, eminencia —murmuró Robard.

—Ah, el Sofocador del Humo de Adianne —dijo la cardenal—. Pero ¿tú no deseas seguir los pasos de tu padre?

—Quizá no de momento —respondió Henri, intentando ser diplomático. Una cosa que tenía clara era que no quería acabar siendo el sacristán de un pequeño templo en medio de la nada, siempre bregando con la pobreza.

—*Hmmm* —murmuró la cardenal, ladeando la cabeza, mirando a Henri como si estuviera planteándose devolver una compra equivocada—. Hay mucha gente a mi servicio, Dupallidin. Los escribientes y los oficiales de palacio, mis persevantes, otros empleados en Lutacia, por toda Saranza, y más allá. Mi gente desempeña tareas muy variadas, tareas necesarias para el bien del pueblo, para la protección de Saranza y para la gloria de Ashalael, nuestro gran arcángel y salvador.

Henri asintió con vehemencia, esperando que la cardenal se diera cuenta de que, por poco que pudiera ofrecerle, contaba con todo su apoyo. Igual que Ashalael, por supuesto, el más alto de los ángeles y protector de todos los sarancianos. Aunque, para ser absolutamente franco, cualquiera que le ofreciera la posibilidad de alcanzar una posición de seguridad también contaría con toda su lealtad…

—A veces, las tareas que hay que desempeñar son difíciles y peligrosas —prosiguió la cardenal—. A veces son… un desafío, por otro motivo.

Henri empezó a asentir cada vez más lentamente, sin saber muy bien adónde quería llegar la cardenal.

—No estoy segura de que seas la persona que necesito para la misión que se nos presenta —dijo la cardenal, y mientras hablaba Henri sintió el cálido contacto de la magia angelical, el roce de un ala invisible.

Levantó la vista y vio que Duplessis tenía en la mano un icono que ni había visto, uno de los varios que tenía, engastado en una pulsera de plata que apenas asomaba bajo el puño de su túnica. Henri no sabía a qué ángel había invocado, ni lo que había hecho, pero sospechaba que era uno de los tronos que podían detectar la verdad, o ayudar a leer los pensamientos más superficiales.

—Estoy dispuesto… ¡Quiero serviros en todo lo que pueda, eminencia!

Las palabras salieron de su boca sin pensarlas siquiera, imponiéndose al sentido común, que le decía que cualquier misión que le ofreciera resultaría complicada, o escondería algo turbio.

—Lo sé, Dupallidin —respondió la cardenal—. Lo sé.

Miró a Henri a la cara y él sintió una vez más el cálido contacto de la magia angelical, como un suave aliento contra el rostro, y no le resultaba nada desagradable. Oyó una nota de arpa, como procedente de algún lugar lejano, casi imperceptible. Luego sintió un doloroso pinchazo frío tras el ojo derecho, y se encogió.

—Conoces la Fortaleza de la Estrella —dijo la cardenal.

—Ah… Sí, eminencia —murmuró Henri, parpadeando para combatir el dolor.

¿Quién no la conocía?

La Fortaleza de la Estrella dominaba el extremo noreste de Lutacia. Hacía treinta años que duraban las obras, y se había construido —o se estaba construyendo— sobre un gran peñasco que no tenía la altura suficiente como para ser considerado una colina. Durante siglos allí había habido una torre solitaria, construida en principio como puesto de vigía, pero que en los últimos siglos había sido una prisión de terrible fama, conocida por todos simplemente como «la Torre».

Tres décadas antes, la reina Henrietta IV había ordenado la construcción de una fortaleza moderna en torno al peñasco, de modo que el príncipe de Barogno había contratado los servicios de la famosa ingeniera Varianna, que había creado modernas murallas, bastiones y revellines de tierra y ladrillos, fosos tallados en la piedra, zanjas para que los fosos pudieran llenarse con agua del río y un sistema de polvorines, armerías y almacenes con túneles

subterráneos abiertos en la roca, o aprovechados de las excavaciones preexistentes. El plan de Varianna incluía la demolición de la Torre, ya que interfería con la trayectoria de tiro de los cañones de los bastiones del noreste. Pero diversos poderes políticos habían ejercido presión para que la Torre no desapareciera, y para introducir otros cambios que hicieron que la Fortaleza de la Estrella no llegara a ser el bastión de artillería perfecto proyectado por Varianna.

Esas carencias, y el hecho de que no estuviera acabada, se debían en gran medida al hecho de que (una vez más, debido a intereses políticos) el mando de la Fortaleza de la Estrella y las tareas de construcción se habían repartido entre los Mosqueteros de la Reina, los Caballeros del Rey, los Persevantes de la Cardenal y la Guardia Capitalina de Lutacia.

Cada regimiento controlaba uno de los bastiones y un revellín de la Fortaleza de la Estrella, y compartían responsabilidades (no de muy buen grado) en la plaza del Dial, la ciudad en miniatura construida en la zona central entre las murallas. Para complicar aún más las cosas, los grandes cañones de hierro o de bronce, los cañones ligeros y sus homólogos de menor tamaño, las culebrinas, medias culebrinas, versos y falconetes repartidos por los bastiones y los revellines quedaban al mando de la Real Compañía de Artilleros.

A pesar de que su objetivo fuera proporcionar un bastión defensivo a la capital, la mayoría no pensaba en la Fortaleza de la Estrella como un cuartel militar. La vieja torre rodeada por las fortificaciones seguía dominando el paisaje urbano y en la mente de la gente los términos «Fortaleza de la Estrella» y «Torre» se habían entremezclado. Así pues, cuando se mencionaba cualquiera de ellos, lo primero que le venía a la mente a la gente era «cárcel».

—El puesto que tenía para uno de tus colegas de la Antecámara Amarilla —explicó Duplessis— está en la Torre.

Henri intentó disimular que le costaba respirar. Haber conseguido aquel empleo al servicio de la cardenal le había hecho muy feliz. Parecía el primer paso en el camino hacia una seguridad económica y un futuro viable, cosas que hasta entonces veía lejanas. Y aún más feliz le hacía la perspectiva de poder ascender llegado el momento, llegando incluso a convertirse en oficial de artillería. Pero la prisión de la Torre, de la Fortaleza de la Estrella… Era un lugar terrible, incluso como destino de trabajo.

—Necesitan un nuevo escribiente para ayudar a registrar la información que mis interrogadores van extrayendo a los prisioneros —dijo la cardenal—.

Es un puesto importante. Segundo ayudante del jefe de interrogatorios.

Henri tragó saliva. Sabía que gran parte de aquellos interrogatorios se realizaban con magia angelical. Pero a veces eso no funcionaba, y había prisioneros rehusantes, con los que no podía usarse la magia angelical. Eso suponía que el segundo ayudante del jefe de interrogatorios tendría que estar allí sentado durante las torturas. Escribiendo lo que la gente mascullara o confesara entre gritos, mientras suplicaban compasión o, llegado el caso, incluso mientras pedían que los mataran.

Pero también era un puesto señalado, un cargo. Significaría un sueldo mucho mayor, y quizá fuera el trampolín que lo lanzara a algo más grande…

—El puesto incluye alojamiento —añadió Robard, que estaba observando a Henri de cerca. No añadió «en la Fortaleza de la Estrella», aunque Henri estaba convencido de que sería allí.

Ambos lo miraban. La cardenal con una gran distancia, tan impasible que resultaba imposible leerle el rostro. Robard parecía algo hastiado, como si todo aquello estuviera durando demasiado y pensara que la cardenal no tenía que darle tantas explicaciones, sino simplemente ordenarle a Henri que acudiera a su nuevo puesto, sin más.

—Yo solo deseo servir a vuestra eminencia —dijo Henri, con voz temblorosa—. En el modo en que me sea posible.

La cardenal lo miró. Henri intentó analizar su expresión sin mirarla directamente a los ojos, pero no pudo. Tembló un poco y agachó la cabeza.

—No —dijo la cardenal por fin. Henri sintió de nuevo aquel pinchazo frío en la cabeza, el ángel penetrándole en la mente, y comunicándole a Duplessis lo que veía dentro—. No. No eres la persona adecuada. Creo que necesitamos a alguien…

—¿Mayor, eminencia? —preguntó Robard, viendo que no seguía.

—Más curtido —respondió Duplessis, con voz fría y distante—. No, no puedo usarte a ti, Dupallidin —añadió, agitando la mano como si se lo quisiera quitar de delante, en lo que Henri interpretó como una señal de que iba a acabar muy mal.

—¿Estoy despedido de vuestro servicio, eminencia? —preguntó Henri, acongojado.

Dio un paso atrás y se la quedó mirando, con gesto suplicante. La cabeza le daba vueltas y tuvo que apretar los dientes y tragar la bilis que notaba en la garganta. Si le despedía, sería la ruina. Se convertiría en un mendigo, o moriría en alguna cuneta intentando regresar junto a su familia.

—No, no —dijo la cardenal, que sonrió. Aunque la curvatura de sus labios no iba acompañada de ningún brillo cálido en los ojos, Henri se sintió aliviado de golpe—. No me deshago de una espada porque esté mal templada. La mando a que la forjen de nuevo.

Frunció el ceño levemente y miró a Robard.

—Pereastor me ha dicho que Dupallidin tiene una gran habilidad con los números —dijo—. Ponle con Dutremblay como segundo ayudante, quizá como supervisor. Allí será más útil que en la Antecámara Amarilla.

—Como ordenéis, eminencia —respondió Robard, que le hizo un gesto con la mano a Henri para sacarlo de la sala.

—Y encuentra a esos otros escribientes —ordenó la cardenal, desplazándose hasta detrás del escritorio de marfil y cogiendo unos papeles, ya con la mente puesta en otra cosa—. Mañana los veré a todos y escogeré al más idóneo.

Robard bajó la cabeza y siguió a Henri hasta la puerta, haciendo una pausa para agarrar al joven por el codo y hacerle dar la vuelta para que caminara de frente hacia el exterior, en lugar de ir retrocediendo lentamente marcha atrás.

Una vez en el exterior, Robard llamó a una de las escribientes de la sala de espera. Ella se acercó enseguida y abrió el escritorio portátil que llevaba colgado del cuello; levantó la pluma y abrió el tintero.

—Su eminencia desea que este hombre sea enviado ante Dutremblay como segundo ayudante —dijo Robard—. Extiéndele una orden.

Henri solo oyó la mitad de todo aquello; aún estaba mirando en dirección a la sala de la que acababa de salir. Una de las guardias le guiñó el ojo, pero él no se dio cuenta. Seguía sobrecogido por aquella audiencia inesperada y… por su repentino ascenso.

Aunque no sabía en qué consistía ese ascenso… ni dónde lo habían destinado. Se giró hacia Robard, esperando tener la oportunidad de hablar.

—No va a volver a la Antecámara Amarilla —prosiguió Robard, hablando a ritmo rápido—. Ah, y dile a Dedene que encuentre a todos los escribientes que trabajan allí, salvo este, y que me los traiga. Enseguida.

La otra escribiente bajó la cabeza y Henri también lo hizo. Cuando la levantó, Robard ya estaba en medio de la sala, y sus espuelas doradas brillaban a la luz del sol que se filtraba por los altos ventanales.

—Segundo asistente de Dutremblay —dijo la escribiente, mientras apuntaba a toda prisa—. Empezando hoy, con un sueldo de dieciséis libras por mes del calendario, más…

—¡Dieciséis libras! —exclamó Henri.

Eso era cuatro veces su salario actual.

—Más dieciocho libras por trimestre para gastos de vivienda, pagados por adelantado —respondió la escribiente—. Aunque no es que lo necesites, dado que te proporcionan alojamiento.

—¿Alojamiento?

—En la Fortaleza de la Estrella —dijo ella.

—¿La…?

—La Fortaleza de la Estrella —repitió—. Tienes suerte, no será en los barracones de los persevantes, porque a Dutremblay le gusta que su personal…

Hizo una pausa. Henri la estaba mirando fijamente. Entendía lo que le estaba diciendo, pero no conseguía asimilar aquella noticia tan poco grata, justo cuando acababa de enterarse de que iba a gozar de una situación económica desahogada. En términos relativos, claro, teniendo en cuenta que hasta poco antes rozaba la indigencia.

—La Fortaleza de la Estrella —repitió la escribana—. Dutremblay.

Henri quiso decir algo, pero solo le salió un sonido entrecortado. ¿Es que no había entendido nada? ¿Al final le habían mandado igualmente a la prisión, como ayudante del jefe de interrogatorios?

Afortunadamente, la escribana estaba acostumbrada a que la gente saliera aturdida de su encuentro con la cardenal, y supo interpretar la pregunta de Henri.

—¡Dutremblay es la arquitecta de la reina! Supervisa la construcción del Palacio Nuevo, en la plaza del Dial. ¡Tendrás tus propios aposentos en la parte que ya está construida!

Henri quiso decir algo más, pero tampoco le salió.

—¡La plaza del Dial! ¡El centro de la Fortaleza de la Estrella! De verdad… ¿Tú de dónde eres?

—De Damerçon —masculló Henri. Se sentía algo mareado, la sala le daba vueltas, y tuvo que aspirar con fuerza para conseguir detenerla.

—¿De dónde?

—De Adianne.

—¿Y eso dónde está?

—En Bascunia —dijo Henri.

La escribana resopló, acabó de escribir, echó un poco de arena encima para que se secara la tinta y le entregó dos documentos a Henri.

—Ahí tienes —dijo ella—. Tu orden de empleo y un bono por valor del sueldo y los gastos de vivienda del primer mes, que puedes retirar cuando quieras de la oficina del tesorero. Pero yo te sugeriría que lo hicieras inmediatamente, ya que son casi las cuatro, y mañana es San Tarhern, así que no encontrarás a nadie.

Aquella noche, cuando Henri Dupallidin regresó a la minúscula habitación que dejaría pronto (en casa de la señora Trevier, una comerciante de especias que le debía algún favor a la duquesa de Damerçon, y que se lo estaba pagando ofreciendo un alojamiento económico a su pariente lejano), el joven era otro. Estaba agotado, pero contento. En líneas generales, decidió que había sido un día estupendo, aunque salpicado de momentos de infarto en los que ya se veía encerrado en una prisión, registrando los lamentos de los torturados. Y aunque le habían destinado a la Fortaleza de la Estrella, no sería a la prisión, así que esperaba poder entrar y salir libremente.

Aun así, de pronto, se le ocurrió pensar que quizás aquello fuera una suposición infundada: ¿y si tenía que quedarse en la fortaleza todo el tiempo, o si solo le dejaban salir en momentos muy concretos?

Estaba pensando en aquello, distraído, cuando sintió una mano que tiraba del monedero que acababa de llenar y que le colgaba del cinturón. Antes de que pudiera reaccionar, habían cortado el cordón que lo sostenía y se lo habían arrancado. Henri se giró de golpe, dio un manotazo al aire y llenó los pulmones para gritar «¡Ladrón!» en vano; vio a una niña vestida con harapos de rehusante que pasaba por debajo del vientre de un caballo y cruzaba a la carrera el par de metros que lo separaban de uno de los estrechos callejones que le garantizarían la huida.

Pero el grito de Henri no llegó a salirle de la boca. Cerró la mandíbula con fuerza, sorprendido, entrechocando los dientes. Si la golfilla había sido rápida, una mujer que pasaba por allí lo fue más. Había agarrado a la niña, retorciéndole el brazo y quitándole el monedero con un rápido movimiento. Al ver que la golfilla intentaba sacar el cuchillo, le retorció también esa muñeca.

—¡La tengo, señor! —gritó la mujer, levantando el monedero y quitándose de encima a la niña de una patada y murmurándole algo.

Fuera lo que fuera lo que le dijo, la ladrona se quedó pálida y salió corriendo inmediatamente, sin detenerse siquiera a recoger el pequeño cuchillo, que seguía tirado sobre los adoquines.

Henri miró a su alrededor, estupefacto. La gente que pasaba apartaba la vista y se alejaba a toda prisa, confirmando sus sospechas de que ahí estaba pasando algo raro. No llevaba mucho tiempo en la ciudad, pero no era tonto. Los ladrones eran parte de la vida, y los extraños no intervenían a menos que no corrieran absolutamente ningún riesgo, o si eran amigos íntimos o familiares de la víctima. Aquella mujer —que evidentemente también era rehusante, por su túnica gris y su tocado— o formaba parte de alguna estafa más elaborada o era una loca peligrosa.

—¡Tenga, señor! —dijo la mujer, y le lanzó el monedero.

Henri lo cogió en un gesto reflejo y se quedó mirando a la mujer, que desapareció por el mismo callejón por el que se había ido corriendo la niña.

—Nunca he visto nada así —murmuró alguien a sus espaldas, pero cuando se giró no vio quién había hablado.

La marea de personas que circulaba sin cesar por la calle de la Escarcha siguió su camino, pasando a ambos lados de Henri, como si fuera un elemento sospechoso que hubiera que evitar.

Henri agarró el monedero con fuerza y se puso en marcha de nuevo, esta vez muy atento a la gente que le rodeaba, a los agujeros que encontraba bajo sus pies y a todas las cosas en las que habría tenido que estar pensando en el momento del robo.

Sin embargo, en algún lugar de su mente, no podía dejar de preguntarse por qué habría intervenido una rehusante adulta para evitar que una niña rehusante le robara.

Hasta que cayó en ello: pese a lo sucio y desastrado de sus ropas, su jubón amarillo lo señalaba como servidor de la cardenal. La mano de su eminencia lo protegía. Hasta de los ladrones callejeros.

6

Agnez intentó aflojar un poco la presión de la mano sobre la espada ropera, girando la muñeca y abriendo los dedos. Los guantes que le habían dado no eran de suave piel de cabritillo como los que estaba acostumbrada a llevar, sino guanteletes de cuero grueso, lo que la hacía más torpe y lenta. La espada ropera también era más pesada y más larga que la suya, por no mencionar que además no tenía filo, mientras que su espada tenía una hoja tan afilada que habría podido cortar un pelo al vuelo.

Pero aquella prueba había que pasarla con los guantes y el arma que le habían dado, y con la mano derecha, pese a que ella solía preferir la izquierda. Además estaba prohibido ayudarse con la magia, así que el único icono que poseía Agnez, una pequeña placa con una imagen de Jashenael, estaba encajada bajo la banda de su sombrero, que había dejado en un rincón, con su espada y su capa. Aunque de todos modos lo único que podía proporcionarle Jashenael era luz en la oscuridad, y eso solo con luna nueva o en cuarto creciente. No era más que un querubín, con un poder muy limitado.

—¡Venga, lánzate! —exclamó la maestra de armas, dejando que su espada se deslizara unos centímetros por las losas del suelo del patio, haciéndola chirriar contra la piedra.

No era más que un engaño para incitarla a atacar, y ella lo sabía. Su madre la había llevado a ver uno de los combates de exhibición de la maestra de armas Franzonne en su última visita a Lutacia, dos años antes, y la adalid mayor de los mosqueteros de la reina sin duda seguía siendo tan mortalmente rápida como siempre.

—Mi guante es demasiado grande —protestó Agnez, con un tono patético, al tiempo que dejaba caer la hoja, como si no pudiera mantenerla en alto.

Pero, justo en el momento en que salía de su boca la última palabra, se lanzó en horizontal hacia el corazón de Franzonne. Hasta la última fracción de segundo dio la impresión de que su estocada iba a llegar a su destino, pero su espada acabó desplazada hacia un lado de golpe, y Agnez se encontró de nuevo retrocediendo y defendiéndose, de un lado al otro, y no pasaron muchos segundos antes de que acabara frotándose la mano dolorida, mientras su pesada espada ropera rebotaba sonoramente en las losas del suelo.

Viéndose desarmada tan rápidamente, Agnez supo que en un duelo de verdad estaría yaciendo en el suelo, respirando su último aliento mientras su sangre teñía de rojo el pavimento.

—Dieciocho segundos —dijo un hombre extraordinariamente corpulento, casi como un oso; un oso pelirrojo, porque tenía la piel cobriza, y aunque su cabello y su barba eran negros, también tenían un matiz rojizo, como el ámbar de una llama en un fuego agonizando entre las brasas. Llevaba el mismo tabardo negro con ribetes plateados que Franzonne, el uniforme de los mosqueteros de la reina, en su caso tan grande que Agnez se habría podido hacer una tienda de campaña con él.

—Has contado demasiado rápido —dijo Franzonne—. Aunque en conjunto te felicito. Ni siquiera te he visto mover los labios, Sesturo.

—He contado de cabeza —dijo el hombre sin inmutarse—. He estado practicando. ¿Ponemos veinte segundos?

Agnez aguantó la respiración. Aquella era la primera prueba que tenía que pasar, durar al menos un tercio de minuto en duelo de espadas contra la maestra de armas Franzonne.

Franzonne miró a Agnez, que intentaba disimular aquella expresión que (estaba segura) le daba el aspecto de un perrillo esperando a que la maestra de armas le lanzara algún resto de su cena.

—Eso de «el guante me viene grande» ha estado bien —dijo la maestra.

—Me ha gustado —confirmó Sesturo.

—Es muy joven.

—¡Tengo casi dieciocho años! —replicó Agnez, que al momento se arrepintió de su arranque—. Le pido disculpas, maestra de armas.

—Impulsiva. No tiene modales.

Agnez tensó la mandíbula para contenerse y no protestar. Era una bascona, criada en el campo, pero su madre no solo había sido una mosquetera de la reina, sino también la baronesa Descaray, de una familia antigua y noble cuyo titular tenía el privilegio de poder regalarle a la reina una rosa negra al año y pedirle una merced a cambio. Aunque no hubiera rosas negras, ni las hubiera habido nunca, era un gran honor.

—Quizá en los caballeros del rey… —dijo Sesturo, reflexionando en voz alta.

Agnez se mordió el labio para detener la protesta que a punto estuvo de escapársele. ¡Sí, claro, los caballeros del rey! Todo el mundo sabía que los mosqueteros de la reina eran muy superiores en todos los aspectos, especialmente en el dominio de la espada. Si Franzonne rechazaba a Agnez,

esta nunca se presentaría candidata a los caballeros del rey. Aquel era un lugar para jovencitos de la nobleza más interesados en lucir el uniforme que en luchar.

—O al servicio de la cardenal —propuso Franzonne.

Agnez tuvo que hacer un esfuerzo para no fruncir el ceño. ¡Los persevantes de la cardenal serían aún peor que los caballeros del rey! Todo el mundo sabía que no eran luchadores honestos, sino magos que siempre preferían la magia angelical al frío acero. Eran los espías y los policías de la cardenal, además de soldados, y Agnez no quería saber nada de ellos. Aunque le habían enseñado a usar los iconos y tenía cierto talento innato para ello, quería abrirse paso en el mundo ella sola, no llegar a las alturas que soñaba conquistar a hombros de los ángeles.

«Capitana General Agnez Descaray de los mosqueteros de la reina».

Un día oiría aquellas palabras, y no en tono de burla.

Pero si ahora Franzonne la rechazaba… Agnez contuvo un escalofrío e intentó mantener un gesto tan impasible como el de la propia maestra de armas. Agnez no sabía qué haría si no conseguía ser mosquetera. Morir, suponía. Salir de aquel patio del Palacio de la Reina y ponerse a desafiar a duelo a los espadachines más peligrosos que encontrara. Al menos sería un final rápido, mejor que la ignominia y la humillación de volver a casa.

—No, no es lo suficientemente malcarada como para la cardenal, ni lo suficientemente guapa como para la guardia capitalina —dijo Franzonne—. Podrían confundirla con uno de sus caballos.

—¿Por los cuartos traseros? —preguntó Sesturo, arrugando la nariz y haciéndole una mueca a Agnez.

Agnez apretó los puños en el interior de aquellos estúpidos y descomunales guantes. Pero no se movió, no le tiró uno de los guantes a la maestra de armas a la cabeza, ni saltó sobre Sesturo para darle un puñetazo. Sabía que nadie la veía especialmente guapa. Algunos podrían decir que tenía la cara larga, y que su piel tostada y su cabello negro tenían el color de los alazanes, el tipo de caballo más habitual en Saranza. Pero eso a Agnez no le importaba, porque no afectaba a su capacidad para la lucha.

No es que fuera a permitir que nadie la insultara por ningún motivo, incluida la opinión que tuviera nadie de su aspecto.

Al menos en circunstancias normales.

—No —dijo Franzonne, y la sombra de lo que podría ser una sonrisa le cruzó el rostro fugazmente, como una brisa repentina rozando el agua de un estanque—. Desde luego no se parece en nada a un caballo, sean cuartos

delanteros o traseros. Te pedimos disculpas, Descaray. Eso lo he dicho únicamente para comprobar si puedes aguantar un insulto.

—Puedo en este lugar, y en esta ocasión —dijo Agnez, muy tensa—. En otras circunstancias no lo habría aguantado.

—Yo también te pido disculpas —dijo Sesturo, adoptando un tono formal —. ¿Te advirtió tu madre de que te insultaríamos?

—No con esas palabras —respondió Agnez, que vaciló un momento y luego añadió—: Me dijo que fuera más como Truffo y menos como Humboldt.

Sesturo se rio, y la leve sonrisa de antes atravesó de nuevo el rostro de Franzonne. Truffo y Humboldt eran los payasos protagonistas de *La venganza del rey rana*, un clásico el teatro saranciano. Truffo era el payaso recto e imperturbable, blanco constante de las bromas de Humboldt, el último en reaccionar cada vez que pasaba algo. Humboldt, por otra parte, no era demasiado inteligente, y solía ser la causa de sus constantes problemas.

—Bueno —dijo Franzonne—. En principio, la reina ha dado su aprobación, por ser tu madre quien es. Tú eres… más que competente con la espada, mucho mejor que la mayoría. Solo queda una prueba…

En esta ocasión, Agnez no pudo evitar fruncir el ceño. ¿Otra prueba? Su madre no le había dicho nada de otra prueba.

—¿Sesturo?

La frente de Agnez se arrugó aún más cuando vio que Franzonne se hacía a un lado y que Sesturo se ponía en pie y se le acercaba. En pie era aún más grande de lo que imaginaba, casi dos palmos más que ella, y mucho mucho más corpulento. Y toda aquella masa, por lo que parecía, era músculo.

—Nada de meter los dedos en los ojos, ni de morder —dijo Sesturo—. Golpea el suelo con la mano abierta si quieres rendirte.

—¿Vamos a luchar? —preguntó Agnez, soltando un gallo sin querer.

—Sí —dijo Sesturo—. Nadie puede entrar a formar parte de los mosqueteros de la reina si no me ha tumbado antes, sin ayuda de las armas.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Agnez, mientras retrocedía, mirando alrededor, con la esperanza de ver algo, lo que fuera, que pudiera servirle de ayuda.

—Oh, basta con que lo tumbes —dijo Franzonne—. Tampoco vamos a pedirte un imposible.

Agnez se movió lentamente alrededor de Sesturo. Quizá fuera lento, pensó, observando atentamente todos sus movimientos. Los hombres de su

tamaño raramente eran ágiles. Si conseguía colarse entre sus piernas, trabarle los tobillos y torcerle…

Sesturo no era lento.

Agnez apenas había tenido tiempo de prepararse para su embestida cuando él dio un salto y le soltó un terrible puñetazo en el lado de la cabeza. La embestida de Agnez se quedó en una caída y el enorme mosquetero la agarró al vuelo antes de que diera contra el suelo de piedra y se hiciera más daño del que ya le había provocado su puñetazo.

—¡Sesturo! —exclamó Franzonne—. La has golpeado demasiado fuerte.

—No —se defendió el grandullón, que dejó a Agnez en el suelo con suavidad, le quitó los guantes y se los colocó a modo de almohada—. Ya se despierta.

Agnez parpadeó y respiró con dificultad, tosiendo un poco. Los primeros segundos no supo qué había pasado. Tenía un enorme mosquetero encima, y una mosquetera algo más esbelta un paso por detrás.

Entonces todas las piezas fueron encajando. Agnez soltó un gruñido e intentó ponerse en pie, pero Franzonne se acercó, se agachó y la hizo tumbarse de nuevo, con suavidad.

—No. Ahora debes descansar lo que queda de día —dijo—. Los criados te llevarán de vuelta a tu alojamiento.

Agnez se la quedó mirando e intentó ponerse en pie, pero no podía. Le dolía la cabeza y no podía fijar la mirada.

—¿He…, he fracasado?

—No estoy en el suelo —dijo Sesturo, con un tono de voz curioso.

Agnez no intentó ponerse en pie otra vez. Por un momento sintió que le invadía una sensación de derrota y desesperanza, pero había algo más, una pista en la voz de Sesturo…

Los dos mosqueteros de la reina la miraban. Esperando algo. Agnez sintió que estaba en el momento crítico en que tenía que hacer algo, jugarse la última carta…, pero apenas se podía mover, y desde luego no tenía ninguna posibilidad de derribar a Sesturo.

Aunque quizás aquello no fuera una prueba física. Lo había supuesto, había actuado en consecuencia y Sesturo había respondido como cabía esperar. Agnez miró a Sesturo a los ojos, intentando concentrarse y hacer caso omiso del dolor punzante que sentía en la cabeza.

—*Ser* Sesturo, parecéis agotado por el esfuerzo… ¿No querríais…? ¿No querríais refrescaros en estas losas por un momento? —preguntó Agnez con una voz débil.

Sesturo torció la boca y miró a Franzonne, que asintió con decisión.

—¡Qué ignominia! —exclamó Sesturo con un murmullo grave mientras hincaba una rodilla primero y luego se dejaba caer en el suelo como un alud, tendiéndose cuan largo era, con los brazos extendidos—. ¡Abatido por una mísera recluta rústica!

—Más bien tendido por cortesía propia —respondió Agnez en voz baja; se quedó tumbada y, de pronto, una sensación de alivio le recorrió todo el cuerpo— por la que os doy las gracias.

—Bienvenida a los mosqueteros de la reina, cadete Descaray —dijo Sesturo, poniéndose en pie con un largo suspiro, como si le hubieran despertado a la fuerza para afrontar un día desagradable.

Le tendió una mano a Agnez y, cuando ella se la cogió, la puso derecha prácticamente sin esfuerzo.

—Tendrás que pasarte el resto del día en la cama —dijo Franzonne—. Avisaré al hospital para que uno de los magísteres médicos vaya a verte. Hasta el golpe más superficial de Sesturo deja huella.

Se sacó una ficha de bronce del interior del puño de su guantelete y se la metió a Agnez en el monedero que llevaba al cinto.

—Esta ficha te permitirá pasar por la puerta del agua de la Fortaleza de la Estrella. Preséntate en los barracones tras el desayuno. No demasiado pronto.

Agnez asintió y sintió un sabor a bilis en la garganta. Tragó saliva e intentó combatir el mareo que la invadió y que amenazaba con hacerle perder el equilibrio. Sesturo la sostenía con una mano bajo el codo. Franzonne dio dos palmadas, y Agnez respondió con un gesto de dolor. La pesada puerta de roble se abrió con un crujido y entraron cuatro criados con una camilla. Tal como correspondía a un trabajo tan mundano, eran todos rehusantes, vestidos con las características ropas grises que advertían que con ellos no podía usarse magia angelical, porque el resultado podía ser fatal, para el mago, para el rehusante o para ambos.

—Llevad a *ser* Descaray a su alojamiento —ordenó Franzonne—. ¿La posada de maese Hobarne?

—Sí —dijo Agnez, con un hilo de voz, mientras combatía las ganas de vomitar—. Sí, la posada de Hobarne, en la calle del Vencejo. Pero no necesito una camilla.

Los rehusantes acercaron la camilla algo más, pero Agnez la rechazó con un gesto de la mano.

Se puso en pie y se apartó de la mano que le tendía Sesturo.

—Soy perfectamente capaz de caminar hasta el Cabeza de Grifo —dijo, levantando la barbilla—. ¡Y cuando llegue no me iré a la cama, sino que beberé! ¡Y jugaré a los dados!

—Muy bien —dijo Sesturo—. Los mosqueteros deberían ser pobres. Eso hace que luchen mejor.

Agnez giró la cabeza para mirarlo, aunque el movimiento hacía que le doliera la cabeza.

—Ganaré —aseguró—. Que tengáis buen día, *ser* Sesturo, *ser* Franzonne. Hasta mañana.

Hizo una profunda reverencia, se tambaleó al erguirse de nuevo, recuperó el equilibrio y luego fue dando tumbos a recoger sus guantes, su capa, su sombrero y su espada. Lo lio todo en un fardo improvisado y se puso en marcha, hasta dar con la pared junto a la puerta, quedarse apoyada e ir deslizándose lentamente y caer al suelo prácticamente inconsciente.

—Un esfuerzo notable —dijo Sesturo, mirándose el puño—. La verdad es que no quería golpearla demasiado fuerte.

—Llevad a *ser* Descaray a su habitación —repitió Franzonne—. Los rehusantes asintieron y fueron a recoger a la última incorporación al cuerpo de los mosqueteros de la reina, cargándola a ella y a sus pertenencias en la camilla sin demasiadas consideraciones.

—¿Cuántos más quedan? —preguntó Sesturo.

—Una docena —respondió Franzonne, sin dejar de mirar a Agnez mientras se la llevaban—. No parece que ninguno de ellos tenga muchas posibilidades. Pero Descaray… es una espadachina muy prometedora.

7

La Universidad De Belhalle se extendía por docenas de edificios, patios y jardines en la orilla izquierda del río Leire. Tiempo atrás había sido una población independiente, rodeada de campos, y a la ciudad, que quedaba al norte y al oeste, solo se podía llegar en barco. Con el paso de los siglos se habían construido puentes sobre el río, la ciudad se había extendido y ahora Belhalle había quedado integrada en la ciudad, y rodeada por sus murallas.

Entre sus muchos edificios, el más importante era la Rotonda. Su gran cúpula de cristal y cobre, construida con una gran contribución de magia angelical, era el punto de referencia más visible en kilómetros a la redonda. Contenía el estudio del mejor creador de iconos de Saranza, y quizá de todo el mundo conocido. Bajo las enormes vidrieras de la cúpula había una serie de bancos de trabajo concéntricos, desde el centro hasta el perímetro, en total más de cuatrocientos. Los del círculo exterior eran para los estudiantes; cuanto más cerca del centro, mejor luz había, y allí se situaban los creadores de iconos más destacados, o al menos los más ancianos.

En el mismo centro de la Rotonda había una mesa de trabajo conocida como el Estrado. Allí, treinta y cinco metros por debajo de la cúspide de la cúpula, era donde los estudiantes presentaban sus trabajos de graduación, con la esperanza de acceder a las filas de los magísteres. Acceder al cuerpo de magísteres de Belhalle suponía ser reconocido como un mago angelical de primera fila.

A veces, los académicos más destacados de la universidad acudían al Estrado por otros motivos, para ser observados con admiración, y a veces con una mezcla de cinismo y resentimiento por los estudiantes de los bancos más externos.

Sin embargo, en esta ocasión no había ningún estudiante. La Rotonda había sido cerrada, y los celadores montaban guardia en todas las entradas. Solo había seis personas reunidas en torno al Estrado. La rectora en persona, dos de los cuatro procuradores, el decano y el obispo de la universidad. La sexta persona era una joven bajita de rasgos alegres, con la piel de un color marrón intenso y ojos oscuros de mirada reflexiva. Llevaba una túnica azul de estudiante sobre lo que parecía una bata de cuero de peón, atuendo nada habitual en la Rotonda. Llevaba un carboncillo en la mano; delante, sobre el

banco de trabajo, tenía un afilado punzón para hacer iconos y una hoja de pergamino rígido, junto a un ejemplar abierto del primer volumen de *Los habitantes del cielo*, de Marcew, compendio de ángeles en cinco volúmenes, material de referencia imprescindible para cualquier creador de iconos.

—¿No conoces este ángel? —preguntó la rectora, una mujer de unos sesenta años con expresión severa que llevaba la larga túnica blanca con ribetes de color azafrán típica de su cargo, con media docena de iconos prendidos en broches.

En aquel contexto, «conocer» hacía referencia a un ángel con el que un mago hubiera establecido contacto, y del que hubiera hecho o estuviera haciendo un icono para invocarlo. Llegar a conocer a un ángel era un proceso bien estudiado, que no podía acelerarse.

O eso les habían enseñado siempre a los magos que practicaban la magia angelical.

—No lo conozco, excelencia —respondió la joven, que se llamaba Dorotea Imsel.

Solo tenía dieciocho años, era estudiante de primer año en la Rotonda, aunque antes había estudiado en una universidad de menor entidad, la de Tramereine, y de hecho se había graduado allí a la temprana edad de dieciséis años. Era algo extraordinario, pero no sin precedentes. El motivo de que estuviera allí, en el centro de la Rotonda, rodeada de grandes personalidades, era un talento (había quien lo llamaba truco) que había exhibido en Tramereine y que ahora iban a examinar allí.

—He abierto el libro con los ojos cerrados, he pasado páginas y he dejado que cayera tal cual —dijo el decano.

Él también llevaba su túnica oficial, negra con ribete negro profundo en lugar de dorado, y el único icono visible que lucía era un pequeño camafeo incrustado en el mango de su daga, que asomaba por el corte lateral de su túnica. «La estudiante Imsel aún no había llegado y no ha podido interferir de ningún modo en el proceso. No percibo ninguna presencia angelical de ningún tipo».

Los otros observaron las páginas abiertas. La página de la izquierda presentaba una ilustración de página completa de un serafín, una figura humana con la piel azul negruzca, las características seis alas pequeñas y un halo no de luz dorada sino de llamas rojas entrelazadas como una corona de laurel. La de la derecha era texto impreso iluminado, con ilustraciones pintadas a mano en pan de oro y carmín de cochinilla, sobre todo alrededor

del nombre del ángel y en la capitular con que iniciaba el texto de la descripción.

La serafín en cuestión se llamaba Kameziel, y su poder era dominar la rabia. Solía llamársela para aplacar las revueltas o para calmar a alguien con instintos asesinos o, en casos particulares, para hacer reaccionar a alguien desesperado.

—Muy bien —dijo la rectora—. Una serafín… Si lo consigues, el coste no será excesivo. Proce…

Pero antes de que pudiera completar la palabra, la interrumpió un altercado en las puertas principales, donde los celadores primero intentaron detener a alguien que quería entrar, pero luego, cuando se dieron cuenta de quién era, retrocedieron y le permitieron entrar.

Dorotea miró hacia allí, y por primera vez perdió la calma. No le había afectado especialmente que los notables de la universidad le hubieran preguntado por su peculiar talento y que luego le hubieran pedido que se lo mostrara. Le había sorprendido que se hubieran enterado de que lo tenía, pero no le preocupaba que pudiera causarle ningún problema. Era simplemente algo que sabía hacer, y nunca se había planteado que tuviera un interés especial o que fuera algo raro. Aunque uno de sus antiguos profesores le había advertido que no le hablara a nadie de aquel talento —y de algunas otras cosas que sabía hacer—, y así lo había hecho. No tanto por miedo o prevención, sino porque no le parecía que fuera de gran importancia, y porque era algo en lo que no pensaba mucho. Lo único que quería hacer Dorotea era pintar y crear iconos. Tenía poco interés en la aplicación de la magia angelical, o en la invocación de ángeles en general. Simplemente, le encantaba crear iconos. Tramereine, y ahora Belhalle, eran para ella el máximo exponente de todo lo bueno, porque allí podía pasarse el día estudiando cómo habían creado otros sus iconos, o cómo hacerlos ella misma. Ni siquiera necesitaba cocinar o limpiar: podía dedicarse por completo a su arte.

Y ahora, de pronto, se daba cuenta de que su vida podía verse amenazada por el interés suscitado por su peculiar talento, que era el único del que tenían noticia. Las autoridades de la universidad eran una cosa. La mujer que avanzaba por el pasillo entre las mesas de trabajo era otra muy diferente. Incluso el tintineo de sus espuelas y el golpeteo de la vaina de su espada contra la parte trasera del muslo al avanzar hacia ellos resultaba amenazador. Era muy alta y el cabello oscuro le asomaba bajo el sombrero de ala ancha con pluma roja. Tenía ojos oscuros y fríos, y el rostro serio, con una larga

cicatriz que se lo cruzaba desde la frente hasta la mandíbula, dividiéndole en dos el ojo izquierdo, lo que indicaba que, sin intervención angelical, habría perdido ese ojo y ahora llevaría un parche. Su piel era del color de una pera dorada, y la cicatriz era una fina línea blanca, como si realmente fuera una fruta que alguien hubiera cortado en dos, para después decidir poner de nuevo juntas ambas mitades, en un intento infructuoso de ocultar el corte.

Aunque aquella mujer de aspecto peligroso no llevaba el tabardo de persevante de la cardenal, el emblema del arcángel con alas de nueve álulas, el color escarlata de su jubón y el broche prendido de su sombrero con las alas doradas de Ashalael y la mitra coronada en lo alto, emblema de la cardenal de Saranza, dejaban clara su procedencia.

Su fajín dorado indicaba su rango, y su poder como maga angelical quedaba patente por la cantidad de iconos que llevaba en forma de anillos, broches y placas al cinto, estas últimas parcialmente cubiertas por el fajín.

Dorotea sintió que sus dos iconos de poca entidad temblaban al acercarse la mujer, igual que le había pasado ante la proximidad de uno de los iconos de la rectora. Los suyos eran de Dramhiel y Horcinael, ambos serafines, y de poderes muy limitados. El del primero, la limpieza y la clarificación de la sangre, resultaban útiles para afrontar una resaca, entre otras cosas. El ámbito de acción del segundo era la frontera entre lo líquido y lo sólido, así que los creadores de iconos solían usarlo para acelerar la preparación de superficies con una base de yeso.

Se estremecerían prácticamente ante cualquier otro ángel, pero Dorotea sospechaba que la recién llegada, aquella mujer de la cardenal, llevaba iconos de alguna potestad, o quizás incluso de un principado. Y si así fuera, probablemente no tuviera los treinta y pico que aparentaba, sino que sería más joven, y habría envejecido al usar el poder de los ángeles que tenía a su servicio.

Dorotea no la había visto nunca, pero no tenía dudas de quién era. Había muchos estudiantes en Belhalle que veneraban o demonizaban a aquella mujer, según su convicción política o su ambición.

Era Rocherfort. Capitana de los persevantes al servicio de la cardenal Duplessis.

—Espero no llegar tarde —dijo Rochefort nada más llegar, quitándose el sombrero e inclinándose ante la rectora.

—No —respondió la rectora, sin más, inclinando la cabeza a su vez, mientras los demás hacían una reverencia. Dorotea se aseguró de agacharse

más que nadie—. Dependiendo de qué os haya traído hasta aquí, capitana. ¿La cardenal requiere mi presencia?

Rochefort se volvió a poner el sombrero en la cabeza y se lo colocó bien.

—No, señora rectora —respondió—. Estoy aquí, como vos, para observar un truco de una nueva creadora de iconos, tal como creo que lo habéis descrito. Tú eres Dorotea Imsel, supongo, ¿no? Antes estudiante de la Universidad de Tramereine, y antes de eso de Darroze. Hija de Genia Imsel, de padre oficialmente desconocido, aunque en tu distrito todo el mundo diga que es Destrange, conde de Darroze.

—Esa misma, señora —respondió Dorotea, haciendo otra reverencia—. Exactamente.

—Tu madre es conocida por ser una creadora de iconos de primer orden —dijo Rocherfort. Hablaba con voz fría, y aunque sus palabras eran de elogio, el tono no lo era. Tal como quedó demostrado a continuación—. Mientras que tu padre no lo es.

Dorotea frunció el ceño, sin saber muy bien si aquello pretendía ser un insulto. Su padre, a pesar de su título, no gozaba de muy buena consideración; en el mejor de los casos, era considerado un idiota genial y atractivo. Incluso Dorotea y sus hermanastros lo veían así. Cuando Dorotea le preguntaba cómo había podido tener una hija con Destrange, su madre se reía y decía que no podía explicárselo. Tenía cierta debilidad por los hombres guapos y no demasiado inteligentes, pero no había tenido hijos con otros, ni relaciones largas, en general.

—Por favor, continúa, estudiante Imsel —dijo la rectora, que no estaba dispuesta a dejarse intimidar en su propia universidad, ni siquiera por la mano derecha de la cardenal.

—Lo intentaré, señora —respondió Dorotea, encogiéndose de hombros, y sin poder dejar de pensar en la advertencia de su antiguo profesor.

—Es… No siempre puedo hacerlo.

—Empieza —ordenó la rectora.

Dorotea asintió y miró la ilustración, dejando que los ojos se le desenfocaran, observando la totalidad de la imagen, yendo más allá del contacto visual. Al mismo tiempo se puso a pensar en el nombre del ángel, pero de esa forma peculiar que había ido adoptando ella, sintiendo que era como si fuera otra persona la que llamara, y ella no hiciera más que repetir lo que decía aquella presencia invisible. Era una tontería, lo sabía, y posiblemente una señal de una locura incipiente, solo que para ella era una técnica, un truco que llegaba a controlar. No había ocurrido nunca sin su

dirección consciente, y tampoco funcionaba si no tenía una representación visual.

—Kameziel. Kameziel. Kameziel.

Empezó a sentir una manifestación angelical cerca, el susurro de seis alas, una cálida brisa rozándole la piel del rostro. Los otros también lo sintieron, y hubo un rápido intercambio de miradas, algunas de asombro, otras de preocupación.

Dorotea no hizo ningún gesto que indicara que estaba viendo el ángel, en cierto modo, igual que lo sentía y lo oía. Era otra cosa que había aprendido que no era normal, y, por tanto, era su secreto mejor guardado. La mano le tembló, y se puso a dibujar, moviendo el carboncillo con rapidez. Solo se oía el suave roce sobre el papel; los presentes estaban en un profundo silencio. También sentían la presencia del ángel, aunque Dorotea no hubiera tocado ningún icono.

No obstante, aquella presencia no se tradujo en una manifestación completa. Enseguida se hizo evidente que el dibujo se convertía en Kameziel, o al menos en un bosquejo somero de su imagen habitual, mucho más detallada, como la que aparecía en el libro. Aunque eso no era lo único que veía Dorotea.

Dejó el carboncillo, cogió el cuchillo y se hizo una minúscula muesca en el dorso de la mano, junto a las numerosas líneas blancas que ya tenía, cicatrices de cortes anteriores. La sangre brotó y, tan rápido como antes, Dorotea volvió a dibujar el icono, esta vez con un pincel fino, pintando con sangre sobre las líneas de carboncillo, y el negro absorbió el rojo.

Hacía falta sangre para fijar un icono.

Todo ese rato, gritaba el nombre del ángel mentalmente.

—Kameziel. Kameziel. Kameziel. Kameziel.

Se oyó un aleteo rápido, el sonido de un arpa, y Kameziel dio su aprobación antes de marcharse. El icono, mucho más tosco de lo que era habitual (hecho a toda prisa), había pasado el examen, y el ángel respondería a su llamada.

Dorotea se dejó caer, jadeando, presionándose el corte con el dedo índice para frenar el sangrado. Levantó la vista hacia los otros, que inspeccionaban su trabajo, todos con el ceño fruncido, pero Rochefort era la que más fruncido lo tenía, aunque la cicatriz de su rostro no se movía cuando levantaba las cejas.

—Su eminencia me ha dado instrucciones de que, si la estudiante Imsel demostraba su… talento…, debía ser llevada a la Fortaleza de la Estrella,

donde quedará bajo su protección.

Metió la mano en la manga de su abrigo y sacó un pergamino muy enrollado; se lo dio a la rectora, que lo desenrolló de mala gana y lo leyó rápidamente.

—Lo siento —dijo, pasándole el pergamino a Dorotea—. Es una orden de reclusión legal.

—¿Una qué? —preguntó Dorotea.

—Quedarás al cargo de su eminencia —apuntó Rochefort.

—No lo entiendo —dijo Dorotea, mientras se ponía en pie con esfuerzo, agarrándose a la mesa, con la cabeza aún dándole vueltas—. No es más que un truco, señora. Muchas veces no funciona. Esta es la cuarta… o quinta vez que consigo hacerlo. ¿Qué tienen que ver los casos curiosos de creación de iconos con la cardenal?

—Veo que no eres estudiante de Historia, ni siquiera de la relacionada con tu propio campo —dijo Rochefort, señalando en dirección a la puerta principal con la mano enfundada en un guantelete escarlata—. Nos espera un coche.

—Mi trabajo…, mis pinceles y herramientas, mis libros, mi ropa…

—Te proporcionaremos todo lo que necesites —respondió Rochefort—. Vamos. Tengo otras cosas que hacer.

—¿Qué queréis decir con eso de ser estudiante de Historia? —preguntó Dorotea, dando unos pasos vacilantes hacia la puerta.

Rochefort no respondió. Se limitó a echar a caminar, con la espada rebotándole en el muslo otra vez y las espuelas tintineando. Dorotea miró a los responsables de la universidad con gesto suplicante.

Todos apartaron la vista, salvo la rectora.

—No eres la primera persona que muestra este… talento —dijo, y vaciló un momento—. Los que lo han hecho en el pasado no siempre lo han usado de forma sensata, y a veces ha sido la primera señal de otras habilidades que habría sido mejor que no usaran. Pero estoy segura de que todo se arreglará, y que con el tiempo podrás volver a la universidad.

Daba la impresión de que estaba intentando convencerse a sí misma, pero desde luego sus palabras no convencieron a Dorotea, que asintió y siguió adelante, concentrándose en poner un pie delante del otro, en mantener el equilibrio. La creación del tosco icono la había dejado exhausta, como siempre, pero también estaba procesando el repentino cambio de curso que supondría aquello para los diversos trabajos que tenía a medias. Andaba con

varios iconos a medio completar y también estaba ayudando en su trabajo a varios compañeros de estudios. ¿Qué pasaría con ellos?

—¡Venga, niña! ¡Date prisa! —le dijo Rochefort desde la puerta.

Los celadores la tenían abierta, y Dorotea vio que había gente esperando fuera, ataviada con tabardos escarlata y con sombreros escarlata con plumas rojas; la luz se reflejaba en la vaina de sus espadas y las cachas plateadas de sus pistolas. Daba la impresión de que había un montón de persevantes, decenas de ellos.

Aún fatigada, Dorotea se acercó a la puerta. En cuanto salió de la sala, parpadeando para protegerse de la luz del sol, los celadores cerraron las enormes puertas de roble y hierro a sus espaldas, como subrayando su expulsión. Los persevantes la agarraron de los brazos. Otro le arrancó el broche con el icono de su túnica, le quitó el anillo con el camafeo de Habriliel del dedo y el cuchillo del cinto. Todo fue rápido y nada violento, pero resultaba abrumador.

—Es por precaución, nada más —dijo Rochefort.

Pero ya no miraba a Dorotea. Más bien paseaba la mirada por la multitud de estudiantes, bachilleres, personal académico y resto de la multitud que se amontonaba en el lado sur del amplio paseo que llevaba de la Rotonda al puente de Derrecault.

La gente tenía curiosidad, por supuesto, por ver qué había traído hasta allí no solo a los persevantes, sino también uno de los coches rojos con ruedas amarillas de la cardenal, tirado por seis caballos grises con arneses escarlata.

Y también a Rochefort…

Entre las túnicas azules de bachilleres y estudiantes, y los tonos más apagados de las toscas ropas de los sirvientes, había una mancha de gris: un grupito de cuatro rehusantes que destacaban aún más porque nadie se les quería acercar. Era poco frecuente ver a rehusantes de pie, observando; normalmente, intentaban pasar desapercibidos mientras realizaban sus tareas, que siempre eran las de menor importancia.

El ojo de artista de Dorotea reconoció al cuarteto: distinguió sus rasgos a pesar de las capuchas, las gorras y la media máscara que llevaba uno de ellos, sin duda para ocultar alguna deformidad. Aquellos cuatro rehusantes habían estado podando los arbustos frente a sus habitaciones toda la semana, con una dedicación quizá superior a la necesaria. Y aunque no había setos en la avenida, ni en las proximidades de la Rotonda, aún llevaban sus largos cuchillos de podar.

La propia Rochefort y otro persevante la miraron y se dieron cuenta de que tenía la mirada puesta en los rehusantes. La capitana movió un dedo y el persevante echó a caminar hacia los jardineros con la mano apoyada en la empuñadura de su espada. Pero antes de que hubiera dado tres pasos, ellos ya se habían dado la vuelta y se habían puesto a caminar primero y luego a correr, abriéndose paso entre estudiantes y airados magísteres en dirección al callejón que se abría entre la garita de la entrada de la Facultad de San Antony y los establos de la universidad.

—¡Alto en nombre de la cardenal! —rugió el persevante, sacando una pistola de cañón largo.

Pero no disparó, porque los rehusantes se habían mezclado con la multitud. Al cabo de unos segundos ya habían desaparecido.

—¿Los seguimos, señora? —preguntó el persevante, alarmado—. ¿Enviamos jinetes a los terrenos más allá de San Antony?

—No —dijo Rochefort—. Alertad al decano de que hay gente del Rey de las Sombras rondando por aquí. Planearán un robo o algo así, sin duda. Esa alta…, a pesar de la capucha…, estoy casi segura de que era Griselda, la que controla a los mendigos y carteristas de la plaza Demarten. Da orden a Debepreval y a los otros tenientes de la guardia para que la arresten si aparece por aquí, y que me informen.

—Sí, señora.

Rochefort se giró de nuevo hacia Dorotea.

—Ven. Nuestro coche espera. No tiembles tanto.

—No tiemblo de miedo —dijo Dorotea, sorprendida—. Es la creación del icono. Me agota mucho más que una invocación. Aunque es temporal. No parece que tenga el mismo efecto a largo plazo…

Rochefort se la quedó mirando y semicerró los ojos.

Dorotea no le devolvió la mirada. Estaba pensando en los efectos de esbozar iconos, como llamaba ella al proceso. Efectivamente, le provocaba un cansancio inmediato, pero no daba la impresión de que la envejeciera como ocurriría con una invocación. Aunque no lo había intentado nunca con un ángel potente. En cualquier caso, probablemente fuera mejor que no repitiera más el procedimiento a menos que fuera absolutamente necesario.

—Eres una persona curiosa —dijo Rochefort por fin—. La mayoría de la gente que me llevo a la Torre de la Fortaleza de la Estrella hace algo más que temblar.

—*Hmmm*… ¿Eso qué era? —preguntó Dorotea, absorta en sus pensamientos.

Solo había oído las palabras «Fortaleza de la Estrella». Intentó recordar lo que había oído sobre ella. Había aparecido en la conversación unas cuantas veces nada más llegar a Lutacia, pero no había prestado atención. Aunque de pronto recordó lo más importante: que los prisioneros que acababan en la Fortaleza de la Estrella no volvían a salir.

—Decía que la mayoría de la gente que me llevo a la Fortaleza de la Estrella hace algo más que temblar —repitió Rochefort—. En particular, los que van a la Torre.

—Oh —exclamó Dorotea—. Ya me imagino. A Deluynes la metieron allí, ¿no?

Averil Deluynes había sido la favorita de la reina, pero la cardenal había denunciado que estaba al servicio del infante de Alba, y que le había vendido muchas de las cartas privadas de la reina.

—Durante un tiempo.

Dorotea lo recordó. Había una cámara de ejecuciones en alguna mazmorra en las profundidades de la roca sobre la que estaba construida la Torre. Un antiguo tocón de roble endurecido con magia angelical para que fuera como de hierro. Más de un cuello se había apoyado en él, esperando la caída del hacha.

O de la espada, si el condenado era noble, como en el caso de Deluynes. Aunque se decía que ella había levantado la cabeza y que había acabado no solo degollada, sino cortada en varios pedazos, ya que el verdugo se había puesto nervioso y había empezado a soltar mandobles uno tras otro.

—Lo cierto es que no entiendo «por qué» se me arresta —dijo Dorotea, frunciendo el ceño—. Todo esto me parece muy arbitrario.

—Naturalmente, a la cardenal le preocupa cualquiera que exhibe un talento como el que acabas de mostrar —respondió Rochefort, agarrándola del codo para hacerla entrar en el coche. Fue brusca, y le apretó tanto que habría podido dejarle un morado, pero no por ello aflojó—. Estás siendo detenida por tu propia seguridad. No estás siendo arrestada.

—A mí me parece que es prácticamente lo mismo —objetó Dorotea, mientras se acomodaba en el asiento, agradecida de que estuviera acolchado, a diferencia del que la había llevado de Tramereine a Lutacia, un vehículo con simples tablones desnudos a modo de asientos que había traqueteado todo el camino—. Este coche es muy cómodo.

Rochefort la miró con escepticismo; no tenía muy claro si aquello era sarcasmo.

—Acabo de caer en que nunca he visto la Fortaleza de la Estrella de cerca —añadió Dorotea—. He visto la Torre, por supuesto, de lejos. Cuando llegué me tomé medio día libre para visitar la ciudad. Con un circuito organizado para los nuevos estudiantes. Pero no fuimos más al norte del puente de la Madre. Vimos el templo de Ashalael, el Palacio de la Reina y la Casa del Rey, y la cárcel de la ciudad… Se me ha olvidado cómo se llama…

—Riveral —apuntó Rochefort.

Seguía mirando a Dorotea, pero ahora parecía más divertida que escéptica.

—Sí, Riveral. Me pareció un lugar muy húmedo.

—Lo es —dijo Rochefort—. Pero la mayoría prefiere estar allí que en la Torre —dijo, y dio un golpecito en el techo del coche.

Un momento más tarde se puso en marcha.

Dorotea bostezó. Esbozar el icono la había agotado más de lo que pensaba. Se hizo un ovillo en un rincón y se durmió enseguida.

Rochefort meneó la cabeza levemente, como si no pudiera creerse lo que veía. ¡Una prisionera, conducida a la Torre de la Fortaleza de la Estrella con una orden de reclusión (lo cual significaba ser encarcelada sin juicio previo, quizá para toda la vida) que se dormía como si no le importara nada en absoluto!

8

—¿Dices que la celadora del hospital llevaba una especie de… pequeña ballesta? —preguntó la teniente de la guardia capitalina, una mujer de rostro hosco y mirada desconfiada con la coraza ennegrecida y mellada, y el jubón y el pantalón bombacho, de color azul y crema, igual de raídos.

Había apoyado su alabarda en la pared, pero de vez en cuando acercaba la mano al mango, como para asegurarse de que la tenía cerca.

—Sí…, así es —respondió Simeon—. El otro llevaba una maza. Me dijeron que corriera. Salí por la puerta y oí gritos a mis espaldas; no sé muy bien si eran de uno de ellos… o del abestiado.

—¿El abestiado que habían enviado en una caja con hielo desde Marlache?

—Sí —respondió Simeon—. Al menos eso es lo que me dijo el magíster. El hielo se había fundido y el abestiado no estaba muerto.

—No había ninguna caja en la sala —dijo la teniente—. Ni abestiado, ni extraños celadores, con o sin ballestas. Ni tampoco estaba el magíster Delazán. Solo había un charco enorme de sangre en el suelo… y esto.

Levantó las dos mitades del papel que declaraban que la caja era propiedad de la Orden de Ashalael y que no debía abrirse sin permiso del príncipe-obispo de Malarche, cuyo sello colgaba de la mitad inferior. El lacre estaba resquebrajado.

—¿Dices que cortaste esto de la caja? —preguntó la teniente.

—Sí —dijo Simeon, pero rectificó enseguida, al reconocer la trampa—. Por orden directa del magíster. Le pregunté si no debíamos ir en busca de un sacerdote de Ashalael…

—Pero ¿lo cortaste igualmente?

—Sí —respondió Simeon—. Como he dicho, solo cuando el magíster…

—Y ese es el único delito que puedo demostrar categóricamente, por confesión directa. Simeon MacNeel, quedas detenido por destrucción de un documento oficial, y también para ser interrogado por el posible asesinato del magíster Delazán…

—¿Qué? —rugió Simeon, poniéndose en pie y mostrando toda su corpulencia—. ¡Os he dicho lo que sucedió!

La teniente dio un paso atrás y agarró su alabarda. Su sargento se le acercó y levantó ligeramente la suya, más grande, que no lucía las teselas de oro que decoraban la de la teniente.

Simeon se quedó mirando la larga hoja oxidada de la alabarda y volvió a sentarse. Llevaba en aquella celda (una de las muchas que había en el hospital para los pacientes problemáticos) cinco horas, y las cosas no habían hecho más que empeorar en ese tiempo.

—Déjame acabar —dijo la teniente, malhumorada—. Dado que el delito demostrado mediante confesión se ha perpetrado contra la Orden de Ashalael, es asunto del templo. Nosotros te entregaremos a los persevantes de la cardenal, y ellos investigarán el resto de tu relato, incluido el asesinato o la desaparición del magíster Delazán. Yo no tengo dudas de que tu historia es toda mentira, pero afortunadamente no necesito profundizar más en ella.

Dicho aquello, volvió a colocarse el casco y salió de la celda; su sargento se retiró más lentamente, sin apartar los ojos de Simeon. Hasta que no llegó al umbral y vio que Simeon seguía sentado en el banco, no se giró y salió a toda prisa; cerró la pesada puerta de roble tras él y bajó la tranca.

Unos minutos más tarde, Simeon oyó que la tranca se levantaba de nuevo. Apretó la espalda contra la pared y estiró las piernas hacia delante para dejar claro que no suponía una amenaza, a pesar de su envergadura. No quería problemas con los persevantes de la cardenal.

No fue uno de los oficiales de la cardenal quien entró, sino el viejo magíster Foxe, el deán que estaba a cargo de todos los estudiantes de primer año del hospital. Era albano, pero llevaba tanto tiempo en Saranza que era fácil olvidar sus orígenes, salvo cuando estaba tan emocionado o enfadado que pasaba a usar su lengua natal.

Como en aquella ocasión, que murmuró algo que Simeon no entendió, mientras subía y bajaba los brazos repetidamente en un gesto de rabia o de excitación, al tiempo que se tiraba de la barba, larga pero fina y áspera. Al final, Foxe se dio cuenta de lo que estaba haciendo y pasó de nuevo al saranciano.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, MacNeel?

—No, señor —respondió Simeon—. Lo único que he hecho ha sido obedecer al magíster Delazán, tal como vos nos decís siempre que obedezcamos a los magísteres.

—No seas impertinente —le espetó Foxe—. Has puesto el hospital en el punto de mira de la cardenal, y eso es algo que no queremos. No lo queremos, ¿me oyes?

—Yo tampoco lo quiero —dijo Simeon—. Pero de verdad, magíster, yo no he hecho…

—¡Calla! —rugió Foxe—. Escucha. No hables. Eso también es algo que os digo siempre a los estudiantes. ¡Escucha!

—Estoy escuchando, pero…

—¡Escucha! No queremos llamar la atención de la cardenal.

—Eso ya lo habéis dicho…

—No lo queremos. Y no vamos a permitirlo, porque a partir de este momento ya no eres estudiante del hospital. No, desde ayer. Haré las modificaciones necesarias en los expedientes.

—¡Pero no podéis hacer eso! —protestó Simeon—. ¡Soy estudiante! Tengo una copia de la matrícula; mis padres pagaron las tasas…

—¡No eres estudiante! —bramó Foxe—. ¡Al menos no estudiante nuestro! Le devolveremos el dinero a tus padres. ¡Destruiremos los papeles de la matrícula!

—No podéis hacer eso —dijo Simeon—. Para eso tenemos copias ambas partes. ¿Y qué más os da? Los persevantes me quitarán de en medio. Todo lo que le conté a la teniente de guardia es cierto.

—¡Eres problemático! Demasiado listo, y Delazán era un loco. Estaremos mejor sin ninguno de los dos. Cuento con el respaldo del Cónclave de Magísteres, no hablaremos más del tema. ¡Debes abandonar el hospital inmediatamente!

—¡Estoy detenido, listillo! —exclamó Simeon—. ¡A la espera de que se me lleven los hombres de la cardenal!

Simeon se puso en pie, hecho una furia. Eso bastó para que Foxe retrocediera atropelladamente hasta la puerta, donde a punto estuvo de topar con una mujer muy alta de cabello oscuro con una cicatriz en la cara, que se lo quitó de encima con una mano enfundada en un guantelete escarlata. Foxe soltó un chillido entrecortado y abrió la boca para protestar, pero al momento la cerró y se agachó en una torpe reverencia.

Simeon también bajó la cabeza, tanto ante la túnica escarlata con fajín dorado y el sombrero rojo con una insignia como ante la mujer que los lucía. Sabía que debía de ser alguna oficial destacada de la cardenal. Por no hablar del aire amenazante que emanaba, el modo en que sus dedos enfundados en cuero rojo (varios de ellos adornados con anillos con camafeos) acariciaban suavemente la empuñadura de su espada. Simeon estaba seguro de que no tardaría un instante en desenfundarla y clavársela a alguien en el corazón en

caso necesario. Por no hablar del par de pistolas plateadas que le colgaban al cinto, y de sus iconos…

—¡Ah, capitana Rochefort! —dijo Foxe, con una nueva reverencia—. Soy el doctor magíster Foxe, y os aseguro que este joven no…, no es… estudiante nuestro. Sea lo que sea lo que ha hecho, lo ha hecho por su cuenta y riesgo.

—Eso he oído —respondió Rochefort—. Pero vuestra afirmación queda desmentida por el hecho de que sí es estudiante, magíster. Su eminencia busca la verdad, no artificios. Deseamos que este joven nos cuente su historia, y nosotros la pondremos a prueba. Si se demuestra su veracidad, como sospecho que será el caso, ¿qué pasará?

—¿Qué? —exclamó Foxe—. ¿Todas esas tonterías sobre un abestiado, supuestos celadores del hospital con ballestas, que no han aparecido por ningún lado, y la desaparición de Delazán?

—Las manchas torpemente eliminadas del suelo de la…, eh…, antigua sala de los frascos son una mezcla de la peculiar sangre cenicienta del abestiado, mezclada con una considerable cantidad de sangre humana del ya sin duda desaparecido, aunque no especialmente llorado Delazán —dijo Rochefort, que giró la mano, inspeccionando uno de sus iconos, sin hacer caso a Foxe—. Se me ocurre que, en un hospital lleno de doctores magísteres, alguien podría haberse dado cuenta de eso.

Foxe tragó saliva con los labios temblorosos. Rochefort se giró hacia Simeon.

—Ven, doctor Simeon MacNeel. Debemos profundizar en esto, pero espero que puedas volver aquí mañana mismo. Ileso.

—En eso confiaba —mintió Simeon, que se alisó el largo abrigo, levantó la barbilla y salió de la celda siguiendo a Rochefort.

Foxe aún tragaba saliva y apretaba los dientes, como si temiera que se le escaparan de la boca las palabras de rabia que se le estaban formando en la garganta.

Junto a la puerta principal del hospital había varios persevantes esperando, pero Rochefort no salió directamente a la ancha avenida de la Reina, sino que se llevó a Simeon por el camino que discurría junto al muro del hospital y descendía hasta el río. Los persevantes fueron a su encuentro.

—¿No vamos al Palacio de la Cardenal? —preguntó Simeon.

El palacio no estaba lejos, quizás a unos veinte minutos caminando ligero, si no te cruzabas con demasiada gente por la calle.

—No —dijo Rochefort—. Vamos a la Fortaleza de la Estrella.

—Oh —masculló Simeon, sintiendo de pronto un vacío en el estómago.

—Antes hablaba en serio —prosiguió Rochefort—. Tu historia parece plausible, dado que conocemos a Delazán y sabemos de sus deudas de juego. Que hayan usado un abestiado para asesinarlo resulta poco habitual, pero no es algo sin precedentes. El truco consiste en meter a un rehusante en una caja, dirigir la acción de un ángel hacia él (lo cual ya es más complicado) y esperar que el resultado sea un abestiado, y no un montón de ceniza. Difícil, caro y con el riesgo de que falle muchas veces antes de conseguir el éxito…, pero sale a cuenta. La noticia ya ha llegado a los antros que solía frecuentar Delazán, y estoy segura de que de pronto muchas deudas habrán quedado saldadas. No estoy completamente segura de que los miembros del Clan de las Sombras que se han hecho pasar por celadores hayan tenido algo que ver con ello, ni de por qué te han salvado la vida. Quizá se trate de dos tramas paralelas de diferentes acreedores de Delazán, una de ellas algo más sofisticada que la otra, que han coincidido en el tiempo.

Siguieron caminando varios minutos y dejaron el sendero para bajar las escaleras hasta el amarradero del hospital, un pontón medio desvencijado que se adentraba en las aguas del Leire. Allí esperaba una de las gabarras de la cardenal, un navío largo y pesado con una docena de remeros vestidos de color escarlata a cada lado. En el muelle había otros dos persevantes que controlaban el tráfico del río, y había otros dos a bordo.

Simeon observó que acompañaban a una prisionera: una mujer alta y pálida con unas feas manchas en el rostro por efecto del sol. Llevaba un blusón informe de rehusante y grilletes en los tobillos y las muñecas. La mujer estaba sentada en silencio en una bancada, y no levantó la cabeza cuando Simeon subió a bordo. Él intentó mirarla disimuladamente, pero la visión de las esposas le puso aún más nervioso, pensando en el destino al que se dirigían. La mujer tendría quizás unos diez años más que él, y aparte de sus ropas de rehusante, no había nada en ella que le diera indicios sobre su ocupación o acerca del motivo de su detención.

—Siéntate en la segunda bancada —le ordenó Rochefort—. Detrás de la prisionera.

La mujer levantó la cabeza al oír hablar a Rochefort, pero no pronunció palabra.

—Tú no eres un prisionero —añadió Rochefort, dirigiéndose a Simeon—. Solo un testigo útil. Comprobaremos la veracidad de tu historia con ayuda de Larquiniel o de Pereastor.

Miró a la mujer encadenada y su gesto cambió, la piel cicatrizada alrededor del ojo se le tensó y curvó la comisura de los labios.

—A diferencia de esta rehusante, que no puede ser interrogada con tanta delicadeza. A ti te espera el hierro candente, Griselda.

Simeon se encogió ante la inesperada amenaza de Rochefort, ante la mención de la tortura, pero la rehusante no parecía afectada. Se quedó mirando con gesto hosco a Rochefort, que frunció el ceño y se dirigió a la tripulación.

—¡Adelante!

Los remos se sumergieron en el río. La gabarra se fue alejando del muelle pesadamente y giró hacia estribor. Tenían que remontar el río para llegar a la Fortaleza de la Estrella, y aunque el río llevaba poca agua, a la espera de que llegaran las lluvias de otoño, la corriente seguía siendo fuerte. Veinticuatro espaldas escarlata empezaron a moverse arriba y abajo mientras los largos remos giraban perfectamente al unísono.

Simeon pensó que si el destino no hubiera sido la Fortaleza de la Estrella y si la gabarra no hubiera sido la de la cardenal, en realidad la travesía habría sido muy agradable. Tenía algo de calor, seguía llevando la bata de médico, pero agradeció el contacto del sol en el rostro. Los últimos meses había pasado tanto tiempo en el interior del hospital que había olvidado lo agradable que era disfrutar de la luz del sol y del aire limpio.

Enfrente tenían la isla rocosa de los Tres Abetos (los árboles habían sido talados mucho tiempo atrás), a la que se llegaba por los puentes de la Madre y de la Hija, seis arcos en el lado norte de la isla y tres en el lado sur. La gabarra giró ligeramente hacia babor, dirigiéndose hacia el más ancho de los arcos del puente de la Madre, por el que más fácil sería pasar.

Simeon miró con interés. Había estado en el río unas cuantas veces, pero normalmente solo para cruzar de la orilla izquierda a la orilla derecha cuando el puente de la Reina —el más cercano al hospital— estaba demasiado abarrotado y resultaba más rápido gastar una moneda de media libra en la travesía.

El puente de la Madre estaba hecho de enormes bloques de piedra blanca, los arcos tenían al menos doce metros de anchura y se elevaban seis por el nivel actual del Leire. Debía de haber sido construido con la ayuda de un ángel, o de varios ángeles, porque el trabajo de talla de las piedras era de gran precisión, y los bloques eran enormes.

Había una estatua en el centro del puente de la Madre de Ashalael, en su típica imagen de mujer de aspecto noble con ropas clásicas y las alas recogidas. Llevaba en brazos un bebé que representaba al pueblo de Saranza.

Pero Simeon vio que, por la erosión y el paso de los siglos, las manos del bebé ahora parecían más bien garras de animal, y que el rostro de Ashalael se había convertido en un suave óvalo que había perdido sus rasgos. Simeon pensó que era raro que no hubieran cuidado mejor la estatua, o que no la hubieran reemplazado.

Justo cuando estaba preguntándose si sería conveniente preguntarle a Rochefort sobre aquello, o acerca de si podría ser considerado una ofensa al arcángel, vio una figura encapuchada que se separaba de la multitud que cruzaba el puente y se asomaba a la barandilla de piedra tallada para apuntar a la gabarra con una larga pistola, y Simeon tuvo la impresión de que le apuntaba directamente a él.

Rochefort también lo vio. De pronto ya tenía una de sus pequeñas pistolas plateadas en la mano. Tanto ella como el asesino del puente dispararon a la vez. Simeon se agachó, los disparos resonaron y una humareda acre le pasó por delante de la cara, obligándole a cerrar los ojos con fuerza. Unos segundos más tarde se oyeron más disparos, los de los persevantes, y se levantó mucho más humo blanco asfixiante, acompañado de gritos, y sobre las voces se oyó la orden de Rochefort a la timonel, diciéndole que llevara la gabarra a la orilla.

Simeon no sentía dolor. Abrió los ojos lentamente y respiró. No estaba herido. Miró a su alrededor, por entre el humo, y vio a Rochefort de pie junto a la popa, tocando un anillo con un icono y murmurando algo. Un segundo más tarde sintió el batir de las alas de un ángel que movía el aire, y el suave sonido armónico de una nota de arpa.

—Capitana, fue un rehusante el que disparó —dijo un persevante.

—Pelastriel solo observa y sigue —respondió Rochefort con calma—. Estoy segura de que le he dado; está huyendo. Llévate a Dubois y Depernon, y también al guardia del puesto del extremo norte del puente. Pelastriel te llevará hasta el malhechor. Lo quiero vivo.

Una pequeña sacudida anunció que la gabarra había entrado en contacto con la orilla. Los remeros saltaron por la borda para sostener la embarcación mientras tres persevantes desembarcaban y salían en busca del asesino. Simeon se frotó los ojos y miró otra vez a su alrededor. Al principio pensó que no había heridos. Luego vio a la rehusante, tumbada en el suelo de la gabarra, con la oscura túnica manchada de sangre.

Rápidamente, Simeon le dio la vuelta para ver dónde estaba herida. La bala le había dado en la parte alta del brazo, provocándole una herida tremenda. Simeon le arrancó la manga, vio la sangre arterial manando a

chorro y la cortó apretando con sus enormes pulgares. Pero ya no servía de nada. La herida era enorme, había perdido mucha sangre, y sin su equipo no podía pinzar la arteria. No podía evitar que se desangrara.

A menos que…

—¡Un icono de Beherael! ¿Alguien tiene uno?

El poder de Beherael era el de cerrar cosas. Era conocido como «el que corta los caminos». Una puerta cerrada por Beherael no podía forzarla más que un ángel superior con ese poder específico (porque, al fin y al cabo, no era más que un serafín). Pero también podía taponar un escape de una tubería, fuera un tubo de plomo o de cobre o un vaso sanguíneo roto.

Ninguno de los persevantes le prestó la mínima atención a Simeon.

—¿Nadie? ¡Un icono de Beherael!

Rochefort, que hasta entonces tenía la mirada fija en el puente y los dedos apoyados en el icono para mantener la conexión con el ángel Pelastriel, que seguía al malhechor, se giró.

—¡No seas idiota, chico! —le gritó—. ¡Es una rehusante! ¡Limítate a hacer lo que puedas para mantenerla con vida!

Simeon meneó la cabeza, incapaz de creerse lo que había estado a punto de hacer. Si hubiera tenido el icono a mano habría invocado a Beherael y se habrían encontrado con un abestiado en la embarcación, o la rehusante habría muerto al instante de peste gris.

Estaba claro que no estaba acostumbrado a tratar con rehusantes. O quizá fuera la sorpresa de la herida. Aunque había tratado muchas heridas de bala y de espada, siempre había visto únicamente el resultado del enfrentamiento. No había visto caer a nadie víctima de un disparo.

Intentó mantener la presión sobre la herida con una mano mientras anudaba los jirones de la manga por encima, a modo de torniquete. Pero no servía de nada. Ahora veía que la bala había penetrado por la axila, de modo que habría más daños, en los pulmones o quizás incluso en el corazón.

La rehusante masculló algo. Simeon se agachó para escucharla mejor, pero solo consiguió distinguir la última palabra:

—¡Ystara!

Unos segundos después, la mujer se estremeció y murió, con una inexplicable expresión de triunfo en el rostro.

Simeon se recostó, se apoyó en una bancada y suspiró. No era la primera vez que perdía un paciente, pero raramente le sucedía así. ¡Ojalá hubiera tenido su equipo! Incluso sin usar magia angelical habría podido hacer algo…

De pronto, Rochefort soltó un improperio y pateó la cubierta con sus botas de tacón rojo. Simeon oyó el batir de alas otra vez; Pelastriel estaría informándole. No conocía a aquel ángel, pero suponía que su poder tendría algo que ver con la observación o el seguimiento.

—¡Malditos sean! ¡He dicho vivo!

Llegó junto a Simeon y observó con el ceño fruncido aquel bulto ensangrentado que hasta hacía tan poco era una persona viva.

—¡Rehusantes! ¿Por qué me tienen que dar tantos problemas ahora los rehusantes?

—He hecho lo que he podido, señora —se disculpó Simeon, señalando a la muerta—. Pero como veis…

Rochefort le lanzó una mirada; de pronto, el tejido cicatrizado que le rodeaba el ojo le pareció mucho más pálido y prominente.

—Odio que los que quiero interrogar se mueran antes de poder responder —dijo con voz amenazante—. Recuerda eso. Doctor.

Simeon no dijo nada. Aquel tono distaba mucho del de la oficial aparentemente amable que le había asegurado que no sufriría ningún daño. Intentó hacerse lo más pequeño posible, pegado a la borda, entre dos remeros, y se asomó para limpiarse las manos ensangrentadas en el río.

—Tiradla por la borda —ordenó Rochefort a los remeros más cercanos, señalando el cuerpo—. Y, luego, a la Fortaleza de la Estrella.

—¿Esperamos a Dubois y a los otros, capitana? —preguntó la timonel mecánicamente.

No parecía especialmente alarmada por el tono de Rochefort, pero Simeon observó que su voz no tenía inflexiones, y que tenía la mirada fija en la oficial de los persevantes, como alguien miraría a un perro peligroso, conocido pero potencialmente peligroso.

—Pueden ir a pie —dijo Rochefort—. Así tendrán tiempo para pensar en la excusa que van a darme por haberme fallado.

Simeon se lavó las manos más vigorosamente y deseó haber conseguido salvarle la vida a la rehusante, tanto por su vida como por la de la propia muerta.

9

Agnez no bebió ni jugó a los dados después de que la llevaran de vuelta al Cabeza de Grifo. Se sumió en un sueño agitado, tras el cual un doctor magíster le examinó la cabeza y le dijo que el moratón ya estaba desapareciendo y que el golpe no era importante. Tenía una habilidad innata para curarse sorprendentemente rápido. No fue necesaria ninguna intervención angelical. Solo tenía que descansar, y dar uno o dos tragos del reconstituyente que el médico le había servido de una botella de vidrio negro.

Lo siguiente de lo que tuvo constancia Agnez fue que era de día, quizá casi mediodía. El dolor de cabeza le había desaparecido, y en su lugar sentía una excitación disparada, como un pez hambriento lanzándose hacia un cebo. Salió de la cama de un salto, se lavó, se visitó y desayunó a toda prisa unas gachas nada apetitosas directamente de la cazuela; se armó con espada, dos pistolas y una daga en cada bota y salió a la calle; abriéndose paso entre la gente, que se echaba a un lado al verla marchar con tanta decisión por la Media Luna hacia el muelle de la reina, para tomar allí un barco a la Fortaleza de la Estrella.

—¿Al bastión de la reina Ansgarde o al de la reina Sofía? —preguntó la barquera, con el ceño fruncido, mientras movía vigorosamente el remo desde la popa con unos brazos musculosos envueltos en harapos grises. Era una rehusante, por supuesto, como la mayoría de los que efectuaban trabajos no cualificados en el río.

—Al bastión de los mosqueteros —se limitó a responder Agnez, dado que no conocía la respuesta a su pregunta.

Sabía que cada uno de los cinco bastiones y los cinco revellines (estructuras externas más pequeñas) estaban defendidos por regimientos diferentes del ejército de la reina, y que los persevantes de la cardenal también se ocupaban de la torre de la antigua torre de la prisión, pero eso era todo.

—El bastión de la reina Ansgarde —gruñó la barquera—. No me dejarán atracar sin la contraseña del día.

—Soy mosquetera —le espetó Agnez con frialdad.

La barquera resopló y observó con desconfianza el vestuario de Agnez, bastante rústico, todo en ante y telas fuertes, en diversos tonos de marrón

parduzco. Pero no se atrevió a responder, teniendo en cuenta las armas en perfecto estado de conservación que completaban su atuendo.

Por su parte, Agnez tanteó otra vez el amuleto de bronce que le había dado Franzonne y se sintió aliviada al encontrarlo. Lo sacó del bolso y lo sostuvo en alto, para que la barquera pudiera ver claramente las espadas cruzadas con una corona encima (el emblema de los mosqueteros de la reina) que tenía en el anverso. La rehusante resopló otra vez, pero remó con más empeño al tener que luchar contra la corriente, cada vez más rápida según se acercaban a los arcos del puente de la Madre.

En el puente había cierta conmoción, una concentración de agentes de la guardia capitalina, como un banco de pájaros de color crema y azul. Agnez no veía qué era lo que los tenía tan agitados, pero unos cuantos de ellos iban correteando por el lugar, gritándose unos a otros, empujando a la multitud para que se quedara en el lado norte mientras ellos cruzaban.

Justo frente a la barca de Agnez había una gabarra decorada de rojo y dorado, con remeros vestidos de los mismos colores, que maniobraba para atravesar el arco central a contracorriente. Cerca de la popa, una persevante de la cardenal con fajín de oficial superior se giró lentamente, observándolo todo y a todos. Agnez se preparó para devolverle la mirada, pero la oficial no se detuvo. Fuera lo que fuera lo que buscaba, no lo encontró en Agnez ni en su barca.

Frente a la oficial había un hombretón con una oscura túnica negra de médico que prácticamente era del mismo color que su piel. Tenía las manos fuera de la borda, y se las estaba lavando para quitarse la… sangre. Agnez se lo quedó mirando, y se sorprendió al darse cuenta de que ya lo había visto antes. Al cabo de un momento, él se giró y frunció el ceño, como si también reconociera a Agnez. Pero luego la gabarra desapareció bajo el puente, a la sombra del arco.

La barca de Agnez redujo la marcha, casi deteniéndose por efecto de la corriente, mientras que la gabarra salió disparada.

—¡Eh! ¡Ahora no bajes el ritmo! —dijo Agnez.

—¡No quiero acercarme demasiado! —espetó la barquera.

—¿Adónde? —preguntó Agnez—. ¿A la gabarra? Ah, la persevante. ¿Quién es?

La respuesta fue una de aquellas miradas que solían lanzarle los de ciudad cuando se daban cuenta de que era de provincias.

—Rochefort —dijo la barquera—. Capitana de los persevantes. Se llevará a ese pobre joven médico a la Torre, supongo.

—¿Sabes quién es?

—Un estudiante del hospital, supongo. O lo era. No creo que vaya a volver.

—No parecía un prisionero —dijo Agnez, pensativa—. No iba atado.

—Rochefort no necesita atar a sus prisioneros —replicó la barquera—. Es como una serpiente, con la espada o con la pistola. O con la magia. —Escupió otra vez y prosiguió, con rabia—: Pensaba que la conocerías. Ha matado a unos cuantos mosqueteros de la reina.

Agnez se tensó como un sabueso al detectar un rastro.

—¿Ha matado a mosqueteros?

—En duelo. Nunca se mete en líos por contravenir los edictos. La cardenal se lo permite todo, y ella siempre combate a muerte.

Había varios edictos que prohibían los duelos, y eran muy antiguos; aunque también había uno más reciente, proclamado por la propia reina Sofía XIII. Aun así, Agnez sabía que en Lutacia aún se practicaban, igual que en su Descaray natal, y de hecho su madre le había aconsejado que, en caso de provocación evidente, había que desafiar a duelo o aceptar el desafío, a pesar de las prohibiciones legales.

«Una mosquetera no inicia una pelea sin un buen motivo —le había advertido su madre—. Pero si tienes un buen motivo, lucha. Y vence, por supuesto».

Dado que los conceptos de «provocación evidente» y de «buen motivo» de su madre eran muy amplios, Agnez estaba mentalmente preparada para enfrentarse en duelo a cualquiera. En cualquier momento.

Pasó la mano por la empuñadura de la espada y pensó en pasar por el hierro a los persevantes de la cardenal. Sabía que los mosqueteros de la reina, los persevantes de la cardenal y los caballeros del rey eran rivales, lo que reflejaba las tensiones políticas entre las tres esferas de poder, y que todos libraban duelos cada vez que se presentaba la ocasión, sin hacerlo demasiado evidente.

Pero, a muerte… No, los duelos no eran así en su tierra, donde finalizaban a primera sangre. Sí, claro, de vez en cuando, alguien moría accidentalmente, pero la mayoría de las veces acababan con unos rasguños, alguna herida superficial que requería la actuación de un médico magíster y quizás el toque sanador de un ángel. Se podía perder un dedo, o sufrir algún otro daño leve, pero eso era todo.

Evidentemente, aquí las cosas eran diferentes.

Si se presentaba la ocasión, pensó, quizá fuera ella la que tuviera que dar una lección a esta tal Rochefort, asesina de mosqueteros, una lección definitiva…

Henri Dupallidin estaba perdido en los túneles del interior de la gran roca sobre la que se había construido la Fortaleza de la Estrella, y no era la primera vez. Llevaba allí solo dos días, pero tenía la impresión de que había pasado una gran parte de ese tiempo perdido bajo tierra —o bajo la piedra—, intentando determinar su posición para regresar a algún lugar que conociera.

En un primer momento, le había parecido que era relativamente fácil orientarse por la fortaleza. Había seguido el camino que se abría paso por el revellín de las Seis en Punto, el más meridional de los bastiones, hasta la larga pasarela que atravesaba el ancho foso que, en caso necesario, podía inundarse con agua del Leire.

Tras mostrar su identificación, Henri había podido pasar, aunque le habían detenido de nuevo en el punto en que la pasarela llegaba a la muralla sur, que unía el bastión de la reina Beatrude y el de la reina Luisa, ambos defendidos por la guardia capitalina. Cuatro de los cinco bastiones llevaban el nombre de reinas o reyes del pasado. El quinto, el más septentrional, llevaba el nombre de la monarca actual (aunque fuera la decimotercera que tenía ese nombre). Los revellines entre los bastiones, más pequeños y situados fuera del ancho foso, llevaban el nombre de las horas del reloj. Todo aquello parecía bastante sencillo, pero en cuanto Henri hubo atravesado la puerta se encontró con que el pasaje que atravesaba la muralla de tierra y piedra descendía, y en lugar de tierra y ladrillo, vio que las paredes eran de granito tallado a mano, perfectamente liso por algunos sitios, lo que demostraba la participación de algún ángel.

No le habían advertido de que las murallas y los bastiones de la fortaleza estaban construidos sobre un enorme peñasco, en el que habían excavado y construido repetidamente durante siglos, especialmente en tiempos del antiguo imperio, aunque muy poco quedaba de aquellas obras del pasado.

Pese a que se cruzó con muchos soldados y obreros, Henri observó que en general parecían disfrutar negándose a darle indicaciones, o dándole indicaciones falsas, y que el desconcierto del recién llegado era motivo de diversión para los veteranos.

Con el tiempo, contando sus propios pasos y construyéndose un mapa mental basado en aquellas mediciones, Henri consiguió orientarse por el

enorme espacio rodeado por las murallas de la fortaleza, conocido como plaza del Dial.

Henri sabía que allí habría edificaciones; al fin y al cabo, le habían hablado de los barracones de los persevantes, y de las obras del Palacio Nuevo. Pero en las varias horas que se pasó vagando por el lugar descubrió un pueblo en miniatura perfectamente organizado: un sistema de calles pavimentadas y con alcantarillado; cinco grandes barracones de ladrillo que flanqueaban un campo para desfiles; una enfermería, como siempre encalada y con muchas ventanas; dos campos elevados para mercados, con un suelo de tierra fértil entre muros de contención de madera; dos grandes balsas o depósitos de agua; una serie de economatos en edificios largos; un templo a Ashalael con un espléndido chapitel de tejas de cobre; una taberna atestada de soldados que bebían junto a unos toneles vacíos, incluso fuera del local; y varias hileras de tiendas.

El punto más importante de la plaza del Dial era el lugar donde estaba construyéndose el Palacio Nuevo y el parque que lo rodeaba. El diseño del parque, rodeado por un murete en varias fases de construcción, seguía la moda del momento, y reproducía una escena rural con todo detalle. Había una granja lechera; pastos; un prado con flores silvestres; un campo de tiro con arco con dianas sobre balas de paja; y un campo de manzanos en el que ya se habían plantado una decena del centenar de árboles previstos y en el que habían cavado hoyos para los árboles maduros que traerían en grandes cubos y trasplantarían al lugar. Se estaba construyendo una colina de bloques de piedra medio desmoronados pero colocados con gusto para crear una cueva de ermitaño en su interior, y había varios estanques con fondo de grava para que el agua no se enturbiara.

En el centro del parque a medio construir se alzaba el Palacio Nuevo. Al menos, había un montón de andamios, un lío de escaleras y unas cuantas grúas impulsadas por rehusantes que caminaban por el interior de enormes ruedas, todo ello alrededor de un laberinto de paredes de ladrillo en su mayoría de solo un piso de altura, aunque algún optimista se había encargado de levantar las chimeneas, que ya habían alcanzado su altura final.

El Palacio Nuevo, donde debía vivir y trabajar Henri. No parecía que hubiera ninguna sección lista para ser habitada ya, y la presencia de un gran número de tiendas no le daba muy buena espina. Pero al final resultó que le asignaron una habitación en una parte del palacio que sí estaba acabada.

La habitación no era una estancia en el sentido estricto de la palabra, ya que estaba destinada a ser una de las cuadras para los caballos de la reina.

Había veinte más en fila en aquella parte de los establos, todas ellas ocupadas por personal de la arquitecta. Pero contaba con una cama estrecha, un escritorio, una silla y una cómoda. Y además había paja fresca en el suelo todos los días, ya que rehusantes que iban a trabajar como mozos de cuadra ya habían sido reclutados, aunque no fueran a traer los caballos al menos en seis meses.

Y lo mejor de todo es que no era la Torre.

Era algo en lo que no podía dejar de pensar, allá donde fuera. Aunque las murallas tenían trece metros de altura, y los terraplenes intermedios, diez, la torre se elevaba al menos treinta metros, y su piedra de un gris tétrico era muy diferente del ladrillo rojo óxido y los sillares de las murallas y los revellines, de color blanco pálido.

La vieja prisión. La Torre de Lutacia.

Aunque la veía constantemente, Henri intentaba no pensar en ella, y en gran medida lo consiguió, porque lo pusieron a trabajar enseguida.

Dutremblay, la arquitecta de la reina, no necesitaba ningún supervisor ni un contable. Pero sí necesitaba un mensajero, y ese se convirtió inmediatamente en el trabajo de Henry. Desgraciadamente, el motivo por el que Dutremblay requería un mensajero para comunicar sus órdenes por toda la Fortaleza de la Estrella y las regiones subterráneas era que las guarniciones se mostraban muy independientes e intratables.

Henri no tenía problemas para orientarse por la plaza del Dial. Pero por debajo había más galerías, cámaras, escaleras, cloacas —e incluso hoyos, grietas y cavernas— de las que habría podido imaginarse. Y, sin embargo, tenía que orientarse por ellas, porque la arquitecta enviaba mensajes a todas partes, con la vana esperanza de conseguir los recursos y la mano de obra necesarios para completar el Palacio Nuevo con solo dos o tres años de retraso sobre lo planeado.

Los mosqueteros de la reina controlaban con orgullo el bastión de la reina Ansgarde y los revellines vecinos. Los persevantes de la cardenal protegían el bastión de la reina Sofía, el revellín de las Dos en Punto y la Torre. Los caballeros del rey se ocupaban del bastión del rey Denis y del revellín de las Cuatro en Punto. La guardia capitalina, habitualmente menospreciada por los otros cuerpos, tenía a su cargo los bastiones de la reina Luisa y de la reina Beatrude, y el revellín de las Seis en Punto.

Los soldados de la Real Compañía de Artilleros se movían por todas las fortificaciones, haciendo valer la antigua prerrogativa sobre su armamento y

motivos técnicos modernos con los que justificaban que podían hacer lo que quisieran.

Los mandos de todos los regimientos tomaban decisiones consensuadas sobre la plaza del Dial, donde todos tenían sus barracones, y se suponía que tenían que contribuir de igual manera a la construcción del Palacio Nuevo. Pero aunque las obras estuvieran supervisadas por la arquitecta de la reina, todo el mundo sabía que en realidad el proyecto era de la cardenal. De modo que la capitana general Dartagnan, de los mosqueteros, el capitán general Dessarts de los caballeros del rey, el intendente de la guardia capitalina Chapelain y el coronel de artificieros Creon, de la compañía de artilleros, solían evitar cooperar demasiado, aunque fingieran hacerlo.

Así, Dutremblay siempre tenía que ir buscando a los comerciantes y artesanos, reclamando contribuciones económicas, materiales de construcción o reclutando grupos de obreros rehusantes que supuestamente tendrían que proporcionarle los regimientos. Cada mañana le colocaba un montón de mensajes entre las manos a su mensajero y le enviaba a entregar las «peticiones» a los oficiales teóricamente responsables de proveerle lo necesario, que normalmente no estaban localizables o disponían de alguna excusa plausible para no hacer lo que les pedía la arquitecta.

Poco después de perderse por última vez, Henri se había pasado dos horas buscando a una escuadra de albañiles al servicio de los mosqueteros de la reina que supuestamente debían pasar la semana trabajando en el Palacio Nuevo. Después de encontrarlos tallando escalones de piedra en una oscura bodega con filtraciones bajo los barracones de los mosqueteros, se había distraído un momento y se había perdido en el camino de salida.

Ahora se encontraba en un túnel tan estrecho que no cabía más que una persona, y en el que rozaba el techo con el sombrero, así que tuvo que agacharse. La candela que llevaba en la mano se había consumido tanto que tenía cera en los dedos. Y Henri estaba seguro de que aquel no era uno de los túneles para mensajeros que le llevaría enseguida a la superficie de la plaza del Dial.

Para empeorar aún más las cosas, venía alguien en dirección contraria, o al menos veía acercarse una tenue luz, un brillo pálido y tembloroso que hacía pensar en otra de las candelas que la gente solía llevar.

—¡E-ho!

Era la voz de una joven, pensó Henri, animosa en exceso, teniendo en cuenta las circunstancias. Se paró y levantó la candela todo lo que pudo para intentar iluminar el espacio que tenía por delante. Sorprendido y algo

alarmado, se encontró con una joven con espada y pistolas al cinto, aunque no vestía de uniforme. No había visto a nadie en la fortaleza que fuera completamente armado si no era un soldado de uno de los regimientos. Pese a lo difícil que era moverse por el estrecho túnel, la joven avanzaba con una seguridad propia de quien tiene la prioridad. A Henri se le encogió el estómago al plantearse la posibilidad de tener que retroceder y probablemente perderse aún más.

Cuando estuvieron lo suficientemente cerca y lo vio, la joven echó mano de la espada rápidamente y desenfundó con una facilidad y una destreza inquietantes, sin rozar siquiera las angostas paredes.

—¡Me has engañado! ¡Vas a pagar por ello!

Henri dejó caer su candela, que inmediatamente se apagó, y echó mano a la daga que llevaba al costado. Consiguió detener la espada, que le cayó encima casi sin verla; apartó la hoja y evitó así que le cortara el brazo, pero sabía que no podría contener a una espadachina (aunque no fuera especialmente competente) solo con una daga, y aquella mujer era más que competente. En el momento en que echó la espada atrás y se preparó para una nueva embestida, Henri retrocedió y habló con toda la rapidez y la claridad que pudo.

—¡Parad! ¡Yo no os he engañado! ¡No sé siquiera quién sois!

La espada tembló en el aire.

—¿No eres el encargado del muelle de Ansgarde?

—¡No! ¡Soy uno de los ayudantes de la arquitecta! ¡De la arquitecta de la reina, Dutremblay!

La espada bajó aún más, y la mujer levantó su candela para iluminar el rostro de Henri.

—*Hmmm*. Mis disculpas, asistente. Ese bigote…, y eres pelirrojo.

—Soy consciente de que soy pelirrojo —respondió Henri, aún rígido—. Y no creo que sea motivo para ensartar a un desconocido. Tengo una espada en mis aposentos… Si me lo permites, iré a por ella…

—No, no, de verdad, te pido disculpas. El empleado socarrón que me dio indicaciones tenía el cabello castaño. En la oscuridad, con el uniforme de empleado, te he tomado por él.

—Es cierto que de momento soy un empleado, pero eso no debe detenerte —dijo Henri. No solo estaba asustado, sino también enfadado por el repentino ataque—. Ya te he dicho que no tengo ningún problema en ir a por mi espada, y podemos proseguir esta discusión en un lugar más adecuado. He oído que hay una parte de la zanja bajo el puente donde…

—No eres el encargado del muelle, pero nos hemos visto antes, ¿no? —le interrumpió la mujer. Aún tenía la candela en alto, y examinaba el rostro de Henri atentamente.

—No lo creo —dijo Henri—. Ni deseo saber…

La miró, y no acabó la frase. Ahora que la veía de cerca le resultaba familiar. Pero no podía ponerle un nombre a su rostro. Era más una sensación que un recuerdo…

—No suelo pedir disculpas, pero te ruego que me perdones —dijo la joven—. ¿Quieres hacerme el favor de enseñarme el camino a la plaza del Dial, y a los barracones de los mosqueteros?

—Si supiera por dónde se va, a ambos nos iría mejor —dijo él—. ¿Y tú quién eres, a todo esto?

La joven envainó la espada, se rio y se quitó el sombrero, rozando el techo. Se agachó y adelantó un pie, haciendo una reverencia con la máxima elegancia que le permitía el angosto túnel.

—Bueno, pues quizá podamos encontrar la salida juntos. Soy Agnez Descaray, nueva cadete de los mosqueteros de la reina.

Henri respondió con una reverencia más tímida. Le sonaba mucho aquel rostro… Aquello era todo un misterio.

—Yo soy Henri Dupallidin —respondió. Era consciente de la animosidad entre los mosqueteros de la reina y los persevantes de la cardenal, y suponía que se extendería a todos los que trabajaban al servicio de la cardenal, así que pensó que ir vestido de negro, el color preferido por Dutremblay, en lugar del rojo y amarillo cardenalicio le evitaría problemas ahora, pese a que le hubiera metido en ellos poco antes—. Soy asistente de la arquitecta de la reina. Desde hace muy poco: llegué anteayer, motivo por el que no tengo ni idea de dónde estamos. Me perdí al volver de una de las bodegas. ¿De dónde vienes tú?

—Del embarcadero del Bastión Ansgarde —respondió Agnez—. Los mosqueteros del muelle me dejaron pasar, pero no me dieron indicaciones. Había un empleado que registró mi llegada… Me dijo que era muy fácil llegar a la plaza del Dial, y que allí encontraría los barracones. Solo tenía que girar una vez a la izquierda y otra a la derecha, y así alternativamente en cada cruce. Pero llevo horas perdida en este laberinto.

Henri asintió.

—Les encanta dar indicaciones falsas a todos los nuevos —dijo—. Ahora ya ni pregunto. Salvo a los rehusantes. Creo que ellos tienen miedo de no decir la verdad.

—He visto algún rehusante a lo lejos, pero para cuando llego a su altura ya ha desaparecido.

—Hay cientos de ellos trabajando aquí; es sorprendente la cantidad de trabajo que queda por hacer —dijo Henri—. Están por todas partes. ¿Has visto escalinatas ascendentes en los lugares por los que has pasado?

—Muchas —respondió Agnez—. Pero me he mantenido en este nivel, tal como me dijo ese payaso. Girando a la izquierda y a la derecha…

—Si volvemos por donde he venido…, creo que sé dónde me equivoqué —propuso Henri.

No solo lo pensaba: estaba seguro. Había contado los pasos y los giros durante el descenso a la bodega, pero había dejado que la hosquedad de los obreros le distrajera, y se había equivocado de puerta. Había evitado retroceder porque no quería volver a encontrarse con ellos, pero ahora tenía una excusa: le estaría enseñando el camino a aquella mosquetera extraviada. Dudaba que mostraran la misma insolencia ante ella, que parecía perfectamente dispuesta a usar sus diversas armas.

—Bueno, no tenemos un plan mejor —respondió Agnez, que ladeó la cabeza y miró a Henri—. Estoy segura de que hemos coincidido antes…, no en Lutacia. Con tu cabello pelirrojo y tu acento, yo diría…

—Soy bascón, es cierto —dijo Henri, irguiendo el cuerpo y apoyando la mano en el pomo de su daga—. ¿Tienes algo que decir…?

—¡Tranquilo, gallito! —exclamó Agnez—. ¿Estás seguro de que eres un empleado? ¡Pareces tener más ganas de luchar que cualquier mosquetero!

—Voy a ser soldado —dijo Henri—. Artillero, espero. De momento, solo soy empleado.

—Yo también soy bascona —dijo Agnez—. Descaray está a apenas diez leguas de Farroze.

—Oh. Bueno, mi padre es sacristán del templo de Huaravael. ¿Lo has visitado alguna vez?

—¡Nunca! —exclamó Agnez.

—Pensé que quizás hubieras estado allí, porque yo también tengo la sensación de que nos hemos visto antes —admitió Henri—. Pero llevo muy poco tiempo en Lutacia, y antes de venir aquí no había salido nunca de Huaravael.

—¡A lo mejor somos espíritus afines! —exclamó Agnez—. ¡Y me gustarás mucho más si, en cuanto salgamos de aquí, me enseñas algún sitio donde podamos bebernos una jarra de vino! Tengo la garganta más seca que el polvo de ladrillo que llevo pateando unas cuantas horas.

—Hay una taberna en la plaza —dijo Henri—. Pero los soldados solo pueden entrar en días determinados, según el regimiento al que pertenezcan. Creo que los mosqueteros tienen los miércoles y los viernes… Y hoy es martes.

—¡No puedo creerme que un mosquetero acepte algo así! —exclamó Agnez—. ¡Beberemos donde y cuando queramos!

—Primero tenemos que encontrar la salida —dijo Henri—. Sígueme.

Se agachó para recoger su candela, pero descubrió que la había pisado, la cera se había hecho papilla y la mecha se había roto. En aquel momento Agnez se pasó la suya de la mano izquierda a la derecha con demasiada rapidez, y también se apagó.

De pronto se hizo muy muy oscuro. Henri pensó en todos los escalones por los que podrían caer, en las alcantarillas a las que aún no les habían puesto tapa, en el foso que había cruzado por una pasarela improvisada hecha de tablones (aunque sí, aquello había sido en otro bastión)…

—¿Tienes una cerilla, o acero y pedernal? —preguntó Henri. Consiguió que su voz no reflejara su nerviosismo, lo cual ya era motivo de satisfacción —. Yo no.

—¿Tenemos luna nueva, o está en cuarto creciente? —preguntó Agnez.

—¿Qué?

—No importa. Probaré de todos modos.

En la ala del sombrero de Agnez apareció un suave brillo que iluminó los dos dedos que había acercado al icono que llevaba prendido. Henri la oyó susurrar un nombre que hizo que los vellos de la nuca se le pusieran de punta, un efecto secundario habitual de cualquier invocación.

—¡Jashenael, Jashenael, dame tu luz!

10

La celda era una de las mejores de la Torre, había que reconocerlo. Estaba alta y tenía una abertura al exterior, aunque no era más que una aspillera en la que habían incrustado barrotes de hierro. Pero dejaba pasar el aire y la luz, algo de lo que carecían las celdas de niveles inferiores.

O al menos eso es lo que la carcelera le había contado a Dorotea, que exigía que le llamara «Madre». Era una mujer de rostro anguloso, piel áspera y ceño fruncido de mediana edad con manos rudas y que llevaba un delantal moteado con lo que parecían viejas manchas de sangre. Le había soltado una perorata sobre las relativas comodidades de la celda, diciéndole a Dorotea la suerte que tenía de ser una invitada de la cardenal, y no una prisionera cualquiera.

Madre también había señalado que la propia Rochefort le había dado dinero para la comida y las comodidades de Dorotea. Si nadie pagaba (le explicó Madre a la joven bachiller), la comida sencilla pero comestible que le daban se vería sustituida por pan duro y agua, y las dos mantas de lana rasposa y la paja que le hacía de catre desaparecerían.

Y luego estaba la ventana. Proporcionaba unas vistas limitadas, hacia el sureste, de modo que gran parte de la Fortaleza de la Estrella quedaba fuera de la vista, salvo por la punta del bastión del rey Denis y el revellín de las Cuatro en Punto. Tampoco podía ver gran cosa de la ciudad; solo unas cuantas casas de la periferia, y más allá alguno de los pueblos cercanos, con sus campos y sus pastos, y una larga loma baja cubierta de bosques que bloqueaba todo lo demás. Pero veía el cielo, en toda su majestuosidad, los pájaros, las nubes y los cambios meteorológicos. Y de noche vería las estrellas, y el firmamento, el hogar de los ángeles.

A Dorotea le gustaba mirar por el estrecho orificio. No había nada más que hacer. No le permitían tener nada con lo que escribir o dibujar, ni libros. Aparte de las mantas y de la paja, lo único que había en la celda era una cuchara y un cuenco de madera. Un desagüe en el lado izquierdo de la celda hacía las veces de letrina. Al amanecer y al atardecer, Madre traía un cubo de agua, para limpiar el desagüe, pero también para que se lavara y bebiera. El agua siempre tenía un color parduzco y estaba llena de unos insectos minúsculos, pero no tenía mal sabor.

Dorotea ya llevaba allí dos días y se había adaptado a la rutina cuando de pronto se la cambiaron. Madre abrió la puerta hacia el mediodía, cuando hasta el momento solo se había presentado, con su cubo, al amanecer y al atardecer.

—Se te ha concedido el derecho de pasear por la plaza —anunció la carcelera con una mueca, lo que hacía pensar que no le parecía nada bien. Señaló la puerta que tenía detrás con el pulgar—. Tienes que estar aquí antes de que oscurezca, y no puedes traerte nada. Se te registrará.

Dorotea no se movió. Estaba absorta en una composición particular creada por el cielo azul y una nube solitaria, enmarcada por la aspillera. Habría sido un fondo estupendo para un icono del ángel Lailaraille, cuyo campo de acción era el aire, y al que recurrían habitualmente los buzos que se sumergían a recoger esponjas o por otros motivos, para aumentar su resistencia bajo el agua.

—¿Me oyes? —gritó Madre—. ¡Puedes salir! ¡Venga!

Dorotea seguía sin responder, hasta que la carcelera se acercó y le dio una palmada en el hombro.

—¿Qué? Ah, sí —respondió Dorotea, sonriéndole—. Lo siento; estaba pensando. Saldré enseguida.

—Desde luego eres rara, de eso no hay duda —gruñó Madre—. ¿Eres pariente de Rochefort?

—¿*Hmm*? —preguntó Dorotea, apartándose de la ventana. La nube se había disipado, y el cielo, todo liso, resultaba menos interesante—. No, no tengo familia en Lutacia.

—Privilegios especiales —masculló Madre—. Todos estos «invitados» y «visitantes temporales»… Esto no es como antes. Antes, si te enviaban a la Torre, te enviaban a la Torre. ¡Venga, a la calle! ¡Antes de que me arrepienta, por mucho que diga la capitana Rochefort!

—Gracias —dijo Dorotea, que hizo una pausa para plantarle un beso en la frente como si nada.

La carcelera dio un paso atrás y a punto estuvo de soltarle un puñetazo, pensando que le estaba tomando el pelo, pero vaciló. Rochefort había decretado privilegios especiales para aquella chica, y Madre no sabía por qué. Más valía tratarla con mucho cuidado. Y, en realidad, aquel beso le había parecido del todo inocente.

—Um… ¿Cómo salgo? —preguntó Dorotea—. La verdad es que no me fijé en el camino al entrar.

Madre meneó la cabeza y se puso en marcha, dándole un empujón.

—No sé adónde iremos a parar —murmuró—. ¡Sígueme!

Llevó a Dorotea hasta la escalera de caracol en la esquina suroeste, bajaron cinco plantas y salieron por la sala de guardia, donde su pareja, al que curiosamente todos llamaban «Tío», la miró con un gesto que dejaba claro que estaba al corriente. También dos persevantes de la cardenal interrumpieron por un segundo su partida de dados para mirarlas, pero no hicieron ningún comentario. Madre observó que miraban a Dorotea con especial interés. Aquella invitada de la cardenal debía de tener algo de particular.

Una vez pasada la sala de guardia, cruzaron un puente levadizo que las dejó en una escalera temporal construida en madera quince años atrás y que muy pronto sería sustituida por otra de piedra.

Dorotea hizo una pausa y parpadeó, deslumbrada por la luz del sol que la rodeaba, mucho más cálida y brillante que el hilillo de luz que se abría paso hasta su celda a través de la aspillera. Como a la mayoría de los creadores de iconos, le gustaba trabajar con luz natural, y los talleres de Belhalle le habían fascinado, con aquel cristal pulido por los ángeles para hacer que sus espacios interiores tuvieran la luz del aire libre.

—Baja las escaleras —dijo Madre—. Y si alguien te molesta, dile que eres una invitada de su eminencia, en la Torre. Vuelve antes del anochecer.

—¿Puedo irme sin más? —preguntó Dorotea—. Me desconcierta ser una invitada que no es exactamente una prisionera.

—A mí también —dijo Madre, que regurgitó un goterón de flema y lo escupió por encima de la barandilla.

—Podría echar a andar y no volver —reflexionó Dorotea—. Llegar a Belhalle y volver a mi trabajo.

—Sigues en la Fortaleza de la Estrella —dijo Madre, meneando la cabeza —. No puedes salir. Y aunque pudieras, te detendrían… Te sugiero que vuelvas.

—Yo solo hago iconos. La verdad es que no lo entiendo.

—Nadie lo entiende, nunca —dijo Madre, y volvió a escupir.

Dorotea miró a la plaza. En gran parte quedaba oculta tras el lateral de la torre, pero veía varios edificios, y un mercado-jardín elevado en el que había unos rehusantes trabajando. A la derecha sobresalía la punta de flecha del revellín de las Dos en Punto, poco más alto que la muralla, pero detrás se levantaba el colosal bastión de la reina Sofía, una masa imponente de tierra rodeada de piedra. Había soldados marchando por encima, procedentes de alguna escalinata o algún pasaje, que desaparecían de nuevo tras atravesar su campo visual durante un minuto más o menos.

—Vete —dijo Madre.

Dorotea asintió, obediente, y empezó a bajar las escaleras. Los dedos le temblaban, y sentía en las puntas ese picor que notaba cuando no había podido dibujar, pintar ni crear nada en un día o más. No tenía por qué ser un icono, aunque eso era lo que más le gustaba. Disfrutaba igualmente esculpiendo, o experimentando con objetos encontrados por ahí, creando cualquier cosa. La magia angelical le resultaba fascinante, pero no era más que una faceta de su pasión creativa.

Al sentir que le temblaban las manos, aceleró el paso. Nadie le había dicho nada sobre dibujar o pintar en el exterior de la Torre. Probablemente, le estuviera permitido, siempre que no hiciera iconos, ¿no? Llevaba unas pocas libras en el monedero, suficientes para comprar algo de papel y unas barritas de carboncillo. Encontraría a alguien que tuviera ese tipo de cosas, un arquitecto o un delineante, quizás un artillero o un aspirante a poeta. Podía dibujar caricaturas y venderlas, igual que había hecho en Tramereine, y así ganar algo de dinero para comprar más papel, y quizá pinturas y pinceles.

Dorotea se apresuró. Tenía que encontrar el material de dibujo. Muy pronto estaría activa otra vez.

No vio al niño rehusante que estaba apostado a los pies de la escalera, y que la siguió, deslizándose de lado y echando carreritas adelante y atrás, como si estuviera jugando a algo. Pero siempre acababa unos diez metros por detrás de Dorotea, y avanzaba en la misma dirección.

A Simeon no se lo llevaron a la Torre, sino a una cámara perfectamente amueblada en algún lugar por debajo de los barracones de los persevantes, en la plaza del Dial. Allí, sentado en un mullido sillón, con el rostro iluminado por un enorme candelabro con veinte o treinta altas velas rojas apoyado en la mesa contigua, fue interrogado por un magíster de gesto fatigado y cabello prematuramente canoso, en marcado contraste con su piel de un caoba intenso, surcada por algunas líneas de expresión. Usando un icono que llevaba colgado del cuello con una vieja cadena dorada, el magíster invocó un ángel cuya presencia Simeon notó en forma de presión fría sobre las sienes, acompañada de unas notas muy graves, muy distintas de las notas agudas de arpa que transmitían la mayoría de los ángeles.

Una vez más, Simeon relató los sucesos del día anterior.

—Cuenta la verdad tal como la conoce —declaró el magíster dirigiéndose a Rochefort, que estaba sentada allí cerca, bebiendo vino de una jarra hecha

para cerveza—. A menos que algún ángel más poderoso haya interferido con su memoria, de lo cual Larquiniel no ve rastro, lo que dice que ocurrió, ocurrió realmente.

El interrogador vaciló un momento, y luego, tocando con los dedos un icono que llevaba en un broche con una tapa, añadió:

—¿Deseáis que invoque a Pereastor para hacer un interrogatorio más a fondo?

Simeon no sabía qué era Larquiniel (posiblemente un simple serafín o querubín), pero Pereastor era una dominación. Un ángel que no podía invocarse a la ligera, ya que el magíster seguramente lo pagaría con un mes de tiempo de vida.

—No será necesario —dijo Rochefort, dejando su jarra—. Aunque me habría facilitado mucho el trabajo que hubiera mentido. Deraner, ¿has tomado nota de todo?

Una escribana de gesto agrio que estaba sentada delante del escritorio de la esquina asintió, justo en el momento en que acababa de escribir en un libro maestro que llevaba encadenado al cinturón. Echó arena sobre la página para secar la tinta y cerró el libro.

—Gracias, *ser* Habil —le dijo Rochefort al magíster.

Él bajó la cabeza y le hizo un gesto a la escribiente. La escribiente saludó a su vez y siguió al magíster, que salió por la puerta.

Simeon se tragó una pregunta que estaba a punto de hacer; decidió que era mejor seguir el ejemplo de la escribana y mantener silencio. Pero Rochefort vio su movimiento nervioso.

—Hay un misterio en torno a ti que no me gusta, doctor MacNeel —dijo ella—. Que le enviaran un abestiado al magíster Delazán para acabar con él lo puedo entender, teniendo en cuenta sus deudas y sus enemigos. No es algo muy habitual, pero tampoco insólito. Pero ¿por qué iban a perdonarte la vida esos rehusantes? Uno, por lo menos, murió con Delazán, dadas las dimensiones de las manchas de sangre, aunque se apresuraran a limpiarlas. Pero ¿quién las limpió? ¿Por qué había rehusantes? ¿Por qué se llevaron los cuerpos? Ese misterio no nos hace ninguna gracia ni a su eminencia ni a mí.

—No lo sé, señora —dijo Simeon.

—Creo que tendré que ponerte una guardia —se planteó Rochefort—. Para ver qué ocurre.

Simeon asintió distraídamente. Que lo vigilaran le parecía el menor de sus problemas. Había estado pensando sobre su futuro desde la aparición del magíster Foxe. Aunque el decano era un charlatán y un cobarde, también era

un tipo muy prudente. Probablemente había conseguido el apoyo del Cónclave de Magísteres, y sería necesaria la actuación de alguna autoridad mayor para devolverle a Simeon su plaza en el hospital. Pero Simeon no quería volver al hospital.

—Sería más fácil vigilarme… a mí o a los que tenga alrededor… en algún lugar así, ¿no es verdad, señora? —preguntó.

Rochefort entrecerró los ojos.

—Sé que hay una enfermería en la Fortaleza de la Estrella —añadió Simeon—. Algunos de los magísteres del hospital trabajan aquí de vez en cuando. Me preguntaba si quizá podría…

—Ah, ya veo —dijo Rochefort—. La declaración del magíster Fox de que no eres estudiante. Pero eso se puede arreglar. Puedes volver a tu vida en el hospital.

—No quiero volver —dijo Simeon—. Estaba dispuesto a esperar el momento, pero en todo caso allí no se aprende gran cosa, y he oído que la enfermería de este lugar la dirige la doctora magíster Hazurain…

—Ah, por fin se despeja la niebla —dijo Rochefort.

La doctora magíster Hazurain era la médica de la reina, y probablemente la más famosa de toda Saranza, aunque era originaria de Dahazaran.

—¿Qué harías si no se te permite trabajar y estudiar en la enfermería? —preguntó Rochefort—. ¿Ni volver al hospital?

—Supongo… que tendría que volver a Loutain —dijo Simeon.

Intentó que no se le notara, pero no le apetecía nada. No es que necesitara especialmente las enseñanzas que proporcionaba el hospital, pero sí necesitaba el certificado que le darían por haber estudiado allí. Muchos pacientes insistían en que querían ser tratados por un «médico de verdad de Lutacia». Pero si podía decir que había aprendido de la médica de la reina, la doctora magíster Hazurain…

—A veces, las necesidades del Estado coinciden con las ambiciones personales —murmuró Rochefort.

Se acercó al escritorio y garabateó algo en una hoja de papel grueso, lo firmó y estampó un lacre sin demasiados miramientos, usando la cera que caía de las velas y el mango labrado de su daga.

—Lleva esto al jefe de administración de la enfermería —dijo, entregándoselo al Simeon—. Es una recomendación para la doctora magíster Hazurain; se sugiere que prosigas aquí tus estudios, bajo su dirección, y que te dejen trabajar en el hospital, con el salario que suelan pagar a los médicos novatos.

—Eh…, gracias —balbució Simeon, tomando el papel doblado.

—Su eminencia revisará mi iniciativa —le advirtió Rochefort—. Es posible que decida rescindirla o cambiarla.

Simeon asintió, pero en realidad no pensaba en aquella posibilidad. Aquello era mucho más de lo que habría podido esperar. A su llegada al hospital había visto a Hazurain operando con éxito una fractura deprimida de cráneo, sin asistencia angelical. Simeon nunca habría podido soñar ser uno de sus estudiantes. Hazurain estaba tan por encima de los doctores magísteres del hospital como la Torre lo estaba sobre el foso de la Fortaleza de la Estrella. ¡Y que le pagaran por trabajar en la enfermería! En el hospital no le pagaban. Solo le daban alojamiento y comida.

—Quizá tú también puedas ayudarme —dijo Rochefort, casi como si aquello no tuviera importancia—. Si pasa alguna otra cosa rara, como lo de los dos rehusantes que te salvaron del abestiado, házmelo saber. Quiero saberlo inmediatamente, en cualquier momento. Toma este identificador.

—Sí, señora —dijo Simeon.

No alargó la mano, pero lo entendió al momento. Aquel era el precio del puesto de trabajo con Hazurain. Y si aceptaba, también tenía que asumir que iba a ser una especie de informador de Rochefort. El instinto le decía que era una aberración, pero hizo un esfuerzo por considerar el asunto fríamente. No le debía ninguna lealtad a otra persona. Rochefort era una oficial de la cardenal, y la cardenal era la jefa de gobierno de la reina. Si la reina le decía que tenía que espiar para el Estado, aceptaría la orden. Aquello no era diferente. Pero desde luego tenía la sensación de estar siendo comprado…

—¿Y bien?

Simeon cogió el pequeño medallón de plata que le ofrecía Rochefort. Llevaba el emblema de la cardenal en un lado y una imagen estilizada de Ashalael en el otro.

—Enséñaselo a cualquier persevante y me llegará la voz. Te llevarán tus iconos, tu equipo médico y tus otras posesiones —dijo Rochefort—. En la enfermería hay alojamientos para el personal médico. Dile al jefe de administración que deseo que te asignen uno de los mejores.

—Sí, señora.

Simeon se puso en pie, pero se dio cuenta de que empequeñecía a Rochefort, y se apresuró a bajar la cabeza. Una vez más tuvo que modificar sus impresiones sobre la oficial de los persevantes de la cardenal. Al principio le había parecido bastante amable, luego le había asustado en la gabarra, y

ahora había adoptado el papel de benefactora. Aunque no del todo desinteresada.

Simeon esperaba no tener que informar nunca de nada a Rochefort.

La capitana de los persevantes agitó la mano enfundada en un guante escarlata con desgana. Simeon volvió a bajar la cabeza y salió de la sala. Nada más rebasar el umbral, vaciló al encontrarse con un oscuro pasillo que se extendía a izquierda y derecha, unas escaleras delante y otra pesada puerta de hierro a la derecha.

—Por aquí —dijo una de las persevantes que había visto en la gabarra. No era mucho mayor que él, pero desde luego se la veía mucho más segura de sí misma, una especie de proyecto de Rochefort. Cogió un farol y orientó el estrecho haz de luz hacia el pasillo—. Te llevaré hasta la puerta que da a la plaza del Dial y te enseñaré dónde está la enfermería.

—Gracias —murmuró Simeon.

La siguió hasta una cámara bien iluminada con un grupito de empleados muy atareados que parecían estar clasificando papeles; luego bajaron por una larga escalinata tallada en la roca; atravesó una sala de guardia donde un grupo de persevantes estaba practicando con una pequeña ballesta como la que había usado el rehusante del hospital contra el abestiado, disparando por turnos a un pequeño melón o una calabaza apoyada en lo alto de un mueble.

Tras esta sala de guardia, atravesaron una puerta principal, pasando bajo las troneras y la verja levadiza, atravesaron un puente y luego bajaron por una escalinata en ángulo recto hasta el amplio patio que era la plaza del Dial, una ciudad en miniatura.

—¿Ves el chapitel dorado del templo? —preguntó la persevante.

No le hizo falta decir que era un templo en honor a Ashalael; no podía ser otra cosa, no en aquel lugar.

Simeon asintió.

—Ve en esa dirección. La enfermería está un poco más hacia el este; es el edificio encalado de la avenida, justo enfrente de la taberna.

—Gracias otra vez —dijo Simeon.

—Igual tienes que remendarme algún día —le dijo ella, guiñándole el ojo.

Simeon no tenía muy claro qué significaba aquello, pero sonrió. Le sorprendió el guiño, porque los persevantes eran conocidos por su castidad y su puritanismo. A diferencia de los caballeros del rey o, en menor medida, de los mosqueteros de la reina.

—Será un placer —murmuró—. Bueno, aunque espero que no sea necesario.

—Siempre lo es, antes o después —dijo la persevante.

Le guiñó de nuevo el ojo y dio media vuelta; la vaina de su espada golpeó contra su fornido muslo.

Simeon se quedó mirando un momento, se ruborizó, se giró hacia el chapitel del templo y se puso en marcha.

11

La taberna era uno de los edificios más antiguos de la plaza del Dial, la última casa de una hilera de seis que ya estaban allí antes de que se construyera la fortaleza. Era inconfundible, con aquellos grandes toneles plantados frente a la puerta principal, dos de ellos ocupados en aquel momento a modo de improvisadas mesas, uno por un grupo de albañiles cubiertos de polvo y otro por un trío de caballeros del rey. En el interior había muchos otros, claramente identificables por sus jubones verde oscuro y sus camisas y bombachos verde claro, con tabardos de otro verde diferente en los que lucían su blasón: una corona de cinco puntas con una espada dorada cruzada por delante. Los albañiles bebían cerveza en jarras de madera, pero los soldados bebían vino en botellas, todo ello servido por chicos y chicas rehusantes que se movían a la velocidad del rayo, ataviados con delantales y gorros grises.

Por las ventanas, abiertas pero con gruesos barrotes, se oía el estruendo de los soldados bebiendo, jugando a los dados, discutiendo, riendo y básicamente montando alboroto. Sobre la puerta colgaba un gran cartel de un poste de hierro, tan desgastado que los seis cálices de oro originales se habían transformado en unos manchurrones informes.

Ahora por fin estaban repintando el cartel. Lo hacía una pintora vestida de bachiller de Belhalle, situada en lo alto de una escalera que habían atado a uno de los grandes toneles del exterior para evitar que la derribaran, precaución absolutamente necesaria, como la presencia de un mozo rehusante plantado junto a la base de la escalera, que iba gritando «¡Mirad por dónde vais!» o «¡Cuidado con la escalera!».

—Está llena —dijo Henri, que se sentía muy satisfecho consigo mismo por haber encontrado la salida de los túneles bajo los barracones de los mosqueteros, aunque no admitió ante Agnez que habían salido por un lugar diferente al esperado, el jardín de la enfermería, que estaba frente a la taberna y a unos doscientos metros de los barracones de los mosqueteros—. Y todos son caballeros del rey.

—La mayoría de los caballeros del rey están dentro —dijo Agnez, señalando—. Hay sitio en el tercer tonel, junto a los albañiles. A ellos nadie

les dice nada. ¿No te apetece quitarte un poco el polvo de la garganta? Yo me la siento como papel de lija.

—¿No se supone que debes presentarte en los barracones? —preguntó Henri.

Habían estado hablando durante todo el camino, subiendo y bajando escaleras y recorriendo pasajes a la luz que emitía el icono de Agnez. Henri había descubierto que le costaba poco hablar con ella, aunque era evidente que tenía opiniones muy formadas. Ya había empezado a preocuparse por que descubriera que en realidad trabajaba al servicio de la cardenal, no de la reina. Quería decírselo, quitárselo de la cabeza, pero era mejor esperar a encontrar el momento adecuado. O, quizás, a reunir el valor para hacerlo.

—Sí, pero tengo tiempo para una botella de vino —respondió Agnez, despreocupadamente—. Franzonne me dijo que no me presentara demasiado pronto.

—¿Franzonne? ¿La adalid mayor de la reina? —preguntó Henri—. ¿La has conocido?

—He luchado con ella —precisó Agnez—. Así es como me gané la plaza de cadete.

—¿Tuviste que derrotar «a Franzonne»? —preguntó Henri, mientras esperaban encontrar un hueco entre el tráfico.

Una docena de jardineros con bata granate y sombreros de ala ancha, cada uno cargado con un arbolillo en un cubo, les pasaron por delante, seguidos de cerca por un grupo numeroso de rehusantes que empujaban un carro con una única viga de roble enorme, seguramente destinada al Palacio Nuevo. Aquello hizo que Henri se sintiera algo culpable, ya que tenía que volver a informar a la arquitecta, aunque no tanto como para ir tras ellos.

—Acabó en tablas —dijo Agnez, mientras cruzaban la calle a la carrera y se situaban junto al único tonel que aún no se estaba usando como mesa—. Más o menos. ¡Eh, mozo! Dos botellas de tu mejor vino.

Su voz, clara y desenvuelta, se impuso al alboroto general, y varias personas se giraron a mirar, entre ellos el trío de caballeros del rey. Ya estaban borrachos, y se quedaron mirando a Agnez y a Henri como si de pronto hubieran visto algo claramente ofensivo. Dos de ellos, un hombre con el rostro enjuto y ojos pequeños y una mujer morena y más alta con una sonrisa socarrona en la cara, se acercaron a los recién llegados.

—Es martes —dijo el hombre enjuto de rostro pálido, mirando a Agnez.

Estaba muy borracho, y pese a no mover los pies, el cuerpo le oscilaba.

—Me lo estaba preguntando —respondió Agnez—. Tenía la sensación de que era lunes, pero estaba dudando…

—Aquí los martes beben los caballeros del rey —prosiguió el hombre, indicándoles con un gesto que ya podían marcharse—. No bravuconas provincianas ni… chupatintas.

Agnez se miró su traje de cuero y levantó una ceja, mientras Henri agitaba los dedos para demostrar que no los tenía manchados de tinta. El hombre de rostro rojo se puso más rojo aún, y la sonrisa socarrona de la mujer se acentuó.

—¿Caballeros del rey? —preguntó Agnez—. Yo, con todo ese verde, pensé que debíais de ser jardineros, como esos tipos que se ocupan de los árboles…

Se agachó justo a tiempo de esquivar un gancho y dio un paso atrás, riéndose, mientras el hombre seguía girando, desequilibrado. Antes de que se pudiera recuperar, ella le soltó una patada detrás de la rodilla, y el tipo cayó con un grito de rabia y de dolor. La mujer, que estaba detrás, se dispuso a desenvainar, pero una mujer del grupo de los albañiles se puso en pie y la rodeó con un abrazo más propio de un oso.

—Ni hablar —dijo la albañil, con los robustos brazos manchados de polvo de piedra y unos músculos definidos como bandas de hierro—. Nada de espadas.

—¡Caballeros! ¡A mí! —chilló la mujer, revolviéndose para zafarse.

El tercer guardia, más reticente, suspiró y se puso en pie, pero no dejó su jarra de vino. De pronto, el jolgorio del interior de la taberna se apagó (la calma previa a la tormenta), y un momento después se oyeron un montón de taburetes y sillas echados atrás de un manotazo o una patada, en el momento en que los caballeros del rey se preparaban para salir en tropel.

Sin embargo, antes de que pudieran hacerlo, la escalera que estaban usando para pintar el cartel se cayó de pronto, encajándose tras dos de los grandes toneles, de un lado al otro de la puerta. Dado que la puerta se abría hacia fuera, quedó bloqueada. La pintora de Belhalle que estaba en lo alto de la escalera quedó colgando del cartel hasta que, un momento más tarde, se dejó caer.

Cayó justo en el momento en que el primer caballero se ponía en pie y se lanzaba de nuevo contra Agnez, que se distrajo con la caída de la escalera, por lo que el golpe habría podido dar en el blanco, de no ser porque Henri dio un paso adelante, agarró el brazo del hombre y lo tiró al suelo con una llave de cadera, movimiento que sus hermanos mayores habían practicado mucho con

él hasta llegar a dominarlo él mismo. El caballero cayó pesadamente, y esta vez no se levantó.

La mujer retenida por la albañil intentó gritar otra vez, con una mirada de asombro y pánico en el rostro, al darse cuenta de que la estaban apretando tanto que no podía respirar. La albañil que la tenía retenida esperó pacientemente mientras la otra se debatía desesperadamente, y luego aflojó. Cuando vio que perdía la conciencia, la depositó suavemente en el suelo, junto a su compañero.

El rugido procedente del interior, el fuerte impacto y el crujido de la escalera les dejó claro que los guardias habían encontrado algo que usar como ariete.

El tercer caballero, en lugar de atacar, se acercó a donde yacían sus compañeros, al tiempo que le echaba un buen trago a su jarra.

—Deberíais iros —murmuró, agitando una mano con tanta fuerza que cayó de culo y acabó sentado con la espalda apoyada en un tonel. Sorprendentemente, la jarra no se le escapó de la mano—. Los otros no lo entenderán.

—¿Entender el qué? —preguntó Agnez—. Estoy lista para combatir con los que sean…

—No, no —dijo la albañil robusta, mientras indicaba a sus compañeros con un gesto que recogieran sus mandiles y sus herramientas—. Ahórratelo, jovencita. Llevan bebiendo toda la tarde. No les bastará pelearse; matarán a quien sea. Más vale que os marchéis de aquí.

Los albañiles desaparecieron al momento. Se oyó otro golpetazo y otro crujido, y un grito triunfante al astillarse la escalera, aunque no acabó de romperse del todo.

—Tiene razón —dijo Henri, mirando a su alrededor.

Si echaban a correr por la calle, los verían y les darían caza. Pero seguro que también registrarían las tiendas más cercanas, algo que los tenderos tenían claro, porque ya estaban cerrando a cal y canto puertas y ventanas.

Solo quedaba una puerta abierta, justo enfrente.

—Le enfermería —dijo, señalándola, y se puso en marcha en esa dirección, pero luego se paró, ya que ni Agnez ni la pintora se movían.

Se miraban la una a la otra, Agnez protegiéndose los ojos con la mano, la pintora mirándola con una sonrisa amistosa pero distraída.

—¡Venga!

Ya fuera por el grito de Henri, ya fuera por el ruido de la escalera que por fin se partió en dos, permitiendo que la puerta de la taberna se abriera de par

en par, las otras dos respondieron, y los tres cruzaron la calle a la carrera. Desgraciadamente, aquellos segundos de indecisión hicieron que los primeros guardias que salieron por la puerta los vieran correr y supieran hacia dónde se dirigían. Con un gran alboroto, los caballeros del rey empezaron a salir atropelladamente, cayendo unos sobre otros y lanzándose al exterior.

En algún lugar sonó una campana, quizá pidiendo refuerzos, aunque Henri no tenía ni idea de para quién. ¿Qué pasaba cuando se sublevaban los caballeros del rey? ¿Quién los ponía en vereda? Llegaron a la puerta de la cerca con una docena de pasos de ventaja sobre sus perseguidores, la cerraron de un portazo y la atrancaron justo a tiempo. Agnez miró a izquierda y derecha, y luego al muro exterior.

La puerta retumbó al recibir el impacto de la horda. Al momento se oyó un grito de dolor. Los guardias se estaban lanzando contra la pesada madera de roble.

—Si hacen rodar los toneles y los amontonan, o si encuentran otra escalera, podrán saltar ese muro en un minuto —dijo Agnez.

—Están demasiado borrachos —respondió Henri, aunque al mismo tiempo escrutaba el patio en busca de otra salida.

La enfermería ocupaba un imponente edificio encalado con grandes ventanas en arco. Había otra puerta, entreabierta, que debía de dar al jardín de hierbas o de plantas medicinales, el lugar donde Henri suponía que habían emergido de las profundidades. Si llegaban hasta allí, estarían…

—No tan borrachos —dijo Agnez, señalando con el dedo.

Dos jóvenes caballeros habían aparecido sobre el muro, un hombre y una mujer. Al ver a sus supuestos enemigos, saltaron y desenvainaron sus espadas inmediatamente en un gesto algo cómico, ya que, a pesar de lo que había dicho Agnez, era evidente que estaban muy borrachos.

Agnez desenvainó y se puso por delante de Henri y de la pintora.

—Solo hay una con espada —dijo la mujer, cuya melena pelirroja le caía despeinada sobre la cara, ya que la gorra se le había caído al saltar el muro.

—Una —confirmó el otro caballero, con un bigote y una perilla apenas visibles, y una suave piel de color azafrán que dejaba claro que no podría tener más de diecisiete años—. Y… ¿eso importa?

—Dos no pueden luchar contra una —dijo la mujer, recuperando el equilibrio y bajando la punta de la espada—. No se hace.

—No —coincidió el hombre.

—Tenemos que luchar uno por uno —añadió ella, que miró a Agnez y prosiguió—. Una cosa: no estoy segura de que seas una rival digna. Yo soy

Debeuil, cadete de los caballeros del rey. No puedo luchar contra el primero que se presente.

—Me llamo Descaray, y soy cadete de los mosqueteros de la reina —dijo Agnez—. Solo que aún no he recibido mi uniforme.

—¡Oh, una mosquetera! —exclamó la mujer—. Muy bien, entonces. Me ocuparé de ti dentro de un momento. Tengo que…

La mirada se le desenfocó y se quedó mirando más allá de Agnez, que intentó evitar una mueca divertida. No había visto nunca a alguien tan borracho que siguiera en pie. Aunque esta mujer, más que estar en pie, se tambaleaba, trazando pequeños círculos.

—Perdonad —dijo Henri tímidamente, dando un paso adelante—, pero quizá pueda ofreceros una solución al problema de que solo uno de nosotros tenga espada.

—¿Tú quién eres? —preguntó el guardia del bigote, al tiempo que intentaba envainar de nuevo la espada, pero al no encontrarla iba dando vueltas sobre sí mismo, como un perro buscándose el rabo—. Yo soy Demaugiron. No la marquesa, esa es mi hermana.

—Yo soy Dupallidin, ayudante de la arquitecta de la reina —dijo Henri—. Si me dejas tu espada, seremos dos los que tengamos espada.

—Oh, sí, buena idea.

Dejó de intentar envainar la espada, la agarró por debajo de la guarda y se la ofreció a Henri, que la cogió y dio un paso atrás.

—Ahora me encargaré de ti —dijo la mujer, parpadeando—. ¿Por qué decíamos que estábamos luchando?

—No podemos luchar —dijo Henry—. Solo una de vosotros va armada, y nosotros dos tenemos espada.

—¡Tienes razón! —exclamó el hombre, que se quedó pensando un momento—. ¿Y si me dejas la tuya?

—Por supuesto —dijo Henri—. Pero entonces la aritmética será la misma, solo que al revés. No podemos luchar en estas condiciones.

—¿No podemos? —preguntó la mujer.

Henri, Agnez y la pintora negaron con la cabeza, meneándola lentamente.

—Por la aritmética —dijo el hombre, asintiendo. Se quedó relativamente quieto mientras Henri le metía la espada en la vaina—. Bueno, pues ya está. ¿Y en qué punto estamos?

—Estáis en el patio de mi hospital —dijo una voz dura, que pertenecía a una doctora magíster de ceño fruncido.

Evidentemente era una doctora magíster muy importante, una mujer de unos cincuenta años. O más probablemente de unos cuarenta, que debía de haber envejecido por el uso de la magia angelical. Lucía una túnica negra con ribetes dorados y un gorro de terciopelo de color borgoña con una borla dorada sobre el cabello, de un rubio casi blanco, recogido hacia atrás y atado con una cinta con gemas. Llevaba un broche con un icono en el gorro, otros varios sobre la túnica, y cuatro anillos con iconos en los dedos.

Su tono autoritario y su aspecto bastaron para que los intrusos se giraran e hicieran una reverencia. Los dos guardias reales se cayeron y se pusieron en pie no sin esfuerzo.

Un médico más joven salió tras la doctora magíster. Físicamente, era lo contrario a ella, en casi todos los aspectos: era un joven de piel muy oscura, al menos medio metro más alto y dos o tres veces más corpulento. Llevaba una túnica sin adornos, y tenía las mangas manchadas de sangre seca.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó la doctora magíster con tono impaciente, en el momento en que se oía un nuevo estruendo procedente de la puerta—. Este ruido es muy malo para mis pacientes.

—Soldados borrachos, señora —le informó Agnez, poniéndose firmes.

Cargaron contra la puerta de nuevo, y se oyó el sonido de un hueso dislocado y un aullido de dolor.

—*Hmm*… Y encima lesionándose ellos mismos. No podemos tolerarlo.

La magíster juntó las manos, apoyando dos dedos de la mano izquierda sobre uno de los anillos que llevaba en la mano derecha. Respiró hondo y se puso a susurrar.

—Ah —dijo la pintora—. Dramhiel. Dolores de cabeza para todos.

Por primera vez, Henri miró a la pequeña bachiller y, por segunda vez aquel día, tuvo la sensación de que también la había visto antes. Aunque no se parecía en absoluto a Agnez, puesto que era mucho más liviana y mucho más morena de piel y cabello, y sus vivarachos ojos eran casi negros, también sintió que la conocía desde siempre. Pero no sabía quién era, lo cual resultaba ridículo.

—Eh… ¿Te conozco? —preguntó.

Miró a Agnez, con el ceño fruncido, pero ella estaba mirando al joven médico, que le devolvía la mirada, y por tercera vez Henri tuvo aquella sensación de sorprendente familiaridad, de que también conocía a aquel grandullón, o que lo había conocido, y que de algún modo lo había olvidado.

Se oyó el aleteo de un ángel, y una nota de trompeta distante. Henri sintió un dolor repentino tras los ojos, que desapareció al momento, pero

evidentemente no fue el caso de los guardias al otro lado del muro, ni de los dos que tenía al lado, agazapados. Se empezaron a oír gruñidos, lamentos y quejidos: «Ah, mi cabeza», «Los ojos» o «¡Qué dolor de huesos!».

—No sabía que Dramhiel pudiera encargarse de tanta gente a la vez —comentó la pintora.

—No es Dramhiel —le respondió la doctora magíster—. Es su superior, el trono Azhakiel. Mucha gente los confunde, dado que tienen un campo de acción casi idéntico. Venga, MacNeel, quiero oír la valoración que has hecho de nuestro paciente con la rótula expuesta.

Dio media vuelta, haciendo girar sus zapatos de tacón rojo (indicativos de una posición elevada en la corte) y se fue.

El joven y corpulento doctor se la quedó mirando, nervioso, y luego miró a los otros tres.

—Tengo que ir —dijo—. Me llamo Simeon MacNeel. Tenemos que vernos. Hay algo… que no entiendo…

—Sí —respondió Agnez, que lo identificó como el prisionero que había visto en la gabarra de la cardenal y que ahora, de cerca, le producía la misma sensación de familiaridad que había sentido con Henri—. ¿Dónde? ¿Dónde nos encontramos?

—¿Aquí? —sugirió Simeon—. Al anochecer, o poco después.

—Demasiado cerca de la taberna. Los caballeros del rey… —objetó Henri, señalando a los dos que habían saltado el muro y que ya roncaban tirados en el suelo—. Aún será martes, es su día…

—Oh, todos esos estarán inconscientes, o sufriendo la peor de las resacas —le aseguró Simeon, que echó una mirada a la pintora—. Dramhiel… o Azhakiel, ahora que sé que ha sido él…, purifica el cuerpo, pero pagas un duro precio por esa sobriedad repentina. Supongo que será mejor que les diga a alguno de mis ayudantes que metan a esos dentro. Dormirán hasta la noche.

Hizo un gesto hacia la escalera del hospital, y un rehusante que había contemplado la escena asintió y se acercó corriendo.

—Haya guardias o no, sería más sensato quedar en algún sitio más resguardado —dijo Henri—. Yo tengo una habitación en el Palacio Nuevo. Bueno, una cuadra en lo que serán los establos. Soy Henri Dupallidin, ayudante de la arquitecta de la reina.

—Muy bien —dijo Simeon—. En el Palacio Nuevo, pues, Henri. Y…

—Agnez Descaray —dijo Agnez—. Cadete de los mosqueteros de la reina.

Agnez miró a la pintora, que sonreía, pero no decía nada.

—¿Y tú? —preguntaron los otros tres, al unísono.

—Oh, yo soy Dorotea Imsel. Soy creadora de iconos, bachiller de Belhalle… *Hmm*… Bueno, supongo que ahora ya no, porque soy «invitada» de la cardenal. En la Torre.

Hizo una pausa, viendo en sus miradas una combinación de comprensión y horror.

—Oh, no llevo mucho tiempo allí. Y me dejan salir durante el día. Pero de noche me encierran. Así que no puedo venir a veros al anochecer.

—¿A esta hora mañana? —dijo Simeon, con urgencia.

En el momento en que los otros asentían, él ya estaba alejándose. Antes de desaparecer se paró a hablar con el rehusante, que se fue a buscar camilleros para meter a los guardias dentro.

—Tengo que volver al Palacio Nuevo —dijo Henri. Pero no se movió.

—Y yo a los barracones de los mosqueteros —dijo Agnez. Pero ella tampoco se movió—. Es tan extraño… ¿Cómo puedo tener la sensación de que os conozco a los tres si no os conozco? ¿Y habrá más?

—¿Hmm? —preguntó Dorotea. Casi podían ver que estaba regresando de algún lugar distante—. Oh, eso es fácil. Bueno, no es que sea fácil. Pero tiene su explicación, supongo.

—¿Cuál? —preguntó Henri.

—Ocurre cuando varias personas han estado invocando al mismo ángel a lo largo de un periodo de tiempo corto —explicó Dorotea—. Es el ángel compartido el que crea esta sensación. Aunque tengo curiosidad por saber qué ángel pueden haber estado invocando una mosquetera, un escribiente y un médico. Yo he usado muy poca magia angelical últimamente. Supongo que el ángel que con más frecuencia he…

—Yo hace seis meses que no invoco a ningún ángel —la interrumpió Agnez—. Confío en mi espada, no en la magia.

—Yo tampoco —respondió Henri—. No se me da muy bien la magia, y solo tengo un icono viejo y muy gastado. No me atrevería a invocar a Huaravael a menos que tuviera una gran necesidad (algo que no me puedo imaginar), porque probablemente el icono se rompería.

—Yo no conozco a Huaravael —murmuró Dorotea, de nuevo intrigada, y muy presente en la conversación—. Lo retiro.

—¿Qué es lo que retiras? —preguntó Agnez.

—Esta familiaridad que sentimos —dijo Dorotea—. No será fácil ni tendrá una explicación sencilla. Tenemos que saber más. Pensaré en ello esta noche.

—¡Un momento! ¿Qué haces? —preguntó Henri, al ver que Dorotea se disponía a levantar la tranca de la puerta.

—Tengo que acabar de pintar el cartel, o el tabernero no me dejará guardar dentro mis pinturas nuevas —le explicó Dorotea—. No me permiten tener materiales en la torre.

—Pero esos guardias… ¡Tú tiraste la escalera! —alegó Agnez.

—Oh, yo creo que estarán arrastrándose a la cama, en el mejor de los casos, o tirados por el suelo, como los dos que saltaron el muro —dijo Dorotea, sin inmutarse—. Además, yo no tiré la escalera.

—¿Ah, no?

—Fue el niño rehusante, el que me la sostenía. Pero me alegro de que lo hiciera.

—¿Por qué? —preguntó Henri.

—Estaba muy solícito toda la mañana —respondió Dorotea—. Algunas personas lo son, sin más, supongo…

—¿Y por qué te alegras?

—Porque me hizo mirar abajo y veros, y pensé… No lo pensé, sabía que tenía que hablar con vosotros —dijo Dorotea—. Lo cual es muy interesante. Os veré mañana.

Levantó la tranca, entreabrió la puerta para mirar al exterior y, aparentemente satisfecha con lo que veía, se coló por el hueco. Un momento más tarde, Agnez asomó la cabeza, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

—Tiene razón —dijo—. Se han ido. Más vale que vaya al barracón.

—Y yo al Palacio Nuevo —apuntó Henri, tendiéndole la mano.

Agnez se la estrechó. Se dieron un vigoroso apretón. La cadete de los mosqueteros sonrió.

—¡Hemos encontrado una aventura! ¡Buen día, hermano escribiente!

—El trabajo de escribiente es solo tempo… —empezó a decir Henri, pero no acabó la frase al ver que Agnez se colaba por la abertura de la puerta y desaparecía.

La oyó silbando al otro lado del muro mientras se alejaba.

Aventura. Él no quería una aventura; quería estabilidad y seguridad económica. Un trabajo estable. Tampoco quería formar parte de una misteriosa hermandad con una mosquetera, un doctor magíster y una creadora de iconos que era «invitada» de la cardenal en la Torre.

La boca le tembló al plantearse el ser llamado «hermano», y por primera vez se dio cuenta de que en el momento en que había visto a Agnez había

pensado en ella como una hermana. Era una mujer atractiva más o menos de su misma edad, algo inquietante, pero en ningún momento se había planteado nada que no fuera un interés fraterno por ella. Ya tenía la sensación de que era como una hermana. Quizá más que sus propias hermanas, dado que ellas eran considerablemente mayores y que normalmente lo trataban con cierto desdén.

Y luego estaba la creadora de iconos, Dorotea. También era una joven muy atractiva, aunque en un estilo diferente al de Agnez. Y tampoco ella le despertaba ningún sentimiento que no fuera fraternal. Con ella también tenía la sensación de haberla conocido desde siempre, sin conocerla en absoluto.

Como si fueran hermanos y hubieran crecido juntos, pero como si de algún modo hubieran olvidado los detalles.

Era muy raro.

Desasosegado, Henri miró al exterior de la puerta antes de salir, buscando con la mirada en todas direcciones. Tenía la sensación de que los caballeros del rey no eran la única amenaza que le acechaba, que habría otras.

Pero no sabía cuáles.

TERCERA PARTE

La cantera

12

La Casa Demaselle suponía una gran mejoría con respecto al cuartel del Rey de las Sombras en la muralla. No solo estaba en un barrio mucho más salubre de Lutacia, sino que el dormitorio de Liliath era el triple de grande y tenía altos ventanales que daban a los jardines amurallados de lo que básicamente era como una casa de campo en miniatura en el corazón de la ciudad, visible más allá de los muros.

El cambio se había producido sin ningún problema. Para Liliath, al menos. La antigua *lady* Dehiems y todo su personal, salvo los niños, ya habían abandonado este mundo. Y tal como era costumbre en los bajos fondos, sus cuerpos habían acabado en sacos, lastrados con piedras, y lanzados al río por las alcantarillas. No flotarían, pero la rápida corriente del río los iría arrastrando, y en el Leire había muchísimas anguilas hambrientas.

Ahora Liliath era *lady* Dehiems. Una viuda joven y bella que, al no tener nada mejor que hacer, se buscaba enfermedades, de modo que no salía nunca del recinto de su mansión. Su numeroso servicio se componía casi exclusivamente de rehusantes, lo cual resultaba algo excéntrico, pero no insólito, especialmente entre los señores más severos o tacaños. Era más fácil tratar mal y pagar menos a un rehusante que a un saranciano con una experiencia equivalente.

Le gustaba disponer de una ayuda de cámara, una de verdad. Se llamaba Hatty. Aunque era una rehusante, no pertenecía a la banda del Rey de las Sombras. O mejor dicho, hasta la fecha no había tenido tratos con la delincuencia de Lutacia, aunque no había duda de que sabía para quién trabajaba y qué esperaba de ella. Biscaray la había contratado a ella, a la cocinera y al resto de los criados. Pero los jardineros y los porteros eran directamente ladrones y asesinos, entre otros los que habían estado en el templo de Santa Margarita, que sabían quién era realmente Liliath. A los pocos que no lo sabían simplemente se les había dicho que era una aliada muy importante de Biscaray, que tenía entre manos un timo que daría un gran rédito; todos ellos compartirían los beneficios.

Ahora, mientras contemplaba los jardines, Liliath pensó que aquello en realidad era cierto, salvo en lo de compartir los beneficios. Había ordenado que colgaran farolillos de cristal de colores de los frutales y del murete del

jardín de la cocina. Los farolillos eran bonitos, pero además cumplían la función de iluminar la entrada de la casa que más probablemente habría elegido cualquier enemigo para colarse en ella. Aquella misma mañana le habían traído a la nueva casa su majestuosa cama. Liliath aún no la había compartido con Biscaray, entre ellos no había habido más que un beso que quizá se hubiera alargado más de lo normal, la fría mañana en que le había traído los vestidos y las joyas de *lady* Dehiems. El beso le había gustado, aunque no le había proporcionado más placer del que le daba la luz del sol en una mañana fresca, o una copa de vino especialmente bueno. Pero le pareció que él había sentido algo más, que era justo lo que quería.

Biscaray llegaba tarde. Lo llevaba esperando varias horas, y era casi medianoche. Tenía mucho de lo que informarle, sobre todo del paradero y las actividades de los cuatro, aunque ella no le había dejado ver que esa era su principal preocupación.

Descaray. Dupallidin. Imsel. MacNeel.

Con el ceño fruncido, Liliath se alejó de la ventana y se fue hasta el tocador para coger la campanilla. La hizo sonar vigorosamente. La respuesta llegó prácticamente antes de que tuviera tiempo de dejar la campanilla otra vez: su nueva ayuda de cámara ya había abierto la puerta discretamente desde su habitación, en la estancia contigua. Hatty era menuda, de piel morena y ojos de color azul pálido. Llevaba el cabello afeitado, siguiendo la tendencia de las doncellas rehusantes. Iba vestida con ropas sencillas pero elegantes, con un jubón gris oscuro sobre una blusa de un gris tórtola con el cuello blanco, y calzaba zapatillas de terciopelo con suela de corcho para poder moverse por la casa en silencio mientras hacía sus tareas, sin molestar a su noble señora.

—¿Habéis llamado, *milady*?

—Llevo horas esperando a Biscaray —dijo Liliath—. Tengo asuntos que discutir con él. Pregunta por…, no, pregúntale a Sevrin si tiene noticias suyas. O, mejor aún, dile a Sevrin que venga a verme.

Sevrin era la jefa de los matones del Clan de las Sombras, aunque eso era algo que quedaba oculto tras su puesto de portera y ama de llaves de la casa. Como ama de llaves, todo el servicio respondía ante ella, salvo el personal de la cocina, que estaba a las órdenes del cocinero. El control de la puerta se le daba sorprendentemente bien, posiblemente por los años que llevaba colándose en las casas de otros nobles para robar.

Hatty bajó la cabeza y salió enseguida de la habitación.

Sevrin apareció apenas unos minutos más tarde. Evidentemente la habían pillado a punto de salir, ya que no llevaba el uniforme de servicio, sino sus típicas ropas del Clan de las Sombras: unas pesadas botas, bombachos de cuero fino y jubón, y los brazos descubiertos salvo por unos brazaletes protectores de acero. Llevaba una daga larga al cinto, con la guarda en forma de serpientes de bronce entrelazadas, muy rayada.

—¿Sí, *milady*? —se presentó Sevrin.

Hizo una reverencia apresurada, porque Liliath la ponía nerviosa. A diferencia de la mayoría de los rehusantes, no tenía cicatrices visibles. Su piel morena estaba lisa y limpia, sus ojos oscuros brillaban y no mostraba ninguna señal evidente de lesiones.

—¿Dónde está Biscaray? —preguntó Liliath.

—Ah… Bueno, hay un duelo…

Liliath frunció el ceño.

—¿Eso qué significa?

—Bisc no quería que os molestáramos con esto —respondió Sevrin, nerviosa.

—Cuéntame —ordenó Liliath.

Sentía que su rabia iba en aumento, rabia ante la posibilidad de que algún obstáculo retrasara sus planes.

—A algunos de los miembros del Clan de las Sombras no les hace gracia que Bisc sea el Rey de las Sombras —dijo Sevrin—. Los que eran más afines a Franz Brazomustio. La verdad es que no podemos contarles lo que le pasó realmente a Franz. Así que les hemos dicho que Bisc y Franz combatieron, y que Bisc venció. Solo que algunos de los muchachos (los que no estaban presentes) van diciendo que no se hizo como se debía, y que Bisc no es el rey legítimo.

—¿Y qué ha pasado? —replicó Liliath, claramente molesta. Si Bisc era sustituido o incluso si lo mataban, tendría que empezar de nuevo con quienquiera que se pusiera al mando. Necesitaba al Clan de las Sombras—. ¿Quién es el nuevo Rey de las Sombras?

—No, no —dijo Sevrin—. Bisc sigue siendo el rey. De momento. Solo que la Lombriz lo ha retado.

—¿Quién… o qué es la Lombriz?

—Es la líder de los alcantarilleros, los rastreadores de las cloacas —respondió Sevrin—. Así que se ha convocado la Corte de los Descastados, para decidir si Bisc es realmente rey o no. Solo que la Lombriz nunca lo habría desafiado a menos que supiera que tiene los votos necesarios, o que

puede convocar la corte con la suficiente rapidez como para que los demás no nos enteremos de dónde es. Y así Bisc dejaría de ser rey y sería ajusticiado por haberse apropiado del cargo. A menos que consigamos que haya suficientes de los nuestros para que voten en contra.

—¿Y dónde es esa Corte de los Descastados? —preguntó Liliath.

—Estoy esperando noticias —dijo Sevrin—. La Lombriz lanzó el reto esta noche; Bisc tuvo que ir allí directamente. Y han pillado a los dos primeros mensajeros. Pero hay más, y la corte nunca se convoca antes de la medianoche. No deberíamos tardar en averiguar dónde es.

—Me disgusta mucho no haberme enterado de esto antes —dijo Liliath con voz glacial—. ¿Quién va a ir contigo a esa Corte de los Descastados?

—Eh…, todos salvo Karabin y Small Jack —balbució Sevrin—. Ellos se quedarán para…, para cuidar de vos, *milady*.

—Pueden quedarse a vigilar la casa —decidió Liliath—. Yo iré contigo.

Se fue a uno de los armarios y lo abrió de par en par. Sacó un blusón y un manto grises, unas botas sin tacón, un chaleco de cuero grueso y una de esas capuchas acolchadas que llevaban los distribuidores de hielo para protegerse la cabeza del frío de los bloques.

—¡Pero, *milady*! —protestó Sevrin—. Habrá pelea. Y Bisc nos ha dicho que no podéis arriesgaros a hacer magia en la ciudad…

—Ya me has visto luchar —la interrumpió Liliath, que se quitó de golpe su bata azul pálido para ponerse el blusón y el jubón y atarse la capucha, que le envolvía perfectamente el rostro, dejando a la vista solo el óvalo de los ojos y la boca.

Sacó del armario un cinturón tachonado negro con dos dagas envainadas que casi eran como espadas pequeñas, cada una tan larga como su antebrazo, del codo al dedo medio. Se puso el cinturón, sacó e inspeccionó el acero grabado de las dagas y volvió a enfundarlas.

—Ya me has visto luchar —repitió—. Viste lo que le hice a Franz Brazomustio.

—Sí, *milady* —respondió Sevrin, con la cabeza gacha—. Pero pensé que había sido… algún ángel que habíais invocado para que os ayudara.

—No —negó Liliath.

Sevrin contuvo una exclamación de sorpresa al encontrársela de pronto al lado, con la mano en la empuñadura de la daga de la rehusante.

—No me hace falta invocar a ningún ángel para «combatir» —dijo—. Yo soy… lo que soy. Tal como descubrirá esa Lombriz, lamentablemente para ella.

—Sí, *milady* —murmuró Sevrin—. Yo… A estas alturas ya habrá venido alguien a informar. Debería ir abajo…

—Sí —dijo Liliath—. Cuanto antes lleguemos a la Corte de los Descastados, mejor.

Cuando bajaron, ya había llegado una mensajera, una chica con una sola pierna, del grupo de mendigos de la plaza Demarten. Todo el personal estaba reunido junto a la puerta de servicio, todos listos para salir. La chica, aún jadeando tras la carrera que se había dado con las muletas, habló en cuanto vio a Sevrin.

—¡La cantera! Es la cantera de las Estatuas. Rabb y Alizon T pillaron a una de las ratas de las cloacas y la obligaron a decírselo.

—¿Se lo has dicho a los otros? —preguntó Sevrin.

—Sí, están haciendo correr la noticia —respondió la chica, excitada—. Alizon T se fue a los jardines; Rabb se fue al viejo muelle; Jast, al nuevo; y Little Jast volvió a Demarten…

—Bien —la interrumpió Sevrin—. Bien hecho. Ve a decírselo a Pieter, a la casa de la muralla; dile que traiga a todo el que pueda.

—¿Y yo puedo ir? —preguntó la chica, ilusionada.

Sevrin asintió. La vagabunda dio media vuelta sobre sus muletas y salió por la puerta.

—¿Qué es la cantera de las Estatuas? —preguntó Liliath.

—Una vieja cantera de grava al sur de la ciudad, más allá de la Cruz de Nep —explicó Sevrin—. Donde llevaron todas esas espeluznantes estatuas de ángeles que hizo… *comosellame*.

—¿Que hizo «quién»?

Sevrin se encogió de hombros; fue Erril, la intelectual jorobada, quien respondió:

—El mago que intentó hacer estatuas que sirvieran de iconos. Hace mucho tiempo. A los sarancianos les dan miedo las estatuas, así que no se acercan por ahí. Se llamaba…

—Chalconte —dijo Liliath, lentamente—. Conozco la obra de Chalconte. La conozco como nadie.

Chalconte había sido quemado en la pira por sus numerosas herejías, unos diez años después de que hiciera los Doce Iconos de Diamante. Hacía un siglo… (no, Liliath tenía que sumar los años de su letargo), sería doscientos años atrás. Liliath había iniciado su camino en parte gracias a una copia ilegal del cuaderno de trabajo de Chalconte, que lo describía todo, desde su asombrosa técnica de bosquejos rápidos para la creación de iconos hasta sus

experimentos con estatuas y otras formas tridimensionales para invocar ángeles, y luego incluso las técnicas más peligrosas con las que había intentado crear «iconos vivos».

—Yo pensaba que habían destruido sus estatuas —comentó Liliath—. Me interesaría verlas.

—Ese es uno de los motivos por los que las temen los sarancianos —dijo Erril—. Las de mármol no se pueden romper; las de bronce no se pueden fundir. Así que las llevaron a la vieja cantera y las enterraron. Pero cuando el invierno trae lluvia, las aguas de los torrentes que bajan desde la colina excavan la cantera. Y entonces empiezan las discusiones sobre quién es el responsable de enterrarlas de nuevo, que si la ciudad, que si los templos, que si la reina… Esta vez, la cantera lleva abierta más de cinco años.

—Tenemos que irnos, *milady* —dijo Sevrin, impaciente—. ¡Tardaremos una hora en llegar a pie a la cantera, y tenemos que conseguir que haya allí tantos de los nuestros como podamos antes de la medianoche!

Liliath asintió y salió a la cabeza de su pequeña tropa de rehusantes. La entrada de servicio daba a un patio, con los establos a la izquierda y una salida a la calle, que estaba cerrada salvo por la pequeña puerta accesoria que mantenía abierta Karabin, que tenía al lado a Small Jack (un gigantón) con su gran garrote.

—No dejéis pasar a nadie que no sea yo —dijo Liliath a los dos que se quedaban allí—. A nadie. ¿Entendido?

—Sí, *milady* —respondió Small Jack, mientras Karabin inclinaba la cabeza en señal de asentimiento. No podía hablar, y llevaba una máscara bajo la nariz para ocultar alguna lesión horrible que le afectaba a la mandíbula o a la boca.

—No podemos ir por las calles en grupo, *milady* —advirtió Sevrin tímidamente—. La guardia nos estará buscando, seguro…

—Haced lo que haríais normalmente —dijo Liliath—. Yo os seguiré con discreción.

—Sí, *milady* —dijo Sevrin.

Hizo una señal y, uno por uno, a intervalos, los otros ocho rehusantes salieron a la avenida Delorde, fundiéndose entre la multitud de trabajadores que volvía a casa y los que iniciaban el turno de noche, los vendedores ambulantes que anunciaban tortas o anguila en gelatina, leña o sombreros, flores o herramientas, los soldados, gabarreros, contables y bachilleres que entraban y salían de las bodegas y tabernas, y los rehusantes que barrían el estiércol, que recogían la basura y robaban carteras; los miembros de la

guardia que iban por todas partes… En resumen, la multitud que llenaba las calles de Lutacia.

En su habitación de la Torre, Dorotea miraba por la aspillera. Solo veía una pequeña fracción del lado este de la ciudad, cada vez más oscura, pero le gustaba ver las minúsculas llamas y los puntos brillantes de los lugares donde encendían antorchas, o la luz de las casas ricas, en las que consumían una gran cantidad de velas cada noche. También había algunos oasis, muy localizados, en los que seguía luciendo una luz como la del día, producto de la magia angelical. Normalmente era obra de alguno de los numerosos serafines que tenían algún tipo de poder sobre la luz, o del querubín Ximithael, al que muchos recurrían, y que dominaba el fuego.

Alguien llamó a la puerta, algo sorprendente, dado que Madre ya había pasado a traerle la cena y el cubo de agua. Además, Madre no llamaba; simplemente, agitaba las llaves antes de abrir la puerta.

El ruido de llaves se oyó, pero la puerta no se abrió inmediatamente. Volvieron a llamar. Dorotea respondió, algo desconcertada:

—Adelante.

Madre abrió la puerta, pero fue Rochefort quien entró.

Llevaba su espada, pero no pistolas al cinto, y tenía las manos desnudas. Se quitó el sombrero y saludó. Dorotea devolvió el saludo, con gesto ausente, aún medio concentrada en las vistas de la aspillera y pensando en el misterio de su encuentro con los otros tres jóvenes esa misma tarde. Debían de tener algún ángel en común, estaba segura. Lo había sentido, o eso le había parecido. Pero los otros no eran magos, y no habían invocado al mismo ángel recientemente…

Rochefort dijo algo, haciendo que Dorotea volviera al presente.

—He traído vino —anunció, mostrándole una botella y dos cálices de peltre.

—¿Por qué?

Rochefort no respondió inmediatamente. Se sentó en la paja, con la espalda apoyada en la pared, estiró sus largas piernas, rascando ligeramente el suelo con sus espuelas. Colocó la botella y los cálices a poca distancia.

—Quiero hablar contigo, Dorotea —dijo por fin.

—¿Por qué?

—Porque no me tienes miedo.

Dorotea levantó las cejas. Aquello sí que le llamó la atención. Observó a la oficial de la cardenal: la cicatriz de su rostro, las arrugas en las comisuras de la boca, sus manos. Rochefort no la miró a los ojos, sino que se dedicó a servir el vino con cuidado en los dos cálices.

—Hay muy poca gente que no me tenga miedo —dijo Rochefort, tendiéndole una copa—. Me resulta útil, pero a veces… Incluso yo deseo ver otras emociones en los que me rodean.

Dorotea cogió el cáliz y fue a sentarse al lado de Rochefort. Dio un sorbo. Era un vino muy bueno, de Barolle, mucho mejor que ese brebaje dulce y con regusto a moho que le había dado el tabernero, en parte como pago por dar nueva vida al cartel.

—Cuando os vi por primera vez pensaba que seríais mucho mayor —dijo Dorotea—. Os habéis consumido mucho invocando ángeles.

—La cardenal tampoco escatima en sacrificios, y sus persevantes seguimos su ejemplo: hacemos lo que haga falta por Saranza, por Ashalael y por la reina —respondió Rochefort, que dio un trago a su copa—. Precisamente mañana cumplo veintisiete años.

Dorotea asintió, aunque le sorprendió un poco que Rochefort se hubiera desgastado tanto antes incluso de cumplir los treinta. Por su aspecto habría dicho que tenía al menos diez años más.

Todos los que empleaban la magia angelical conocían el precio que había que pagar. Algunos procuraban reservarse, y jamás invocaban a ningún ángel superior a un trono. Algunos jugaban a un delicado juego de compensación, invocando a ángeles (o haciendo que otros los invocaran por ellos) para reparar las señales de la edad y revitalizar sus cuerpos, pero no conseguían grandes resultados, ya que los ángeles solían rehusar deshacer la obra de otros ángeles, fuera un efecto directo o un efecto secundario, de modo que había que recurrir cada vez a una entidad de mayor rango.

—Yo cumpliré diecinueve el mes que viene —dijo Dorotea—. Me pregunto si aún estaré prisionera para entonces.

—Tú eres una invitada —la corrigió Rochefort enseguida—. He intentado asegurarme de que estés lo más cómoda posible.

—Yo creo que soy una prisionera —insistió Dorotea, sin alterarse—. Y no entiendo por qué. Quizá vos me lo podáis decir.

Rochefort la miró con los ojos encendidos, y luego volvió a posar la mirada en el cáliz que tenía entre las manos. Tenía los dedos largos y elegantes, y las muñecas fibrosas. Las manos de una duelista.

—Tu talento para esbozar iconos. No eres la primera que lo demuestra. Muchos en los templos lo ven como el primer paso hacia otras cosas, hacia un tipo determinado de herejía.

—¿Quién lo ha hecho antes? —preguntó Dorotea—. Yo pensaba que era una técnica que había descubierto yo misma, pero supongo que no debería de sorprenderme. La gente lleva invocando ángeles mucho tiempo.

—Chalconte, por ejemplo. Y la Ystarana. La Doncella de Elanda. En ciertos círculos, se los recuerda mucho.

—Chalconte hacía estatuas, ¿no? —preguntó Dorotea—. Para que sirvieran como iconos. Pero no lo consiguió.

Aunque no solía hablarse mucho de la obra de Chalconte, había visto referencias en diversos libros sobre creación de iconos. Y en la Biblioteca Degrandin de Belhalle conservaban varios iconos que él mismo había creado en la sala de lectura verde de la universidad, unos iconos muy refinados que Dorotea había observado con la máxima atención a través del grueso cristal de la urna de seguridad en que estaban expuestos.

—Las estatuas no eran más que una parte de las herejías de Chalconte.

—Y yo pensaba que la Doncella de Elanda era una heroína que había salvado a muchos de los suyos cuando Palleniel enloqueció. O cuando pasó lo que fuera que pasó.

—Nadie sabe qué sucedió en Ystara, salvo que fue obra de Palleniel —dijo Rochefort—. O, si lo saben, no lo han querido explicar a nadie. No obstante, se sospecha que Liliath tuvo algo que ver. Era la líder de un extraño culto que veneraba a Palleniel. «Palleniel Exaltado», lo llamaban.

Echó una mirada a Dorotea y luego volvió a fijar la vista en su copa, como si pudiera ver algo en el oscuro vino.

—Es verdad que Liliath sacó a miles de personas, pero ella desapareció poco después, en circunstancias misteriosas. Probablemente, la matara alguien que la culparía de la plaga de peste gris, por el culto de Palleniel Exaltado, que acababa de ser condenado por cismático y estaba a punto de ser disuelto. Pero también estaba involucrada en movimientos políticos y en intrigas de lo más mundanas, así que quién sabe…

—Y esbozaba iconos —dijo Dorotea, cuando Rochefort se calló.

—Sí, era famosa por ello —respondió la persevante, que volvió a mirar a Dorotea y luego apartó la mirada.

—¿Qué es lo que veis? —preguntó Dorotea—. Apartáis la mirada como si os cegara, como si fuera el sol después de la niebla. O como si sintierais vergüenza y no pudierais mirarme a la cara.

Rochefort volvió a beber.

—Tú… Hay algo en ti que me recuerda a alguien, aunque no te pareces a ella —murmuró—. Una mujer a la que quise. A ella también la traje a la Torre. A esta torre.

—¿Con motivo?

—Sí —respondió Rochefort con decisión—. Sí. Traicionó a la reina, a Saranza, incluso… a mí misma.

—¿No salió de aquí?

—No con vida.

Dorotea pensó en aquello un momento. Rochefort no volvió a mirarla. Bebió y se llenó la copa otra vez.

—Supongo que sois una especie de ángel, y que debéis ejercer el poder que tenéis, que es cumplir las órdenes de la cardenal —dijo Dorotea—. Pero no creo que su eminencia tuviera un buen motivo para traerme aquí.

—Las personas son más complicadas que los ángeles —dijo Rochefort.

Dorotea asintió, como si estuviera de acuerdo, pero lo hizo por pura educación. No estaba segura de que los ángeles fueran menos complicados que las personas. El concepto del rango de acción de los ángeles era un invento humano; al fin y al cabo, con el paso del tiempo los magos habían aprendido a hacer que los ángeles hicieran muchas cosas diferentes que en principio no parecían entrar dentro de su rango de acción definido, lo que llevaba a plantearse si realmente tenía sentido tal diferenciación.

Se quedaron sentadas en silencio unos minutos hasta que Rochefort volvió a hablar.

—Siento haberte traído aquí.

—Yo no soy de esas personas que dan demasiadas vueltas a lo ocurrido, o a lo que pueda llegar a ocurrir —dijo Dorotea. Se miró los pies y movió los dedos—. Creo que en eso me parezco a mi madre. Las dos sacamos el máximo partido a la situación, sea cual sea. Caminamos sobre la arena, sin girarnos a ver si el agua borra nuestras huellas. Disfrutamos con el jugueteo de las olas entre los pies, y con las conchas que recogemos. Y tampoco miramos muy lejos.

—Debo irme —dijo Rochefort, pero no se marchó.

—¿Vos creéis que, si le pidiera a su eminencia que me liberara, lo haría?

—No —dijo Rochefort—. Pero… si se lo pidiera yo quizá sí.

Dorotea la miró, y esta vez Rochefort aguantó la mirada.

—¿Queréis algo a cambio? —preguntó Dorotea, sin más—. Aunque me parezco tanto a mi madre como a mi padre en que me gusta llevarme a gente a

la cama, siempre que lo hago es porque quiero hacer el amor con esas personas. No para obtener favores, y nunca en respuesta a una amenaza.

Rochefort no respondió, pero reaccionó de pronto, poniéndose en pie. Dejó atrás el vino y las copas, cogió su sombrero y se dirigió a la puerta. Se paró, agarró el anillo para abrirla y habló muy bajo, casi como si le hablara a la dura puerta y no a Dorotea, que la miraba fijamente.

—Espero que nunca tengas ocasión de tenerme miedo, Dorotea.

Se fue, volvió a oírse el ruido de llaves y la puerta quedó cerrada otra vez.

13

Cuando Liliath salió de la ciudad, se puso a llover varias veces, y amainó otras tantas. Caían unos cuantos goterones enormes que repiqueteaban en el suelo mojándolo todo; luego el viento se llevaba esa nube y volvía a salir la luna, hasta que llegaba la nube siguiente y el siguiente chaparrón.

Al principio, los rehusantes no eran más que parte del tráfico general, pero a la altura de la Cruz de Nep la cosa cambió; a aquellas horas, la gente honesta ya se había recogido. Una sucesión de ladrones, carteristas, pillos, tironeros, vagabundos, buscavidas, estafadores y demás personajes distinguidos del Clan de las Sombras iban dejando atrás la Cruz de Nep, tomando el estrecho sendero que ascendía a las lomas que se extendían al este, hacia la cantera de grava.

Liliath y los rehusantes llegaron a su destino poco antes de la medianoche; el viento soplaba, arrastrando consigo una nube de lluvia que no acabó de descargar. En aquel momento de claridad, antes de que llegara la nube siguiente, la luz de la luna iluminó de lleno la cantera, y Liliath vio que no era un solo hueco en el terreno, sino tres enormes excavaciones, círculos concéntricos uno dentro de otro, a cual más profundo. Un camino descendía en sentido contrario a las agujas del reloj por el borde del margen exterior, luego seguía en dirección contraria al llegar al margen del siguiente hueco, y volvía a invertir el sentido, haciéndose mucho más escarpado en el último, para acabar en una serie de escalones y pasarelas de madera. Por último, una larga escalera vertical que se sumía en lo que sería una oscuridad total de no ser por los cientos de rehusantes del Clan de las Sombras que ya estaban allí, la mayoría de ellos con antorchas en la mano, y con algún farol que otro.

Entre los rehusantes, todos vestidos de gris, se veían figuras de mármol pálido, granito oscuro y bronce reluciente. Algunas se elevaban por encima de la multitud, estatuas aladas enormes, de casi tres metros de altura. Otras tenían el tamaño de una persona normal o eran aún más pequeñas, aunque no tuvieran forma humana. Había representaciones de tronos, extrañas criaturas geométricas con anillos, alas y coronas; y otras formas que hacían pensar en abestiados, aunque tenían alas y halos que indicaban que eran ángeles de algún tipo.

Liliath percibió la presencia de las estatuas de Chalconte antes incluso de iniciar el descenso entre una larga sucesión de rehusantes. Le sorprendió percibir potenciales presencias angelicales, porque, según todo lo que había leído, las estatuas creadas por Chalconte habían sido un fracaso total.

Serían un fracaso, pensó, pero por los pelos. Chalconte había intentado hacer iconos de gran envergadura, pensando que eso facilitaría la invocación, aumentando el arraigo del ángel al mundo mortal, y reduciendo así el efecto sobre el invocador. No lo había conseguido. Las estatuas no habían funcionado como iconos, pero a cada paso Liliath sentía la presencia residual de muchos ángeles. Chalconte había conseguido atrapar una mínima parte de la esencia individual de cada ángel en la piedra y en el bronce. Liliath sonrió, mostrando sus pequeños dientes, muy blancos, como un gato satisfecho por tener a un ratón atrapado en un rincón. Chalconte, el famoso mago y hereje, había intentado conseguir una y otra vez, con una estatua tras otra, algo que ella había dominado muy pronto, para llegar después mucho más allá.

Lo mejor de todo es que en realidad podía incluso hacerse con esos restos de poder angelical que habían quedado atrapados en las estatuas. Aunque solo lo haría si era absolutamente necesario, porque los magos de la ciudad lo percibirían, incluida la cardenal…

—Parece ser que el mensaje ha llegado a bastantes de los nuestros —susurró Sevrin, en el momento en que la procesión de gente que bajaba por la pasarela hacía una pausa para permitir que alguien que había resbalado se pusiera otra vez en pie. Señaló al hueco central—. Los nuestros están a la derecha; Bisc está junto a esa estatua enorme. La Lombriz y los suyos están a la izquierda.

—¿Quién es la Lombriz?

—La mujer que hay junto al que lleva el gran farol —respondió Sevrin—. ¿Veis el palo que lleva? Es una pértiga de alcantarillero, tiene un gancho afilado al final. Lo usan para pescar cosas en las alcantarillas, pero también es una buena arma.

—Es mayor —dijo Liliath. La Lombriz parecía tener más de sesenta años, e iba curvada de tanto ir buscando por las alcantarillas. Había perdido una oreja; parecía que de un mordisco, y solo le quedaban unos cuantos mechones de cabello que se le juntaban en unas espirales apretadas; quizá fuera eso lo que había inspirado su nombre—. Yo me esperaba que el desafío procediera de alguien más joven.

—Para los miembros del Clan de las Sombras lo más importante es la astucia —replicó Sevrin—. Más que la juventud, la fuerza o cualquier otra

cosa. Y la Lombriz es muy astuta. Hemos estado a punto de no enterarnos de este desafío. E incluso ahora, no tengo claro…

Sevrin dejó de hablar en el momento en que la fila se ponía de nuevo en marcha, y en ese mismo momento Bisc levantó la vista y las vio, primero a Sevrin y luego a Liliath. Aunque iba enmascarado como siempre, y pese a que estaba oscuro, por el modo en que se irguió de pronto Liliath se dio cuenta de que no le hacía ninguna gracia que estuviera allí. Ella sonrió otra vez, deliberadamente, haciendo un esfuerzo por no demostrar la rabia que le bullía dentro. Todo aquello era innecesario, y podía llegar a alterar sus planes. Eso no podía permitirlo.

Cuando llegaron al fondo de la cantera, los que iban delante fueron distribuyéndose hacia uno u otro lado, el de Biscaray o el de la Lombriz. Había un hueco entre ambos grupos. Ahora que estaban más cerca, Liliath vio que había otro foso, que marcaba la frontera entre ambas facciones. En realidad, era un hoyo de no más de diez metros de diámetro, pero no se veía el fondo, por lo que podía ser realmente profundo. Había una escalera a cada lado, de esas con los peldaños atados. A diferencia de los escalones y de las pasarelas por los que había pasado, parecían construidas para la ocasión.

Cuando pasaron por el borde del hoyo central, Biscaray se acercó a saludarlas. Al estar en público, no hizo ninguna reverencia ni tuvo ninguna atención especial con Liliath; se limitó a saludar al grupo. Pero una vez introducidos en la multitud, se le acercó y le susurró al oído:

—¡*Milady*! No deberíais haber venido.

—Puede que necesites mi ayuda —dijo Liliath, mirando al otro lado del hoyo—. Los bandos están compensados. ¿Cuándo empieza la lucha, y quién debería morir primero? ¿La Lombriz?

—No habrá una batalla general —dijo Biscaray—. La cosa está demasiado equilibrada. La Lombriz esperaba mantener en secreto el encuentro y acabar conmigo. Pero, en vista de que eso no le ha salido bien, no se atreverá a iniciar una melé.

—¿Así que nos volvemos todos a la ciudad?

—No. Será un combate individual, en el hoyo.

—¿Tú contra la anciana? —preguntó Liliath. Bajo la capucha de repartidor de hielo no se le podía ver el ceño fruncido, pero la arruga de la nariz dejaba claro lo que pensaba.

—Su campeona —dijo Biscaray—. Kate Entresombras, la mujer que tiene al lado. Prácticamente no sale nunca de las alcantarillas, a menos que la Lombriz necesite que mate a alguien. De noche, por supuesto, o en algún

lugar del subsuelo. Dicen que ve en la oscuridad. Por eso quisieron convocar la corte aquí, claro.

Liliath ladeó la cabeza y observó a la mujer que había junto a la Lombriz, más alta, más joven y considerablemente más musculosa. Iba cubierta con los harapientos restos de media docena de prendas de rehusante, atados de forma irregular pero compacta, y allá donde se le veía la piel, en las manos, el rostro y los pies, la tenía pintada de arcilla o con alguna pintura gris oscuro. Tenía la mirada lejos del avance de las antorchas y los faroles, y la boca entreabierta, mostrando unos dientes pintados de negro y puntiagudos.

—¿Qué armas usa? —preguntó Liliath, puesto que no veía ninguna.

—No se permiten armas en el hoyo de los desafíos —dijo Biscaray en voz baja—. Aquí no. Por eso lo escogió la Lombriz. Si hubiera sido en alguno de los otros lugares (el molino de Archer, por ejemplo), yo tendría ventaja. Pero aquí, en la oscuridad del hoyo, sin armas… Haré lo que pueda, pero quizá tengáis que buscaros un nuevo siervo, *milady*.

—No creo… —empezó a decir Liliath, pero le interrumpió un grito repentino, que enseguida se extendió, hasta que ambos bandos empezaron a repetirlo:

—¡Desafío! ¡Desafío! ¿Quién es el Rey de las Sombras? ¿Quién es el Rey de las Sombras?

La Lombriz fue la primera en responder. La habían levantado del suelo y estaba de pie sobre los hombros de una estatua del ángel Jeravael; alzó su pértiga de alcantarillero. Poco a poco, los gritos se aplacaron, incluso en el bando de Biscaray, hasta que la cantera quedó en silencio, salvo por el crepitar de las antorchas y las toses ocasionales o el ruido de pasos inquietos.

—Franz Brazomustio era el Rey de las Sombras —dijo la Lombriz, con una voz profunda y sonora, impostada para que impactara en su público. Sabía cómo dirigirse a una multitud—. Pero fue asesinado, muy lejos de aquí y en extrañas circunstancias. Biscaray se hace llamar Rey de las Sombras, pero no lo es. No ha sido aclamado, no se ha enfrentado a ningún desafío. Hasta ahora, porque ahora lo desafío yo. ¡Yo soy la Lombriz, la verdadera reina de la noche!

Se oyeron vítores y aplausos, y gritos de «¡Lombriz! ¡Lombriz! ¡Lombriz!» procedentes de su lado del hoyo. Los seguidores de Biscaray mantuvieron silencio, muchos de ellos agarrando sus armas, con los cuerpos tensos, listos para entrar en acción.

Poco a poco se fue haciendo un silencio completo. Biscaray asintió y trepó a una alta estatua de bronce de un trono, apoyando los pies en sus alas.

Levantó la mano, sin apretar el puño, como si estuviera saludando a sus amigos.

—Yo soy el Rey de las Sombras —dijo. No gritó, y su voz quedó algo amortiguada por la máscara que llevaba siempre, que ahora ocultaba el hecho de que ya no lucía las cicatrices que Liliath le había curado. Pero con ello consiguió que lo escucharan aún más atentamente—. Así pues, ¿me desafías, Lombriz? ¿Por aclamación popular o por combate individual?

Los ojos de la Lombriz se iluminaron con el reflejo de los faroles al mirar a izquierda y derecha, comprobando por última vez el potencial de ambos bandos. Pero estaba claro que las fuerzas estaban muy equilibradas; quizá Biscaray contara con más apoyos. Además, seguían llegando rehusantes por las escalinatas y las pasarelas, y la mayoría de los rezagados probablemente serían partidarios de Biscaray. La aclamación popular favorecería a esta.

—Combate individual —dijo ella.

—¿Te atreves a desafiarme? —preguntó Biscaray—. Qué valiente.

Se oyeron algunas risitas, incluso del lado de los seguidores de la Lombriz.

—Mi campeona —dijo la Lombriz, sin inmutarse.

Hizo un gesto en dirección a Kate Entresombras, que le sonrió, mirándola como un perro a su dueño.

—En el hoyo, como dice la tradición —añadió la Lombriz—. ¡Una tradición de la que esperabas librarte, Bisc! Apuñalar a Franz por la espalda no te ha costado nada, pero ahora tendrás que bajar al hoyo.

—Yo no apuñalé a Franz por la espalda —replicó Bisc, con razón.

Sin embargo, antes de que pudiera añadir nada más, Liliath se abrió paso hasta llegar a su lado, se apoyó en el ala extendida de la estatua y luego en el hombro de Biscaray como si necesitara agarrarse, aunque no le hacía falta. Al hacerlo aprovechó para apretarle con los dedos, en una clara indicación para que no dijera nada más.

—Yo soy la campeona de Biscaray —declaró—. El Rey de las Sombras no tiene por qué ensuciarse las manos con gente como vosotras.

La Lombriz la miró fijamente, con los ojos iluminados por la luz rojiza de la antorcha.

—¿Y tú quién eres? —preguntó—. Supongo que una asesina. Le debes de costar un buen pellizco. Pero no puedes usar esas armas en el hoyo. Tienes que seguir la tradición, nuestra tradición.

Liliath se encogió de hombros con un gesto teatral y desenvainó lentamente las dagas, que le entregó por la parte de la empuñadura a Sevrin.

Sentía la tensión de Biscaray bajo su mano; estaba claro que quería decir o hacer algo, pero se mantuvo obediente bajo la presión de sus dedos.

—Nunca he necesitado una espada para pisotear a una lombriz —dijo Liliath—. Y mucho menos para acabar con la sombra de una.

Kate Entresombras le mostró los dientes y emitió un sonido sibilante, como el de una serpiente.

—Son las lombrices las que gobiernan en la oscuridad —dijo la Lombriz —. Al final, son las que se lo acaban comiendo todo.

—No creo haber oído nunca que para eso hayan matado nunca a nadie —rebatió Liliath—. Biscaray es el Rey de las Sombras. Vamos a dejarlo claro, y enseguida. ¿Quién baja primero al hoyo?

—Bajáis juntas —dijo la Lombriz—. Como dicta la costumbre. Deberías saberlo. ¿Cómo te llamas? Quiero acordarme de ti, cuando hayas desaparecido.

—Creo que te acordarás de mí igualmente —dijo Liliath, sin presunción alguna—. Por un breve periodo de tiempo, el que te queda de vida. Sin embargo, como voy a tener que ocuparme de una lombriz, podrías llamarme… la Serpiente de Biscaray.

La anciana se encogió de hombros.

—Escoge el nombre que quieras. No cambia nada. Mátala por mí, Kate.

Kate Entresombras hizo una mueca siniestra y se fue hacia la escalera a su lado del hoyo. Se movía de un modo extraño, algo curvada pero con agilidad, como un simio. No bajaba la cabeza, sino que mantenía la barbilla levantada, con la mirada fija en Liliath.

Biscaray se acercó a Liliath.

—Os podéis retirar —le susurró, agitado—. No creo que podáis matarla con la peste gris, como a Franz. Eso solo crearía más problemas.

—La mataré, y ya está —le susurró Liliath—. Y acabaremos con tanta distracción. Tenías que habérmelo dicho, mucho antes de llegar hasta aquí.

—Yo…, yo no esperaba ningún desafío —balbució Biscaray—. Pero vos no debéis arriesgaros. Kate Entresombras es mortal…

—En el sentido de que va a morir muy pronto, querrás decir —le interrumpió ella.

Bajó de la estatua y la multitud le hizo espacio para que pudiera avanzar hasta su lado del hoyo.

En el lado opuesto, Kate Entresombras escupió al fondo. De pronto, se tiró hacia su escalera, deslizándose por ella más que bajando los peldaños uno a uno. Pero Liliath lo hizo con la misma rapidez, adoptando la misma técnica.

El roce de la madera le quemó la piel bajo los finos guantes de cuero, pero no hizo caso; apretó los laterales de las botas contra la escalera para frenar y echó un vistazo al fondo, calculando la profundidad.

Liliath veía en la oscuridad. Todos sus sentidos estaban aguzados. Además era más fuerte y más rápida que cualquier mortal, así que no temía a ningún enemigo.

Aquel exceso de confianza estuvo a punto de costarle caro. Cuando aún no había llegado al fondo, a los veinte metros de descenso y cuando aún le quedaban unos seis o siete, se dio cuenta de que la Lombriz había hecho trampas. Allí abajo había gente. Ella distinguió las siluetas, aunque ellos pensarían que estaban en una oscuridad total. Por lo que se oía, debían de estar esperándola con una red con lastres a los pies de la escalera.

A unos cuatro metros del fondo, Liliath ya los distinguía gracias a su vista superior. Les veía el blanco de los ojos. Saltó, y sus agresores lanzaron la red, pero demasiado tarde. Sintió que el borde lastrado le rozaba la espalda justo en el momento en que caía sobre uno de los que había lanzado la red, aplastándolo contra el suelo, cosa que amortiguó su caída. Justo en el momento del impacto le golpeó en la garganta, destrozándole la tráquea y echándose a un lado en el mismo instante, para poner distancia.

Había otros dos, un hombre y una mujer, y Kate Entresombras estaba en algún punto del lado opuesto. El fondo del hoyo no estaba despejado, como esperaba ella, en su exceso de confianza. Distinguía siluetas altas, formas de una oscuridad más intensa. El fondo estaba cubierto de grandes rocas, y había varias estatuas caídas; dos grandes ángeles alados del tamaño de un hombre y un trono el doble de grande.

Los otros dos estaban recogiendo la red en silencio para lanzarla de nuevo. Por sus movimientos, y por el modo en que se colocaban, Liliath tuvo claro que no la veían. Pero eran alcantarilleros, estaban acostumbrados a buscar tesoros y cazar ratas y enemigos en las oscuras cloacas y en las catacumbas bajo la ciudad, aguzando el oído para detectar el más mínimo movimiento. Probablemente, estarían esperando oír su respiración, el jadeo producto del miedo y de la lucha irregular y explosiva.

Una pena para ellos, porque Liliath ya había recuperado el ritmo normal de respiración y estaba agazapada en un silencio total, escuchándose a sí misma.

Los otros dos se juntaron. Uno le indicó algo al otro pasándole un dedo por el dorso de la mano. Entonces se movieron al unísono, lanzando la red al

punto donde había caído su colega, intentando descifrar los últimos estertores que emitía en su agonía.

Liliath atacó en el momento en que se acercaban para ver qué habían atrapado. Golpeó al primero en la entrepierna, doblándolo en dos, al tiempo que se acercaba y le retorcía la cabeza; el crujido resonó por todo el hoyo. Luego cogió el cuerpo caído con ambos brazos y se lo tiró a su compañera, derribándola. Mientras esta intentaba liberarse, Liliath encontró el cuchillo que el hombre llevaba al cinto, lo sacó y la apuñaló dos veces.

Sin embargo, en aquel mismo momento, algo atravesó el aire con un silbido y Liliath soltó un chillido, más de rabia que de dolor: una flecha de ballesta le había atravesado el lado derecho del pecho, bajo la escápula, por encima del seno.

Kate Entresombras estaba ahí, con una de esas pequeñas ballestas de los rehusantes en la mano derecha y un minúsculo farolillo con el resto de una vela en la izquierda, a medio cerrar para que solo saliera un mínimo hilo de luz, lo suficiente como para apuntar. Estaba sacándose una daga de la manga, pero no pudo acabar de hacerlo, porque Liliath le lanzó su cuchillo, que voló en horizontal para clavarse en el ojo izquierdo de la alcantarillera.

Kate Entresombras cayó sin emitir ruido alguno, salvo el golpe sordo de su cuerpo al impactar con el suelo.

Liliath se quedó completamente inmóvil, escuchando. Oía el sordo murmullo de la multitud, en lo alto, pero nada más en el interior del hoyo. Palpó la flecha, con un gesto de dolor al moverla mínimamente. Se tocó por detrás del hombro y encontró la punta. Le había atravesado el cuerpo; cuando espiraba, la boca se le llenaba de burbujas de sangre. Una sangre con una extraña luz plateada. La flecha le había perforado el pulmón, estaba claro. Cualquier otra persona ya habría caído al suelo, agonizante. Y pese a su físico mejorado, Liliath también acabaría ahogándose en su propia sangre, a menos que pudiera curarse con magia angelical.

No llevaba iconos consigo; era un riesgo que había corrido por si alguien la registraba o por si ponían en duda su identidad como rehusante y miembro del Clan de las Sombras. No podía contar con Gwethiniel para que le cerrara la herida, ni con Beherael para que detuviera la hemorragia, ni con Herreculiel para acelerar la producción de sangre y sustituir así la que estaba perdiendo.

Se sentía cada vez más furiosa, cosa que hacía que no sintiera el dolor. No podía morir. Tenía un destino que no podía verse alterado por unos simples mortales y por un disparo de ballesta.

No tenía iconos. Pero estaban esos restos fragmentados de poder angelical de las estatuas del hoyo y de las de arriba. Y si había alguien en el mundo que supiera cómo extraer su poder y hacerse con él, era ella. De hecho, Chalconte le había allanado el camino, porque en circunstancias normales habría tenido que invocar primero el ángel, luego dominarlo e irle extrayendo su poder lentamente. Pero el mago hereje ya había hecho todo eso. Simplemente, no sabía lo que había conseguido, ni cómo usar el poder que había logrado encerrar en sus estatuas.

Liliath agarró el emplumado de la flecha con la mano derecha y estiró la otra mano por detrás del hombro para agarrar el otro extremo. No era fácil, pero consiguió agarrarla bien y quebró la flecha en dos.

No intentó contener el grito, de dolor y de rabia a partes iguales. Resonó en el hoyo y llegó al exterior. Oyó que la multitud enmudecía, al tiempo que aparecían unas luces junto al borde: las antorchas de los rehusantes que se asomaban intentando ver lo que pasaba.

Al romper la flecha había agravado aún más la herida. Liliath vio sus dedos manchados de sangre brillante y tuvo que hacer un esfuerzo para mantenerse en pie, a pesar del poder angelical que había acumulado en su interior tiempo atrás.

Debía aumentar ese poder, y rápido. Liliath abrió la mente, sintiendo las presencias de las estatuas caídas que tenía más cerca, en el fondo del hoyo. Sabía quiénes eran, asimiló sus nombres, a pesar de la leve resistencia de aquellos rastros de poder aún conectados con las entidades angelicales a las que pertenecían. Hizo caso omiso de los llantos que resonaban en el interior de su mente, los llantos de los ángeles fragmentados que intentaban huir de la prisión en la que se encontraban por culpa de Chalconte, una prisión de mármol o de bronce. Intentaban escapar desesperadamente, evitar que los usara.

Pero, como siempre, la fuerza de voluntad de Liliath se impuso. Los dominó, les quitó su poder y lo hizo suyo.

El dolor menguó, pero seguía presente. Respiró hondo, lentamente. Ya no tenía burbujas de sangre en la boca. Los bordes de la herida irregular del pecho se cerraron un poco, pero no del todo.

No había absorbido suficiente poder angelical para sanar del todo.

Miró hacia arriba, al cielo teñido de rojo, algo más claro gracias a la luz de las antorchas de los rehusantes. Era un riesgo mucho mayor, pero tenía que correrlo. No podía quedarse así, herida. Además, el riesgo inmediato no lo correría ella, sino los rehusantes de arriba. Cualquiera que tocara la estatua

del ángel a quien le extrajera el poder sufriría la peste gris, o se convertiría en un abestiado…

Liliath lanzó la mente en una nueva exploración, buscando las estatuas, examinándolas para ver cuáles conservaban más poder, determinando sus nombres y su naturaleza. Sentía la presencia de todas, todos aquellos restos patéticos de poder angelical encerrados en piedra o en bronce. Dos eran mucho más fuertes que las demás; probablemente, serían virtudes o potestades. Una estaba en el lado del hoyo que ocupaba Bisc; la otra en el lado de la Lombriz.

Liliath sonrió de nuevo y buscó con la mente a Darshentiel, el ángel de la estatua en el lado de la Lombriz. Sintió que el resto de poder se debatía y buscaba una salida en todas direcciones. Pero se hizo con él, imponiendo su dominio.

La herida se cerró del todo y volvió a respirar normalmente. Se sintió despierta y llena de fuerzas, con los sentidos aguzados. Se acercó al cadáver de uno de los rehusantes y le arrancó un trozo de tela, que usó para limpiarse la boca y la ropa, y quitarse las manchas de su extraña sangre brillante. No le interesaba que nadie la viera. Pero no podía limpiarlo todo. Le quedaron manchas luminosas sobre la ropa, hasta que mojó el trapo en la sangre del rehusante y la extendió por encima de la suya.

Después se dirigió a la escalera e inició la ascensión, rápida como una araña, justo en el momento en que empezaba el griterío. No es que no se lo esperara, pero ascendió aún más rápido, casi sin tocar los peldaños. Los gritos se volvieron imposibles de identificar y se mezclaron con el ruido repentino de disparos de pistola y de mosquete, de ballestas lanzando flechas y, por supuesto, con los aullidos.

—¡Un abestiado! ¡Cuidado, un abestiado!

14

La cardenal Duplessis se despertó de pronto, sobresaltada. Por un instante, no supo muy bien qué era lo que la había despertado, hasta que oyó de nuevo aquel sonido. Miró por el espacio entre las cortinas a medio correr de su enorme cama de dosel dorado. La estancia estaba en silencio; las ventanas, aseguradas; la puerta, cerrada con llave. El gran reloj sobre la repisa de la chimenea emitía su tictac como siempre, con las manecillas señalando el dos y el tres. Lo que la había despertado era un sonido grave, muy grave, un tamborileo profundo que conocía muy bien, aunque hacía años que no lo oía.

—¡Anton! —llamó, al tiempo que saltaba de la cama y se enfundaba sus zapatillas forradas de piel—. ¡Anton!

La puerta se abrió de golpe, y su asistente nocturno, Anton, apareció con un farol en la mano, cuya luz fue a sumarse a la de los cabos de vela del candelabro del escritorio. Tras él apareció una persevante, con la espada ya desenvainada. Pero no había enemigo, ningún asesino que hubiera bajado por la chimenea o que hubiera trepado por las ventanas hasta el cuarto piso.

Al tiempo que se ponía una bata color escarlata sobre su camisón, la cardenal se acercó a la cómoda, donde guardaba sus iconos más importantes, sus collares, sus broches y sus anillos. En el estante más alto, separado de los demás, el más pequeño y aun así el más potente, el de Ashalael.

—¿Sí, eminencia?

—Llama a la capitana Rochefort. Doblad la guardia aquí y avisa a las compañías de la Fortaleza de la Estrella para que ocupen sus posiciones. Hay que cerrar todas las puertas de la ciudad. Advierte a Dartagnan, en el Palacio de la Reina… Diles que se acerca un peligro. Aún no sé cuál.

—¡Enseguida, eminencia!

Anton desapareció dando órdenes a otros asistentes de menor rango, que, como él, trabajaban toda la noche para poner por escrito todo lo que había ordenado la cardenal durante el día, y que montaban guardia por si se le ocurría despertarse. La persevante envainó la espada y se quedó en el umbral de la puerta, que permaneció abierta.

La cardenal se inclinó sobre su cómoda. Todos los iconos temblaban, vibraban sobre sus estantes, acercándose al icono de Ashalael, en el estante superior. También emitían ese ruido bajo, el sonido de una nota grave tocada

al arpa, en algún lugar muy lejano. Algo los había perturbado, un uso poco habitual de la magia angelical, no muy lejos de allí.

Andrea Duplessis se quedó mirando los iconos, preguntándose si habría llegado la hora de invocar a Ashalael, algo que deseaba y temía al mismo tiempo. Había invocado al arcángel tres veces, y había pagado el precio. Probablemente, invocarlo de nuevo supondría su fin, y de momento no había nadie que pudiera ocupar su lugar. Al menos no había nadie a quien considerara capaz de asumir la terrible responsabilidad de ser cardenal de Saranza e invocador de Ashalael. Peor aún: la reina tenía a tantos asesores malintencionados a su alrededor que ni siquiera era la magia del arcángel lo que más necesitaba el reino, sino la mano dura de la cardenal, al timón del reino. O así lo veía ella.

Si no quería invocar a Ashalael, podía comunicar con él, algo que tendría un precio menor, aunque nada desdeñable. El arcángel no actuaría. De hecho, en algunos casos respondía de un modo tan misterioso y distante que la comunicación resultaba inútil, demasiado esotérica como para comprenderla.

Pero tenía que hacerlo.

La cardenal apoyó un dedo sobre el icono de Ashalael. Inmediatamente, todos los demás iconos se quedaron quietos. Respiró hondo y, sin decir nada en voz alta, dirigió su voluntad al encuentro del ángel, en el cielo.

—¡Ashalael! ¡Ashalael! No te invoco, pero solicito tus palabras. ¿Qué es lo que se mueve en el reino de Saranza que tanto altera a los cielos?

La respuesta no llegó de inmediato. Pero sintió una presencia, un gran peso en el otro extremo de una línea muy tenue, como si hubiera salido a pescar en aguas profundas y percibiera el primer mordisco, leve y distante, de algo enorme.

—¡Ashalael! ¡Ashalael! No te invoco, pero solicito tus palabras.

La mano empezó a temblarle y sintió que el ángel se acercaba. Se agarró la muñeca con la mano izquierda para mantenerla inmóvil y respiró hondo otra vez.

De pronto, el reloj de la repisa empezó a sonar, y sus manecillas se pusieron a girar hacia atrás. En la chimenea aparecieron unas pequeñas volutas de chispas que giraban y saltaban. Los otros iconos iniciaron un concierto de notas de arpa, como si un demente estuviera intentando tocar cuatro arpas a la vez, con las manos y con los pies. La persevante de la puerta dio un paso atrás y se quedó inmóvil.

La cardenal sintió la sombra de unas alas enormes cerniéndose sobre ella, y un frío glacial invadió la estancia. Tiritando bajo su bata forrada de piel de

marta, habló por tercera vez.

—*¡Ashalael! ¡Ashalael!*

Unas palabras como carámbanos de hielo le perforaron el cerebro. No eran sonidos, sino sensaciones.

—*Estoy aquí*.

Duplessis tragó saliva y formuló su pregunta:

—*¿Qué es lo que está alterando el reino? ¿Quién? ¿Dónde?*

Ashalael se tomó un momento y luego respondió.

El peso de su voz hizo que la cardenal se viniera abajo y quedara hecha un ovillo en el suelo, pero, de algún modo, encontró las fuerzas necesarias para apartar la mano del icono y enviar a Ashalael a su lugar de origen, pese a que el arcángel, antes reticente, había empezado a interesarse otra vez por el reino de los mortales y deseaba manifestarse en toda su entidad.

Y eso (ahora lo tenía claro) la mataría. Debía reservar esa última invocación para un caso de suprema importancia para el reino.

—Eminencia, ¿necesitáis ayuda?

—No, no —respondió la cardenal, casi sin voz, apoyándose en la cómoda para levantarse.

La respuesta de Ashalael había dejado una gran sombra en su interior. Murmuró para sus adentros lo que le acababa de decir, intentado deducir qué había querido comunicar exactamente el arcángel.

—*La maga asesina recolecta los detritos de los ángeles en la profunda herida de piedra*.

—La maga asesina —repitió la cardenal.

Frunció el ceño e hizo una mueca de dolor, ya que aquello no hacía más que exacerbar el dolor de cabeza que se extendía rápidamente por detrás de sus ojos. No había oído nunca aquella expresión en boca de Ashalael, ni en los informes de los cardenales que la habían precedido. Pero quizá fuera una descripción, no un nombre…, una maga que estaba matando a gente. Era muy difícil conseguir que los ángeles mataran a alguien directamente, pero no imposible. Era más habitual conseguirlo de forma indirecta, de modo que el ángel no fuera consciente realmente de que su acción podía llegar a provocar la muerte.

Sí, una maga asesina. Una criminal. Eso quedaba moderadamente claro.

A lo de «los detritos de los ángeles» tampoco le encontraba mucho sentido, aunque recordaba vagamente haber visto ese término en algún sitio. Pero ahora mismo sentía que la cabeza le iba a estallar; casi no podía ni pensar. Se giró, se separó de la cómoda y se dejó caer sobre una butaca.

—¡Anton! —llamó, con la mano temblorosa y arrugada sobre los ojos—. El vino de jengibre, y una cataplasma para los ojos.

—Sí, eminencia, enseguida. ¿Y el doctor Degarnier? ¿O queréis que mande buscar a la magíster Hazurain a la Fortaleza?

—Sí, Degarnier —murmuró la cardenal. La cabeza y los ojos le dolían terriblemente; de pronto, temió que aquello significara una hemorragia cerebral. Una apoplejía que la llevara a la muerte o a una discapacidad, a menos que la curaran a tiempo recurriendo a la magia angelical—. ¡Date prisa!

Sin embargo, a pesar del terrible dolor, intentó encontrar la solución al acertijo de la respuesta de Ashalael. «La profunda herida de piedra»… Esa expresión también la había leído u oído en algún sitio. Se concentró, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no hacer caso al dolor, ni a la creciente sensación de náusea, que amenazaba con separar su intelecto de su cuerpo.

Lentamente, los recuerdos y los pensamientos se fueron conectando, arrastrando ideas nuevas, fusionándose.

Una herida en la piedra…, un corte…, una grieta…, un barranco…, una cantera…, la enorme cantera de grava al sur de la ciudad, tapada seis veces, excavada de nuevo por las inundaciones, usada como vertedero de las extrañas estatuas de Chalconte, que tan mala sensación le daban; no eran iconos, pero había algo…, restos…, detritos…

—¡Rochefort! ¿Ya ha llegado Rochefort?

—Aún no, eminencia. No está en el palacio. Hemos enviado mensajeros a su casa, y a la Fortaleza de la Estrella.

—Enviad más mensajeros —murmuró la cardenal. No podía mirar siquiera a su asistente. Aunque tenía los ojos cerrados, bajo los párpados veía luces, intensas como fuegos artificiales—. Dile que se lleve dos…, no, tres… escuadrones de persevantes a la vieja cantera de grava cerca de la Cruz de Nep. Que busque a una maga… y que detenga… el peligro.

Las luces se volvieron más intensas, y la cardenal por fin se rindió, cedió al dolor y se desvaneció, sumergiéndose en las sombras de la inconsciencia.

Agnez se despertó al oír un sonoro tamborileo. Se levantó del catre enseguida y se puso los bombachos y el jubón, ya que había dormido solo con la blusa y la ropa interior. Aún no tenía el uniforme completo de mosquetera, pero el tabardo negro y plateado le iba como si lo hubiera llevado toda la vida. Se

colocó el característico sombrero negro con penacho plateado al mismo tiempo que se enfundaba las botas.

Los otros tres cadetes de su habitación no eran tan rápidos, ni tan seguros en sus movimientos. La única luz era la del farol de noche, con pantalla, que colgaba por encima de la puerta. Cuando Agnez estuvo lista, espada y pistolas al cinto, mosquete en la mano y cartuchera al hombro, ellos seguían gruñendo y frotándose los ojos, en diferentes fases de su preparación.

Comprobó la hebilla de la cartuchera y se aseguró de que los cartuchos estaban todos bien colocados. En aquel momento, la puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció una figura enorme, que tuvo que agacharse para entrar. La punta de su sombrero rozó el farol, aunque estaba al menos a dos metros y medio de altura.

—¡Vaya! —exclamó Sesturo—. ¡Uno de los cachorros no está tan dormido! Ven conmigo, Descaray. Los demás, presentaos ante Gruppe cuando hayáis acabado de poneros guapos.

Gruppe era la jefa de instrucción, una mujer madura y taciturna que era todo músculo y fibra, con una voz que podía atravesar una coraza. Su nombre era inventado, como el de tantos otros mosqueteros, entre ellos Franzonne o Sesturo. Era una larga tradición entre los mosqueteros que los de más alta cuna renunciaran a sus nombres y a su legado, y que lo abandonaran todo para ponerse al servicio de la reina. En el caso de Gruppe, su puntiaguda nariz y su gran parecido con la reina Sofía hacían pensar en un probable origen muy noble.

Agnez siguió a Sesturo al exterior. Solo se detuvo un momento para sonreír y saludar a sus compañeros, uno de los cuales le tiró una bota sin gran convicción. Solo los conocía desde la tarde anterior, pero ya habían practicado el combate entre ellos, y Agnez había ganado, y luego había perdido la mitad del dinero que tenía en efectivo jugando a las trece con ellos. Aquello sentó las bases para una buena amistad.

El tamborileo cesó cuando salieron del barracón y se dirigieron al campo de desfiles. Los cuatro tamborileros, tres chicas y un chico, corrieron a recuperar su posición en la parte de atrás. Unos cuantos rezagados corrían para ocupar su puesto en la formación, todos ellos veteranos. Aunque la mayoría de los mosqueteros vivían en la ciudad, en sus propios barrios, una de las compañías del regimiento debía permanecer en todo momento en la Fortaleza de la Estrella o en los barracones del Palacio de la Reina. Igual que los cadetes, aunque en aquel momento solo había ocho, los de la habitación de Agnez y los de la contigua, que evidentemente tampoco se habían espabilado

lo suficientemente rápido para el gusto de Sesturo, pues ninguno de ellos estaba allí.

Acababa de salir el sol, que aún no estaba lo suficientemente alto como para iluminar demasiado, especialmente con las nubes de lluvia que flotaban en el cielo, oscuras con tintes rojos del amanecer.

—Quédate a mi lado —ordenó Sesturo con su vozarrón, situándose al final de la primera fila.

Agnez se puso a su lado, imitando la posición de los demás, una especie de postura de descanso atento, que se parecía más al gesto digno de los nobles cuando esperan recibir noticias importantes que al de un batallón de secuaces exageradamente disciplinados por miedo a las reprimendas.

—¿Qué pasa? —preguntó Agnez.

—¿Quién sabe? —respondió Sesturo, sonriendo y entrechocando sus enormes manoplas—. Con un poco de suerte, toca luchar. Ahí está Decastries, que nos pondrá al día.

Lo dijo como si Decastries fuera una especie de simple mensajera, cuando en realidad era la teniente al mando de la compañía. Decastries no tenía un físico imponente, o eso le pareció a Agnez: era una mujer negra, de mediana edad y un tamaño normal, con el cabello plateado recogido en una larga cola bajo su sombrero, con el uniforme habitual de los mosqueteros.

Lo único que indicaba su rango era una fina banda dorada que llevaba al hombro, en lugar de la habitual cartuchera. No llevaba mosquete. Decastries iba acompañada por otros mosqueteros, así como por un mensajero con el uniforme escarlata y dorado de la cardenal. El mensajero no parecía mínimamente afectado por encontrarse entre tantos mosqueteros. Y permanecía pegado al codo de Decastries en todo momento. Agnez se lo hizo notar a Sesturo.

—Cuando estamos de servicio o cumpliendo órdenes, no existen las rivalidades —dijo él, mirándola a la cara—. De vez en cuando nos toca combatir hombro con hombro. Recuérdalo.

—Lo haré.

—¡Mosqueteros! —bramó Decastries, y Agnez no pudo evitar erguir el cuerpo y adoptar una postura más rígida. La teniente no tendría un aspecto imponente, pero desde luego su voz te obligaba a la máxima atención—. ¡Su eminencia la cardenal ha hablado con el arcángel Ashalael sobre una amenaza al país y a su majestad la reina!

A Agnez le sorprendió ver que no se tomaban aquello con demasiada seriedad. Sesturo resopló, y vio que la mosquetera que tenía detrás ponía los

ojos en blanco. Decastries dejó que la oleada de desconfianza desapareciera antes de seguir adelante.

—Desconocemos la naturaleza exacta de esta amenaza, pero debemos estar preparados en nuestro bastión y nuestro revellín, y vamos a enviar patrullas. La Tercera Compañía se queda en el palacio. La Segunda y la Cuarta van para allá. ¡A vuestras posiciones!

La formación estalló como las esporas de un bejín al darle una patada. Los mosqueteros salieron disparados en todas direcciones, corriendo hacia la puerta que daba a la plaza del Dial, al túnel que llevaba al bastión, de vuelta a los barracones para recoger mosquetes o cualquier otro equipo olvidado, y a muchos otros lugares: establos, armería, refectorio…

Agnez siguió a Sesturo. Se sintió como una osezna siguiendo a papá oso. El gran mosquetero no fue hacia ninguna puerta o túnel, sino directamente hacia Decastries, que estaba dictando un mensaje a un escribiente con un escritorio portátil. Una vez acabado, se lo entregó a la mensajera de la cardenal.

—¡Decastries! —dijo Sesturo—. Permitidme a mí y a este cachorro que vayamos a palacio, para ver si la capitana o Franzonne saben algo más.

Decastries levantó la mirada y plantó la vista en Agnez.

—¿Y tú eres…?

—Agnez Descaray, señora —respondió Agnez—. Me incorporé ayer.

—Ve con Sesturo —se limitó a decir la teniente, que al instante ya se había girado hacia otro mosquetero—. Franico, llévate a doce de tu elección al Viejo Puente Nuevo. Se supone que allí tiene que haber una escuadra de guardias. Por supuesto, quedarán a tus órdenes.

—Ven —dijo Sesturo, dándole una palmadita en el hombro a Agnez, sin duda convencido de que había sido suave.

No obstante, Agnez tuvo que contener una mueca de dolor e instintivamente la mano se le fue a la espada.

—¿Vamos a ir al Palacio de la Reina? —preguntó, caminando al trote para no quedarse atrás. Se dirigían hacia la escalinata que se adentraba en el túnel que llevaba al bastión de la reina Ansgarde. Al llegar a la puerta de entrada al túnel, observó que, mientras que el día anterior había solo dos mosqueteros de guardia, que estaban jugando a las damas, ahora había una veintena o más, y que las verjas levadizas estaban medio bajadas—. ¿A ver a la capitana?

Aún no conocía a la legendaria capitana de los mosqueteros. Dartagnan ya estaba algo mayor (debía de tener cincuenta años), pero seguía siendo una

espadachina fabulosa. Había sido la adalid mayor de la reina Henrietta IV, y era una de las confidentes más próximas a la reina actual, aunque no tenía ningún interés por influir en el gobierno de Saranza, a diferencia de la cardenal.

—De vez en cuando, la cardenal se altera por cualquier cosa —explicó Sesturo, que hizo una pausa para poner una mano por delante de una de las antorchas de los candeleros de la pared del túnel para crear la sombra de un pato con la mano—. Quizá no sea más que eso. Pero la capitana sabrá lo que haya que saber. También podríamos ir a ver a la propia reina.

Agnez asintió, incapaz de decir nada.

Sesturo la miró con gesto inescrutable.

—¿Conoces el saludo real especial? ¿Para cuando vayas de uniforme, con mosquete?

—¿Qué? —exclamó Agnez, angustiada—. ¿Qué?

Sesturo se rio. Y siguió riéndose mucho más de lo que Agnez consideraba necesario mientras avanzaban por el túnel en dirección al bastión, atravesando varias puertas con vigilancia y bajando escalinatas hasta llegar al embarcadero del río, donde debían tomar un barco que los llevara al palacio, corriente abajo.

Dorotea también se despertó con los tambores, no solo los de los barracones de los mosqueteros, sino también los de los persevantes, los de los caballeros del rey, los de la guardia capitalina y los artilleros, aunque al menos en uno de estos lugares estaban despertando a los suyos con cornetas. Se dirigió a su estrecha aspillera, pero había poco que ver. Los primeros rayos de luz del amanecer, una luz rojiza bajo las nubes de lluvia…, pero no parecía que hubiera nada significativo, al menos nada que pudiera ver con su limitado campo de visión. Si el cielo hubiera estado claro, habría mirado al firmamento y habría visto el cielo de la noche, aunque no tenía demasiada experiencia en la interpretación de los movimientos angelicales leyendo las estrellas. Algún día, quizás. Eso esperaba.

Si es que conseguía regresar a Belhalle para seguir con sus estudios…

Había llovido mucho toda la noche, y había un charco de agua de color óxido sobre el dintel de la ventana que goteaba lentamente, contribuyendo a la erosión progresiva de los barrotes de hierro. Sin pensarlo, metió el dedo en el agua y la revolvió, mezclando el pigmento. Era sorprendentemente espeso; contenía mucho más óxido del que esperaba.

Dorotea sacó el dedo y miró el pigmento rojo que tenía en el dedo. Se rio y rápidamente esbozó un dibujo en la pared junto a la ventana, en una de las piedras más lisas. La imagen improvisada con el óxido se mantenía sorprendentemente bien. Dorotea no pudo evitar seguir dibujando y puliendo los detalles. Primero, los labios apretados; luego, el aliento exhalado; más tarde, el círculo perfecto de un halo, trazado con un rápido movimiento de la mano.

Estaba dibujando a Zamriniel, una ángel que conocía muy bien, una de las primeras que había plasmado en un icono y que había invocado muchas veces. Zamriniel no era más que una serafín, pero resultaba muy útil: su poder era amalgamar cosas parecidas, siempre que no fueran demasiado grandes o pesadas. Sobre todo resultaba útil con el polvo. Zamriniel podía reunir todo el polvo de una habitación en un montón único. Era uno de los ángeles más prácticos para la limpieza, aunque muchos magos y sacerdotes consideraban que usar a un ángel para las tareas domésticas era prácticamente herejía, a menos —claro— que fuera para limpiar una sala de su templo o su universidad, y que fuera otro el que pagara el precio de la invocación.

En la celda había un montón de polvo acumulado durante años. En las esquinas, bajo las losas del suelo, en los resquicios del techo. Resultaría mucho más agradable si el polvo desapareciera de allí, si Zamriniel lo apilara en un montoncito para que Dorotea pudiera tirarlo por la ventana. Y, en realidad, el coste de invocar a un serafín era mínimo…

No le costó nada reabrir la costra que aún tenía en el dorso de la mano, de donde había sacado las pocas gotas de sangre necesarias para la demostración que había hecho en Belhalle. Sin embargo, en el mismo momento en que se mojaba la punta del dedo con la sangre y concentraba sus pensamientos en Zamriniel, consiguió parar y echar atrás.

—Serás tonta… —susurró Dorotea, hablando consigo misma.

Se limpió la sangre con el borde de la blusa y cogió un poco del agua sucia de óxido para emborronar su dibujo.

Le costaba mucho. Sentía que el cuerpo le pedía con todas sus fuerzas invocar a un ángel, a cualquiera. Y aquello era asunto suyo, de nadie más. La satisfacción de crear un icono que funcionara y la de invocar un ángel eran asuntos privados…

Solo que no lo eran. Rochefort lo había dejado claro. Crear un icono con un bosquejo e invocar un ángel no eran cosas que pudiera hacer a la ligera, si es que podía hacerlas. Quizá solo si tuviera que huir. Y quizá ni en ese caso.

Dorotea volvió a su colchón de paja, tiró de la manta y se cubrió hasta la cabeza. A pesar de lo que le había dicho a Rochefort, no podía dejar de pensar en el futuro. En cierta medida, sí, pero de vez en cuando hasta su optimismo natural se veía cuestionado, al menos por un momento. Pero allí, bajo la manta, perdiendo el mundo de vista, todo parecía mejorar. Y así, tal como había hecho desde su infancia, cuando recurría a aquello para escapar de los problemas, Dorotea volvió a dormirse enseguida y sintió que todo estaba bien.

En la enfermería, Simeon no se despertó con los tambores, pues, cuando sonaron, ya estaba trabajando, reparando la pierna rota de una artillera que había caído por una escalera de las murallas, húmeda por la lluvia. Tenía suerte de seguir con vida; su fractura era limpia, por lo que Simeon no necesitó recurrir a la ayuda de ningún ángel. La mujer soportaba estoicamente el dolor. Su principal preocupación era quitarse de encima a los tres amigos que querían ayudarla a toda costa, estar a su lado y hacer comentarios. Fuera como fuera, los amigos desaparecieron en cuanto sonaron los tambores y las cornetas. Simeon se quedó solo para fijar la fractura con una férula, con la ayuda de una de sus asistentes rehusantes. Cuando acabaron, trasladaron a la paciente a una cama.

Simeon le preguntó a la asistente qué significaba el estruendo de tambores y cornetas procedente de los barracones, cuando ni siquiera había amanecido.

—Pasa de vez en cuando —respondió la rehusante, bostezando. Llevaba toda la noche de guardia—. Rumores de guerra o de altercados en la ciudad. No lo sé. Es como hurgar en un hormiguero; los soldados salen a toda prisa. ¿Necesitáis algo, doctor? Yo me voy a ir en cuanto llegue Darben, que espero que sea pronto.

—No —dijo Simeon—. Yo también me voy a la cama. La magíster quiere que participe en la extracción de una piedra a las diez.

—¿De verdad? —preguntó la asistente, que era más locuaz que la mayoría de los rehusantes con los que había trabajado Simeon en el hospital de San Jerahibim, aunque ya había observado que en aquella enfermería el ambiente era más informal—. ¿Tan pronto? Debéis de ser muy bueno, doctor. Aquí hay ciertos médicos a los que la magíster no permitiría que se acercaran ni a doce pasos de algo tan complicado como eso. Buena suerte.

Simeon no pudo evitar sonreír como un tonto mientras regresaba a su habitación, satisfecho. Tenía la sensación de haber encontrado su lugar en el

mundo. A partir de ese momento, sin duda, su vida llevaría una progresión ascendente.

Henri durmió todo el rato. Se despertó un momento. Al principio, pensó que el repiqueteo de los tambores sería granizo o una lluvia intensa. Le sorprendió oír alguna corneta. Luego, en el espacio de cinco o seis segundos, decidió, sin reaccionar demasiado, que si nadie más se movía en las cuadras vecinas, no tendría nada que ver con él. Así pues, se dio media vuelta y siguió durmiendo.

15

Liliath emergió del foso y se encontró con una multitud desbocada; la gran multitud de rehusantes intentaba desesperadamente llegar a la pasarela antes que los demás, mientras allí mismo un beligerante grupo de una docena o más se enfrentaba al abestiado que ella misma acababa de crear al recurrir a la magia angelical. El monstruo conservaba algunos rasgos vagamente humanos, pero era mucho más alto y más delgado que el humano que había sido antes, quizás el doble de alto; tenía dos pares de brazos con garras, unas largas piernas que se doblaban hacia atrás, como las de un saltamontes, y una piel que brillaba como la del caparazón de un insecto.

Los ojos rojos de la bestia se clavaron en ella en cuanto apareció, dejando de lado a los que la combatían de frente. Cargó de golpe, bajando sus afiladísimos cuernos, que ya tenía manchados de sangre. Llevaba varias flechas de ballesta clavadas en aquella piel de insecto, de color parduzco, y rezumaba un polvo gris de sus numerosas heridas, aunque no por eso iba más lento.

En el momento en que Liliath dio un salto hacia un lado, se oyó el estruendo terrible de un arcabuz enorme, que emitió una llamarada a su derecha, y la pesada bala golpeó a la bestia en la cabeza con un ruido como el de una de las puertas de la ciudad al cerrarse de un portazo.

Pero, aun así, la bestia seguía avanzando, pisoteando a numerosos rehusantes, destripándolos con los espolones de sus patas, al tiempo que ladeaba la cabeza para abrir en canal a otro que había intentado clavarle una daga. Resonó el tensor de una ballesta, otra flecha se le clavó en el costado, pero, aun así, la bestia siguió avanzando, con sus ojos rojos fijos en Liliath. Ella saltó por encima de varios rehusantes muertos o agonizantes y trepó a una de las estatuas más grandes, la clásica representación de la ángel Harekiel como una mujer de grandes músculos vestida con una túnica de gimnasta, con los brazos extendidos hacia arriba como si estuviera a punto de saltar y dar una voltereta hacia delante, y con las altas alas plegadas sobre la espalda. Desde luego, para Chalconte aquello no había sido una prueba o un bosquejo: la estatua medía seis metros de altura y había sido esculpida a partir de un enorme bloque de mármol.

El abestiado cargó contra la base de la estatua, haciendo que se tambaleara ligeramente. Pero pesaba demasiado para que ni siquiera aquel monstruo pudiera moverla. Mientras la bestia retrocedía, rugiendo de dolor, una robusta rehusante hizo girar su hacha en el aire y se la clavó en la cabeza, donde penetró. Se quedó allí clavada, pero ella tuvo la cordura de soltarla mientras el abestiado aullaba y se agitaba espasmódicamente en su violenta agonía, golpeando la estatua varias veces más hasta que por fin murió.

Liliath se quedó mirando desde su posición elevada mientras la mujer del hacha, probablemente una asistente de carnicería, a juzgar por su ancho delantal gris y sus brazales de cuero, ponía el pie sobre el cuerpo del abestiado y liberaba su hacha, abriendo la herida, de la que manaba lentamente un riachuelo de sangre cenicienta.

Había al menos unos veinte rehusantes muertos o agonizantes alrededor del punto en el que había aparecido el abestiado —o abestiada; imposible saber si antes había sido hombre o mujer—, entre ellos una joven con las muletas cruzadas sobre el cuerpo, la mensajera que había ido a llevarles la noticia de la Corte de los Descastados a la Casa Demaselle.

La Lombriz no estaba entre los muertos. Liliath no la veía por ningún lado. Ahora había muchos menos faroles y antorchas, y se veía una enorme masa oscura de rehusantes apiñados intentando llegar a la pasarela, o atravesándola. Solo la parte superior estaba despejada, donde los más rápidos ya huían a la carrera.

Bisc trepó a su lado. Tenía el jubón manchado de sangre, pero no era suya.

—Era una trampa —dijo Liliath—. La Lombriz tenía a tres matones abajo, con una red y armas. Y Kate Entresombras llevaba una ballesta.

—Pero los habéis matado —dijo Bisc—. ¿Estáis herida?

—No. Esta sangre no es mía. ¿Dónde está la Lombriz?

Bisc señaló a un grupito de rehusantes ocultos en parte por la estatua del trono. Una de las figuras tenía la cabeza cubierta con una capa y estaba atada con cuerdas.

—La hemos pillado. Cuando remita el pánico, la lanzaremos al foso.

—No —dijo Liliath—. Me puede ser útil.

Bisc no respondió inmediatamente.

—Morirá igualmente —dijo Liliath—. Por lo menos servirá para algo.

—Como deseéis.

—No pareces muy alterado por todas estas muertes —dijo Liliath, señalando hacia la zona de los faroles y las antorchas donde podían verse

charcos de sangre, cuerpos amontonados y destrozados, víctimas con grandes heridas que miraban al cielo de la noche, sin ver, sin comprender bien qué les había pasado.

—La muerte está muy presente en la vida de un rehusante —dijo Bisc encogiéndose de hombros—. Eso lo aprendemos muy pronto. Cuando tenía ocho años, cogí la viruela. Mis padres no pertenecían al Clan de las Sombras; trabajaban al servicio de un comerciante de especias… Yo jugaba con los niños del comerciante. Florenz y Elen. Ellos también se contagiaron. Pero yo… Yo no entendía por qué ellos de pronto habían dejado de sufrir aquella quemazón, aquel dolor insoportable, aquella sensación extraña en las carnes, y yo no. Cuando supieron que sobreviviría, mis antiguos compañeros de juegos decidieron que me había vuelto demasiado feo, demasiado desagradable. Mis padres murieron poco después, de alguna otra epidemia que a los sarancianos de verdad les curaban con ayuda de los ángeles. No tenía adónde ir, salvo al Clan de las Sombras, y entre nosotros nunca faltan las muertes. Empecé pidiendo limosna, mostrando mi rostro desfigurado…

Miró al abestiado, tirado en el suelo, y añadió:

—En cuanto a los abestiados… He visto cómo los matan. Incluso he visto cómo creaban uno. Franz Brazomustio lo organizó, con un mago que era tan tonto que no se dio cuenta de que acabaría destripado en cuanto hubiera hecho su trabajo. Luego oí que en realidad no es necesario que vistamos de gris. Los ángeles saben lo que somos, y se resisten a usar sus poderes con nosotros. Aquel mago dijo que hay que forzar a los ángeles para conseguir que usen sus poderes con un rehusante. ¿Es verdad?

—Sí. Es cierto; los ángeles reconocen a los de Ystara, y los evitan, igual que evitan hacer cualquier daño evidente —dijo Liliath—. Pero se los puede obligar, si el mago que los invoca tiene la suficiente fuerza mental. ¿Hay algún otro modo de salir de aquí?

Señaló a la multitud que aún congestionaba las pasarelas y la escalinata. Sin embargo, en ese mismo momento, alguien cayó ladera abajo, accidentalmente o de forma intencionada. Una frágil pedigüeña que apenas podía caminar. Sus harapos grises ondearon como una bandera mientras caía, gritando.

—Sí que lo hay —reconoció Bisc—. Pero no es fácil. ¿Por qué tenemos que correr? La Lombriz está derrotada. Los suyos han huido o se han pasado a mi bando. Ya no hay ninguna prisa.

—La creación de un abestiado, usando el poder remanente de una de las estatuas de Chalconte, ha alterado los cielos —explicó Liliath—. La cardenal

se dará cuenta enseguida de que ha pasado algo, y no será la única. Supongo que ya habrá persevantes de camino. Así que tenemos que irnos rápidamente.

—Hay una serie de escaleras de cuerda en el lado sur —dijo Bisc—. La ascensión es larga. Y las cuerdas no soportarían el peso de más de seis personas a la vez…

—Siempre que nosotros estemos entre esos seis, no me parece que eso nos afecte demasiado —dijo Liliath.

Bisc se la quedó mirando fijamente, y luego asintió, apartando la mirada.

—Tampoco podremos volver al centro de la ciudad, si hay persevantes por el camino… Tendremos que quedarnos en el refugio de la Cruz de Nep, o en los bosques que hay ladera arriba.

—Cuanto antes nos vayamos, mejor —dijo Liliath, que ya percibía a lo lejos el murmullo de intranquilidad de los ángeles, como el romper de las olas a lo lejos, impulsadas por un fuerte viento.

Bisc bajó al suelo y se puso a dar órdenes.

Liliath lo siguió más lentamente, y recuperó sus dagas de manos de una Sevrin en silencio.

Cinco minutos más tarde estaban subiendo por las escaleras de cuerda, mientras izaban a la Lombriz, bien atada, como si fuera un haz de leña con destino a una baliza. En el otro lado de la cantera seguía la disputa por salir de allí lo antes posible, y los más fuertes y diestros iban abriéndose paso por entre los más débiles, en muchos casos haciéndoles caer ladera abajo.

Si se hubieran quedado, el Rey de las Sombras y sus subordinados directos habrían podido imponer orden. Pero Bisc iba a la cabeza del grupo que subía por las escaleras de cuerda, y no se giró a mirar.

Una estampida de rojo y negro, ciento veinte persevantes de la cardenal montados en corceles negros, pasaron junto a la Cruz de Nep como si llegaran tarde a la batalla, abriéndose paso sin problemas entre el resto del tráfico, justo en el momento en que empezaba a volverse más denso, con la incorporación de los habitantes de la ciudad y del campo que iban despertando. Quizá se dieran cuenta de la sorprendente cantidad de rehusantes que había por allí, pero no se pararon a preguntarles; los jinetes que iban en cabeza se limitaron a gritarles que se apartaran, acompañando la orden con latigazos o con los pisotones de los pesados cascos de sus caballos.

Liliath observó a los persevantes que pasaban a través de una minúscula ventana del desván de su refugio en la Cruz de Nep, uno de los muchos que

tenían los hombres de Bisc en la ciudad y por los alrededores. El Rey de las Sombras estaba a su lado, observando. Tras él iban Sevrin y Erril, y un cuarto rehusante que Liliath no conocía, un hombre pequeño y callado que cojeaba.

—Tres escuadrones enteros, con la capitana Rochefort a la cabeza —dijo Bisc en voz baja—. Hemos tenido suerte de salir de la cantera a tiempo… ¿Y si la cardenal invoca a Ashalael?

—No ha invocado a Ashalael, y no lo hará —dijo Liliath con seguridad—. Está vieja, tiene miedo y no invocará al arcángel a menos que sea imprescindible. Pero, con el tiempo, los invocadores desarrollan una especie de comunión con los ángeles que más familiares le son. Es posible hablar con ellos sin llegar a invocarlos realmente. Estoy segura de que Ashalael le ha dicho a la cardenal que ha pasado algo en la cantera, pero no qué ha sido ni quién ha sido. Así que ha enviado a sus persevantes a investigarlo. Pero no descubrirá nada útil.

—Entiendo su curiosidad —dijo Bisc, con una sonrisa socarrona.

Luego hubo un momento de silencio, salvo por el ruido de los cascos de los caballos en la carretera pavimentada, por donde pasaba la retaguardia de los persevantes, algo menos enérgicamente que los que iban delante.

—Supongo que no podemos volver hasta la noche —dijo Liliath—. Echaré de menos mi cama.

Tocó suavemente el dorso de la mano de Bisc mientras hablaba, pero él no reaccionó; simplemente, asintió.

—Sería mejor quedarse aquí, *milady*. No sé qué descubrirá Rochefort en la cantera, pero desde luego encontrará a nuestros muertos, y querrá interrogar a cualquier rehusante que crea que pueda pertenecer al Clan de las Sombras.

—Bueno —dijo Liliath. Se acercó a un baúl situado en la esquina, con la tapa aplastada, y se sentó encima. Su mera presencia hizo que aquel objeto desvencijado adoptara el aspecto de un trono—. Ya tendremos tiempo para que me des las noticias que esperaba anoche y que no llegaron.

—¿Las noticias? —respondió Bisc, algo apagado. Se rascó la cabeza—. Yo… Cuando me llegó la noticia del desafío de la Lombriz…

—¡Los cuatro! —le espetó Liliath, sin ocultar su urgencia, su necesidad de información. Ya había tenido que esperar demasiado—. ¿Qué hay de los cuatro que quería que observarais y protegierais?

—Sí —dijo Bisc—. Pero ojalá pudiera entender…

—Te lo contaré cuando tengas que saberlo —dijo Liliath, sin más—. Y no ha llegado el momento.

Se quitó el gorro y se sacudió la melena.

—Pero ya he decidido mi plan. En tu informe anterior, dijiste que los cuatro están en la Fortaleza de la Estrella, pero solo Dorotea está prisionera, en cierta manera, ¿no?

Bisc asintió.

—Ella es la más difícil de vigilar y de proteger —dijo—. En la Torre no hay rehusantes. En el resto de los lugares es fácil: los criados de la arquitecta en el Palacio Nuevo, los friegasuelos de los barracones de los mosqueteros, los asistentes del hospital, y muchos otros sitios por donde corretean nuestros niños haciendo trabajitos. He intentado usar a gente que es más difícil que conozcan los persevantes, aunque cometimos…, cometí… un error con alguien antes, cuando Dorotea aún estaba en Belhalle. Lo corregimos.

—¿Se han visto los cuatro? —preguntó Liliath—. Deberían sentir cierta atracción mutua.

—Sí —confirmó Bisc, conteniendo su gesto de curiosidad—. Tienen planeado encontrarse otra vez, mañana… No, esta tarde. En el Palacio Nuevo.

—Quizá sea demasiado pronto —dijo Liliath—. ¿Estás seguro de que no podemos volver a la ciudad?

—No es imposible —concedió Bisc—. Pero es arriesgado. Yo preferiría no…

—Necesito conseguir tres de los Iconos de Diamantes, y también necesitaremos viva a la Lombriz; viva de momento —dijo Liliath—. Y a media docena de tus hombres de más confianza: tendrán que colarse en la Fortaleza de la Estrella. Con la Lombriz.

—Todo eso se puede hacer —dijo Bisc—. ¿Qué pretendéis?

—Esto no es más que el principio —sentenció Liliath, con un tono autoritario que sonaba prometedor—. Te dije que necesitábamos un ejército para que nos ayude a volver a donde debemos ir, en Ystara. Los sarancianos nos lo proporcionarán, si todo va como espero.

—¿Qué tienen que hacer los míos con la Lombriz? ¿Y por qué tres de los Iconos de Diamantes?

—Ya te lo aclararé —dijo Liliath, indicándole con un gesto que se acercara, poniéndole la boca junto a la oreja y susurrándole mientras con la lengua le rozaba la piel.

CUARTA PARTE

Los iconos de diamantes

16

Hacia la media tarde, los rumores sobre lo que había ocurrido en la cantera se habían extendido por toda la ciudad, se habían mezclado entre sí y se habían vuelto a extender, habían sido diseccionados, reinventados y amplificados. Cuando Agnez regresó al barracón desde el Palacio de la Reina, se encontró con que sus compañeros de cuarto no eran inmunes al cotilleo. Una vez que se cercioraron de que no les traía ninguna noticia exclusiva o que no iba a compartirla con ellos si es que la tenía, no dudaron en compartir sus descubrimientos.

—Cientos de rehusantes muertos —dijo la engreída Gretel Delamapan, cuya cama estaba justo enfrente de la de Agnez—. Eso es lo que he oído. La mayoría de ellos en la cantera, pero unos cuantos murieron al enfrentarse primero a la guardia capitalina, y luego a las tropas de Rochefort, cuando llegaron.

—Un mago renegado convirtió a decenas de ellos en abestiados —añadió otro cadete, Devan Derangue, un tipo algo mayor y de carácter más hosco. Había estado un año en un regimiento menor y se consideraba mucho más experimentado y sabio que los demás—. Por diversión, para que lucharan entre ellos, y los asistentes hacían apuestas sobre el resultado. Pero los abestiados se escaparon y cundió el pánico entre la multitud.

—¡Imposible! —replicó Delamapan, que se consideraba superior no solo en su estilo a la hora de vestir, sino también como maga—. ¿Un abestiado? Quizás. ¿Una docena? ¡Imposible!

Agnez no quiso contribuir aún más a los rumores; se limitó a escuchar mientras se cambiaba de camisa; dejó caer la sucia al suelo, donde el rehusante que hacía la limpieza la recogería para lavarla más tarde. Volvió a abrocharse el jubón y se puso su precioso tabardo, se alisó el penacho del sombrero, se lo caló en la cabeza ladeándolo para darle un toque elegante y se fue a la puerta.

—Eh, ¿ahora dónde vas, Descaray? —dijo Delamapan—. ¿Otra vez tienes alguna misión especial con ese patán de Sesturo?

—Le transmitiré ese saludo a *ser* Sesturo con tus propias palabras, Delamapan —dijo Agnez, muy seria—. Aunque no sé cuándo lo veré, ya que

solo voy a tomarme unos vinos con amigos, pasatiempo que empiezo a sospechar que no te es nada familiar.

—Bueno, tampoco te pongas así, solo era una broma… —se corrigió Delamapan, nerviosa, con una inquietud en la mirada que denotaba que ya se imaginaba la reacción de Sesturo, o quizá la de sus puños. Pero cuando Agnez se echó a reír, la otra cadete soltó un gruñido y añadió—: Y aunque sé que no le dirás nada a *ser* Sesturo, a partir de ahora mediré más mis palabras.

—Una medida inteligente —respondió Agnez, con un gesto formal.

Saludó a los otros cadetes bajando la cabeza, pero sin quitarse el sombrero, y ellos le respondieron metiéndose con ella, pero con cuidado de limitar sus insultos (siempre en tono amistoso) solo a ella, y no a ningún otro mosquetero de rango superior.

Henri estaba esperando junto a la puerta sur del Palacio Nuevo a la hora acordada, sentado en un bloque de piedra. El puesto de guardia ya estaba construido, pero los muros a ambos lados aún no, lo cual le daba un aspecto bastante solitario y raro. En particular porque las puertas, pese a estar acabadas, aún no habían sido colgadas de los enormes engranajes de hierro de la entrada, y yacían en el suelo justo detrás del umbral, junto a un enorme montón de ladrillos. Una cuadrilla de rehusantes estaba pasando los ladrillos de un lado del montón al otro sin motivo aparente.

Agnez fue la primera en llegar, caminando con confianza por la calle como si le perteneciera. Henri se puso en pie de un salto y ambos se saludaron insinuando una reverencia, en la que Agnez no perdió ocasión para hacer evidente que lucía un nuevo tabardo de mosquetero.

—Sí, muy bonito; ahora eres toda una mosquetera —observó Henri.

—Sí que lo soy, y no deberías olvidarlo —dijo Agnez, dándole una palmada en el hombro. Ya lo consideraba una especie de hermano menor, aunque tenían la misma edad. Un hermanito listo. Bueno con los números, aunque probablemente no sería un gran luchador—. Hoy he saludado incluso a la reina, cuando me la he encontrado.

—¿Las has visto? —preguntó Henri, impresionado—. ¿Tiene el mismo aspecto que en las monedas?

—La verdad es que no —dijo Agnez—. Es… mayor. La cardenal también estaba ahí, susurrándole algo al oído.

—Oh, yo ya conozco a la cardenal —dijo Henri, sin pensarlo, y sin hacer caso del tono de voz de Agnez, que hacía pensar que la cardenal sería una

especie de instigadora, y que lo que le susurraba a la reina sería algo ilícito.

—¿De verdad? ¿Y cómo…? No es por desmerecer, Henri, pero…

—Bueno, quería decírtelo desde el momento en que nos encontramos en ese túnel…

—¿El qué?

—Solo que al ver las ganas que tenías de atravesarme con la espada, y al ver que eras una mosquetera de la reina, he dudado…

—¿Y qué era?

—Que, aunque soy ayudante de la arquitecta de la reina, fue la cardenal la que me dio el puesto…

—¿Cómo?

—Bueno, la cardenal es la jefa de gobierno, casi todos los nombramientos los hace ella. La reina casi nunca…

—¡Eso ya lo sé! ¿Y por qué te dio el puesto la cardenal?

—Bueno, yo ya era uno de los escribientes de su eminencia…

—¡Trabajas para la cardenal!

—Bueno, solo es algo temporal. Yo quiero ser artillero, pero mi familia no tenía el dinero necesario para conseguirme un puesto en la Real Compañía…

—¡Trabajas para la cardenal!

—Sí —dijo Henri, a regañadientes. Luego respiró hondo—. ¿Y qué? ¿Tengo que ir a buscar mi espada?

Agnez se rio y le dio otra palmada en la espalda.

—¡No! Si fueras un persevante, quizá…, pero ahora que llevo un rato más entre los mosqueteros he aprendido que la rivalidad entre nuestros regimientos aumenta o decrece según la ocasión, y ahora está en mínimos, porque debemos estar listos para combatir juntos. Cuando alguna autoridad descubra de quién se trata, tendremos que luchar. Supongo que somos como hermanos y hermanas que se pelean entre ellos, pero que se revuelven juntos contra cualquiera que se meta con ellos.

—Oh, vale —dijo Henri—. Yo siempre he pensado que la cardenal solo quiere lo mejor, y que es la más competente…

—No hablemos de política —dijo Agnez—. Ya que discutiremos, sin duda, a menos que admitas, para empezar, el principio esencial de que la reina debería ser su propia jefa de gobierno.

—Sí, como podría serlo el rey —dijo Henri, sarcástico.

—Bueno, en que él no debería serlo estamos de acuerdo.

—Si la reina confía en la cardenal como para darle el cargo de jefa de gobierno, eso significa que los mosqueteros deberíais apoyar la decisión de su majestad y dar apoyo a la cardenal. ¿O no?

—¡Por ahí vamos mal! —exclamó Agnez—. He dicho que nada de política. En cualquier caso, lo que sé es que, como mosquetera, obedezco a mis oficiales, que obedecen a la reina. Tú parece que estás en una situación más compleja, al ser un hombre de la cardenal que trabaja para la reina.

—Yo diría que trabajando para la cardenal trabajo para su majestad…

—¿Quién trabaja para la cardenal? —interrumpió Simeon, que apareció a espaldas de Henri.

Llevaba una larga bata de médico, como siempre, pero esta estaba limpia. También se había puesto un sombrero con la copa muy alta, pero era tan grandullón que el borde parecía más pequeño de lo normal; todo quedaba extrañamente desproporcionado. Llevaba una bolsa de cuero sobre el hombro, y del cinturón le colgaba un cuchillo de cirujano, largo y estrecho, en lugar de una daga.

—Yo —dijo Henri, echando una mirada a Agnez—. Soy ayudante de la arquitecta de la reina, pero fui nombrado por su eminencia. Y antes era uno de sus escribientes. De la cardenal, quiero decir. Durante unos días. Un primo mío me consiguió el puesto, y se lo agradecí mucho, pues no tenía nada de dinero. Menos que nada, dado que mis padres siempre habían tenido deudas.

—Supongo que en ese sentido yo también trabajo para la cardenal —respondió Simeon.

—¿Cómo? —exclamó Agnez.

Henri pareció sorprendido.

—¿Qué pasa, Agnez? Sé que los persevantes y los mosqueteros os vais haciendo tajos unos a otros de forma habitual, ya que os he remendado a muchos de vosotros en el hospital. Pero debes reconocer que, en realidad, la cardenal es la que ejerce toda la autoridad en Saranza…

—¡La reina decide delegar su autoridad en la cardenal! —le interrumpió Agnez.

—Bueno, quizá sí —concedió Simeon con tono conciliador—. En cualquier caso, tal como iba diciendo, yo también le debo mi puesto actual a la cardenal. O más bien a la capitana Rochefort…

—¿La capitana Rochefort? Anoche tuve una extraña conversación con ella.

Los tres se giraron ante aquella nueva interrupción, sorprendidos. Dorotea sonrió y bajó la cabeza, con cuidado para que no se le cayera el cuaderno de

papel y la caja de carboncillos que llevaba bajo el brazo.

—¿Y tú por qué…? —empezó a decir Henri, pero se detuvo.

Los rehusantes que estaban amontonando ladrillos los estaban mirando, y por la puerta —o alrededor, ya que resultaba igual de fácil— no dejaban de pasar operarios, mensajeros, jardineros y empleados de todo tipo, y cualquiera de ellos podría estar buscando a Henri para imponerle una tarea de parte de la arquitecta de la reina.

Aún peor, podría aparecer la arquitecta en persona.

—No podemos quedarnos aquí, o alguien me encargará algo que hacer. Ayer, cuando hablamos, pensé en mi habitación, pero en realidad no es más que un establo. Además, si alguno de los otros empleados está por ahí, podría resultar incómodo… Sin embargo, he encontrado un lugar privado. He llevado algo de vino antes, y lo he puesto a enfriar.

—Te seguimos —dijo Agnez, animada.

Les costó un poco llevarse a Dorotea de allí, ya que había empezado a dibujar la puerta y a los rehusantes con sus montones de ladrillos. Cuando consiguieron convencerla, con la promesa de Henri de que le mostraría una escena mucho más pintoresca, los llevó por una calzada pavimentada solo en parte, por el extremo del estanque reflectante (que aún no tenía agua, y que estaban revistiendo con unos azulejos esmaltados muy finos). Atravesaron lo que acabaría siendo césped y dejaron atrás una copia exacta, pero mucho más pequeña, del templo de Ashalael en la isla del Jardín, en el Leire, también en construcción, en dirección a un lago medio vacío y fangoso y un montón de enormes bloques de piedra en el extremo sur.

—Esta es la parte ornamental del parque —dijo Henri—. En el lado oeste hay un campo de frutales, una granja, etcétera.

—¿Vamos a subirnos a una piedra? —preguntó Agnez al acercarse, frunciendo el ceño—. ¿Por qué las han tirado aquí?

—No están tiradas. De hecho, están colocadas con el máximo cuidado —explicó Henri—. Cuando llegue el momento, las cubrirán con tierra y plantarán hierba. Venid al otro lado y veréis.

Rodearon el montón de piedras y vieron que por el lado que daba al lago las piedras se habían colocado formando una cueva, que ya tenía las paredes interiores rebozadas, el suelo pavimentado y una estufa de hierro con la chimenea hábilmente disimulada, saliendo por entre las piedras más altas. También estaba amueblada, en cierta manera, con sillas talladas a partir de bloques de piedra más pequeños, dispuestas alrededor de una mesa de piedra rectangular. Henri se había hecho con unas cuantas mantas para caballos

perfectamente nuevas y las había colocado a modo de cojines. También había visitado la tienda de vinos y había comprado varias garrafas de vino blanco de Jureau, que se conservaban perfectamente en la esquina más fresca de la cueva. Henri también había llegado a un acuerdo privado con los cocineros de la enfermería, y el vino iba acompañado de varias hogazas de pan fresco, tres quesos (dos curados, uno tierno, de Bascunia y Flarieu) y una docena de manzanas del norte, pequeñas y dulces.

—La Cueva del Ermitaño —anunció—. Un lugar muy romántico, aunque, cuando llueve y el viento viene de norte, dentro hay tanta agua como en el lago.

—La puerta de la muralla era mejor como motivo para el dibujo —dijo Dorotea—. No me gustan estos artilugios falsos. La muralla tiene un objetivo, y las puertas tendidas en el suelo tenían una simetría perfecta.

—¿Y qué te parecería dibujar el lago? —sugirió Simeon—. Esos rehusantes que pescan, o haciendo lo que sea que hagan, pueden ser un motivo interesante.

Media docena de rehusantes estaban metidos en el lago en línea recta, a unos cincuenta metros, con el agua fangosa hasta los muslos. Todos miraban hacia abajo, agachándose de vez en cuando para coger algo con las manos, o hundiendo unos palos cortos en el fondo.

Henri se los quedó mirando y se rascó la cabeza bajo el sombrero, echándoselo hacia un lado hasta que casi le llegó al hombro.

—Yo creo que lo que hacen es fingir que hacen algo, cuando en realidad están evitando el trabajo —dijo—. Aquí casi todos los trabajadores se esfuerzan en mostrarse ocupados en alguna actividad importante, sean rehusantes o no. Probablemente, debería ir a enterarme, si no fuera porque yo también estoy escabulléndome del trabajo.

Se sentó a la cabeza de la mesa, en la silla más majestuosa, sin duda destinada para que en un futuro la ocupara la reina o la cardenal, aunque en ese futuro estaría cubierta con refinados cojines y no con unas cuantas mantas de caballeriza dobladas para evitar el frío de la piedra. Agnez le sacó el tapón a una de las garrafas de vino. Después de echarse un chorro en el gaznate para aplacar la sed, llenó los sencillos vasos de madera que Henri había podido «tomar prestados» de la cocina temporal que atendía a los trabajadores del palacio. La cocina ocupaba una enorme tienda llena de goteras situada en el lugar que debía ocupar un huerto cercado por un muro, aunque de momento el muro no era más que un trazado de estacas clavadas al suelo y de líneas de tiza.

—Bueno, Dorotea, has dicho que anoche tuviste una conversación con la capitana Rochefort —dijo Agnez, una vez que estuvieron todos sentados y tuvieron un vaso en la mano, y después de que consiguieran disuadir a Dorotea de salir por ahí en busca de algo interesante que dibujar.

—Sí, se presentó en mi celda de la Torre —dijo Dorotea—. Creo que estaba intentando cortejarme…

Simeon se atragantó, Agnez bajó su vaso y Henri intentó actuar como si aquello no fuera noticia.

—Porque le recuerdo a una mujer que amaba —añadió Dorotea. Frunció el ceño—. No creo que fuera por mis encantos.

—Pensaba que era mayor —dijo Agnez.

—Es más joven de lo que parece —respondió Dorotea—. El precio de la magia angelical, por supuesto. Me dijo que solo tenía veintisiete años…

—Eso es bastante mayor —confirmó Agnez.

Aquello los llevó a una conversación en la que establecieron que ella era la más joven de los cuatro, por tres meses. Simeon era el siguiente, con dieciocho años y dos meses; Henri tenía dieciocho y medio, mientras que Dorotea era la mayor, ya que le faltaban unas semanas para los diecinueve.

—De hecho, hoy es su cumpleaños —comentó Dorotea—. Y, en cierto modo, es guapa.

—Sí, como un halcón salvaje —concordó Simeon—. Pero demasiado para estar segura. Entiendo perfectamente que parezca mayor, teniendo en cuenta el uso que hace de la magia. La he visto invocar a un ángel, aparentemente sin hacer ningún esfuerzo para concentrarse y sin plantearse el precio que tendría que pagar. Lo envió tras un asesino rehusante que le disparó en el río.

Aquello desató un vendaval de preguntas. Simeon tuvo que explicar todo el asunto del abestiado, el magíster Delazán y su posterior reclusión y viaje a la Fortaleza de la Estrella, así como el golpe de suerte con el que había conquistado su actual posición. No les dijo que había acordado informar a Rochefort de cualquier cosa interesante que ocurriera, aunque en varias ocasiones estuvo muy tentado de hacerlo.

El relato de Simeon llevó de forma natural al de Henri; todos querían saber cómo era la cardenal en persona. Se quedaron algo decepcionados cuando Henri les aseguró que en realidad no la había mirado a los ojos; lo único que recordaba era el color carmesí de su rostro, cubierto de una gruesa capa de maquillaje. Al igual que Rochefort, parecía mayor de lo que era y también invocaba a los ángeles con suma facilidad. Incluido el que la había ayudado a valorar lo útil que podía llegar a serle él.

—¿El ángel te miró dentro de la cabeza? —preguntó Agnez—. ¿Lo sentiste?

—No tengo muy claro qué es lo que hizo —dijo Henri—. No me dolió… Simplemente fue como una presencia fría en la mente…, y luego la cardenal supo cosas de mí, como que se me dan bien los números, algo que es cierto, y que sería fatal como asistente de un torturador; sabía que no podría trabajar en la Torre…

No acabó la frase; todos miraron a Dorotea.

—A mí nadie me ha torturado —dijo ella—. Todavía.

—¿Y por qué estás presa? —preguntó Simeon—. Y si eres presa, ¿cómo es que te dejan salir durante el día?

—Soy una invitada —dijo Dorotea, y les explicó el bosquejo de icono que había hecho y que había provocado que se la llevaran a la Torre; después Rochefort le había dicho que se debía a que Chalconte y la Doncella de Elanda habían sido esbozadores de iconos y a que se sospechaba que eso los había llevado a convertirse en herejes. Al menos en el caso de Chalconte. El de Liliath estaba menos claro.

—A mí me parece un exceso de precaución —dijo Simeon—. Que sepas hacer iconos de un modo diferente no significa que vayas a acabar construyendo estatuas extrañas y afirmando que la gente puede definir el campo de actuación de los ángeles y que no son inmutables.

—¿Es eso lo que hizo Chalconte? —preguntó Agnez—. Ayer oí hablar a alguien en el palacio sobre las estatuas de Chalconte. En el Palacio de la Reina, el de verdad, no este…

—Este es un palacio de verdad, o lo será —protestó Henri.

Agnez puso los ojos en blanco y prosiguió:

—El caso es que Franzonne, la adalid mayor de la reina, a la que conozco bien, dijo que esta mañana había saltado la alarma por algo que había acabado con un montón de rehusantes muertos; al menos uno de ellos se había convertido en un abestiado. En la cantera donde se supone que debían estar enterradas las estatuas de Chalconte, aunque salen a la superficie una y otra vez a causa de las inundaciones. Pero yo no sabía quién era Chalconte, y no era el momento de preguntar, puesto que la reina estaba a punto de pasar por ahí. ¿He mencionado que hoy he visto a la reina?

—Puede que haya salido en la conversación cinco o seis veces —dijo Henri—. Pero ¿quién es o quién era Chalconte? ¿Y qué son esas estatuas?

—Chalconte era un hereje creador de iconos que enloqueció —dijo Simeon—. Una de sus muchas herejías consistió en afirmar que si podía

conseguir que las estatuas funcionaran como iconos para invocar a un ángel, retendrían con mayor fuerza al ángel que representaban en el mundo mortal. Persistirían más tiempo y podría hacerse más cosas con ellos. No tuvo éxito, por supuesto, pero siguió esculpiendo en secreto durante años hasta que le descubrieron y fue ejecutado.

—¿Y tú eso cómo lo sabes? —preguntó Henri, que miró a Dorotea, que no había respondido a su pregunta sobre Chalconte, aunque sospechaba que conocía la respuesta.

Pero ella no estaba prestando atención.

—Leí sobre él porque creó un icono de Requaniel que es propiedad de mi familia y que ahora tengo yo.

—¿Un icono hecho por Chalconte? —preguntó Dorotea, dejando de mirar de pronto al grupito de rehusantes al otro lado del lago y concentrando toda su atención en Simeon—. ¿Lo llevas encima? ¿Puedo verlo?

—Claro —dijo Simeon. Vaciló antes de echar mano a un bolsillo interior oculto—. Es extraño que tenga la sensación de que te conozco tan bien que puedo hacer esto. Este icono es con mucho la posesión más valiosa de mi familia… En condiciones normales no permitiría que saliera de mi mano…

Dorotea cogió el icono con un gesto reverencial, girándolo para que la luz de la boca de la cueva lo iluminara.

—Nuestro… vínculo… es misterioso —dijo, ausente, acercándose el icono al ojo y luego alejándolo lentamente—. Pensaba que lo que teníamos en común era un ángel que conocíamos todos, pero ha quedado claro que no es así. Así pues, debemos preguntarnos qué otra cosa puede ser. Es interesante que todos seamos de una edad parecida, y todos bascones. Este icono es realmente extraordinario… No puedo imaginar siquiera cómo hicieron esas filigranas, a menos que sean obra de otro ángel… Sin embargo, siempre me han enseñado que la magia angelical no se puede usar para la creación de iconos.

—Todos somos bascones —dijo Agnez, que paseó la mirada alrededor de la mesa: miró al enorme Simeon, de piel negra; a Dorotea, pequeña y oscura; a Henri, pálido y pelirrojo; y luego miró sus propias manos morenas—. Y tengo la sensación de que sois todos… de mi familia. Pero está claro que no podemos estar emparentados. No nos parecemos en nada.

—Yo me había planteado que quizá podríamos ser hermanos de padre, ya que no podemos ser hijos de la misma madre, por nuestras edades, tan parecidas —dijo Dorotea, devolviéndole el icono a Simeon—. Pero me parece

muy improbable, por diversos motivos. Incluso con la despreocupación mostrada por mis padres en la elección de sus compañeros de cama.

—Imposible —dijo Henri. Hizo una pausa—. Bueno…, muy improbable. Mi padre nunca ha salido de Huaravael. Si abandonara su templo, lo arrestarían…, por sus deudas. Y no creo que tuviera aventuras.

—Yo creo que, si yo tuviera hermanos o hermanastros, mis padres me lo habrían dicho, sin más —dijo Simeon—. Ambos son magísteres en medicina, ambos son muy… directos… a la hora de hablar de esas cosas. Cuando cumplí catorce años me regalaron *Los caminos del amor*, de Janossa, e insistieron en que repasáramos juntos algunas de sus doscientas ilustraciones pintadas a mano…

—¿Aún lo tienes? —preguntó Henri.

—En casa, en Adianne —respondió Simeon.

—Los cuatro somos diferentes en todo —constató Agnez—. Yo también dudo que mi padre hubiera podido tener un hijo con otra. Mi madre lo habría matado, y él lo sabe.

—Supongo que tú has salido a tu madre, entonces —observó Henri.

—Ella también fue mosquetera de la reina —dijo Agnez, orgullosa—. Me enseñó todo lo que sé del arte de la espada.

—Ojalá yo hubiera nacido en tu familia —dijo Henri. Miró a Simeon—. O en la tuya. En la mía solo había demasiados hijos y una ausencia total de dinero. ¿Tus padres son ricos, Dorotea?

—Probablemente, mi madre lo sea, aunque es difícil decirlo. Le gusta vivir con sencillez —reflexionó Dorotea, que volvía a mirar al grupo de rehusantes—. Mi padre no es oficialmente mi padre. Es bastante excéntrico y ha ganado y perdido varias fortunas.

—¿Cómo se encuentra una fortuna? —preguntó Henri—. La verdad es que me gustaría saberlo.

—En su caso, cuando tiene dinero, lo da —dijo Dorotea, que miraba hacia la boca de la cueva, en dirección a la gente que estaba en el agua—. A veces, si lo usas bien, la gente te devuelve una cantidad aún mayor. Uno de esos rehusantes es el chico que ayer dejó caer la escalera. Lleva ropa diferente y una gorra, pero es él.

—Deberíamos hacerle un regalo —dijo Agnez, poniéndose en pie y acercándose a mirar—. ¿Qué están haciendo?

Una de los rehusantes había levantado una larga pértiga con un gancho curvo y afilado. La había sacado del agua. Era como una versión letal del cayado de un pastor. No dijo nada, pero los otros rehusantes se le acercaron.

Varios de ellos echaron una mirada a la cueva y luego la apartaron, como si en realidad no hubieran mirado.

—Están buscando algo —dijo Agnez.

—Eso es un bastón de alcantarillero —apuntó Simeon—. Los que rastrean las cloacas. Los he visto entrando y saliendo del gran desaguadero que da al Leire, cerca del hospital.

—No creo que haya ninguna cloaca aquí cerca —dijo Henri, que había tenido que estudiar los planos del Palacio Nuevo—. Aunque esta roca está atravesada por galerías… ¿Qué es lo que pretenden?

Como si nada, cuatro de los rehusantes cambiaron de posición formando una línea para bloquearles la vista desde la cueva. Los otros dos, al otro lado, estaban casi tirados sobre la superficie del agua, tanteando el terreno con los brazos.

—No quieren que sepamos qué están buscando —observó Agnez, y la mano se le fue a la empuñadura de la espada—. O qué han encontrado.

—¿Eso importa? —preguntó Dorotea, que había vuelto a coger su carboncillo y estaba ocupada haciendo un boceto de la escena, capturando con cuatro trazos rápidos la esencia de aquellas figuras de pie, de los tipos tendidos sobre el agua, las ondas que se extendían sobre la superficie.

—Más vale que vaya a ver —dijo Henri—. Si es algo importante y Dutremblay se entera de que he estado aquí y no he hecho nada…

Echó el cuerpo adelante para quitarse las botas, pero en ese mismo momento se oyó un disparo en el lago. Uno de los rehusantes retrocedió y echó a correr por el agua. Otro le perseguía, pistola en mano. Los otros desenfundaron sus dagas, se cruzaron golpes y cuchilladas al aire. Se oyó un grito de dolor.

Agnez se lanzó al agua, sin quitarse las botas, con la espada en la mano.

—¡Alto en nombre de la reina!

17

Henri siguió a Agnez al cabo de un momento, dando saltitos para volver a colocar bien el pie en el interior de la bota que a punto había estado de sacarse. Simeon cogió su bolsa y corrió por la orilla del lago hacia el rehusante que había sido disparado y a su perseguidora a cierta distancia, que se dirigían hacia el puente ornamental que cruzaba el canal del extremo norte del jardín.

Los otros rehusantes abandonaron su pelea y se alejaron por el agua, un par hacia la orilla oeste, claramente en dirección a los montones de madera serrada apilada para la construcción del futuro campo de justas, donde las pilas de tablones creaban un verdadero laberinto. La segunda pareja se dirigió directamente a la orilla este y, al llegar, fueron en busca del agujero de la muralla perimetral donde estaba previsto construir otra puerta de entrada imponente.

Dorotea se quedó en la boca de la cueva, dibujando la escena. Enseguida quedó claro que Agnez y Henri habían cometido un error metiéndose en el lago, puesto que eran mucho más lentos que los rehusantes, que no tenían el lastre de sus aparatosas ropas, por no hablar de botas o zapatos. En cuanto llegaron a la orilla, corrieron hacia el laberinto de tablones. El rehusante al que supuestamente habían disparado no tenía nada (evidentemente), o quizá fuera el miedo el que le impulsara, porque llegó al puente y desapareció por debajo, lo que dejaba claro que había algún pasaje oculto. Un minuto más tarde, su perseguidor fue tras él.

Viendo que ya no eran necesarios sus servicios, Simeon volvió atrás, justo en el momento en que Agnez y Henri llegaban al punto donde estaban antes los rehusantes, buscando lo que fuera, antes de ponerse a pelear unos con otros.

Ahora no quedaba ningún rehusante a la vista, y no había nadie más que mirara. Evidentemente, el ruido de un único disparo no bastaba para suscitar el interés de ningún obrero. Se suponía que habría guardias por ahí, pero como siempre el hecho de compartir las guardias significaba que el regimiento de turno a quien le tocara proporcionar los soldados nunca lo hacía, a menos que fueran a buscarlos por exigencia de la arquitecta, normalmente mediante un mensaje que llevaba Henri o uno de sus colegas.

Eso raramente ocurría, dado que el Palacio Nuevo estaba en medio de la Fortaleza de la Estrella. ¿De qué enemigos podrían tener que protegerse?

El objeto que habían estado buscando los rehusantes, y que luego había desatado la pelea, era un cuerpo de mujer. Curiosamente, no estaba flotando boca abajo, sino sentada, desplomada en el fondo. Agnez y Henri se quedaron pálidos al encontrarlo, y ambos se llevaron la manga a la nariz.

—¡Ah, qué peste! —exclamó Henri.

—No sabía que un cadáver pudiera oler tan mal —dijo Agnez.

—¿Tendríamos que sacarlo? —preguntó Henri—. Me pregunto por qué se pelearían por alguien que ya está muerto.

Agnez meneó la cabeza, con la nariz hundida en la manga.

—Yo soy mosquetera —dijo—. No enterradora ni ladrona de cadáveres. Y, desde luego, no voy a cambiar ahora, teniendo en cuenta que no he olido nada tan apestoso en mi vida.

—Así pues, ¿vamos a dejarla ahí, sin más?

—No es asunto nuestro —dijo Agnez.

—Probablemente sea asunto mío —replicó Henri, resignado—. En este palacio en proyecto, todos los trabajos asquerosos me tocan a mí.

—Yo la sacaré —dijo Simeon, acercándose por el agua. Arrugó la nariz, pero se limitó a eso—. Ese olor no es el hedor de un cadáver. Es la peste de las alcantarillas; efectivamente, debía de ser una alcantarillera. Pero, como siempre, con esos olores y tantos miasmas, puede haber riesgo de descomposición o de infección. No la habéis tocado, ¿verdad?

Agnez y Henri se echaron unos pasos atrás, negando con la cabeza al mismo tiempo.

—Id a buscar una de las mantas de la cueva y tendedla en la orilla —les pidió Simeon—. La pondré ahí.

—Yo iré a ver adónde han ido esos dos que se han colado bajo el puente —dijo Agnez. Se sacó una pistola del cinto y la cargó con un gesto ostentoso con la pólvora que llevaba en su bandolera—. Si siguen ahí, los sacaré de su madriguera.

—Probablemente, haya un túnel —replicó Henri, con un suspiro—. En este lugar, los hay por todas partes. Voy a por la manta.

Cruzó el agua hacia la orilla sur hasta la cueva, mientras Agnez se dirigía a la orilla norte. Simeon se prendió el icono de Requaniel en la bata con mucho cuidado y apoyó los dedos en él. Curiosamente, se puso a vibrar inmediatamente bajo sus dedos, como si el ángel al que estaba conectado no viera el momento de manifestarse. Aquello no le había pasado nunca. Simeon

estuvo a punto de retirar la mano. Pero entonces la vibración se volvió más lenta y desapareció.

—Requaniel, Requaniel, ven en mi ayuda.

El ángel se manifestó enseguida. Simeon lo sintió como si una explosión repentina de calor le invadiera el cuerpo, al tiempo que oía el sonido de numerosas cuerdas de arpa.

—*Requaniel está aquí. ¿Qué deseas? Si está a mi alcance, lo tendrás*.

—Protégeme de las cosas invisibles, los humores malignos que flotan en el ambiente —murmuró Simeon, repitiendo la fórmula de memoria—. Protege mi cuerpo y mi alma de cualquier daño.

—*Concedido* —dijo Requaniel—. *Hasta que me des permiso para marcharme, o hasta que me canse de este mundo*.

Simeon retiró lentamente los dedos del icono. Nunca había sentido a Requaniel tan presente, con una personalidad tan definida. De hecho, Simeon no recordaba que el ángel hubiera variado nunca sus respuestas, como acababa de hacer.

Se inclinó sobre el cadáver de la rehusante, aguantando la respiración y examinándolo antes de tocarlo; luego lo inclinó suavemente hacia un lado y hacia el otro, para ver mejor. Así pudo ver que era una mujer, muy pálida, bastante vieja, quizá de sesenta o setenta años. Observó que tenía el cabello ralo, recogido en seis o siete mechones pegados de algún modo al cuero cabelludo, estilo de peinado que había visto antes, pero no en mujeres ancianas. También tenía unas cuantas cicatrices en la cabeza, líneas pálidas contra la piel oscura. Pero eran viejas, no eran la causa de la muerte.

Apartando el rostro y respirando por la boca, Simeon metió las manos en el agua, la agarró por las axilas y la levantó suavemente. Pesaba mucho más de lo que esperaba, y vio que se debía a que tenía entre las manos una bolsa de cuero curtido con algo dentro. Aún tenía la correa alrededor del cuello, lo que contribuía a que la bolsa no se moviera.

Gruñendo por el esfuerzo, Simeon arrastró como pudo el cadáver y la bolsa que tenía colgando. Cuando llegó a la orilla más cercana, Henri ya había regresado con una manta, que había extendido en el borde. Simeon dejó sobre ella a la anciana y le colocó las piernas y la túnica gris de forma que pareciera que estaba dormida, pero tenía la palidez y el gesto vacío de la muerte. Le costó más moverle los brazos, ya que había empezado a aparecer el *rigor mortis*. Tenía la bolsa bien agarrada entre las manos.

—Ha muerto hoy mismo —le dijo a Henri, que seguía manteniendo la distancia, con el brazo frente a la cara, aunque la vista se le iba a la bolsa.

—¿Ahogada?

Simeon negó con la cabeza y puso una rodilla en el suelo para examinar el costado de la mujer. Por el lado, la túnica estaba desgarrada, y a través del agujero se veía la carne decolorada. Retiró la tela y vio un pinchazo profundo.

—Yo diría que la apuñalaron e intentó escapar, pero que se desangró cruzando el lago. A primera hora de esta mañana. Eso es algo curioso. Debe de haber estado boca abajo hasta que esos rehusantes la han sentado, o la habríamos visto antes… Me pregunto de dónde habrá llegado, y dónde iba…, y sobre todo cómo consiguió entrar en la Fortaleza de la Estrella.

—¿Qué llevará en la bolsa? —preguntó Henri.

—Pesa muchísimo, desde luego —dijo Simeon.

—Llevan una vida muy dura, y sus muertes también lo son —señaló Dorotea, que se había acercado sin hacer ruido, dejando el papel y el carboncillo en la cueva—. Los rehusantes, quiero decir.

—Pues sí —dijo Simeon—. Siempre me ha parecido un gran problema lo poco que podemos hacer cuando enferman o reciben heridas. Incluso en el hospital, o aquí, en la enfermería, nuestros propios celadores y criados, y sus familias.

Volvió a examinar la herida y señaló el coágulo de sangre de color rojo oscuro.

—Los rehusantes son iguales que nosotros, salvo cuando entran en contacto con la magia angelical —añadió Simeon—. Mirad, tiene la sangre roja. Nadie sabe explicar por qué con la magia angelical se convierte en un polvo gris, o por qué se convierten en abestiados. Por lo que yo sé, ni siquiera se lo cuestionan.

—Desafiaron al cielo y recibieron la maldición de su propio arcángel por sus pecados —dijo Henri—. Todo el mundo sabe que los rehusantes sellaron su propio destino.

—Eso no es cierto. Nadie sabe qué pasó realmente —dijo Dorotea, con una severidad que no era propia de ella—. Dudo que ellos tuvieran nada que ver. Simplemente, sufren las consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —preguntó Agnez, que ya había regresado, avanzando como siempre a medio camino entre un paso ligero y una carrera. No esperó respuesta—. Hay un túnel bajo el puente, con una reja cerrada con un candado. Supongo que ese segundo rehusante la cerró. Estaba medio inundada, así que quizá sea una especie de desagüe.

—Oh —dijo Henri—. Sí, hay un conducto de agua desde el río; eso debe de ser una ramificación. Está en unos planos separados. Para confundir a la

gente. Supongo que, si el río no va demasiado cargado, se podría entrar en la fortaleza por ahí. Más vale que informe de ello.

—¿Y qué es lo que estaban haciendo? —preguntó Agnez—. ¿Esta quién es? ¿Qué lleva en la bolsa?

—Vamos a ver —dijo Simeon.

Le desenredó la correa, levantó la bolsa y se la llevó a unos pasos de distancia, para luego dejarla en el suelo y abrir los cierres con sus dedos, grandes y diestros, sacando las correas de las hebillas, aunque el cuero estaba hinchado por el tiempo de remojo en el lago.

En el interior de la bolsa había un paquete envuelto en una tela impermeable, atado con numerosas vueltas de cordón encerado. Simeon sacó el paquete (por los esfuerzos que hacía debía de pesar bastante) y lo dejó en el suelo. Pero al acercarse, el icono que llevaba prendido de la bata tembló y se puso a vibrar de nuevo, y oyó claramente la voz de Requaniel en una exclamación de miedo, o quizá de sobrecogimiento…

Simeon se echó atrás rápidamente, al tiempo que Dorotea se echaba adelante. Hablaron casi a la vez:

—Hay un potente icono de…

—… Magia angelical.

Henri miró alrededor. Estaban solos: los más cercanos eran un grupo de rehusantes que trabajaban a las órdenes de un trabajador de la arquitecta; estaban de pie, rodeando una grúa colocada sobre uno de los montones de madera del campo de justas, ayudando a bajar una de aquellas enormes vigas al suelo. Pero si hubiera alguien con muy buena vista, o que sintiera la curiosidad y se acercara…

—Deberíamos llevarlo a la cueva —dijo Henri—. Y abrirlo allí.

—Si lleváis iconos encima, sería más seguro dejarlos fuera —dijo Dorotea —. Sea lo que sea lo que hay ahí dentro, tiene un poder extremo. Lo percibo.

—¿Puedes notar eso? —preguntó Simeon, que se tocó el icono y despachó a Requaniel, para luego volver a meterse el broche en el bolsillo del interior de su bata.

A continuación, recogió con cuidado el paquete y se lo llevó, manteniéndolo lo más lejos posible del cuerpo. Era extremadamente pesado para su tamaño, como si estuviera lleno de plomo.

O de oro, que evidentemente era lo que pensaba Henri, a juzgar por el modo en que lo miraba.

Dorotea asintió.

—Es una habilidad que… desarrollamos algunos creadores de iconos. Nos volvemos sensibles a la presencia de ángeles, aunque no hayan sido invocados. Si son de las órdenes más poderosas.

Lo dijo con seguridad, pero lo cierto es que solo sabía que ella era sensible a los iconos más potentes. Nadie le había dicho nunca que otros tuvieran su misma habilidad.

—No podemos dejar el cuerpo aquí —dijo Agnez.

—Doblad la manta y cubridla —dijo Simeon—. En la enfermería hay personal para el traslado de cadáveres. Haré que vengan.

—¿Qué hacen con los rehusantes muertos? —preguntó Agnez.

Simeon vaciló. A la mayoría de las personas les habría mentido, pero sentía que no podía hacer lo mismo con ellos.

—Bueno…, los que están en buen estado los diseccionamos, para aprender más cosas de la composición del cuerpo humano —dijo—. Pero este cuerpo lleva demasiado tiempo en el agua. Irá a las fosas-osario al sur de la ciudad.

—¿Y su familia… o sus amigos? —preguntó Dorotea—. Alguien habrá que pueda reclamar el cadáver…

—A menos que estén presentes en el momento de la muerte, no creo que nadie haga nada por…, *hmm*…, comunicárselo —reconoció Simeon, incómodo—. Y, en cualquier caso, los rehusantes acaban siempre en las fosas-osario. No está permitido enterrarlos en la Necrópolis o en Safavy. Y, por supuesto, no pueden ser inmolados por Ximithael.

—¿Por qué? —preguntó Dorotea—. No pueden convertirse en abestiados tras la muerte. Y la peste gris no puede atacar a alguien que ya esté muerto.

—Costumbre, supongo —dijo Simeon—. Así son las cosas.

—*Hmmm* —dijo Dorotea.

—Venga —dijo Henri—. Veamos qué hay dentro del paquete. Si hay un icono poderoso, debe de ser muy valioso, ¿no? Y pesa tanto…

—Deberíamos informar a alguna autoridad —dijo Agnez, mientras regresaban a la cueva—. Es muy raro ver a rehusantes peleándose tan abiertamente. Y tienen prohibido portar pistolas o mosquetes, así que mucho menos usarlos.

—Veamos primero que hay ahí dentro —dijo Henri.

Aceleraron el paso al acercarse a la cueva, hasta casi entrar a la carrera; Simeon apoyó el paquete sobre la mesa de piedra. Luego se abrió la bata y se sacó la cartera, que apoyó cuidadosamente en el suelo, junto al vino, en el rincón más fresco de la cueva.

—¿Alguien más lleva iconos? —preguntó.

—El mío lo tiene Rochefort —dijo Dorotea—. O habrá mandado a alguno de sus subordinados que lo meta en una caja en algún sitio, supongo.

—Yo solo tengo a Jashenael, en mi arcón, en el barracón —respondió Agnez.

—Yo también tengo mi icono de Huaravael en mi habitación —dijo Henri.

—Bueno, pues entonces podemos proceder —apuntó Simeon.

Todos le rodearon mientras sacaba el escalpelo y cortaba cada nudo con un movimiento breve y preciso. Cuando llegó al último cordón, dejó el escalpelo, hizo una pausa, abrió su bolsa y sacó un par de pinzas de madera.

—Oh, venga ya —le apremió Henri—. No te pares.

Simeon dio un paso atrás, extendió el brazo casi por completo y, con las pinzas, levantó la tela impermeable, al tiempo que cortaba el último cordón.

—Si es un tesoro, puede que esté en una trampa —dijo—. ¿No habéis leído *Rarezas y mecanismos*, de Def Iambard?

—No —respondieron todos.

—Def Iambard coleccionaba artilugios con extraños mecanismos —dijo Simeon—. Uno de ellos era un resorte cargado con una ampolla de veneno, en un paquete cerrado a presión como este. Cuando se cortaba la última cuerda, explotaba y reventaba, lanzando fragmentos de cristal cargados de veneno hacia todos los que estaban cerca. Echaos atrás y apartad la mirada.

Él también se echó atrás, todo lo que pudo. Luego abrió las pinzas. El paquete no se abrió de golpe, ni salieron disparados trozos de cristal envenenados. Simeon se encogió de hombros. Usando las pinzas levantó la tela, dejando al descubierto una segunda capa.

—Bien envuelto para protegerlo del agua —dijo—. Interesante.

Usando las pinzas, retiró la segunda capa, dejando al descubierto las esquinas y luego la totalidad de un pequeño cofre de bronce, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo por veinticinco de anchura y treinta de altura. Tenía algo de verdín por los bordes. En el centro había un pestillo, pero no había cerradura. Dorotea bajó la cabeza como si de pronto estuviera mareada. Se echó atrás, agarrándose a la mesa con ambas manos.

—Ahí dentro hay al menos un icono muy potente —susurró.

Todos guardaban silencio, absolutamente fascinados por el pequeño cofre de bronce. De la esquina de la cueva llegaba un tenue sonido, como el zumbido de un enjambre de abejas. Era la vibración de los iconos que Simeon

llevaba en su cartera. Volvió a usar las pinzas, corrió el pestillo y levantó la tapa.

El cofre estaba repleto de grandes monedas de oro, en unos montones perfectamente apilados.

—¡Oro! —dijo Henri—. ¡Oro!

—Hay un icono tremendamente potente bajo el oro —dijo Dorotea, convencida.

—¡Dobles delfines de Ystara! —exclamó Henri, cogiendo una moneda y dándole la vuelta—. ¡Valen noventa y seis libras cada uno! Debe de haber diez en cada montón. Y hay veinticuatro montones. Eso quiere decir veintitrés mil cuarenta libras…

Sacó unas monedas más, las sopesó y se rio, encantado. Por el hueco que dejó en el cofre vieron la esquina de un papel que estaba oculto bajo la capa superior de las monedas.

—¿Eso qué es? —preguntó Simeon, señalando con el dedo.

Las cabezas de los cuatro entrechocaron al acercarse a mirar.

—Una carta —dijo Dorotea.

—No deberíamos tocar nada de esto —dijo Simeon, preocupado—. Sin duda, pertenecerá a alguien…

—¡A nosotros! —exclamó Henri, ebrio de excitación.

Sacó más monedas, dejando la carta plegada a la vista. Tenía un lacre roto del que solo quedaba la mitad: un trozo de un par de alas de siete álulas y la parte superior de un escudo heráldico, tan roto y desfigurado que resultaba imposible de identificar.

—Siete álulas: es un arcángel. Debería ser el sello de un cardenal —observó Dorotea, señalando el lacre roto—. Pero es diferente… Tendrían que verse las puntas de una mitra coronada…, así que quizá no sea…

—Tenemos que informar a las autoridades —propuso Simeon, muy incómodo.

—¿Y a qué autoridades? —preguntó Agnez—. Primero leamos la carta.

—El papel parece viejo —dijo Simeon—. Puede que se descomponga. Deberíamos dejar…

—Es vitela, no papel —le interrumpió Dorotea—. Y está muy bien conservada.

—Puede que sea importante —dijo Agnez.

Se miraron unos a otros y luego todos observaron a Simeon, que asintió, no muy convencido, dando su consentimiento.

Dorotea sacó la carta con delicadeza y la apoyó en la mesa. Luego la desplegó. La vitela estaba en buen estado, pero el texto escrito se había borrado un poco con el paso del tiempo. Aún estaba legible, aunque eso tampoco los ayudaba mucho.

—No tiene sentido —dijo Dorotea, que empezó a leer en voz alta—: «Ho dfxhugr hud sru wrgrv orv lfrqrv…»

—Está en código —apuntó Agnez.

—Este es fácil —dijo Henri, mirando por encima del hombro de Dorotea —. Veamos…, las letras han sido desplazadas tres posiciones.

Los otros miraron a Henri, que se encogió de hombros.

—Siempre se me han dado bien los números. A ver… ¿Me dejas tu carboncillo y un papel?

Dorotea arrancó una hoja y se la entregó, junto con una barrita de carboncillo. Henri escribió el alfabeto y las letras correspondientes en el código. Luego, marcando las letras con el carboncillo, leyó el mensaje de la vitela.

—Muy bien. Dice: «El acuerdo era por todos los iconos. Para obtener todo el pago debes entregarme los tres restantes en persona. Quizá no sepas que tu hermana se ha unido a mí. Ya no estamos en Cadenz; no hace falta que vayas. Trae los iconos a mi nuevo templo de Palleniel Exaltado, en las cumbres gemelas, tres leguas al norte de Baranais. No me falles otra vez, ni me ocultes nada. Liliath». ¿Dónde está Baranais? —preguntó Henri.

Todos se encogieron de hombros. Nadie lo sabía.

—Liliath otra vez —dijo Dorotea—. Y estoy segura de que ahí hay un icono muy potente, bajo el oro.

—Bueno, veamos —dijo Henri.

Sacó más monedas y las apiló perfectamente. Cuando el cofre estuvo medio vacío, en el centro apareció un grueso paño plegado. Henri vaciló y miró a Simeon.

—No conozco ninguna trampa o artilugio que pueda esconderse en un paño doblado como ese —dijo Simeon.

—¿Estás seguro? —preguntó Henri.

Simeon dudó, pero Agnez se echó adelante y abrió el paño, dejando a la vista tres iconos rectangulares unidos por unos eslabones dorados en S. Los tres tenían el mismo tamaño, más o menos el de la palma de una mano. Aquellas placas de bronce dorado eran la obra de un verdadero maestro, y estaban bordeadas de diamantes montados en oro, dispuestos en una triple

fila, los más grandes en el borde exterior, medianos en la fila intermedia y un montón de minúsculos brillantes en el interior.

Básicamente, los ángeles representados eran humanos, pero lucían enormes alas de seis álulas, cuatro o cinco veces más grandes que su cuerpo. Uno llevaba una espada; otro, un escudo; y el otro, una corneta. El primero tenía el rostro y las manos de azabache; el segundo, de bronce rojo; y el tercero, de jade amarillo.

—Yamatriel, Samhazael, Triphiniel —murmuró Dorotea—. Tres de los doce principados de Ashalael. Aunque solo el icono de Samhazael está activo…

—¿Sabes quiénes son? —preguntó Simeon.

Era una pregunta retórica; claro que lo sabía. Él también los había reconocido inmediatamente, después de haberlos visto en docenas de libros y referencias.

—¿Cómo no iba a saberlo?

—¿Qué son? —preguntaron Henri y Agnez a la vez.

—¡Aparte de un increíble montón de diamantes! —añadió Henri, relamiéndose.

—Son tres de los Iconos de Diamantes de la reina Anne —dijo Simeon—. Forman parte del legendario Collar de la Reina.

Agnez se encogió de hombros. Henri no parecía entender.

—Son unos iconos muy famosos —dijo Dorotea.

—Los robaron hará cosa de un siglo de la Cámara del Tesoro del palacio —añadió Simeon—. «Propiedad privada de la reina».

—Ah —dijo Henri, cuya voz estaba ya despojada de toda la emoción que le había embargado solo un momento antes, ahora que la perspectiva de poder quedarse con aquella riqueza extraordinaria iba desapareciendo—. Bueno, quizás haya una recompensa…

—Hay que informar a la reina inmediatamente —dijo Agnez—. Iré yo… No, un momento… Más vale que yo me quede de guardia. Los rehusantes podrían volver.

—Supongo que sí, tenemos que decírselo a alguien —concedió Henri, resignado—. Quiero decir…, lo de los iconos, sin duda. Pero ¿qué hay del oro?

—Tenemos que contárselo todo —dijo Simeon—. Lo de los iconos, el oro y la carta. La gente de la cardenal ya me ha interrogado una vez, y no quiero repetir… De hecho, la cardenal también tendrá que saberlo… Ambas tienen

que saberlo. Pero con calma. Cuanta menos gente sepa esto, mejor. En particular, no deben saber que nosotros hemos tenido algo que ver.

—¡Pero habrá una recompensa! —protestó Henri—. ¿O no?

—Yo protegeré el cofre —dijo Agnez, sin hacerle ni caso—. Henri, tú has conocido a Sesturo, ¿verdad? De cuando has llevado mensajes por ahí.

—¿El mosquetero gigante? Sé quién es.

—Debería estar en nuestros barracones. Ve a buscarlo, dile lo que hemos encontrado y que venga aquí, y que avise también a Franzonne; ella puede hacer llegar el mensaje a la reina directamente.

—Supongo que puedo hacerlo —dijo Henri, no muy convencido. Aún estaba pensando en la posibilidad de una recompensa y en quién la podría conceder—. Aunque, en realidad, yo trabajo para la cardenal. Debería decírselo a monseñor. Aunque tendría que tomar un barco hasta el Palacio de la Cardenal…

—¿Quién es ese monseñor? —preguntó Agnez.

—Robard. El hombre de confianza de su eminencia.

—Probablemente, yo pueda hacerle llegar el mensaje más rápido —dijo Simeon, algo incómodo—. Después de interrogarme, Rochefort me dio un identificador. Si se lo enseño a cualquier persevante, será informada inmediatamente.

—¿Y por qué te dio eso? —preguntó Dorotea.

—Porque sospecha —respondió Simeon, sin más—. Creo que sospecha en general. Me dijo que le informara si veía algo raro, como cuando los rehusantes me salvaron del abestiado. Y esto desde luego es bien raro.

Dorotea asintió y se le cerró ligeramente el ojo izquierdo, señal inconfundible de que estaba pensando, muy concentrada.

—Otra vez los rehusantes —dijo—. Chalconte. Liliath. Rehusantes. Tengo la sensación de que debe de haber algún tipo de conexión…, y no tiene por qué ser algo bueno.

—¿Quieres decir que quizás no haya recompensa? —preguntó Henri, con tono quejoso.

—Estoy segura de que habrá algún tipo de recompensa —respondió Agnez, impaciente—. De la reina y de la cardenal. Es algo bueno, ¿no?

—Quizá no —dijo Dorotea, escéptica.

Los otros se la quedaron mirando.

—No estoy muy segura de que sea beneficioso en mi caso —dijo—. Pero me atrevería a decir que sería imposible dejarme fuera.

—¿Y por qué querrías quedarte fuera de esto? —preguntó Henri.

—Esos iconos… —respondió Dorotea— los creó Chalconte, el hereje. Y aquí estoy yo, sospechosa de tener alguna relación con cosas así, justo en el momento en que reaparecen. Dos de ellos han perdido su poder; sin embargo, no han sido destruidos. Eso no tendría que ser posible. Y luego está la carta de Liliath, con la que se supone que estoy relacionada de algún modo, aunque nadie se ha dignado explicarme cómo.

—Quizá podríamos evitar mencionar tu nombre… —empezó a decir Henri, pero Simeon le interrumpió:

—No. Ya os lo he dicho. Es muy probable que nos interroguen a todos.

—¡Pero no hemos hecho nada malo! —protestó Henri.

—Eso no ha impedido que la cardenal me metiera en la torre —observó Dorotea.

Todos guardaron silencio por un momento.

—Y yo que pensaba que por fin iba a ser rico —dijo Henri.

—Volvamos a meterlo todo en el cofre —dijo Simeon—. Reconoceremos que hemos mirado dentro, pero diremos que, en cuanto hemos visto los iconos, mandamos avisar a la reina y a la cardenal. No mencionaremos la carta, a menos que nos pregunten directamente por ella. Y otra cosa…

—¿Qué? —dijo Agnez, ansiosa.

—La conexión que sentimos —dijo Simeon—. Esa que es… como si nos conociéramos, la que hizo pensar a Dorotea que se debía a que habíamos invocado repetidamente al mismo ángel. No debemos mencionarla nunca, a menos que sea imprescindible.

Miró a los otros tres, y todos asintieron con gran solemnidad. Estaba claro que, fuera lo que fuera lo que los había unido, levantaría las sospechas de la cardenal, por lo menos.

—Quizá no podamos mantenerlo en secreto —dijo Simeon—, pero hemos de intentarlo. Voy a avisar a Rochefort. Cuanto más tiempo tarde en enterarse, más sospechoso parecerá todo esto.

—Si lo planteas así… —dijo Henri—. Yo iré a ver a Sesturo.

—Dile que se dé prisa —insistió Agnez, que desenvainó la espada y se apostó en la entrada de la cueva con gesto amenazante, mirando en todas direcciones, mientras Henri salía corriendo.

Simeon recuperó su cartera y salió tras él. En la cueva, Dorotea apoyó la barbilla en las manos plegadas y recreó con la mente aquellos tres iconos impresionantes, resistiéndose a la tentación de volver a abrir el cofre y mirarlos otra vez.

18

—Me han dicho que los artículos robados se han perdido, casi sin duda —dijo Liliath, entregándole a la agente de la guardia un pergamino con una meticulosa descripción—. Pero si existe la mínima posibilidad de recuperarlos, tengo que intentarlo. Pertenecieron a mi tatarataratatara…, bueno, a una antepasada mía muy lejana, y tienen un gran valor sentimental, aparte del valor del oro y de las gemas.

—¡Una recompensa de diez mil libras! —observó la teniente, una mujer de gesto hosco y piel cetrina cuyo morrión mellado indicaba que tenía más experiencia en peleas de taberna que en la resolución de delitos—. ¡Señora, tendréis a toda la guardia de Lutacia escudriñando cada casa de empeños, cada madriguera de ladrones y cada joyería de la ciudad!

—Eso es lo que espero —dijo Liliath—. En la segunda página están detallados los iconos, y las monedas también son muy distintivas, delfines dobles de oro de Ystara.

—*Hmmm,* «tres iconos antiguos en bronce dorado y oro, con diamantes en los bordes» —leyó la teniente—. ¿No sabréis qué ángeles están representados? Eso serviría de ayuda.

—No los he mirado desde que era niña —dijo Liliath—. Lo que sé es que no son ángeles comunes albanos, eso seguro. Pero yo no soy maga.

—Bueno, con los diamantes resultarán más fáciles de reconocer —dijo la teniente—. Aunque, probablemente, ya los hayan separado y los hayan vendido individualmente. Así pues, tenemos esos tres iconos… y el oro… Eso no será fácil de recuperar; lo habrán fundido. En cualquier caso, las monedas de Ystara no son tan raras…, y luego, veamos, un juego de damas de plata, con grabados de reinas e infantes albanos, en un estuche de madera de sándalo. Eso será fácil de encontrar, si se pone a la venta. ¿Todo estaba junto, decís?

—Sí, ha sido un descuido por mi parte, capitana —dijo Liliath—. Aunque subí la mayoría de mis objetos de valor a la cámara acorazada de arriba, se me quedó un pequeño cofre de bronce y un juego de damas en un arcón de viaje que tenía en la bodega. ¡No tenía ni idea de que esos…, esos apestosos delincuentes… pudieran entrar cavando desde las cloacas!

—Alcantarilleros —dijo la teniente, frunciendo el ceño—. Son lo peor de los rehusantes. Cada mujer, cada hombre y cada niño son ladrones y asesinos. —Vaciló un momento y prosiguió—. Existe la posibilidad, señora, de que contactando directamente con el Rey de las Sombras…

—¿El Rey de las Sombras?

—El nombre se lo ha puesto él, por supuesto —se apresuró a precisar la teniente—. El líder de las bandas criminales. Rehusantes, en su mayor parte. Si se le ofreciera una recompensa… a través de intermediarios que conocemos…

—¿Qué? —preguntó Liliath, mostrándose más que ofendida—. ¿Me estáis sugiriendo pagar a los ladrones que me robaron mis preciadas posesiones?

—Eh…, no —masculló la teniente.

—Aumentaré la recompensa hasta las veinte mil libras si los culpables son apresados y ejecutados…, siempre que se me devuelvan también mis posesiones, claro —dijo Liliath, con frialdad—. Podéis marcharos.

—Sí, *milady* —respondió la teniente, que bajó la cabeza y se fue, algo desconcertada.

Bisc salió de detrás del biombo, frunciendo el ceño.

—¿Y esto no atraerá la atracción de la cardenal? ¿No era precisamente lo que tanto deseabais evitar?

—Desviará su atención hacia una exiliada albana —dijo Liliath—. Estarán muy ocupados investigando mis supuestos contactos albanos. Y también me proporcionará acceso a la reina. Eso me ayudará a asentar los cimientos del ejército que nos llevará de vuelta a Ystara.

—Si todo sale tal como lo habéis planeado —dijo Bisc.

—Si la mayoría de cosas salen bien —matizó Liliath—. No hace falta que todo salga bien. ¿Has tenido noticias de la gente que se ha deshecho de la Lombriz?

Bisc frunció el ceño.

—Heshino volvió hace unos minutos, pero los otros aún no han regresado, lo cual es raro. No obstante, por lo que dice Heshino, parece que el numerito del lago salió como habíamos planeado, al menos. Los cuatro se llevaron algo del cuerpo a la cueva ornamental; tuvo que ser el cofre. Y luego, unos minutos después, Dupallidin y MacNeel salieron, a toda prisa, en dirección a la puerta sur. Los seguiremos desde allí.

—*Hmm*. Ambos son hombres de la cardenal, en cierta medida —dijo Liliath—. Esperaba que la mosquetera al menos fuera a informar a la reina.

Aun así, puede ir bien; no me imagino a Duplessis ocultándole algo así a Sofía. Pero, si lo hace, podemos asegurarnos de que se entera de todos modos. Y el rey también; hemos de asegurarnos de que todos lo saben, para que sientan la tentación.

—¿Y qué hacemos si las cosas no salen como esperamos? ¿Y si os arrestan? ¿Y si os llevan a la Torre?

—Entonces debes rescatarme, querido Biscaray —dijo Liliath, tirando de él para acercárselo y besándole suavemente en la frente.

Agnez los vio en cuanto empezaron a aparecer de debajo del puente. Primero uno, luego otro, hasta que surgieron cuatro rehusantes, todos ellos armados con las pértigas con gancho de alcantarillero, que emitían un brillo mortal a la luz de la tarde. Luego aparecieron dos rehusantes más, evidentemente prisioneros, ya que tenían las manos atadas a la espalda. Agnez no estaba segura, pero le pareció que eran los dos que habían huido por allí un poco antes.

—¿Qué? —murmuró para sus adentros.

Salieron otros cuatro rehusantes armados con pértigas. Todos avanzaron hacia el sur, empujando a los dos prisioneros para que caminaran.

Ocho contra una quedaba algo por encima de la proporción que se consideraba capaz de gestionar. Tres contra una, sin duda. Cuatro contra una, quizá. Tenía dos pistolas, y podía dar cuenta de dos de los enemigos a distancia… Aunque quizás ellos llevaran las mismas armas, dado que antes uno de ellos había infringido la ley que prohibía a los rehusantes el uso de armas de fuego. A dos más, al menos, podría liquidarlos con la espada…, pero eso le dejaba a otros cuatro, armados con aquellas largas pértigas con gancho, que tenían un gran alcance…

—¡Dorotea! ¿Sabes luchar?

—¿Qué? —respondió ella desde el interior de la cueva.

—¿Sabes luchar?

—¿Nunca has visto las revueltas de los bachilleres de Belhalle? —preguntó Dorotea, que se situó junto a Agnez y parpadeó para protegerse de la luz del sol.

—No, y eso tampoco responde mi pregunta —replicó Agnez, sin quitar el ojo a los rehusantes—. Se habían detenido otra vez, habían puesto a los prisioneros de rodillas, metidos en el agua, y se habían situado a su alrededor, en círculo.

—Sé luchar —dijo Dorotea—. Aunque prefiero no hacerlo. Y solo tengo mi cuchillo de comer. Supongo que podría recoger unas cuantas piedras. Tengo buen brazo y bastante buena puntería con la pistola, si me la…

—Yo tengo muy buena puntería, así que estas me las quedo —dijo Agnez.

La docena de rehusantes de pronto se puso a golpear a los prisioneros con sus pértigas, sumergiéndolos en el agua, en una frenética matanza que duró unos pocos segundos.

—¿Qué…? —preguntó Dorotea.

Agnez cogió aire, preparándose para luchar si se acercaban. Sin embargo, de pronto, los rehusantes interrumpieron los salvajes golpes y los doce volvieron atrás hacia el puente, donde desaparecieron, aunque antes de hacerlo el último hizo una pausa, se giró y escupió a los cuerpos.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé… Pero parece que no tienen intención de recuperar el tesoro —dijo Agnez—, lo cual me parece bien, dado que son demasiados.

—Si vuelven, siempre podemos correr —planteó Dorotea—. Incluso cargando con el cofre.

—Los mosqueteros no huyen —respondió Agnez.

—¿Deberíamos ir a echar un vistazo? ¿Ver a quién han matado?

—No —dijo Agnez—. Esos alcantarilleros podrían estar ahí mismo, en el túnel, esperando para tendernos una emboscada. Es mejor esperar a que lleguen los refuerzos.

—Pensaba que los mosqueteros nunca huían —dijo Dorotea.

—Y no lo hacemos. Pero tampoco somos tontos a la hora de escoger a quién atacamos… Oigo un caballo.

Dorotea ladeó la cabeza y oyó el repiqueteo de unos cascos sobre la tierra desnuda donde un día habría césped, acompañado del tintineo de los arneses. Unos momentos más tarde, vio un solo caballo con su jinete trotando por la ladera de la colina artificial, una presencia espléndida, vestida de escarlata, con un fajín dorado y una pluma roja en el sombrero.

—Rochefort —dijo Dorotea, y sonrió levemente, sin darse cuenta siquiera de que lo hacía.

—Yo esperaba que Sesturo llegara antes con los mosqueteros —murmuró Agnez, que levantó la espada y apoyó la hoja en el hombro.

Recordó su ensoñación, la primera vez que había oído hablar de Rochefort, «asesina de mosqueteros», y pensó que un día ella, Agnez Descaray, le haría pagar a aquella persevante por sus crímenes. Y a eso se

sumaba cómo había tratado a Dorotea y a Simeon, recluyendo a una y sometiendo a interrogatorio al otro.

Endureció el rostro y fijó la mirada. Rochefort paró el caballo justo delante de la abertura de la cueva, levantando una buena nube de polvo. Dorotea tosió, pero Agnez no hizo caso. Se quedó allí de pie, mirando a Rochefort como si la recién llegada fuera a pedirle indicaciones sobre un florista del barrio, o algo así.

—El doctor MacNeel me ha hecho llegar la noticia de un descubrimiento —dijo Rochefort. Sus ojos, fieros y fríos, pasaron de Agnez a Dorotea, y viceversa—. ¿Dónde está?

—Ha ido a enviar el mensaje y no ha vuelto —respondió Agnez, arrastrando las palabras—. Supongo que sigue ahí.

—¿Y el descubrimiento?

—Dentro —dijo Agnez—. Como veis, custodiado por los mosqueteros de la reina. Así pues, no es asunto vuestro.

—¡Agnez! —le susurró Dorotea.

—Eres una insolente —dijo Rochefort—. Incluso para ser mosquetera. Aunque no me gusta demasiado tener que dar lecciones, parece que una vez más uno de los vuestros requiere que le enseñen lo que es la buena educación. ¿Me equivoco?

Agnez se encogió de hombros muy lentamente y la miró con insolencia.

Rochefort suspiró, levantó una pierna y bajó de su montura. Le dio una palmadita suave en el cuello con dos dedos. El caballo siguió unos pasos hacia delante, se giró a mirar y bajó la cabeza para mordisquear uno de los pocos penachos de hierba que crecían dispersos a orillas del lago. Rochefort se sacudió el polvo de los pantalones, flexionó los dedos y desenvainó.

—Supongo que primero debería preguntarte cómo te llamas —dijo—. Para la lápida.

—No hay necesidad de todo esto —dijo Dorotea, indignada—. ¡Enviamos mensajes a los persevantes y a los mosqueteros para evitar precisamente esto! ¡Agnez, sé civilizada! Rochefort, no creo que queráis matar a otra cadete…

—Me llamo Descaray —dijo Agnez, con rabia, haciendo caso omiso a Dorotea—. Y no creo que una persevante de la cardenal tenga nada que enseñarle a una mosquetera de la reina, desde luego no en cuestión de modales.

—Bascona, supongo —replicó Rochefort—, a juzgar por la jactancia y por el hedor a granero…

—¡Yo también soy bascona! —protestó Dorotea, pero ninguna de las dos la oyó.

Ambas se movieron al mismo tiempo: Rochefort lanzó la espada hacia delante, en dirección al corazón de Agnez, que desvió el golpe, para buscar después la cabeza de Rochefort con la suya. Rochefort esquivó el golpe con un movimiento ágil y fluido, y bajó la hoja de la mosquetera con la suya, al tiempo que alargaba su largo brazo izquierdo y agarraba a Agnez por el tabardo, desequilibrándola.

Agnez salió disparada hacia delante. El tabardo se le subió por encima de la cabeza, llevándose el sombrero consigo y cegándola por un momento. Pasó un segundo terrible en el que esperaba sentir el doloroso pinchazo de una estocada mortal en la espalda. Pero el impulso la había llevado lo suficientemente lejos como para evitar un ataque inmediato (o quizá Rochefort había decidido no lanzarlo), porque pudo girarse justo a tiempo para detener diversos mandobles y embestidas, ganando espacio a cada golpe.

Pero, por mucho que retrocediera, Rochefort se le echaba encima. La hoja de la persevante hizo un quiebro, abriéndole una herida a Agnez por encima del codo derecho. Un corte que no tenía un peligro inmediato, ya que ella combatía con la izquierda, pero que era un presagio de lo que le esperaba. Agnez sintió que el mundo se le caía encima al darse cuenta de que Rochefort era más hábil que ella con la espada, y que podría matarla con unas cuantas estocadas más. Pero justo en ese momento le vino a la cabeza el consejo de su madre para situaciones como aquellas, cuando debía enfrentarse a un enemigo superior: «Cambia de terreno, porque es lo único que puedes cambiar».

Paró otro golpe y esta vez no retrocedió, sino que se lanzó hacia el lado, dio cuatro pasos a la carrera y se subió al bloque de piedra más grande, al borde de la colina artificial. Desde allí saltó a una roca más alta, donde se giró y se preparó para el siguiente ataque de Rochefort, sin hacer caso a la sangre que iba goteándole por la manga, colándose por entre los pliegues de ropa.

El ataque no llegó. Rochefort se quedó mirando a Agnez, pero Dorotea se había colocado delante de la persevante, con los brazos bien abiertos.

—Ya basta —dijo Dorotea, sin levantar la voz.

—¿Por qué te importa esa mosquetera? —preguntó Rochefort, con la cicatriz que le cruzaba el rostro blanca como la cal y la comisura de la boca temblándole de rabia contenida.

—Una amiga —respondió Dorotea con tranquilidad—. Yo creo que matáis con demasiada ligereza, Camille.

—¿Cómo es que sabes mi nombre? ¿Y cómo te atreves a usarlo para dirigirte a mí?

—Le pregunté a Madre, en la Torre. Y vos me habéis llamado Dorotea.

Agnez abrió la boca para incitar a su oponente, para que siguiera el duelo, pero la cerró de golpe en un acceso de sentido común, que, sumado al dolor del brazo, consiguió aplacar su belicosidad, quizá por primera vez en su vida. Agnez sabía que un día tal vez pudiera derrotar a Rochefort, pero primero tenía que llegar a ser más rápida y más hábil. No dudaba de que lo conseguiría, pero para ello debía conservar la vida.

A Rochefort no se le pasó por alto el leve movimiento de la boca de Agnez, y el sonido de sus dientes al cerrarla otra vez.

—¿Querías decir algo, mosquetera?

—No —dijo Agnez, esta vez convencida. Se señaló la herida—. Habéis vencido a primera sangre, ser. ¿No os basta?

Rochefort meneó la cabeza lentamente.

—Venid a ver lo que hemos encontrado —dijo Dorotea, alargando el brazo para coger a Rochefort de la mano izquierda.

La persevante quiso zafarse, sin dejar de mirar a Agnez, pero Dorotea movió la mano buscando la suya hasta que lentamente los dedos de Rochefort se curvaron en torno a los de Dorotea. Al cabo de un momento, la persevante apartó la mirada de Agnez, como si hubiera olvidado por completo a su oponente. Envainó la espada y dejó que Dorotea la llevara a la cueva. Se pararon un momento en el exterior. Dorotea murmuró algo. Mientras entraban a la cueva, Rochefort empezó a quitarse los anillos con iconos.

Agnez también envainó su espada y se sentó en el bloque de piedra. Apoyó la cabeza en las manos y jadeó. Sentía que le faltaba el aire, y los brazos y las piernas le ardían. Eso, aparte del dolor pulsante que le producía el corte del brazo. El esfuerzo realizado solo para evitar los ataques de Rochefort, sin ser capaz siquiera de devolverlos, la había agotado más que cualquier combate anterior.

—¡En duelo contraviniendo los edictos!

Agnez irguió la cabeza de golpe y se puso firme. Conocía aquel vozarrón.

Sesturo estaba del otro lado de la loma y (lo que era peor aún para Agnez) también Franzonne, acompañados de una docena de mosqueteros, con Henri en la retaguardia. Henri le hacía gestos con la mano, preocupado, pero Agnez solo tenía ojos para sus dos superiores.

—Te hemos visto enfrentándote a Rochefort —dijo Sesturo—. Me sorprende mucho que sigas respirando y que apenas tengas un rasguño.

¿Quién es esa joven que se enfrentó desarmada a la capitana de su eminencia?

—Dorotea Imsel. Una bachiller de Belhalle.

—Es valiente —dijo Franzonne.

—Sí que lo es —dijo Agnez—. Pero yo me las habría arreglado sola.

Bajó de los bloques de un salto y recogió su sombrero y su tabardo. Franzonne y Sesturo intercambiaron una mirada.

—No, no te las habrías arreglado —dijo Franzonne—. Eres muy hábil con la espada, Descaray, pero aún no has alcanzado la perfección necesaria para enfrentarte a alguien como Rocherfort. Seguiremos practicando.

—Si te vas a liar a patadas con una colmena de avispas —dijo Sesturo— más vale que estés preparada para enfrentarte a las avispas.

—Me insultó —replicó Agnez, airada—. Y a los mosqueteros de la reina.

—Muerta, a su majestad no le sirves de nada. Quizá deberías recurrir más a tu ingenio y menos a la espada —dijo Franzonne—. ¿Cómo era eso que te había dicho tu madre?

—«Más como Truffo, y menos como Humboldt» —respondió Agnez, con las mejillas encendidas.

Aquello era toda una reprimenda, aunque se la hubieran dado con delicadeza.

—Buen consejo —observó Sesturo—. Bueno, ese ayudante de la arquitecta de la reina dice que tú… y tus amigos habéis encontrado algo muy importante. ¿Podemos verlo?

—Por supuesto —dijo Agnez, quitándose el sombrero y señalando la entrada de la cueva—. En el interior, sobre la mesa. Un objeto desaparecido hace tiempo, propiedad de su majestad.

—Eso nos han dicho —apuntó Franzonne—. Y, siendo así, supongo que va a venir más gente a celebrar el hallazgo. Vamos a ver antes de que esto se llene de gente.

—Tendréis que dejar todos los iconos que llevéis en la entrada de la cueva —sugirió Henri—. Para que no les afecte la proximidad del icono del principado que hay dentro.

Franzonne parpadeó varias veces, se quitó el sombrero e hizo un gesto con él a modo de agradecimiento. Luego trazó con la mano un semicírculo en el exterior de la cueva y señaló el cuerpo bajo la manta de los establos, a cierta distancia.

—Gatesby, monta guardia aquí, y que Degraben y Hroth vigilen el cadáver de esa rehusante. Nadie debe acercarse, salvo los oficiales. Decidles que entren y…, ah…, advertidles sobre los iconos.

Henri tosió e hizo un gesto con la mano, levantándola muy por encima de su cabeza.

—Ah, y dejad que entre también el médico grandullón, que es uno de los que ha descubierto esto —añadió Franzonne. Señaló la herida de Agnez—. Supongo que te coserá esa herida.

Agnez echó la vista más allá de los mosqueteros. Una docena de persevantes de la cardenal se acercaban, y la cabeza de Simeon sobresalía por encima incluso del penacho del más alto de los soldados. Él la vio, se señaló el brazo y cogió su bolsa, dejándole claro que tendría que curarle el corte. Simeon tenía ojo hasta para la mínima mancha de sangre, pensó ella, antes de bajar la vista y darse cuenta de que no era tan pequeña. Ahora tenía toda la manga oscura, y había incluso una huella roja de su mano en la pálida roca en la que se había apoyado para subir. Detrás de Simeon venía un persevante que tiraba del caballo de Rochefort, que había salido huyendo al galope al empezar el duelo, y tras ellos iba un grupo de soldados de la guardia capitalina con una teniente con el casco mellado a la cabeza; varios caballeros del rey mezclados con unos cuantos artilleros de casaca naranja; un grupito de albañiles y carpinteros de blanco y de azul, y, por último, un par de docenas de rehusantes que los seguían a todos.

—Las noticias circulan rápido —murmuró Henri, llegando a la altura de Agnez—. Sobre todo cuando incluyen la palabra «tesoro». ¿Cómo se te ha ocurrido enfrentarte a Rochefort? ¡Simeon! ¡Simeon! ¡Va a perder el conocimiento!

—¡No es verdad! —protestó Agnez, indignada, aunque había estado a punto de caerse sobre su amigo—. Simplemente, estoy cansada.

19

—¿Son los de la reina? —preguntó la teniente de la guardia capitalina, contemplando los iconos, expuestos otra vez sobre la mesa, junto a las monedas perfectamente apiladas, y la carta a su lado. El cofre estaba vacío y lo habían examinado por si tenía algún compartimento secreto—. Pero nosotros hemos recibido una denuncia de una noble albana diciendo que le habían robado precisamente esos iconos bordeados de diamantes, y hay una recompensa. ¡De… diez mil libras!

Un murmullo de asombro recorrió la cueva, hasta que la apremiante voz de Rochefort lo interrumpió:

—¿Una noble albana? ¿Cómo se llama? ¿Y cuándo recibisteis esa noticia?

—*Lady* Dehiems —dijo la teniente, rascándose bajo el casco mellado. Echó una mirada a Rochefort y luego a Simeon, que levantó una ceja, recordando su último encuentro—. Ha denunciado el robo esta mañana. Eran de su no sé cuantas veces tataratataraabuela, ha dicho. Esos tres iconos, con los diamantes, y un juego de damas. ¿Alguien lo ha visto? ¿No? Bueno, el oro parece que está todo. Compró la Casa Demaselle al viejo *lord* Demaselle. Los alcantarilleros se le colaron en las bodegas cavando desde las cloacas, de eso ya no queda duda. La rehusante muerta junto al lago, la que llevaba el cofre, ¿sabéis quién es?

—No —respondieron Rochefort y Franzonne a la vez.

—La llamaban la Lombriz —dijo la teniente, con un mohín—. Ocupaba un puesto importante en el Clan de las Sombras. Quizás incluso fuera la reina de la Noche, nunca lo hemos tenido claro. ¿Y esos otros dos ahogados? Gente del Clan de las Sombras, pero no alcantarilleros; eran ladrones de la banda de la plaza Demarten. Se distinguen porque los alcantarilleros suelen tener la piel de las piernas siempre húmeda, como unas gachas viejas, con costras y bultos…

—¡Ya basta! —estalló Rochefort.

—Solo digo que tenemos dos tipos de delincuentes, ambos rehusantes. Que se enfrentaron. Una tenía el botín; los otros intentaron quitárselo.

—Yo no he oído hablar de esa noble albana —dijo Franzonne.

La teniente puso los ojos en blanco.

—Es de una belleza extraordinaria, incluso con el tocado de viuda calado…

—No me interesa especialmente su aspecto —la interrumpió Franzonne —. ¿Por qué no he oido hablar de ella?

—Ha llegado a Lutacia hace poco. He preguntado por ahí. Tenía un marido en Alba (mucho mayor que ella) que murió. Hay quien piensa que ella lo mató, o que propició su muerte, y él era pariente del príncipe. Así que tuvo que marcharse. Es muy rica y muy guapa, pero no entiendo cómo podía tener esos iconos, si pertenecen a la reina…

—Eran de la reina Anne —dijo Franzonne—. ¿No habéis oído hablar de los Iconos de Diamantes? ¿Del Collar de la Reina? ¿Robados hace ciento treinta y dos años?

—No —respondió la teniente, imperturbable—. Yo no había nacido.

—Debemos investigar todo esto —dijo Rochefort, que empezaba a impacientarse—. Llevaré el cofre y su contenido a su eminencia la cardenal…

—Es propiedad de la reina y debe ir a la reina —la interrumpió Franzonne.

—Por algún motivo, dos de los iconos se han… disociado de sus ángeles, pero no se han desintegrado ni pulverizado —apuntó Rochefort—. Es evidente que es asunto del templo. Y en cuanto a la carta, supongo que estaréis de acuerdo en que no hay nadie mejor que los escribanos de su eminencia para descifrar el código. Me lo llevaré todo.

—¿Qué hay del oro, al menos? —preguntó la teniente—. Debería llevármelo y devolvérselo a *lady* Dehiems.

—Por la recompensa, sin duda —respondió Rochefort, burlona—. Eso, si no se os pega a los dedos y no llega a su destinataria. Tal como he dicho, todo esto debe investigarse. Me lo llevaré todo.

—No lo haréis —insistió Franzonne—. Los iconos son propiedad de la reina, aunque lleven mucho tiempo extraviados.

Rochefort acercó la mano a la empuñadura de su espada. Franzonne apoyó delicadamente el dedo índice en la guardia de la suya, con los otros tres en un delicado equilibrio para desenvainar a la máxima velocidad. Todo el mundo sentía la tensión en la cueva, que se extendió al momento por las tropas destacadas en el exterior, que se separaron en grupos, todos listos para sacar sus armas.

Sesturo se echó a reír estentóreamente; sus carcajadas resonaron en la cueva como el disparo de un cañón o un trueno.

—¡Mirad qué escena, peleándonos como perros por un hueso de carnero! —dijo—. Mandemos noticia a su majestad y a su eminencia, esperemos sus órdenes y mientras tanto remojemos la garganta con ese vino que veo en la esquina.

Rochefort vaciló un momento, pero luego asintió.

—Muy bien —accedió.

Le hizo un gesto con un dedo a un persevante, que acudió a la carrera y acercó la oreja. La capitana le susurró al oído el mensaje que quería que transmitiera a la cardenal. Franzonne llamó a un mosquetero para comunicarle su mensaje a la reina.

—¿Estáis seguros de que estos son los Iconos de Diamantes que pertenecieron a la reina Anne? —preguntó la teniente de la guardia con tono quejumbroso, mientras Henri servía vino a los oficiales.

Simeon, Agnez y Dorotea se mantuvieron todo lo apartados que pudieron, sin protestar por la usurpación de sus sillas y de sus vasos. No les hacía falta discutir para saber que lo mejor que podían hacer era mantenerse lo más apartados que pudieran del curso de los acontecimientos.

Estaba claro que la teniente de la guardia no se resignaba a quedarse sin la recompensa que evidentemente ya consideraba suya.

—¿Y no podría haber otros iconos que tuvieran todos esos diamantes en los bordes?

—Estos tres forman parte, sin duda, de los doce iconos del Collar de la Reina —dijo Dorotea, que dio un paso adelante, pese a que Simeon intentó agarrarla para que retrocediera y se mantuviera en silencio—. Estoy segura de ello. ¿No veis que son de metal grabado, no pintado? Además, el trabajo de Chalconte es inconfundible, aun sin diamantes.

Simeon miró a Rochefort con el máximo disimulo posible. Observó que la persevante parpadeaba al oír el nombre de Chalconte.

—Ah, la valiente bachiller —dijo Franzonne, acercándose y bajando la cabeza para mirarla a la cara—. Te hemos visto plantarte frente a la espada de Rochefort. Poca gente haría algo así.

—¿De verdad? —preguntó Dorotea—. Me pareció que era lo único que podía hacer en ese momento. No quería que matara a Agnez. Además, en realidad, no corría peligro, ya que, en cierto modo, estoy bajo la responsabilidad de la capitana Rochefort.

—¿Qué quieres decir?

—Soy invitada de la cardenal —respondió Dorotea—. En la Torre.

—¿Ah, sí? —preguntó Franzonne, echando una mirada a Rochefort—. ¿Una bachiller de Belhalle prisionera en la Torre? ¿Por qué?

—No es prisionera —replicó Rochefort—. Es una invitada de su eminencia. Por eso tenía libertad para pasear por aquí, entre ladrones rehusantes y… gente de todo tipo.

Hizo una pausa y miró a los cuatro amigos. Dorotea estaba un paso por delante de los otros.

—Aunque me pregunto qué tenéis en común vosotros cuatro.

—Todos somos bascones, capitana Rochefort —se apresuró a responder Simeon—, tal como habéis observado antes. Nos reconforta oír voces familiares y hablar de nuestra tierra.

—Así pues, no es ninguna conspiración —dijo Rochefort, con una voz sedosa impostada.

—Cuatro bascones en una cueva, con comida y vino —dijo Franzonne, que también era bascona. Se rio—. Sí, eso es lo que en casa llamaríamos una fiesta. Además, ¿en qué tipo de conspiración podían estar metidos estos jóvenes, sobre todo teniendo en cuenta que una es una mosquetera de la reina?

—Yo he dicho que «no es ninguna conspiración» —subrayó Rochefort.

Pero no apartaba la vista de los cuatro, sobre todo de Dorotea, que parecía no ser consciente de ello, aunque los otros tres lo notaron perfectamente.

Se hizo un silencio incómodo que duró un minuto o dos. Los oficiales bebieron despacio, aparentemente cada uno perdido en sus pensamientos. Sesturo, pese a no ser oficial, se comportaba siempre como si lo fuera. Bebió el doble de vino que los demás. Los mosqueteros, los persevantes y los agentes de la guardia vagaban por el exterior de la cueva, hablando entre ellos y alejando a los curiosos que se acercaban y enviándolos de vuelta a su puesto de trabajo.

—Disculpen —dijo Henri, tras unos minutos más de silencio—. La arquitecta se estará preguntando… Quiero decir que *ser* Dutremblay probablemente me necesite. Debería volver…

—No —dijo Rochefort.

—Ya encontrará el modo de llamaros, sea de una forma u otra —dijo Sesturo, con un tono más amable—. Dutremblay sabe que estamos aquí, y que estás con nosotros. Yo diría que a estas alturas media Lutacia debe de estar al corriente.

Al oír aquello, Simeon tuvo que hacer un esfuerzo para no fruncir el ceño.

—No será por mis persevantes —dijo Rochefort.

—Ni por mis mosqueteros —apostilló Franzonne—. Pero las noticias vuelan. Ánimo, jovencitos, tened paciencia. Yo creo que tanto la reina como la cardenal os estarán agradecidas por recuperar estos tesoros.

Henri miró a Agnez, que lucía un vendaje limpio en el brazo, y levantó las cejas, con la sonrisa en los ojos. Ella asintió levemente y miró a Simeon, que ladeó la cabeza, no preocupado, pero sí pensativo. Luego miró a Dorotea, que contemplaba los iconos expuestos sobre la mesa. El oro ya lo habían metido otra vez en el cofre.

—Me pregunto cómo es que esos dos iconos…

Se interrumpió de pronto y soltó un gritito ahogado al sentir el pisotón de Simeon.

—¿Qué decíais, *ser* Imsel? —preguntó Franzonne.

—Nada, nada —respondió Dorotea.

—Bueno —dijo Sesturo, al ver que se hacía el silencio otra vez—. Tenemos vino. Y estoy seguro de que a su majestad no le importará que usemos estas monedas de oro para jugar a las cartas, siempre que las devolvamos.

Se agachó y sacó una caja de metal del interior de su enorme bota; la abrió y sacó una baraja de naipes muy usados.

—Yo no juego —dijo Rochefort. Se levantó de su silla y fue a la entrada de la cueva—. Voy a examinar el túnel bajo el puente. Avisadme cuando regresen los mensajeros.

—Por supuesto —respondió Sesturo. Se giró hacia la teniente de la guardia—. ¿*Ser*?

—¿A qué juego?

—Al que deseéis, ya que no será con mi dinero —respondió Sesturo—. ¿Quizás al triple? ¿Franzonne?

Franzonne asintió y se sirvió otro vaso de vino.

—Necesitaremos un cuarto…

El voluminoso mosquetero miró a los cuatro amigos. Al principio, no respondió nadie; luego Henri dio un paso adelante, tímidamente, como impulsado por alguna fuerza invisible.

—Yo sé jugar —dijo—. Un poco.

—Pues juega con nosotros.

Henri se sentó. Sesturo repartió a cada jugador cinco cartas, mientras la teniente de la guardia contaba montones de doce monedas y los ponía en la mesa. Daba la impresión de que le dolía tener que separarse de ellas. Las

contó muy lentamente, tocando cada moneda con suavidad según iba colocándolas en la mesa.

—Ocho —dijo, colocando una moneda más frente a Franzonne—. Nueve…, diez…

—¿Puedo volver a ver los iconos? —preguntó Dorotea.

—Sí, claro —respondió Franzonne, cogiendo sus cartas.

La autoridad que emanaba de forma natural hizo que todos la miraran mientras Dorotea le hacía la pregunta.

La mosquetera suspiró mientras examinaba la mano que le había tocado.

—Estoy segura de que su majestad… y su eminencia estarán encantadas de oír cualquier impresión que tengas. ¿Quizá también podrías ilustrarme y contarme por qué eres «invitada» de la cardenal?

—Demostré tener cierta habilidad para esbozar iconos, de un modo rápido pero poco fiable —respondió Dorotea, examinando muy de cerca el icono central, maravillada ante el nivel de sus detalles, más finos de lo que parecía posible conseguir con el buril más afilado y la mejor lente de aumento.

Observando de cerca, vio que el ángel Samhazael aparecía representado como una mujer alada hecha por completo de humo, entre minúsculos remolinos y volutas no mayores que un grano de arena.

—Yo pensé que era la primera que hacía ese tipo de bosquejos, pero, según parece, Chalconte lo hizo antes que yo. Tengo la impresión de que la cardenal considera que eso podría llevarme a la creación de estatuas y a la herejía. Oh, y parece que la Doncella de Elanda también hacía ese tipo de bosquejos, y quizás ella también fuera una hereje, aunque eso aún no lo tengo claro, ni tampoco por qué le preocupa a la cardenal algo que pasó hace tantos años.

—Ah, yo sé de qué va eso —dijo la teniente de la guardia con una sonrisa sarcástica—. La cardenal siempre va buscando cosas así; a nosotros nos preguntan a menudo, al ser los que más contacto tenemos con el Clan de las Sombras, es decir, con esos rehusantes que solo crean problemas. Profesionalmente, por supuesto.

—¿Y sobre qué os preguntan?

—¡Sobre la Doncella de Elanda! —exclamó la teniente. Frunció el ceño al ver sus cartas, las cambió de posición y luego volvió a ponerlas en la posición inicial—. Muchos de los rehusantes creen que va a renacer, a volver o algo así. Creen que mejorará su suerte. Piensan que después de sacarlos a todos de Ystara dijo: «Volveré, vosotros esperad». Que soltó algo así y que luego desapareció.

—¿Y? —preguntó Sesturo.

—Y que por si acaso hay algo de verdad en eso, y por si los rehusantes se vuelven locos o se alzan en armas, tenemos que informar de cualquier irregularidad —dijo la teniente—. Por supuesto, no saber a qué señales debemos estar atentos dificulta mucho las cosas. Pero si alguien empieza a hacer el mismo tipo de magia que hacía Liliath, quizá sea la Doncella renacida. ¿Entendéis lo que os digo?

—¡Pero eso es una estupidez! —exclamó Dorotea—. ¡Yo soy yo, no alguna extraña salvadora ystariana renacida, aunque eso fuera posible! ¡Y tampoco voy a enloquecer como Chalconte!

—Te creo —dijo la teniente—. Pero apuesto a que es por eso por lo que estás en la Torre. Por Liliath.

Soltó una risita y volvió a ordenarse las cartas.

—Eso es ridículo —repitió Dorotea, molesta—. Yo soy Dorotea Imsel. No soy otra persona.

—De eso nosotros no tenemos dudas —la aplacó Franzonne, que puso tres cartas sobre la mesa—. La flor, la rama y el árbol, una serie de tres.

—Río, puente, camino —dijo Sesturo inmediatamente, poniendo tres de sus cartas—. Mi serie gana.

—Yo no tengo nada. No voy —dijo la teniente de la guardia, y puso sus cartas bajo el mazo.

Los dos mosqueteros cogieron otras tres cartas y miraron a Henri, que ordenó las suyas, se mordió el labio inferior y se rascó la cabeza ostentosamente.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Franzonne—. Alguien que es tan mal actor no puede ser malo a las cartas.

—Una abeja en vuestra flor, una carroza en vuestro camino, y el sol, la luna y el cielo —dijo Henri, poniendo todas sus cartas sobre la mesa—. Ambas series superadas y una serie extendida, así que la apuesta se dobla. Gano yo, señores.

—¡Bah! —exclamó Sesturo, tirando las cartas que le quedaban en la mano.

Franzonne posó sus cartas en la mesa con más delicadeza y le pasó dos monedas de su montón a Henri. Sesturo hizo lo propio, arrastrándolas con un dedo enorme.

La mano pasó a la teniente de la guardia, y jugaron varias rondas más al triple. Las monedas fueron cambiando de dueño varias veces, pero la mayoría iban acumulándose frente a Henri.

Por fin llegaron los mensajeros, que entraron juntos, quizá tal como habían quedado antes de ponerse en marcha. También apareció Rochefort, con las botas empapadas de haber cruzado el lago. Se situó junto a una pared.

—¿Y bien? —preguntó Franzonne.

—Debemos llevar los objetos al Palacio de la Reina —dijo el mensajero de los mosqueteros—. Su majestad desea verlos ahora mismo.

—La cardenal estará presente —añadió la persevante, mirando a Rochefort—. Su eminencia también desea hablar con los cuatro que encontraron el tesoro.

—Su majestad también —apuntó el mosquetero—. El tesoro y los cuatro deben trasladarse al Invernadero de los Naranjos. Dartagnan ha ordenado que los cuatro entren por la puerta del jardín del laberinto; el tesoro debe hacerlo por la poterna de la muralla norte.

—La noble albana, *lady* Dehiems, también ha sido convocada —dijo la persevante—. Y los cuerpos deben trasladarse a la enfermería para someterlos a un examen completo. Cualquier material que se encuentre en ellos debe enviarse a la capitana Dartagnan, en el Palacio de la Reina.

—No tenían nada —dijo la teniente de la guardia—. Ya os he dicho que esos dos no eran siquiera alcantarilleros. Estoy segura de que los alcantarilleros que se los cargaron ya los han desplumado.

—En el jaleo de anoche en las canteras, fuera de la ciudad, hubo enfrentamientos entre facciones de rehusantes, aunque también tuvo que haber algún mago, puesto que se creó un abestiado —dijo Rochefort. Miró a Dorotea y luego apartó la mirada otra vez, sin mover el rostro—. Últimamente, algunos de los rehusantes se han estado comportando de un modo raro. Creo que para resolver este misterio deberíamos arrestar a los miembros del Clan de las Sombras que conocemos, y ver qué saben.

—Será un placer ayudar a los persevantes de su eminencia —dijo la teniente de la guardia con una mueca de fastidio, al pensar en la gran cantidad de trabajo suplementario que se le venía encima.

—¿Qué misterio? —preguntó Dorotea—. Yo no formo parte de ningún misterio ni conspiración. Y desde luego no soy la Doncella de Elanda renacida.

—Ah —dijo Rochefort—. ¿Eso quién te lo ha dicho?

—No importa. Pero sigo creyendo que es un motivo muy tonto para meter a una persona en la cárcel.

—Algo inquieta a Ashalael, y eso a su vez inquieta a su eminencia. Debemos analizar todas las posibilidades —dijo Rochefort, que vaciló un

momento y luego añadió—: Tú ya sabes que si de mí dependiera te habría liberado.

Ni Rochefort ni Dorotea se dieron cuenta de que todos los demás seguían su conversación con gran interés, aunque fingieran que nos les importaba. Cuando Rochefort dejó de hablar, Sesturo recogió sus cartas con un gesto ostentoso.

—Recoge las monedas, Dupallidin —ordenó Franzonne mirando a la teniente de la guardia—. Eran cuarenta y ocho, si no recuerdo mal.

—Sí, *ser* —respondió Henri, que echó un vistazo al montón y añadió—: Cuarenta y ocho. Pero solo hay cuarenta y siete en la mesa.

—Parece que se te dan muy bien los números —gruñó Sesturo—. Sospecho que una de las monedas puede haberse caído al suelo, junto a nuestra amiga de la guardia capitalina. Ahí.

Henri se agachó y recogió la moneda caída, junto a la bota de la teniente; de hecho, un momento antes quizás estuviera bajo la suela. La puso con las otras y volvió a meterlas todas en el cofre. Dorotea puso los Iconos de Diamantes encima, agarrándolos con sumo cuidado, con solo la punta de los dedos.

La carta se quedó sobre la mesa.

Rochefort se agachó y la recogió. De pronto, los cuatro amigos apartaron la mirada, pero se dieron cuenta de que eso resultaría sospechoso, por lo que volvieron a mirar. Y eso era aún más sospechoso.

Rochefort no se dio cuenta, o no quiso dar importancia a aquellos movimientos extraños. Puso la carta sobre los iconos, cerró el cofre y corrió el pasador. Luego levantó la cabeza y miró a Franzonne.

—No me apetece ir cargando entre las dos algo tan pequeño pero pesado; quedaría ridículo —dijo—. ¿Permitiríais que lo llevara uno de mis persevantes?

—No —dijo Franzonne—. Pero parece ser que nuestro corpulento médico lo trajo aquí desde el lago. ¿Accederíais a que fuera él quien lo llevara? ¿Ni persevante ni mosquetero?

—Muy bien —dijo Rochefort, echando una mirada preventiva a la teniente de la guardia, que se había quedado con la boca abierta, sin duda a punto de ofrecerse a llevar el cofre personalmente—. He ordenado que vengan dos coches a la puerta sur. No entiendo la lógica de los arquitectos, eso de construir una puerta aquí y otra más allá, y unirlas quizás años más tarde, o quizá nunca. ¡Ya hay puertas y chimeneas, y aún no hay muralla! —Meneó la cabeza y volvió al asunto que tenían entre manos—. Yo sugiero que

vos y yo, Franzonne, con dos miembros de cada cuerpo, vayamos en el primer coche, con el cofre. Ellos cuatro pueden ir en el segundo. ¿Qué os parece?

—Si Sesturo los acompaña, me parece bien.

—Y Depernon también.

Franzonne sonrió y asintió.

—Decidido, pues —dijo Rochefort. Hizo una pausa y luego añadió—: No creo que nadie, rehusante o no, tenga la osadía de intentar hacerse con el tesoro, pero más vale que estemos atentos.

—He ordenado a una escuadra que monte y nos acompañe, también están en la puerta sur —dijo Franzonne—. Creo que eso bastará para desanimar a cualquier… alcantarillero, o a cualquiera de su calaña.

—Pues da la casualidad de que yo también tengo una escuadra esperando allí mismo —apuntó Rochefort, insinuando la más leve de las sonrisas.

—Yo podría hacer venir una escuadra de nuestros barracones —dijo la teniente de la guardia—. Solo tardarían una hora o…

—Nos vamos ya —decretó Rochefort.

—Sí —dijo Franzonne—. Cuanto antes llegue este cofre a la seguridad del palacio, mejor. ¡En marcha!

20

El Palacio de la Reina era un complejo de grandes edificios de épocas muy diversas, con una diferencia de antigüedad de seiscientos años entre el primero y el último, conectados entre sí por un verdadero laberinto de edificios menores aún más diversos en estilo, ya que cada estructura había sido ejecutada en un estilo arquitectónico acorde con el capricho del soberano de la época, a veces con intereses defensivos, más por la posibilidad de revueltas internas que por el miedo a ataques de enemigos externos.

Había decenas de entradas diferentes al palacio, algunas directamente de las calles de los alrededores o desde el río, desde donde se accedía a estructuras exteriores o claustros. En su mayoría, la gente entraba y salía por la puerta este, por donde los peticionarios de categoría suficiente podían acceder al gran patio exterior, donde pasaban los días jugando a los bolos, leyendo, bebiendo, comiendo y siempre charlando, charlando, charlando, con la esperanza de conseguir llegar más allá y poder solicitar alguna sinecura, algún puesto o alguna prebenda de alguno de los ministros de la reina o incluso de la misma reina.

No se cruzaron muchas palabras en el coche, mientras traqueteaba por las calles adoquinadas de Lutacia, tras los mosqueteros y los persevantes a caballo que iban apartando a la gente para que pudieran mantener una velocidad constante, incluso al atravesar los puentes. Los cuatro amigos querían hablar; resultaba evidente por cómo se miraban entre sí, por cómo abrían la boca y tensaban la lengua, aunque después volvían a cerrarla, tras echar miradas fugaces a Sesturo y al persevante Depernon.

Al acercarse al Palacio de la Reina, el coche que iba delante, con Rochefort, Franzonne y el tesoro, giró para seguir la avenida de los Aserraderos hacia el norte del palacio, acompañado por los mosqueteros y los persevantes a caballo.

Estaban tan cerca del palacio que ya se sentían seguros. Otros dos jinetes permanecieron con el segundo coche, que siguió avanzando por el paseo del río. Sesturo abrió la puerta para asomarse y observar el panorama. El sol había empezado a esconderse tras el horizonte al dejar el recinto del Palacio Nuevo y ahora ya se había puesto del todo. Los cuatro faroles del coche, uno en cada esquina, envolvían el vehículo en una pequeña burbuja de luz, y la

calle se veía oscura, salvo por una única antorcha en lo alto del muro de varios cientos de metros, sin ventanas, que flanqueaba la calle por la derecha, vestigio de uno de esos periodos en que la precaución se había impuesto al deseo de la reina del momento de tener vistas al río.

La pared hacía de barrera a cualquier ataque de ciudadanos descontentos o rebeldes, pero también a la niebla que solía ascender desde el río cuando empezaba a llegar el frío que anunciaba el invierno. Ahora iba subiendo, formando volutas que se cruzaban por la calle y se arremolinaban contra los ladrillos de la pared. Aquella niebla presagiaba el cambio de estación. Muy pronto llegarían las lluvias del otoño, más frías e intensas que los breves chaparrones estivales.

De momento, la niebla oscurecía aún más el ambiente, y Sesturo entrecerró los ojos al ver un cúmulo de formas apostadas alrededor de la única pared del muro, en un número considerable. Sin embargo, cuando el coche se acercó, se relajó y volvió a sentarse.

—La capitana está usándonos como señuelo para desviar la atención del tesoro. Ha hecho correr la voz entre los listillos que infestan el patio. Ellos creen que cualquiera al que se le dé permiso para entrar de forma extraordinaria debe de ser importante. Calaos los sombreros…, o sí, las gorras…, bachiller Imsel…, no dejes que te observen, que te den nada ni que te retengan. Entra enseguida.

—Yo me quedo con el coche —dijo Depernon, taciturno.

—Y yo cubriré la retaguardia —soltó Sesturo, flexionando sus enormes manos, enfundadas en guanteletes—. Me encanta tirar a estos aspirantes a cortesanos por los suelos, y algunos seguro que intentan seguirnos.

Oyeron que el cochero levantaba la voz, y los gritos de la escolta, seguidos de otros gritos de protesta, de gente que les plantaba cara, preguntando quién iba en el coche, exigiendo respuestas, insistiendo en que ellos también deberían poder entrar, o al menos que aceptaran sus cartas de presentación, entre otras muchas peticiones incomprensibles.

El cochero gritó otra vez, y el coche frenó de golpe; Depernon abrió la puerta con fuerza y bajó de un salto, sorprendiendo a todo el mundo con un grito estentóreo y penetrante:

—¡Seguimos órdenes de la cardenal! ¡Dejen paso!

Agnez fue la primera en seguir al persevante, haciendo un quiebro para rechazar la ayuda que le ofrecía Simeon. Al fin y al cabo, su herida no era más que un rasguño, y ya casi ni pensaba en ella.

Aunque los jinetes de la escolta habían dado la vuelta a sus caballos para crear un pequeño pasillo entre el coche y la puerta abierta en el alto muro, protegiendo el espacio con sus fustas, los peticionarios intentaban colarse, incluso por entre las patas de los caballos, gritando e intentando agarrarse a las botas de Agnez. Ella se quitó a uno de encima de una patada y se fue corriendo hacia la puerta, que Depernon mantenía medio abierta.

Los otros la siguieron desordenadamente, con Sesturo cerrando el grupo, seguido por una docena de cortesanos desesperados. Al llegar a la puerta se giró hacia atrás y les soltó un grito. Su silueta en el umbral, que recordaba más bien la de un oso, bastó para disuadir a todos los seguidores no deseados. La puerta se cerró de un portazo tras él, y al momento se bajó la tranca.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Henri, mirando alrededor.

Estaban muy juntos, en un minúsculo patio exterior rodeado por unos setos enormes. A oscuras resultaba imposible ver si había algún hueco o paso entre ellos.

—El laberinto de Boj —respondió Sesturo. Se giró hacia una de las mosqueteras que habían encontrado al pasar la puerta y la miró muy de cerca —. Deranagh, ¿verdad? Ella nos mostrará el camino.

—No, yo no —respondió la mosquetera, chasqueando la lengua—. Pero Errastiel sí, espero.

Se tocó un icono que llevaba en la cinta del sombrero y murmuró algo, y se oyó un leve sonido, como de campanillas, claro pero distante. En el aire apareció una minúscula lucecita azul que flotaba frente a la mosquetera. Deranagh volvió a murmurar algo, y la chispa se dirigió hacia un seto con una sacudida repentina.

—Poneos en marcha —dijo la mosquetera—. Errastiel nunca espera demasiado.

Sesturo se puso a la cabeza, y encontró un hueco en el seto que prácticamente no se veía a menos que se estuviera al lado. Incluso con luz de día habría sido difícil de distinguir, por el modo en que se solapaban los setos. Tuvo incluso que agacharse, igual que Simeon, aunque al resto les bastó con bajar la cabeza.

Dorotea fue la última, y se detuvo un momento para preguntar a la mosquetera:

—No conozco a Errastiel —dijo—. ¿Cuál es su poder?

—Encontrar caminos —dijo la mosquetera—. O mostrarlos. ¡No os quedéis atrás, *ser*!

—Oh, sí… —dijo Dorotea.

Miró a su alrededor, pero no vio ni la luz del ángel ni la silueta de ningún mortal, hasta que Henri asomó por el hueco de una pared de seto.

—¡Date prisa! —la apremió—. ¡Si nos perdemos, nos quedaremos aquí al menos hasta la mañana!

Los caminos del laberinto pasaban muy cerca unos de otros, y daban muchos quiebros cerrados. Sesturo (una voz casi incorpórea varios giros por delante) los animaba a mantenerse unidos y decía que quien fuera que tuviera detrás le agarrara del cinturón.

Por fin emergieron del laberinto y llegaron a un patio de mayor tamaño entre dos de los principales edificios del palacio, el Palacio Viejo y el Invernadero de los Naranjos, que era su destino aquella noche. El invernadero solo tenía sesenta y tres años de antigüedad; sus gruesas paredes de ladrillo rojo y sus altos ventanales de cristal clarificado por los ángeles contrastaban con la piedra centenaria del palacio original.

Sesturo no los condujo a las elaboradas puertas doradas, sino que rodeó una esquina y luego siguió por el lateral del edificio, que no tenía ventanas. Los muros en aquel lado eran extremadamente gruesos, para conservar el calor en el interior. A mitad de la pared, tras unos ciento veinte pasos, llegaron a una puerta sin nada de particular. Sesturo llamó con los nudillos, en una complicada combinación de toques. Un momento más tarde se abrió una mirilla, alguien lo escrutó a través del orificio, la puerta, perfectamente engrasada, se abrió, y les dejaron entrar en el Invernadero de los Naranjos.

El interior del enorme edificio era un único espacio abierto, apenas interrumpido de vez en cuando por columnas donde se apoyaban los arcos que soportaban el tejado, compuesto de paneles alternos de madera enlucida y de cristal, también clarificado por los ángeles. Unas enormes lámparas de aceite hechas de bronce colgaban de cadenas desde el techo, al igual que otras piezas de cristal modificado por los ángeles, y en la pared sur, por la que habían entrado, había seis enormes hogares, uno cada cuarenta pasos.

Cada una de esas enormes chimeneas estaba atendida por seis rehusantes, que las alimentaban con pesados troncos de una madera dura y oscura (amontonada en pirámides perfectas, no muy lejos del fuego). Los rehusantes llevaban las típicas ropas de color ceniza, pero con el añadido de unas cintas amarillas en las mangas, señal de que servían a la familia real y de que gozaban de una confianza mayor que la mayoría.

Gracias a los estruendosos fuegos, en el interior hacía bastante calor, sobre todo en comparación con el aire frío y húmedo del exterior. El calor era necesario para el crecimiento de los naranjos, limoneros y otros cítricos,

plantados muy cerca unos de otros. Veinte filas de árboles, que recorrían toda la longitud del invernadero, con una pequeña plaza central y una pérgola justo en el centro del edificio, y en su interior una tarima y un trono para la reina.

Los visitantes solo veían el techo dorado de la pérgola, pero por entre los árboles les llegaba el murmullo de una conversación. Sesturo cruzó unas palabras con los dos mosqueteros que montaban guardia en el puerta lateral, que enseguida registraron a toda la comitiva para asegurarse de que no llevaban armas de fuego, salvo por las pistolas de Agnez, que, siendo mosquetera, era de confianza.

Una vez superado el trámite, Sesturo les indicó a los demás que lo siguieran y los llevó por uno de los pasillos entre las hileras de árboles, en dirección a la pérgola, pero avanzando en paralelo, separados del centro por tres filas de limoneros y de árboles de lima.

Estaban a unos cincuenta pasos de distancia cuando de pronto se oyó un repentino toque de cornetas, una fanfarria de cinco notas. Sesturo arrugó la nariz y se detuvo, levantando una mano para indicar que pararan.

—¿Qué pasa? —susurró Agnez, que estaba a su lado.

Los otros rodearon a Sesturo para oír su respuesta.

—El rey —dijo—. Debe de haberle llegado la noticia. La reina estará furiosa. No querrá que él os vea.

—¿Podemos acercarnos más? —preguntó Henri—. Yo no he visto nunca al rey. Ni a la reina, ya que estamos.

—Ni yo tampoco —añadió Simeon—. Y no me habría importado que la cosa siguiera así.

—Eres listo, doctor —respondió Sesturo, con una sonrisa socarrona—. Pero ya es demasiado tarde. Habéis llamado la atención de todos los poderosos. ¡Seguidme, pero no abráis la boca!

Volvió a avanzar, esta vez mucho más despacio, cruzando varias hileras de árboles y acercándose a la pérgola. Aquí todos los árboles eran naranjos y estaban cargados de fruta madura, mientras que los que habían dejado atrás estaban aún floreciendo o apenas tenían frutos verdes.

En la siguiente intersección entre tres filas encontraron a dos mosqueteros de guardia que se giraron enseguida al acercarse Sesturo. Sus espadas asomaron varios centímetros por encima de la vaina. Pero al verlo se relajaron, y una vez más hubo un intercambio de comentarios en voz baja antes de que volvieran a ponerse en marcha.

—Muy pronto yo estaré destacada aquí —le susurró Agnez a Henri—. Dentro de unas semanas, como mucho. Y, dentro de un año, ya no seré

cadete.

Henri asintió y sonrió. Él no era tan pesimista como Simeon, o quizá como Dorotea (aunque era difícil saber qué pensaba realmente Dorotea), pero no estaba tan seguro de que haberse convertido de pronto en el centro de atención de los poderosos les fuera a traer los beneficios esperados. Dentro de un año quizá todos estuvieran en la Torre. O peor…

Sesturo los llevó hasta la última fila de árboles antes de la plazoleta pavimentada que rodeaba la pérgola y volvió a detenerse. Les indicó con un gesto que se acercaran. Oían las voces amortiguadas de los cortesanos de la reina, y aunque los árboles estaban tan juntos que casi formaban un seto, pudieron ver alguna imagen fugaz del interior, y de la tarima donde estaba el trono.

—Mirad desde aquí —susurró Sesturo, y señaló—. ¿Veis ese árbol tan alto, justo detrás de la pérgola, con las naranjas enormes?

Los otros asintieron, mirando con diferentes grados de perplejidad, dado que las naranjas eran al menos el doble de grandes que las normales…

—Magia, supongo —murmuró Agnez.

—No —respondió Sesturo—. Artificio. Son naranjas «oro y cobre». Fue el primer árbol que hubo en este lugar, lo plantó la reina Louise VI con sus propias manos. Quedaos detrás de ese árbol y esperad a que se os llame.

—¿Tú dónde vas? —preguntó Henri.

—A informar a la capitana —respondió Sesturo, señalando a través de un pequeño hueco entre la vegetación—. Está detrás de la reina, ligeramente hacia la izquierda, como es habitual. ¿La veis?

Todos se amontonaron para mirar, casi entrechocando las cabezas, y hubo un momento de simpática camaradería en el momento en que competían por ocupar el hueco, hasta llegar al pacto no hablado de hacer turnos. Henri fue el primero. A través del hueco entre el follaje, no más grande que la palma de su mano, veía la mayor parte de la pérgola. El trono, en el centro, no era especialmente majestuoso, sino más bien un sillón de respaldo alto, aunque con brazos y patas dorados, y la tapicería de terciopelo morado con remates dorados. La reina Sofía XIII estaba sentada en él, con la cabeza ladeada, escuchando a una anciana con el rostro pintado de carmesí, un tocado dorado y una larga túnica de color escarlata con apliques de armiño que Henri reconoció inmediatamente como la cardenal Duplessis. Ahora que la veía desde la distancia le resultaba más fácil mirarla que cuando se la habían presentado. No sentía aquella necesidad de agachar la mirada. La cardenal no

llevaba puesto el icono de Ashalael; supuso que provocaría grandes problemas a los iconos de menor poder de la gente que tuviera alrededor.

La reina le resultó a Henri algo decepcionante, por así decirlo. Era mucho más baja que la cardenal, y llevaba una larga peluca de densos rizos trenzada con decenas de finas cintas de oro que le tapaban gran parte del rostro. Sobre la peluca lucía una pequeña corona de oro y esmeraldas, fijada al cabello con un fino puñal con piedras preciosas en lugar de una horquilla.

No llevaba un vestido formal —hacía un siglo que las mujeres nobles solo se ponían vestidos para los bailes de gala y cosas así—; seguía el dictado de la moda, que imponía un estilo basado en ropa de caza estilizada, en su caso con una blusa de algodón blanca, un jubón de suave ante azul con volantes dorados en el cuello y en los puños, y unos bombachos de tela oscura imitando al cuero, con cintas decorativas a los lados. Sus botas eran de color borgoña, altas hasta los muslos y perfectamente lustradas, con el borde superior vuelto a la altura de las rodillas. Tenía apoyada en el trono una espada recta ceremonial, con tantas gemas incrustadas que sería difícil empuñarla. Sin embargo, observándola más a fondo, se veía que en la vaina había cuatro pequeños iconos engastados, de modo que resultaba evidente que era más un objeto mágico que algo para el combate personal, aunque la reina Sofía no era especialmente famosa por su habilidad como maga.

Por lo poco que podía ver de su rostro bajo la peluca, Henri pensó que tenía un rostro bastante común, en el que solo destacaba la puntiaguda nariz. Tenía la piel de color marrón oscuro, y muy suave, pero pensó que probablemente fuera por efecto del maquillaje, como el color carmesí de la cardenal. Llevaba las manos enfundadas en guantes, a su vez decorados con numerosas gemas de pequeño tamaño.

A la izquierda de la reina estaba la capitana Dartagnan en posición firme, pero relajada, aunque no dejaba de mirar a los cortesanos presentes en la pérgola. Tendría poco menos de cincuenta años, pero era enjuta y musculosa, y tenía la mano apoyada en la empuñadura de una espada muy usada. En el dorso lucía una cicatriz pálida que destacaba contra el color oliváceo de su piel. A diferencia de la espada de la reina, la suya carecía de cualquier adorno. Su tabardo, su jubón y sus pantalones bombachos eran los clásicos de una mosquetera, de color negro y plateado, pero el fajín dorado de su cargo no lo llevaba al hombro, como era habitual, sino alrededor de la cintura, con un nudo en el costado, visible a través de la abertura del jubón. No lucía anillos, broches ni ninguna otra cosa que pudiera ser un icono. Al estar en presencia de la reina, y al no tener un título nobiliario como Duplessis, llevaba la cabeza

descubierta, y se le veía el pelo rapado, del mismo color plateado que los bordados de su tabardo, en contraste con la piel, oscura como la tela de su jubón. Era como un viejo cuervo rodeado por una bandada de vistosos loros.

En la plataforma de la pérgola solo estaban ellas tres; no había nadie más cerca de la reina. Henri se movió un poco hacia los lados, intentando ver a los otros asistentes, pero no disponía de un buen ángulo.

—Me toca a mí —susurró Simeon.

A regañadientes, Henri se hizo a un lado, y después de Simeon les tocó el turno a Dorotea y Agnez.

—Me pregunto cuál será su aspecto real —murmuró Dorotea.

—¿El de quién? —preguntó Simeon.

—El de la reina. Sin esa peluca.

—Mira cualquier moneda —dijo Henri—. De una libra, o un real de oro.

—Para las monedas usan un retrato antiguo —susurró Dorotea—. De hace una década, al menos. Además, Depuisne era conocido por favorecer a los modelos representados en sus grabados.

—¿Quién? —preguntó Agnez.

—Depuisne —dijo Dorotea—. El creador de iconos y diseñador de monedas de la reina. En otro tiempo. Ahora el cargo lo ocupa Delisieux.

—¿Cómo es que sabes esas cosas?

—¿Y cómo no iba a saberlas? Supongo que tú sabes cosas sobre… la tropa, y cosas así.

—Pero ¿por qué tiene que llevar peluca? —preguntó Simeon.

—Supongo que el cabello se le ha vuelto gris —respondió Dorotea—. Aunque hay varios ángeles que le podrían arreglar algo así… Igual es porque le gustan las pelucas.

—¡Callaos! —susurró Henri, lo más alto que pudo. Estaba mirando otra vez a través del hueco—. Se acerca el rey.

Se arremolinaron de nuevo, pero Henri no cedió el sitio. No obstante, Simeon apartó un poco una rama y consiguió agrandar el hueco para que pudieran mirar los cuatro, él asomando por encima de la cabeza de Henri, Dorotea apoyando la barbilla en el hombro de Henri y Agnez apretándose a un lado.

—Es bastante atractivo —observó Dorotea—. Se parece considerablemente a la imagen de esa moneda de dos libras que acuñaron en ocasión de la boda real…

El rey era un príncipe de los Ochenta y Seis Reinos, cinco años más joven que la reina, y conocido por su afición al lujo y a la diversión. A pesar de la

vida disoluta que había llevado en la docena de años que llevaban casados, mantenía el tipo y la imagen que habían provocado, en parte, que la princesa Sofía se hubiera fijado en él, aunque ya hacía tiempo que el amor había desaparecido. Era de la misma altura que la reina, así que no demasiado alto, tenía el cabello ensortijado y muy negro, y su piel, brillante como el ébano pulido, habría podido ser la de alguien mucho más joven. No necesitaba llevar maquillaje en la piel. Él también iba vestido de caza, pero con su levita de paño dorado con brillantes botones de piedra lunar. Sus bombachos de tela doble, con pinzas verticales, tenían franjas negras y doradas, y sus botas de cuero negro estaban rematadas con un bordón dorado. En conjunto, su imagen era más la de un juglar de lujo que la de un cazador, algo a lo que contribuía la guiterna ornamental que llevaba a la espalda, una especie de mandolina de pequeño tamaño con la correa también dorada. No la tocaba muy bien, y desafinaba al cantar, pero le gustaba muchísimo hacerlo. Tampoco él era un gran mago, y solo llevaba un anillo con un icono.

Los cortesanos dejaron de hablar en el momento en que el rey se acercó a la pérgola e hizo una elegante reverencia ante la reina. Ella se apartó de la cardenal para mirarlo. A pesar de quedar oculta por la sombra de su gran peluca, la expresión de su rostro estaba clara. No estaba contenta de verlo.

—Qué visita inesperada, Ferdinand. ¿Cómo es que te has perdido el estreno de los *Tres pastores de antaño*, de Lamarina?

El rey hizo una nueva reverencia, quitándose el sombrero, que hacía juego con sus botas, de cuero negro con remates de hilo de oro; la pluma era una elaborada creación en papel de oro.

—Me ha llegado la noticia de un descubrimiento notable, su majestad —dijo con voz sonora—. Y quería felicitaros enseguida por la recuperación de un tesoro de Estado que, según me han dicho, vale millones de libras.

La reina no respondió inmediatamente. Se lo quedó mirando. Sus ojos, algo saltones, reflejaban cierto orgullo. En aquella posición, su nariz recordaba la punta de una flecha, a punto de salir disparada. El rey se movió, incómodo, como un niño después de pedir miel para el pan de su desayuno, sabiendo que era difícil incluso que le dieran mantequilla.

—Viene por el dinero —susurró Henri—. He oído que tiene montones de deudas. Uno de los suyos incluso se presentó ante la arquitecta para intentar sacarle algo, diciéndole que prescindiría de sus aposentos en el Palacio Nuevo a cambio de un pago adelantado. Solo que seguro que se habría quedado con el dinero y no habría renunciado a los aposentos, por supuesto.

—No sé cómo la reina lo aguanta —dijo Agnez, con desprecio—. O sea… ¿De qué le sirve?

—¿Después de que tuvieran a los dos herederos, quieres decir? —intervino Simeon.

—No, no quería decir eso… Déjalo.

La reina se inclinó hacia Dartagnan y le susurró algo. La capitana general asintió, dio un paso adelante y levantó la mano. Aunque hasta el momento apenas se oía nada, más que los murmullos, de pronto la pérgola quedó en completo silencio.

—Su majestad desea estar sola —anunció Dartagnan.

De pronto se oyeron otra vez movimientos y murmullos. Aunque desde el hueco entre los árboles los cuatro amigos no podían verlo, los cortesanos empezaron a alejarse; sus pisadas resonaron en los caminos pavimentados entre las filas de naranjos.

«Estar sola» significaba algo diferente para una reina que para una persona normal, dedujo Henri, al ver que la cardenal, Dartagnan y el rey se quedaban, al igual que unos cuantos criados y mosqueteros que veía en formación por la parte trasera y por los lados de la pérgola. Entre ellos, Sesturo, que se acercó tan sigilosamente como le permitía su corpulencia, para susurrarle en el oído a Dartagnan. Ella echó un vistazo hacia donde se escondían los muchachos. Pero la capitana de los mosqueteros no dio señal de que pudiera verlos, ni de que quisiera que hicieran nada en particular.

La cardenal también se giró, y aunque probablemente no podía verlos, los cuatro se encogieron.

—¿Nosotros también tendríamos que irnos? —susurró Simeon.

—No —dijo Agnez—. Sesturo nos ordenó que nos quedáramos aquí hasta nueva orden.

—¿Dónde están Franzonne, Rochefort y el cofre? —preguntó Henri.

—Probablemente, también estén aquí —respondió Agnez—. Al otro lado de la pérgola, esperando, como nosotros.

—Antes las naranjas me gustaban —dijo Simeon, con tono quejoso—. Ojalá estuviéramos en otro sitio.

—Es mejor que la Torre —señaló Dorotea.

Eso no podían negárselo.

—Bueno, ¿y dónde está ese tesoro recién encontrado? —preguntó el rey, mesándose el bigote y mirando a su alrededor como si alguien fuera a ponérselo delante.

La reina parecía aún más molesta.

—¡He dicho que deseaba estar sola!

—Oh, sí, más vale que esperemos a que todos esos se hayan ido —dijo el rey, con una confianza exagerada, agitando la mano cargada de anillos como para despedir a los cortesanos que ya se retiraban—. Carroñeros…

La reina suspiró muy sonoramente y se dirigió de nuevo a Dartagnan, que inclinó la cabeza y asintió al oír sus instrucciones. Retrocedió y a su vez habló con Sesturo, que abandonó la pérgola y desapareció entre los naranjos por el otro lado, para volver a aparecer poco después acompañado de Rochefort y Franzonne, con un persevante y un mosquetero tras ellas, cargando el cofre de bronce.

—¡Parece que pesa! —observó el rey, con cierta satisfacción.

21

Rochefort y Franzonne se acercaron a la pérgola e hicieron una profunda reverencia; luego se hicieron a un lado y dejaron que el persevante y el mosquetero que llevaban el cofre avanzaran hasta dejarlo a los pies del trono de la reina. Se lo pusieron delante y se retiraron, caminando hacia atrás, con la cabeza gacha. El rey se hizo a un lado, frotándose las manos, pero se detuvo cuando vio que la reina lo atravesaba con la mirada.

—Ábrelo, por favor, Dartagnan —ordenó la reina con voz serena.

Dartagnan se arrodilló y abrió el cofre. La reina se inclinó hacia delante y miró. La cardenal también dio un paso adelante e inclinó la cabeza.

Dartagnan levantó los iconos y se los tendió a la reina, como si le estuviera presentando un plato en un banquete.

—¿Son realmente tres de los doce Iconos de Diamantes, cardenal?

—Sí que lo son, majestad —respondió la cardenal—. Me tomé la libertad de examinarlos antes de que los trajeran. La carta del cofre también lo confirma. Pero en cuanto vi los iconos no tuve ninguna duda.

—Pero ¿habéis dicho que la carta estaba cifrada?

—Es un cifrado muy simple. La leí sin problemas.

Henri resopló, afortunadamente no lo bastante fuerte como para que le oyeran más allá de los árboles que les servían de escondrijo.

—Aunque he enviado una copia a mis expertos en cifrado, por si hay algún significado oculto, como ocurre a veces —añadió la cardenal—. Que lo simple pueda ocultar algo más complejo.

—Eso no lo habías pensado, ¿verdad? —susurró Agnez, clavándole el codo en las costillas a Henri.

Como era el brazo de la herida, ambos tuvieron que contener un grito de dolor.

—¡Vaya! ¿Eso son dobles delfines de Ystara? —preguntó el rey, con un tono que reflejaba su codicia. Se había acercado y estaba apoyado en el borde de la pérgola—. ¿Y qué es eso de la carta?

La cardenal echó una mirada a la reina, que asintió levemente, indicando que podía responder la pregunta del rey.

—La carta parece estar dirigida al ladrón que robó los iconos de la gloriosa antepasada de su majestad, la reina Anne —respondió la cardenal—.

Parece ser que entregó nueve de los doce Iconos de Diamantes, pero que se quedó los tres que veis aquí. La persona que había encargado el robo le exigía que le entregara los iconos restantes.

—Ya veo —dijo el rey. Como siempre, cuando había dinero de por medio, fue directo al asunto—. ¿Y esa carta no dice dónde se encuentran los otros Iconos… de Diamantes? ¿O dónde hay más oro?

La reina meneó la cabeza muy levemente. El rey no se dio cuenta, dado que tenía la vista fija en los Iconos de Diamantes y en el oro.

—Ese es un asunto que hay que analizar —dijo la cardenal con voz suave —. Pero lo que tiene una importancia mucho mayor es el hecho de que dos de los iconos, iconos de gran poder para invocar a los principados de Ashalael, han perdido su poder sin quedar destruidos.

—Sin duda, eso es algo que reclama nuestra atención inmediata —dijo la reina—. Un importante asunto de Estado que debemos discutir. Podéis marcharos, Ferdinand.

—Por supuesto, majestad —dijo el rey. Pero antes de marcharse vaciló y señaló el cofre—. ¿Creéis que podría quedarme con uno de esos dobles delfines como recuerdo? Hacía mucho tiempo que no veía… una moneda tan magnífica.

La reina suspiró y miró a uno de sus criados, de pie junto a los mosqueteros, en un lado de la pérgola.

—Deruyter, pon la mitad del oro del cofre en un… bolso… para su alteza.

—¡Ah! ¡Sois muy buena conmigo, majestad! —exclamó el rey—. Ya sabéis cuánto me gustan las monedas de oro antiguas.

—Apuesto a que le gusta cualquier cosa que sea de oro —murmuró Henri.

Le dolía ver que el oro que había en sus manos pasaba a las de otro, y que ese otro fuera nada menos que el rastrero del rey.

—¡Calla! —le susurró Agnez.

Deruyter, que evidentemente era un criado de rango superior, a juzgar por su extravagante jubón con gorguera y sus largas medias de seda con jarreteras en azul y dorado, hizo una señal a un criado de menor rango, que a su vez señaló a otra inferior, que se quitó la capa, hizo con ella una bolsa anudando las esquinas y se agachó junto al cofre para transferir parte de su contenido. Encantado, el rey cogió el hatillo, se mesó el bigote, insinuó una reverencia y salió de allí.

La reina le miró mientras se alejaba con un gesto de melancolía en el rostro. Aún era un hombre atractivo, aunque ese fuera su único valor.

—Bueno, ¿y qué debemos hacer con estos iconos?

—Querría llevarme los dos que han quedado inactivos para estudiarlos, con mi equipo y los magísteres de Belhalle —sugirió la cardenal—. El icono de Samhazael, que conserva su poder, debería ir, por supuesto, a la Cámara del Tesoro de su majestad.

—¿Y el oro? Acabo de recordar que quizá le corresponda por derecho a la mujer albana que habéis mencionado.

—Eso hay que investigarlo —dijo la cardenal—. Tengo curiosidad por saber cómo llegaron los iconos a su poder. Quizá sea descendiente del ladrón.

—¿Así que podría saber quién tiene los otros iconos, o dónde están? —preguntó la reina, girándose para mirarla de frente—. Con el resto del tesoro, tal como sospecha Ferdinand… ¡Menuda esperanza!

—La carta puede decirnos algo de eso —respondió la cardenal, que miró alrededor y bajó la voz, para convertirla en un susurro inaudible más allá de la pérgola.

Fuera lo que fuera lo que le dijo, hizo que la reina irguiera la cabeza, y su respuesta desde luego no fue un susurro.

—¿En Ystara? ¿No lejos de la frontera?

La cardenal susurró otra vez, y la reina bajó la voz. Conversaron agitadamente un minuto o dos, completamente ajenas a la curiosidad que suscitaban en la pérgola y más allá, especialmente entre los cuatro que estaban ocultos tras los frutales.

Mientras se susurraban la una a la otra, un mosquetero se acercó y le dio un mensaje a Sesturo. El grandullón asintió y, a su vez, se dirigió a Dartagnan, que escuchó un momento y luego le transmitió el mensaje a la reina. Esta asintió, dijo unas palabras más a la cardenal, luego levantó la mano y volvió a sentarse muy recta en el trono.

—Traedme a *lady* Dehiems —ordenó.

Liliath lucía un vestuario muy recatado para su audiencia con la reina. Ya se esperaba que la convocaran, así que no tardó mucho en prepararse cuando llegaron un mosquetero y un persevante con el mensaje de que la esperaban en el Palacio de la Reina. Para dar más credibilidad a su personaje, se vistió siguiendo la moda, con falsas prendas de caza, pero con cierta contención, escogiendo una blusa de lino y un jubón amarillo pálido con tachones de hierro en forma de pétalos de flores que recordaba una brigantina; llevaba unos bombachos a cuadros con los colores típicos del norte de Alba, amarillo, verde y negro; y unas botas de caza de suave ante que no durarían ni un par de

horas en una batida de caza de verdad, con una única espuela plateada en el talón izquierdo. Un cinturón con gemas y un sombrero de ala ancha de fieltro amarillo con un broche de rubí completaban el atuendo.

No llevaba ningún icono visible, para afianzar la idea de que no sabía nada de magia, pero ocultó tres en un brazalete bajo la manga. Ninguno de ellos era demasiado potente, pero todos eran útiles para alguien que supiera usarlos.

Bisc llegó por la puerta privada justo en el momento en que acababa de vestirse.

—Fueron los alcantarilleros los que mataron a Wilbe y a Raoul —dijo—. Se mantienen fieles a la Lombriz, malditos sean. Los siguieron desde el río.

—Afortunadamente, Wilbe y los otros completaron su tarea antes de bajar la guardia y dejarse matar —dijo Liliath, recogiendo un par de guantes—. Me habría… desagradado mucho… si mis planes hubieran fallado por una negligencia. Afortunadamente, me han convocado para que me presente ante la reina… y la cardenal.

—¡Sí, con solo un mosquetero y un persevante como escolta! —exclamó Bisc—. ¡La gente de la Lombriz aún va a por nosotros! Si alguno os reconoce como la Serpiente de Biscaray…, saben moverse por las alcantarillas, bajo la ciudad, podrían lanzar una emboscada, y dispararos desde algún escondrijo…

—Es muy improbable que relacionen a la Serpiente de Biscaray con *lady* Dehiems… —dijo Liliath, pero se interrumpió al ver el gesto de Bisc—. ¿Qué pasa?

—Hogman. El jorobado que estaba con nosotros en la Cruz de Nep. Hace unas horas lo capturaron. No es fuerte; habrá hablado. Y él sabe que vos (Dehiems) sois la Serpiente.

Liliath soltó un gruñido, como una bestia acorralada. Tensó las manos como si fueran garras, pero hizo un esfuerzo de contención y recuperó la calma.

—Tenéis que redoblar los esfuerzos para destruir a esos pestilentes alcantarilleros.

—Estamos en ello —respondió Bisc—. Pero llevará tiempo; tenéis que protegeros.

—He de ir al palacio. Envía a tu gente para que vayan por delante y por detrás, lo más cerca posible, sin que los vean. Me llevaré a Sevrin como doncella.

—A los rehusantes no se les permite el acceso al palacio —dijo Bisc—. Al menos a los que no están al servicio de la reina. Y esos se creen superiores

al resto de nosotros.

—En el palacio no correré ningún riesgo.

—Supongo —masculló Bisc—. Pero incluso en el palacio hay alcantarillas, ¿no? Yo nunca me he fiado de esa gente. La oscuridad se les mete en la cabeza.

—La Lombriz tenía otros seguidores, ¿no? No solo los alcantarilleros. ¿Qué hay de ellos?

—Esos van donde los lleva el viento. Pero los alcantarilleros… El verdadero peligro son ellos.

Llamaron a la puerta. Hatty entró. Parecía nerviosa y algo aturdida.

—¡*Milady*, el mosquetero y el persevante insisten en que os pongáis en marcha enseguida!

—Estoy lista —respondió Liliath—. Bajo dentro de un momento. ¿Ha bajado Small Jack el cofre que le he pedido?

—Sí, *milady*. El mosquetero y el persevante han insistido en inspeccionarlo antes de llevarlo a palacio, por si ocultaba algún «artilugio infernal» (esas fueron sus palabras), pero después de examinarlo parece que se han quedado tranquilos.

—Dile a Sevrin que vendrá conmigo, aunque no entrará en el palacio —apuntó Liliath—. Bajaré dentro de unos momentos.

Hatty bajó corriendo, y Liliath volvió a dirigirse a Bisc.

—¿Estás seguro de que se habrán tragado lo de la carta y el mapa?

—La cardenal tiene muchos ángeles a sus órdenes, y artesanos de todo tipo.

—A menos que invoque a Ashalael en persona, cualquier otro ángel de menor entidad le dirá que fue Liliath quien escribió la carta y quien dibujó el mapa.

—¡Pero lo habéis hecho esta mañana! —protestó Bisc—. ¿No se darán cuenta de que no es antiguo?

—Cualquier ángel que invoquen dirá que son documentos muy antiguos —replicó Liliath—. Yo invoqué a Azriel, el principado, que tiene poder sobre el tiempo y sobre lo inanimado. Supongo que, si disponen de un sacerdote que se atreva a invocar a una potestad y a pagar el precio, se darán cuenta de que ambos papeles han sido manipulados por un ángel de alto rango. Pero eso solo les confirmará que ambos proceden de Liliath, Doncella de Elanda, muerta hace siglos, cosa que nos favorece. Te preocupas demasiado, mi querido Biscaray.

Tiró de él y le acarició con suavidad la suave mejilla. Eso sirvió para recordarles a ambos lo que había hecho por él, y otras muchas cosas.

—¿Me protegerás, en el camino de ida… y de vuelta?

Bisc le bajó la mano y se la cubrió de apasionados besos, hasta que Liliath se rio y la apartó.

—Ya entiendo tu respuesta —dijo—. ¡Venga, a palacio, primer paso de nuestro viaje de vuelta a Ystara!

—La teniente de la guardia tenía razón —susurró Simeon—. Es de una belleza extraordinaria.

—¡Hay otro cofre! —exclamó Henri, algo más fuerte de lo que debía—. ¡Mirad, tras ella!

El persevante y el mosquetero que habían escoltado a *lady* Dehiems al palacio llevaban un pequeño cofre de bronce, idéntico al que había encontrado la Lombriz, y aparentemente igual de pesado.

Henri no fue el único que no pudo contener su asombro. Sin embargo, aunque la belleza de *lady* Dehiems habría provocado más de una reacción involuntaria, lo más sorprendente era la presencia del segundo cofre. Hasta la reina se adelantó ligeramente en su butaca, aunque era difícil saber si su reacción se debía a la mujer o al posible tesoro. Dehiems no era la clásica mujer que podía gustarle. La difunta Deluynes, adorada amante de la reina que desgraciadamente había resultado ser una traidora, era alta y de piel clara, igual de bella, pero de un modo completamente diferente.

Lady Dehiems hizo una profunda reverencia, quitándose el sombrero, que dejó a un lado al erguir de nuevo el cuerpo, aunque sin levantar del todo la cabeza, con la mirada fija en las puntas de las relucientes botas de la reina.

—Bienvenida, querida —dijo la reina—. Parece que habéis generado una agitación inesperada en mi corte, tanto por vuestra persona como por vuestro séquito.

—Pido disculpas por no haberos traído enseguida el primer cofre, majestad —dijo Dehiems, con un marcado acento albano que suavizaba las erres—. En cuanto fui consciente de que estos cofres de mi antepasada pertenecían a la reina de Saranza, he querido traeros el segundo. ¿Puedo presentárselo a su majestad?

—Podéis —dijo la reina, dando una palmada de satisfacción.

Le hizo un gesto al mosquetero y al persevante, que acercaron el cofre y lo abrieron. La reina bajó la vista, y una vez más la cardenal y Dartagnan se

inclinaron lentamente, fingiendo no hacerlo.

—Más dobles delfines —observó la reina, señalando—. Y otros iconos, pero no creo que sean los Iconos de Diamantes…

—No —confirmó la cardenal—. Me temo que no. Por favor, Dartagnan…

Dartagnan le entregó unos iconos de aspecto bastante ordinario a la cardenal, que los observó y suspiró.

—Son iconos menores. Ystarianos. No tienen demasiado poder.

—Ah, bueno —suspiró la reina—. Ya habíamos tenido bastante suerte.

—Hay un papel…, un dibujo… —dijo Dartagnan. Apartó unas monedas y sacó un pergamino doblado, que desdobló con cuidado—. Parece un mapa.

La capitana echó una mirada inquisidora a Dehiems, que seguía con la mirada gacha.

—¿Estos cofres eran de una antepasada vuestra, de cinco generaciones atrás?

—Quizá seis, *ser* —respondió Dehiems—. Mi madre no estaba segura de ello, y nuestros registros familiares se perdieron en las guerras entre los sucesores del infante Henry, hace cien años.

—¿Qué sabéis de vuestra antepasada? —le preguntó la cardenal—. ¿O qué os dijeron?

—Muy poco, eminencia. De niña solo vi estos cofres una vez, y luego en otra ocasión poco antes de… casarme. Se hizo un inventario de mis propiedades para el pacto de matrimonio…

Hizo una pausa. Sus labios perfectos temblaron un momento, cogió aire y siguió adelante.

—Madre decía que nuestra antepasada (se llamaba Isabella) era muy rica, pero que tenía un pasado misterioso. Su madre (mi abuela) me contó que, cuando Isabella tenía apenas quince años, abandonó el país, poco antes de la caída de Ystara, dejando tras de sí más riquezas aún de las que se pudo llevar. No obstante, debió de llevar un gran tesoro, porque se casó con el conde de Merewich, que después sería nombrado duque, y que era primo del infante Eduardo III…

—Se está asegurando de que todos sepan que tiene sangre real, aunque sea albana —murmuró Dorotea, que no había mirado ni una vez el cofre.

Miraba fijamete a Dehiems. Pero no era admiración, lasciva ni de fascinación. Más bien la escrutaba como si no tuviera del todo claro qué era lo que estaba viendo.

—De sangre real, rica, guapa y joven —dijo Henri, con un suspiro nostálgico—. Y tan lejos de mi alcance como…, como esas naranjas doradas.

—A las naranjas podrías llegar con una escalera —señaló Agnez.

—Podrían cortarme la cabeza por ello —respondió Henri.

—Quizá tengamos delante a la nueva favorita de la reina —sugirió Simeon lentamente, observando cómo le sonreía la reina a Dehiems, y cómo le correspondía la joven, mirándola a través de las pestañas—. Realmente, es de una belleza asombrosa, y aún más atractiva.

—¿Qué? —preguntó Agnez.

—Aunque no tienen por qué gustarse mutuamente —precisó Simeon.

—*Shhh* —les chistó Dorotea—. Quiero oír qué dice.

—Eso es todo lo que sé —dijo Dehiems—. Su nombre, la leyenda familiar sobre la enorme riqueza que dejó atrás. Y estos dos cofres. Mi madre me advirtió que solo debía recurrir a ellos en caso de necesidad extrema. Afortunadamente, a mi familia nunca le ha faltado el dinero, así que han permanecido intactos y pueden volver a su verdadera dueña. La verdad es que no tenía ni idea de que los iconos fueran los famosos iconos robados de vuestra antepasada, majestad…

—Claro, ¿cómo ibais a saberlo? —la disculpó la reina.

—Aparte del oro y los iconos, de esa carta sin sentido y este dibujo (que quizá sea un mapa, ahora que lo decís, capitana), la única otra cosa que le quedaba a mi madre de Isabella se ha perdido.

—¿Qué era? —preguntó la reina.

—Un curioso par de guantes sin dedos, de piel gruesa pero suave, que tenían minúsculos remaches afilados en la palma. Pero eran muy viejos. No sé qué fue de ellos.

—Guantes de escalada —dijo Dartagnan lentamente—. Como los que usan los ladrones más expertos.

—¡Oh, no! —exclamó Dehiems, llevándose sus preciosas manos de largos dedos a la cara, compungida—. ¡Mi antepasada desde luego no pudo ser quien robara vuestros iconos, majestad!

—Apuesto a que sí —susurró Henri.

—Venga, venga, calmaos —dijo la reina, dando un golpecito en el suelo de la pérgola, junto al trono, con la bota—. Sentaos aquí, a mi lado. Vos no sois responsable de las transgresiones de vuestros ancestros, más de lo que yo lo soy de las acciones de la loca reina Henrietta. Habéis prestado un gran servicio al reino devolviendo estos cofres a Saranza. Aunque el primero llegara hasta mí por casualidad, el segundo lo habéis traído personalmente. Enjugaos ese llanto. ¡Vuestras mejillas son demasiado bellas como para cubrirlas de lágrimas!

—Esa *milady* Dehiems tiene algo muy raro —dijo Dorotea, frunciendo el ceño.

—¿Aparte de que es de una belleza extraordinaria, rica y de sangre real? —dijo Henri—. Y albana. Eso es un defecto, de acuerdo.

—No, no es eso.

—¿Qué, entonces?

—No estoy segura —respondió Dorotea, masticando las palabras—. No consigo…

—Estás celosa de ella —dijo Agnez, en un tono que al menos intentaba sugerir que ella no lo estaba. Aunque lo estropeó con sus siguientes palabras —: No lleva espada. Probablemente, tenga miedo de las armas blancas.

—No creo que sean celos —apuntó Dorotea, meneando la cabeza—. Quizá solo sea que estoy agotada. Cuando la miro… No sé… Es difícil dormir bien en la Torre. Estoy cansada.

—¡Están hablando de nosotros! —exclamó Simeon, que seguía atento a todo lo que sucedía en la pérgola—. Por favor, sea lo que sea, que pase rápido y… que no sea demasiado terrible, para que podamos volver al anonimato…

Agnez y Henri se lo quedaron mirando, extrañados, pero Dorotea asintió, demostrando que le entendía. Los cuatro se echaron adelante, deseosos de oír lo que se decía.

—Tengo entendido que debo dar las gracias a cuatro jóvenes por haber recuperado lo que era de mi propiedad. Y, ahora, desde luego, propiedad de su majestad —le dijo Dehiems a la reina, sentada a sus pies, con su precioso rostro levantado en dirección a la soberana.

—Sí —respondió la reina, que miró alrededor—. ¿Dónde están?

Dartagnan le hizo un gesto a Sesturo, que salió a toda prisa de la pérgola, pasó por un hueco entre los árboles y caminó hacia los cuatro amigos, que a toda prisa abandonaron su lugar de observación, se pusieron de pie y se alisaron la ropa y todo lo que podía alisarse para sentirse más presentables. Estaban a punto de que la reina los recibiera. Su vida podía cambiar. Para mejor o para peor.

22

—Yo iré con vosotros. Avanzaremos en fila de a uno, hasta estar a seis pasos, reverencia y sombreros fuera —les indicó Sesturo—. Los sombreros no os los volváis a poner. Y no levantéis la vista a menos que su majestad os indique lo contrario. Cuando os diga que os podéis marchar, retroceded cuatro o cinco pasos antes de daros la vuelta. Yo os llevaré hasta la puerta. ¿Listos?

—Sí —dijo Agnez.

Los demás asintieron, excepto Dorotea, que seguía mirando hacia atrás, por el hueco entre los árboles.

—¿Bachiller Imsel?

—¿Qué? Oh, sí… —masculló Dorotea, situándose tras el gran mosquetero, que les guio por donde había venido, y a través de un hueco entre los árboles más allá de la pérgola, de modo que cuando aparecieron en el patio quedaron justo enfrente y a unos veinte metros, como si acabaran de llegar o hubieran estado esperando en algún otro sitio donde no habrían podido escuchar nada.

Simeon observó a Sesturo mientras caminaban, preguntándose por qué les había dejado donde pudieran oír lo que se decía. Estaba muy nervioso ante la perspectiva de hablar con la reina; incluso le daba miedo, entre otras cosas porque conocía la rivalidad entre la cardenal y Dartagnan, y sus respectivos persevantes y mosqueteros. Por no hablar de esa tal *lady* Dehiems, que le atraía y le ponía nervioso a partes iguales, aunque no tanto como le inquietaba a Dorotea, por algún motivo. Aunque Dorotea era muy especial…

Esta no pensaba en la reina; ni siquiera en la cardenal, y desde luego no pensaba en Dartagnan. Estaba concentrada en aquella joven de cabello color caoba sentada a los pies de la reina, que se reía despreocupadamente de algo que acababa de decir Sofía. Cada vez que Dorotea fijaba la mirada en esa mujer, sentía que la imagen se volvía algo borrosa, y veía otras formas superpuestas, o en el mismo espacio. Pero luego parpadeaba y desaparecían…

Agnez estaba encantada. Ahí estaba ella, una mosquetera de la reina, tras cumplir una misión destacada que había llamado la atención de la soberana. Era todo lo que podía desear en el mundo, o al menos era algo que la acercaba a su mayor ambición. Un día estaría al lado de la reina, como capitana general

de los mosqueteros. Quizá no fuera con esta reina, sino con la heredera, la princesa Henrietta, que tenía doce años de edad…

Henri aún se preguntaba si habría alguna recompensa y maldecía al rey por presentarse de aquella manera y llevarse la mitad del oro del primer cofre. ¡A lo mejor repartían el oro restante entre ellos cuatro! Aquello, desde luego, sería una bendición.

Se acercaron a la pérgola muy juntos, con Sesturo algo apartado a la izquierda para servirles de referencia en su avance. Cuando se detuvo, ellos consiguieron hacerlo casi a la vez, y bajaron la cabeza, quitándose los sombreros (y la gorra de bachiller) e hincando una rodilla en el suelo.

—¡Así que estos son los que han encontrado el tesoro! —exclamó la reina —. Preséntalos, Sesturo.

—Majestad —respondió el mosquetero, con su grave vozarrón, y fue señalando—: A la izquierda tenemos a Agnez Descaray, cadete que, si consigue que no la maten antes, podría llegar a ser una gran espada de los mosqueteros de su majestad.

Agnez bajó la cabeza aún más, aunque no antes de lanzar una mirada fugaz a Rochefort, que no parecía prestar atención. Tenía la mirada puesta en los naranjos, no en las presentaciones. Un día volverían a cruzar sus espadas, Agnez lo sabía, y el resultado sería diferente…

—Levanta la vista, mosquetera, y dime cómo puedo recompensarte por tu labor —dijo la reina.

Agnez levantó el rostro, miró a la reina y enseguida volvió a bajarlo, tal como le había indicado Sesturo.

—Solo deseo seguir sirviendo a su majestad con mi espada y, en caso necesario, con mi vida.

Sofía dio una palmada, encantada.

—¡Qué bien dicho! ¡Tal como cabría esperar de uno de mis mosqueteros!

Señaló al vendaje en el brazo de Agnez:

—Pero ¿has resultado herida durante la recuperación del tesoro?

—No es nada, majestad —dijo Agnez, resistiendo la tentación de volver a mirar a Rochefort—. Mis heridas sanan rápido y, tal como podéis ver, la llevo perfectamente vendada.

—El vendaje es obra del corpulento joven que está junto a Descaray, majestad, un hombre casi tan grande como yo, lo cual casi me molesta, aunque se lo perdono, ya que quizás un día yo también lo necesite para que me cure las heridas. Es el aprendiz de doctor magíster Simeon MacNeel, al servicio de vuestra médica personal, Hazurain, en la enfermería.

—Y tú, doctor MacNeel, ¿qué recompensa querrías?

—Yo tampoco necesito nada más que lo que tengo —respondió Simeon, que había observado lo mucho que le había gustado a la reina la respuesta de Agnez a la misma pregunta—. Aprender de una de las grandes doctoras de nuestra era, la médica de la reina, es todo lo que siempre he deseado.

La reina volvió a aplaudir y sonrió. Le gustaban aquellas demostraciones públicas de devoción, en particular cuando no le costaban nada.

—El joven junto al doctor, que abulta la mitad, es uno de los empleados de su eminencia, actualmente al servicio de la arquitecta de su majestad, lo cual hace con gran energía, persiguiéndonos constantemente a los pobres mosqueteros para cumplir con las órdenes de la arquitecta.

—¿Y cómo podría recompensarte la reina de Saranza, empleado?

Henri abrió la boca para decir «con oro» o «con riquezas», pero algo lo frenó. Por dentro estaba furioso y desanimado: furioso con sus «amigos», que habían desestimado la oportunidad de obtener alguna recompensa, y desanimado porque eso imposibilitaba cualquier petición por su parte. Ahora no podía pedir una recompensa monetaria, cuando ellos habían declarado que les bastaba con servir a la reina.

Se aclaró la garganta y dijo, fingiendo un fervor que no sentía:

—Yo también deseo únicamente servir a su majestad dentro de mis limitaciones, siempre lo mejor que pueda.

—¿Y tú, joven *ser*? No hace falta que Sesturo me diga que eres una bachiller de Belhalle. ¿Cómo te llamas? ¿Tú también renuncias a cualquier recompensa?

—Me llamo Dorotea Imsel, majestad. Efectivamente, soy bachiller de Belhalle, aunque actualmente no resido ni estudio allí. En cuanto a la recompensa, no necesito nada…, pero me gustaría no tener que volver a la Torre.

—¡La Torre!

—Estoy allí como «invitada», su majestad —dijo Dorotea, mirando a la cardenal y luego a un lado, donde estaba Rochefort—. Y no tengo muy claro el motivo.

—¿Eminencia? ¿Qué significa eso? —preguntó la reina.

—La bachiller Imsel ha sido trasladada a la Torre por su propia seguridad —dijo la cardenal, con soltura—. Ha demostrado talento para hacer iconos con apenas unos trazos, algo que solo han sido capaces de hacer dos personas antes que ella, el hereje Chalconte y la ystariana Liliath, también conocida como la Doncella de Elanda. Entre los rehusantes hay una secta que sostiene

que Liliath renacerá y les devolverá la grandeza, aunque eso no hace más que conducirlos a la traición y a la rebelión contra su graciosa majestad. Puesto que podrían creer que la bachiller Imsel es Liliath renacida, había que llevarla a la Fortaleza de la Estrella para asegurar que está protegida. Tal como hemos visto con el robo de estos objetos de *lady* Dehiems, que algunos rehusantes podrían considerar que son de Liliath, es evidente que están más activos que nunca, y eso supone un considerable peligro.

—Bueno, pues siendo así… Es por tu bien, niña.

Dorotea bajó la cabeza aún más, reprimiendo las ganas que tenía de decir que aquello no eran más que tonterías. Sin embargo, durante su estancia en la Torre había aprendido algo. Ahora sabía mantenerse en silencio, aun cuando lo que habría deseado es hablar.

—Quizá si se trata únicamente de garantizar la seguridad de la bachiller Imsel, podríamos encontrar otro sitio donde estuviera más cómoda —dijo alguien, con voz firme y tono seguro. Dorotea levantó la vista. Era Dartagnan la que hablaba, la capitana de los mosqueteros de la reina—. Los mosqueteros de la reina estaríamos encantados de ofrecerle un alojamiento seguro en nuestros barracones en la Fortaleza de la Estrella —añadió, e hizo callar a la cardenal, que estaba a punto de decir algo, dirigiéndose directamente a la reina—: ¿Quizá podríamos alojar a los cuatro jóvenes? ¿Le parecería adecuado a su majestad?

—Sí, por supuesto, Dartagnan. Una idea excelente. Pero ¿qué hay de esa secta de rehusantes, cardenal? —preguntó la reina—. ¡Esos ladrones y asesinos me disgustan profundamente! ¿Qué medidas se están tomando?

La cardenal miró a Dartagnan sin inmutarse; luego miró de nuevo a la reina. Todos los presentes eran conscientes de que acababan de ver una breve escaramuza entre los poderes que rodeaban al trono, y esta vez había ganado Dartagnan. Aunque diera la impresión de que el premio fuera poco significativo (el traslado de una prisionera poco importante), a Dorotea le pareció algo inmenso.

—Esa secta se basa en un grupo criminal conocido popularmente como el Clan de las Sombras. Todos los rehusantes que sabemos que pertenecen a esta banda serán arrestados mañana al amanecer, majestad —dijo la cardenal, que irradiaba una gran seguridad—. Será una operación dirigida por la capitana Rochefort, con la colaboración de la guardia capitalina.

Rochefort inclinó la cabeza, los ojos le brillaron y su cicatriz se hizo aún más evidente. Parecía desear ponerse a trabajar lo antes posible, salir en busca de rehusantes y encadenarlos.

—¿Y qué haremos con ellos, *ser* Rochefort? —preguntó la reina.

—Los líderes serán trasladados a la Fortaleza de la Estrella para interrogarlos, su majestad —respondió Rochefort—. Los que parezcan tener las condiciones físicas necesarias irán a las galeras en Malarche; a los otros los repartiremos por las cárceles de Loutain y Mouen.

—¿Son muchos los que hay que arrestar? —preguntó la reina, girándose de nuevo hacia la cardenal—. Confío en que no olvidéis, eminencia, que muchos rehusantes realizan un trabajo muy útil. Aunque quiero que se tomen medidas contra cualquier agitador o traidor, no debemos perder a los obreros que trabajan de buena fe.

—Su majestad sabe que yo siempre he recomendado expulsar a todos los rehusantes del reino —dijo la cardenal, endureciendo la voz—. Ellos… o sus ancestros… desafiaron a su arcángel y fueron castigados por ello, y con ellos sus descendientes. Pero, como siempre, reconozco y alabo la compasión de su majestad.

—¿Cuántos, cardenal? —insistió la reina, ahora ya malhumorada.

—Mil, quizá dos mil —respondió Duplessis—. De los más de veinte mil contados en el último censo, hace una década. Como se reproducen rápidamente, al no contar con la ayuda de Hereniel o Shapanael para impedir o detener la concepción, sin duda ahora serán muchos más.

La reina permaneció un momento en silencio, con el ceño fruncido, aunque la frente le quedaba oculta bajo la peluca. Aun así, alrededor de los ojos se le veían las líneas de expresión. Bajó la mirada y sus ojos se encontraron con la mirada de Dehiems.

—¿Y vos qué pensáis, *lady* Dehiems? Vos habéis sufrido personalmente el ataque de esos habitantes de las alcantarillas.

—Yo digo que deberían responder por sus acciones —dijo Dehiems—. En cualquier caso, todo el mundo sabe que su majestad es la bondad personificada, incluso para los rehusantes, que no merecen tantas atenciones. Si se comportan como delincuentes, deberían ser tratados como tales.

—Sí —respondió la reina—. Sí, tenéis razón.

Apoyó la mano sobre el hombro de Dehiems, y la joven volvió a levantar la mirada. Ambas sonrieron. La reina iba a decir algo, pero la interrumpió una tos discreta de su criado de mayor rango, Deruyter. Era una señal familiar y que conocía bien.

—Sí, sí, ¿qué pasa, Deruyter?

—El embajador de Menorco espera en la Sala de Recepciones Ámbar, su majestad, tal como habéis ordenado.

—¡Vaya! —exclamó la reina—. Se me había olvidado.

Volvió a mirar a *lady* Dehiems.

—Mañana debéis venir a mi *levée*, querida, pero, de momento…, asuntos de Estado. Cardenal, ¿deseáis venir a ver al embajador?

—Por supuesto, majestad.

Lady Dehiems consiguió bajar al suelo de la pérgola, ponerse en pie y hacer una reverencia, todo en un elegante movimiento, antes de retirarse, por detrás de Agnez y los otros. La reina se quedó mirando a los cuatro amigos, que aún tenían la rodilla hincada en el suelo.

—Os doy las gracias de nuevo, *sers*, por vuestro servicio al reino.

Aquellas palabras parecían algo rutinario, una fórmula repetida mil o diez mil veces. También las palabras que vinieron después:

—¡Deruyter! ¡Los monederos!

Una vez más, Deruyter hizo un gesto a una criada. Esta le llevó una caja dorada a la reina, que metió la mano y sacó un pequeño monedero de terciopelo.

—Descaray.

Agnez se levantó, pero no se movió.

—Acércate. ¡No muerdo, mi valiente mosquetera!

Agnez avanzó lentamente, agachando la cabeza frente a la mano tendida de la reina y recogiendo el monedero de terciopelo. Luego se retiró y volvió a apoyar la rodilla en el suelo. El proceso se repitió tres veces más. Cuando Dorotea, que fue la última, volvió a su sitio, Sesturo les indicó con un movimiento que era hora de irse y se dirigió hacia la salida.

La audiencia había acabado. Los cuatro jóvenes se retiraron tal como se les había indicado, dándose la vuelta solo a cierta distancia. *Lady* Dehiems iba delante de ellos, acompañada por dos mosqueteros, hacia la puerta principal de bronce esculpido. La trataron con una cortesía extrema, probablemente conscientes de que había seducido a la reina con sus innegables encantos.

Sesturo se llevó a los chicos en otra dirección, a través de un hueco entre los árboles y por otro sendero entre cítricos. Les señaló una puerta vigilada por otros mosqueteros.

—Derossignol o Rotrou os mostrarán la salida por la oficina del censo, que da al Patio Este.

Se despidió con una reverencia y volvió a la pérgola. Los otros le devolvieron el saludo y se lo quedaron mirando unos momentos; luego se dirigieron hacia la puerta, donde uno de los mosqueteros levantó la mano a

modo de saludo. La otra estaba apoyada sobre una pierna, escribiendo en un pequeño cuaderno. No levantó la vista.

Henri examinó su monedero mientras caminaban, suspiró y volvió a cerrarlo. Simeon, que estaba a su lado, levantó una ceja.

—Plata —susurró Henri—. Nosotros le traemos oro y los míticos Iconos de Diamantes, y nos da sesenta libras a cada uno, a juzgar por el peso. No puedo creerme que todos le hayáis dicho…

—Yo doy gracias de salir de aquí sin haberme jugado la cabeza —dijo Simeon—. Cuanto antes llegue a la enfermería, más tranquilo estaré.

—A ti ya te va bien —refunfuñó Henri—. Supongo que dirías en serio que no deseabas nada más que abrir a pacientes y codearte con ángeles para que te ayuden a curar eccemas…

—En realidad, tampoco hicimos nada, Henri —le cortó Agnez—. Simplemente tuvimos la suerte de estar ahí y encontrar el cuerpo.

—Sí —dijo Dorotea, pensativa—. Nunca hay que subestimar el papel de la suerte, pero me pregunto…

La interrumpió un ruido repentino en los paneles de cristal del techo, que hizo que todos levantaran la vista. Pero no era más que lluvia, unos gruesos goterones que impactaban contra el invernadero. Al principio solo fueron unos pocos, que repiqueteaban. Sin embargo, de pronto, se convirtió en un tamborileo constante, cuando la lluvia se intensificó.

—No llevamos abrigos —se lamentó Henri—. Y apuesto a que no nos llevarán de vuelta a la fortaleza en uno de los coches de la cardenal.

—Quizá te equivoques en eso —dijo Simeon, mirando por encima del hombro—. Nos están siguiendo.

Rochefort se les estaba acercando. Los tacones de sus botas rojas resonaban al contacto con el suelo, creando un contrapunto respecto al ruido de la lluvia en el tejado. Al pasar junto a Sesturo, inclinó la cabeza a modo de saludo. Él se lo devolvió con un movimiento de la mano, quizás irónicamente.

—Al menos a uno de nosotros —le susurró Henri a Agnez.

Agnez no respondió. Se tensó, levantando la cabeza todo lo que podía, mientras Rochefort se acercaba, como un gato arqueando la espalda al ver a un intruso que penetraba en su territorio. Como era de esperar, la persevante no le hizo caso. Se dirigió a Dorotea:

—Me alegro de que salgáis de la Torre, *ser* Imsel —dijo, envarada—. Su eminencia me ha pedido que os diga que, si los barracones de los mosqueteros no fueran de vuestro agrado, siempre tendréis una habitación de invitados en

los de los persevantes. Su eminencia también ha ordenado que uno de sus coches os lleve a todos a la Fortaleza de la Estrella.

—Es muy amable por vuestra parte, *ser*, sobre todo con este tiempo —dijo Simeon.

—La amabilidad no tiene nada que ver con esto, doctor. Su eminencia considera que corréis peligro. No sabemos por qué están luchando entre ellos los rehusantes, por qué tenía el tesoro la Lombriz, ni qué puede significar que lo hayáis encontrado vosotros. Puede que ahora quieran hacéroslo pagar. O, en el caso de la bachiller Imsel, quizá piensen secuestrarla, si realmente creen que es Liliath renacida.

—¡No soy Liliath! ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

—Yo te creo —dijo Rochefort—. Y ni siquiera pienso que la cardenal crea lo contrario. Pero…, eh…, su eminencia desea… hablar… de esto contigo mañana a mediodía. Iré a recogerte a los barracones de los mosqueteros a las once. Espero encontrarte preparada.

—No tengo reloj —objetó Dorotea.

—Las campanadas del templo se oyen perfectamente —dijo Rochefort, sin inmutarse. Le tendió la mano, enfundada en un guante rojo—. ¡Vamos! Me alegro de que salgas de la Torre, aunque sea para estar con mosqueteros.

Dorotea le cogió la mano y agachó la cabeza en gesto de agradecimiento.

—Yo me alegraré cuando pueda volver a Belhalle, con mis libros, mis pinceles, mis pinturas y mis placas, y cuando todo el mundo se olvide de esa historia de Liliath —añadió—. Pero os doy las gracias, capitana.

—Debo volver con su eminencia —dijo Rochefort, que los observó a los cuatro y rebufó—. ¿Solo la mosquetera lleva espada? En el futuro portad vuestras armas; hay que ir con cuidado. Quiero suponer que sabéis cómo usarlas.

En el momento en que Henri y Agnez se disponían a replicar, dio media vuelta y se alejó.

Derossignol los recibió con la jovialidad de un centinela aburrido; le dio una patada a Rotrou en la pierna sobre la que estaba apoyada y a punto estuvo de hacerla caer. Ella cerró su cuaderno y le hizo un gesto como si quisiera clavarle en la cara su lápiz Simonio, uno especialmente bueno, con la mina de grafito envuelta en madera, y esta a su vez enfundada en una cubierta de plata grabada con escenas de obras famosas.

—Descaray, ¿no? ¿Y los buscadores de tesoros?

—Más bien «encontradores» —le corrigió Agnez, intercambiando un saludo, mientras Rotrou se guardaba el cuaderno bajo la coraza—. Sesturo

nos ha dicho que uno de vosotros nos llevaría al Patio del Este, donde nos espera nuestro coche.

—¡Nos espera nuestro coche! —exclamó Derossignol, dándole un codazo a Rotrou—. ¡Caray con los cadetes de hoy en día! Yo pensaba que a ti no te importaría lo más mínimo caminar bajo la lluvia, Descaray. Pero supongo que a tus compañeros, que espero que quieras presentarme, no les gustaría tanto.

—No, no nos gustaría —respondió Henri, bajando la cabeza a modo de saludo—. Yo soy Dupallidin. Esta es la bachiller Imsel, y este el doctor MacNeel.

—Encantado de conoceros —dijo Derossignol, que no dejaba de sonreír —. Muchos dicen que hablo demasiado y que hago demasiado poco. Para desmentirlo os llevaré a vuestro destino, algo que Rotrou también agradecerá, ya que así podrá seguir escribiendo su obra de teatro.

—Estoy escribiendo un poema, no una obra de teatro —dijo Rotrou—. Y ahora que me has interrumpido tampoco me importa llevar a nuestros visitantes, que son jóvenes y fácilmente corruptibles. Quién sabe cómo podría afectarles tu propincua proximidad.

—Lo que está claro es que «propincua proximidad» es una redundancia —dijo Dorotea.

—¡Ah, tenemos aquí una bachiller! —exclamó Rotrou, que en realidad solo debía de tener tres o cuatro años más que los cuatro amigos. Se colgó de su brazo y le hizo un gesto a Derossingol—: Abre las puertas, y que entre el frío viento mientras nosotros salimos, buen Derossignol.

—Como siempre, me quedo fuera justo cuando llega lo bueno —gruñó Derossignol.

Desplazó la mirilla y observó atentamente el exterior antes de desatrancar la puerta y abrirla. Un frío viento entró aullando: la temperatura exterior había descendido ostensiblemente. El contraste era intenso tras haber respirado el aire calentado del invernadero:

—¡Venga, rápido! —les espoleó Derossignol, que ya estaba empezando a cerrar la puerta otra vez—. ¡No podemos dejar que se escape el calor!

23

La lluvia era muy fría. El grupo avanzó a toda prisa junto al muro del invernadero de un tenue punto de luz al siguiente; los faroles estaban colocados en hornacinas a unos veinte pasos uno de otro. Intentaron permanecer bajo los aleros de los tejados para evitar los chorros de agua que caían de los desagües, pero era imposible, y antes o después se encontraban con una repentina cascada que los dejaba empapados.

Tiritando, giraron la esquina de la oficina del censo y llegaron hasta la reja en el extremo oeste del callejón del Sur, donde intercambiaron la contraseña con dos curtidos mosqueteros que llevaban unos mantos que los protegían de la lluvia (y aun así con gesto contrariado). Les hicieron pasar, y Rotrou regresó a toda prisa a la calidez del Invernadero de los Naranjos.

El callejón era un estrecho pasaje entre la oficina del censo y la contaduría de la reina, y afortunadamente los tejados de la media docena de plantas superiores se solapaban, de modo que por un rato se libraron de la lluvia. Aun así, estaba oscuro, salvo por una única lámpara de aceite en mitad del callejón.

—Quizá los helvetios hicieron bien en convertirse en república —masculló Henri, pero no lo suficientemente alto como para que lo oyera Agnez, que sin duda se habría ofendido ante la mínima crítica a la reina.

Había otra reja al final del callejón, y más mosqueteros con pesados mantos empapados. Dejaron pasar a los cuatro visitantes —ellos también empapados y helados— al Patio del Este, por donde corrieron para protegerse bajo el pórtico más próximo, ya que el patio estaba flanqueado por claustros en tres de sus lados, llenos en ese momento de cortesanos que carecían de los medios o de las energías necesarias para buscar alojamiento en otro sitio, o que temían que no volvieran a admitirlos si se marchaban. La mayoría de ellos estaban arrebujados en torno a la media docena de enormes braseros de hierro alimentados a intervalos irregulares por los criados del palacio, que también lucían cintas amarillas en sus ropas y que cargaban cestas de leña a la espalda. En circunstancias normales, pese a la hora, el patio tendría que estar lleno de cortesanos que bailarían y tocarían sus instrumentos, practicarían con la espada o demostrarían su habilidad montando a caballo. Pero la fría lluvia había recluido a todo el mundo a los pórticos. La enorme superficie abierta

estaba desierta, salvo por dos de los coches de la cardenal, cada uno tirado por seis caballos que rebufaban. Les habían tenido que poner sus mantas de invierno, de color escarlata intenso, con un mes de antelación.

—Ahí va *lady* Dehiems —dijo Agnez, señalándola.

La noble albana llevaba una capa con capucha, de lana azul oscuro y rematada con pieles, que transmitía una imagen de calidez. Una mosquetera y un persevante la ayudaban a abrirse paso por entre los cortesanos que se habían acercado como mosquitos a un pícnic junto a un lago, intentando atraer su atención con vehementes reverencias y florituras a las que ella, por supuesto, no hizo ningún caso.

Un rehusante ataviado con cintas doradas se acercó a Agnez y les ofreció a los cuatro unos paraguas de cuero engrasado para cruzar hasta su coche. Pero justo en el momento en que los abrían, la lluvia aumentó de intensidad y se volvió aún más estentórea. El frío se intensificó, y las gruesas gotas se convirtieron en granizo.

—¡Rápido! —gritó Agnez, echando a correr.

Algunos criados que estaban protegidos tras el coche salieron corriendo a sujetar a los caballos por la cabeza, pero, pese a estar muy bien enseñados, los animales empezaron a agitarse con el granizo.

Lady Dehiems se dirigía al coche más cercano, protegida de la lluvia por el paraguas que llevaba el persevante, que le había arrebatado ese honor a la mosquetera. Estaban prácticamente a medio camino, y los cuatro amigos corrían tras ellos, cuando el granizo de pronto cesó; vieron rebotar unas cuantas bolas de granizo por el suelo y de pronto el patio apareció cubierto de blanco como si hubiera nevado, con el hielo amontonado en franjas bajo los aleros de los pórticos.

En el repentino silencio que se hizo se oyó el chirrido del metal sobre la piedra, y una gran verja de hierro manchada de verdín que cubría el desagüe del centro del patio se levantó por una esquina y luego cayó hacia atrás con un gran estrépito. Un segundo más tarde empezaron a salir unas figuras cubiertas de harapos de color gris armados con ganchudas pértigas de alcantarillero, cuchillos de carnicero, hachas oxidadas y mazas hechas con mandíbulas de asno.

Cargaron contra los que tenían más cerca: *lady* Dehiems y sus dos escoltas.

Agnez fue la primera en reaccionar, lanzando su paraguas hacia un lado, sacando una pistola y disparando en un único y ágil movimiento. Pero la pólvora se había mojado, y la pistola solo chisporroteó. La tiró a un lado y

sacó la espada, pateando el suelo para limpiar los talones de sus botas de restos de granizo. Los demás no llevaban espadas, pero sus paraguas eran pesados y tenían las varillas de hierro. Los cerraron a toda prisa y se prepararon para usarlos como mazas improvisadas.

Lady Dehiems se dio media vuelta y salió corriendo, dejando atrás a los cuatro amigos, mientras el persevante y la mosquetera se enfrentaban a la marea de alcantarilleros. Los atacantes eran veinte o más, y solo hizo falta un rápido intercambio de golpes antes de que pudieran seguir adelante, dejando a la mosquetera y al persevante muertos o agonizando, rodeados de varios alcantarilleros, en un charco de sangre que se fundía con el blanco cándido de la capa de granizo.

—¡Alarma! ¡Alarma! —gritaron los mosqueteros en las diversas puertas y puntos de acceso.

Sin embargo, en lugar de avanzar para combatir a los alcantarilleros, hicieron lo que se suponía que debían hacer: era atrancar las puertas y las rejas para impedirles el acceso al palacio. Luego prepararon los mosquetes.

La mayoría de los cortesanos se retiraron tanto como pudieron hacia el interior de los pórticos, pero una docena se adelantó, resbalando sobre sus botas de tacón rojo al moverse sobre el palmo de hielo que cubría el suelo, desenvainando espadines y dagas ornamentales de escaso filo. Al igual que en el Invernadero de los Naranjos, no se permitía que nadie introdujera armas de fuego en el palacio, salvo los mosqueteros.

Lady Dehiems se movió con gran agilidad, incluso sobre las baldosas cubiertas de granizo. Al oír los disparos de los mosqueteros desde las ventanas de la contaduría, en la planta superior, se detuvo tras Agnez y los otros. Tres alcantarilleros cayeron, y otros dos se les echaron encima y se agazaparon entre el granizo, pero el resto siguió avanzando en un silencio espectral tan perturbador como su repentino ataque.

—¡Permaneced juntos! —gritó Agnez—. ¡Atentos a las pértigas!

Al lanzar su ataque, los alcantarilleros más avanzados, abriéndose paso con las pértigas e intentando acercarse con los cuchillos y las mazas, se oyó de pronto el distintivo sonido de unas cuerdas de arpa.

—¡No! —gritó Dorotea, esquivando la acometida de una pértiga con su paraguas—. ¡Son rehusantes! ¡Nada de magia!

Pero era demasiado tarde. Alguno de los cortesanos había entrado en pánico: se oyó el sonoro batir de unas alas de ángel, un aroma a sándalo invadió el patio y los rehusantes se detuvieron, como azotados por un golpe de viento mucho más potente. La pausa le valió a Agnez para matar a uno de

ellos con un ataque al corazón; retiró la espada, se giró y le rebanó la garganta a otro. Simeon consiguió arrancarle la pértiga de las manos a un rehusante, le dio la vuelta y golpeó al alcantarillero en la cabeza, salvándole así la vida a Henri, puesto que le proporcionó medio segundo vital para esquivar el golpe de una maza que lo habría destripado.

El momento pasó, y los rehusantes atacaron de nuevo. Los cuatro amigos volvieron a apiñarse. Se les unieron algunos cortesanos, en una lucha desesperada para evitar que los alcantarilleros los rodearan.

Cualquiera que fuera el efecto que se esperaba del ángel (y a Dorotea le pareció reconocer la presencia de Sarpentiel, que tenía poder sobre la conciencia, fuera para activarla o aturdirla, normalmente para dormir), evidentemente no funcionó. Pero los rehusantes se movían cada vez más despacio, fallaban sus golpes, se movían sin control, hasta que de pronto…

Empezaron a sangrar ceniza gris.

Lentamente, primero por los oídos y la boca, pero luego también por los ojos y por las heridas abiertas, y al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, emitieron sonidos por primera vez: chillidos de dolor, de miedo y de rabia. Unos cuantos redoblaron los ataques, como si en sus últimos momentos de vida pudieran llevarse consigo a sus enemigos, pero ya estaban demasiado debilitados. La mayoría cayó allí mismo. Al cabo de medio minuto, todos los atacantes estaban por los suelos, retorciéndose entre el granizo, agonizando mientras salían ríos de ceniza de sus cuerpos.

—¡Atrás! ¡Retroceded! —ordenó Agnez, y ella también lo hizo, con la espada aún en ristre.

—¡Atención a los abestiados! —gritó Simeon, aterrado ante la posibilidad de que emergiera algún monstruo tan terrible como el que había visto en el hospital.

Por unos segundos dio la impresión de que todos los rehusantes iban a morir de peste gris, sin más. Simeon fue el primero que observó que no todo acababa ahí, y señaló con su pértiga de alcantarillero:

—¡Mirad!

Dos alcantarilleros estaban tendidos en el suelo, juntos, aparentemente retorciéndose en su agonía. Pero Simeon se había dado cuenta de que aquellos no eran los movimientos de una mente apagándose e intentando dar instrucciones desesperadas al cuerpo. La sangre gris no manaba de sus cuerpos; fluía a su alrededor. A medida que se extendía, iba volviéndose más densa, cuajando, cambiando de color y de consistencia.

Los dos cuerpos se fundieron en uno, y unos tentáculos de ceniza negra fueron tomando forma y reuniendo montones de granizo, que acercaban al nuevo cuerpo que iba formándose, cambiando sin cesar a medida que se fusionaba, aumentando de tamaño y extendiendo sus miembros, acabados en garras.

Una cortesana temeraria, que era la que más cerca estaba del monstruo en fase incipiente, le clavó su espadín, pero una mano recién formada, con una piel como el cuero, agarró la hoja y la partió en dos, lanzando la punta afilada hacia la mujer y clavándosela en el ojo. Ella cayó al suelo. Todos retrocedieron, buscando cómo salir corriendo de allí. El pánico se palpaba en el ambiente; era el momento en el que se gana o se pierde una batalla.

—¡Aguantad las posiciones! —gritó Agnez.

Intentó levantar la vista en dirección a la contaduría, pero el combate los había hecho retroceder casi hasta el pórtico, por lo que el tejadillo los dejaba fuera del campo de visión de los mosqueteros de la planta superior y de los que estaban tras las verjas de los pasajes del norte y del sur.

En el interior del palacio, unas cornetas dieron la señal de alarma; luego se oyeron los tambores. Henri tiró su paraguas al suelo y se hizo con una pértiga de alcantarillero; Dorotea y los pocos cortesanos que habían plantado cara y seguían con vida siguieron su ejemplo. Ante ellos, el abestiado iba apoyando el peso sobre las piernas —que eran más bien como patas de un enorme mastín, de humano no tenían nada— y se erguía, estirando el cuerpo, hinchando el pecho y abriendo los brazos. La cabeza seguía creciéndole, como un globo que se hinchaba, y las escápulas se le desplegaron con un chirrido horrible. Movió su larga mandíbula de un lado al otro, como si quisiera ponerla a prueba, mostrando unos dientes recién formados.

A los lados del patio, los cortesanos chillaban y golpeaban las puertas, rogando que les dejaran salir. Se oyeron órdenes que alguien daba a voz en grito en la planta superior y por los pasajes, y en la puerta principal, al este. Pero todo aquello quedaba muy lejos para los pocos que plantaban cara al abestiado, preparándose para el inevitable ataque.

—¡A mi orden, cargamos todos a la vez! —gritó Agnez—. ¡A la carga!

Se lanzó adelante y atracó al centro del torso de la bestia, donde esperaba que estuviera su corazón. Los otros atacaron por los flancos, clavándole las pértigas de alcantarilleros y los espadines. Pero la espada de Agnez, que con tanto esmero solía afilar, no causó más que un pinchazo a aquella piel endurecida como una placa metálica, y los ganchos de las pértigas y el frágil

acero de los espadines no consiguieron penetrar lo más mínimo; muchos de ellos, de hecho, se quebraron.

Con un chillido agudo, como el de un halcón, pero mucho más intenso y aterrador, el abestiado se lanzó sobre Agnez, intentando aferrarla con sus garras. Tenía los brazos tan extraordinariamente largos que a punto estuvo de conseguirlo, y habría alcanzado a cualquiera menos atlético que Agnez, que supo retroceder inmediatamente, patinando sobre el granizo.

Con el siguiente manotazo la habría agarrado, pero Henri le introdujo una pértiga entre las patas, y junto con Dorotea tiraron e hicieron presión con todas sus fuerzas, multiplicadas por el miedo desbocado. La pértiga se quebró, pero no antes de hacer tropezar al monstruo, que cayó al suelo. Chilló de nuevo y se puso en pie, resbalando sobre la piedra empapada, y haciendo caso omiso a otra andanada de ataques de armas que no podían perforar su pellejo.

—¡Intentad mantenerlo en el suelo! —gritó Simeon, que tiró su pértiga al suelo y corrió al brasero más cercano.

Se detuvo un instante y luego lo agarró por el trípode que lo soportaba, sin preocuparse por las brasas que iban cayéndole sobre la bata de médico. Gruñendo por el esfuerzo, medio lo cargó y medio lo arrastró hasta el lugar donde los otros intentaban desesperadamente mantener al abestiado en el suelo, mientras este iba lanzando mordiscos a las ganchudas pértigas y partiendo más espadines.

Simeon llegó junto a la bestia justo en el momento en que se ponía de nuevo en pie, alargaba un brazo y se hacía con uno de los cortesanos, que aplastó entre sus garras al tiempo que le arrancaba la cabeza de un mordisco. Simeon volcó el brasero con un esfuerzo supremo, derramando un quintal de leña y brasas ardientes sobre los ojos y la boca de la bestia. En el mismo momento en que lo hacía, se lanzó a un lado, tirándose sobre un montón de granizo, con la bata en llamas. Rodó por el suelo, liberando una fumarola de humo y vapor de agua, mientras la bestia, cegada, daba tumbos, chillando y aullando con un tono terriblemente agudo que hizo que los caballos de los coches salieran corriendo por el patio, soltando espumarajos por la boca. Los conductores soltaron las riendas, y sus gritos y chillidos se sumaron a aquella cacofonía de sonidos terroríficos.

Todo el mundo retrocedió de nuevo. Una vez más recogieron pértigas de alcantarillero o cualquier otra arma que tuvieran a mano. Todos salvo Agnez, que se quedó a tres metros de distancia, secando cuidadosamente su segunda

pistola con el pañuelo antes de cebarla y cargarla con movimientos ágiles y seguros.

En el momento en que introducía la munición, oyó que alguien a sus espaldas, probablemente Dorotea, le decía:

—Dispárale bajo la mandíbula cuando levante la cabeza.

Agnez asintió, quitó el seguro y dio un paso adelante, con la mano derecha apoyada en la cadera y el brazo izquierdo estirado, más firme que nunca. El abestiado debió de percibir u oír el movimiento, porque se giró y se lanzó hacia ella, levantando la cabeza para chillar y dejando a la vista la piel más blanda de debajo de la mandíbula. En ese momento, Agnez disparó. Esta vez a la chispa la acompañó una sonora detonación.

Se echó a un lado al ver que la bestia seguía acercándose, pero era solo la inercia la que la impulsaba. Continuó avanzando unos pasos más allá de su posición y cayó al suelo sobre un montón de granizo fundido, barro y sangre, entre los cuerpos de los alcantarilleros y los cortesanos, chorreando sangre gris por la herida de la garganta.

Agnez resopló con fuerza, se agarró la mano, que aún le temblaba, e inmediatamente se dispuso a cargar de nuevo la pistola. Henri y Dorotea fueron corriendo junto a Simeon, que llevaba la bata de médico, aún humeante, sobre la cabeza.

—¿Te has quemado? —le preguntó Dorotea.

—Nada grave —respondió Simeon, mirándose las manos, que habían recibido una lluvia de chispas y brasas—. Desde luego vale la pena llevar una buena bata de médico. Pero debe de haber otros…, tenemos que poner a los heridos a salvo enseguida…

Henri negaba con la cabeza.

—No hay heridos —dijo—. Creo que están todos muertos.

Simeon miró a su alrededor. Ninguno de los cuerpos esparcidos por el suelo se movía mínimamente, ni emitía ningún sonido. Cerca de la verja, los mozos de cuadra habían conseguido calmar a los caballos y hacerles caminar de nuevo. Todo el mundo estaba vivo e ileso, o muerto.

—Me aseguraré —dijo, meneando la cabeza mientras se acercaba al cuerpo más cercano, agachándose.

Le habían enseñado que las batallas siempre dejaban muchos más heridos que muertos, normalmente en una proporción de al menos diez a uno. Pero con aquellos dientes y garras tan afilados y con aquella fuerza brutal, hasta el mínimo golpe de la bestia había tenido efectos devastadores.

Solo tuvo que echar una mirada rápida para confirmar la apreciación de Henri, pero, en el momento en que comprobaba el último cadáver, alguien dijo que la mosquetera que había acompañado a *lady* Dehiems seguía viva. Simeon agarró su bolsa y corrió hacia allí, chapoteando al pisar con sus enormes botas los charcos de granizo fundido.

Empezaban a salir cortesanos de los pórticos. Algunos incluso se pavoneaban, como si hubieran participado personalmente en el combate.

Agnez se acercó a Henri y a Dorotea, y apoyó la mano en el hombro de la bachiller.

—Gracias por decirme que apuntara bajo la mandíbula. Yo habría disparado a…

—Yo no te he dicho nada —respondió Dorotea.

—Bueno, ¿y quién ha sido? —preguntó Agnez, mirando a su alrededor.

Varios de los cortesanos que habían combatido con ellos estaban allí cerca, observando los cadáveres de los alcantarilleros, sin tocarlos, pero removiendo los extraños charcos de sangre gris con sus espadas. Otros se concentraban en torno a *lady* Dehiems, que estaba allí cerca, inmóvil y aparentemente impactada por aquel contacto cercano con la violencia y la muerte.

—No lo sé —dijo Dorotea. No se giró, pero tampoco veía a nadie que tuviera un icono en las manos—. También me gustaría saber quién ha invocado a Sarpentiel. Hemos tenido suerte de que solo se haya creado un abestiado. Podían haberse transformado todos.

Agnez abrió la boca, pero no dijo nada. La cerró, tragó saliva y volvió a intentarlo. La voz no le salió tan decidida e impetuosa como le habría gustado.

—Sí, mucha suerte.

Un chasquido metálico anunció la abertura de las rejas y la entrada de una oleada de mosqueteros. Evidentemente, les había llegado la noticia de que había un abestiado, porque la mayoría de ellos llevaban alabardas, y Franzonne, que iba en cabeza, portaba una granada en una mano y una mecha encendida en la otra. Sesturo iba tras ella, cargando un hacha de guerra enorme que parecía sacada de una pared donde habría podido servir de decoración, ya que tenía el mango y la punta decorados con hebras plateadas.

Los oficiales impartieron órdenes, y los mosqueteros se distribuyeron por el patio; unos cuantos se concentraron junto a la reja de desagüe abierta en el centro. Franzonne y Sesturo se acercaron al cuerpo chamuscado del abestiado, junto al brasero roto y deformado tirado por el suelo. Echaron un vistazo al

cadáver. Sesturo le clavó la punta de su hacha y murmuró algo. Franzonne asintió, se agachó y hundió el extremo encendido de la mecha en un montoncito de granizo a medio fundir, apagándola.

Al hacerlo exhaló, y su aliento se convirtió en vapor. De pronto, Agnez se dio cuenta de que estaba helada y empapada, y se puso a tiritar. Franzonne, quizá percatándose del movimiento, la miró y la saludó con la mano; luego ella y Sesturo se acercaron a la joven mosquetera.

—No me iría nada mal una cena caliente y una manta —dijo Henri—. No. Tres mantas.

—Yo no tenía hambre hasta que has dicho eso —dijo Dorotea—. Ahora sí.

—Deberíais venir a la Casa Demaselle; queda cerca de aquí —dijo la noble albana, ya recuperada del trance, del miedo o de lo que fuera que la atenazaba—. Permitidme ofreceros una buena cena, vino caliente y…

—Tienen órdenes de regresar a la Fortaleza de la Estrella, *milady* —la interrumpió Franzonne, bajando la cabeza a modo de saludo, con la granada a la espalda—. Sesturo y una escuadra de mosqueteros os escoltarán hasta vuestro coche y os acompañarán a casa.

Lady Dehiems parpadeó por un momento, como contrariada, pero fue tan rápido que solo Dorotea se dio cuenta, porque nadie la estaba observando tan atentamente.

—Oh, por supuesto, *ser* Franzonne —dijo—. Me temo que su eminencia tiene razón, que esos…, ¿cómo los llaman… *cloaqueros*?, están rabiosos con nuestros jóvenes amigos por haberse llevado mi…, o, mejor dicho, el tesoro de su majestad.

—Eso parece, *milady* —respondió Franzonne, sin más—. ¿Sesturo?

—¿*Milady*? —dijo el enorme mosquetero, señalando con un gesto el coche más cercano, que se acercaba lentamente, dando un rodeo para evitar los cadáveres.

—Gracias otra vez —dijo *lady* Dehiems a los cuatro amigos, observándolos a todos y cada uno con gran atención.

Todos la miraron con diferentes grados de admiración y de interés: Agnez con cierto desdén, porque la albana no había intentado siquiera luchar, aunque, en realidad, no le dedicó mucho tiempo, porque estaba distraída pensando qué habría podido hacer de otro modo para acabar antes con el abestiado, o qué táctica habría podido emplear si hubiera habido más de un monstruo; Henri pensaba que una esposa rica y bella como aquella sería el mejor seguro para su futuro, aunque estaba claro que *lady* Dehiems quedaba

muy fuera de su alcance, sobre todo porque probablemente acabaría convirtiéndose en la favorita de la reina; Simeon también se sentía atraído por su belleza, pero también veía en ella un reto intelectual: había algo en su modo de moverse que no era del todo normal, aunque no le parecía que fuera una lesión; quizá tuviera hiperlaxitud articular; y, por último, Dorotea, que no dejaba de mover la cabeza de un lado al otro, porque cuando miraba a *lady* Dehiems por el rabillo del ojo no veía una joven de increíble belleza, sino que percibía imágenes borrosas y superpuestas de fuego y de una luz intensa, con unas enormes alas detrás…

24

Era casi medianoche cuando los cuatro amigos llegaron de nuevo a la Fortaleza de la Estrella y, ante la insistencia de Franzonne, a los baños de los mosqueteros, situados entre los barracones. El elegante establecimiento había sido construido sobre las ruinas de una casa de baños muy anterior y mucho más grande, una reliquia del viejo imperio. Había una serie de piscinas rotas y vacías, pero aún quedaban cuatro más pequeñas alrededor de la piscina central, que era la que tenía el agua más caliente. Un equipo de rehusantes encargados del mantenimiento alimentaban los hornos y mezclaban el agua; todos ellos, les aseguraron, eran trabajadores fieles con una experiencia demostrada y sin ninguna conexión con los alcantarilleros del Clan de las Sombras.

A pesar de esas garantías y de la presencia de al menos otra docena de mosqueteros en las otras piscinas, Agnez dejó su espada y sus pistolas cerca, sobre un taburete junto a la piscina caliente, y Henri consiguió otra espada y también se la dejó cerca. Les entregaron unas largas camisas de baño blancas, unas finas túnicas de gasa que algunas personas se ponían para bañarse, pero declinaron la oferta, aunque Agnez tuvo la precaución de dejar sus botas junto a sus armas. La desnudez en una casa de baños o en casa, entre amigos, era algo que no molestaba a los sarancianos, no era tabú como sí lo era para los albanos o en otras culturas. A Agnez no le preocupaba tener que enfrentarse a algún alcantarillero desnuda, pero las botas eran una necesidad práctica.

Los cuatro se calentaron enseguida sumergiéndose en la piscina de agua caliente, y se permitieron incluso jugar un poco, salpicándose y mojándose unos a otros, para luego sentarse en un extremo de la piscina, sumergidos hasta las axilas. Todos menos Simeon, a quien el agua le llegaba poco por encima de la cintura. Pero el aire también estaba caldeado, gracias al calor que desprendían el agua y los recipientes con piedras calientes, que los rehusantes iban remojando de vez en cuando para crear columnas de vapor.

No les constaba que nadie hubiera dado la orden de que los otros mosqueteros les dejaran la piscina principal para ellos solos, pero, pese al flujo constante de mosqueteros que entraban y salían, no había nadie más con ellos; todos usaban las otras piscinas.

Casi todos los mosqueteros que llegaban los felicitaban por haberse enfrentado a los alcantarilleros y al abestiado; en muchos casos elogiaban en particular a Agnez por su último disparo, y a Simeon por acarrear y lanzar el pesadísimo brasero. Muchos le decían que debía hacerse mosquetero y dejar de pensar en la medicina; de todos modos, si insistía en ser médico, era de los médicos que les habría gustado tener en el cuerpo, puesto que había salvado la vida de la mosquetera que acompañaba a *lady* Dehiems, una mujer llamada Jannos, que evidentemente gozaba de muy buena consideración en el regimiento.

Pero más allá de esas cuatro palabras, los mosqueteros no se detenían a hablar. Aun así, por lo que oían de las conversaciones de las otras piscinas, los cuatro amigos supieron que tras el infame ataque en el recinto del palacio, algo sin precedentes, se estaba procediendo al arresto de muchos miembros conocidos del Clan de las Sombras, no solo por parte de los persevantes de la cardenal y la guardia capitalina, sino también por parte de los mosqueteros. Incluso iban a acudir tres tropas de casacas verdes del coronel Derohan, el regimiento del ejército más cercano, desde Charolle, a seis leguas de distancia.

También oyeron que la propia Franzonne había encabezado una escuadra de reconocimiento que se había introducido por el desagüe del Patio del Este hasta las alcantarillas, y que habían descubierto que los mapas de las diversas autoridades de la ciudad eran de lo más impreciso en lo relativo a la red de alcantarillas construidas en los últimos trescientos años, pero también en lo referente a los pasajes naturales que atravesaban la roca, más antiguos, repartidos por el subsuelo de gran parte de la ciudad. Se habían producido algunas escaramuzas con los alcantarilleros, y parecía ser que la campaña para detener y deportar a los presuntos elementos criminales de la población de rehusantes acabaría llevando mucho más tiempo y suponiendo un derramamiento de sangre mucho mayor de lo pensado.

—Ha sido un día muy raro —dijo Simeon, echándose agua caliente sobre el pecho, ancho como un tonel y cubierto de pelo. Tenía una cantidad de pelo sorprendente para alguien tan joven, sobre todo porque tenía el cutis muy suave, y no llevaba barba.

—¿No te hacen daño las manos al contacto con el agua? —preguntó Agnez.

—No. ¿No me has visto antes? Tengo que reconocer que he echado mano a mi bolsa. En la enfermería me dieron unos cuantos iconos para usar, y he

invocado a Innenael, que tiene poder sobre el dolor. En cualquier caso, mis heridas son leves, no creo que me salgan ampollas siquiera.

—Hay algo en esa *lady* Dehiems que no me cuadra en absoluto —dijo Dorotea de pronto, sobresaltando a los otros tres.

Henri chapoteó violentamente para hacer ruido, girándose para asegurarse de que los mosqueteros de la piscina más cercana no la hubieran oído.

—¡*Shhh*! —exclamó, agitado—. ¡Ya has visto cómo la ha tratado la reina! Prácticamente, es su nueva favorita.

—Ella… lleva a uno o varios ángeles consigo. Siempre están ahí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Simeon.

Todos se acercaron. Agnez se separó del borde de la piscina y siguió chapoteando para que nadie oyera la conversación.

—Los he visto —dijo Dorotea—. Mirando por el rabillo del ojo. Ya sabéis, de lado.

Henri y Simeon intercambiaron una mirada de perplejidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Agnez.

—Bueno, forzando la vista, torciendo un ojo, mirándola de reojo, he visto imágenes de fuego y de luz superpuestas a la de su cuerpo —dijo Dorotea—. Y se insinuaban unas alas…

—¡Yo también puedo ver de todo si tuerzo un ojo y miro a un lado! —exclamó Agnez—. ¡Como todo el mundo!

—*Hmmm* —dijo Dorotea, parpadeando y mirándolos a los tres, uno por uno, muy despacio.

—Ahora que lo mencionas, creo… que todos vosotros también tenéis un fuego similar dentro. Como una sombra invertida… clara, no oscura…, de unas alas de ángel.

—¡Nosotros! —exclamó Simeon, más fuerte de lo que habría querido. Todos se giraron, pero los otros mosqueteros seguían hablando entre ellos, y los de la piscina más cercana se estaban pasando una bota de vino, que centraba la atención de todos—. ¿Te has golpeado la cabeza? —añadió Simeon—. Han pasado muchas cosas a la vez… ¿No habrás resbalado con el granizo?

—Sí —reconoció Dorotea, provocando un suspiro de alivio en los otros tres, que se interrumpió de golpe cuando matizó—: Pero no lo suficiente como para caerme. Esto es muy interesante, porque esa… sombra vuestra… no la veía antes de verla en esa dama. Y no es la misma… Es similar, pero no es la misma. Me pregunto…

—Dorotea, ya tienes bastantes problemas con que la cardenal crea que eres Liliath renacida —dijo Henri—. Si vas por ahí diciendo que ves ángeles en la gente, ¡puede que también crean que eres la personificación de Chalconte! ¡Y en particular debes evitar decir nada malo de *lady* Dehiems!

—¿Alguien tiene un espejo? —preguntó Dorotea.

—¿Qué?

—¿Estás segura de que no te has golpeado la cabeza? —le preguntó Henri —. Por si no te has dado cuenta, estamos todos desnudos. ¿Cómo íbamos a tener un espejo?

—No quería decir aquí mismo —se explicó Dorotea—. Quiero verme torciendo un ojo.

—¿Verte torciendo un ojo? —replicó Agnez—. Simeon, tienes que examinarle la cabeza. Debe de haberse caído. O quizás incluso… ¿No te habrá dado un golpe el abestiado… o un alcantarillero?

—¡No!

—Déjame ver —dijo Simeon, bajando del escalón y acercándose.

Empezó a palparle la cabeza a Dorotea, apretándole en algunos puntos clave, pero ella se echó atrás, y Simeon tuvo que soltarla, o se habría quedado con su pelo en la mano.

—Os lo he dicho mil veces, no me he golpeado la cabeza, ni me la han golpeado otros —protestó Dorotea—. No sé qué significa que vea lo que veo. ¡Necesito un espejo para ver si también lo veo en mí, porque eso podría explicar por qué tenemos esta sensación de familiaridad entre nosotros!

—¿Ves algo en los mosqueteros que están ahí? —le preguntó Simeon.

Dorotea se giró, subiendo y bajando la cabeza, torciendo y forzando la mirada, mirando a los mosqueteros de la piscina más cercana, cuatro mujeres y tres hombres, que bebían tranquilamente de la bota que se iban pasando.

—No —dijo, meneando la cabeza y sumergiéndose de nuevo en el agua caliente.

Los otros tres la miraron. Simeon frunció el ceño, pensativo. Henri estaba preocupado. Agnez torció la vista y miró hacia un lado para ver si podía ver algo.

—Tengo un espejito bucal en la bolsa —dijo Simeon al cabo de un momento—. Iré a buscarlo.

Salió de la piscina, soltando una gran cantidad de agua, y se dirigió hacia donde tenía sus cosas. Abrió su bolsa y sacó un espejito ovalado montado sobre el extremo de una varilla metálica que usaba para examinar la boca y la garganta a la gente.

—¿Qué vas a hacer con eso, doctor? —le preguntó una de las mosqueteras, al ver el enorme joven saliendo del agua.

Era casi tan alta como Simeon, y musculosa, aunque mucho menos voluminosa. Nadie tenía el volumen de Simeon, salvo Sesturo.

—¿Quieres descubrirlo tú misma? —le preguntó Simeon.

—¡No, no! —respondió ella, riéndose. Tenía unos ojos alegres y era muy atractiva.

Simeon también cogió un par de pinzas.

—Tengo que sacar una esquirla de piedra, probablemente de una piedra del patio reventada por un tiro de mosquete desviado —añadió, adoptando un gesto serio evidentemente fingido—. ¿No serías tú una de las que disparaban desde la contaduría?

—No, yo no —se defendió la mosquetera, sonriéndole otra vez—. Ese combate me lo he perdido. Pero a cambio he tenido el honor de poder arrastrarme por el fango de las cloacas y pelearme con unos cuantos alcantarilleros por el camino. Pero si me siento débil, doctor, ¿vendrás a ver… si tengo fiebre?

Los otros mosqueteros y los amigos de Simeon se rieron. Él también sonrió y se encogió de hombros, como diciendo que quizá sí, y enseguida volvió a meterse en la piscina, intentando no pensar en el cuerpo desnudo de la mosquetera. Era raro, pensó una vez más, que no sintiera ninguna atracción por Agnez o Dorotea, aunque ambas, a su modo, eran igual de atractivas que aquella mosquetera. O por Henri, quizá, que también era un hombre atractivo. Aunque normalmente le interesaban más las mujeres, había experimentado con los capítulos cuatro a seis de *Los caminos del amor*, de Janossa.

Volvió al agua y se acercó a Dorotea, haciendo pantalla con su propio cuerpo para que no los vieran desde las otras piscinas.

—Toma —dijo, entregándole el espejito—. Echa una mirada mientras yo finjo que te saco una esquirla del oído. Más vale darles una justificación.

—Ya no miran —observó Agnez—. Parece que has hecho una conquista, Simeon. He oído que a Demesnil le gusta que sus amantes sean más grandes que ella, y hay pocos que…

—Sí, bueno, ahora tengo…, tenemos… otros asuntos más importantes entre manos —se defendió Simeon.

—Sí —dijo Henri—, como evitar que nos ejecuten por… lo que sea… Quiero decir…, si Dorotea puede ver esa «sombra» en…, en nosotros… ¿Y si alguien más la ve? ¿Y si la ve la cardenal? ¿O Rochefort?

—No he oído nunca que nadie más pueda ver algo así —respondió Dorotea, sin alterarse—. Es como percibir la presencia de un icono. Nunca he oído ni he leído de nadie que hubiera sido capaz de hacerlo.

—¿Qué? —preguntaron Simeon, Henri y Agnez a la vez—. Pero cuando encontramos a la rehusante…, la Lombriz… —prosiguió Simeon—, ¡tú nos dijiste que era normal que los bachilleres como tú percibierais la presencia de los iconos de gran poder!

—Bueno, pensé que quizá lo fuera —respondió Dorotea—. Solo que, pensándolo bien, no lo es. Aun así, sospecho que hay alguien que probablemente ve lo mismo que yo.

—¿Quién? —preguntó Agnez.

—*Milady*.

—La verdad es que no lo entiendo —dijo Agnez—. ¿Qué es? ¿Una especie de espía albana? ¿Una maga de talento especial? No es una asesina, ¿no?

—No, no, seguro que no —la tranquilizó Henri, pensando que Agnez podría salir corriendo de la piscina, agarrar su espada y sus botas y salir disparada hacia el Palacio de la Reina, semidesnuda, lloviera, granizara o hubiera una ventisca en el exterior—. La cardenal, Dartagnan y todos los demás deben de haberla investigado, y no ha hecho nada, pese a que ya ha tenido muchas ocasiones.

—Además —añadió Simeon—, ¿por qué iba a serlo? La reina y el infante tendrán sus disputas, y luego estuvo ese asunto de las cartas de Deluynes, pero, al fin y al cabo, son primos, y no hemos estado en guerra con Alba desde hace… ¿Cuánto? ¿Cincuenta años?

—Cuarenta y seis —dijo Agnez—. La guerra de la Cabeza de Bacalao.

—Eso ni siquiera lo sabía…

—Solo duró una semana, y fue una única batalla, que tampoco decidió nada. Empezó cuando uno de nuestros barcos pesqueros fue capturado por un bergantín albano…

—Pensaba que un bergantín era una armadura para el cuerpo…

—Eso es una brigantina —replicó Agnez, despectivamente—. El caso es que se quedaron con toda la captura de bacalao y…

—Hablemos de eso más tarde —dijo Henri, con diplomacia—. Creo que podemos excluir la posibilidad de que *milady* sea una asesina albana. Aunque quizá sea una espía. Pero ¿por qué ve Dorotea en ella la misma sombra que ve en nosotros cuatro? ¿Y qué es? No me gusta…

—No es la misma —le interrumpió Dorotea—. En nosotros es… más tenue. Es difícil explicarlo.

—Inténtalo.

Dorotea frunció los labios, pensando.

—Bueno… ¿Sabéis la sensación que tiene la mayoría de la gente cuando invoca ángeles, o cuando están cerca del lugar de una invocación? ¿La música de arpa, el batir de alas, los truenos? ¿La sensación de calor, a veces, o el frío?

—Sí —confirmaron los demás.

—Yo además veo cosas —dijo Dorotea—. Desde siempre. Cuando está presente un ángel, desde el momento de la invocación al momento en que se le libera o se le despide. Lo que, en la mayoría de los casos, son segundos, o quizá minutos, con algunas excepciones, en lo que llamamos los ángeles profilácticos, los defensores, etcétera. Como tu Requaniel, Simeon.

—¿Y se parecen a la imagen de los iconos? —preguntó este, intrigado.

—No —respondió Dorotea—. Son más bien… formas indefinidas, que cambian y parpadean. Aunque casi siempre hay algún indicio, las alas o un aura… Entiendo a los primeros creadores de iconos, que intentaron mostrar lo que veían, y acabaron plasmándolo en halos y alas. Luego, con el tiempo…, algunas ilustraciones consiguieron capturar mejor… la esencia del ángel…, de modo que fueron las que se reprodujeron una y otra vez.

—¿Así que tú crees que la creación de iconos se inició porque alguien veía a los ángeles? —preguntó Simeon—. ¿Y que ahora la mayoría de los creadores de iconos no los ven? ¿Simplemente replican las imágenes creadas por otros antes que ellos?

—Sí —dijo Dorotea. Frunció el ceño—. Aunque, ahora que lo pienso, nunca he hablado con nadie de ver ángeles, porque nadie más los ve, y tampoco he leído nada al respecto. Sin embargo, eso no significa que no haya otros que también los vean. Solo que probablemente se lo tengan callado, como yo.

—Yo aprendí los conceptos básicos de la creación de iconos —dijo Simeon—. Y en mi trabajo, a menudo, tengo que invocar a ángeles de poca entidad. Los oigo y los siento, pero nunca he visto nada.

—Yo tampoco los he visto —dijo Henry—. Y mi padre invoca a Huaravael una vez por semana. Nadie de mi familia ha mencionado nunca que haya visto al ángel. Solo oímos ese sonido extraño de pájaro tullido que hace con las alas.

—¿De pájaro tullido?

—Como si revoloteara en círculos —se explicó Henri—. No es gran cosa como ángel…

—Esto no debemos decírselo a nadie —dijo Simeon, muy serio.

—Pero es importante —protestó Dorotea—. ¡Todos tenemos la presencia de algún ángel en nuestro interior, esa es nuestra conexión! Y luego esos Iconos de Diamantes aparecen justo delante de nosotros, y resulta que pertenecían a *lady* Dehiems, que lleva un ángel… o varios ángeles… consigo. ¡Tiene que significar algo!

—Yo no siento que lleve un ángel dentro —dijo Agnez, escéptica—. Si así fuera, notaría otras señales, ¿no? No solo que vieras cosas cuando me miras torciendo la mirada…

—¿Qué creéis que haría la cardenal si pensara que tenemos ángeles en nuestro interior? —preguntó Henri.

Todos lo miraron. Y, al momento, Simeon se pasó un dedo por la garganta.

—Eso es lo que pienso yo —dijo Henri, mirando a Dorotea—. Así que no puedes contarle a nadie lo que crees que has visto.

—Tenemos que saberlo —insistió Dorotea—. ¿Quién será ese ángel que llevamos dentro?

—¿Tenemos que saberlo? —objetó Agnez—. Como he dicho, aunque estuviera ahí, lo cual no tengo nada claro, ¿qué importa? Siempre que nadie se entere, claro.

—Yo creo que *lady* Dehiems lo sabe —dijo Dorotea, mirando fuera de la piscina. De pronto, parpadeó y se llevó una mano a la boca, estupefacta—. ¡Oh, cielos!

—¿Qué pasa?

Un rehusante estaba vertiendo agua sobre un barril de piedras calientes, cerca de allí. Dorotea lo miraba, con los ojos semicerrados, convertidos en finas ranuras.

—El rehusante… También tiene esa leve sombra de un ángel…

Nadie dijo nada en lo que les parecieron minutos, aunque, en realidad, fueron solo segundos. Finalmente, Henri murmuró:

—Estamos condenados.

—¡No, no lo estamos! —reaccionó Agnez enseguida.

—No… —dijo Simeon—. ¿Estás absolutamente segura de que ves ángeles, Dorotea?

—Ecos y fragmentos —respondió ella con la mente ausente, aún forzando la mirada, esta vez mirando a otro rehusante—. En los rehusantes… es muy

tenue, como un suave reflejo, una sombra en la distancia. En nosotros es más intenso, la luz es más pura, pero, aun así…, distante. Y *lady* Dehiems tiene muchas capas de luces y sombras amontonadas…

—Pero ¿qué podemos tener que ver con los rehusantes? —preguntó Agnez, atónita—. ¡Nosotros no somos rehusantes! Todos usamos magia angelical, y la han usado con nosotros. Habríamos muerto de peste gris, o nos habríamos convertido en abestiados.

—No, nosotros no podemos ser rehusantes —confirmó Dorotea—. No lo entiendo. Ni tampoco estas visiones. Tengo que hablar con *lady* Dehiems…

—¡No! —exclamaron al unísono Simeon y Henri, y un momento más tarde, Agnez.

—Pero…

—No, no —dijo Simeon—. No sabemos si es una espía albana, no sabemos qué es lo que busca. Ya se ha ganado el favor de la reina. ¿Y si se lo cuenta a la reina, y ella se lo cuenta a la cardenal? ¿No lo entiendes, Dorotea? Todo esto no hace más que alimentar las sospechas de que eres Liliath renacida.

—No lo eres, ¿verdad? —preguntó Agnez—. O sea…, a nosotros no nos importaría, pero…

—¡No soy Liliath! Es solo que me gustaría entenderlo. Eso es lo que hago, lo que se supone que tengo que hacer. ¡Soy bachiller en Belhalle!

—Pues así serás una bachiller muerta —dijo Henri.

—Y nosotros también acabaremos muertos —añadió Simeon.

—Así pues, ¿no hacemos nada? —preguntó Dorotea.

—Probablemente, deberíamos huir —dijo Henri, abatido—. A los Ochenta y Seis Reinos, o quizás incluso a Alba…

—No podemos huir —le interrumpió Agnez—. Yo soy una mosquetera de la reina. Nosotros no huimos. Sería desertar. ¿Y por qué íbamos a hacerlo? Si no decimos a nadie que Dorotea ve ángeles en la gente, y que *milady*…

—La cardenal va a interrogar a Dorotea mañana —le recordó Simeon—. No. Hoy. Dentro de unas diez horas.

—Entonces estamos acabados —dijo Henri.

—No necesariamente —replicó Dorotea.

—¿Qué quieres decir? ¡Ya te lo he dicho, cuando me interrogó a mí, hizo que un ángel me examinara la mente!

—Pero solo un querubín, o en el peor de los casos un trono —dijo Dorotea—. Está mayor. No se arriesgará a invocar a un ángel de poder superior.

—¿Y eso qué importa? —preguntó Simeon, mirando atentamente a Dorotea, que no le devolvía la mirada.

—Bueno, puedo…, probablemente pueda desviar o confundir al ángel que intente examinarme —dijo Dorotea—. La magia angelical depende siempre de la concentración y la fuerza de voluntad… ¿Qué pasa?

—Puedes hacer iconos con un simple bosquejo, detectar iconos potentes y ver ángeles —dijo Simeon—. Ahora nos enteramos de que también puedes oponer resistencia a la magia angelical.

—Eres Liliath renacida, ¿no? —preguntó Agnez.

—¡No, no lo soy! —gritó Dorotea, a pleno pulmón—. Todos los mosqueteros de la inmensa sala miraron hacia los cuatro amigos, muchos de ellos saliendo de la piscina para ir en busca de sus armas.

—Reíros —susurró Henri con urgencia—. ¡Reíros todos!

Se echó a reír, echando la cabeza atrás. Simeon le siguió, y luego Agnez. Finalmente, Dorotea soltó unas risitas forzadas. Los mosqueteros a su alrededor también se rieron, como si todos hubieran compartido la misma broma, y luego volvieron a su conversación.

—Sabemos que no eres Liliath renacida —dijo Henri—. Si tú lo dices, te creemos. Y si tú estás segura de que puedes desviar las preguntas de la cardenal, quizá sea cierto que no estamos condenados.

Dorotea miró a Agnez y a Simeon, con una intensidad que no era habitual en ella.

—Yo te creo. No eres Liliath renacida —se apresuró a decir Simeon.

—En realidad, nunca he creído que lo fueras —mintió Agnez.

—Entonces dejad de preguntarme si lo soy. Y haré todo lo que pueda para no revelarle nada a la cardenal, ni hablar con *lady* Dehiems, ni hacer ninguna otra cosa que pueda traernos problemas.

—Bien —dijo Simeon—. Porque creo que lo mejor que podemos hacer es pasar lo más desapercibidos que podamos. Limitarnos a hacer nuestro trabajo, evitar que se nos vea y no meternos en problemas.

—Ojalá pudiéramos salir un tiempo de la ciudad —dijo Henri—. ¿Conocéis ese dicho de «Lo que no ves no existe»?

—No —respondieron los otros.

—Y ni siquiera tiene sentido —dijo Agnez—. Hay un montón de cosas que no veo y que sé que existen. Ahora mismo oímos la lluvia en el tejado.

—Bueno, quiere decir… Solo digo que, si no estuviéramos por aquí, la cardenal y todos los demás se olvidarían de nosotros.

—Yo no quiero que se olviden de mí —protestó Agnez—. ¿Cómo voy a llegar a ser capitana general de los mosqueteros de la reina si la gente se olvida de mí? No habría manera.

—Vale, no he dicho nada —respondió Henri, resignado—. Pero tenemos que pasar lo más desapercibidos posible. Como dice Simeon, limitarnos a hacer nuestro trabajo. Y, hablando de eso, más vale que vuelva al Palacio Nuevo.

—¿Qué? —dijo Agnez—. ¿Se te ha olvidado? La capitana le pidió a la reina que os dieran alojamiento aquí.

—Ah, se me había olvidado. Con todo lo que ha pasado esta noche…

—A partir de ahora tenéis que dormir en los barracones. Dormiremos los cuatro en mi habitación. Derangue, Delamapan y Desouscarn estarán furiosos por tener que trasladarse. Pero la orden viene de Dartagnan, para protegeros de los alcantarilleros y demás gentuza.

Le dio una fuerte palmada en la espalda a Henri, que se sobresaltó.

—¡Estás a medio camino de convertirte en mosquetero! —añadió—. ¡Quizá sea lo más cerca que llegues, pero ahí estás!

En la Casa Demaselle, Liliath estaba en su lujosa cama observando a Bisc, que caminaba arriba y abajo frente a la chimenea llena de troncos para combatir el frío. Las llamas rojas y anaranjadas proyectaban interesantes sombras sobre la pared y sobre las cortinas a medio recoger del dosel.

—¡Hemos advertido a todos los que hemos podido, pero ya han detenido al menos a cincuenta de los míos!

—¡No te preocupes, mi querido Bisc! —dijo Liliath, dando unas palmaditas en la cama, a su lado, y dejando caer ligeramente las sábanas que le cubrían los hombros, para mostrarle que estaba desnuda. Pero Biscaray estaba tan preocupado que siguió caminando adelante y atrás, y no se detuvo hasta que Liliath añadió—: Tengo un plan para liberarlos de las garras de la cardenal. A la mayoría.

—¿De verdad?

Liliath asintió, y le hizo un gesto con el dedo para que se acercara. Bisc vaciló, pero por fin obedeció.

—Por supuesto —dijo Liliath. Alargó la mano y tiró de Bisc, desatándole los bombachos y haciéndole estirarse a su lado—. ¿Has matado al hombre que les dijo a los alcantarilleros que *lady* Dehiems y tu Serpiente eran la misma persona? —preguntó Liliath, deslizando un dedo por la mejilla de Biscaray y

por encima de la boca, mientras le hacía cosas más interesantes con la otra mano—. Si se enteraran de un secreto aún más profundo, que la Serpiente que es Dehiems además es Liliath, podríamos perderlo todo.

—Ese tipo no sabía nada más —jadeó Bisc—. Solo fue… casualidad que te viera como Dehiems y como la Serpiente… Le han matado… Tenemos el cadáver…

—Me ha molestado mucho la cosa —dijo Liliath—. Estaban ahí los cuatro, los cuatro que necesito. Alguno de ellos podía haber muerto, o haber resultado malherido.

—He oído… He oído que había un abestiado…

—Sí, sí que lo hubo —dijo Liliath, con los ojos encendidos de rabia, aunque su cuerpo transmitía calma y concentración—. Invoqué a Sarpentiel, sutilmente, y dirigí la trayectoria de la peste gris. No tendría que haber aparecido ningún abestiado, pero… no pude desplegar todo mi poder, con todos los magos que había por ahí. Afortunadamente, pude informar a Descaray del punto débil de la criatura, sin que se diera cuenta de que era yo quien se lo decía. ¡Pero no tenía que haberme encontrado en esa situación!

—¡No…, no, eso es…, eso es culpa mía! —se disculpó Bisc, tragando saliva.

Liliath se colocó sobre él, con los ojos entrecerrados, aunque aún rabiosos. Bisc soltó un gemido e intentó levantar la cabeza, pero Liliath le puso un dedo sobre la frente.

—Quédate quieto, mi querido Biscaray. —Ella seguía moviéndose, muy despacio—. Te he dicho que estoy muy decepcionada. Afortunadamente, parece ser que los sirvientes de la encantadora reina van a ocuparse de todos esos alcantarilleros.

—Ella…, a ella…, le gustas… Te quiere…

—Sí —ronroneó Liliath—. Me quiere. Y esa es la segunda cosa que le he metido en la cabeza.

—¿Cuál es… la… otra?

—Ya sabes —susurró Liliath, bajando la cabeza y rozándole la oreja con sus labios, manteniéndole inmovilizado en la cama con su descomunal fuerza —. El tesoro de Ystara. Un gran tesoro, cerca de la frontera, muy cerca…, muy cerca…

—¡Sí!

—Lo quiere… y lo conseguirá —susurró Liliath—. O eso cree. Pero lo único que conseguirá es ayudarme…

Igual que Bisc, en aquel mismo momento.

25

Tal como había quedado, a las once de la mañana siguiente, Rochefort se presentó para escoltar a Dorotea y llevarla ante la cardenal. No se dignó a entrar en los barracones de los mosqueteros; prefirió esperar fuera de la puerta mientras llamaban a Dorotea. La bachiller estaba lista; salió y se quitó la gorra al acercarse a Rochefort.

—¿No hay coche? —preguntó—. ¿Vamos a ir por el río?

—La cardenal está de visita en la Torre —respondió Rochefort. Parecía cansada y de mal humor, y llevaba puesta la misma casaca que la noche anterior, con manchas de sangre mal limpiadas en las mangas—. Su eminencia te espera allí.

—La Torre —suspiró Dorotea—. Así que al final voy a volver.

—Brevemente —respondió Rochefort—. ¿Dónde están tus tres inseparables compañeros?

—¿Mis amigos bascones? Agnez…, es decir, Descaray…, ha ido a la caza de alcantarilleros con su batallón; el doctor MacNeel se ha ido a atender a sus pacientes a la enfermería, y Dupallidin está por ahí, cumpliendo con los encargos de la arquitecta de la reina. Yo soy la única que no puede seguir con su trabajo.

—Tú sirves a su eminencia; por tanto, a la reina y a Saranza —dijo Rochefort, tendiéndole el brazo—. Tras un momento de vacilación, Dorotea metió la mano por el hueco del codo de la capitana, más alta, y ambas echaron a andar juntas. Dorotea echó la vista atrás y vio las miradas de lástima de los mosqueteros que montaban guardia a la entrada. Habían oído que iba a la Torre, a ver a la cardenal. Probablemente, no esperaban volver a verla.

Rochefort sorprendió a Dorotea charlando solo de cosas banales durante la caminata. Hacía un frío impropio de la estación, pero el día estaba claro, y habló del tiempo, de la inesperada tormenta de granizo de la noche anterior, sin mencionar la batalla en el patio del palacio. Le preguntó qué tal comía en los barracones de los mosqueteros, donde corría el rumor que la comida era mejor que la de los persevantes, y si había visitado ya sus famosos baños.

—¿Estás intentando hacerme sentir cómoda? —preguntó Dorotea, saltándose las formalidades, en el momento en que giraban la esquina de los barracones de los persevantes y la entrada a la Torre apareció a lo lejos.

Estaban haciendo entrar a una fila de alcantarilleros encadenados, cuyo hedor se percibía pese a la distancia, bajo la estrecha supervisión de una docena de persevantes. Una tenía un látigo en la mano, y lo hizo restallar en la espalda de la última rehusante, que no se estaba dando ninguna prisa en subir las escaleras. El latigazo no hizo que la mujer se moviera más rápido. Al contrario, se derrumbó, resbalando y retrocediendo varios escalones. Aunque estaban a cincuenta pasos, Dorotea oyó el grito rabioso de la persevante, que soltó otro latigazo, en vano, antes de decidir que más valía poner a la alcantarillera en pie y espolearla—. Porque tus persevantes están teniendo precisamente el efecto contrario.

—No son más que rehusantes —dijo Rochefort, encogiéndose de hombros —. Alcantarilleros del Clan de las Sombras, ladrones, tipos de la peor calaña. Tú nunca has recibido ese trato. Ni lo recibirás.

—Yo no soy diferente a esa rehusante que cayó —dijo Dorotea, en voz baja—. Somos lo mismo.

—¿De qué estás hablando? Tú eres… como una estrella luminosa en el cielo, y esa rehusante un reflejo fangoso en un charco sucio. Su arcángel los ha abandonado; deberían de haber muerto en Ystara, como los otros.

—¿O haberse convertido en abestiados? —preguntó Dorotea con tristeza, levantando la mirada hacia Rochefort.

—La transformación en abestiados es un castigo de los otros arcángeles —respondió Rochefort, convencida—. Los rehusantes se lo buscaron.

Dorotea se mordió la lengua, aunque no estaba de acuerdo. Ya había oído aquella explicación antes, normalmente como parte del argumento de que los rehusantes se merecían lo que les pasara, en particular cuando se trataba de malos tratos o de que no les pagaran por su trabajo, o de algo parecido.

Siguieron caminando en silencio, Dorotea taciturna, Rochefort con el rostro duro como la piedra y su cicatriz más pálida que nunca. Al llegar a la primera escalinata, la capitana de los persevantes volvió a hablar, acercando la cabeza y en voz baja.

—Su eminencia no está de buen humor esta mañana —dijo—. Procura no alterarla.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Porque no quiero que sufras ningún daño si la haces enfadar!

—No —dijo Dorotea—. ¿Por qué está de mal humor?

Rochefort siguió subiendo escalones y tardó un poco en responder. Luego suspiró.

—La albana. *Lady* Dehiems. La reina se ha prendado de ella. Es la única que ha querido que acudiera a su *levée* matinal. Ha excluido incluso a su eminencia. Eso no había ocurrido nunca.

—Es muy guapa —dijo Dorotea. Estaba observando tan atentamente a Rochefort que resbaló en uno de los escalones, y tuvo que agarrarse con más fuerza al musculoso brazo de la persevante—. ¿No crees?

—Sí que lo es —reconoció Rochefort—. A su manera.

Luego murmuró algo que Dorotea no entendió. Había muchos más persevantes de guardia que nunca. Todos iban poniéndose firmes a su paso, y uno abrió la pequeña puerta de acceso en la gran reja de hierro.

—¿Qué has dicho?

—No tan guapa como tú —dijo Rochefort, apartando el brazo suavemente para poder devolver el saludo a los persevantes, y luego haciéndola pasar a la penumbra de la Torre.

—No hagas eso —susurró Dorotea—. Me estás llevando a una prisión para que me interroguen. No puedo quitármelo de la cabeza, y tú tampoco deberías. —Por primera vez desde que se conocían, Dorotea vio a Rochefort de pronto incómoda, insegura de sí misma.

—Lo…, lo siento… Me había propuesto no decir nada. Quiero que sepas que haré todo lo que pueda para evitar que sufras ningún daño…

«¿Por qué solo yo? —pensó Dorotea—. ¿Y los rehusantes? ¿Y todos los demás?»

Pero no lo dijo. Rochefort seguía hablando:

—Pero… poco puedo hacer yo, si la cardenal decide otra cosa.

—¿Has dormido algo desde ayer?

—No… No ha habido tiempo. No importa. Venga, no debemos hacer esperar a su eminencia. Como ya te he dicho, no está de muy buen humor.

Tras pasar el puesto de guardia, no subieron las escaleras como esperaba Dorotea. Una persevante las llevó escaleras abajo, y otro persevante se les puso detrás. La bachiller no puso evitar tragar saliva al ver que descendían. La primera vez que había llegado a la Torre no se había asustado, pero en parte era por ignorancia. Ahora Dorotea sabía mucho más, y tenía muchos más motivos para el miedo.

Estaban en las profundidades de la roca, muy por debajo de la Torre, cuando la persevante que iba delante se paró en un rellano mal iluminado y llamó a una puerta. Aunque las escaleras seguían descendiendo, daba la impresión de que ya habían bajado mucho. Al cabo de un momento, otra persevante abrió la puerta. Asintió al ver a Rochefort.

—¿Esta es la bachiller Imsel?

Rochefort inclinó la cabeza y le indicó a Dorotea con un gesto que entrara. Ella lo hizo, al tiempo que intentaba controlar la respiración, mantener la calma.

—Debo registraros, *ser* —dijo la persevante, y al momento le pasó las manos a Dorotea por la cabeza, palpándole el cabello y luego todo el cuerpo en busca de algún arma.

Rochefort se dio media vuelta y miró hacia la pared.

—¿No lleváis iconos?

—Ninguno —respondió Dorotea. Le salió una voz algo ronca, pero más fuerte de lo que esperaba.

Un hombre elegante, vestido al estilo de la cardenal, pero más engalanado, con una cadena de oro sobre la túnica, apareció tras la persevante que acababa de registrar a Dorotea.

—Capitana Rochefort, su eminencia desea que interroguéis a los rehusantes del Clan de las Sombras que acaban de traer —dijo el hombre—. Sospechamos que uno de ellos es el Rey de las Sombras.

Dorotea miró a Rochefort, pero la capitana no le devolvió la mirada.

—Lo dudo, Robard —respondió Rochefort, sin mucho énfasis—. Hasta ahora ha habido nueve o diez que aseguraban ser capaces de llevarnos hasta él, con la esperanza de conseguir indulgencia. Ninguna de sus descripciones coincidían, y dudo que hayamos conseguido detener a nadie que tuviera una posición destacada. Pero iré, tal como se me ordena.

Y echó a caminar escaleras abajo.

—¿Qué mosca le ha picado? —murmuró la persevante, dirigiéndose a Robard. Se suponía que Dorotea no tenía que oírlo, pero lo oyó.

Robard hizo caso omiso a la pregunta. Miró a Dorotea y asintió levemente.

—Por favor, seguidme, bachiller Imsel.

Dorotea siguió al secretario jefe de la cardenal. Entraron en una cámara sorprendentemente grande, pero mal iluminada por dos candelabros aparentemente situados al azar, cada uno con doce velas y una base en forma de garra de hierro forjado. La cámara, tallada en la piedra, se había decorado con una serie de gruesas alfombras cruzadas que se solapaban unas a otras, y había tapices colgados de las paredes. Tapices antiguos, la mayoría de ellos sumidos en las sombras, pero los que Dorotea veía representaban escenas de la historia de Saranza. El más próximo a la puerta mostraba una imagen estilizada de la Gran Inundación de 1309, con la cardenal santa Erharn

deteniendo una enorme ola. O más bien plantándole cara, mientras Ashalael fruncía los labios, hinchaba los carrillos y soplaba para frenar el agua. Aquella imagen llamó la atención de Dorotea, porque no era la clásica representación de Ashalael. El arcángel solía representarse como un varón de piel roja, pero en esta imagen era mujer y tenía el pecho envuelto en nubes, el rostro muy femenino y la piel plateada. Y, sin embargo, las alas de siete álulas dejaban claro quién era.

—Ven.

Era una orden. Dorotea apartó la mirada del tapiz y la dirigió al extremo de la sala. La voz venía de más allá del último candelabro, pero vio una lámpara con caperuza sobre una larga mesa, y a su lado la esbelta figura de la cardenal. Llevaba un pesado manto de pieles negro, de modo que era difícil verla en la semioscuridad, salvo por su rostro rosado.

Dorotea se acercó. Robard se quedó cerca de la puerta, pero había dos persevantes en las esquinas de la sala, detrás de la cardenal, y avanzaron unos pasos con la mano en la empuñadura de su espada, como si la visitante pudiera ser peligrosa.

Cuando estaba a unos pasos de distancia, Dorotea se detuvo y bajó la cabeza, casi tanto como cuando había estado en presencia de la reina.

—Eminencia —dijo—. Soy la bachiller Dorotea Imsel. Me presento ante vos, como habéis ordenado.

La cardenal acercó la lámpara y le quitó la caperuza. Llevaba guantes, además del pesado manto, y una capucha de lana en lugar de la mitra o el gorro ducal. Parecía que tenía frío, aunque en la sala hacía buena temperatura, o eso le parecía a Dorotea, aunque no veía ninguna chimenea o estufa.

La luz, sin su pantalla, iluminó la mesa, que no se parecía en nada al regio escritorio de marfil del Palacio de la Cardenal: esta era antigua, de madera maciza, y tenía muescas de hacha o de espada en una esquina. Había seis iconos sobre el borde de la mesa, orientados hacia Dorotea, uno al lado del otro. La mayoría de ellos eran pintados y dorados, de madera enlucida o de marfil, pero dos de ellos eran de metal grabado, y el sexto de cristal esmaltado. No tuvo que mirarlos mucho para darse cuenta de que no eran demasiado potentes.

—Dime a qué ángeles invocan estos iconos, bachiller Imsel, y cuáles son sus poderes —dijo la cardenal.

Se apartó de la luz, y movió la mano. Dorotea sabía que era para tocar un icono, porque sintió la imponente presencia de un ángel, y un momento más tarde oyó unas notas de arpa y un aleteo. Mantuvo la mirada baja, fija en la

mesa, aun cuando percibió las extrañas formas luminosas que solía ver en presencia de ángeles.

—¿Puedo mirarlos más de cerca, eminencia? —preguntó Dorotea, con la garganta seca.

Sentía que el ángel le examinaba la mente. Era Pereastor. Lo conocía, y puso la mente en blanco, concentrándose solo en los iconos que tenía delante.

—Orgentiel —dijo—. Es un serafín. Actúa sobre la maleabilidad de los metales, salvo el oro y la plata.

La cardenal asintió, aunque en la penumbra solo se le veían el rostro y los ojos. Observaba fijamente a Dorotea, ladeando un poco la cabeza, sin duda escuchando lo que Pereastor le iba diciendo.

—Beherael. Serafín. Cierres y cerraduras.

Al llegar el tercer icono se detuvo. Era una imagen de tres ruedas entrelazadas, todas con radios que atravesaban el perímetro y se extendían más allá, y una aureola dorada por encima. Le recordaba varios que conocía, pero aquel no lo había visto nunca.

—Es un trono —dijo Dorotea—. Pero no lo conozco.

Pereastor certificó que decía la verdad, y la cardenal asintió otra vez.

—Es de las huestes de Ystara —dijo—. Xaniatiel. Actúa sobre las bestias de pezuña.

—El cuarto lo hice yo —dijo Dorotea enseguida—. Horcinael, que puede hacer líquido lo sólido, o sólido lo líquido. El quinto es Gloranael, cuyo campo de acción es… incierto, pero puede frenar la descomposición, tanto de lo animado como de lo inanimado. Hay quien dice que eso significa que tiene poder sobre el tiempo, pero yo no estoy de acuerdo.

—¿Y el sexto?

Dorotea bajó la cabeza para observar más atentamente el icono de cristal esmaltado. Era un trabajo de excelente factura, y aunque ella no había trabajado mucho con cristales ni esmaltes, sabía que era un trabajo de enorme calidad, una obra extraordinaria. Tardó unos segundos más en darse cuenta de que le resultaba familiar, no por el ángel representado (era una imagen femenina bastante típica, con el rostro de una anciana de ojos y boca dorados, piel morena y un halo azul celeste), sino por el estilo de la ilustración, aunque estuviera pintado sobre cristal.

—No conozco al ángel —dijo—. Pero diría que es obra de Chalconte. No me consta que trabajara con cristal ni con esmaltes.

—¿Dónde has visto la obra de Chalconte?

—En Belhalle —dijo Dorotea, y una vez más notó que Pereastor comprobaba que fuera cierto, y sintió la fría punzada del poder del ángel en el interior de su cabeza, escudriñando, convencido de que podía encontrar algo más—. Y mi amigo el doctor MacNeel tiene un icono heredado de su familia, de Requaniel, que se rumorea que podría haber sido elaborado por Chalconte. Lo he visto: en mi opinión, es verdadero. Además, cuando encontramos los Iconos de Diamantes, los examiné a fondo.

—¿Nunca has visto otros?

—No, eminencia —respondió Dorotea, con una mueca de incomodidad al sentir que Pereastor se aseguraba de que decía la verdad.

—¿Alguna vez has visto algún icono hecho por Liliath, la denominada Doncella de Elanda?

—No —confesó Dorotea—. No que yo sepa.

—¿Tú no eres Liliath renacida?

—No —respondió, conteniendo la rabia que le provocaba que le hicieran aquella pregunta tan ridícula.

—¿Qué significa para ti la expresión «maga asesina»?

—Nada. O sea, nada en particular —respondió Dorotea, perpleja.

Sintió que Pereastor abandonaba su mente y oyó las leves notas de arpa a lo lejos cuando se retiró. La cardenal se quedó allí de pie, se giró y extendió la mano. La persevante más próxima acudió enseguida a ofrecerle el brazo para que se apoyara.

—Así que has desarrollado ese talento para crear iconos de forma natural —dijo la cardenal lentamente, con voz fatigada—. Aunque podría acabar llevándote a la herejía, como a Chalconte.

Dorotea no dijo nada. Mantuvo la cabeza gacha e intentó respirar más despacio para frenar el latido de su desbocado corazón. Sentía la presencia de la cardenal como la hoja de una espada, inmóvil justo antes de dar el golpe definitivo y rebanarle la cabeza, o de ser enfundada de nuevo.

—La capitana Rochefort me ha hablado bien de ti —dijo la cardenal—. Desea que te unas a mis persevantes.

—¿Qué? —exclamó Dorotea, sin poder controlarse.

—Eres una maga de gran poder y habilidad —dijo la cardenal—. Sería perfecto que estuvieras a mi servicio. Y al de Ashalael.

—Yo… Yo soy una bachiller —dijo Dorotea.

La mente le bullía de pronto. ¿Se suponía que debía escoger entre servir a la cardenal o la ejecución? ¿O la cárcel?

—Ven, dame la mano —dijo la cardenal, quitándose el guante derecho—. Te la tiendo, y deberías cogerla; toda sospecha de herejía ha desaparecido. Puedes crear todos los iconos que quieras, a mi servicio.

Dorotea tragó saliva intentando controlar su respuesta, pensando a toda prisa una excusa para rehusar la oferta. ¿Ser una persevante? ¿Cumplir todos los deseos de la cardenal, incluso cuando eso suponía llevar a gente a la Torre para que los interrogaran, quizá para que los torturaran o incluso para que los ejecutaran?

—Os lo agradezco, vuestra eminencia —dijo—. Es un gran honor…, pero no lo puedo aceptar…

—¿No puedes? —espetó la cardenal, retirando la mano—. ¿O no quieres? Libramos una batalla constante contra los enemigos de Ashalael y Saranza, una guerra que requiere la participación de los mejores magos, como tú. Estás eludiendo tu responsabilidad.

—En realidad, no soy más que una bachiller, eminencia —se defendió Dorotea—. Lo mejor que puedo hacer para servir a la reina y al reino es seguir en Belhalle.

Se arriesgó a levantar la vista ligeramente, esperando encontrarse con la dura mirada de la cardenal. Pero la mujer meneaba su envejecido rostro, y parecía más frustrada que enfadada. Y muy muy cansada. Aún tenía el codo izquierdo apoyado en la persevante.

—Desde luego, sería mucho más fácil si fueras Liliath renacida —murmuró la cardenal—. El patio de ejecuciones está muy cerca de aquí, y aún tengo que encontrar a un mago capaz de invocar a ángeles después de pasar por el hacha del verdugo. Pero tú no eres Liliath, y supongo que lo he sabido siempre. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a regresar? Hace mucho tiempo que murió. Y la reina te ha visto, le has caído bien… Tiene demasiado buen corazón… Si pudiera eliminar a todos los rehusantes del reino, hundirlos en el mar, quizá… Y ahora esa tentación del tesoro, los Iconos de Diamantes…

Dorotea se quedó todo lo inmóvil que pudo, y un nuevo miedo se instaló en ella. La cardenal murmuraba entre dientes, sus palabras se volvían incoherentes, como si se hubiera olvidado de que estaba allí.

—Ystara está infestado de abestiados; el coste de una expedición, el riesgo de fracasar… Sin embargo, el tesoro beneficiaría…, el rey siempre está sangrando las arcas del reino, jugando con el sentimiento de culpa de ella…, incluso esa pequeña cantidad de oro le habrá ido bien…, y luego está esa mujer albana, agente del infante, sin duda…

Los murmullos se convirtieron en un gemido ahogado. El segundo persevante se acercó a la carrera a sostener a la anciana por el codo derecho en el momento en que las piernas empezaban a temblarle y la cabeza se le caía hacia delante…

Dorotea dio un salto al notar que otra persona le tocaba el hombro. Se giró a toda velocidad, pero no era más que Robard, el secretario, que le indicó con un gesto que se levantara, sin decir nada. La agarró del brazo con fuerza y la sacó de la habitación a toda prisa.

—¡No cuentes nada de todo esto! —le susurró con urgencia al salir al rellano, después de que la persevante de guardia hubiera cerrado la puerta con un movimiento rápido—. Su eminencia ha hecho un esfuerzo excesivo, se recuperará enseguida. Pero tú no debes decir ni una palabra, o yo mismo me encargaré de que acabes en la picota.

—Entiendo —respondió Dorotea, considerablemente aturdida—. ¿Puedo…, puedo regresar a Belhalle?

—¡No! —le espetó Robard—. Debes quedarte en la Fortaleza de la Estrella hasta que su eminencia ordene lo contrario. Si ella no lo ordena, no cambia nada.

—¿Entonces puedo volver a los barracones de los mosqueteros?

Robard miró en dirección a la puerta cerrada y vaciló.

—Supongo que sí —respondió, a regañadientes, e hizo un gesto a un persevante—. Escolta a la bachiller Imsel hasta la salida de la Torre.

—Sí, señor.

—Y recuerda —la advirtió Robard—: ¡no digas nada de esto a nadie!

—Me preguntaba por qué habrían llamado con tanta urgencia a la magíster Hazurain a la Torre —dijo Simeon, en voz baja. Dorotea y él estaban en el jardín de la enfermería, y ella le acababa de contar lo ocurrido—. Supongo que eso nos da más seguridad. Durante un tiempo.

—¿Se recuperará? —preguntó Dorotea.

—No lo sé —respondió Simeon—. Quizá no sea más que el esfuerzo de invocar al ángel, sumado al cansancio general. En ese caso, sí, se recuperará. Pero podría ser una hemorragia cerebral, una apoplejía. Si es eso, dependerá de lo rápido que pueda detectarla y reaccionar la magíster Hazurain. Y si considera que vale la pena invocar a los ángeles necesarios para tratarla, porque eso tendría un precio considerable.

—¡Es la cardenal! —dijo Dorotea—. ¡Sin duda, hará todo lo que haga falta!

—Pueden ser meses de su propia vida, o más —dijo Simeon—. Depende de las posibilidades de éxito. Normalmente empezamos con ángeles de menor entidad para valorar las posibilidades, antes de invocar a los más potentes. Si hay pocas posibilidades de éxito, Hazurain no intervendrá. Ni siquiera por la cardenal.

—En cualquier caso, he conseguido mantener la cabeza pegada al cuello —dijo Dorotea—. Y la vuestra, supongo.

—Gracias —dijo Simeon, muy serio—. Henri estará aliviado. Yo creo que era el que más asustado estaba. Agnez no parecía temer que le ocurriera nada, con eso de que es mosquetera.

Ambos se rieron.

—¿Aún ves ese ángel en mí? —preguntó Simeon, en voz muy baja.

Dorotea forzó la vista y miró hacia un lado.

—Sí.

—¿Puedes distinguir qué ángel es?

—No —dijo Dorotea—. No tiene suficiente… definición, supongo. Y no es parte de ningún ángel que haya visto antes, ni en forma de icono ni que se haya manifestado. Aunque podría ir a Belhalle y consultar los manuales de Marcew y Depremival, y quizás el de Alarazón…

—Más vale quedarse con el misterio.

—No voy a hacer nada —protestó Dorotea—. Os lo prometí.

—La curiosidad mata a los domadores de leones —la advirtió Simeon—. Y ahora debo volver con mis pacientes. Hoy tengo un montón de mosqueteros y persevantes con pequeñas heridas. La mayoría por caídas en las cloacas, no por enfrentamientos con los alcantarilleros.

—Vi a algunos que se llevaban a la Torre —dijo Dorotea—. Rehusantes, quiero decir. ¿Alguien ha descubierto por qué los alcantarilleros lanzaron ese ataque al palacio?

Simeon se quedó callado un momento. Miró hacia los muros del jardín y luego levantó la vista al cielo azul.

—No creo que nos estuvieran atacando a nosotros —dijo—. Creo que atacaban a *lady* Dehiems. Esperaron hasta que estuvo cerca.

—Pero ¿por qué…?

Simeon levantó una mano enorme.

—Tal como dije antes, lo mejor es que pasemos desapercibidos. Que hagamos nuestro trabajo y dejemos los misterios a quienes se puedan permitir

afrontar las consecuencias de descubrir lo que significan.

—No me dejan volver a Belhalle —dijo Dorotea—. ¿Qué quieres que haga?

—¿Acabar de pintar el cartel de la taberna? —le sugirió él—. ¿Ver si encuentras otros trabajos parecidos por ahí? Tengo que irme. Te veré esta noche en los barracones.

QUINTA PARTE

La expedición a Ystara

26

Dorotea acababa de bajar de su escalera y estaba observando con ojo crítico el cartel de la taberna, ya acabado, cuando llegaron sus amigos, con bastante cautela en el caso de Henri y Simeon, ya que era jueves y, otra vez, los caballeros del rey ocupaban la taberna. Pero no había ningún soldado de verde en el exterior, y solo media docena en el interior, que tampoco prestaron atención a los recién llegados.

—Pensaba que tenía que haber seis cálices de oro —dijo Henri—. Antes había seis manchurrones.

—Siete quedan más equilibrados —dijo Dorotea.

—Pero el local se llama Seis Cálices —objetó Henri.

—¡Haya seis o siete en el cartel, lo único que me importa es que uno llegue a mi mano! —exclamó Agnez, que se sentó en un tosco taburete junto a uno de los grandes toneles. Miró hacia una camarera rehusante y agitó la mano—. ¡Vino!

La muchacha asintió y entró enseguida. Pero antes de que pudiera salir con el vino con que Agnez deseaba quitarse el mal sabor que le había dejado en la boca el día pasado en las alcantarillas, un vozarrón familiar la hizo ponerse en pie de golpe. Los otros también se sobresaltaron.

—¡No es tu turno para beber, Descaray! ¡Hoy no es el día de los mosqueteros!

Sesturo estaba en medio de la calle, riéndose.

—¡Y todos vosotros estáis convocados! —añadió.

—¿Convocados? ¿Quién nos ha convocado? —preguntó Dorotea.

—La reina —dijo Sesturo—. ¿No os habéis enterado? ¡Vais a uniros a la expedición!

Los cuatro amigos respondieron al unísono con la misma pregunta:

—¿Qué expedición?

Sesturo suspiró.

—¿Qué les pasa a los jóvenes de hoy en día? Nunca prestan atención, se presentan en las tabernas desafiando las regulaciones…

—¿Qué expedición?

—La expedición a Ystara. Es todo culpa vuestra, por supuesto. De pronto encontráis tres de los Iconos de Diamantes y todo el mundo se vuelve loco.

Ahora tenéis que ir allí y dar con el resto. Será fácil, o eso me han dicho; no es más que una excursión a las montañas en la frontera con Ystara; habrá que enfrentarse a unos cuantos abestiados (quizás unas docenas), recoger el tesoro y volver a casa. Venga, tenemos que ir a buscar a todos los demás.

—¿Todos los demás? —preguntó Agnez.

—Bueno, no vais a ir vosotros cuatro solos. Irán algunos mosqueteros más para que no os perdáis. Y una delegación variada de esos otros tipos a los que solemos patear el culo de vez en cuando. Como esos borrachos de ahí dentro.

—¿Quieres decir los caballeros del rey, los persevantes de la cardenal y la guardia capitalina? —preguntó Simeon, esbozando una sonrisa.

—Sí, será eso —respondió Sesturo, no muy convencido—. Ah, y llevaremos algunos cañones y cosas así de nuestros amigos de la Real Compañía de Artilleros. Hay quien piensa que pueden ser útiles para enfrentarse a los abestiados.

—¿De verdad va a haber una expedición a Ystara? —preguntó Agnez, eufórica—. ¿Y nosotros vamos a ir?

—Vosotros vais a ir —respondió Sesturo, frunciendo el ceño—. Aunque otros más cualificados deban quedarse atrás.

—¿Quieres decir…?

—La reina se queda en Lutacia, y yo debo quedarme con su majestad —dijo Sesturo—. Pero parece ser que se requiere especialmente vuestra participación en la expedición.

—¿No hay tiempo ni para una copa de vino? —suspiró Agnez.

Sesturo sonrió y se puso en marcha, silbando. Los cuatro amigos se miraron y echaron una carrera para ponerse a su altura. Sesturo tenía una zancada muy larga.

—En realidad, no es la reina la que os ha convocado —dijo el enorme mosquetero, en cuanto se alejaron de la taberna—. Solo he dicho eso para impresionar a los guardias de dentro.

—¿Qué? —preguntó Agnez—. ¿Quieres decir que todo eso de la expedición es…?

—No, eso es cierto; tendrás tu aventura —dijo Sesturo—. Pero es la capitana la que quiere hablar con vosotros. En nuestros barracones, no en el Palacio de la Reina.

—¿La capitana? —preguntó Agnez, irguiendo la cabeza y respirando hondo—. ¿Dartagnan?

—La misma. No te preocupes, no se come crudo a nadie. Probablemente, antes os cocine un poquito.

—Supongo que esta expedición se dirige al lugar especificado en la carta que encontramos, y en ese boceto de mapa del segundo cofre de *lady* Dehiems, ¿no? —preguntó Simeon.

—Eso no es asunto mío —respondió Sesturo—. Preguntad a la capitana.

—¿Y por qué se nos incluye en esta expedición? —preguntó Dorotea.

—Porque encontramos los Iconos de Diamantes, ¿no? —sugirió Agnez.

Sesturo se encogió de hombros, rehusó responder a más preguntas y siguió adelante. Ya estaba atardeciendo, y había mucha gente por la calle, volviendo a casa de su trabajo. La mayoría eran artesanos, albañiles, carpinteros y otros trabajadores especializados, pero también había algunos grupos de obreros rehusantes, ahora escoltados por la guardia capitalina, en lugar de moverse libremente como antes (aunque muchos niños rehusantes seguían corriendo por ahí sin supervisión, presumiblemente realizando tareas menores, como llevar mensajes o hacer entregas para ganarse un mísero sueldo).

Dartagnan estaba esperando a los cuatro amigos en su despacho en la tercera planta de los barracones. Sesturo los llevó por la escalinata central, pasando por delante de otros mosqueteros que esperaban órdenes, mosqueteros que esperaban para informar, mosqueteros que esperaban sin ningún motivo, mosqueteros que practicaban agarrando una escalera entre varios para contener a múltiples atacantes, mosqueteros que apostaban sobre dónde iba a ir a parar una peonza que giraba en el rellano…, y otros que se añadían al habitual caos del lugar.

El despacho de Dartagnan era un oasis de paz en comparación con el resto de los barracones. Era una sala larga y ancha, con altas ventanas que daban hacia el lugar donde se estaba construyendo el Palacio Nuevo, con una decoración austera, al contar solo con una mesa de cuatro metros de largo, un soporte para varias espadas y media docena de sillas, la mayoría pegadas a la pared. La mesa estaba cubierta de mapas, papeles y libros. Dos asistentes, mosqueteros de cierta edad que trabajaban ya más con la pluma que con la espada, estaban muy atareados en un extremo, mientras que Dartagnan estaba en el centro examinando los mapas. Se giró al ver entrar a Sesturo, levantando la cabeza con un gesto ágil; su cabello plateado brillaba a la luz de varias lámparas de aceite colgadas del techo con cadenas de bronce.

—Ah, Sesturo. Los has traído. Por favor, *sers*, venid a la mesa, poneos alrededor; sí, ahí, enfrente de mí. No, no, no os preocupéis en saludar, os conozco a todos; vosotros sabéis quién soy yo. Hay cosas importantes de las que hablar y disponemos de poco tiempo.

Los que se habían quitado el sombrero volvieron a ponérselo y todos se acercaron, poniéndose frente a Dartagnan, al otro lado de la mesa. Ella apenas esperó a que estuvieran en posición:

—Su majestad ha decidido enviar una expedición a Ystara para recuperar los nueve Iconos de Diamantes restantes y cualquier otro tesoro que pueda haber en el templo de Palleniel Exaltado que fundó Liliath, la llamada Doncella de Elanda. Aunque ese templo está a apenas siete leguas de nuestra frontera, Ystara está infestada de abestiados. Se desconoce cuántos hay o cuáles son sus peculiaridades, sus puntos fuertes y sus puntos débiles. En consecuencia, será una expedición militar, dirigida conjuntamente por la capitana Rochefort de los persevantes de la cardenal y por mí misma. Se compondrá de dos tropas de mosqueteros, dos de persevantes, dos compañías de la guardia capitalina y dos compañías de los caballeros del rey, además de un destacamento de artillería ligera de la Real Compañía de Artilleros. Además, su majestad ha ordenado que los rehusantes arrestados durante el día y la noche de ayer sospechosos de ser miembros del Clan de las Sombras no sean enviados a galeras, sino que sirvan en la expedición como porteadores, mano de obra, etcétera, y que si lo desean, y si es posible, se queden después en Ystara, su hogar ancestral.

Dartagnan hizo una pausa para dejar que sus visitantes asimilaran lo que acababa de decirles. Sus rostros reflejaban perplejidad, confusión y preocupación en diferentes grados.

—Tal como he dicho, esto va a ser una expedición militar. Pediremos voluntarios de los diferentes regimientos, y haremos nuestra selección. Pero su majestad ha decidido que a vosotros cuatro también se os dé la oportunidad de participar; en primer lugar, como recompensa por haber encontrado los tres Iconos de Diamantes. Debo decir que, aparte del tesoro perteneciente a la Casa Real, una parte de cualquier otro tesoro que se encuentre se repartirá entre los miembros de la expedición.

—¿Se nos da la oportunidad, capitana? —preguntó Simeon, con cautela —. ¿No estamos obligados a ir?

—Es una oportunidad —dijo Dartagnan—. Pero también es un arma de doble filo. Sospecho que a su majestad le desagradará si rechazáis esta generosa oferta.

Simeon asintió. Era lo que pensaba. Se habían metido en los asuntos de la gente importante y ahora no podrían escapar fácilmente.

—Supongo que todos os unís a la expedición, ¿no?

Los cuatro asintieron: Henri, con entusiasmo, pensando ya en las montañas de dobles delfines de oro y en los montones de piedras preciosas; Dorotea, despacio, pensativa, porque Ystara y sus abestiados le despertaban la curiosidad, igual que Palleniel, por motivos que tenían mucho que ver con lo que había visto en los rehusantes, en sí misma y en sus amigos; Simeon, a regañadientes, porque eso le apartaría de la enfermería, donde estaba aprendiendo mucho, y porque le daban miedo los abestiados y se temía lo peor; y Agnez aceptándolo, sin más, porque los mosqueteros viven para librar batallas, y ella era una mosquetera.

—Muy bien. Ahora surge otra pregunta. Tal como he dicho, esto es una expedición militar. No permitiré que nadie que no esté a nuestras órdenes forme parte de la campaña. Descaray, por supuesto, ya es mosquetera. Pero durante el tiempo que dure la campaña, *sers* Dupallidin, Imsel y MacNeel también deben formar parte de uno de los regimientos implicados. He hablado con Franzonne y Sesturo, y me han dicho que mis mosqueteros no se opondrían a que se os otorgara un estatus especial para que formarais parte del cuerpo temporalmente. No obstante, si por algún extraño motivo deseáis integraros en las filas de los perseguidores, de la guardia capitalina o de los caballeros del rey, y posiblemente morir en ellas, supongo que se puede arreglar.

Agnez iba a decir algo, probablemente para protestar por el hecho de que se permitiera que alguien pudiera unirse a las filas de los mosqueteros, aunque fuera temporalmente, sin superar las pruebas a las que se había enfrentado ella, pero Sesturo le dio un pisotón, haciéndola callar. Y, en lugar de emitir su queja, tuvo que contener un grito de dolor.

Los otros se quedaron mirando a Dartagnan varios segundos, perplejos, hasta que Simeon respondió.

—Capitana, soy consciente… del gran honor…, del gran honor que nos concedéis —dijo, vacilante—. Pero yo soy médico y magíster, no soldado, ni espadachín…

—Serías nuestro médico —dijo Dartagnan—. Tenía que haberos dicho que, mientras vistáis el tabardo de los mosqueteros, «temporalmente», os pondré a trabajar donde más útiles seáis. Cada regimiento tendrá su propio médico; tú serás el nuestro. En cuanto a ti, Dupallidin, tengo entendido que tienes una gran habilidad con los números, el dinero y la contabilidad, así que sin duda serás muy útil a mis administrativos y mi jefe de contabilidad. Y, bachiller Imsel, quiero pedirte que estudies, que descubras todo lo que puedas sobre ese recóndito templo de Palleniel Exaltado, que averigües todo lo que

haya sobre el tema en los Archivos Reales o en las bibliotecas de Belhalle, cualquier texto disponible sobre la naturaleza de los abestiados a los que nos enfrentaremos. Sobre todo, esto último, porque sabemos tan poco sobre los abestiados de Ystara, a diferencia de lo que sucede con los que se crean aquí al dirigir la magia contra los rehusantes.

—Sabemos que se los puede matar —respondió Agnez, con decisión.

—¡Ah, la impetuosidad de la juventud! —exclamó Dartagnan, aunque no parecía molesta—. Efectivamente, tú mataste a uno. Pero quizá no sepas que cada abestiado es diferente. No hay dos que tengan los mismos puntos débiles, las mismas vulnerabilidades. Tuviste suerte de dispararle al del palacio en una zona desprotegida, pero el próximo podría tener una garganta a prueba de balas.

—Oh…, yo… no lo sabía —dijo Agnez—. Pero no fue solo suerte. Alguien me dijo que le disparara allí.

—¿Alguien te lo dijo? —respondió Dartagnan, de pronto muy interesada —. ¿Quién?

—No lo sé —respondió Agnez—. Yo pensaba que era Dorotea, pero me dijo que no había sido ella. Una de las cortesanas, supongo.

—Una pena —dijo Dartagnan—. Quizá fuera una suposición sin fundamento. Pero nos sería de gran ayuda contar con alguien con un mayor conocimiento sobre los abestiados.

—El magíster Delazán, que murió en el hospital…, tenía una colección considerable de libros sobre abestiados —dijo Simeon—. Disecciones, etcétera. Yo no había pensado que las diferencias entre unos y otros pudieran hacer más difícil combatirlos. Aunque los libros que tenía solo eran sobre abestiados transformados por efecto de la magia angelical aquí, no sobre los creados originalmente en Ystara. O sus descendientes, supongo.

—Si es que tienen descendientes —precisó Dartagnan—. Las gentes de la frontera, que ven abestiados de vez en cuando, afirman que no hay crías; los abestiados no se reproducen ni envejecen. Algunos parecen ser los mismos, invariables al paso del tiempo. Yo también soy bascona, como quizá ya sepáis. De Acques, justo en la frontera. He visto abestiados por los senderos de la montaña, cerca de mi pueblo. Uno al que llamamos el Cabeza Amarilla, por el penacho de plumas que tiene, o de algo parecido a las plumas. Lo vi de niña, y lo he visto en tiempos más recientes. Estaba igual, idéntico.

—¿*Lady* Dehiems va a unirse a la expedición? —preguntó Dorotea.

—No —respondió Dartagnan.

—No lo tenía claro. Anoche me pareció que decía que vendría…

—Y esta mañana también lo parecía —confirmó Dartagnan, que hizo una pausa antes de continuar—. *Lady* Dehiems está con la reina desde la *levée*, a primera hora de la mañana. De hecho, fue quien sugirió que se usara a los rehusantes como mano de obra en la expedición, en lugar de enviarlos a galeras. Pero en ningún momento sugirió formar parte de la expedición ella misma; de hecho, dijo que no podría hacerlo, ya que tiene una salud delicada y el viaje podría afectarle. Además —añadió, sin dar ninguna emoción a sus palabras—, aunque es nueva en la corte, resulta evidente que su majestad ya la tiene en gran estima y que le profesa un gran afecto, y no desea que se aleje de su lado, especialmente si es para participar en una misión llena de peligros, como sin duda será esta.

—¿Y adónde vamos, exactamente? —preguntó Henri—. ¿Dónde está Baranais?

Dartagnan le lanzó una mirada acusatoria.

—Así que descifrasteis la carta. Ya me parecía…

Henri tragó saliva y se ruborizó al mismo tiempo; soltó un gemido mal contenido al recibir el pisotón de Simeon.

—Ah, sí, sí que lo hicimos, *ser* —confesó—. Pero pensamos que era mejor no…, no decir nada…

—Entiendo —dijo Dartagnan—. ¿Hay algo más que decidierais no mencionar? ¿Cualquiera de vosotros?

Todos se agitaron un poco, inquietos, agacharon la cabeza y se miraron entre sí.

—Muy bien.

Dartagnan se inclinó sobre el mapa y puso el dedo encima.

—Baranais está aquí, al sur de Monthallard. Es uno de los collados más accesibles por donde atravesar la cordillera. Los «picos gemelos» mencionados probablemente sean el pico mayor y menor del monte Cabiromera; el templo estará en el collado intermedio. No tenemos claro si hay un camino o un sendero desde el collado, o más allá. Todo eso habrá que investigarlo con cuidado, sin duda, por la posibilidad de encontrar abestiados. Procederemos con cautela, levantando un campamento fortificado cada noche en cuanto crucemos la frontera. Para ello la mano de obra rehusante nos será útil. Eso hará que avancemos despacio, pero más vale ir con seguridad que morir en el intento.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Simeon.

—Diez días de preparación aquí, quizá más —dijo Dartagnan—. Si solo fuéramos mosqueteros, tardaríamos la mitad. Pero no vamos solos, y sé que la

guardia capitalina, por ejemplo, no tiene suficientes caballos, mulas o carros. Tendrán que conseguirlos, al igual que muchos otros suministros. En cuanto nos pongamos en marcha, incluso por nuestro territorio iremos despacio. Veinte días hasta la frontera, si el tiempo no empeora. Luego, un día o quizá más para llegar al collado, y después, tal vez otro día para localizar el templo y llegar hasta allí… Si hubiera un gran tesoro, un día o dos para cargarlo, y un tiempo similar al de ida para el regreso. Todo ello dependiendo del tiempo que haga, de cómo sea el terreno… y de los abestiados.

»Y, por supuesto, de nosotros mismos. Yo os consideraré mosqueteros, y espero mucho más de vosotros que de ningún otro. Los persevantes no son malos luchadores, pero dependen demasiado de sus iconos, de los ángeles y de la magia. Los caballeros del rey, en el mejor de los casos, son valientes. Y la guardia capitalina…, bueno, tal como indica su nombre, resultarán útiles para hacer de guardias, controlar a los rehusantes, y poco más. Los artilleros son fiables, y conocen su oficio. Pero hasta sus culebrinas y falconetes más ligeros pueden plantear dificultades a la hora de atravesar los collados. Cuando llegue el momento de enfrentarse a los abestiados, son los mosqueteros los que deben marcar las diferencias. Recordad eso.

Nadie dijo nada. Todos estaban pensando en el abestiado del patio del palacio. ¿Cómo sería tener que enfrentarse a más de una criatura como aquella a la vez?

—Descaray, ocúpate de equiparlos. Mañana empezaréis a trabajar, cada uno en su cometido. Ya sabéis lo que quiero de vosotros; encargaos de conseguirlo.

—¿Puedo ir a Belhalle? —preguntó Dorotea—. ¿Salir de la Fortaleza de la Estrella? La cardenal me lo prohibió…

—Tengo entendido que su eminencia no se encuentra bien y que no hay que molestarla con asuntos menores como ese. Pero, para mayor seguridad, la capitana Rochefort será informada de que se te ha dado permiso para salir. No creo que los alcantarilleros planteen ya ningún peligro, si es que corríais peligro alguno de los cuatro. No obstante, que te acompañe alguien cuando tengas que salir de la fortaleza. ¡Y todos vosotros, llevad siempre espada!

Quedaba claro que no había nada más que decir. De todos modos, por si quedaba alguna duda, Sesturo alargó un brazo enorme en dirección a la puerta. Los cuatro amigos fueron saliendo y se sumergieron en el bullicio del exterior, mientras el teniente Decastries, que levantó una ceja al pasar a su lado, entró.

—¡Así que parece que tenemos tres mosqueteros más! —exclamó Sesturo, frotándose las manos—. ¡Por así decirlo!

—El pez ha picado el anzuelo y se lo ha tragado hasta el fondo —respondió Liliath satisfecha, dirigiéndose a Biscaray.

Estaban de pie, en la pequeña plataforma entre los dos tejados de la Demaselle House, para que Liliath pudiera examinar el cielo. Como siempre, escrutaba la parte del cielo nocturno correspondiente a los ángeles ystarianos, y observó con satisfacción que no se habían producido cambios que revelaran los movimientos en la superficie de la Tierra destinados a devolver su lugar a Palleniel, y sobre todo que la estrella del arcángel no hubiera reaparecido de pronto. No esperaba ver nada, pero no podía evitar mirar, por si acaso.

—Habéis pasado todo el día con la reina —dijo Bisc—. En su dormitorio, o eso me han dicho.

—Vaya. ¿Estás celoso, querido Bisc? —respondió Liliath, pasándole un dedo por la mejilla.

—Sé que no tengo ningún derecho —reconoció Bisc—. Pero sí… estoy celoso.

—No lo estés —dijo Liliath—. Vendrás conmigo a Ystara, estarás conmigo… y ella no. Y cuando llegue el momento, Saranza no será nada, no habrá reina. Un gobernador, quizá. ¿Quizá eso te gustaría? ¿Gobernar sobre los que tanto te han denigrado?

—Yo quiero estar donde estéis vos —dijo Bisc, tirando de ella.

Se besaron, y Liliath deslizó las manos bajo la casaca y la camisa de Biscaray.

—Vuestras manos siempre están calientes —murmuró Bisc—. Vuestra piel desprende calor…, por frío que esté el aire…

—Yo no soy como los otros mortales —susurró Liliath.

Alguien llamó al desván, de donde se accedía a aquella pequeña pasarela. Se separaron. Liliath metió su cálida mano en la manga, donde aún llevaba el brazalete con los tres iconos.

—¿Sí? —dijo Biscaray, con la mano en la empuñadura de la daga que llevaba al cinto. Había dado orden de que no los molestaran.

—Soy Sevrin —dijo la vigilante de la puerta principal, abriendo solo unos centímetros—. Hay noticias, Bisc.

—¿Qué noticias?

—El carcelero que sobornamos en Riveral dice que a los prisioneros…, a los nuestros…, no los envían a galeras a Mallassa. ¡Van a ir a Ystara! ¡Están organizando una expedición!

—Lo sé —dijo Bisc, mirando a Liliath, que asintió—. Nosotros también iremos.

—¿Iremos? —preguntó Sevrin, asomando la cabeza por la puerta, con los ojos abiertos como platos—. ¿Vos también, *milady*?

—Bueno, la enfermiza *milady* se quedará aquí —dijo Liliath, sonriendo —. Lamentablemente, estará demasiado enferma como para ir a ver a la reina, o para recibir visitas. Pero yo me convertiré en una rehusante, cubierta de cicatrices y achaques. Y sí…, juntos volveremos a Ystara. Devolveremos su gloria a Palleniel. ¡Y la justicia al mundo!

—Tendríamos que habérselo dicho a Dartagnan —le dijo Agnez a Dorotea.

Estaban en la habitación que compartían en los barracones, preparándose para dormir, o al menos para irse a la cama. Dorotea estaba dibujando algo muy pequeño en un trozo de papel, Simeon tomaba notas del *Compendio de medidas para la creación de un hospital de campaña y la provisión de medicinas, iconos y suplidos*, de Deraoul. Por su parte, Henri estaba apoyado en la puerta para asegurarse de que no entraba nadie.

—Lo que ves en *milady*… y en los rehusantes —añadió.

—¿Y en nosotros? —preguntó Simeon—. ¡No, no hay que decírselo!

—En cualquier caso, probablemente no importe —dijo Henri, esperanzado—. Quiero decir que Dehiems no va a ir a la expedición. Quizá para cuando volvamos con el tesoro las cosas hayan cambiado. A lo mejor eso que ve Dorotea, sea lo que sea, ya ha desaparecido.

—Me preocupa la seguridad de la reina —dijo Agnez—. Si Dehiems no es lo que parece…

—La cardenal estará aquí, y también Franzonne y Sesturo —le recordó Henri.

—Concentrémonos en lo que sabemos que nos espera —apuntó Simeon, ladeando el libro para recoger la máxima luz posible de la lámpara colgada del techo—. Esta expedición. Yo creo que es bueno que nos alejemos de la ciudad, de la cardenal y de la reina.

—Eso, si no nos matan los abestiados —puntualizó Henri.

—Aparte de eso.

—Rochefort comparte el mando —señaló Agnez—. No se olvidará de nosotros. Ya sospechaba antes, cuando nosotros mismos no sabíamos lo que pasaba y no había nada de lo que sospechar.

—¡Es que tal vez no haya nada de lo que sospechar! —protestó Henri—. ¡Lo único que sabemos es que Dorotea ve algo! Quizá… sea solo eso. ¡Una alucinación!

Dorotea levantó la vista de su dibujo, que era una imagen abstracta de trazos gruesos y rápidos que no parecían gran cosa mirados en detalle, pero que en conjunto recordaban las enormes alas de un ángel.

—Está claro que los rehusantes también tienen ese mismo… residuo o esa mancha… que nosotros —dijo—. Del mismo ángel, muy particular. Pero Dehiems es diferente. Creo que en su caso procede de muchos ángeles diferentes.

—¡Nosotros no somos rehusantes! —exclamó Henri—. Te repito que todos hemos invocado a ángeles. Y todos hemos sido destinatarios de la magia angelical. ¡Sin embargo, estamos vivos y no nos hemos convertido en abestiados!

—Ya —respondió Dorotea con un suspiro. Forzó la vista y miró a Henri, pero no directamente—. Estoy segura de que es el mismo ángel, pero… la calidad del residuo es diferente. En nosotros, es una llama intensa; en ellos es un rastro turbio, pero que se mueve como el fuego… No puedo describirlo con precisión. Sé que no puedo preguntarle a Dehiems, pero quizá la rectora de Belhalle…

—¡No!

Dorotea miró a sus amigos, que habían respondido al unísono.

—No he dicho que fuera a hacerlo —se defendió, dejando su trozo de papel y su carboncillo a un lado con un suspiro—. ¡Solo que me gustaría!

—Deberíamos dormir —propuso Agnez—. Mañana va a ser un día movido. Muy movido.

Se puso en pie y levantó la pantalla de la lámpara, frunció los labios y se dispuso a apagarla de un soplido.

—Yo aún estoy leyendo —dijo Simeon, sin levantar la vista.

—Sí, ¿quién te ha puesto al mando? —preguntó Henri. Estaba cansado, pero no quería admitirlo.

—Yo soy la única mosquetera de verdad —dijo Agnez, sorprendida al verse cuestionada—. Por supuesto que estoy al mando.

Dicho aquello, apagó la lámpara, cosa que levantó un pequeño coro de quejas. Simeon cerró su libro de un golpetazo y Henri tropezó con una vaina

de espada de camino a su cama.

27

A pesar de llevar sombreros y tabardos de mosqueteros, y de que los obligaran a llevar espada, Simeon, Henri y Dorotea no se habían convertido en soldados de pronto, y no los enviaron a patrullar por el subsuelo de la ciudad en busca de alcantarilleros, ni les hicieron practicar con la espada, como había hecho Agnez con Franzonne y Gruppe, que era un experto en técnicas sucias y poco convencionales. Tal como había dicho Dartagnan, a los «mosqueteros temporales» les pusieron a trabajar en los puestos donde sus habilidades y su experiencia resultaban más útiles para la expedición. Simeon se encontró de nuevo en la enfermería, aunque ahora pasaba poco tiempo con los pacientes o asistiendo a la magíster Hazurain. Estaba casi siempre en los departamentos interiores del hospital, con distribuidores, fabricantes de artículos médicos y administrativos, intentando determinar qué medicinas, instrumental, consumibles y otros artículos podían meter en los carros tirados por dos caballos o por seis mulas que compartirían los equipos médicos del regimiento.

El cuarto día tras el anuncio de la expedición, cuando tras la emoción inicial se había impuesto ya cierta rutina, Simeon oyó un rumor en el despacho del boticario, donde supervisaba el empaquetado de frascos de loción de calamina en cajas rellenas de paja, y se fue corriendo a ver a la magíster Hazurain, a la que encontró examinando a una soldado de los caballeros del rey que había resultado gravemente herida al disparar un mosquete con tierra en el cañón, que había quedado atorado tras haberlo usado como muleta durante sus juegos de borrachera.

—Tendremos que cortarle esa mano —le dijo Hazurain a Simeon.

Ya había invocado a Sarpentiel, que se había encargado de que la soldado estuviera profundamente dormida.

—¿Gwethiniel no podría…?

—Quizá —dijo Hazurain—. Pero ya la he invocado una vez este mes, y ese es mi límite. Ya conoces mi metodología, Simeon. Debo calcular el precio que pago en tiempo de vida; no puedo dilapidarla tan alegremente. Calculo que sobrevivirá a la amputación. Nunca emplees a un ángel a menos que sea necesario, y vivirás lo suficiente como para no lamentarlo.

Simeon asintió. Gwethiniel, que podía recomponer la carne y el hueso, era una virtud, y según los cálculos de Handuran, invocarla podría costarle al mago dos meses de vida.

—Usaré las sierras dos y tres, así como mis cuchillos de Turingen —dijo Hazurain a uno de sus asistentes—. Que Detheren me los prepare. Dile que quiero usar mi icono de Charysylth para la higienización. Bueno, ¿y qué puedo hacer por ti, Simeon? Supongo que querrás pedirme prestado más instrumental para tu expedición.

—No, magíster —dijo Simeon—. Bueno, quizá sí, más tarde. Pero es que he oído algo y quería preguntaros por ello.

—Pregunta —dijo Hazurain, que se sentó en el extremo de la cama de la soldado y se frotó los ojos—. Ah, estoy cansada. Supongo que no querrás amputarle la mano a esta pobre mujer por mí, ¿no?

—¡Si así lo deseáis, por supuesto, magíster! —respondió Simeon, encantado de que le asignara aquella responsabilidad.

Se olvidó de su pregunta por unos minutos, mientras ambos examinaban la mano destrozada y dirimían los aspectos técnicos de la amputación, a qué serafín o querubín pedir asistencia, etcétera. Hasta que el asistente regresó con una caja de sierras para hueso y acompañado de Detheren, compañero de Simeon, este no recordó lo que quería preguntarle a Hazurain, que ya estaba a punto de despedirse, dejando la operación en sus manos.

—¡Oh, *ser*! Lo que quería preguntaros… He oído que os llamaron para que fuerais a visitar a *lady* Dehiems, la albana. ¿Es cierto?

Hazurain se secó la frente.

—Oh, sí —respondió, sin darle importancia—. Su majestad estaba preocupada porque *lady* Dehiems no había podido ir a visitarla al palacio. Pero solo tiene fiebre del río, dolencia albana a la que es vulnerable *lady* Dehiems. No es grave, pero afecta a los pulmones. El remedio más indicado es el descanso, salvo en casos extremos, o cuando hay que trasladar al paciente por fuerza mayor, en cuyo caso se hace imprescindible la intervención angelical. Dehiems estaba convencida de que se recuperará pronto, y yo también lo creo, aunque quizá no tan rápidamente como ella espera. Pueden ser unas semanas, y no unos días.

—¿Qué síntomas tenía Dehiems, magíster? —preguntó Simeon.

Habría querido preguntarle por los extraños fuegos internos que veía Dorotea, pero no se atrevió. Probablemente, Hazurain no los vería, como no los veía él, pero quizás hubiera otros síntomas extraños.

—Oh, solo la fiebre; estaba muy caliente al tacto. Y tenía una laxitud extrema. —Hazurain bostezó—. Síntomas típicos de la enfermedad. Debo retirarme, Simeon.

—Gracias, magíster —dijo Simeon, acompañándola unos pasos. Bajó la voz y se inclinó un poco, acercándose—. ¿Y su eminencia, la cardenal? ¿Se está recuperando bien?

Hazurain se quedó mirando a Simeon, perpleja.

—Te veo muy interesada en los poderosos —dijo—. La nueva favorita de la reina… Sí, ya sé quién es Dehiems, aunque no ha corrido demasiado la voz… Y la propia cardenal… ¿Por qué lo preguntas?

—Oh…, curiosidad —balbució Simeon—. Y…, bueno…, a decir verdad, por interés propio. Toda esta expedición se puso en marcha mientras la cardenal estaba indispuesta y ausente del lado de la reina. He pensado que cuando se recupere quizá decida que, en realidad, no es una buena idea…

—Ya veo. —Hazurain vaciló un momento. Luego habló en voz muy baja —: Su eminencia tiene un cuerpo considerablemente más viejo de lo que correspondería a su edad, porque lo ha usado implacablemente al servicio de Saranza, invocando ángeles. Se está recuperando, pero tardará. Mucho más que *lady* Dehiems, que tiene la juventud de su lado, y que no es maga. Yo calculo que la favorita albana podrá volver al lado de la reina mucho antes que la cardenal. ¿Eso responde a tu pregunta?

—Sí, la responde —respondió Simeon—. La expedición seguirá adelante.

—Te deseo buena suerte —dijo Hazurain, y se marchó.

Simeon sabía que no se refería a la amputación.

Dorotea, que finalmente pudo regresar a Belhalle, se sumergió devotamente en la investigación que se le había solicitado. Acompañada por un mosquetero silencioso y reservado llamada Huro, cuya compañía agradecía porque casi parecía no estar allí, pudo ir y volver a Belhalle en barco.

Sus primeras indagaciones, dirigidas a la búsqueda de mapas de la frontera con Ystara, fueron razonablemente bien, aunque muchos de aquellos mapas parecían contradecirse en cuanto a la posición de los accidentes geográficos. Además, ninguno era de esos tan valiosos que hacían los ángeles volando, en colaboración con cartógrafos expertos. Pero, bueno, en realidad, de esos había pocos, y de muy pocas partes del mundo.

Al cabo de unos días, cuando pasó de los mapas a la búsqueda de referencias sobre los abestiados, Liliath, Palleniel y la caída de Ystara,

Dorotea no encontró la mayoría de los volúmenes que necesitaba, aunque aparecían listados en las grandes bibliografías encadenadas a las mesas de la Gran Sala de Lectura de la biblioteca central de Belhalle (conocida coloquialmente como «Pétalo», por el motivo floral que cubría los paneles de madera de las paredes).

Había muchos títulos, como *Huida de Ystara* o *La caída de Palleniel*, de Villeska, o *Examen de cinco abestiados pescados en el río Agros*, o *Cartas de un paseante bascón a su interlocutor ystariano en tiempos de la peste gris*, que aparecían listados en las bibliografías, pero que no estaban en los estantes. Al principio, Dorotea había pensado que sería el típico problema de los libros que no vuelven a dejar en su sitio. Pero después de consultar con varios bibliotecarios jóvenes, que siempre respondían encogiéndose de hombros, y de ver el movimiento de montones de libros que llevaban al menos décadas a la espera de clasificación o catalogación, tuvo claro que aquellos libros, publicaciones y estudios ya no estaban en las bibliotecas de Belhalle.

Fue una de los bibliotecarias más veteranas quien le explicó lo que sucedía.

—Fueron confiscados por la cardenal Dumauron —dijo esta, echando un vistazo a la entrada bibliográfica que le presentaba Dorotea—. ¿Ves esta señal?

Dorotea se acercó un poco. Las bibliografías estaban escritas por muchas manos diferentes, a lo largo de los siglos, y había un montón borrones, tachones y otras marcas que podían ser o no accidentales. Sobre la tercera letra del título se veía un borrón que quizá pudieran haber hecho deliberadamente.

—Tinta verde —dijo la bibliotecaria.

Dorotea se acercó aún más. La Sala de Lectura, como la Rotonda, tenía paneles de cristal clarificado por los ángeles en el techo, pero no era un día luminoso.

—Supongo que sí —convino.

Era un verde muy oscuro, no muy diferente de la tinta negra con un toque morado que se usaba habitualmente en aquellos volúmenes.

—Un punto negro —dijo el bibliotecario, resoplando—. Retirado por orden de la cardenal Dumauron. Lo que significa (déjame pensar) hace unos ochenta años.

—¿Retirado? ¿Y dónde lo llevarían?

La bibliotecaria se encogió de hombros.

—Pregunta a los persevantes. Aunque, siendo mosquetera, supongo que no te apetecerá mucho.

—En realidad, no soy mosquetera —protestó Dorotea, bajando la vista y observando su tabardo con gesto de disgusto. Le había dejado la espada a Huro, en la entrada—. Es temporal, para la expedición. Aquí soy una bachiller.

—¡Oh, así que vas a ir a la expedición! —exclamó la bibliotecaria—. Buscarás libros, ¿no? Se supone que el rey de Ystara tenía un ejemplar de las *Obras de misterio*, de Mallegre, el último que quedaba. ¡Ojalá pudieras encontrarlo!

—Desde luego, lo buscaré —prometió Dorotea, animándose al pensar en los libros perdidos que quizás aún se conservaran en el templo secreto de Liliath—. ¡No había pensado que podría haber libros! ¡Todo el mundo estaba tan emocionado con los Iconos de Diamantes, el oro y todo eso…!

—¡Bah! Tonterías, en comparación con el conocimiento. Por favor, asegúrate de recuperar cualquier cosa que pueda ser de interés.

—Haré todo lo que pueda —dijo Dorotea—. Y veré si encuentro los libros que se han llevado de aquí. Preguntaré a Rochefort; ella debería saberlo.

—¿La capitana Rochefort? —murmuró la bibliotecaria, que tosió y dio un paso atrás—. Sí, bueno, buena suerte. Y, por favor, no menciones mi nombre.

—Yo no sé vuestro…

Pero la bibliotecaria había desaparecido otra vez entre los estantes.

Henri estaba disfrutando mucho más trabajando para los mosqueteros que como asistente de la arquitecta de la reina. En lugar de pasarse el día corriendo de un lado al otro de la Fortaleza de la Estrella para conseguir que los escaqueados hicieran el trabajo que tenían asignado, trabajaba con registros de cuentas y con operaciones importantes, y se le apreciaba por su talento y por su duro trabajo.

Ya había descubierto una hábil estrategia con la que el maestro cervecero de los mosqueteros vendía por su cuenta un barril de cada diez a la Torre del Ángel, una taberna de la ciudad muy visitada por los mosqueteros, quizá por lo sorprendentemente familiar que les resultaba aquella cerveza. A Henri aquello le había extrañado, y sus cálculos demostraron que la producción total de cerveza no coincidía con la cantidad consumida en los barracones; a partir de ahí le resultó bastante fácil convencer a Decastries para que se marcaran los barriles en secreto. Un día después, el montaje salió a la luz.

Decastries también le había pedido a Henri que hablara con la teniente Deramillies, de los artilleros, para consultarle las cantidades de pólvora, de munición y de cartuchos precargados que necesitarían para la expedición, el modo de transporte más seguro y las disposiciones que habría que tomar para su distribución durante la campaña.

A Henri siempre le había interesado mucho la artillería, y todo lo que fuera hacer estallar cosas. Ahora que llevaba el uniforme de los mosqueteros y que formaba parte de la expedición, Deramillies y sus artilleros le dejaron participar de buen grado en sus operaciones, y prácticamente le adoptaron como si fuera uno más de ellos.

Le interesaban especialmente los seis falconetes que iban a llevar en la expedición. Eran cañones ligeros, con un fino tubo de bronce tan largo como alto era él, del grosor de su brazo, y que disparaban unas balas prácticamente del doble del tamaño de las de un mosquete y el doble de lejos. Montados en carros con ruedas, podían ser arrastrados por un par de caballos y descargados y disparados sin problemas por un solo artillero y uno o dos asistentes.

La artillería moderna, solía decirles Henri a sus amigos, era la respuesta a cualquier amenaza que pudieran plantear los abestiados. Ni siquiera su piel áspera y acorazada podría hacer frente a una bala de falconete. Los artilleros también estaban preparando granadas, como la que había llevado Franzonne al palacio, unas bolas de hierro llenas de pólvora y con una mecha lenta. Cada mosquetero debía llevar dos o tres, y las pruebas realizadas (fuera de Lutacia, en el campo de prácticas) habían mostrado que serían efectivas, aunque peligrosas tanto para el enemigo como para quien las manipulara.

Entre los mosqueteros había quien mostraba cierto resentimiento porque tres de los puestos destinados a la expedición se les hubieran asignado a Simeon, Henri y Dorotea. Pero si se les presionaba, hasta los más gruñones tenían que admitir que se habían ganado ese privilegio, primero por haber encontrado el cofre de la Lombriz y después por haber derrotado al abestiado en el patio del palacio. Y, puesto que habían demostrado su utilidad, cada uno a su manera, el resentimiento fue disminuyendo, o al menos no lo mostraban en público.

Henri regresaba de una de sus salidas con los artilleros cuando vio a unos mosqueteros en una bocacalle, escoltando a una hilera de alcantarilleros recién capturados que tenían las manos atadas a la espalda y los tobillos unidos entre sí por cuerdas hechas de cuero. Agnez formaba parte de la escolta. Cerraba el grupo, pero tenía un aspecto lamentable, porque estaba

cubierta de las botas a la cintura de lo que Henri esperaba que fuera simple fango.

Henri se apeó de su caballo, se despidió de los artilleros y se abrió paso a toda prisa entre el gentío que, al ver su sombrero y su tabardo, le dejó espacio, tal como habían hecho a los otros mosqueteros y a sus prisioneros rehusantes. Había una gran agitación por toda la ciudad, había habido manifestaciones a favor y en contra de los rehusantes, y todo el mundo iba con mucho cuidado con los soldados.

—¡Eh, Agnez! —gritó Henri, cuando la tuvo cerca.

Agnez se giró con la mano en la empuñadura de la espada.

—Por cómo hueles a pólvora, parece que has estado escabulléndote del trabajo y disparando cañones.

—No voy a decirte a qué hueles tú —respondió Henri, sonriendo y arrugando la nariz, mientras reemprendían la marcha, siguiendo a los prisioneros—. Además, necesitaba ver si usamos la misma pólvora en los mosquetes que en los falconetes.

—¿Y es así?

—No, pero podría ser…, y debería ser —respondió Henri—. Los artilleros están de acuerdo, solo tengo que convencer a la capitana. ¿Dónde habéis encontrado a todos estos?

—Bajo el Jardín de Ashalael —dijo Agnez—. Hay grutas naturales en la roca. Estos se escondían en una de ellas. Estaba medio inundada; supongo que por eso no había mirado nadie antes. Pero uno de los sacerdotes los vio entrando y saliendo por la noche.

—¿Ha habido enfrentamiento?

Agnez negó con la cabeza.

—¡Échales un vistazo! No tengo claro ni que sean alcantarilleros de verdad, ni que formen parte del Clan de las Sombras. Desde luego no son combatientes como los que atrapamos antes. Algunos de ellos son poco más que niños; la mitad de ellos están tullidos. ¡Dos de ellos son ciegos! Y tampoco tenían armas.

Caminaron un rato en silencio. Henri se daba cuenta de que Agnez estaba desanimada con aquella tarea en la que básicamente actuaba como una carcelera, intimidando a aquellos patéticos rehusantes que avanzaban tropezando a causa de sus ataduras.

—Los mandan a Riveral —dijo Agnez al cabo de un rato—. Les han marcado una «R» en el dorso de la mano izquierda. Así pues, los destinan a la expedición, y puede que nunca vuelvan a la ciudad.

—Quizá puedan iniciar una nueva vida en Ystara —sugirió Henri.

Agnez le echó una mirada sarcástica.

—¡Ese lugar está plagado de abestiados! Todo aquel que pudo huir cuando todo aquello empezó lo hizo. Los demás murieron. Nadie ha vuelto a aventurarse en ese lugar, o al menos nadie ha salido con vida para contarlo. ¿Cómo crees que iban a luchar todos estos contra algo parecido a ese abestiado al que disparé?

—Pues no creo que los dejemos ahí, sin más —dijo Henri, no muy convencido.

—Eso es exactamente lo que tienen planeado —respondió Agnez, cortante—. Los usamos como mano de obra a la ida. Y supongo que para salir de allí, y luego, en la frontera, los enviamos de nuevo a Ystara, a que se enfrenten a su destino.

—Puede que nuestro destino sea el mismo —dijo Henri, pensativo.

—No, el nuestro no es ese —replicó Agnez, con una seguridad mucho mayor de la que tenía Henri—. ¡Nosotros podemos luchar!

—No puedo creer que la capitana Dartagnan piense abandonarlos, sin más, ante la presión de los abestiados.

—No será solo la decisión de la capitana, ¿recuerdas? Comparte el mando con Rochefort. ¿Y recuerdas lo que nos dijo Dorotea sobre lo que había dicho la cardenal? Su eminencia querría echar a todos los rehusantes al mar, no solo al Clan de las Sombras y a los alcantarilleros. Y Rochefort es la mano derecha de la cardenal.

—Pero la cardenal no estaba en sus cabales… Quiero decir que Dorotea dijo que farfullaba y que prácticamente estaba a punto de derrumbarse…

—Mucha gente piensa como ella —añadió Agnez, echando una mirada a los prisioneros, que avanzaban renqueando—. Confieso que no había pensado en ello hasta que he tenido que salir a buscarlos.

—Bueno, la verdad es que se lo han buscado —dijo Henri—. O ellos, o sus antepasados.

—¿Tú crees? —objetó Agnez—. Dorotea no está de acuerdo. Y recuerda lo que dijo la reina: uno no es responsable de las locuras de sus ancestros.

—Bueno, no sé —se defendió Henri, incómodo—. El caso es que las cosas son así. No podemos hacer nada al respecto. Además… —Miró alrededor y se acercó un poco más—. Además, no queremos tener nada que ver con los rehusantes. Ya sabes, no fuera cosa que lo que sea que ve Dorotea en ellos tenga algo que ver con nosotros. Simeon tiene razón. Lo mejor es cumplir con nuestro trabajo y pasar desapercibidos.

Agnez asintió, pero no estaba completamente de acuerdo. Aceleró el paso para ponerse a la altura del último rehusante de la fila. Y Henri tuvo que echar una carrerita para alcanzarla. No abrió la boca durante el resto del camino a Riveral, siguiendo a los rehusantes y a los otros mosqueteros: pasaron por las puertas exteriores, abiertas de par en par, y se sumergieron en las sombras del largo túnel que llevaba al interior.

28

Rochefort no estaba en el Palacio de la Cardenal. Al menos, los guardias de la puerta no quisieron revelarle su presencia a aquella supuesta mosquetera. Dorotea se encontró con la misma respuesta en los barracones de los persevantes, en la Fortaleza de la Estrella, a pesar de reiteradas instrucciones por parte de los mandos de que cualquier enemistad histórica entre regimientos debía quedar aparcada por el bien de la expedición.

Solo quedaba la Torre. Huro quiso acompañarla, pero ella le dijo que no. Y, como el mosquetero tenía órdenes de acompañarla solo en el exterior de la fortaleza, tuvo que aceptar su espada y volverse a los barracones de los mosqueteros, mientras Dorotea se iba a la Torre dando un paseo, parando de vez en cuando para echar un vistazo a cosas que atraían su atención, como potenciales sujetos para un dibujo, o por motivos que ni ella misma entendía. Las cosas le interesaban o no, sin más, y podían ser personas, animales, insectos, objetos, paisajes…

Al cabo de un rato, poco antes del anochecer, llegó a la Torre y subió las escaleras. La puerta principal estaba cerrada, así que llamó al portillo que se abría en el interior de la grande y fijó su atención en unos interesantes líquenes que había sobre la piedra angular del portal mientras esperaba. Al poco se abrió la portezuela y Madre asomó la cabeza. Parecía sorprendida de ver a Dorotea, porque levantó las cejas hasta la raíz del cabello, echó la cabeza atrás y luego otra vez hacia delante, como azotada por una ráfaga de viento.

—¡Tú! —exclamó—. ¿Sin guardias? ¿Y por qué llevas un tabardo de mosquetera?

—Bueno, en respuesta a tu segunda pregunta, ahora soy mosquetera, más o menos —respondió Dorotea—. Y en cuanto a la primera, no estoy detenida, no voy a volver a mi celda. Quiero ver a la capitana Rochefort, si es que está aquí.

—La capitana está aquí —respondió Madre, recelosa—. ¿Te ha mandado llamar?

—No —dijo Dorotea.

Un persevante miró por encima del hombro de Madre. Dorotea no lo había visto antes; era un tipo de gesto hosco y pelo pajizo, pelirrojo.

—Si tienes un mensaje para la capitana, dámelo a mí, mosquetera —dijo, socarrón—. Y luego lárgate. La Torre no es lugar para alguien como tú.

—Eso es lo que pensaba cuando estaba encerrada aquí —confirmó Dorotea—. Aunque Madre decía que estaba en una de las mejores celdas. No traigo ningún mensaje para la capitana Rochefort. Tengo una pregunta. ¿Puedes decirle, por favor, que está aquí Dorotea Imsel?

—¿Tú? ¿Haciéndole preguntas a Rochefort? No creo —dijo el persevante, echando a Madre a un lado para pasar delante.

Ella quiso levantar una mano para pararle, pero luego la bajó. El persevante era más alto y corpulento que Dorotea, y evidentemente no estaba de buen humor. Se llevó una mano a la empuñadura de la espada y ya estaba desenvainando cuando observó que Dorotea iba desarmada.

—¿Dónde está tu espada?

—Se la di a Huro para que se la llevara a los barracones —respondió Dorotea—. La verdad es que creo que Rochefort no tendrá absolutamente ningún problema en hablar conmigo. Siempre se ha…

No llegó a acabar la frase porque tuvo que esquivar el enorme puño del persevante, que le habría dado de lleno en la cara. Pero no esperaba que Dorotea se moviera tan rápido, y perdió el equilibrio. Dorotea le ayudó a seguir con su trayectoria dándole una patada en la espalda y lanzándolo contra la barandilla del rellano, donde impactó con fuerza, soltó un improperio y se giró justo a tiempo para que Dorotea le agarrara con fuerza de la nariz. Sus dedos, fortalecidos por los años pasados tallando bloques de madera, grabando en cobre y realizando otras tareas artesanas sorprendentemente duras, le retorcieron la nariz hacia un lado y hacia el otro, y el persevante tuvo que ladear la cabeza repetidamente para aliviar la presión.

—¡Au! ¡Au! ¡Au!

Dorotea lo soltó en el momento en que tenía la nariz del persevante completamente girada hacia la derecha. Él se lanzó hacia el mismo lado y chocó otra vez contra la barandilla. Cayó al suelo, con la espada enredada entre las piernas. Soltó otra maldición, al tiempo que se llevaba la mano a un icono que llevaba prendido de la túnica.

—¡Pagarás por esto! —gritó, aunque tenía la nariz tan hinchada que más bien sonó a «*¡Bagarás bor esto*!».

Dorotea oyó el aleteo y el sonido de las campanillas, y vio al ángel que empezaba a manifestarse sobre la cabeza del persevante. Lo reconoció enseguida: era Mazrathiel, que actuaba sobre el movimiento, y entendió el plan del persevante. Mazrathiel no le haría daño intencionadamente, pero

haría caer a Dorotea de la plataforma si el persevante tenía la fuerza suficiente como para conseguir que el ángel le obedeciera. Y la caída hasta el foso que se abría debajo haría el resto. El persevante estaba murmurando sus órdenes. Dorotea se aproximó y acercó la mano al punto donde veía la forma de fuego y de luz. Entonces ella también le habló a Mazrathiel, pero mentalmente. Dirigió toda su fuerza mental al ángel y le comunicó sus órdenes, completamente opuestas a las del persevante:

—¡Vete, Mazrathiel! ¡Regresa a los cielos y no vuelvas a responder al icono que te ha traído hasta aquí! ¡Vete!

El icono que tenía bajo los dedos el persevante se desintegró, convirtiéndose en polvo. Sonó un trueno, hubo un destello, y Mazrathiel desapareció casi antes incluso de haberse manifestado.

Dorotea sacó su cuchillo, el que usaba para recortar la punta de las plumas para escribir. Luego se agachó, colocándose a la altura del persevante, que tenía la mirada puesta en sus dedos sucios y en los restos del icono: unos minúsculos fragmentos de madera, yeso y esmalte amontonados sobre su jubón.

—¿Qué…? ¿Tú quién eres…?

Dorotea le metió la punta del cuchillo en el orificio nasal izquierdo y dijo:

—No te muevas. No quiero arrancarte la nariz… No obstante, si es necesario, lo haré. Solo quiero hablar un momento con la capitana Rochefort. Tu ataque ha sido del todo innecesario, y muy descortés.

—Y, además, incompetente —dijo una fría voz desde el umbral.

Dorotea retiró el cuchillo, se levantó e inclinó la cabeza.

Rochefort le devolvió el saludo y miró al persevante tirado en el suelo.

—Eres una desgracia para el blasón de su eminencia —dijo—. Quítate de mi vista.

El persevante tragó saliva y bajó la cabeza. Se puso a cuatro patas y se levantó. Sin alzar la mirada, pasó junto a Rochefort y entró:

—Cierra la puerta —dijo Rochefort, dirigiéndose a Madre.

Dorotea y ella se quedaron solas en el rellano.

—El ángel —dijo Rochefort—. Has conseguido plantar cara a su poder.

Dorotea asintió lentamente, pensando en lo que había hecho. Aquello no era esbozar un icono, sino algo potencialmente peor. Rochefort podría considerarlo una clara herejía.

—Es un don poco frecuente —dijo Rochefort—. Yo también lo he hecho. Y sé de otras dos personas capaces de hacerlo. Todos somos persevantes, y tú

también deberías serlo… Yo…, para mí es una afrenta verte con ese tabardo de mosquetera. Deberías estar conmigo.

—¿No es una herejía bloquear a un ángel invocado por otra persona? —preguntó Dorotea.

—No para un persevante —respondió Rochefort—. ¿Para otros…? No creo que a su eminencia le haga mucha gracia que una mosquetera haga gala de un poder así. Y puede que se replantee su reciente conclusión respecto a que no eres realmente Liliath renacida.

—Ese persevante lo contará —dijo Dorotea—. No debería haberlo hecho, pero estaba asustada, enfadada y…

—No dirá nada —replicó Rochefort, convencida.

—¡Oh, no, no lo mates! ¡Solo por eso, no!

Rochefort levantó la ceja derecha.

—¿Matarle? ¡Yo no mato a mis propios persevantes! Esta noche se le enviará a una de nuestras posiciones periféricas, sin esperanza de regresar a menos que mantenga la boca cerrada. Además, ha perdido su plaza en la expedición, lo que sin duda le dolerá aún más. Pero ha sido un estúpido: se merece el destino que se ha ganado.

Rochefort frunció el ceño. Luego añadió, en voz más baja:

—Pero eso deja claro cómo me ves… ¿Para ti no soy más que una asesina sanguinaria, Dorotea?

—Puedes llegar a ser… muy cruel —reconoció Dorotea.

—Al servicio de su eminencia —protestó Rochefort—. Hago lo que es necesario para la seguridad del Estado, y nada más.

—Yo creo que quizá sea demasiado fácil decir que algo se hace por la seguridad del Estado —dijo Dorotea—. Esta captura de rehusantes, por ejemplo, y su expulsión a Ystara. La mayoría de ellos no son alcantarilleros, no forman parte del Clan de las Sombras, no son más que pobres y marginados. No atacarían a nadie, ni serían capaces de hacerlo, aunque sus vidas dependieran de ello.

—Su inclusión en la expedición y su «reubicación» en Ystara no ha sido idea de la cardenal, ni tampoco mía —señaló Rochefort, algo molesta.

—¿De quién, pues? —preguntó Dorotea—. ¡Tú querías arrestarlos!

—¡Yo quiero descubrir qué hay detrás de esos ataques de alcantarilleros a otros rehusantes! —exclamó Rochefort—. ¡Quiero descubrir por qué han aparecido esos tres Iconos de Diamantes justo ahora! Quiero saber por qué veo esa luz en tu interior…

Rochefort se frenó a media frase y echó una mirada rápida alrededor para asegurarse de que no pudiera oírlas nadie. Luego tiró a Dorotea del brazo, acercándola.

—¿Lo sabes? —susurró Dorotea.

—Desde que vi a *lady* Dehiems —respondió Rochefort en voz muy baja —. Algo me ha agudizado los sentidos. La vi, y a ti, y a tus amigos bascones…, y luego vi esa extraña sombra o reflejo en los rehusantes, en todos los rehusantes…, pero no sé qué significa.

—¿Se lo has dicho a la cardenal?

—No —respondió Rochefort, con gesto preocupado—. Está muy débil… y tenía miedo por t… Tenía miedo de lo que pudiera hacer en ese estado de debilidad y de miedo. Debo saber más para poder actuar.

—Mis amigos no quieren hacer nada —dijo Dorotea—. Albergan la esperanza de que eso desaparezca, sin más. Esperan poder ir a la expedición y regresar, ricos y libres de… lo que sea eso.

—Esa expedición es una locura —replicó Rochefort, con amargura—. Tendremos suerte si regresamos. Pero algo tiene de sensato observar y esperar.

—¿Y qué hay de *lady* Dehiems? ¿Quién es realmente?

—No lo sé —dijo Rochefort—. He investigado, mis agentes en Alba confirman la muerte de su esposo, su traslado aquí, su riqueza. Ojalá pudiera detenerla, interrogarla…, pero eso es imposible, claro. Imagina a la reina… Y, en cualquier caso, puede que no sepa qué es eso que brilla en su interior, como no lo sabes tú… ¿O tú lo sabes?

Dorotea negó con la cabeza.

—No. Ya te he dicho que mis amigos y yo… acordamos intentar pasar desapercibidos, evitar cualquier investigación para no llamar la atención.

—Probablemente sea una suerte que la albana haya enfermado —observó Rochefort—. Que esté en cama. Con la fiebre del río, según Hazurain. Es debilitante, pero no grave. La reina está preocupadísima… y desconsolada. Espero que muera… Dehiems, por supuesto… No tardó nada en volver loca a la reina y en meterle en la cabeza la idea de la expedición. Bueno, eso quizá también sea cosa del rey. Pero sin duda fue cosa de la albana enviar a los rehusantes arrestados a Ystara.

—¿Por qué?

—Según dijo, para salvarlos de las galeras, que era lo que prefería la cardenal —dijo Rochefort—. Y puede que sea cierto. Pero también podría ser parte de una trama elaborada y de terribles consecuencias. No obstante, no

veo qué puede ganar Dehiems con la expedición o con la expulsión de los rehusantes. Ni por qué no aprovecha el encaprichamiento de la reina para sus intereses. Dehiems podría enviarle misivas, cartas de amor, peticiones. Ahora mismo su majestad le concedería prácticamente cualquier cosa. ¡Pero ella no pide nada!

—Tengo la sensación…, y es más una sensación que una idea…, de que la respuesta a esos misterios, de algún modo, está en Ystara, y en la caída de Palleniel —dijo Dorotea, prestando atención a cada palabra. Cogió a Rochefort de los brazos; la tensión en los músculos de la persevante resultaba evidente—. Y ese es el motivo de que viniera a verte. Necesito consultar libros sobre esas cosas, libros que se retiraron de Belhalle por orden de la cardenal Dumauron. ¿Dónde podrían estar?

—Desaparecidos —dijo Rochefort, con desaliento—. Como la sangre de los abestiados, convertidos en cenizas. Dumauron quemó muchos libros y papeles, no solo relacionados con Ystara y con la caída de Palleniel, y no solamente de Belhalle. Temía al conocimiento. Murió de un infarto la primera vez que invocó a Ashalael. Algunos dijeron que era un milagro, que el arcángel nos había salvado de nuestra propia cardenal. Eran otros tiempos…

—Quizá no tan diferentes. Me temo que nuestra cardenal también quiere destruir todo lo que no entiende —susurró Dorotea, que se acercó aún más a Rochefort.

Tenía la nariz casi hundida en el hueco bajo el cuello de Rochefort, sin llegar a tocar con los labios la piel del escote de la persevante, justo por encima del esternón.

—No dejaré que te hagan daño, Dorotea —susurró Rochefort.

—Sé que lo intentarás, Camille —respondió Dorotea con un suspiro—. Gracias por contarme lo de Dumauron y los libros. Más vale que vuelva a los barracones. Mis amigos estarán preocupados.

Rochefort asintió lentamente, con la tristeza reflejada en los ojos.

—Observa y espera —dijo—. Y si te enteras de algo, puedes contarme lo que sea…

—Lo haré —respondió Dorotea—. Lo haré.

La puerta a espaldas de Rochefort se abrió y asomó otra persevante. Llevaba un pliego de papeles en la mano y parecía nerviosa.

—¡Capitana! ¡Ha dicho que tardaría un momento, y tenemos mucho que hacer!

—La expedición no espera ni a persevante ni a mosquetero —dijo Rochefort, que para sorpresa de la persevante saludó a Dorotea inclinando la

cabeza y quitándose el sombrero.

Dorotea le devolvió el saludo, se giró y bajó las escaleras corriendo, con la mente a mil por hora, pensando en qué podía contarles a los otros y qué no.

Al final decidió que lo más fácil era no mencionar que había visto a Rochefort. El ajetreo de los barracones, siempre bulliciosos, había aumentado con los preparativos de la expedición. Para cuando consiguió abrirse paso por entre la concentración de mosqueteros, criados rehusantes, caballos, mulas, carros, barriles, arcones, cajas, bolsas y sacos que cubrían el patio, los otros ya estaban a media cena en la mesa: sopa de alubias acompañada de una ración de prueba del duro pan «de campaña» que llevarían a la expedición, todo ello acompañado del vino de Berass, áspero pero robusto y resistente a los viajes. Sus amigos estaban sentados a una de las largas mesas, ya rodeados de otros muchos mosqueteros, por lo que no habría ocasión para una charla privada.

Tras la cena, Henri tuvo que ir a examinar una cuenta sospechosa de uno de los herradores que participaba en la preparación de los caballos de los mosqueteros; a Agnez la animaron a jugar una partida de dados; y a Simeon lo llamaron para negociar con los médicos de los otros regimientos en la interminable disputa del espacio de los carros que compartirían. Dorotea se retiró a su habitación y se fue a dormir enseguida.

Tampoco hubo tiempo por la mañana, puesto que había muchas tareas urgentes que dejar listas para la expedición, y desayunaron al vuelo. Tras pensar en ello, Dorotea había decidido que se alarmarían si les contaba que Rochefort también veía aquella sombra angelical que los vinculaba a los cuatro con la noble albana… y con los rehusantes. Le habían insistido en que era mejor no buscar problemas. Henri ya la había criticado por su recién adquirida costumbre de mirar a la gente torciendo la vista para ver si encontraba a alguien más que tuviera aquella luz interna. Dorotea intentó quitarse aquellas ideas de la cabeza, algo que habitualmente no le costaba ningún esfuerzo. En compañía del callado Huro regresó a Belhalle para buscar cualquier cosa útil acerca de Ystara, Palleniel o los abestiados. Algo que se hubiera escapado a la atención de la cardenal Dumauron.

En la Casa Demaselle, Liliath escuchó los informes de Biscaray y Sevrin sobre cómo progresaban los preparativos para la expedición, que eran tan

variados y complejos como los que se estaban llevando a cabo en la Fortaleza de la Estrella.

—Entre los presos de Riveral había tres de los lugartenientes de la Lombriz —dijo Biscaray—. Nos hemos ocupado de ellos. Otros dos están en la Torre. Saben quién soy. Conocen esta máscara y, cuando menos, dos de nuestras casas, que, por supuesto, ahora están abandonadas. No hay indicios de que ninguno de ellos sepa nada de vos, más allá de lo que vieron de la «Serpiente de Biscaray» en la cantera.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Liliath.

—Estoy seguro de que no queda ningún alcantarillero con vida que pueda relacionar a *lady* Dehiems con la Serpiente.

—Bien —dijo Liliath—. ¿Qué más noticias hay de Riveral?

—La mayoría de los que están ahí no nos servirán de nada —respondió Bisc—. Actualmente, tienen allí a mil ochocientos sesenta y dos rehusantes, que enviarán a la expedición. De todos esos, solo doscientos once son del Clan de las Sombras. Un centenar pueden sernos útiles si llega el momento de luchar.

—Llegará el momento de luchar —replicó Liliath—. De uno u otro modo.

—¿Y cuándo nos uniremos a ellos? —preguntó Sevrin.

—Depende de lo escrupulosos que sean los carceleros llevando la cuenta —dijo Liliath.

—Pues no mucho —apuntó Bisc—. Lo han dejado en manos de la guardia…

Sevrin y Bisc soltaron una risita. Liliath se limitó a esbozar una sonrisa.

—Así que será bastante fácil unirnos al grupo en Riveral —añadió Bisc —. No obstante, con Dartagnan y Rochefort al mando, sin duda habrá un recuento mucho más estricto cuando los concentren a todos para la partida.

—¿Que será dentro tres días?

—Cuatro, según las últimas noticias —dijo Bisc—. Aunque la guardia, naturalmente, podría no estar lista.

—Debemos estar en Riveral la noche antes —dijo Liliath—. No antes, si puede ser. De este modo, limitaremos el riesgo de que nos descubran. ¿Habéis pensado en lo que necesitaremos para pasar desapercibidos, Sevrin?

—Un poco de pintura oscura, unos raspones para mancharnos un poco de sangre y no nos distinguirán.

—¿Y qué hay de *lady* Dehiems? —preguntó Bisc—. Rochefort tiene espías vigilando esta casa, y casi todos los mozos que traen provisiones a la cocina son agentes a su servicio. Los que trabajan para la reina también son

muy curiosos. Ese regalo de ayer…, esos dos «criados» que trajeron el jarrón, eran mosqueteros.

—Me he dejado ver en la ventana de mi dormitorio de vez en cuando —dijo Liliath, que sonrió—. Me he mostrado debilitada, como corresponde. Y eso seguirá así.

—¿Cómo? —preguntó Bisc.

—Con un monigote vestido con mi ropa, animado por Horvaniel, cuyo poder es el de imitar la vida —respondió Liliath—. ¿Por qué pensáis que he estado tallando madera estos últimos días?

Ni Bisc ni Sevrin respondieron, pero por sus rostros resultaba evidente que pensaban que Liliath había estado preparando algo mucho más aterrador que una réplica de sí misma en madera.

—Necesitaré que alguien cambie esas ropas cada día, como haría yo. El monigote se levantará y caminará hasta la ventana a mis órdenes, apoyará su fatigada cabeza en las manos y mirará al exterior. No obstante, si alguien lo viera de cerca, se daría cuenta del engaño. Alguien debe quedarse aquí para proteger la casa y ahuyentar a cualquier visitante. Y ese serás tú, Sevrin.

—¡Oh, no, *milady*! —protestó Sevrin—. Pero vos dijisteis…

—Está decidido —replicó Liliath con decisión—. Pero no temas, Sevrin. Cuando Palleniel recupere su gloria, me llevaré a todos los rehusantes a Ystara. Y te curaremos.

Lo dijo con total convicción, aunque era una gran mentira. Bisc miró a Sevrin algo sorprendido. Sevrin era una de los pocos rehusantes que no mostraban ninguna cicatriz ni marcas de enfermedades pasadas. Tampoco había mencionado jamás problema físico alguno. Pensó a toda velocidad y solo tardó un momento en llegar a la conclusión correcta: como tantas mujeres rehusantes, a causa de enfermedades sufridas en la infancia o a la viruela de los amantes, Sevrin no podía concebir, y deseaba un hijo.

—Entiendo —murmuró Sevrin, bajando la cabeza.

—¿No os preocupaba que invocar a Horvaniel pudiera atraer una atención no deseada?

Liliath se rio.

—No —contestó—. Hemos tenido suerte de que la cardenal esté extenuada y postrada en la cama. Ashalael puede rabiar en los cielos, pero aquí nadie se enterará. También había pensado invocar a Darestriel para que me ayudara con mi camuflaje, pero el efecto no se mantendría en Ystara. Así pues, ambos necesitaremos unos retoques más mundanos, mi querido Bisc.

Bisc agitó una mano para indicar que aquello no era un gran problema.

—Los vagabundos suelen ser grandes artistas en ese campo —dijo—. Yo me voy a pegar una capa de arcilla pintada sobre las mejillas, me oscureceré los dientes, me raparé el pelo a franjas y me teñiré el resto. Me ataré dos dedos de una mano, en la que llevaré un trozo de hígado de ternera del día anterior. Estoy seguro de que a vos pueden haceros algo similar.

Liliath arrugó la nariz.

—Pero sin la carne podrida, por favor. ¿Ya has estudiado el mapa que te dibujé?

—Sí, señora. Pero ¿qué planeáis exactamente?

—Mis planes dependen de varias circunstancias —respondió Liliath, que se quedó pensando un instante—. De momento, creo que tú y los doce mejores luchadores que tengas debéis seguir cerca de mí. Divide al resto en equipos de cuatro. Asigna a cuatro equipos la vigilancia de Descaray, Imsel, MacNeel y Dupallidin. Para protegerme, en caso necesario, pero también para hacerse con ellos más tarde. Los otros equipos se ocuparán de los soldados de la guardia que los protejan. Cuando llegue el momento de lanzar el ataque, deben crear el caos, avanzando al mismo tiempo hacia el lugar de reunión. Espero que pueda ser en lo alto del collado, donde arranca el sendero secreto del templo.

—¿Cuándo les decimos quién sois? Eso cambiaría mucho las cosas. Es algo que les motivaría para el combate más que la promesa de cualquier tesoro.

—Sí —respondió Liliath, pensativa—. Pero si los otros se enteran, lo perderíamos todo.

—¿Ese mismo día? —preguntó Bisc.

Liliath vaciló. No obstante, sabía que Bisc tenía razón. Y necesitaba que su Clan de las Sombras luchara con convicción.

—Solo a los combatientes —decidió—. Ese mismo día, el mismo en que se les comunicará el lugar de encuentro. Lo único que tienen que hacer es estar juntos, guardar silencio y actuar cuando vean la señal.

—¿Y cuál será la señal?

—Una gran columna de fuego —respondió Liliath, con una gran sonrisa gélida que no se extendió a sus bellos ojos marrones.

29

Por fin llegó el día, no cuatro, sino seis jornadas después de que Bisc informara a Liliath. Con la guardia capitalina por fin tan lista como podía estarlo para la partida, la expedición se puso en marcha hacia Lutacia.

Los cuatro amigos cabalgaban en una posición avanzada, sobre buenas monturas gracias al trabajo de Henri con los intendentes y los encargados de los establos. Además, cada uno contaba con dos monturas de repuesto mucho más atrás en la larguísima caravana, que cubría dos leguas de camino a partir de la puerta sur de la ciudad.

En la vanguardia iba una escuadra de cada uno de los regimientos, salvo la guardia capitalina. Todos iban montados. Luego venían la mitad de los rehusantes, que, en lugar de marchar, más bien avanzaban en grupos semiorganizados, flanqueados por sendas columnas de la guardia que los vigilaban; luego estaban los cuarenta y cuatro carros de intendencia, unos vehículos lentos que avanzaban traqueteando, cada uno con cuatro o cinco guardias de los regimientos que después comerían o se aprovisionarían a su alrededor; después, un rebaño de reses, alimento para la expedición, con sus arrieros; luego, los seis falconetes, con un artillero montado en el caballo de la izquierda de cada uno de los tiros de los carros, y tras ellos seis carros muy separados entre sí, cargados con pólvora y municiones, custodiados por disciplinados artilleros; los seguía un pequeño contingente de sacerdotes del templo de Ashalael, magos ceremoniales en su mayoría, de dudosa utilidad, porque ninguno de ellos habría sido rival para cualquiera de los persevantes que iban más adelante; los cuatro carros médicos, también custodiados por soldados que esperaban no llegar a necesitar de los servicios o las medicinas que se transportaban en ellos; más rehusantes, ligeramente controlados por el resto de las tropas de la guardia capitalina; y luego venían las monturas de repuesto, reatas de caballos atendidos por los criados de los barracones de la Fortaleza de la Estrella, rehusantes que no entrarían en Ystara. El último elemento oficial de la expedición era la retaguardia, compuesta por mosqueteros, persevantes y caballeros del rey, también a caballo, aunque apenas podían avanzar, con el embotellamiento que se había formado por delante.

Sin embargo, detrás incluso de la retaguardia, se había formado una multitud que se extendía a lo largo de una legua más, sin orden ni concierto. Gente de todo tipo que seguía a los expedicionarios, desde cónyuges legítimos, compañeros e hijos a prostitutas y prostitutos que no querían perder a sus mejores clientes; pedigüeños, pillos y ladrones; y entre ellos muchos rehusantes que no habían sido arrestados ni marcados, pero que habían decidido abandonar Lutacia de todos modos, con la esperanza de hallar fortuna de algún modo siguiendo la expedición.

Entre todo ese gentío había también mercaderes con sus propios carros y burros cargados que contaban con la posibilidad muy real de que la expedición se quedara sin existencias y de que los pueblos y ciudades que encontraran por el camino no pudieran cubrir todas sus necesidades.

Por último, correteando por detrás de todos los demás, iban niños y muchachos de edad suficiente como para salir en busca de aventuras o tan desamparados que no debían rendir cuentas a nadie, o una combinación de ambas cosas.

—Bueno, por fin estamos en marcha —dijo Agnez, animada—. Y no vamos comiendo polvo. ¿No estás contento de no ir atrás con los otros médicos, Simeon?

—No estoy muy seguro de si no sería mejor el polvo a ir en este caballo —respondió Simeon, que hacía tiempo que no montaba y que imaginaba que acabaría con los muslos bien rozados—. Al menos podría ir en el carro, con los otros.

—¡Con lo que me ha costado encontrar caballos aptos para tu peso! —protestó Henri—. Si no fuera por mí irías montado en un caballo de cartón.

—Iría durmiendo en uno de esos carros —replicó Simeon.

—No, qué va —le corrigió Agnez—. Recuerda que ahora eres un mosquetero, o al menos en parte. La capitana nunca dejaría que un médico mosquetero fuera durmiendo en uno de los carros.

—*Hmmmpf* —gruñó Simeon. Se encogió de hombros, agitando su enorme tabardo negro y plateado.

—¿Qué estás leyendo, Dorotea? —preguntó Henri.

Dorotea tenía un pequeño libro encuadernado en cuero en las manos, y lo estaba estudiando muy concentrada, con las riendas enrolladas en torno al pomo de su silla, evidentemente confiando en que sus amigos, que cabalgaban a su lado, saldrían en su ayuda si su caballo decidía de pronto encabritarse o marchar por su cuenta.

—¿Qué?

—¿Qué estás leyendo?

—Un diario —respondió Dorotea—. Supuestamente de una cazadora y montañera albana que parece que se llamaba… Cecily Jenkins… y que hace más de cien años viajó por Ystara varias semanas, y sobrevivió.

—¿Supuestamente? —preguntó Simeon.

—No estoy muy segura de que sea auténtico —replicó Dorotea—. Aunque sé algo de albano y puedo leerlo bastante bien, hay matices que, o le dan credibilidad, o se la quitan por completo. No estoy muy segura de si se lo ha inventado todo o si intenta ser divertida. O si simplemente son cosas del idioma. No deja de mencionar la importancia de llevar limpia la ropa interior y se lamenta de no haber podido comprar cecina de buey en lugar de cerdo en Troumiere, antes de cruzar la frontera.

—Eso suena a albano —dijo Agnez.

—¿Así que al final encontraste algo en Belhalle? —preguntó Henri.

—No… —respondió Dorotea, guardándose el librito en el práctico bolsillo interior de su tabardo, donde la mayoría de los mosqueteros guardaban sus dagas, ganzúas y cosas así—. Me lo envió Rochefort. Lo encontró en la biblioteca personal de la cardenal. Es prácticamente la única referencia útil que sobrevivió a la quema de Dumauron.

Nadie hizo ningún comentario, y Dorotea no observó el intercambio de miradas de Henri y Agnez, que levantaron las cejas.

—Si es un relato veraz, podría ser útil —prosiguió Dorotea—. Para empezar, dice que los abestiados suelen evitar las cotas altas, porque temen la proximidad del cielo. Así es como escapó de ellos varias veces: ascendiendo a las cumbres.

—Es más fácil matarlos —protestó Agnez, señalando hacia atrás—. Un ejército como este no puede escalar ningún monte. Pasar el collado ya será complicado. Y, en cualquier caso, probablemente tengamos que dejar los caballos atrás en algún momento.

—¿Qué más dice? —preguntó Simeon.

—Dice que los abestiados suelen ser solitarios. Que en ocasiones pudo escapar porque le perseguía uno solo, o como máximo dos, y que si hubiera habido más, la habrían pillado y se la habrían comido.

—Me pregunto qué comerán —murmuró Simeon—. No creo que dispongan de muchas exploradoras albanas, y no serán muchos los que se adentren en su territorio.

—Jenkins también escribió sobre eso —dijo Dorotea—. En aquel tiempo, al menos, había muchas cabras, ovejas y vacas por ahí, supuestamente

descendientes de los rebaños de antes de la maldición. Los abestiados cazan esos animales. Una vez, desde lo alto, vio un combate entre un abestiado y una manada de lobos.

—¿Y cómo acabó? —preguntó Agnez.

—El abestiado mató a tres de los lobos y el resto huyó —dijo Dorotea, pensativa—. El abestiado se comió los lobos muertos. Todo eso parece plausible… Tomaré nota de lo más destacado del libro para la capitana.

—¿Cuál? —bromeó Agnez—. ¿Dartagnan o tu amiga Rochefort?

—Dartagnan, por supuesto —respondió Dorotea, sin inmutarse—. Pero me atrevería a decir que Rochefort también lo leerá.

—¿Dónde paramos esta noche, Henri? —preguntó Simeon.

Henri había pasado mucho tiempo con los oficiales que organizaban la ruta de la expedición y se había esforzado especialmente en colaborar y congraciarse con los encargados de distribuir los puestos en los campamentos, y con los responsables de las provisiones de alimento, vino y otras comodidades.

—El plan era llegar a Charolle —dijo, girándose para ver el final de la columna, que se perdía entre una nube de polvo—. Pero hemos salido tarde, y a esta velocidad… Sospecho que esta noche dormiremos en algún prado, y que comeremos de las raciones que llevamos en las alforjas. Yo había conseguido alojamiento para los cuatro en la segunda mejor posada de Charolle, la Gavilla de Plata. La mejor estaba reservada para los oficiales superiores.

—Quizá podamos encontrar alguna granja en la que refugiarnos… —especuló Simeon, nada emocionado ante la perspectiva de dormir al raso o en tiendas, aunque sabía que tendría que hacerlo antes o después.

—La capitana Dartagnan nos ha prohibido requisar viviendas privadas —le recordó Agnez.

—Solo se pueden usar como alojamiento posadas, caballerizas, bodegas, almacenes y las casas de los bodegueros, y hay que pagar por ello —recitó Henri—. Aunque yo diría que los implicados preferirían dinero en efectivo a los pagarés que les entregarán nuestros intendentes. Una promesa de pago cuando regrese la expedición… A mí no me gustaría que me pagaran así.

—Mejor eso que no pagar nada y coger lo que necesitemos. Mi madre me dijo que ese es el modo más seguro para ponernos a todos en contra —dijo Agnez—. Mejor dormir bajo las estrellas que morir apuñalado mientras duermes en alguna cama sin permiso.

—Me pregunto si podría dormir en mi carro médico —dijo Simeon—. No creo que a la capitana le importara, ¿no?

—Disponemos de una tienda para las noches en que no haya ningún pueblo idóneo para alojarse —señaló Henri—. Y numerosos rehusantes para montarla y desmontarla. Pero esta noche no tendremos tiempo para eso. Es para más adelante, para los días más cortos, cuando salgamos temprano y acampemos antes del anochecer. Hoy será un día largo.

—Muy largo, creo yo. Si se mantiene sereno y la noche no es demasiado oscura, creo que la capitana…, las capitanas…, decidirán seguir todo lo que podamos —apuntó Agnez—. Dartagnan hablaba de lo importante que es un buen arranque el primer día. Y puede que dejen que la vanguardia se adelante, en cuyo caso estaríamos allí al anochecer, al menos.

—Que Ashalael nos proteja de tener que pasar a la retaguardia —dijo Henri—. Cada vez que paremos, los últimos llegarán tres o cuatro horas más tarde.

—Que el cielo no lo quiera —murmuró Simeon—. ¿Y en esa Gavilla de Plata hay baños, Henri?

—Baños, buen vino y una comida excelente —respondió Henri. Miró atrás, examinando la larga columna, cuyo extremo quedaba ya totalmente oscurecido por el polvo, y luego a la vanguardia, a apenas unos cincuenta o sesenta pasos, con las dos capitanas a la cabeza, seguidas de oficiales de menor rango y de mensajeros a caballo que salían o llegaban constantemente, cabalgando por los lados del camino—. Aunque tendremos que asegurarnos de llegar entre los primeros. Por muchos planes que haya hecho, seguro que hay persevantes, o quizá caballeros del rey, que intentarán sobornar al posadero para conseguir nuestra habitación y nuestra comida especial. Y eso me recuerda… ¿Cuánto dinero lleváis cada uno?

—Yo no he gastado nada de lo que nos dio la reina —respondió Simeon, metiéndose la mano bajo el tabardo y tanteando varios objetos antes de sacar la pequeña bolsa de cuero. Se inclinó sobre la silla, haciendo crujir el cuero de las correas, y se lo entregó a Henri—. Ahí tienes. Llevo algo más, de lo que ya tenía.

—Yo perdí todo mi dinero jugando a los dados —dijo Agnez—. ¡Pero muy pronto volveremos a llenar los monederos con oro de Ystara!

—Que ahora mismo no nos es especialmente útil —se lamentó Henri—. Al menos yo he gastado mi dinero en beneficio de todos.

—Yo aún tengo la bolsa —dijo Dorotea, echando mano a la alforja izquierda—. Pero me gasté todo el dinero en papel, carboncillo, pintura y pan

de oro. Pensaba que no necesitaríamos dinero. ¿Como mosqueteros no debemos cobrar un sueldo? ¿Así que en eso trabajabas, Henri, con los asistentes de la capitana y ese intendente tuerto? ¿En la organización de los alimentos, el alojamiento y demás?

—En parte, sí —dijo Henri—. Aunque la mayoría de cosas que llevamos son mantas para poner sobre un campo fangoso, vino aguado y ese pan de campaña con el que puedes romperte los dientes. Bueno, supongo que me las apañaré con el monedero de Simeon. Pero nos esperan al menos veinte días de camino…

—Dámelo a mí —sugirió Agnez—. Ya he tenido bastante mala suerte a los dados. Si me lo juego a triple o nada, seguro que cambia. Ganaré suficiente dinero como para pagar todos esos lujos que parece que crees que necesitaremos por el camino.

Henri sacudió la cabeza, al tiempo que escondía el monedero de Simeon por debajo del tabardo, el jubón y la camisa.

—Demuestras una completa ignorancia de las matemáticas de la probabilidad, Agnez —dijo—. Por no hablar de las habilidades de muchos de nuestros compañeros mosqueteros, y seguro que también de los persevantes y de los soldados de la guardia. Si lo administramos bien, creo que el dinero de Simeon nos bastará. Aunque una vez más tengo que lamentar no haber cogido esos dobles delfines ystarianos…

—En ningún momento fueron nuestros —puntualizó Agnez.

—Podían haberlo sido —respondió Henri.

Y entre discusiones y bromas siguieron adelante.

Casi una legua por detrás de los cuatro mosqueteros, un joven rehusante, desfigurado por una abultada cicatriz en el rostro, mal tapada por un pañuelo, caminaba junto a una mujer mucho mayor que él, que, pese a llevar un largo bastón para apoyarse, no lo usaba demasiado. De hecho, solo lo hacía cuando el joven le recordaba que debía parecer una rehusante de mediana edad muy desmejorada. Liliath no parecía ajustarse mucho al papel.

—¡Bah! Nadie presta la menor atención —dijo Liliath.

Estaba de mal humor porque su áspero vestido gris era muy feo y le picaba; de mal humor por los diversos insultos que había recibido por parte de los soldados de la guardia desde el momento en que se habían colado entre los rehusantes apresados el día anterior; aburrida de tanto caminar; y asqueada

con las gachas y la cerveza aguada, que eran lo único que les habían dado como desayuno.

—Un disfraz hay que mantenerlo en todo momento —insistió Bisc, suavizando el tono—. Si se pretende que funcione.

—Ya sé, ya sé —murmuró Liliath. Curvó la espalda y se apoyó en el bastón, en cuyo interior escondía una docena de iconos cuidadosamente ocultos en su interior—. Tiene que funcionar. Es mi plan. Pero ojalá hubiera encontrado un modo más cómodo de unirme a la expedición sin levantar sospechas.

—No será mucho tiempo —dijo Bisc, con el fervor de un creyente en los ojos—. ¿Qué son veinte días de incomodidades, sabiendo que al final nos espera la recuperación de Ystara, y que Palleniel vendrá a curar a todos los nuestros?

—Sí —dijo Liliath, y sonrió, con una sonrisa que Bisc no había visto nunca antes, una sonrisa casi de éxtasis—. Sí. Palleniel.

La expedición consiguió llegar a Charolle aquella primera noche, aunque, tal como había predicho Henri, la retaguardia no llegó hasta poco antes de la medianoche, marchando a la luz de la luna. También, tal como había predicho, hubo algunas disputas con algunos de los caballeros del rey a las puertas de la Gavilla de Plata, pero los cuatro amigos se salieron con la suya y consiguieron asegurarse su habitación y su comida.

Aquella buena suerte pareció ser un buen presagio para el resto del viaje. Al día siguiente consiguieron salir pronto, y también el otro, y la distancia desde Lutacia fue aumentando progresivamente al acercarse a Monthallard. Se esperaba que las lluvias del otoño llegaran en cualquier momento, pero no cayeron con fuerza, limitándose a algunos chubascos por la tarde y al ocasional chaparrón antes del amanecer. De hecho, hacía tan buen tiempo que la gente empezó a plantearse si la cardenal habría pedido ayuda al propio Ashalael para facilitar el avance de la expedición.

Pero las capitanas, y algunos elegidos como los cuatro amigos, sabían que no era así por los mensajeros a caballo que recorrían constantemente la distancia entre Lutacia y el lugar donde se encontrara la expedición. La cardenal seguía recuperándose, igual que *lady* Dehiems. Había otro factor que influía en el ritmo al que progresaba la expedición, aparte del buen tiempo y de la convicción de que el arcángel los ayudaba. Cada día se acercaban más al

misterioso tesoro, y abundaban las especulaciones sobre el volumen de las riquezas y acerca de cómo se distribuiría entre los soldados.

Curiosamente, los rehusantes también parecían cada vez más alegres y menos desanimados, a medida que disminuía la distancia a Ystara, aunque no estaba previsto compartir con ellos el tesoro. Sin embargo, cuando Rochefort se llevó a varios para interrogarlos y preguntarles por su cambio de actitud, ninguno de ellos supo decir por qué erguían más la cabeza, o por qué soltaban risitas, cuando no se les había visto reír nunca. Y poco después del regreso de los interrogados, todos recuperaron su habitual gesto sombrío, como si hubieran tenido un momento de felicidad que hubiera desaparecido rápidamente. Los guardias responsables de su custodia lo achacaron a la luz del sol del otoño, que ahora les llegaba directa, una vez fuera de sus tugurios y de las alcantarillas. Y fuera lo que fuera lo que pensaba Rochefort, no lo compartió con nadie.

A las dos semanas de marcha, Dorotea observó que las extrañas luces que veía en sus compañeros ganaban definición: eran más visibles, igual que las de los rehusantes. Pero sus amigos no querían saber nada y se negaban a debatir sobre el tema. Así pues, solo tenía una persona con la que hablar de ello.

Al final de la jornada, mientras montaban el campamento (sin las empalizadas y las trincheras que tendrían que construir cuando llegaran a Ystara), Dorotea buscó a Rochefort para intercambiar unas palabras con ella, pero ambas cosas le resultaron más difíciles de lo que esperaba.

El campamento, como cada noche, era en realidad un conglomerado de muchos campamentos menores que se solapaban y que raramente seguían la misma disposición, a pesar de los constantes intentos por poner orden. Los mejores terrenos se los quedaban los mosqueteros, los persevantes y los caballeros del rey, independientemente del plan trazado; las cocinas siempre se colocaban al lado, y las de los mejores regimientos siempre tenían que ir quitándose de encima a «comensales» de estratos inferiores; en los terrenos algo menos atractivos se aparcaban la artillería y los carros, o se instalaban el hospital de campaña y los almacenes; y los rehusantes se instalaban en lo que quedara, siempre los terrenos más insalubres, y con ellos también los guardias que tenían que vigilarlos.

Así las cosas, encontrar a una persona en particular era una labor diferente y difícil cada día, aunque al menos las tiendas de las capitanas eran más

grandes y más fáciles de localizar que las otras. Dorotea salió del prado elevado donde estaban instalados los mosqueteros y descendió hasta el murete de piedra que lo separaba del siguiente campo, inclinado y mucho más fangoso, donde estaban situados los carros del hospital de campaña. Saludó de lejos a Simeon, que estaba poniéndose la bata de médico mientras un ayudante le sostenía el tabardo, en preparación para una operación, aprovechando los últimos rayos de luz de la tarde.

Pasado el hospital de campaña se unió a un flujo de gente que seguía un sendero que discurría en paralelo a un seto hasta llegar a un hueco entre los arbustos que los rehusantes iban ampliando con sus hachas, para agravio, sin duda, del granjero del lugar. Aunque ningún granjero se atrevería a protestar mientras la expedición estuviera en sus tierras.

Pasado el claro, el terreno volvía a elevarse. Dorotea vio otro bonito prado con las tiendas marrones de los persevantes en filas rectas, cada una con su bandera escarlata. Justo en el centro, estaba la tienda de Rochefort, más imponente y toda de color escarlata, con persevantes de guardia en cada esquina.

Dorotea recordó la recepción que le habían brindado en la Torre y vaciló antes de atravesar el hueco abierto en el seto. Los persevantes de guardia la observaron mientras se aproximaba, pero no echaron mano de sus espadas, pistolas o iconos; de hecho, cuando se acercó uno, salió a su encuentro y se quitó el sombrero. Dorotea lo reconoció: era Dubois, uno de los que acompañaba a Rochefort cuando se la llevaron de Belhalle.

—Bachiller Imsel —la saludó el persevante—. ¿O debería decir mosquetera Imsel?

—Un poco de ambas cosas, supongo —respondió Dorotea—. Querría hablar un momento con la capitana Rochefort, si es posible.

—Por supuesto. Ha dado instrucciones de que os demos acceso en todo momento —respondió Dubois—. Pero ¿puedo pediros que esperéis unos minutos? La capitana está recibiendo un despacho. ¿Os apetece una copa de vino?

—Pues sí —respondió Dorotea, sintiendo sed de pronto.

No había parado a beber ni a comer antes de salir en busca de Rochefort, y después de un largo día a caballo estaba, como siempre, sedienta y hambrienta.

Dubois hizo un gesto, y una persevante se alejó, para volver enseguida con una copa de un vino muy bueno, mejor que cualquiera que hubiera podido beber Dorotea en lo que llevaba de viaje, a pesar de los esfuerzos de

Henri. Le dio un sorbo, preguntándose qué le diría exactamente a Rochefort, y qué no. De pronto se sintió extrañamente nerviosa. No le daba miedo Rochefort en sí, pero sí algo relacionado con Rochefort. O con ella misma. No lo tenía claro.

—Quizá debería volver en otro momento —dijo, tras vaciar la copa—. Mañana, o…

—No, no, la capitana querrá hablar con vos —respondió Dubois—. Escuchad, ahora salen los mensajeros.

Dorotea oyó un tintineo de espuelas y unas voces algo más altas despidiéndose. La lona de la tienda se levantó y salieron dos personas con aspecto de cazadores, con sus chaquetas de ante sucias y con manchas de sangre. Solo los pañuelos escarlata que llevaban alrededor del cuello indicaban que eran, efectivamente, persevantes de la cardenal.

Rochefort estaba tras ellos; les sacaba una cabeza tanto al hombre como a la mujer, como era habitual con casi todo el mundo, salvo con Simeon y Sesturo, aunque ellos dos eran también mucho más voluminosos. Vio a Dorotea y se le encendieron los ojos.

—Dubois —dijo Rochefort—, dales a Vautier y a Dufresne un par de botas de vino bueno y búscales una tienda cómoda, si puede ser.

—A sus órdenes —respondió Dubois, que inmediatamente señaló a Dorotea—. La mosquetera-bachiller Imsel ha venido a veros, capitana.

—Entra —dijo Rochefort—. Como siempre, es un placer recibir tu visita. Esperaba que vinieras antes.

—Yo… quería preguntaros por algo de lo que hemos hablado anteriormente, en la Torre —dijo Dorotea, midiendo sus palabras, mientras seguía a Rochefort al interior de la tienda.

Aunque no había muchos muebles, era mucho más lujosa que la tienda que ella compartía con sus amigos. Tenía una mesa plegable, una alfombra sobre la hierba, tres sillas plegables y una cama de campaña.

—Ya veo —respondió Rochefort, antes de girarse hacia la persevante que montaba guardia en el interior de la tienda—. Derambouillet, puedes ir con los otros.

Derambouillet inclinó la cabeza y salió al exterior. Luego tensó las cuerdas que fijaban la solapa de lona de entrada a la tienda, para darles más intimidad.

Rochefort le indicó una silla con un gesto y se sentó en otra. Dorotea también se sentó. Estuvieron unos segundos mirándose por encima de la mesa.

—Lo que veía… en mis amigos… parece ganar fuerza y claridad —dijo Dorotea—. Y lo mismo pasa con lo que sea que tienen los rehusantes.

Rochefort frunció el ceño y desvió ligeramente la mirada hacia la izquierda de Dorotea.

—Sí —confirmó—. No me había dado cuenta… con tantas cosas que controlar… ¿Tienes alguna explicación para esto?

—No —dijo Dorotea—. ¡Básicamente porque no sé qué es lo que veo! ¿Es un ángel, o varios, acechando en nuestro interior? ¿El residuo de un ángel?

—No lo sé —dijo Rochefort—. Pero si ha ganado fuerza a medida que nos acercamos a Ystara, quizá la respuesta se encuentre allí.

—Eso espero. ¡No me gusta no saber, no llegar a comprender! Y mis…, mis amigos no quieren hablar de ello, ni intentar descubrir qué pueden ser… estas extrañas… sombras.

Rochefort asintió y se presionó las sienes con sus largos dedos.

—Así que has venido a mí. Pero me temo que ahora mismo yo tampoco puedo pensar en nada que no sea la expedición.

—Ya —dijo Dorotea—. Solo quería que supieras…

—Sí —respondió Rochefort. Miró a Dorotea, y fue la primera vez que la joven la veía sonreír abiertamente. O quizá la primera vez que nadie la veía sonreír así—. Gracias por pensar en mí. También te agradezco que hayas leído con tanta atención ese diario de viajes albano. Esperaba que resultara útil, pero no he tenido tiempo de leerlo personalmente.

—¿Crees que es auténtico?

—Creo que sí —respondió Rochefort, que, con los ojos puestos en Dorotea, alargó la mano para coger su copa de vino y a punto estuvo de volcarla antes de agarrarla al vuelo y enderezarla de nuevo, sin derramar ni una gota—. Esos dos persevantes que acabas de ver son mis mejores exploradores. Los envié en avanzada hace una semana, para que cruzaran la frontera y llegaran al collado, el punto más alto antes del descenso. Dicen que el paisaje es bastante parecido a lo que describe ese diario. Han visto unos cuantos abestiados, separados, bastantes cabras salvajes…, y poco más. La carretera que atraviesa las montañas se ha deteriorado, por supuesto, pero se construyó en tiempos del Imperio, así que ha aguantado el paso del tiempo mejor que otras obras más recientes. A menos que nieve (algo extremadamente improbable en esta época del año), deberíamos llegar sin retrasos, y me alivia muchísimo la escasez de abestiados.

—Espero que se mantenga así —dijo Dorotea con vehemencia. Cambió de posición en su silla—. Me preguntaba si también me darías permiso para… hablar con algunos rehusantes. Porque a mí me parece que algunos de ellos podrían ver…

—Los rehusantes no pueden tener contacto alguno con los ángeles —replicó Rochefort, tajante—. Al mínimo contacto con magia angelical, o mueren de peste gris, o se convierten en abestiados.

—Sí, pero quizá sepan algo más sobre por qué ocurre esto —insistió Dorotea—. A lo mejor conocen historias sobre ver ángeles en la gente, fábulas ystarianas, no sé…, alguna idea disfrazada de cuentos infantiles, ya sabes, ese tipo de…

—¡Todo eso desapareció cuando tantos de ellos huyeron de Ystara y se refugiaron en Saranza! —la interrumpió Rochefort—. Ninguno de ellos sabía de dónde venía la peste gris ni por qué algunos morían y otros se transformaban. Lo único que estaba claro es que tenía que ser obra de Palleniel, y eso quedó confirmado por el cerco impuesto en el país por los arcángeles.

—¿El cerco?

Rochefort dio un sorbo a su vino y frunció el ceño.

—Es una especie de secreto —dijo—. Sabiduría oculta, como lo de los libros que quemó Dumauron. Los arcángeles de los Estados fronterizos con Ystara (Ahsalael de Saranza y Turikishan de Menorco) decretaron un cerco para que los abestiados no puedan salir. Por eso no se extendieron más allá de Ystara.

Dio otro sorbo al vino, más prolongado, vaciando su copa. Al instante, se la llenó de nuevo y prosiguió:

—Desgraciadamente para nosotros, el cerco a los abestiados tiene un efecto secundario. Hace tiempo que sabemos que ningún ángel puede cruzar las fronteras y entrar en Ystara. Si no, habría podido enviar a Reahabiel a espiar al templo y a Quarandael a recoger cualquier tesoro que hubiera allí. Lo que se sospechaba, aunque de momento no había podido demostrarse, es que allí no se puede invocar a ningún ángel. Al menos a ninguno que no sea de las huestes de Ystara.

Dorotea intentó procesar aquellas noticias.

—No había podido demostrarse hasta ahora —añadió Rochefort, con cierta amargura en la voz. Dio otro trago—. Mis exploradores acaban de confirmarlo. Los iconos que llevaron consigo se convirtieron en simples imágenes inertes, sin vida.

—Así que eso es lo que insinuaba Dartagnan…

—¿Qué?

—Oh, no, solo que… ella cree que los persevantes confiáis demasiado en los iconos y en los ángeles —dijo Dorotea, ruborizándose—. Pero creo que sospecha que nuestros iconos podrían no ser la solución en Ystara.

—Dartagnan ha sido siempre muy lista —murmuró Rochefort, dando un buen trago de su copa, lo que le dejó una marca roja alrededor de los labios.

—Pero ¿eso qué significa? —preguntó Dorotea—. ¿Que Ashalael no permite que ninguno de sus ángeles entre en Ystara, y que allí no se los puede invocar?

—¡No importa lo que signifique! Deberíamos alejarnos de ese país maldito —respondió Rochefort, que bebió otra vez—. Pero nos han ordenado lo contrario, sin posibilidad de réplica. Su eminencia ha escogido un mal momento para esa crisis de agotamiento, ya se lo había advertido. ¡No tenía que haberte interrogado personalmente!

—¿Quieres decir que me habrías interrogado tú? ¿Querías someterme a interrogatorio? ¿Mandar a Pereastor a que hurgara en mi mente?

—¡No! —protestó Rochefort, estampando la copa sobre la mesa; el vino tinto salpicó por todos lados y las patas de la mesa cedieron—. ¡No! No quería eso, no lo habría hecho…, a menos que me lo hubiera ordenado directamente su eminencia. Pero ella ya estaba agotada. Habría tenido que dejar que lo hiciera otro…

—Creo que me voy a ir —dijo Dorotea, con la cabeza bien alta.

Echó la silla atrás. Rochefort también se puso en pie de un salto y, por un momento breve y terrible, Dorotea pensó que la persevante intentaría frenarla. Pero no lo hizo. Se quedó allí de pie, oscilando de un lado al otro, con los brazos colgándole a los lados.

—Te dije que no te haría ningún daño —murmuró Rochefort—. Y pienso cumplirlo.

—También dijiste que esperabas que nunca tuviera miedo de ti —dijo Dorotea—. Y, sin embargo, por un momento lo he tenido.

—No quiero ser lo que he… —dijo la capitana, pero se frenó.

Dorotea se la quedó mirando, esperando.

—¿Sí?

Rochefort meneó la cabeza muy lentamente, como si le pesara demasiado. Derrotada, señaló con la mano la abertura de la tienda. Dorotea caminó hacia allí, desató el cordón y salió al exterior, en penumbra, diciéndose que Rochefort no le había prohibido explícitamente interrogar a los rehusantes…

30

—Uno de los cuatro ha estado haciendo preguntas a los nuestros —le dijo Biscaray a Liliath en voz baja, mientras colocaban sus ásperas mantas en el suelo, al resguardo de una gran roca. Ya estaban cerca de Monthallard; llegarían al día siguiente. El camino había ido ascendiendo lenta pero progresivamente las últimas semanas, a medida que se acercaban a las montañas que marcaban la frontera con Ystara, y el frío era más intenso, especialmente por el viento. Los rehusantes ahora dormían apretados unos contra otros en el suelo, que en muchos casos era de tierra o de roca, y no ya en campos pantanosos—. La bachiller, Dorotea Imsel.

—¿Y qué es lo que pregunta? —dijo Liliath, en voz baja, pese a que estaban rodeados por hombres de Bisc.

—Quiere oír historias, las cosas que les contamos a nuestros hijos, o que nos contaron de niños —dijo Bisc—. Sobre la caída de Ystara, sobre Palleniel.

—¿Y qué le han contado?

—Las dos historias de siempre, las que ya debía de saber, nada más. Que pecamos, más allá de cualquier posibilidad de redención, y que Palleniel maldijo a todos los ystarianos, y que ahora cargamos con esa maldición para siempre. O la otra, la que no les gusta a los sarancianos, de que hubo una guerra en los cielos, que los ángeles enemigos nos maldijeron, y que Palleniel no pudo salvarnos. En cualquier caso, según ambas historias, estamos condenados para siempre. Debo admitir que tengo curiosidad por saber la verdad.

—Ya te lo he dicho: Palleniel no maldijo a nadie. Sus enemigos provocaron la plaga de peste gris y la aparición de los abestiados —replicó Liliath, girándose para quitarse una espina o un pincho del costado—. Los otros arcángeles, dirigidos por sus cardenales y altos sacerdotes, atacaron a Palleniel. Fue condenado…, pero lo rehabilitaremos. Y volverá la normalidad, Bisc.

—Pero ¿los arcángeles enemigos no volverán a atacar?

—Pillaron a Palleniel por sorpresa —dijo Liliath. Ya había contado aquella mentira antes, mucho tiempo atrás, y le resultaba fácil—. Su icono lo manipulaba una frágil anciana, la cardenal Alsysheron. Cuando Palleniel

regrese, será porque yo lo invocaré, y lo dirigiré contra nuestros enemigos. Y será diferente. Todos quedarán curados, los abestiados desaparecerán, Ystara recuperará su grandeza.

Bisc asintió, con el rostro oculto en la penumbra y entre las sombras de la roca. Ni siquiera Liliath pudo descifrar su gesto.

—Pero ¿por qué necesitáis a esos cuatro? —preguntó—. Descaray.

MacNeel. Dupallidin. Imsel. No son de Ystara…

—Ya basta de preguntas —respondió Liliath, irritada—. De momento, solo tienes que saber que los necesito vivos e ilesos, en el templo.

—Pero…

—Ya me has oído —dijo Liliath, entre dientes—. Encárgate de que se cumplan mis órdenes.

—Como siempre —respondió Bisc—. Se cumplirá vuestra voluntad.

—He visto collados más altos —dijo Agnez, arrugando la nariz.

—Tiene pinta de que hará frío —dijo Henri, que hacía tres días que llevaba su pesada capa. Era la típica de los mosqueteros, de lana negra, con el remate de piel de zorro plateado. Se la ajustó. El sol acababa de salir. Aunque el cielo estaba claro y luminoso, el aire no acababa de calentarse—. Quiero decir que parece que hará aún más frío que aquí.

—Pues da gracias a que tienes la capa —señaló Dorotea—. Los rehusantes no tienen nada de abrigo.

—Y da gracias al tiempo que hace —añadió Simeon—. Podría hacer mucho más frío. Y podría llover. Hasta el momento hemos tenido suerte.

Estaban juntos, en lo alto de un pequeño caballón que discurría en paralelo a un estrecho arroyo sin nombre que marcaba la frontera entre Saranza e Ystara. Abajo se veía el lecho de un río casi seco cubierto de guijarros, con los restos de varios embarcaderos de piedra en ruinas; era todo lo que quedaba del antiguo puente imperial. La carretera, o más bien los restos de la antigua carretera, ascendía desde el lecho del río en línea recta hacia un hueco entre las montañas, al suroeste, a dos tercios de distancia de las cimas que se elevaban a ambos lados, enormes agujas de piedra gris con nieve y hielo en la punta.

Los cuatro iban a pie; sus caballos estaban a poca distancia, en el corral instalado en el que sería el último campamento de la expedición en Saranza, en el pueblo de Monthallard. Otro poblado temporal, mucho más grande, se había instalado muy cerca, en lo que ya había dejado de ser un paraje

bucólico, con los participantes en la expedición que no iban a poder seguir adelante y entrar en Ystara, y que esperarían el regreso (o no) de sus seres queridos, sus clientes y sus víctimas (en el caso de estafadores y ladrones).

La vieja carretera que subía hasta el collado estaba muy deteriorada y presentaba demasiadas dificultades para recorrerla a caballo, así que Dartagnan y Rochefort habían decidido que a partir de ahí la expedición seguiría a pie. Los seis falconetes y una gran cantidad de pólvora y munición se cargarían en mulas, igual que las tiendas, las estacas puntiagudas para la empalizada, los alimentos, el agua, armas, haces de leña y muchas cosas más.

Recordando las historias que le contaba su madre de sus campañas, Agnez había insistido a sus compañeros para que llevaran consigo mucho más de lo que pensaban, y cada uno de ellos iba cargado con comida para siete días, un odre de agua, una muda y dos mantas gruesas, además de la espada, el mosquete y las cartucheras.

Aun así, se consideraban afortunados de no llevar alabardas en lugar de mosquetes, como era el caso de la mitad de los mosqueteros, persevantes y caballeros del rey. Aunque todos ellos solían entrenar con alabardas para un uso sobre todo ceremonial en los palacios de la reina y de la cardenal, y en la Casa del Rey, su principal objetivo era tenerla como arma de ataque contra los abestiados.

Algunos también llevaban granadas, pero solo los soldados considerados tranquilos por naturaleza y con un buen brazo para lanzarlas. Para Henri había sido una decepción no haber sido escogido entre ellos, aunque era solo porque no sabían que tuviera esas cualidades, no porque careciera de ellas.

Simeon había rechazado llevar mosquete, pues también tenía que cargar con su equipo quirúrgico y con un surtido de medicamentos. Eso había dado pie a que un caballero del rey se mofara, diciendo que un mosquetero sin mosquete era como un eunuco, pero solo pudo decirlo una vez, y nadie siguió la broma. Se recuperaría sin problemas de la conmoción cerebral que le provocó el consiguiente puñetazo.

Henri se estremeció cuando los primeros exploradores de los mosqueteros y los persevantes vadearon el arroyo, con las botas atadas al cuello y sus fusiles de cañón largo sobre la cabeza. El agua no cubría en ningún punto. En el vado solo les llegaba a las rodillas, pero sabían que estaría helada. Y sabía que tendría que cruzar por allí en menos de media hora, ya que los habían situado otra vez en la vanguardia.

—Resulta raro pensar que Ystara se encuentre allí mismo —dijo Dorotea, señalando las montañas, cubiertas de alerces y arbustos dispersos por entre la

roca—. El paisaje es el mismo que el de cualquier otra montaña. Sin embargo, nuestros ángeles no vendrán si los llamamos desde allí, y hace mucho tiempo el arcángel de este lugar destruyó a su pueblo.

—¿Tú crees que quedará algún rastro físico de la devastación? —preguntó Simeon.

—No —dijo Dorotea, con un suspiro—. Pero es interesante. El poder de los ángeles y sus límites físicos están profundamente interrelacionados. Estoy segura de que ambas variables son invenciones de los mortales. Yo creo que quizás asignamos un poder a un ángel, en lugar de descubrirlo…

—¡*Shhh*! —dijo Simeon.

Echó una mirada rápida alrededor, pero no parecía que nadie hubiera oído a Dorotea, o que hubiera hecho caso de lo que decía.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Solo estaba pensando en voz alta.

—Bueno, pues no lo hagas —dijo Henri—. Sonaba a herejía.

—No es una herejía —protestó Dorotea, demasiado alto, provocando que la mandaran callar otra vez.

—Bueno, pues ha sonado a herejía —insistió Simeon—. Habíamos decidido que lo mejor era no hablar de ese tipo de cosas, ¿recuerdas?

—Sí, sí —cedió Dorotea, con un suspiro prolongado—. ¡Ojalá estuviera de vuelta en Belhalle, donde la gente puede hablar con sentido común!

—A mí tampoco me importaría estar en mi caballeriza en los establos del Palacio Nuevo —convino Henri.

—Ni a mí en la enfermería —dijo Simeon.

—¿Qué es lo que os pasa a todos? —preguntó Agnez—. ¡Ahora sois mosqueteros! ¡Nos esperan fama y riquezas!

—Eso espero —dijo Henri, animándose un poco.

Le volvió a la mente el cofre con dobles delfines, y el recuerdo del peso del oro en la palma de la mano fue tan intenso que casi lo notaba…

—Supongo que podría haber un tesoro de verdad —reconoció Dorotea—. Tal como me sugirió un librero. Libros perdidos y documentos antiguos…

—Bueno, sea una cosa u otra, muy pronto lo sabremos —dijo Simeon, siempre tan pragmático.

Señaló hacia donde estaba el corneta de Dartagnan, preparando su instrumento, a punto de llamar a asamblea a la vanguardia; seguro que a continuación haría sonar el triple toque que significaba «¡Adelante, marchen!».

Tres horas más tarde le llegó el turno de cruzar a Liliath, rodeada de una multitud de rehusantes muy cargados. Ella ya había percibido la cercanía a la

frontera mucho antes de llegar a la escarpadura y había podido mirar al otro lado, por encima del polvo levantado por todos los que iban por delante. Aunque no era tanto la proximidad a Ystara lo que hacía que sintiera un cosquilleo en la piel y el corazón acelerado. Era Palleniel, que, pese a estar vencido y disperso, estaba más presente en aquella tierra que en ningún otro sitio, y lo estaría aún más cuando aquel grupo tan numeroso de rehusantes se acercara al templo.

Muy pronto podría hablar otra vez con él, por primera vez desde que había despertado en la tumba de Santa Margarita. Y poco después se reunirían. Sonrió, pero de pronto tuvo que borrar la sonrisa de su rostro…

—¡Venga! ¡Moved los pies! —gritó una guardia, una mujer de mirada desconfiada y carácter agrio que los otros llamaban Reinette, aunque los rehusantes tenían que llamarla simplemente «*ser*», y bajar la cabeza cuando lo hicieran.

Reinette no llevaba una de las enormes cestas de mimbre que llevaban a la espalda prácticamente todos los rehusantes que había allí. Iban cargadas de municiones de plomo y de papel para hacer cartuchos para los mosquetes, por lo que pesaban aún más que las estacas puntiagudas que llevaba el grupo de delante, aunque posiblemente algo menos que las reservas de agua que cargaban los que los seguían. Liliath, a la que se había eximido de cargar con una de las cestas por motivo de la avanzada edad y sus aparentes achaques, solo tenía que llevar una bolsa de cebadores de mosquetes sobre el hombro.

—¡Deprisa, deprisa! —gritó de nuevo Reinette, golpeando por detrás de las piernas al rehusante que tenía más cerca, con el mango de la alabarda. Lo hacían con la intención de espolearlos y hacerles daño, pero sin provocarles heridas graves—. ¡Hoy tenemos un buen trecho que cubrir, hasta lo alto del collado! ¡Os gustará, ya veréis, me han dicho que se está fresquito! ¡Deprisa!

—Esa será la primera en morir —murmuró Bisc, que se detuvo un momento para recolocarse la carga y atarse otra vez por delante su harapiento blusón gris—. A lo mejor le quito el manto y la dejo que se muera de frío en la nieve, lentamente. ¿Dijisteis que habría nieve?

—Oh, sí —respondió Liliath, sonriendo. Cada vez se sentía más feliz, a cada paso que daba en dirección a Palleniel, acercándose cada vez más al objetivo de toda su vida—. Habrá nieve, cuando la necesitemos.

Su estado de ánimo contagiaba a los rehusantes que la rodeaban, que caminaban más rápido, con más energía. Ellos, a su vez, se lo contagiaron a los rehusantes que iban por delante y por detrás, de modo que la multitud de porteadores vestidos de gris aceleró la marcha. Los guardias que los vigilaban

también tuvieron que acelerar el paso, y algunos reaccionaron con rabia, soltándoles puñetazos, puntapiés y golpes con las alabardas. Pero no podían gritar «más despacio» sin llamar la atención de sus oficiales o, peor aún, de los soldados de los otros regimientos.

Cuando los rehusantes más avanzados se aproximaron al vado, se creó un murmullo generalizado. No era una rebelión, porque seguían avanzando y no hacían nada para atacar a los guardias, ni desobedecían sus órdenes. Solo era una palabra, repetida una y otra vez, en voz baja, apenas audible, pero repetida por mil quinientas bocas hasta magnificarla.

—Ystara. Ystara. Ystara.

Liliath lo oyó y sonrió otra vez, justo cuando se acercaba al río. Sentía los minúsculos rastros de Palleniel en los rehusantes que la rodeaban, así como en los abestiados de las montañas más allá, aunque estos aún eran pocos y estaban muy dispersos. Aquellas criaturas acudirían, atraídas por ella, tal como había podido comprobar anteriormente. Ella misma había huido por aquellas montañas ciento treinta y siete años atrás, por aquel mismo camino, vadeando aquel río, mientras sus guardias plantaban cara a aquellas mismas bestias, en un acto de valentía condenado al fracaso.

Percibirían su presencia en cuanto pusiera el pie en Ystara. Liliath era como una baliza para los abestiados; una baliza que emitiría una luz cada vez mayor a medida que hiciera uso de su magia. Un fuego que los haría venir desde las cuatro esquinas de Ystara. Acudirían a acabar con aquella que los había convertido en lo que eran. No tenían una gran inteligencia, pero su instinto era muy poderoso. Sabían que ella tenía algo que ver con el tormento que eran sus largas y antinaturales vidas. Si conseguían acabar con ella, supondría el fin de todo aquello.

Liliath esbozó una sonrisa sarcástica al pensar en las falsas esperanzas de aquellas criaturas caídas en desgracia. Empezó a cruzar el arroyo sin hacer caso al agua helada, a los gritos de sorpresa de los rehusantes que la rodeaban y a las amonestaciones de los soldados. A medio cruzar el arroyo, sintió un calor que la recorría de los pies a la cabeza y oyó el tintineo de unas campanillas que sonaban solo para ella, por encima del ruido de las turbulentas aguas.

—*Estoy aquí* —dijo Palleniel, en su mente. Su voz era muy débil, pero ahí estaba—. *Te espero.*

Liliath cerró los ojos un instante, se rodeó el cuerpo con los brazos y disfrutó del contacto.

La Doncella de Elanda había regresado a Ystara.

Muy pronto todo iría bien.

Al menos para Liliath.

Muy lejos, en Lutacia, la cardenal Duplessis oyó de nuevo el intenso murmullo y repiqueteo del icono de Ashalael, así como el tañido discordante de un arpa. Haciendo un gran esfuerzo se levantó de su cama, tambaleándose y entrecerrando los ojos para protegerse de la luz del sol que entraba por la ventana. Intentó llamar pidiendo ayuda, pero no consiguió mover la lengua. Además, tenía la garganta seca.

Llegó hasta el escritorio y se apoyó en él para erguir el cuerpo. El icono de Ashalael no solo vibraba y emitía un murmullo, sino que despedía una cegadora luz blanca, más intensa que la del sol, algo que la cardenal no había visto nunca.

—Ashalael —susurró, con la voz entrecortada, pero no consiguió levantar la mano lo suficiente para tocar el icono.

Aun así, sintió la presencia del arcángel que acudía a ella, que se manifestaba en la habitación. Se oyó el sonoro batir de sus enormes alas, como un cañonazo que hizo temblar los marcos y los cristales de las ventanas. Luego sonaron mil trompetas a la vez, ahogando los gritos de alarma del otro lado de la puerta.

—*¡La maga asesina! ¡La maga asesina!* —clamó Ashalael en el interior de la mente de la cardenal, atravesándole el cerebro con cada palabra, como si fuera un afilado cuchillo.

—No entiendo —susurró Duplessis.

—*¡Ella mata ángeles! ¡Detenla! ¡Detenla! ¡Detenla!*

La cardenal no respondió, no podía hacerlo. Sus dedos se deslizaron por el borde del escritorio. Músculos y tendones perdieron toda su fuerza, incapaces de sostenerla. Cayó pesadamente de lado e impactó en el suelo prácticamente sin ruido, después del clamor del arcángel. Empezó a sangrar por los ojos, los oídos, la nariz y la boca, y su sangre, de un rojo intenso, fue el signo visible de que su mente ya debilitada había quedado destruida por completo por la fuerza del grito del arcángel.

Ashalael, sin su invocadora, se retiró a los cielos, justo en el momento en que la puerta de la habitación de la cardenal se abría de golpe. Anton, Robard y tres persevantes armados de espadas entraron a la carrera. Sin embargo, se detuvieron de golpe, como si hubieran chocado contra un muro, cuando

vieron que la dueña de su destino (la mujer que había gobernado a ángeles y mortales durante décadas) yacía muerta sobre la alfombra.

31

La ascensión hasta el collado se hizo a ritmo irregular debido a los numerosos choques entre la vanguardia y los abestiados que iban encontrando. Aunque en grupo eran enemigos temibles, resultaban fácilmente detectables en el desnudo terreno rocoso de la montaña. Los soldados paraban en cuanto veían uno, se ponían en formación y disparaban repetidas ráfagas. En las raras ocasiones en que el abestiado no moría abatido por los mosquetes, quedaba tan malherido que resultaba presa fácil para media docena de alabarderos.

Cuatro o cinco de aquellos encuentros exitosos pusieron de buen humor a la formación, salvo quizás a Dartagnan, Rochefort y algún otro veterano, que no confiaban en la extendida creencia de que solo tendrían que luchar contra los abestiados de uno en uno, o, en el peor de los casos, de dos en dos. Por supuesto, un centenar de mosqueteros podían abatir a un solo abestiado si lo localizaban a cien pasos de distancia. Pero ¿qué pasaría si se encontraban con un centenar de abestiados? ¿O con un millar?

Dorotea, como todos los que iban justo detrás de la primera línea de combate, hizo una pausa para observar a los abestiados caídos. Era una excusa para darse un momento de descanso tras la dura marcha, y le fascinaba lo diferentes que eran unos de otros. Algunos se les acercaban caminando erguidos, sobre dos patas; otros a cuatro patas; uno tenía muchas patas y, aunque Dorotea no lo había visto en movimiento, debía de corretear como un insecto. Algunos estaban provistos de escamas de tonos variados, algunos tenían una piel áspera como el cuero de color gris o morado oscuro; otros tenían un manto de pelo blanco, pardo y rojizo. Todas aquellas armaduras parecían protegerlos de las balas o del acero de las espadas. La mayoría de las heridas que sufrían eran superficiales. Lo que acababa con ellos era simplemente la cantidad de disparos, o de heridas de alabarda, o que les alcanzaran en un punto débil, infligiéndoles así un daño mayor.

Por detrás de Dorotea, Simeon también observaba las heridas de un abestiado, usando un catéter, una regla y unas pinzas, y en ocasiones un cuchillo para descubrir la herida, aunque para ello tenía que emplear todas sus fuerzas, lo que le hizo desear disponer de la mayor de las cuatro sierras que ahora mismo iba a lomos de una mula muy por detrás, con el material médico.

Le habría gustado muchísimo hacer una disección completa, pero no había tiempo. El limitado examen que hizo le confirmó lo que les había dicho Dartagnan: cada abestiado era diferente, y ninguno tenía los mismos puntos débiles. Todos tenían una armadura externa u ósea diferente, o un exoesqueleto como el de los insectos. Era más gruesa en diferentes puntos, no había dos abestiados que tuvieran la misma estructura esquelética, e incluso tenían los órganos internos distribuidos de forma diferente. Aunque todos tenían algo parecido a un corazón, también difería en cómo bombeaba o impulsaba el polvo gris que tenían por sangre y corría por su cuerpo.

—Venga, Simeon —le apremió Henri—. Ya encontrarás otros que cortar más adelante.

—Solo necesito unos minutos más —respondió Simeon.

Estaba examinando el ojo izquierdo del abestiado, que tenía un duro párpado transparente que podía mover hacia atrás y hacia delante con la punta de su cuchillo.

Henri meneó la cabeza.

—Todos han pasado, salvo la retaguardia. ¿Quieres quedarte aquí solo?

—¿Qué?

Simeon miró alrededor, encogiéndose al oír el eco de otra andanada de mosquetes en lo alto de la montaña, reverberando en las laderas de las montañas a ambos lados. Aparte de Henri, no tenía cerca a nadie más. Un grupo de soldados de la guardia conducían a un grupito de rehusantes montaña arriba, y habría quizás unos cincuenta o sesenta mosqueteros y persevantes ladera abajo, bastante dispersados. La retaguardia.

—¡No, no quiero quedarme aquí! —respondió, recogiendo a toda prisa su instrumental y empaquetándolo de nuevo.

—Me parecía —dijo Henri, que se envolvió en la capa y reemprendió la subida, con Simeon detrás, a poca distancia.

A pesar de tener que pararse a luchar una docena de veces, la expedición alcanzó la cumbre antes de lo esperado, a primera hora de la tarde. Todos se pusieron a montar el campamento y las defensas de inmediato, mientras que una docena de exploradores seguían avanzando, buscando caminos o pistas que pudieran indicarles la ubicación del templo de Paleniel Exaltado de Liliath, y cómo llegar hasta allí. Durante el ascenso no habían encontrado ninguno.

En la cumbre se encontraron con una superficie sorprendentemente llana, justo antes de que el camino iniciara el descenso, probablemente allanada por los antiguos constructores del Imperio. Allí el camino era mucho más

estrecho que en cotas más bajas y discurría pegado a la montaña, que formaba una alta pared de piedra. Lo mejor era que quedaban restos de antiguas murallas a ambos lados, a unos ciento cincuenta pasos del punto más alto, de modo que los encargados de montar la empalizada solo tenían que rellenar los huecos y completar los tramos de muro con piedras. Intentaron cavar un foso, pero desistieron, ya que solo había medio metro de tierra y escombros sobre la roca. Suficiente para plantar estacas para la empalizada, pero no para cavar más hondo.

La expedición se instaló entre ambas líneas de defensa. Por primera vez se impuso rigurosamente el plan de acampada previsto.

Dartagnan y Rochefort tenían sus tiendas en el centro del llano, una junto a la otra, con una guardia formada por soldados escogidos de sus regimientos, pero la mayoría de las tiendas de mosqueteros y persevantes se montaron en formación a unos cincuenta pasos de la línea de defensa oeste. Era el lado peligroso, de cara a cualquier cosa que pudiera llegar desde el interior de Ystara. Cuatro de los seis falconetes se instalaron allí, pero en una posición más elevada, apoyados en montones de piedras y tierra prensada, y calzados con estacas que habían sobrado de la empalizada.

Las tiendas de los caballeros del rey estaban en el lado contrario, el que daba a Saranza, en una línea que recorría el muro y la empalizada del este, y los dos falconetes restantes se colocaron allí para protegerse de un eventual ataque por aquel lado, algo más improbable.

La guardia capitalina no estaba junto a las defensas. Sus tiendas se encontraban más cerca de las capitanas, en el centro del llano, rodeando un gran espacio donde dormirían los rehusantes. Si es que podían dormir, pues carecían de tiendas o de cualquier otro tipo de refugio (aunque se les habían proporcionado dos de aquellas ásperas mantas a cada uno).

El hospital de campaña y el almacén se plantaron en el llano, hacia el lado norte del campamento, junto a la pared de roca casi vertical, mientras que el almacén de pólvora se instaló en el lado sur, bajo un saliente rocoso. Los artilleros de guardia delimitaron un perímetro de cincuenta pasos que nadie podía cruzar con cerillas, pipas encendidas, arrastrando espuelas o con cualquier otra cosa que pudiera provocar una chispa.

Mientras levantaban los dos últimos tramos de empalizada, clavaban las estacas y las ataban, empezaron a distribuir la leña y fueron apareciendo hogueras por todo el campamento. Los soldados se pusieron a charlar sobre quién iba a cocinar qué, se fueron distribuyendo las raciones y se organizaron

los horarios de guardia, provocando reacciones muy variadas entre los soldados.

Sin embargo, a pesar de lo rápido que habían levantado las defensas y de que no había habido ningún problema en la instalación del campamento, flotaba cierta intranquilidad en el ambiente. A los persevantes, en particular, no les gustaba no poder recurrir a Ximithael para prender el fuego, o a Horcinael para que les secara las llagas húmedas de los pies, o a cualquier otro ángel para las tareas que solían encomendarles.

Antes de cruzar el arroyo que trazaba la frontera, ya se les había advertido a todos de que los ángeles no responderían. Pero, por algún motivo, aquella cruda verdad planteada por Rochefort y Dartagnan había sido interpretada como una mera posibilidad. A ninguno de los sarancianos les hizo gracia descubrir que efectivamente estaban más allá del rango de acción de sus ángeles.

Desde luego, a Dorotea aquello le pareció muy interesante. Mientras Simeon dirigía la instalación de la parte del hospital de campaña que estaba a su mando, Agnez montaba guardia con sus compañeros vigilando a los rehusantes que construían la empalizada, y permanecía atenta a la llegada de abestiados; Henri ayudaba a los artilleros encargados de un falconete, aunque se suponía que debía estar supervisando la distribución de la leña. Dorotea se retiró a la tienda que compartían entre las filas de los mosqueteros y experimentó con sus iconos, que Rochefort le había devuelto junto con el libro de Cecily Jenkins.

Ni Dramhiel ni Horcinael respondían, por mucho que intentara invocarlos. Los iconos no eran más que rectángulos pintados. Dorotea los guardó y se pasó un buen rato intentando pensar en un ángel ystariano, repasando mentalmente un catálogo de seres celestiales. Pero no conseguía recordar siquiera haber visto el nombre de ninguno, aparte del propio Palleniel. Eso, a su vez, le hizo preguntarse cómo habrían hecho los primeros magos para invocar ángeles. No sabían sus nombres, no sabían qué forma tenían o qué sensaciones transmitían, para crear sus iconos… ¿Cómo lo habían hecho?

Estaba pensando en aquello. De hecho, quizás hubiera echado una cabezadita, cuando de pronto se oyó una corneta, carreras y gritos en el exterior, seguidos del estampido del falconete más cercano, una andanada de fuego de mosquete y luego la rápida cadencia de los tambores que llamaban a todos a las armas.

Dorotea sacó la cabeza de la tienda y vio a los artilleros del falconete más cercano, asistidos por Henri, como no podía ser de otro modo, cebando el

humeante cañón, preparándose para cargarlo de nuevo. Los mosqueteros de guardia que acababan de disparar, entre ellos Agnez, estaban recargando, moviendo frenéticamente sus escobillones, mientras otros muchos mosqueteros corrían hacia la empalizada. Por el otro lado llegaban corriendo los rehusantes, y todo se llenaba de humo, de ruido y de confusión.

Dorotea corrió hasta la plataforma del falconete y trepó, procurando no estorbar a los artilleros. Uno había bajado de un salto justo a su lado, y había salido corriendo hacia el almacén de pólvora gritando algo. Henri ni siquiera la miró. Tenía la mirada puesta en el paso del oeste; hacía pantalla con la mano para protegerse de la luz del sol poniente.

La docena de exploradores que habían salido tan confiados varias horas antes ascendían por la ladera a la carrera, a toda velocidad, trepando por entre las rocas y las grietas como si su vida dependiera de lo rápido que pudieran llegar. Ninguno conservaba su mosquete ni ninguna otra arma. Al contarlos, Dorotea comprobó que eran ocho, no doce.

El motivo de tanta premura y de la desaparición de cuatro exploradores apareció apenas unos cien pasos tras ellos.

Una marea de abestiados.

Un enjambre de esas criaturas subiendo por la montaña. Algunos erguidos sobre dos patas; otros sobre cuatro extremidades; uno con muchos pies, correteando como un insecto.

Muchos eran hasta un tercio más grandes que Simeon, más altos o más largos, pero la mayoría tenía aproximadamente el tamaño de un humano normal, salvo unos cuantos, más pequeños y sinuosos. Todos tenían mandíbulas enormes y un montón de dientes afilados, así como garras puntiagudas; la mayoría también tenía espolones o cortantes apéndices óseos en los miembros.

Aullaban, chillaban y silbaban como serpientes a medida que avanzaban, con unos ruidos que no eran ni animales ni humanos; más bien era el sonido del metal al rojo al contacto con el agua, o el chirriar de unos dientes triturando el hueso, magnificado mil veces y mil veces más horrible.

Tres exploradores rezagados no fueron lo suficientemente rápidos; varios abestiados los pillaron y los hicieron trizas, para luego disputarse los pedazos. Cada vez eran más los abestiados que se unían al festín, una enorme multitud de monstruos que se retorcían, cosa que los convertía en un objetivo perfecto para los mosquetes y los cuatro falconetes. Se oyó una ráfaga de disparos, varias explosiones. Una gran columna de humo blanco se elevó hacia el cielo.

Sin embargo, todo aquello solo consiguió irritar aún más a los abestiados. No cayó ni uno, aunque todos sangraban una ceniza gris por sus múltiples heridas. Los que iban en cabeza engullían trozos enormes de carne humana, mirándose los unos a los otros y observando a los soldados. Sus ojos eran de color amarillo, naranja, negro o verde, algunos redondos, otros casi rectangulares, algunos ovalados, todos hostiles y extraños.

Por fin hubo una pausa, aunque sería breve.

—¡Mosqueteros, alto el fuego! ¡Recargad y esperad órdenes! ¡Alabarderos, a vuestros puestos! ¡Falconetes, fuego a discreción!

Era Dartagnan, que bajó por la ladera dando saltos hasta situarse en la plataforma junto al falconete central. Su voz era firme y potente, y consiguió calmar a todos los soldados que tenía cerca. Sus órdenes se extendieron, repetidas de boca a oreja por los tenientes y los sargentos de la línea de defensa. Rochefort hacía lo propio con los persevantes, en el flanco derecho. Dorotea la vio y casi le pareció descifrar sus palabras, probablemente muy similares a las de Dartagnan.

Cinco de los exploradores consiguieron llegar a la empalizada, recorrieron un trecho hacia un lado y llegaron a uno de los tramos de muro antiguo, donde los ayudaron a saltar. Al momento, tres de ellos se dejaron caer al suelo, uno cayó de rodillas y vomitó, pero el quinto corrió a informar a Dartagnan.

Dorotea captó por el rabillo del ojo un movimiento entre los abestiados que le hizo girarse. Entonces se dio cuenta de que no era movimiento; era la extraña visión que había tenido antes. Había adoptado el ángulo justo por accidente, y estaba parpadeando para protegerse del sol bajo. Movió la cabeza y entrecerró los ojos, torciendo la vista ligeramente. Ahora lo veía claro. Los abestiados tenían aquellas mismas formas que veía en ellos y en los rehusantes, aquella oscuridad turbia, las manchas de luz y de sombra…, más densas según las diferentes partes del cuerpo, con una especie de volutas como de humo entremedio…

—¡Oh! —exclamó Dorotea—. ¡Veo sus puntos débiles!

—¿Qué? —reaccionó Henri, dando un paso atrás para ponerse a su lado, después de haber agujereado el cartucho del falconete introduciendo un punzón en el oído del cañón—. ¿Puedes hacer eso?

—O sus puntos fuertes —dijo Dorotea—. No estoy segura, unos los veo oscuros, y los otros, claros. Mira, ese de las escamas amarillas y la cresta de espinas: dispárale cerca de la cola, donde nacen las piernas.

Henri miró a la artillera, que meneó la cabeza. Observaba el cañón y sostenía un botafuego con una mecha encendida en la punta.

—Si se quedara quieto quizá podríamos darle ahí —respondió enseguida, empujando el fino cañón para moverlo unos centímetros—. Con esto solo puedo apuntar a la masa. Lo que necesitáis es una escopeta. ¡Apartaos!

Se hizo a un lado, miró alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca y acercó la mecha. Se oyó un chisporroteo, se levantó una voluta de humo, se oyó un crujido y el cañón retrocedió más de un metro sobre sus ruedas de largos radios, hasta golpear contra la plataforma de piedras colocada para evitar que cayera de la plataforma.

—¡Refresca con la esponja! —gritó la artillera.

—Ve, ve, dile a Dartagnan dónde tienen que disparar —gritó Henri.

Cogió la larga esponja y la remojó en la tina de agua, para luego meterla en el ánima del cañón y extinguir cualquier brasa restante o cualquier resto de papel del cartucho aún encendido.

Dorotea bajó de la plataforma de un salto y salió corriendo en busca de Dartagnan. La capitana gritó una orden y se oyó una ráfaga de fuego de mosquete, muy diferente de los disparos desorganizados de antes, y el horrible chillido de los abestiados se volvió aún más sonoro y más febril.

Los monstruos dejaron caer su comida y cargaron. Aparecieron cada vez más abestiados tras ellos.

—¡Atentos! —gritó Dartagnan—. ¡Atentos, a mi orden!

—Todos siguen vivos —informó Bisc.

Liliath soltó un suspiro de alivio, porque ese era su mayor miedo. Al final, quizá podría bastarle con uno, pero era mejor tenerlos a los cuatro…

—La mosquetera ha recibido un golpe, pero solo está magullada. ¿Van…, van a venir más abestiados?

—Sí —respondió Liliath—. Pero no enseguida, y la nieve los frenará cuando se acerquen a la cumbre. No será un problema para nosotros.

—No hay señales de que vaya a nevar —dijo Bisc, levantando la vista al cielo nocturno.

Estaba claro, hacía frío y se veían muchas estrellas en la estrecha franja entre la oscura masa de las montañas que flanqueaban el collado.

—Nevará —dijo Liliath—. ¿Dudas de mí, Bisc?

—No, no —balbució Biscaray.

Él era de ciudad, y estaba desubicado en aquel entorno natural tan frío, con el viento gélido que soplaba por el collado y los abestiados recién derrotados. Habían atacado sin cesar, y al final casi todos los soldados del lado este habían tenido que ir a ayudar a los del oeste. Ninguno de los abestiados había huido ni se había retirado. No habían dejado de cargar una y otra vez hasta acabar todos muertos.

—¿Quién está en la puerta?

—Dejé a Karabin y a Alizon T; están trabajando como porteadores del hospital —dijo Bisc—. Pero hay tantos heridos que los han colocado en la parte alta del despeñadero. Algunos están tendidos justo delante de la puerta. A propósito, ¿cómo se abre? La vi cuando me la enseñaste, pero no hay ningún pomo, manilla ni cerradura…

—Se abrirá cuando lo necesites —respondió Liliath—. ¿Dónde están ahora los cuatro?

—MacNeel está en el hospital, cortando miembros y cosas así —dijo Bisc —. Deseando que sus iconos funcionaran, ya que los heridos llaman a gritos a sus ángeles…

—¿Te ha gustado verlo, Bisc? ¿Los heridos pidiendo a gritos la ayuda de unos ángeles que no les responden? Ahora no están mejor que los rehusantes.

—Pensé que me gustaría —respondió Biscaray lentamente—. Pero no.

Liliath lo miró fijamente, pero él no dijo nada más. Se quedó allí de pie, con la cabeza gacha como siempre, en señal de deferencia y respeto.

—¿Y los otros?

—Dupallidin e Imsel están en su tienda. Agotados, dormidos. Dupallidin ha combatido con una unidad de artilleros toda la noche. Imsel… podía ver los puntos débiles de los abestiados. Se los señalaba a Dartagnan, que daba las órdenes de disparo. Más tarde, alguien le dio una escopeta y ella misma se puso a disparar. Sin ella, no tengo claro que hubieran aguantado…

—Así que tiene esa capacidad de visión —murmuró Liliath—. Es algo raro, pero no inesperado, especialmente en ella. También tiene la habilidad para crear iconos solo esbozándolos. Quizá ella sea la elegida…, se parece mucho a mí…

—¿La elegida?

—Eso no es cosa tuya —dijo Liliath—. Haz correr la voz: todos deben prepararse y…

—¡Eh, vosotros dos! ¡Salid de ahí!

Liliath y Bisc estaban entre dos hileras de tiendas de la guardia capitalina. Vestidos de gris, protegidos de la luz de la luna y las estrellas por la sombra

de una tienda, resultaban indetectables. Pero algún movimiento había llamado la atención de una soldado de la guardia. Se les acercó, esquivando los tensores de las tiendas. Sus movimientos delataban su beligerancia, tenía la alabarda preparada.

Era Reinette, la insufrible guardia a la que Bisc habría querido dar su merecido en la nieve.

—¡Hay trabajo que hacer! ¡Hay que reparar la empalizada! ¡No os escabulláis, malditos vagos!

En la mano de Bisc apareció un cuchillo fino. Liliath sonrió. Reinette se quedó de piedra y abrió la boca para gritar pidiendo ayuda, justo en el momento en que Bisc lanzaba su cuchillo, que atravesó el aire en línea recta, para clavársele a la guardia en la garganta. La mujer dejó caer la alabarda y se llevó las manos al cuello, asfixiándose, tosiendo sangre.

En la mano de Bisc apareció otro cuchillo, pero no lo tiró. La guardia puso los ojos en blanco y cayó contra el lateral de la tienda más cercana, deslizándose hasta el suelo en un charco de sangre y dejando una mancha larga y negra visible a la luz de la luna.

—Bien hecho, mi querido Bisc —dijo Liliath, con un gesto de aprobación. Le dio un beso en la sien, bajo la tira de tela con la que se había vendado la cabeza en un fútil intento de mantener calientes las orejas—. Como te iba diciendo, diles a todos que se preparen. Esperad la señal.

—Vos no deberíais quedaros aquí —le advirtió Biscaray, acercándose a recoger su cuchillo.

Tuvo que moverlo hacia ambos lados para poder arrancarlo de la garganta de la mujer. Aún no estaba muerta del todo; Bisc tuvo que saltar entre los charcos de sangre para no mancharse.

—Estaré cerca de la puerta, donde el hospital —dijo Liliath. Desenroscó su bastón, separando las dos mitades y dándoles la vuelta para sacar los anillos y broches con iconos que llevaba dentro, y que metió en una bolsa que escondió bajo el andrajoso blusón. Al igual que los otros rehusantes, también llevaba, envuelta alrededor del cuerpo a modo de abrigo, una de las mantas que le habían dado, aunque no la necesitaba para que le diera calor—. Atentos a la señal.

Salió por un lado, y Bisc por el otro. Ahora no eran más que dos de los muchos rehusantes que estaban trabajando por todas partes, o evitando el trabajo, o que incluso habían huido montaña abajo en dirección a Saranza. No había guardias que hicieran demasiados esfuerzos por mantener el orden.

Muchos de ellos estaban muertos, o heridos, o tiritando en la empalizada oeste, rezando para que no vinieran más abestiados.

Liliath recogió una cesta abandonada tras las tiendas. Con la cabeza gacha, la llevó hacia el lado norte del llano, donde estaba instalado el hospital de campaña. Era fácil de ver; era una de las zonas iluminadas del oscuro campamento, ya que habían encendido muchas lámparas de aceite para que los médicos pudieran trabajar, haciendo lo que podían sin ayuda de los ángeles.

Al acercarse más, Liliath tuvo que rodear los cadáveres tendidos en el extremo más alejado de la luz, a la espera de poder enterrarlos o, más probablemente, de cubrirlos con túmulos por la mañana. El terreno era demasiado duro para cavar tumbas, y ya iban cortos de leña. Liliath sonrió otra vez, pensando en que habría podido ayudarlos con Irraminiel, el ángel de Ystara que controlaba el fuego, usado en muchos casos para cremaciones. Pero tenía otros planes para Irraminiel.

Ya más cerca de las luces y de los médicos, se encontró con que los heridos estaban dispuestos en filas, esperando atención médica, o después de haberla recibido. Muchos estaban inmóviles, al borde de la muerte, pero eran muchos más los que se debatían, tosían y gritaban, agarrando a todo el que pasaba cerca, rogándole que los ayudara.

Muchos se encomendaban a los ángeles, en particular a Ashalael, olvidándose de dónde se encontraban.

Liliath evitó la zona central donde trabajaban los médicos, en sus mesas de caballetes empapadas de sangre. Siguió adelante, dejando atrás más cadáveres y más heridos, en dirección al despeñadero.

El precipicio parecía formado por una única losa de piedra gris que se elevaba cientos de metros hasta unirse con otra justo detrás, como tantas otras losas apoyadas unas contra las otras, hasta la cumbre, muy por encima de su posición.

Liliath se sentó con la espalda apoyada en la piedra y el cesto al lado, y empezó a ponerse sus anillos y broches con los iconos. Un persevante herido tendido en el suelo allí cerca la miraba: sus ojos reflejaban la luz de las estrellas; el resto de su cuerpo no era más que una oscura silueta. Intentó gritar, dar la voz de alarma, pero de la garganta no le salió más que un triste gemido rasposo.

Liliath no le hizo caso. Tocó el icono del primer ángel que necesitaba, una potestad llamado Hayrael, que dominaba la interacción del aire y del agua, y cuya zona de acción eran las marismas del noreste de Ystara.

Hayrael respondió, a regañadientes, porque sabía quién lo invocaba. Pero, como siempre, Liliath se impuso. El ángel intentó hacer sonar las trompetas de alarma, alertar a cualquiera que estuviera cerca, pero Liliath sofocó ese intento. Quiso estirar las alas, o el equivalente metafísico de que los humanos entendían como alas, pero la implacable fuerza de voluntad de Liliath también se lo impidió.

Lo único que podía hacer Hayrael era obedecer, combinar el viento y la humedad que flotaba en el aire.

Muy pronto nevaría.

32

Hacia la medianoche, Dartagnan y Rochefort se encontraron en el centro de la empalizada oeste, cerca del falconete número 3, que estaba destrozado. Su punta de bronce apenas asomaba bajo el cuerpo del enorme abestiado que se había hecho con él y lo había usado como una maza. Su rugosa coraza, cubierta de verrugas, estaba llena de agujeros de balas de mosquete y atravesada por profundos cortes de espadas y alabardas. De la mayoría aún salían lentos regueros de ceniza.

—He penetrado media milla en Ystara —dijo Rochefort—. Ni rastro de abestiados, ni de ningún otro movimiento bajo la luna, por lo que he podido ver a simple vista y con catalejo. Pese a la rapidez con la que se mueven, dudo que haya ataque alguno antes del amanecer. Si es que lo hay entonces.

—Otro ataque como ese acabaría con nosotros —dijo Dartagnan en voz baja—. Tenía el hombro izquierdo vendado, y la mancha roja de sangre humana destacaba aún más en comparación con los charcos de ceniza del abestiado—. Deberíamos retirarnos y cruzar la frontera enseguida, en cuanto la tropa haya podido descansar unas horas.

Rochefort, que estaba ilesa, asintió, preocupada.

—Dufresne…, una de mis exploradoras… Acabo de oír… Dice que vieron el templo.

—¿Qué?

—Unos minutos antes de encontrarse con los abestiados. Se giró para mirar en dirección al campamento y vio una punta de tejado de color cobrizo en lo alto de la montaña. Está ahí arriba, casi encima de nuestra posición.

Rochefort señaló hacia la vertiente norte de la montaña.

—Dufresne no vio ninguna vía de acceso —añadió—. Parece que debe de haber un camino o sendero en el otro lado de la montaña.

—Rochefort, no hay ninguna posibilidad de abrirse paso hasta allí —dijo Dartagnan—. La retirada es la única…

—No digo que no —respondió Rochefort con voz suave—. Solo he pensado que deberías saberlo. A decir verdad, me sorprende un poco que los de la guardia capitalina no hayan salido corriendo aún. O los caballeros del rey.

—Algunos de los rehusantes sí han huido —dijo Dartagnan, con un suspiro—. Y la verdad es que no puedo culparlos.

Rochefort no respondió. Respiró el aire frío y observó la humedad de su aliento elevándose en una voluta. Se quitó un guante y extendió la mano, girándola para poner la palma hacia arriba y hacia abajo.

—El aire está cambiando; sin embargo, no hace más frío.

Elevó la mirada al aire y Dartagnan la imitó. La noche había sido clara, se veían las estrellas y la luna. Pero ahora un frente oscuro atravesaba el cielo a gran velocidad. Una gran masa de nubes que tapaba la luz. En los pocos segundos que estuvieron mirando, pasó por encima de sus cabezas y se volvió mucho más oscuro; la única luz que se veía era el tembloroso brillo anaranjado de los puestos de guardia cercanos.

—Tendríamos que irnos «ahora» —dijo Dartagnan al momento, sin apartar la mirada del cielo—. Antes de que nieve…

Un copo de nieve le cayó en la boca; a continuación, otro en el ojo. Parpadeó, y al momento el cielo se llenó de nieve, una precipitación intensa y densa.

—La nieve frenará a cualquier abestiado que se acerque por el flanco oeste —señaló Rochefort.

—También nos frenará a nosotros, pero al menos iremos de bajada —dijo Dartagnan—. ¿Estáis de acuerdo en que los mosqueteros cubramos la retaguardia, Rochefort? Puede que aún aparezcan abestiados por el camino, así que preferiría que sean vuestros persevantes los que vayan en primera línea, y no la guardia. Los rehusantes pueden cargar con los heridos. Deberíamos abandonar la artillería y todas las provisiones. Siempre podemos comernos los caballos, si llegamos a Monthallard.

—De acuerdo —dijo Rochefort—. Siempre que no sea mi caballo el que nos comamos.

Se llevó la mano al sombrero a modo de saludo y se alejó, dando órdenes a los persevantes que la acompañaban. Pero se interrumpió a media frase y tuvo que parar de golpe cuando apenas se había alejado unos metros, para escuchar.

A lo lejos y amortiguado, aunque instintivamente supo que estaba muy cerca, oyó el sonido de unas cuerdas de arpa, el roce de unas alas, el estruendo de una trompeta, casi a modo de advertencia…, y tuvo la sensación de un calor que se acercaba, como si hubieran abierto las puertas de una forja…

—¡Dartagnan! ¡Corred! —gritó Rochefort—. ¡Al suelo!

La capitana de los mosqueteros obedeció al instante y se tiró al suelo, sobre la nieve. En el lugar donde estaba antes (donde estaban ambas hacía apenas un momento) apareció una columna de fuego abrasador con una luz tan intensa que Rochefort tuvo que entrecerrar los ojos y protegerse el rostro, aunque estaba a más de cuatro metros. El fuego se elevó cada vez más, lo que creó un remolino de nieve que lo rodeaba y se fundía. Luego se extinguió como si no hubiera existido nunca, sin dejar ni un rastro de humo.

Nada más extinguirse la cegadora columna de fuego, el Clan de las Sombras atacó.

Simeon fue inmovilizado por detrás por dos de los porteadores que habían trabajado infatigablemente con él toda la noche trasladando a los heridos desde la empalizada. Le pilló completamente por sorpresa y estaba agotado después de pasarse horas y horas ejecutando las más terribles y simples operaciones sin asistencia de los ángeles, así que ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que se encontró con los brazos atados a la espalda con una venda. Se revolvió, pero en ese momento le cubrieron la cabeza con un saco y sintió la presión de un cuchillo bajo las costillas.

—Haz lo que se te diga y vivirás, doctor —dijo una voz áspera e irreconocible—. Camina, y no hagas tonterías.

—Mis pacientes… —dijo Simeon, pero ya empezaban a oírse gritos y alaridos, disparos y el entrechocar del acero.

El sonido de la batalla otra vez, pero esta era una batalla diferente, porque no se oían chillidos de abestiados.

—¡Camina! —ordenó de nuevo la voz, y algo le empujó por detrás.

Simeon caminó.

A Henri y Dorotea no les pilló tanto por sorpresa, sino simplemente exhaustos. Ambos dormían en su tienda, envueltos en capas y mantas, incluidas las de Agnez y Simeon. El estruendo de la columna de fuego y el repentino clamor de voces los despertó, pero aún estaban intentando liberarse de sus mantas cuando cuatro miembros del Clan de las Sombras se colaron en la tienda y se limitaron a envolverles las mantas con más fuerza y apretarlas con cuerdas. Luego los dos individuos más grandes y fuertes se cargaron al hombro a sus víctimas, que aún se revolvían en el interior de las mantas, y salieron corriendo en dirección al lugar de encuentro.

Los que fueron a por Agnez no lo tuvieron tan fácil. Estaba sentada en una roca, rodeada por un círculo de soldados heridos reunidos en torno a una hoguera, cerca del hospital. Estaban esperando a que un rehusante acabara de calentar un cazo de vino de cosecha incierta, puesto que procedía de los restos de las botas de todos ellos, y lo habían aderezado con un puñado de ramitas de canela de una caballero del rey que estaba tendida, apoyada contra la roca en la que estaba sentada Agnez. La soldado tenía la pierna fracturada y entablillada, extendida hacia el fuego, y el dedo gordo del pie le asomaba por un agujero de la media de lana. Agnez también tenía la cintura vendada; Simeon le había asegurado personalmente que solo había sufrido magulladuras al caer abatida por un abestiado, quizá con alguna costilla rota, pero nada más.

Cuando oyó el rugido de la columna de fuego, Agnez se puso en pie al instante con la espada en la mano. Los cuatro miembros del Clan de las Sombras que tenían la misión de hacerse con ella reaccionaron más lentos, Agnez los vio sacar las armas justo en el momento en que dejaron la camilla con el persevante muerto que llevaban paseando media hora. El primero apenas tuvo tiempo de sacar la maza de debajo de la capa antes de caer con el pecho atravesado por la hoja de la espada. El segundo retrocedió de un salto para evitar un destino similar, tropezó con la pierna rota de la caballero del rey e intentó alejarse gateando, pero fue inmovilizado y apuñalado por la misma soldado, que no podía ponerse en pie, pero podía luchar perfectamente desde el suelo.

El tercer matón, acostumbrado a peleas callejeras y a asesinatos a traición, no estaba preparado para enfrentarse a una espadachina furiosa. Retrocedió todo lo rápido que pudo, deteniendo un mandoble con su daga, para luego girarse y echar a correr, pero subestimó a Agnez, que lo alcanzó enseguida, y cayó al suelo ensartado, con la punta de la espada asomándole justo por debajo del esternón.

Sin embargo, aquel despliegue de habilidad, a su vez, demostró ser un error por parte de Agnez. En el momento en que apoyaba una bota sobre su enemigo para liberar la espada, el último de los atacantes se abalanzó sobre ella y le golpeó en la nunca con una de las estacas puntiagudas que no se habían usado en la empalizada.

Agnez cayó al suelo. Intentó ponerse en pie de nuevo, recuperar su espada, pero otro cuarteto del Clan de las Sombras había acudido a la carrera. Mantuvieron alejados a los soldados heridos que intentaban intervenir. Le

ataron las manos a Agnez, la levantaron del suelo y se la llevaron hacia la pared de la montaña a paso ligero.

Ella se hizo la inconsciente mientras se la llevaban, aunque su capacidad de fingir se vio sometida a dura prueba al pasar junto a los cuerpos de los heridos, en dirección a la pared de la montaña, cuando por entre los párpados entrecerrados vio a *lady* Dehiems, cubierta de harapos de rehusante, de pie junto a un gran despeñadero y una serie de escalones tallados en la roca, tras ella, que se perdían en la oscuridad.

O no exactamente *lady* Dehiems, porque los ojos de aquella joven brillaban con una inteligencia superior y hablaba sin el más mínimo acento albano; llevaba un icono en cada dedo de la mano y otros más prendidos de su camisola.

—¡Rápido! ¡Sois los últimos!

Agnez sintió que la levantaban y que los que cargaban con ella aceleraban el paso. Notó el miedo que le tenían a aquella mujer, cómo obedecían al instante, y que la levantaban para no arrastrarla por los escalones, ¡y luego percibió que la llevaban por una escalinata que se adentraba en la pared de la montaña!

Tras ella oyó el tintineo de unas campanas, y tres notas de arpa perfectamente definidas, seguidas de un leve murmullo, como si algo se moviera en el fondo de la Tierra. Los escalones temblaron bajo los pies de sus porteadores, que frenaron, bajándola al suelo por un momento, pero luego el murmullo y la vibración se detuvieron y volvieron a cogerla en volandas.

—Está despierta —dijo la mujer que no era Dehiems—. Dejadla que camine.

Los secuaces del Clan de las Sombras bajaron a Agnez, pero ella intentó seguir con el engaño, dejándose caer al suelo.

—Cuánto teatro —dijo la mujer—. Si quieres que te dejen inconsciente y te lleven como un saco de arroz, les diré a los míos que se encarguen. Pero más te vale caminar.

Agnez se quedó pensando un momento; luego se puso en pie lentamente, lo cual no le resultó fácil con las manos atadas a la espalda.

—¿Quién eres? —preguntó, con la voz rasposa.

Debía de haberse mordido la lengua al recibir el golpe por detrás, porque tenía la boca empastada de sangre seca.

—Liliath, la Doncella de Elanda.

Agnez tosió. Solo pudo responder con una palabra:

—¿Qué?

Liliath no respondió.

—Apartaos —les ordenó a los dos rufianes—. Voy a adelantarme. Controladla de cerca; puede que sea la más peligrosa de los cuatro.

El paso era estrecho, así que los rehusantes tuvieron que ponerse de lado, agarrando con fuerza a Agnez entre los dos, para dejarle espacio a Liliath. Agnez la miró atentamente, observando la nube de luz que la rodeaba, y que tenía por centro uno de los iconos que llevaba prendidos con un broche. Estaba usando un ángel para que le iluminara el camino, y sin duda habría recurrido a uno mucho más potente para abrir y cerrar aquel pasaje. Sin embargo, no parecía en absoluto fatigada. Ni envejecida en lo más mínimo; ni siquiera tenía una arruga en el rostro y ni una sola cana.

A sus espaldas, los escalones ascendían cada vez más, en una línea muy recta, en un ángulo invariable de treinta grados, lo que indicaba que aquel túnel era obra de los ángeles. Había muchos otros rehusantes subiendo por delante de ella, algunos de ellos con faroles en la mano. Agnez apretó la mandíbula al reconocer la mole de Simeon a hombros de sus captores. Y había algo familiar en los prisioneros envueltos en mantas que había aún más adelante que le hacía pensar que se trataría de Dorotea y de Henri.

—¿Por qué nos habéis capturado? —le preguntó a los dos rehusantes que la flanqueaban—. ¿Adónde nos lleváis?

—¡Calla y camina!

La levantaron y la dejaron sobre el escalón siguiente, donde apoyó los pies. Sentía que le dolían las costillas con cualquier movimiento y sabía que muy pronto estaría rígida. Aunque eso no le impediría luchar cuando llegara el momento.

Quizá tendría ocasión de hacerlo una vez llegados a su destino, pensó, porque ese «adónde nos lleváis» había sido una pregunta innecesaria. Teniendo en cuenta que aquella mujer era efectivamente Liliath, aún viva o resucitada después de tantos años, y que estaba claro que el túnel ascendía por la montaña, Agnez pensó que estaba claro cuál era su destino.

El templo de Palleniel Exaltado.

Todo ocurrió tan rápido y a oscuras que tardaron un rato en darse cuenta de que no se trataba de otro ataque de los abestiados: era el Clan de las Sombras. Pero la mayoría de los soldados no podían saber que estaban siendo atacados solo por una pequeña fracción de los rehusantes, o que los ataques solo eran

para confundirlos y hacerles perder tiempo mientras llevaban a cabo su misión principal, la captura y el secuestro de los cuatro amigos.

Fue la guardia capitalina la que inició la matanza. Temerosos de lo que pudiera ocurrir si los rehusantes se les volvían en contra, se lanzaron contra ellos con sus alabardas y espadas. Los mosqueteros, los persevantes y los caballeros del rey respondieron al fuego del Clan de las Sombras, y al final acabaron disparando a todo rehusante que se moviera.

—¡Matad a los espaldas grises!

—¡Son los rehusantes!

—¡Matadlos!

—¡Muerte a los rehusantes! ¡Matadlos!

Los gritos eran de rabia y de miedo, y llegaban de todas partes, prácticamente ahogando el sonido de los tambores que llamaban a los soldados a ocupar sus posiciones en las empalizadas, y las órdenes de Dartagnan, Rochefort y los oficiales de menor rango que intentaban poner orden. Pasó casi una hora, y hubo muchas muertes más, antes de que se consiguiera restablecer la disciplina. Luego condujeron a los rehusantes supervivientes a su zona del campamento. Allí quedaron cercados por soldados de la guardia capitalina, entre los que había mosqueteros, persevantes y caballeros del rey para asegurarse de que no volvían a perder la cabeza; el resto de los soldados aptos para el servicio montaban guardia en las empalizadas.

Para entonces, Dartagnan y Rochefort ya estaban frente al hospital de campaña, ambas arrodilladas junto a una persevante agonizante que yacía junto a la pared de roca. Habían ido hasta allí siguiendo rumores que no podían ser falsos. El grupo de rehusantes que se habían encarado con la guardia capitalina y que tras arrebatarles las armas habían arrasado el campamento habían ido hasta allí. No habían huido al este o al oeste; no estaban en ningún otro punto del campamento.

Y habían secuestrado a cuatro personas. Muchos vieron la lucha entre Agnez y su captura; otros dos médicos fueron testigos del secuestro de Simeon; y muchos soldados habían observado que los rehusantes cargaban con dos fardos hechos con mantas, con alguien dentro.

Una persevante que estaba en el suelo había visto adónde se habían ido todos. Pero apenas podía hablar. Tenía tan poca voz que Rochefort tuvo que estirarse en el suelo a su lado y acercar la oreja todo lo que pudo, mientras Dartagnan espetaba un «¡Callaos!» a todos los demás, fulminándolos con un gesto.

El silencio era absoluto, pero, aun así, solo Rochefort podía oír. Escuchó durante treinta segundos…, cuarenta y cinco…, un minuto…, y luego se apartó y se puso en pie, mirando hacia la imponente pared de piedra, para mirar después una vez más a la persevante, que no diría una palabra más.

—Invocó a un ángel, que apartó una gran piedra —dijo Rochefort. Se acercó al despeñadero e hizo un gesto a uno de los médicos para que acercara una lámpara—. Tras la piedra se abría una galería subterránea ascendente. Todos pasaron por allí, y por último entró la maga, que ordenó al ángel que volviera a cerrar el paso.

—¿La maga? ¿La que creó la columna de fuego?

—*Lady* Dehiems —dijo Rochefort—. O eso le pareció a Dangenne.

—¡Dehiems! ¿La albana? ¡Pero si está en Lutacia!

—Nos ha engañado —dijo Rochefort, con el ceño fruncido en un gesto rabioso, con la cicatriz blanca como la nieve que caía a su alrededor.

Bajó la barbilla casi hasta el pecho, tomó aire y volvió a levantar la cabeza con un esfuerzo patente.

—Debo presumir que Liliath ha regresado. Tal como se temía la cardenal. No puedo creérmelo…, y, sin embargo, tiene que ser así… Dehiems es Liliath; Liliath es Dehiems. Y la hemos ayudado.

Dartagnan no respondió. Se acercó a la roca, la tocó con los dedos, recorriendo la fina marca que efectivamente podía corresponder a una puerta oculta.

—¿De qué vale localizarla? ¡Dangenne dijo que era una piedra enorme! No tenemos ángeles que puedan mover algo tan grande —dijo Rochefort, dando una palmada a la pared con la mano—. ¡Ah, he estado lenta, y he sido muy tonta!

—Id a buscar a Deramillies —le dijo Dartagnan al mosquetero que tenía más cerca, que dio media vuelta y echó a correr.

—¿Y para qué necesitamos a Deramillies? —soltó Rochefort—. Tenemos que encontrar otro modo de subir…

—Deramillies es una experta en sitios, una maestra con la pólvora, y muchos de sus fusileros han sido mineros —dijo Dartagnan—. Noto la leve silueta de una entrada. Picaremos, y luego volaremos la piedra.

—¿Y los perseguiremos?

—Naturalmente —respondió Dartagnan—. Los mosqueteros los perseguirán. La guardia capitalina, los caballeros del rey y vuestros persevantes escoltarán a los rehusantes y os retiraréis por el collado.

—¡No! ¡Dejadme que dirija yo la persecución!

—Los cuatro secuestrados son mosqueteros —insistió Dartagnan—. Nosotros iremos tras ellos. Encargaos de la retirada.

—¡No! —exclamó Rochefort—. ¡Tiene que ver con el templo! Si efectivamente es Liliath… No sé lo que pretenden, pero sin duda es algo desastroso para todos. Y Dorotea…, es decir, la bachiller Imsel…, estaba a mi cargo, era mi prisionera… Quiero decir que era mi invitada. Le dije que me aseguraría de que no sufriera ningún daño…, y eso…, y eso… No hay duda de que tanto la cardenal como la reina insistirían en que seamos yo y mis persevantes los que nos ocupemos de Liliath. ¡Somos los más indicados!

Dartagnan ladeó la cabeza, intrigada, y miró fijamente a Rochefort.

—No creo haberos oído nunca hacer una exposición más desestructurada, Rochefort. Aunque lo que decís tiene sentido… En cualquier caso, puede que discutamos para nada. Es posible que Deramillies no consiga abrir el paso, o que haga volar toda la montaña. Sabiendo que en cualquier caso vamos a tener que dejar atrás la pólvora, quizá se pase de cantidad.

—Por favor, Dartagnan —imploró Rochefort—. Dirigid vos la retirada. Llevaos a todos salvo a mis persevantes. Dejadnos a nosotros la persecución, tal como indica el nombre de nuestro cuerpo.

—Los abestiados invadirán el collado —dijo Dartagnan—. No podréis volver por aquí.

—Eso no me importa —dijo Rochefort, impávida, sin mostrar ninguna emoción.

Dartagnan quiso decir algo, se lo pensó mejor, frunció el ceño y luego espetó cuatro palabras:

—La persecución es vuestra.

33

El Clan de las Sombras salió del túnel unos cuarenta minutos más tarde, en medio de la ventisca. Se encontraron en un camino que ascendía desde algún lugar en las profundidades de Ystara y que proseguía hacia la cima. Liliath dio una palmada y soltó un grito triunfal. Ya estaban muy cerca: llegarían al templo de Palleniel Exaltado hacia el amanecer.

—Tenemos que descansar, *milady*, y tratar a nuestros heridos —dijo Bisc, echando una carrera para ponerse a su altura en el momento en que ella se disponía a subir por el camino.

Cualquiera que fuera el ángel que había invocado para que la iluminara aún la envolvía en un aura perlada, mucho más brillante que la luz temblorosa de los faroles que llevaban algunos de los rehusantes.

—¡Tenemos que descansar! —repitió Bisc, viendo que Liliath no hacía ademán de pararse a escucharlo.

La ascensión había llegado al final de un día largo y agotador. Muchos de los miembros del Clan de las Sombras caminaban prácticamente dormidos. Varios se habían caído por las escaleras, de fatiga o debilidad. Muchos tenían pequeñas heridas que habían sufrido durante la batalla con los abestiados o durante la huida del campamento. A los más malheridos los habían dejado atrás.

—¡Pero es que estamos muy cerca! —gritó Liliath.

Apretó los puños, intentando contener la excitación, la rabia que le daba que alguien pudiera retrasarla una vez llegada a aquel punto. Todos aquellos años de planificación, el primer fracaso, el largo sueño…, todo ello la había conducido a ese momento que estaba a punto de llegar, tenían que alcanzar el templo…

—Necesitamos un descanso —repitió Bisc, que se quitó la nieve del rostro con la mano—. Y un refugio. ¿Hay alguno por este camino? ¿Antes de llegar al templo?

—Es el camino de los peregrinos —dijo Liliath, malhumorada—. Hay…, había refugios por el camino…, hay uno algo más arriba, no recuerdo a qué distancia. Y no sé en qué estado estará. Si nos damos prisa, podríamos llegar al templo al amanecer.

Bisc negó con la cabeza.

—No con esta nieve. Ahora no. Debemos descansar.

La boca de Liliath se alisó, convirtiéndose en una tensa línea recta. Bisc lo vio y añadió:

—Los cuatro prisioneros son los que más necesitan ese descanso.

Liliath se relajó un poco y abrió los puños.

—Muy bien —dijo a regañadientes—. Descansaremos en el refugio. Pero no más de dos horas, Bisc. ¡Debemos seguir adelante!

—¡Gracias, *milady*!

Se volvió hacia el desorganizado grupo que tenía detrás, una serie de figuras entre la nieve, apenas visibles en la oscuridad, sobre todo los que estaban más lejos de los faroles. Los últimos rehusantes estaban saliendo del túnel. Aquel extremo no estaba bloqueado por ninguna roca; simplemente, había una trampilla escondida con astucia, que estaban volviendo a colocar en su sitio.

—¡Hay un refugio donde descansar algo más adelante! —les gritó, aunque la nieve amortiguaba sus palabras—. ¡Ayudaos unos a otros! ¡No está lejos! ¡Ystara!

Un débil coro le respondió: «¡Ystara!». Los rehusantes sacaron fuerzas de flaqueza y reanudaron la marcha, ayudando a los que lo necesitaban. Liliath echó a caminar otra vez, bullendo de impaciencia. Bisc volvió a acercársele corriendo.

—No tan rápido, *milady* —dijo, jadeando—. ¿Y si hay abestiados?

Liliath se detuvo un momento y cerró los ojos. Sentía la nieve en el rostro, leves toques de un frío que se fundía inmediatamente sobre su piel siempre caliente y dejaban rastros de humedad que le hicieron pensar en mucho tiempo atrás, cuando aún era capaz de llorar. Mucho, mucho tiempo atrás, cuando, aún siendo una niña, la llamaron por primera vez la Doncella de Elanda, la portentosa invocadora de ángeles. Algunos incluso la habían llamado la Maga de los Ángeles, pero los sacerdotes les habían prohibido que lo hicieran mientras aún tenían control sobre sus actos.

—Abestiados… —murmuró Liliath.

Se quedó inmóvil allí mismo y giró dando una vuelta completa sobre sí misma, abriendo la mente al mundo que la rodeaba. Percibía hasta el más minúsculo rastro de Palleniel a su alrededor, aunque eran rastros de naturaleza diversa. En los rehusantes que tenía detrás, en los cuatro prisioneros, en los abestiados… Frunció los labios al identificar las bandadas de criaturas que ascendían hacia el collado, y las que seguían dispersas por la ladera.

Efectivamente, había alguno por el viejo camino de los peregrinos, pero muy por debajo… Odiaba tanto a los abestiados…, eran la prueba de su fracaso.

—No hay ninguno cerca —dijo—. Se sienten atraídos por mí, pero, más aún, por el lugar donde he invocado a ángeles. A primera hora habrá una horda en el collado, y acabarán con la expedición.

—Pero ¿qué…?

—Muy pronto desaparecerán todos —dijo Liliath, agitando la mano como si quisiera quitarse de encima algún insecto molesto.

Los copos de nieve le dejaron rastros blancos en la mano.

—Muy pronto.

Se puso en marcha otra vez, y de nuevo demasiado rápido. Bisc salió corriendo tras ella y la agarró del codo. Ella se giró como una bestia, con la mano en forma de garra, lista para atacar. Sin embargo, en el último momento relajó los dedos y se limitó a dar una palmadita a Bisc en la mejilla.

—Sí, estoy impaciente, lo sé —dijo.

Miró hacia atrás y vio que los miembros del Clan de las Sombras avanzaban renqueando; el tenue brillo de las lámparas se veía aún más apagado entre la nieve, iluminando unas siluetas oscuras que desaparecían en la oscuridad. Y los cuatro prisioneros, que eran lo que más le importaba, quedaban prácticamente ocultos por los remolinos de nieve.

Mientras miraba, el suelo tembló bajo sus pies. Se oyó el ruido sordo de una explosión lejana. Miró a Bisc.

—Estarán haciendo estallar sus reservas de pólvora —dijo Bisc—. Querrán emprender la retirada. O podría ser un accidente.

Liliath asintió lentamente y levantó una mano, examinando los iconos que llevaba en los anillos. Pensó en enviar a Esperaviel para que viera qué había sucedido, pero decidió no hacerlo. Una invocación atraería a más abestiados al tramo alto del camino. Aunque dudaba que pudieran llegar a tiempo, era mejor no correr riesgos…

—Es hora —dijo en voz alta—. Debemos darnos prisa.

—Sí, *milady* —concedió Bisc, preocupado—. Liliath parecía tan obsesionada con llegar al templo que había olvidado su charla sobre la necesidad de descansar—. ¿El refugio?

—Sí…, sí —respondió Liliath. Sacudió la cabeza, se quitó la nieve de la cara y miró fijamente hacia la penumbra blanca que tenía delante—. Recuerdo… que hay uno, no muy lejos…, en la próxima curva.

Bisc asintió. No veía ninguna curva en el camino. Estaba demasiado oscuro y la nevada era muy intensa. Pero, como siempre, creyó a su señora.

Pateó el suelo para calentarse los pies y la siguió. Por su parte, el Clan de las Sombras y sus prisioneros lo siguieron a él.

Muy por detrás de Liliath, Henri resbaló y cayó pesadamente sobre la nieve. Los rehusantes le habían arrebatado sus numerosas mantas y le habían atado las manos en la base de la escalinata. Aunque le habían dejado su abrigo, estaba lleno de pequeños agujeros provocados por las chispas, y le habían arrancado el ribete de piel. Se quedó tendido en la nieve un momento, gimoteando, demasiado cansado incluso para ponerse en pie. Se preguntó si alguna vez volvería a sentir calor. Aunque quizá mantenerse vivo fuera un problema aún mayor que mantenerse caliente…

Los rehusantes lo pusieron en pie sin contemplaciones, y le empujaron para que se pusiera a la altura de Dorotea, que avanzaba con el ritmo cansino de una noria de agua a medio gas, alimentada únicamente por el goteo de un arroyo. Apenas levantaba los pies de la nieve, por lo que, más que pisadas, iba dejando tras ella un rastro de dos líneas paralelas, como un trineo.

Cuando el hombro de Henri topó con el suyo, Dorotea lo miró sin fuerzas y sonrió.

—Tesoro —dijo, con la voz rasposa—. Y casi sin abestiados.

Henri no podía sonreír siquiera. Miró a su alrededor. La rehusante que le había empujado se había detenido media docena de pasos más atrás y estaba intentando conseguir que su lámpara diera más luz. El siguiente rehusante más cercano estaba media docena de pasos por delante.

—¿Tú sabes qué está pasando? —susurró.

Le costaba hablar; tenía la garganta seca. Sacó la lengua para atrapar algún copo de nieve mientras esperaba que Dorotea recuperara las fuerzas necesarias para responder.

—No —susurró Dorotea—. Pero también tienen a Simeon y a Agnez. Están detrás.

Henri se giró, pero solo pudo ver a la rehusante de la lámpara y unas siluetas borrosas tras ella, oscurecidas por la nieve. Intentó girarse un poco más para ver mejor, resbaló y tropezó otra vez, ahora sobre Dorotea, haciendo que ambos cayeran de bruces sobre la nieve.

Pero una vez más los levantaron, les dieron un empujón y los obligaron a seguir adelante.

Agnez los vio caer. Los reconoció por la forma y el modo de moverse, aunque no eran más que un par de siluetas indefinidas. Había conseguido llegar a la altura de Simeon, que ahora caminaba a su lado, imperturbable. Un rehusante con una lámpara les había intentado seguir el paso, pero no había podido. Ahora estaban prácticamente a oscuras. Henri y Dorotea, iluminados por la lámpara de una rehusante más próxima, estaban unos cuarenta o cincuenta pasos por delante de ellos.

—Estoy convencido de que puedo romper mis ataduras —susurró Simeon —. Han usado vendas. No tenemos a nadie cerca por detrás, al menos no lo suficiente como para que nos puedan ver.

—Es mejor esperar —dijo Agnez—. Son demasiados. Además, ella tiene poder sobre muchos ángeles, y aquí no hay donde ir.

—¿Ella?

—¿No la has visto? —preguntó Agnez.

—No.

—*Lady* Dehiems. O, tal como ha dicho ella misma, Liliath, la Doncella de Elanda.

—Ah —dijo Simeon, y a Agnez le pareció una respuesta desproporcionadamente fría para la revelación que le acababa de hacer—. Henri se llevará una sorpresa. Aún pensaba que Dorotea podía ser…

Agnez casi tuvo ganas de reír, y lo habría hecho de no ser porque le dolían las costillas, porque tenía las manos atadas muy fuerte y porque la nieve se le había colado por el cuello del abrigo.

—¿Se te ocurre por qué nos han cogido a nosotros cuatro? —preguntó Agnez, una docena de pasos más tarde—. ¿Y a nadie más?

Simeon guardó silencio, pero unos cuantos pasos más allá lo rompió para decir:

—Me temo que tendrá que ver con lo que Dorotea ve en nosotros. Tenemos una conexión de algún tipo con los rehusantes. Con Ystara. Y, por tanto, con Liliath.

—La mataré —dijo Agnez, decidida.

—Ya sabes que, a pesar de que vayas desarmada y de que tengas las manos atadas a la espalda, casi te creo —respondió Simeon.

—Y hablando de ataduras… —dijo Agnez—. He cambiado de opinión. Deberíamos aprovechar la oscuridad. Si puedes romper las tuyas, hazlo.

Simeon soltó un gruñido. Agnez no veía lo que estaba haciendo. Apenas distinguía siquiera su cara; estaba muy oscuro y la nieve caía muy densa. Pero le oyó gruñir otra vez. Luego se oyó un chasquido.

—Desátame —dijo—. Pero vuelve a pasarme las vendas por las muñecas, y yo te pasaré las tuyas. Fingiremos que seguimos atados.

Simeon se le acercó y, tanteándole las muñecas en la oscuridad, hizo lo que le pedía. Agnez le devolvió el favor, atándole de nuevo, pero sin apretar. Avanzaron tropezando y resbalando en la nieve, hasta el punto de que la rehusante que llevaba la lámpara pudo recuperar la distancia perdida. En el momento en que notaron la luz, se pusieron hombro con hombro otra vez para seguir adelante, con la cabeza gacha.

El techo del refugio se había hundido, pero las paredes estaban prácticamente intactas, y ofrecían cierta protección contra la nieve y el viento. Los rehusantes enseguida se pusieron a hacer hogueras con la madera caída del tejado, arrancándolo con aceite de las lámparas, y muy pronto tuvieron cuatro grandes fogatas, una en cada esquina del gran patio. Compartieron comida y agua, aunque muchos rehusantes decidieron ponerse a dormir inmediatamente, lo más cerca que pudieron del fuego.

Agnez y Simeon buscaron a Henri y a Dorotea; sus vigilantes estaban demasiado cansados como para detenerlos, o quizá pensarían que daba igual. Los cuatro amigos intercambiaron miradas agotadas a modo de saludo y se sentaron junto a la hoguera del lado noreste, intentando entrar en calor.

Solo llevaban allí unos momentos cuando el joven jefe del Clan de las Sombras se les acercó. Ellos habían oído que los rehusantes lo llamaban por su nombre, o nombres, a veces Bisc y a veces Rey. Era bastante atractivo, sin duda tenía un aire de líder, y (curiosamente para ser rehusante) no mostraba ningún rastro de enfermedades o afecciones pasadas o presentes.

—¿Sabéis para qué os quiere? —preguntó, mirándolos, de espaldas al fuego.

No había duda de a quién se refería, sin necesidad de que mirara hacia el arco donde había estado la puerta del refugio en el pasado. Liliath estaba allí, envuelta en una brillante luz angelical, contemplando el camino, ajena al calor, la comida y el agua que se compartía entre las cuatro paredes.

—No —respondió Dorotea al cabo de unos momentos, cuando quedó claro que ninguno de los otros iba a responder—. ¿Tú tampoco?

Bisc no respondió, pero siguió mirándolos.

—¿De verdad es Liliath? —preguntó Agnez.

—¿Qué? —exclamó Henri, levantando la cabeza de golpe.

Pero Dorotea asentía en silencio, como si lo que acababa de oír le encajara perfectamente.

—Es la Doncella de Elanda —confirmó Bisc.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Henri.

—Yo soy el Rey de las Sombras de Lutacia —respondió Bisc, esbozando una sonrisa—. Un poco apartado de mi reino, debo admitir. Os sugiero que intentéis dormir; nos pondremos en marcha pronto.

—¿Hacia el templo de Palleniel Exaltado? —preguntó Dorotea—. ¿Qué va a hacer allí?

Bisc se encogió de hombros, se giró y se dirigió a los rehusantes que estaban cerca:

—Haced guardia por turnos. Quiero que los vigiléis.

Los cuatro amigos le vieron acercarse a Liliath, que seguía de pie, contemplando el camino.

—Supongo que más vale que durmamos —dijo Agnez. Echó un vistazo a los rehusantes que estaban más cerca y vio que ninguno de ellos había prestado demasiada atención a la orden de Bisc, quizá porque tampoco se había dirigido a nadie en particular. Todos se estaban acomodando, preparándose para dormir—. Si nos ponemos espalda contra espalda, podremos conseguirlo.

Se sentaron en el suelo, apoyando la espalda el uno contra el otro. Al rato, Agnez ya estaba manipulando las ataduras de Dorotea, y Simeon ya había soltado las de Henri.

—No os mováis —susurró Agnez—. Volveremos a ajustároslas, sin apretar, para que parezca que seguís atados. No os olvidéis, no mováis los brazos ni nada parecido. Luego solo tendremos que esperar la ocasión ideal para huir.

—¡Más vale que no nos olvidemos! —protestó Dorotea.

—¿Tú sabes para qué nos quiere Liliath, Dorotea? —preguntó Henri, nervioso—. O sea… ¿Por qué nosotros?

—Yo creo que tiene que ver con lo que veo —susurró Dorotea. Simeon asintió—. Lo que veo en nosotros y en los rehusantes —añadió. Hizo una pausa al ver que cambiaba el viento y el humo de la hoguera se arremolinaba, cubriéndolos por un momento, irritándoles los ojos y obligándolos a aguantar la tos—. También está en los abestiados.

—¿De verdad? ¿Lo mismo? —susurró Simeon.

—Más o menos.

—¿Y en Liliath?

—No. Ella es diferente —dijo Dorotea—. Completamente diferente. Ella tiene dentro ángeles enteros. Muchos ángeles.

—¿Y qué tenemos nosotros? ¿Y los rehusantes, los abestiados y quien sea más? ¿Otros ángeles?

Dorotea respiró hondo.

—No. Yo creo que son fragmentos del mismo ángel. Fragmentos de un ángel roto…, repartidos entre nosotros…, o más bien, fragmentos de un arcángel roto.

Se produjo un silencio terrible. Todos lo pensaban, pero nadie lo dijo, hasta que Simeon susurró la palabra, pero con una inflexión que la convertía en una pregunta, como si no consiguiera creer que pudiera ser verdad.

—¿Palleniel?

34

—Hay restos de ascuas y brasas; no hará más de un cuarto de hora que han pasado —dijo Vautier—. La exploradora le dio una patada a un tronco que había apartado de una hoguera, y se levantaron unas llamas que lamieron de nuevo la madera.

Rochefort asintió. Miró alrededor y observó que sus persevantes ya habían reavivado los cuatro fuegos, con la esperanza de poder quedarse y entrar en calor. Estaban agotados; no tenía sentido seguir adelante, por mucho que lo deseara.

—Descansaremos una hora —anunció—. Derambouillet, que preparen comida y calienten vino para todos. Vautier, pon centinelas en el camino, arriba y abajo. En grupos de tres, y que cambien cada veinte minutos. Quiero que seamos nosotros los que demos la sorpresa, no al revés.

Rochefort sacó su reloj de bolsillo, lo abrió y lo acercó a la luz del fuego para poder leer las esferas gemelas, una sobre la otra: la de arriba indicaba las horas; la de abajo, los minutos. Las 5.20. Eso significaba que faltarían unas dos horas para el amanecer, aunque eso podía ser en teoría, si seguía tan nublado. «Quizá despeje», pensó. La nieve se estaba disipando. De hecho, a medida que se acercaban a aquella ruina, le había parecido sentir una brisa templada de frente, opuesta a la que había traído la nieve. Levantó la vista y confirmó sus sospechas. Vio un claro en el cielo, con muchas estrellas, que iba ganando espacio progresivamente.

Eso era bueno, pensó, dando un golpecito a la culata de su pistola. Al no poder contar con sus ángeles, tendrían que apoyarse en sus armas de fuego. Sus persevantes eran todos expertos tiradores. Lo que a su vez le recordó que debían dedicar un rato a descargar las armas, cebarlas, y cargarlas de nuevo de pólvora y munición, porque estaban todas empapadas de nieve fundida.

—Vos también deberíais descansar, capitana —dijo Derambouillet—. Venid junto al fuego… Os traeré vino en cuanto esté caliente.

—Tienes razón —dijo Rochefort.

Se sentó junto al fuego y se quitó el sombrero para sacudirse la nieve. Pero no descansó. Se quedó mirando las llamas y oyó su propia voz, que repetía, una y otra vez. «No dejaré que te hagan daño».

Tras una última curva por la ladera de la montaña, el camino se volvió recto como una flecha hacia el norte, al llegar al collado entre dos picos. Ya empezaba a clarear; en el oeste se veían las primeras luces rosadas, había dejado de nevar hacía ya un rato y el cielo se estaba aclarando. Las pocas nubes que quedaban las tenían por debajo, porque habían ascendido mucho.

Liliath contempló el templo de Palleniel Exaltado. Su templo, su hogar durante seis años. Había llegado a aquel lugar de niña, por voluntad de otros, y había acabado convirtiéndolos en sus esclavos. El templo había sido escenario de los mayores triunfos de la magia angelical, y también de su mayor fracaso. Un fracaso que enmendaría muy pronto.

El templo aún quedaba a una milla, del otro lado de un lago helado que desembocaba por su extremo oeste en una abrupta cascada de hielo. En la ladera de la montaña opuesta se alzaba una estructura de aspecto moderno en forma de ele de cinco plantas de altura, hecha de piedra de color crema, con grandes ventanas con postigos de un rojo desgastado que era ya casi rosa. Había una torre considerablemente más alta en un extremo, también cuadrada, coronada por el clásico chapitel de los templos, de tejas de cobre batido, que brillaba al sol. La casa habría tenido encanto en una ubicación diferente, rodeada de jardines. El edificio central parecía fuera de lugar, encaramado sobre la roca desnuda y el hielo. El chapitel era la única señal indicativa de que era un templo.

Con las primeras luces del día, los cuatro amigos vieron que tenían un aspecto horrible. Simeon aún llevaba su bata de médico, con grandes manchas de sangre, aunque también llevaba una manta sobre los hombros a modo de capa. Agnez tenía magullado un pómulo, la capa rota por un lado, y no llevaba pistolas ni dagas al cinto. Henri parecía un aprendiz de herrero o el superviviente de una explosión en un arsenal. Tenía manchas de pólvora por la cara, en las manos y en el tabardo, y el ribete de pieles de su capa estaba hecho jirones. Solo Dorotea conservaba un aspecto relativamente pulcro, aunque, al igual que los otros, llevaba la fatiga en el rostro.

No se atrevían a hablar entre ellos, porque Bisc y Liliath estaban cerca. Todos miraban a Liliath, que tenía la mirada fija en el templo. Por fin se giró, pero nadie pronunció palabra.

—Cruzaremos el lago —decidió—. Está congelado hasta el centro todo el año. No hay peligro.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —se atrevió a preguntar Dorotea.

—Ya lo veréis —dijo Liliath, que volvió a girarse hacia el templo—. Pronto. Muy pronto…

Y sin una palabra más se puso en marcha. Bisc se la quedó mirando, y luego les indicó a los rehusantes que se pusieran en marcha.

—Alizon T, tú y los tuyos permaneced con los prisioneros —dijo—. Vigiladlos. Recordad las órdenes.

—Sí, Rey —dijo Alizon, una mujer alta y enjuta que solo tenía un brazo.

El izquierdo le acababa en un muñón enfundado en un calcetín que asomaba por debajo de los harapos hechos con mantas. Pero llevaba un enorme cuchillo al cinto, cerca de su mano derecha, y las cicatrices de su rostro sugerían que había sobrevivido a muchas luchas en sus aproximadamente treinta años de vida. Era una de las mayores del grupo. Los rehusantes, en general, no solían vivir mucho, y los del Clan de las Sombras vivían aún menos.

—En marcha, pues —dijo Alizon a los cuatro amigos. Sacó el cuchillo, y sus tres secuaces se le acercaron. Todos llevaban cuchillos igual de largos, y dos tenían pistolas—. No me deis ningún motivo para destriparos. Tenemos órdenes de no haceros daño. A menos que sea necesario, claro.

—No os causaremos problemas —le aseguró Agnez, muy seria. Y miró a sus amigos—. ¿Vamos?

Se giró hacia ellos, de modo que Alizon y los otros no pudieran verla, y articuló «despacio» con la boca, en silencio.

Se pusieron a caminar, muy juntos, con Alizon y su trío de secuaces detrás, pero no demasiado cerca. La mayoría de los rehusantes iban por delante, con Liliath; era como si quisieran tenerla cerca, como si su presencia les diera seguridad ante la posibilidad de que aparecieran abestiados, aunque en realidad aún había muchos rezagados. Demasiados como para arriesgarse intentando huir. No había ningún sitio al que ir, ni en el que tomar posiciones para la defensa. Solo nieve, hielo y piedra, y, por delante, el lago helado y la cascada vertical.

Media hora más tarde llegaron a la orilla del lago. El viento había amainado. En el cielo, ya completamente claro y de un bonito color azul, brillaba un sol dorado y cálido. Parte de ese calor llegó hasta ellos, y bastó para que los rehusantes se quitaran las mantas de más y las enrollaran para cargarlas, en lugar de usarlas a modo de capa. También bastó para mejorar el estado de ánimo general, que era de desesperación, agotamiento y miedo constante.

Los prisioneros, que iban arrastrando los pies todo lo que podían, evitando que resultara demasiado evidente, consiguieron así irse acercando al final de la alargada columna. Sobre el hielo resultaba aún más fácil ir más despacio. A

los pocos pasos, Dorotea patinó, abriendo las piernas lentamente, y acabó cayendo sobre las de Henri, que también acabó en el suelo. Simeon también se dejó caer, y a punto estuvo de abrir una grieta en el hielo. Agnez se rio, llamando la atención de Alizon, mientras los otros tres rehusantes se acercaban para levantar a los prisioneros caídos.

Liliath ya había llegado al otro lado del lago, caminando tan ligera sobre el hielo que parecía que patinara. Los rehusantes que iban tras ella no mostraban la misma agilidad, y avanzaban entre resbalones, caídas y exabruptos. Justo antes de llegar a la orilla, Liliath se detuvo. Hasta entonces era como un sabueso volviendo a su caseta, en busca de su cena, con la cabeza levantada y los ojos puestos en el templo, olfateando el viento. Pero ahora estaba inmóvil, y de pronto dio un giro completo con los ojos cerrados. Unos segundos más tarde, aquellos ojos rabiosos se abrieron de golpe y miraron hacia el oeste, donde debía desaguar el lago en pleno verano.

—¡Abestiados! —espetó Liliath, agitando los brazos con rabia—. ¡Abestiados!

—¿Dónde? —preguntó Bisc, mirando frenéticamente en todas direcciones.

—¡Trepando por la cascada! —dijo Liliath—. No pensaba que pudieran…

Se giró en dirección a la capa de hielo, contempló la larga fila de rehusantes y vio a los prisioneros caídos en el otro extremo del lago.

Liliath contrajo la boca en una mueca furiosa.

—¡Deprisa! ¡Traedme a los cuatro! ¡Rápido!

—¡Moveos! —gritó Bisc, y su voz atravesó el lago helado.

Pero entonces vio algo, y se quedó boquiabierto. Se giró hacia Liliath para decírselo, pero ella también los había visto.

Agnez miró por encima del hombro, para ver cuántos rehusantes tenían cerca. Era una ocasión para huir, por pequeña que fuera. Solo estaban Alizon y sus tres secuaces, y algunos rezagados aún más atrás… Agnez parpadeó. No eran rezagados, ni tampoco eran abestiados. Había un gran número de soldados con capas escarlata ribeteadas de piel de zorro rojo y, algo más adelantados, cuatro exploradores vestidos de ante, arrodillados en el suelo, apoyando sus rifles de cañón largo…

—¡Al suelo! —gritó Agnez, liberando las manos de sus ataduras para lanzarse al suelo.

Los otros, que estaban a punto de ponerse en pie ayudados por sus captores, se tiraron cuerpo a tierra.

Al estampido de los disparos lo siguió el ruido sordo de las balas al penetrar en sus blancos y los gritos de las víctimas. El rehusante que más cerca tenía Agnez cayó, llevándose la mano al vientre. Ella se adelantó gateando a toda prisa y le cogió el cuchillo y la pistola. Al momento la cargó y apuntó a Alizon T, que aún miraba, atónita, a los persevantes que avanzaban por el camino. Agnez apretó el gatillo, pero solo se oyó un clic y un chisporroteo. Alizon reaccionó, sacó el cuchillo y se lanzó contra Agnez, pero tropezó con Simeon, que había alargado su enorme pie.

Agnez apuñaló a Alizon, le dejó la hoja clavada y le arrancó el cuchillo de la mano, que se abría lentamente. Poniéndose en pie, medio corriendo y medio patinando por el hielo, llegó al lugar donde Henri forcejeaba con un rehusante, agarrándole la muñeca con ambas manos para evitar que le clavara su daga en el pecho. Agnez lo apuñaló por las costillas y se lo quitó de encima de un empujón, mientras Simeon se encargaba del último rehusante, que estaba intentando abrir la cazoleta de su pistola y que salió despedido por el hielo.

—¿Todo despejado? —preguntó Agnez, jadeando y mirando a su alrededor.

Los rehusantes más cercanos estaban a unos treinta o cuarenta pasos.

—Muertos… o inconscientes —confirmó Simeon.

Se quitó su sombrero y lo agitó al aire, haciendo señales a los persevantes, aunque era poco probable que lo confundieran con ningún otro.

Los exploradores no volvieron a disparar, pero tampoco avanzaban. Por algún motivo, los persevantes estaban tomando posiciones por el camino. Levantaron los mosquetes, pero no apuntaban hacia el grueso de los rehusantes, cerca del lago, que en cualquier caso estaban demasiado lejos.

—¿Qué están…? —quiso decir Dorotea, pero en ese momento miró hacia donde apuntaban los mosquetes y lo vio ella misma.

Por el filo de la cascada helada empezaron a aparecer abestiados. Montones. Una vez más, los había de formas y tamaños muy diferentes, pero todos tenían garras o espolones que les facilitaban la escalada por la cascada helada y los movimientos por el hielo. Se fueron extendiendo en una línea horizontal y avanzaron rápidamente.

—¡Maldición! —exclamó Agnez. Miró a los abestiados, a los persevantes, a Liliath y al Clan de las Sombras, en la otra orilla del lago, y al momento asimiló la situación.

La única posibilidad de huir de los abestiados era correr hacia sus enemigos, al otro lado del lago, en busca del refugio que pudiera ofrecerles el

templo, si conseguían montar defensas y aguantar la posición. Y eso suponía volver al cautiverio.

—¡Corred!

Liliath hizo un ruido que Bisc nunca le había oído emitir, una especie de grito contenido, como si la hubieran apuñalado o herido de gravedad.

—Id al templo —le ordenó a Bisc—. Preparaos para defender los niveles inferiores. No sé en qué estado lo encontraréis.

—No voy a dejaros —dijo Bisc.

—Yo traeré a los cuatro —replicó Liliath.

—Pero… los… abestiados los pillarán antes —dijo Bisc.

Los que habían sido prisioneros de los rehusantes corrían por el hielo todo lo rápido que podían, pero los abestiados iban ganando terreno. Algunos de los abestiados más retrasados habían caído bajo el fuego de mosquete de los persevantes, y las fuerzas de Rochefort iban avanzando en dos frentes alternos; el primero disparaba y luego recargaba, mientras el segundo frente pasaba a primera línea, y así consecutivamente. Sin embargo, aquello hacía que avanzaran despacio, y nunca podrían alcanzar a los abestiados más alejados, ni podrían abatir los suficientes como para reducir su número significativamente.

—Marchaos —insistió Liliath—. Invocaré a un ángel.

Bisc se alejó y llamó a los suyos. No tuvo que insistirles, dada la cantidad y la velocidad de los abestiados, pero todos se giraron a mirar a Liliath, aún sobre el hielo. Bisc se tranquilizó al verla levantar una mano y apoyar un dedo en uno de sus anillos, aunque no tenía ni idea de qué pensaba hacer. La magia angelical no podía usarse contra los abestiados, o al menos nadie había conseguido nunca obligar a un ángel a actuar en contra de ellos…

El icono que escogió Liliath era el de una virtud que actuaba sobre el movimiento del aire. La placa representaba a una mujer de ojos dorados con las mejillas hinchadas y los labios fruncidos, soplando.

—Mairaraille, Mairaraille, ven a mí —susurró Liliath, repitiendo el nombre lentamente, muy concentrada.

Habría preferido no tener que usar la magia en aquel lugar, porque eso sin duda atraería a más abestiados, pero ya era demasiado tarde para tales consideraciones.

La virtud respondió al momento, pero intentó escabullirse, alejarse y volver al cielo. Liliath hizo una mueca, apretando los dientes, elevando la voz

y concentrándose en la tarea que tenía por delante; el resto del mundo no existía.

Aun así, Mairaraille dudó. Liliath sintió cómo se le fruncía y se le relajaba la piel en las comisuras de los ojos con el esfuerzo de la invocación. Una furia incandescente la invadió por dentro, un deseo no solo de invocar a la ángel, sino de destruirla. La ángel percibió aquella rabia y se asustó. Enseguida cedió, manifestándose con un concierto de campanillas y trompetas disonantes, levantando el viento que comandaba alrededor de Liliath, sin atreverse a tocarla a ella.

—Ve hasta los cuatro que corren por el hielo —le ordenó Liliath, inflexible—. Envuélvelos con suavidad y álzalos del suelo, asegurándote de que no sufren ningún daño, y tráemelos aquí. Luego también me levantarás a mí, con la misma suavidad y el mismo cuidado, y nos llevarás a todos hasta la puerta del templo que te estoy señalando ahora mismo. Nos posarás suavemente en el suelo y no nos harás ningún daño.

—*No puedo levantar a tantos* —protestó la ángel.

—¡Debes hacerlo! —ordenó Liliath.

—*Es demasiado difícil, el aire está demasiado frío, es demasiado fino…*

—¡Ve o acabaré contigo! —gritó Liliath—. ¡Ve!

Se oyó un potente aleteo y un sonido de trompetas. El polvo de hielo salió volando en círculos, absorbido por un torbellino que atravesó el lago helado en dirección a los cuatro mosqueteros.

Dorotea percibió a Mairaraille antes de ver a la ángel por el rabillo del ojo. Un torbellino de luz y sombras, visible unos segundos más tarde en su forma habitual, creando una enorme columna blanca. No sabía qué ángel era, pero sí de qué tipo, y supuso que la habrían enviado en su busca, puesto que no tenía sentido atacar a los persevantes con los abestiados tan cerca, y que ningún ángel atacaría a los abestiados de Ystara.

—¡Juntaos! —gritó, agarrando a Simeon por el hombro—. ¡Juntaos!

Simeon vio el remolino blanco, cada vez más grande, acercándose rápido. Extendió el brazo y tiró de Henri; Agnez también vio lo que se les venía encima y se deslizó por el hielo para pasar el brazo sobre el hombro de Henri. Todos se frenaron, patinando. A punto estuvieron de caer al suelo, amontonados.

—¡Cerrad los ojos! —gritó Dorotea.

El remolino les alcanzó un segundo más tarde y se vieron impulsados violentamente hacia atrás, pero no cayeron sobre el hielo. Mairaraille los elevó del suelo, dando tumbos; la ángel los mantuvo separados, de modo que

las armas y todo lo que llevaban en sus bolsas y bolsillos cayó sin causar ningún daño; prestó la máxima atención a no arrancarles las capas de los hombros, pero, aun así, todos perdieron sus sombreros, y Agnez, una de sus botas.

La ángel los transportó al otro lado del lago en solo unos segundos, e hizo descender el remolino helado para recoger a Liliath, que se hizo una bola y apretó los puños contra el vientre, con lo que consiguió conservar casi todos sus iconos, salvo dos, que llevaba prendidos de la túnica y que salieron volando cuando el remolino se la hizo trizas.

Unos segundos más tarde, tras muchos gritos y mucho frío, todos cayeron en un grueso manto de nieve cerca de la puerta principal del templo. Mairaraille se fue antes de que Liliath le diera permiso para hacerlo, aprovechando que al caer había apartado los dedos del icono. Liliath, furiosa, emergió del profundo hueco que había creado al caer y fue en busca de Bisc, que intentaba abrirse paso por la nieve para ayudarla. Los rehusantes habían llegado al templo solo un momento antes.

—¡Ocupaos de los prisioneros! —les espetó Liliath, y los rehusantes obedecieron al instante, sacando de la nieve a los aturdidos mosqueteros, que aún parpadeaban. Al igual que Liliath, tenían decenas de dolorosas heridas en las manos y en la cara, producidas por las esquirlas de hielo, pero, por lo demás, estaban ilesos.

Solo que en el caso de Liliath esas pequeñas heridas ya se estaban curando. Además, los rastros de sangre, de un visible tono plateado, fueron desapareciendo al recuperar su piel la suavidad y perfección que solía lucir.

El templo se elevaba sobre sus cabezas. Los gruesos muros de piedra de la planta baja no tenían ventanas, y las de las plantas superiores tenían todos los postigos cerrados. Cuando un rehusante intentó abrir la sólida puerta central, de roble macizo y hierro, no consiguió que se moviera lo más mínimo. Había una cerradura con agujero del tamaño del puño de un niño en el lado derecho, pero no había llave. Estaba cerrada a cal y canto.

Un escalofrío de pánico atravesó a muchos de los rehusantes al ver que la puerta resistía el impacto de varios rehusantes robustos que la golpearon, y muchos empezaron a mirar ladera abajo.

Los abestiados ya casi habían cruzado el lago, apenas tardarían cinco o seis minutos en llegar. Ni siquiera chillaban; avanzaban en silencio, lo cual era peor. El único sonido que se oía era el de las andanadas de los mosquetes de los persevantes, que se repetían a intervalos regulares, dos o tres por minuto. Pero las tropas de Rochefort no habían llegado aún a la orilla del

lago. Avanzaban lentamente, y aunque sus disparos iban provocando numerosas bajas en la retaguardia de los abestiados, aún habría al menos un centenar de monstruos lo suficientemente alejados que podrían llegar hasta el templo.

Ninguno había dado media vuelta para atacar a los persevantes. Todos los abestiados tenían los ojos puestos en Liliath. O, tal como lo veían los rehusantes, en ellos.

—Hay una puerta en la base de la torre —dijo Liliath—. No está…, o no estaba… cerrada con llave. Seguidme y traed a los prisioneros. ¡Los necesito vivos! No podemos arriesgar.

Recorrió toda la fachada a la carrera, en dirección a la torre. Los rehusantes agarraron a Agnez, Simeon, Henri y Dorotea, siguiendo las órdenes de Liliath al pie de la letra. Cada uno de los mosqueteros tenía a un rehusante a cada lado, agarrándole de los brazos, y otro detrás, con la mano en la empuñadura de su daga o en su pistola.

El hierro de la puerta de la torre estaba cubierto de óxido. Liliath giró la anilla que levantaba el barrote interior. La anilla se desprendió al momento, pero agarró el perno con sus dedos de fuerza descomunal y lo giró, y la barra interior se levantó rechinando. La puerta estaba encajada, pero ella empujó y consiguió que cediera, chirriando al rozar el hierro con la piedra. Liliath entró sin perder un momento.

—¡Traed a los prisioneros! —gritó—. ¡Y atrancad la puerta!

35

En el interior de la torre cuadrada había más espacio de lo que parecía desde fuera; el vestíbulo tendría al menos quince metros por cada lado. No se veía gran cosa con la luz que entraba por la puerta, pero era una especie de puesto de guardia, con sencillas sillas de madera y una mesa, un armario para espadas y unos barriles. Los muebles se caían a pedazos y un moho verde lo cubría todo. Liliath ya estaba subiendo a la carrera los escalones de piedra que había a la izquierda, en dirección a una pesada puerta de madera que se abrió con facilidad.

Agnez se quitó la bota que le quedaba de una patada nada más atravesar el umbral, con lo que se ganó un golpetazo con la culata de una pistola. Tanto ella como los otros tuvieron que subir entre empujones tras Liliath, rodeados de rehusantes. Aún se respiraba un aire de pánico apenas contenido.

—¡El último que atranque la puerta! —gritó Bisc—. Grandin, Ratter, tomad el mando en esta posición. Romped esa mesa, apuntalad la puerta. Tenéis que resistir. Debemos dar tiempo a Liliath para que invoque a Palleniel, y él se encargará de destruir a los abestiados. ¡Todo se arreglará! ¡Ystara!

Los rehusantes respondieron con un débil coro de «¡Ystara!» y levantaron nubes de moho al empezar a desmembrar la mesa, arrancando tablones para convertirlos en puntales y reforzar la puerta en cuanto vieron que no quedaba nadie fuera. Bisc se quedó observándolos un momento y luego siguió a los demás escaleras arriba.

La sala en la planta siguiente era una especie de antecámara que, desde la torre (que era como un anexo a la estructura principal), daba a un gran salón con todos los postigos de las ventanas cerrados, una larga mesa y sillas acolchadas, todo en mucho mejor estado que los muebles del puesto de guardia de la torre. De las paredes colgaban unos cuadros descoloridos y cubiertos de polvo, que parecían representar a Liliath o escenas en las que se veía el poder de los ángeles en acción.

—¡Todo el que tenga una pistola o un mosquete, a esas ventanas! —ordenó Bisc—. ¡Abridlas y empezad a disparar! ¡Todos los demás, ayudad a cargar las armas, y estad atentos, espadas y cuchillos listos! ¡Recordad que los abestiados pueden trepar! ¡Id vosotros también, Kreel, Basco y Jevens!

La mayor parte del grupo pasaron de la torre al salón; eran cincuenta o sesenta, y solo quedaron dos a cargo de cada mosquetero. No era momento para gritos de «Ystara», ni para bromas o charlas. Allí solo se veía a hombres y mujeres de rostro adusto que solo esperaban salir de allí con vida. Los postigos no se abrieron con facilidad, y algunos cayeron al suelo al empujarlos. No perdieron ni un segundo intentando abrir las ventanas; se limitaron a reventar los cristales.

Bisc, los prisioneros y su reducida escolta siguieron a Liliath escaleras arriba.

La siguiente estancia que encontraron era una biblioteca, y a Dorotea estuvieron a punto de dislocarle el brazo derecho al tirar de ella cuando instintivamente se dirigió hacia la estantería más próxima para inspeccionar su contenido. Los estantes, protegidos tras unas largas puertas de vidrio templado por los ángeles, cubrían tres de las cuatro paredes; la cuarta la ocupaban las escaleras, aunque debajo también había estantes, recortados para adaptarse al espacio libre bajo los escalones.

Los chillidos de numerosos abestiados, los disparos de pistolas y mosquetes, así como el estruendo de algo que golpeaba con fuerza la puerta de hierro de la planta baja sonaron al mismo tiempo en el momento en que llegaban a la siguiente sala. Aquello había sido un dormitorio, y los restos de un colchón de plumas mordisqueado por los roedores y los insectos cubrían gran parte de la habitación. La cama, una deslustrada reliquia de madera y bronce, estaba en un rincón. Al lado había dos cómodas tan cubiertas de polvo que resultaba imposible saber de qué tipo de madera estaban hechas. El alto espejo que había en la pared opuesta estaba en un estado similar. En una esquina había una bañera de cobre de un color verde asqueroso. A poca distancia, montones de lo que en otro tiempo probablemente había sido ropa, pudriéndose.

Subieron un piso más y salieron de la oscuridad. Aquella sala tenía unos ventanales del suelo al techo, hechos de un cristal puro, clarificado por los ángeles, que no requería limpieza, y los rayos de sol caldeaban el ambiente. Había telescopios colocados sobre trípodes en cada lado, y sofás bajos estropeados por el tiempo pensados para quienes esperaran su turno para observar el lago, la cascada y las montañas y, más allá, las tierras bajas de Ystara o, al este, Saranza.

Pero ahora todos miraban hacia la cascada. Apenas quedaba un palmo de blanco en las recortadas puntas de agua congelada, con la cantidad de

abestiados que trepaban por lo que se había convertido en una amplia escalera, dispuestos a invadirlo todo.

Miles y miles de abestiados.

—Que Palleniel nos proteja —murmuró Bisc, con la mirada fija en aquella terrible escena.

Los otros rehusantes estaban igual de absortos contemplando la enorme marea de abestiados.

Simeon fue el primero en actuar. Se zafó de los hombres que lo tenían agarrado, los cogió de las cabezas y los lanzó contra el ventanal. Al tratarse de un cristal hecho por los ángeles, se agrietó, pero no se rompió. Rebotaron en él y volvieron rodando por el suelo. Simeon se giró, arrancó el telescopio más cercano de su trípode y lo levantó a modo de maza.

Agnez se encorvó hacia atrás y hacia un lado, y le dio un cabezazo al hombre que la agarraba por la izquierda, al tiempo que le daba una patada a la rehusante que tenía a la derecha, hundiéndole el tacón en el vientre. Mientras caían los dos, ella consiguió hacerse con una de sus dagas y se enfrentó a la rehusante que tenía Henri a la derecha, que tuvo que soltarlo para echar mano de su cuchillo, mientras Henri forcejeaba con el de su izquierda para ver quién conseguía tumbar al otro.

Dorotea, que era la que estaba más cerca de los escalones que seguían subiendo, quiso derribar a una de sus captoras pasándole una pierna alrededor de las suyas, pero no lo consiguió y fue ella la que cayó. La otra, al ver que no suponía un riesgo, desenvainó su espada y se lanzó contra Simeon.

Agnez la vio y se interpuso, frenando el primer ataque con su daga y conteniendo la hoja de la rehusante. Mientras la rehusante intentaba liberarse, se acercó lo suficiente y pudo soltarle un puñetazo en la nariz, le arrebató la espada y le golpeó en el vientre con la empuñadura, haciéndola caer al suelo.

Bisc echó a correr escaleras abajo con la espada desenvainada. Liliath ya estaba atravesando el umbral de la puerta de arriba, pero dio media vuelta de golpe.

Y, en ese mismo momento, el cristal agrietado por el impacto de los dos rehusantes lanzados por Simeon se rompió en mil pedazos y un abestiado entró en la sala. Era más alto que Simeon, pero fino como un arbolillo, y estaba completamente cubierto de escamas negras iridiscentes. Se sostenía sobre cuatro patas cubiertas de pinchos y tenía dos brazos con largas pinzas como de crustáceo. La cabeza era grotesca, con unos extraños rasgos humanos, salvo por la boca, que era un agujero redondo con unos dientes minúsculos, en lugar de una abertura horizontal.

Soltó un chillido, agarró a un rehusante con sus garras y bajó la boca hasta la altura del hombro para morderlo.

—¡Están trepando por las paredes! ¡Están trepando…! —gritó alguien desde algún lugar por debajo de ellos.

Rehusantes y mosqueteros se lanzaron al unísono sobre el abestiado. Simeon le golpeó con el telescopio, rompiendo el tubo de bronce y haciendo que las lentes salieran despedidas. Agnez le atacó a los ojos con la espada, y Henri cogió la pistola que le tendió (sin decir palabra) el que había sido su oponente solo un momento antes y disparó con ella, apuntando a las articulaciones de sus miembros inferiores, para que no alcanzara a nadie más.

—¡Traédmela! —gritó Liliath, señalando a Dorotea—. ¡Traédmela!

El rehusante que la tenía agarrada la soltó un momento para preparar su pistola. Dorotea estaba a punto de quitarle una daga del cinto, pero, en ese momento, Bisc la agarró del brazo y se lo retorció tras la espalda, haciéndola subir por las escaleras, casi levantándola en vilo mientras ella se debatía, intentando liberarse.

Liliath cerró la puerta de un portazo tras ella y dejó caer el travesaño, atrancándola. Aquella sala también era luminosa y cálida, pero no tenía ventanas. Al menos, no en las paredes. Dorotea levantó la vista y vio lo que desde el exterior le había parecido un tejado de cobre, pero que en realidad era otra cosa, alguna creación angelical que escapaba a su conocimiento, una variación del cristal clarificado por los ángeles que habían usado en la Rotonda de Belhalle. La luz lo atravesaba como si no hubiera más que aire. Veía el marco en el que se apoyaba el tejado, pero era como si no hubiera nada más entre las vigas.

Aquella sala era el taller de un creador de iconos, un estudio ideal. Había cuatro bancos de trabajo, y muchos armarios para la pintura, el papel y el pan de oro; para placas de madera, de marfil y de metal; para pinceles, herramientas, agitadores, cuchillos y buriles; todos los utensilios necesarios.

Y en el centro de la sala había un pedestal con un icono encima. Un icono enorme, tan grande como la mano de Dorotea. Percibió su presencia como de lejos, y le sorprendió ver que no emanaba la sobrecogedora sensación de poder que esperaba.

Estaba claro que era Palleniel. Tenía unas alas enormes de siete álulas que rodeaban una figura sin rasgos, completamente pulida y con un brillo dorado tan intenso que costaba mirar. Pero el halo que tenía sobre la cabeza era gris, no dorado, algo que Dorotea no había visto nunca en ningún icono.

Era del mismo gris que la sangre de los abestiados.

Estaba tan absorta mirando el icono que tardó un segundo en darse cuenta de que había un cuerpo en el suelo, junto al soporte. Un cadáver desecado, tendido sobre una tarima. Había sido una autoridad religiosa de algún tipo, porque sobre la piel amarillenta y los huesos prominentes todavía quedaban restos de un hábito, con una capucha plegada tras la cabeza, que aún no había quedado reducida a un cráneo.

—Acércala —ordenó Liliath, situada junto al pedestal. Estaba ansiosa, dominada por los nervios, tenía las manos temblorosas y los ojos brillantes—. Que se siente aquí. Y que esté quieta.

Señaló hacia el cadáver, junto al pedestal. Bisc empujó a Dorotea con fuerza para que lo hiciera, pero en su rostro se combinaban la perplejidad y la inquietud.

—¿Qué…? —empezó a decir, pero se interrumpió al ver que Liliath apoyaba una mano sobre la cabeza de Dorotea y la otra sobre el icono, y se reía, con una risa de alivio y de felicidad que creaba un extraño contrapunto a los gritos ahogados, los chillidos, los aullidos, los disparos y el estruendo del combate que se libraba por debajo de ellos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Dorotea. Intentó mostrarse tranquila, aunque el corazón le golpeaba con fuerza bajo las costillas—. Ese icono… no está acabado…, o le pasa algo.

—Está acabado —replicó Liliath, que se la quedó mirando—. Sabes mucho, y a la vez muy poco.

Un golpe resonó en la puerta, haciendo que Bisc se estremeciera por un momento y presionara con más fuerza los hombros de Dorotea, hasta que se dio cuenta de que era un disparo rebotado y no un abestiado intentando derribarla. Pero el alivio duró poco, ya que al momento se extendió una sombra sobre ellos. Alzaron la vista y vieron un abestiado trepando por el tejado. Un monstruo sinuoso, de múltiples articulaciones, con unas manos largas casi humanas, pero con solo cuatro dedos que acababan en garras.

—Por ahí no conseguirá entrar —dijo Liliath, y volvió a reír—. Llegan tarde. Les ha faltado poco, pero es tarde.

—¡Invoca a Palleniel! —le apremió Bisc—. ¡Arregla todo esto!

—No con ese icono —dijo Dorotea.

—¿De verdad? —preguntó Liliath—. ¿No has entendido lo que pasa realmente, Dorotea? Me han dicho que has visto lo que hay en el interior de los rehusantes y de los abestiados, de tus amigos y…

—¡Invoca a Palleniel! —la interrumpió Bisc—. ¡No pierdas…!

—¡Calla! —le ordenó Liliath—. Iba a decir «y en mí».

—Tú tienes ángeles dentro —dijo Dorotea muy despacio—. Ángeles enteros. Mientras que nosotros tenemos… fragmentos inconexos. Supongo que de Palleniel…

—Así que lo ves —dijo Liliath—. Quizás tu destino haya sido ser elegida, desde el principio. Debes de ser tú. Debes de serlo.

—Liliath… —imploró Bisc.

El ruido de la batalla iba aumentando de volumen, y alguien estaba gritando a todo pulmón justo al otro lado de la puerta, chillando de dolor. El abestiado del tejado estaba rascando el cristal, o lo que fuera, con aquellos horribles dedos en garra.

—No voy a invocar a Palleniel para que acuda desde el cielo —dijo Liliath—. Por eso percibes que al icono le pasa algo. Ahí apenas queda nada de Palleniel. Está en este mundo mortal. Repartido, entre los rehusantes y los abestiados. Y un poco, en muy poca cantidad, en ti… y en tus amigos. Aunque son los fragmentos más genuinos y de más poder.

—Así que quieres volver a unirlos —dijo Dorotea—. Pero fuiste tú misma la que fragmentaste a Palleniel hace ciento treinta y siete años, ¿verdad?

—Sí —respondió Liliath, y un gesto de dolor le atravesó el rostro por un instante—. Cometí un terrible error, y ahora voy a enmendarlo.

—No lo entiendo —murmuró Bisc, que soltó a Dorotea y se puso en pie, frente a Liliath—. ¿Rompiste a Palleniel en pedazos, Liliath?

—Sí —dijo ella—. No era mi intención, no tenía que ocurrir…

—Pero entonces… La plaga de la peste gris…, los abestiados…, tú…

—¡Sí! ¡Ya te lo he dicho! Pero ahora…, ahora lo arreglaré todo.

Liliath levantó una mano para tocarle el rostro a Biscaray, acariciándole la mejilla para recordarle lo que había hecho por él, para calmarle.

—Lo siento, mi querido Bisc. Voy a arreglarlo todo. Tú estarás conmigo, Biscaray, querido Biscaray, siempre estaremos juntos…

No había sinceridad en sus palabras. Apenas le miraba; tenía la vista puesta en el icono sobre el pedestal.

El rostro de Biscaray se encogió en una mueca de dolor y de rabia a la vez. Estiró los dedos, dejando caer la daga que llevaba en la manga hasta la mano. Pero Liliath fue más rápida: bajó la mano y sus dedos de acero le aferraron la garganta. Bisc abrió la boca intentando coger aire, pero ella lo levantó del suelo y lo lanzó hacia un lado de la sala casi sin esfuerzo.

Un siervo utilizado, descartado e inmediatamente olvidado.

—¿Qué es lo que intentabas hacer? —preguntó Dorotea, tragándose el miedo—. Quiero decir…, en aquel momento.

Intentó no mirar hacia la daga de Bisc, tirada en el suelo a poco más de un metro de distancia, muy lejos de su alcance.

—Estamos destinados a estar juntos —dijo Liliath, apoyando de nuevo la mano en el icono y la otra en la cabeza de Dorotea.

Sintió el peso de los dedos de Liliath, mucho más pesados de lo que cabría esperar.

—¿Bisc y tú?

—Palleniel y yo —replicó Liliath, y el icono se iluminó bajo su mano.

Dorotea oyó la respuesta del arcángel, muy lejos y a la vez cerca.

En el interior de su cabeza.

—*Empiezo*.

Dorotea saltó a por la daga. O al menos eso es lo que su mente le dijo a su cuerpo que hiciera. Pero no se movió. Estaba paralizada, subyugada por el poder que fluía desde Palleniel al icono, y a través de Liliath hasta la cabeza de Dorotea.

—Mi gran amor eterno —susurró Liliath—. Quiero hacerlo descender de los cielos, envolverlo en carne mortal, sentir sus besos, su amor…

Dorotea no podía moverse, pero seguía respirando, y aún controlaba los ojos. Miró hacia un lado, al cuerpo de la tarima.

—¡Intentaste introducir a Palleniel en alguien!

—En el mejor de mis amantes humanos —dijo Liliath—. Lo reforcé. Lo alimenté con ángeles menores, tantos como podía contener. Pero no bastó. Yo no sabía que nunca podría bastar, que no era esa la forma. E invoqué a Palleniel…

—*Sí*.

—Y vino, pero igual que un recipiente demasiado pequeño se desborda, aquel cuerpo no podía contenerlo. Mi amor buscó otros cuerpos, fluyendo de uno a otro, y luego a otro, por toda Ystara. Pero ninguno podía contener a Palleniel, y se difuminó, y yo no conseguí hacerle volver; mi amor se había roto en pedazos, en miles y miles de pedazos, repartido en mortales que no podían contener ni una mínima fracción de él, así que se extendió la peste gris, empezaron las transformaciones de los abestiados… y todo se estropeó.

Miró a Dorotea con sus preciosos ojos llenos de lágrimas, las primeras lágrimas que habían bañado su rostro en ciento cuarenta años.

—Pero aún quedaba esperanza —dijo. De pronto, reaccionó a algún movimiento del arcángel que Dorotea no podía percibir—: ¡Palleniel!

—*Recupero mi ser. Obedezco*.

—Había esperanza. Unos cuantos mortales eran casi lo suficientemente fuertes como para contener a mi gran amor, para darle un cuerpo. Pero había que cambiarlos, hacerlos más fuertes, reforzarlos con cada generación. Sus nietos, pensé, serían numerosos, fuertes, podría escoger a cualquiera de ellos para que acogiera a mi amante. Y me sumí en mi sueño, sabiendo que despertaría cuando llegara…

Se interrumpió de pronto.

—¡Palleniel!

—*Obedezco. ¡Obedezco!*

—Cuando llegara el momento —dijo Liliath.

Ladeó la cabeza, escuchando. Dorotea observó que el ruido del combate iba menguando. Ya no se oían gritos al otro lado de la puerta. Los disparos de mosquete eran cada vez menos. Los abestiados no chillaban. No podía mirar hacia arriba, pero le pareció que el que estaba en el tejado también había desaparecido, o había dejado de moverse.

—Los abestiados más cercanos serán los primeros en responder a la llamada —dijo Liliath, esbozando una sonrisa—. Y los rehusantes también.

—¿Qué…, qué les pasará? —dijo Dorotea, con un hilo de voz.

Podía mover la lengua, pero lo mínimo necesario. Intentó morderse la punta, para ver si el dolor la liberaba, pero no conseguía cerrar la boca.

—No importa. Supongo que los abestiados morirán; han sufrido grandes transformaciones, se han mantenido con vida gracias al poder de mi amor —dijo Liliath—. Los rehusantes…, el residuo que llevan dentro es mínimo. Puede que sobrevivan…

—¡Palleniel!

—*Pronto. Pronto*.

—¿Y yo? —susurró Dorotea, aunque ya sabía la respuesta.

—No fueron los nietos, sino la séptima generación la que por fin dio los frutos esperados —dijo Liliath—. Y tan pocos… No me había planteado que los ystarianos huidos pudieran tener miedo de procrear… ¡Palleniel!

—*Falta poco*.

—No lo sabía —dijo Dorotea. Pero tenía la mente en otra parte. Estaba haciendo acopio de fuerzas para la lucha que estaba por llegar, cogiendo aire no para hablar, sino para fortalecerse por dentro—. Un ancestro de Ystara, no rehusante. Mi madre quedará impresionada.

—Ella nunca lo sabrá —replicó Liliath—. ¡Oh, mi amor, mi amor, ha pasado tanto tiempo, pero estaremos juntos! ¡Palleniel!

—*Estoy aquí*.

Palleniel se manifestó en la sala con un aleteo tan estentóreo que ensordeció a Dorotea; los dientes le rechinaron y el cabello se le fue hacia atrás. Pero estaba preparada, no dejó que le pillara ni aturdida ni desprevenida.

Sintió el calor de su presencia, la luz, mucho más intensa que la del sol, hasta el punto de que la veía con los ojos cerrados, a través de los párpados, poniendo de relieve la imagen de cada vaso sanguíneo, en claro contraste.

El poder angelical le presionaba la piel, le penetraba en la sangre. Tuvo la leve percepción de que Liliath presionaba al arcángel, dirigiéndolo para que entrara en ella, para que habitara su cuerpo, para que purgara su mente y la hiciera suya.

—*No* —dijo Dorotea sin hablar, con una voz minúscula que nacía en lo más profundo de su ser, y que de algún modo se abría paso a través de aquel impetuoso torrente de poder.

—*No, no me entrego*.

—*¡Tómala! ¡Tómala! ¡Tómala!* —le apremió Liliath—. *Debemos estar juntos. ¡Estaremos juntos!*

Palleniel envolvió a Dorotea aún con más fuerza, presionándola cada vez más. Dorotea perdió la sensación de los brazos y de las piernas, y luego la vista y el oído, y solo quedó esa minúscula voz en lo más profundo, en un vacío de oscuridad inconexa.

Solo quedaban ese minúsculo vestigio de sí misma, el arcángel, y Liliath.

—*No* —sentenció Dorotea—. *No*.

—*¡Tómala!* —gritó Liliath, en el interior de la cabeza de Dorotea—. *¡Tenemos que estar juntos! ¡No lo entiendes!*

Dorotea se rio justo en el momento en que Palleniel empezaba a presionar contra las últimas defensas de su mente.

—*¿Por qué te resistes? ¡Debes hacerlo! ¡Debes rendirte!*

—*No has entendido nada, boba*.

—*¿Qué?*

—*Lo has entendido al revés*.

—*No, intentas engañarme, pero es demasiado tarde, debemos estar juntos…*

—*Podéis estar juntos. Pero ya te lo he dicho: lo has hecho al revés*.

—*Yo…, yo…, debemos…*

—*Palleniel debe regresar al cielo. Y tú debes ir con él, Liliath*.

De pronto, Dorotea sintió que la presión de Palleniel disminuía a medida que se insinuaban las dudas en Liliath. La bachiller recuperó la vista, y la

oscuridad fue retirándose hacia los bordes de su campo visual.

—Estad juntos —dijo Dorotea en voz alta.

No sentía la boca, pero funcionó. Sentía agujetas en las piernas y en los brazos, pero podía moverlos de nuevo a medida que el arcángel abandonaba su cuerpo, liberándose de la presión de Liliath para hacer algo que su amante…, o más bien, en opinión de Dorotea, el arcángel… no quería hacer.

—Estad juntos «en los cielos».

Dorotea pronunció aquellas palabras con total convicción. Liliath había causado el caos en el cielo y la Tierra, y ahora tenía que volver el equilibrio. Dorotea se convenció que no había otra opción. No podía concederse la más mínima duda, no podía darle a Liliath ni la más pequeña de las posibilidades, ni el mínimo apoyo al que agarrarse para cambiar de opinión.

Liliath levantó lentamente la mano de la cabeza de Dorotea. Al momento, los últimos fragmentos de Palleniel abandonaron la mente y el cuerpo de la pequeña bachiller. Pero la manifestación física del arcángel permaneció en la sala, un imponente y cambiante juego de luces intensas y sombras profundas en movimiento constante en el que le pareció ver unas enormes alas, un halo cegador, una gran espada…

—Sí —dijo Liliath, muy lentamente—. Sí, estaremos juntos. «En los cielos».

La punta de una de las enormes alas del arcángel insinuó un remolino en torno a Liliath. La piel de la Doncella de Elanda recuperó su brillo, y las formas de luz y oscuridad que Dorotea había visto en su interior, los fragmentos restantes de los poderes de los ángeles que había matado, empezaron a fluir como un manantial por sus ojos y su boca, uniéndose y fundiéndose con los fragmentos de Palleniel, aún más luminosos o todavía más oscuros.

Dorotea trastabilló hasta apoyarse en el banco de trabajo más cercano. Lo tanteó a ciegas en busca de un carboncillo, con una mano frente a la cara, mirando a través de los dedos, protegiéndose los ojos de la terrible luz angelical. Con el carboncillo en la mano y la cabeza baja, volvió hasta el pedestal. Cada paso era un gran esfuerzo, como si caminara contra un vendaval.

Liliath no era más que una silueta, una forma humana apenas definida en el interior del frenético remolino creado por Palleniel. Pero su mano, una extraña extrusión de la brillante nebulosa de luz y oscuridad que era el arcángel, seguía en contacto con el icono, aunque tanto la palma de la mano

como los dedos ya estaban traslúcidos y a través de ellos se veían no huesos y sangre, sino rastros de luz del sol y de una noche estrellada.

—¡Estad juntos! —dijo Dorotea, una vez más.

La mano de Liliath se separó del icono y quedó absorbida por el corazón incandescente de Palleniel, con un grito tremendo, entre un toque de trompetas y un suspiro de éxtasis humano.

Dorotea dio la vuelta al icono de Palleniel, y en la madera desnuda del reverso de aquella pieza única esbozó algo con el carboncillo, creando su obra más rápida y más pura.

Obtener sangre fue fácil. Se pasó el carboncillo en un gesto furioso por el dorso de la mano, reabriéndose todos los cortes minúsculos que le habían provocado las esquirlas de hielo, y siguió dibujando, con el carboncillo ensangrentado. El arcángel que se alzaba sobre su cabeza se quedó inmóvil y las luces y las sombras perdieron velocidad cuando vio su propia esencia (su nueva esencia) plasmada en una imagen tan simple y a la vez tan fidedigna.

Dorotea tocó el icono y habló con una decisión infinita.

—Vete, Palleniath.

EPÍLOGO

Se oyeron unos golpes en lo alto. Dorotea levantó la vista y vio que el abestiado que solo unos momentos antes había intentado entrar por allí seguía vivo. Pero sus garras se estaban encogiendo y la ceniza gris caía de… de sus dedos humanos…, ceniza gris que se condensaba en una nube, para ser barrida por el viento al instante.

En lugar del monstruo quedó una mujer completamente humana, desnuda sobre el tejado transparente. Una mujer joven y de piel morena con unos ojos verdes luminosos que miraban, perplejos.

Bisc también estaba vivo… e ileso. Levantó la vista hacia la mujer del tejado, con lágrimas en los ojos.

—¡Ha vuelto a su forma humana! —gritó—. ¡Un abestiado que vuelve a su forma humana! ¡Liliath no tenía razón! Así que mi pueblo…, mi pueblo también…

—Sí —dijo Dorotea.

—No sabía qué os quería hacer —dijo Bisc—. Ella me curó. La creí, creí lo que me dijo sobre la maldición, que devolvería la normalidad a Ystara. Me dijo que todos nos curaríamos, que volveríamos a nuestro hogar. Que nunca más se nos negaría la magia angelical…

Contuvo un sollozo y se secó las lágrimas.

Dorotea lo miró por el rabillo del ojo y forzó la vista.

—Eso será así —dijo—. Para los que lo necesitéis. Ahora estáis libres de mancha, no hay nada que impida la curación con magia angelical.

—Liliath era tan bella…

—Era muy joven —dijo Dorotea, meneando la cabeza—. Tuvo tal poder, desde la niñez, que a todos les resultaba fácil olvidar que no tenía más que diecinueve años. Sin contar los más de cien años que pasó dormida, claro. Se obsesionó hasta la locura…, bueno, ahora por fin está con su amado.

Se fue hasta la puerta y la desatrancó. Frunció el ceño y añadió:

—Aunque no estoy muy segura de que siga existiendo como persona. Si es así, será toda una experiencia para ella tener que cumplir las órdenes de otro. Ahora que lo pienso, a lo mejor es la primera mortal que se convierte en ángel… ¿Cómo nacerán los ángeles…?

—No lo sé —dijo Bisc, incómodo.

Levantó la vista hacia la mujer que estaba en el tejado y le hizo señas con la mano. Ella levantó la mano, vacilante, y le devolvió el saludo. Él le señaló el saliente del muro que había justo debajo del tejado, donde el material transparente dejaba entrever el relieve de una especie de trampilla. Ella asintió y se dirigió hacia allí a rastras.

Dorotea se apartó de la puerta en el momento en que Agnez, Henri y Simeon entraron a la carrera, armas en ristre. Agnez, por supuesto, había conseguido hacerse con una espada; Henri tenía una pistola descargada que asía del revés para usarla a modo de porra. Simeon blandía un telescopio muy abollado. Vieron a Bisc mirando hacia arriba, a Dorotea junto a la puerta, con gesto de satisfacción, y a nadie más.

Ni rastro de Liliath.

—¡Los abestiados se están volviendo humanos de nuevo! —exclamó Agnez. Escrutó la sala en busca de enemigos y levantó la vista—. ¡Ah, aquí también, ya veo! Parecen todos aturdidos, como peces sobre la orilla. Y los rehusantes también.

—Supongo que esto es cosa tuya, ¿no? —preguntó Simeon, mirando con benevolencia a Dorotea desde su gran altura, al tiempo que se presionaba con un dedo una herida profunda que tenía bajo el ojo para detener la hemorragia.

—Solo hay que mirarla —dijo Henri, fingiéndose indignado—. Por supuesto que es cosa suya. Gracias al cielo.

Recorrió con la mirada los bancos de trabajo y los armarios, el tablero sucio de carboncillo y sangre seca sobre el pedestal, y constató la ausencia total de pequeños cofres de bronce. O de cofres en general, fueran grandes o pequeños.

—Supongo que aquí no hay ningún tesoro, ¿no?

—Hay un gran tesoro abajo —dijo Dorotea.

Henri volvió a sonreír con ganas, pero su sonrisa se convirtió en una mueca de desilusión cuando Dorotea añadió:

—En la biblioteca. Creo que he visto incluso un ejemplar de las *Obras de misterio*, de Mallegre.

—Pero ¿dónde está Liliath? —preguntó Agnez, que nunca perdía de vista los asuntos más inmediatos. Aún se la veía lista para combatir contra

cualquier enemigo que pudiera aparecer—. ¿Qué ha pasado?

—He… ayudado… a Liliath a convertirse en ángel —respondió Dorotea, señalando el icono sobre el pedestal. Hizo una pausa para que sus amigos asimilaran todo aquello—. Bueno, en parte de un ángel. Juntas hemos recuperado al arcángel de Ystara, a partir de los fragmentos inconexos de él que había repartidos por los abestiados, por los rehusantes…, y los que había… en nosotros…

—Así que tenías razón —dijo Simeon.

—Hasta cierto punto. No sabía que quería usarnos como recipientes para dar entidad física a su amante angelical…

—¡¿Qué?!

Dorotea se lo explicó, haciendo frecuentes pausas para las exclamaciones de horror y sorpresa de sus amigos. Sin embargo, a medida que hablaba, observaba de reojo por la ventana. Vio que los persevantes se acercaban por el hielo. En primera línea, una mujer de piel oscura, corriendo como si no pudiera perder ni un segundo.

—Debería ir a avisar a Rochefort —dijo por fin—. Para asegurarnos de que no se enzarzan en una lucha con los rehusantes. Quiero decir, con los ystarianos.

—¿Ystarianos? —preguntó Bisc. Aunque no estaba aturdido como parecía que les sucedía a los que antes eran abestiados, hablaba despacio y con evidente dificultad—. ¿Quieres decir que no vais… a llevarnos de vuelta a Saranza y a ejecutarnos por lo que hemos hecho?

—¿Y por qué me miras a mí? —preguntó Dorotea—. No soy yo quien tiene que decidirlo.

—Tú eres la portadora del icono del arcángel de Ystara —dijo Agnez—. Aunque lo hayas dejado sobre el pedestal de momento.

—Yo no voy a quedarme aquí —respondió Dorotea enseguida—. Yo voy a volver a Belhalle. Algún ystariano aprenderá a invocar a Palleniath, estoy segura. O creará otro icono. —Hizo una pausa. Luego se dirigió a Bisc, con tono amable—. Pero hablaré con Rochefort para que os deje quedaros y…, bueno, convertiros en ystarianos de pleno derecho, al igual que los que se habían transformado en abestiados. Tendréis que ocuparos de ellos. Creo que Rochefort me escuchará.

—Estoy seguro de que lo hará —dijo Henri, ocultando un sarcasmo evidente.

Los otros asintieron, y Dorotea se sonrojó.

—Gracias —dijo Bisc, que bajó la cabeza insinuando una tímida reverencia. Luego levantó la vista y gritó—: ¡Tengo que encontrar una escalera!

—Buena idea —dijo Henri.

Bisc se dirigió hacia la puerta, hablando tanto para sí como para los otros:

—Hum… Voy…, voy a buscar una escalera… Tenemos que rescatar a los abest…, quiero decir, a nuestros compatriotas convertidos en abestiados, buscarles ropa, que estarán helados, y comida…

Hizo una pausa en el umbral y se dirigió a Henri:

—Has mencionado un tesoro… Los otros nueve Iconos de Diamantes siguen en Lutacia. Los dejó en la Casa Demaselle. Y allí hay una gran fortuna, en la sala acorazada.

—Aunque después de todo esto me alegro de conocer el paradero de los Iconos de Diamantes —declaró Henri—, voy a buscar otro tesoro por aquí. ¡Tiene que haber algo en este templo, en algún sitio!

—Yo necesito encontrar unas botas —señaló Agnez—. Y quiero recuperar mi espada. Supongo que estará por el hielo…

—Y yo tengo que encontrar a alguien competente para que me cosa esta herida —dijo Simeon—. O un espejo, para que pueda hacerlo yo mismo. Y no ese de abajo, antes de que alguno lo mencione. Dudo que refleje nada.

Sin embargo, a pesar de aquellas declaraciones de intenciones, ninguno de los cuatro amigos se movió. Se quedaron en un corro, mirándose, el médico, la bachiller, el antiguo escribiente convertido en artillero y la mosquetera real.

—No me siento diferente, pese a que ya no lleve dentro el ángel que decía que compartíamos, Dorotea, y que nos unió —dijo Agnez—. Sois mis hermanos. Y siempre mosqueteros, lo queráis o no.

—Yo tampoco he cambiado, a pesar de la amputación angelical que pueda haber sufrido —declaró Simeon con su potente voz—. Sois mis extraños hermanos, que nunca pensé tener, y que valoro por encima de cualquier otra cosa. Aunque eso de ser mosquetero me lo tomo con reservas, Agnez, porque pienso volver a la enfermería y seguir aprendiendo de la magíster Hazurain. Pero supongo que nunca me faltarán pacientes del regimiento.

—Si los mosqueteros compran cañones, seguiré llevando este tabardo con mucho gusto —dijo Henri—. Pero creo que veo por delante un futuro que nunca pensé tener. En la Fortaleza de la Estrella, nada menos, con culebrinas y bombardas, y, por supuesto, falconetes. En cuanto a lo otro, pese a que tengo hermanos y hermanas de sangre, creedme si os digo que lo que me une a vosotros es mucho más fuerte, y siempre lo será.

—El amor es extraño —murmuró Dorotea—. Adoro Belhalle, me encanta hacer iconos en la Rotonda, bajo esa luz dorada. Pero la gente habla de amar refiriéndose a cosas muy diferentes. El amor de Liliath era, en realidad, obsesión, y ha sido la causa de numerosas muertes y mucha miseria. Luego está el amor basado en la simple atracción física, los deseos de la carne, que pueden o no formar parte de un amor mayor, como el que compartimos nosotros cuatro…, aunque no sepamos cómo ha sobrevivido a la eliminación de su catalizador, los fragmentos de Palleniel que llevábamos dentro… Hay muchas cosas que pensar, que examinar, la naturaleza de los ángeles y de los iconos. Yo creo que Rochefort también querría estudiar todo esto, en Belhalle. Ha servido a la cardenal demasiado tiempo, y ha pagado un precio muy alto…

Agnez le dio con el codo y señaló hacia la ventana.

—Hablando de Rochefort, ya está casi en la torre. Y ha recogido mi espada. Me pregunto si vamos a tener que enfrentarnos en duelo…

—No —respondieron Dorotea, Simeon y Henri a la vez.

Por un momento, pareció que Agnez iba a mostrarse ofendida, pero luego se echó a reír.

Y entre risas los cuatro se fueron hasta la puerta y bajaron las escaleras, dejando atrás las aventuras del pasado; las del futuro acababan de empezar.

Agradecimientos

El trabajo de un escritor es solitario la mayor parte del tiempo, pero de eso lo que sale es un manuscrito, no un libro acabado. He tenido la suerte de contar con un equipo de profesionales del libro inteligentes, detallistas y experimentados que han colaborado conmigo hilando mis balas de paja y convirtiéndolas en oro.

Mis agentes siempre están ahí, desde el principio y a lo largo de todo el proceso: Jill Grinberg y el equipo de Jill Grinberg Literary Management, en Nueva York; Fiona Inglis y su equipo de Curtis Brown Australia; y Matthew Snyder, de CAA, en Los Ángeles.

Mis editores hacen unos libros preciosos, y para mí es un honor figurar en su catálogo: Katherine Tegen y el equipo de HarperCollins; Eva Mills y toda la gente de Allen & Unwin; y Gillian Redfearn y su equipo en Gollancz.

Muchos libreros han desempeñado una labor esencial contribuyendo a que mis libros lleguen a los lectores. Estoy agradecido a todo el sector, no solo por dar salida a mis obras, sino por todo lo que hacen para conectar a la gente con los libros.

También debo mencionar a mi esposa, Anna, que como editora tiene que tratar con muchos otros autores en el trabajo, pero que luego en casa se encuentra conmigo, y a pesar de eso me da todo su apoyo; y a mis hijos, Thomas y Edward, que tienen mucha consideración conmigo cuando estoy enfrascado en escribir.

Por último, quiero dar las gracias y recordar a nuestro perro, Sam, que falleció hace poco. Sam y yo dimos muchos paseos nocturnos durante la elaboración de este libro, cuando me atascaba y necesitaba reflexionar.



GARTH NIX, nacido en 1963 en Melbourne, es un australiano autor de novelas de fantasía para jóvenes adultos, ente las que destacan las de la serie *Trilogía de Abhorsen*, la serie *The seventh tower* y la serie *The old kingdom*. A menudo le han preguntado si su nombre es un seudónimo, a lo que ha respondido: «Creo que la gente me pregunta porque suena como el nombre perfecto para un escritor de fantasía. Sin embargo, es mi verdadero nombre».

Nix se crio en Canberra. Después de un período de trabajo para el Gobierno de Australia, viajó por Europa antes de regresar en 1983 para realizar una licenciatura en escritura profesional entre 1984 y 1986 en la Universidad de Canberra. Trabajó en una librería después de la graduación antes de trasladarse a Sydney en 1987, donde trabajó en el campo editorial. Fue representante de ventas y publicista antes de convertirse en editor senior de Harper Collins. En 1993 comenzó a viajar más lejos, a Asia, Oriente Medio y Europa del Este hasta convertirse en consultor de *marketing* a tiempo completo y fundar su propia compañía, Gotley Nix Evans Pty Ltd.

Además de su trabajo como novelista de fantasía, Nix ha escrito una serie de escenarios y artículos para el campo del juego de rol, incluyendo las de Dungeons & Dragons y de viajeros. Estos han aparecido en publicaciones relacionadas, como la White Dwarf, Multiverse y Breakout! También ha escrito monografías, artículos y noticias en el campo de la tecnología de la

información. Su trabajo aparece en publicaciones como *Computerworld*, y *PCWorld*.

Nix vive con su esposa Anna en Sydney, Australia.